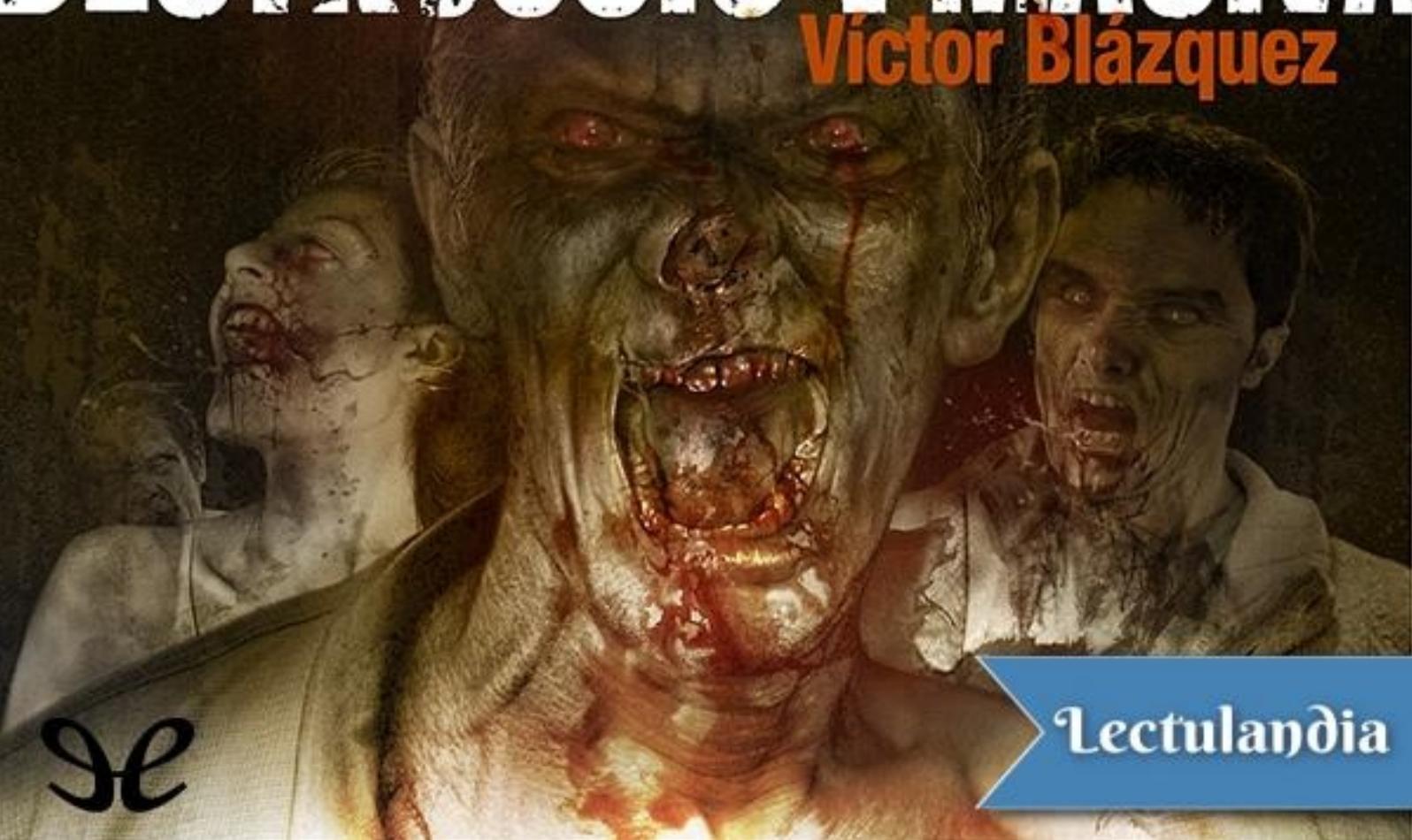




EL CUARTO JINETE:
DESTRUCCION MASIVA

Victor Blázquez



Lectulandia

El virus conocido como Cuarto Jinete ha devastado el continente americano. La civilización tal y como la conocíamos ha quedado reducida a cenizas.

En la urbanización San Mateo los supervivientes están aislados y rodeados. Se enfrentan al miedo, la desesperación y el hambre. Su mayor enemigo, sin embargo, no está al otro lado de los muros, sino sentado en su trono y erigiéndose como rey con mano de hierro: Tom Ridgewick no está dispuesto a morir, aunque para resistir tenga que pasar por encima de todos los demás.

Ven, acompáñame. Este es el final del camino. Te llevaré de viaje, desde Portland hasta Half Moon Bay. Pero no será un viaje agradable; es posible que te salpiquen el barro y la sangre. Esto es la guerra. Más allá del Apocalipsis. Prepárate para la destrucción masiva.

Lectulandia

Víctor Blázquez

Destrucción masiva

El Cuarto Jinete - 3

ePub r1.0

Titivillus 25.01.2018

Víctor Blázquez, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi mujer y mis hijos, de nuevo y siempre.

A mi familia.

Y a ti, por haberme acompañado en este viaje.

Cógeme la mano, que empezamos de nuevo.

PRÓLOGO

Ven, acércate a mí un momento. Sé que es posible que mi voz no te suene, es más, me extrañaría de verdad que me reconocieses. Desde luego no soy el mismo al que has acompañado por los recovecos de Castle Hill y desde allí a Los Ángeles. Tampoco estuve contigo en San Mateo, aquella aldea cercana a la ciudad de San Francisco. No, tú y yo aún no nos conocemos, pero antes de que nuestro guía habitual retome su narración y te muestre lo que aún no has visto, antes de que te lleve de vuelta una vez más a Half Moon Bay y te deje ver cómo se vivió la infección en Portland, me gustaría hablarte de él, precisamente de él.

De esa voz.

Escúchame a mí ahora.

Dichoso Cuarto Jinete, ¿eh? Ya lo dicen por ahí: en esta vida no vale sentarse a ver girar el carrusel, antes o después hay que subirse a alguno de los caballos. Estoy seguro de que recuerdas cómo comenzó todo, la primera vez que su voz nos llamó y decidimos seguirle. Entonces nos llevó de paseo por Castle Hill y nos presentó al doctor Kurt Dysinger y al estúpido de Harvey Deep. Ah, Harvey Deep, qué aburrido habría sido todo esto sin él. Han pasado dos años y en este tiempo el carrusel ha dado muchas, muchas vueltas.

No deja de sorprenderme este narrador, quien demonios sea. Me tiene de cabeza desde el primer día. Con qué maestría y mala baba ha mantenido mi curiosidad viva durante cientos de páginas, decenas de historias, tantos secretos, miradas y pensamientos que desde luego no basta con conocer sino que también hay que saber interpretar y transmitir fielmente. Escúchame, que eso no es todo, y créeme lo que te digo: hace falta mucha pericia. Qué demonios, hay que ser un maldito prestidigitador para jugar con toda esa información hasta el punto de tenernos aferrados a su voz de la manera en la que él lo ha conseguido. ¿Que no? Compañero, te ha atrapado igual que a mí durante dos novelas de las de medio kilo y estás a punto de devorar la tercera.

Y no dudes que tengo razón porque sé de lo que hablo.

Lo que hace nuestro amigo —narrador hábil e incansable y manipulador a partes iguales— a lo largo de la saga de *El Cuarto Jinete* no resulta sencillo ni siquiera para los más duchos en esto de contar historias. Porque la que rodea a este virus no es una aventura común, no es un Cluedo, si sabes a qué me refiero. No consiste en entrar a hurtadillas en la habitación y robar los diamantes tras el cuadro en la pared, no va de escapar del peligro besando a la chica y tampoco se trata de analizar el cadáver y descubrir en cien páginas que el mayordomo mató a la condesa en el salón con un cuchillo. Hazme caso, no digo que eso lo pueda hacer cualquiera pero desde luego está muy visto.

No, la de *El Cuarto Jinete* es una aventura muchísimo más amplia, tanto como un descerebrado juego de rol a gran escala. Es la historia de Mark, de Paula y de Verónica, es la de Neil y su tío Tom, la de Ace Hall y del escurridizo Brad Blueman. Es su odisea y la de muchos más, la de varias decenas de personajes de carne y hueso —¿quién ha dicho de papel?— tan reales como tú y como yo, tanto como el mismísimo dueño de esa voz que nos habla de ellos.

Qué quieres que te diga, termino cada novela de *El Cuarto Jinete* con la sensación de que si paseara por Castle Hill o por Los Ángeles un domingo cualquiera podría encontrarme y saludar a varios de ellos. Aunque, la verdad, no están las cosas en ninguno de los dos sitios como para ir de visita, ¿no crees? Ya sabes, con todos esos cadáveres roñosos y desmembrados deambulando por ahí. ¿No lo has visto en las noticias? Déjalo, no es una visión nada agradable. Puaj...

Dichoso Cuarto Jinete, dichoso Harvey Deep.

Si este narrador ladino es capaz de animar y de dar vida a esta ingente cantidad de hombres, mujeres y niños de manera que convierte su narración en un cuadro de familia es porque los ama y los comprende. No toma partido y tampoco los juzga pero sí nos dibuja sus miedos y sus dudas y nos hace partícipes de sus aciertos y de sus errores, los transforma en parte de nosotros. ¿Te has planteado la dificultad que entraña y la habilidad que requiere ponerse en la piel de todos ellos, cada uno diferente y ninguno un mero calco de un cliché, con el acierto y la habilidad con la que él lo hace? Qué cabronazo, si me permites la expresión. Sé que lo harás, si estás acostumbrado a la manera de hablar de Brad Blueman o Tom Ridgewick.

Este reparto coral interminable en el que nadie sobra y en el que cada uno de los personajes, secundarios o no, constituye una pieza vital en un puzle mayor, convierte la saga de *El Cuarto Jinete* en un género en sí misma. No se hacen novelas así, confía en lo que te digo, y tampoco hay narradores como este. Creo que eso es lo que más me llama la atención de este tipo, su habilidad para mantener la tensión, con un dominio del ritmo y de la acción como pocos cuentacuentos conseguirían, durante tantas escenas con tantos sobresaltos y en una narración tan larga. La forma de embaucarnos de este granuja, que sin duda disfruta haciéndonos sufrir, es lo que distingue a *El Cuarto Jinete*. Estoy seguro de que tú también lo encuentras especial, por eso has llegado hasta aquí, y no te cuesta imaginarlo riéndose a mandíbula batiente cuando nuestra expresión se desencaja tras un giro inesperado. Créeme, no dudes que lo hace.

Narrador resabiado y omnipresente, te maldigo, cínico embaucador.

Frenética, adictiva y original, sin concesiones para la galería, truculenta y divertida a partes iguales, la saga de *El Cuarto Jinete* llega a su última parada con el suspense al rojo vivo. Vamos, no me niegues que te mueres por saber cómo acaba.

Si en sus dos primeras entregas perdiste el resuello velando por Patrick, por Jason Fletcher o por Logan Kane, si te has calzado sus zapatos e intentado imaginar cómo lograrías tú conservar el pellejo cuando el Armagedón te alcance, en esta tercera

sufrirás lo indecible por Katt y por Kim, por Ian Morgan y la repelente Nancy Avalon, por el bueno de Chuck y por ese chaval con gusto excelente por las camisetas y también por las novelas que responde al nombre de Jorge Ballesteros. Y sufrirás porque un tipo que desborda una imaginación malsana tiene planeado para ti su viaje en montaña rusa más desquiciado hasta ahora, trepidante como una carrera agónica delante de esos zombis que tanto detesta y que tanto adora. No podrás decir lo contrario.

El devenir de *El Cuarto Jinete* está talonado con verbos y vertebrado con acciones, como un buen guión de cine. No negarás que a menudo tienes la sensación de estar viendo una película en lugar de leyendo un libro. Actividad y movimiento, son las palabras que definen a la narración de los estragos de este virus despiadado. Una acción detrás de otra, sin freno, sin fin, más, más, más. Latir a mil por hora con la ansiedad de no saber nunca dónde estará la luz, dónde la salida, en qué dirección llegará la ayuda. Y bien te lo advierto: no lo ha hecho hasta ahora y tampoco lo va a hacer en este tercer acto, nuestro amigo no se va a andar por las ramas y no te va a ofrecer descanso con descripciones líricas, con giros semánticos ni con palabrería inocua que rellene páginas. No, compañero de viaje, en esta traca final tampoco te va a dejar respirar. Esta vez, si cabe, te va a llevar de la mano todavía más rápido.

Tú la has comprado, has dado el paso, y ahora la tienes en tus manos. La entrega final de una saga trufada de poderosos personajes, de quiebros macabros, de hijos de puta, que alcanza su destrucción masiva como no puede ser de otra manera, saltando por los aires.

Poco puedo decirte más, amigo mío, yo, que no tengo su voz ni su arte con las palabras. Agárrate a la butaca, vaquero, y más te vale morder una bala.

Aquello que empezó termina.

Justo ahora.

Miguel Aguerralde.
Un jinete más.

— Capítulo 1 —

El paciente cero del norte

1

También la llaman Ciudad verde porque la gente aquí cuida los recursos naturales de una forma más activa a como lo hacen en otras ciudades de Estados Unidos, pero en general el apodo más difundido y aceptado es el de Ciudad de las rosas. No por nada el Festival de las rosas es la mayor fiesta anual de la ciudad y su Jardín de las rosas uno de sus sitios más emblemáticos. Portland, situada en el estado de Oregón, tiene algo más de medio millón de habitantes y, sumando su área metropolitana alcanza los dos millones de vidas rondando por la zona.

Tú y yo sabemos lo que eso significa, ¿verdad? A más gente viva, más que luego estará muerta y volverá a levantarse.

Me alegro de verte de nuevo por aquí. No dudaba de que nos volveríamos a encontrar, por supuesto. Uno nunca debe rechazar una oportunidad como esta de asistir al apocalipsis desde un asiento privilegiado.

Y sí, sé que la tentación de introducirnos en la historia es inmensa, de colaborar con aquellos a los que cogemos cariño para ayudarles a salir del atolladero, sé que es duro quedarse de brazos cruzados mientras gente a la que respetas muere descuartizada y devorada... Pero ya conoces las reglas; no las he escrito yo si eso es lo que te estás preguntando.

Ver pero no tocar.

Presenciar sin que nuestra presencia se vuelva física.

No interferir de ninguna manera en los actos que tienen lugar aquí. Simplemente seguir la historia. Pero no necesitas que te cuente esto, por supuesto. A estas alturas eres un experto y sabes que tienes que seguirme y atender a las cosas que te señalaré. Procuraré que no te pierdas nada de interés, por supuesto.

El viaje comienza de nuevo. ¿Cuál es? ¿Nuestra tercera vez juntos? Está bien, es agradable volver a estar contigo.

Ven, sígueme.

2

Son las siete de la mañana y hace un frío capaz de congelarle las pelotas a Chuck Norris. Eso es lo que está pensando el joven sentado en el asiento delantero de la desvencijada furgoneta que hace tiempo fue blanca pero ahora el tiempo ha mutado

en un sucio color amarillento que fácilmente asociarías con una enfermedad. Se llama Ian Morgan y heredó la furgoneta de su padre, que a su vez la había comprado de segunda mano a un vendedor de biblias de Seattle.

Ahora Ian Morgan retuerce las manos y se las sopla en burdos intentos de entrar en calor. Y eso que él está protegido del aire norteño. Aunque si le preguntas a él te dirá que no, que su maldito vehículo es una puta nevera con ruedas.

El bueno de Ian piensa que ese es el mayor de sus problemas. A sus veintidós años no hay muchas más cosas que le preocupen y oye, tampoco es que pueda quejarse: aún vive con sus padres pero tiene la suficiente autonomía como para considerarse independiente, lleva dos meses saliendo con una chica preciosa con los labios más *sexys* del mundo y un hermoso tatuaje en la parte baja de la espalda que le produce erecciones solo con pensar en él, y además tiene trabajo. Tal y como están los tiempos es casi un milagro poder presumir de eso. Vale que ser auxiliar de dirección no es la panacea de los trabajos y tampoco está precisamente bien pagado, pero es trabajo al fin y al cabo y en un sector que siempre le ha gustado. Desde que era pequeño ha soñado con mudarse a Los Ángeles y convertirse en director de cine como tantos y tantos soñadores del mundo.

Y aquí está él, el auxiliar de dirección Ian Morgan, a las siete de la mañana pasando frío en su puta nevera con ruedas y esperando a que llegue la actriz que según su orden de trabajo ya debería estar allí.

¿Has estado alguna vez en un plató de cine? ¿En un rodaje? ¿Has tenido una orden de rodaje en las manos? Bueno, no es más que un papel en el que aparecen los datos más importantes concernientes al día en cuestión, la información sobre las secuencias que se rodarán ese día, los actores que intervienen en ella, el desglose de atrezzo, maquillaje, peluquería, vestuario y cualquier otro departamento que necesite algo especial. Y por supuesto, la hora de llegada de los actores.

Ian ha llegado pronto, como todos los días. Tiene bien metido en la mollera lo que le dijo su jefe el primer día: «Un auxiliar de dirección nunca llega tarde». Desde el asiento delantero de su puta nevera con ruedas ha visto entrar en plató a los maquilladores y a un par de personas del departamento de producción.

«*Las putas del rodaje*», como suele bromear Hugh Nicotero, «siempre los primeros aquí y siempre los últimos en marcharnos».

Hugh es uno de los maquilladores e Ian, desde el primer día, piensa que es la persona más homosexual que ha visto en su vida. Si la homosexualidad pudiera categorizarse, Hugh rompería todas las barreras.

Es verdad que los departamentos de maquillaje, peluquería y vestuario, junto con los auxiliares de producción y los de dirección son al final los que más cantidad de horas trabajan. La mayor parte del equipo está citado para el inicio de rodaje pero las putas del rodaje tienen que estar antes, cuando llegan los actores, para que estos estén listos para grabar cuando llegue el resto del equipo.

A Hugh Nicotero le gusta quejarse. Ian lo sabe y tú puedes estar seguro de ello

también. Créeme cuando te digo que si hay algo por lo que protestar Hugh es de ese tipo de personas que murmurarán por lo bajo siempre el primero y cuando coge confianza con alguien le susurra sus penas en tono confidencial. ¿La comida está mala? Hugh Nicotero te lo dirá y se quejará porque no contratan otro *catering*. ¿Hace frío en el plató? Hugh Nicotero te lo dirá y se quejará porque los de producción son unos tacaños y no ponen la calefacción.

De gente como él habrás oído muchas veces la expresión «con quejarse lo arregla todo». Sin mover un dedo, por supuesto.

Ian le ha oído decir en más de una ocasión eso de *las putas del rodaje*. En todas ellas a Ian le ha dado por pensar: «Y si ellos son las putas, ¿yo qué soy? ¿La puta de las putas?».

Como auxiliar de dirección Ian tiene que recibir a los actores cuando llegan al plató, saludarles y acompañarles hasta su camerino y hasta el departamento de maquillaje. Después, aunque él no pueda hacer nada para que el proceso de chapa y pintura (como se denomina en jerga a la sala de maquillaje y peluquería) termine más rápido, si un actor no está a tiempo en plató porque sigue sentado en maquillaje o tarda demasiado en vestirse al que gritan es a él. Escuchar por el *walkie* su nombre seguido de la pregunta «¿Dónde está tal actor o actriz?» se ha convertido en su peor pesadilla.

En un universo normal y coherente al responder que sigue preparándose la respuesta sería cabrearse con el propio actor o con los responsables de ese retraso. En cine la bronca le cae primero al tipo que espera en el pasillo con la única función de acompañar de un lado a otro a sus señorías los actores. Y hace tiempo que Ian dejó de buscarle sentido a todo eso.

Incluso una vez que respondió que el actor había entrado al baño le cayó un exabrupto de furia a través del *walkie* que necesitó quitarse el auricular de la oreja para que no le estallase el tímpano. No lo preguntó, claro, porque podrían considerarlo un desacato o algo así y despedirle cercenando todos sus sueños de tener una carrera en el mundillo, pero en su mente sí que se formuló una pregunta clara: «¿Qué mierda de culpa tendré yo si al protagonista de este bodrio le entra un apretón?».

A veces llegaba a casa ligeramente frustrado. A veces le daba por pensar que siguiendo ese camino no llegaría a convertirse en un director de los que suben a recibir un Óscar. Le enfadaba el trato que recibía y ver que después, cuando el actor o actriz que había ocasionado el retraso y la sarta de maldiciones que él escuchaba a través del *walkie* entraba en plató, todo eran sonrisas y saludos entusiastas.

—Solo cargan contra los auxiliares, joder —protestaba.

A Jenn sí puede contarle estas cosas. Le mira con sus ojillos pequeños y oscuros y le sonrío con esos labios que Dios parece haber fabricado para hacer cosas impuras; Ian se siente a gusto hablando con ella.

—Deja el trabajo —le ha dicho ella en varias ocasiones—. Si son unos gilipollas

no vale la pena que te amarguen cada día.

—Pero el trabajo me gusta —insiste él—. Quiero decir, me gusta a otro nivel. Ser el esclavo de los actores y llevarles café cuando me lo piden no me gusta, pero oye, si me abre puertas en el sector tendré que hacerlo. No todos pueden empezar directamente rodando superproducciones.

—Tú llegarás a hacerlo, ya verás —le aseguró Jenn guiñándole un ojo—. Vales un montón.

Ian quiere creer que ella tiene razón, por supuesto. Le resulta difícil hacerlo cuando se le congelan las pelotas dentro de la puta nevera con ruedas que le regaló su padre. Esperando la llegada de Nancy Avalon que, si hacemos caso al reloj de su muñeca (y podemos hacerle caso porque lo lleva en hora) ya llega cinco minutos tarde.

Ian Morgan suspira con resignación pensando en que dentro de una hora estará escuchando a su jefe maldecir en las ondas preguntando por qué Nancy Avalon no está en set preparadísima para rodar.

Antes de que me lo preguntes... Sí, se trata de la misma Nancy Avalon que acapara portadas de revistas adolescentes (y no tan adolescentes) desde hace casi un año, la misma Nancy Avalon de la que hablan en todos los programas de cotilleos, a la que relacionan con un tipo distinto cada dos días y cuya presencia en una fiesta suele significar desmadre del gordo. Con casi treinta años en su haber se hizo famosa por interpretar a una adolescente lujuriosa que sucumbe a los encantos de su profesor. A partir de ahí su carrera despegó hasta convertirse en una de las actrices más buscadas tanto dentro de la pantalla como fuera. Una serie de fotografías picantes para una revista masculina la elevó al Olimpo de las mujeres más deseadas. Pelo rubio brillante, ojos cautivadores, poco pecho, bonita figura y uno de esos culos que parecen moldeados por el mismísimo demonio para incitar a la lujuria.

—¿Nancy Avalon va a salir en la película? —le había preguntado con los ojos desorbitados Jenn al enterarse por un comentario que él había hecho de forma casual.

—Sí —le respondió él—. Pero es apenas una aparición estelar, tendrá dos o tres sesiones de rodaje; es un papel muy pequeño —añadió como excusándose por no habérselo contado antes.

La cara de ella se contrajo en una mueca que era una mezcla entre envidia y celos. Comprensiblemente, diría yo.

—Te vas a enamorar de ella.

Ian Morgan se había echado a reír por la ocurrencia. Créeme cuando te digo que por dentro fantaseaba con la idea de tener un romance con la actriz. Pero claro, ¿quién no fantasearía con Nancy Avalon? Supongo que cuando nos encontramos de nuevo no pensaste que tendrías la oportunidad de conocerla. No te hagas muchas ilusiones, te recuerdo que no está permitido traspasar este plano inmaterial en el que nos movemos como espectadores de lujo. Tú podrás verla a ella pero ella no te verá a ti.

—Dudo mucho que se enamore de un simple auxiliar de dirección —había contestado él.

Sentado en su puta nevera con ruedas soplándose las manos y tiritando de frío mientras espera la llegada del coche que traiga a la actriz, Ian Morgan, que piensa que su novia es una de las chicas más *sexys* del mundo, observa la orden de trabajo con la mirada perdida. Sus ojos se han quedado clavados en el nombre de la famosa actriz. ¿Quieres saber lo que está pensando? Yo te lo diré: «Tal vez no se enamore de un auxiliar de dirección, pero gustarle lo suficiente para echar un polvo rápido en el camerino también sería la polla».

Cuando al fin ve aparecer el coche negro Ian suspira de alivio y echa un vistazo al reloj. Son casi y diez y no va a haber forma de recuperar ese tiempo.

—Bronca a la vista —murmura mientras abre la puerta y sale al exterior.

Como puedes ver, ni siquiera se molesta en cerrar la furgoneta con llave. Lleva tiempo pensando que si alguien quiere robarla tampoco le va a suponer mucho disgusto. Sabe, de todas formas, que ni el yonki más yonki de la ciudad se molestaría con su vieja tartana.

El coche se detiene junto a la entrada del Plató 7, en cuyo interior tiene lugar el rodaje de *Almas de metal*, el drama policíaco en el que están trabajando. Ian reconoce al conductor, un tipo negro de pelo rizado que le cae a ambos lados de la cara, enmarcándose, y que siempre lleva camisetas de grupos de música negra. No ha cruzado muchas frases con él desde que empezó el rodaje pero ese día, claro, el conductor baja la ventanilla en cuanto le ve acercarse. Se muere por hablar con alguien; no es para menos.

—¡Eh! —exclama sacando la mano por la ventanilla y cerrando el puño para saludarle. Ian le golpea con el suyo—. ¡Tío! ¿Has oído la mierda que está pasando en Los Ángeles?

—¿El qué? —pregunta él—. No he oído nada.

—¡Tío! —replica el otro—. ¡En la radio no hablan de otra cosa!

Ian asiente distraído, sin prestar atención realmente. Lo único que le interesa es que Nancy Avalon salga de una puta vez del coche para que el retraso no siga aumentando y así poder meterla de una vez en la sala de maquillaje. Si dependiera de él, sentaría a los actores a la fuerza. Era increíble lo mucho que podían distraerse los muy hijos de puta. Estaba claro que a ellos nadie les echaba la bronca.

—¿No lo has oído? —Insiste el conductor—. Tío, es una mierda muy seria, eso seguro.

Ian niega con la cabeza mirando hacia la puerta y enviando órdenes mentales («Usa la fuerza, Luke») para que se abra de una vez. Lo cierto es que nunca escucha la radio cuando conduce porque le pone nervioso la forma de hablar de los locutores y que corten las canciones para meter anuncios. Y la noche anterior se había ido a la cama pronto después de ver un capítulo de *Breaking Bad* en el ordenador; desde que su colega Raymond le había dejado esa maldita serie estaba enganchado y

maravillado a partes iguales. Está bastante desconectado de lo que pasa en el mundo y lo que dice el conductor en este momento no puede importarle menos.

La puerta trasera se abre al fin. Ian se separa de la ventanilla del conductor y se hace a un lado para saludar a la actriz en cuanto ponga un pie fuera del coche. Sin embargo, la primera en bajar es una chica de unos treinta años con el pelo negro recogido en una coleta, gafas de pasta y ropa formal y neutra. Ian no la ha visto en su vida, cosa que puedes comprobar con tan solo mirar la forma en que entorna las cejas. La chica de la coleta se da por aludida en esa pregunta no formulada y extiende una mano hacia él.

—Ellen Bell —saluda—. Soy la asistente de la señorita Avalon.

Ian abre la boca como un pez estúpido y asiente.

—Ian Morgan —responde—. Auxiliar de dirección.

—Encantada.

Ian asiente a modo de respuesta. Si quieres que te diga la verdad, por dentro está maldiciendo. Odia cuando los actores tienen su propio asistente personal. Si por norma general un actor es capaz de distraerse con el vuelo de una mosca, cuando encima va acompañado y puede hablar de cualquier cosa...

Sus maldiciones terminan pronto. Nancy Avalon sale del coche y le dedica una mirada rápida y desinteresada pero Ian ni siquiera se da cuenta. Se ha quedado paralizado porque lo cierto es que Nancy es aún más apabullante en directo que en las fotos o en pantalla. Su larga melena rubia (no hagas caso a las mil y una entrevistas, su color de pelo real es más castaño que rubio y lo que ves es producto de un buen peluquero y una caja de tinte) y sus enormes ojos verdes la hacen resplandecer. Su rostro es radiante, de rasgos jóvenes y delicados, y su mirada es capaz de seducir incluso cuando lo que exhiba sea un desprecio tan auténtico como el que le dedica a Ian al pasar junto a él.

—Espero que esté puesta la calefacción —dice.

Oh, sí. Siento que se desmonte el mito de esta manera pero es innegable que debemos conocer a Nancy Avalon para captar en todo su esplendor cuanto va a suceder en Portland y, lo hagamos ahora o lo hagamos más tarde, Nancy es ese tipo de famoso que de cara a la galería irradia amor y dulzura pero en privado es, hablando en plata, una grandísima hija de puta.

Pero preciosa, eso no lo negaremos.

—¿Está encendida la calefacción del camerino de la señorita Avalon? —pregunta Ellen girándose hacia Ian.

El chico, que en realidad desconoce ese dato porque desde que ha llegado al plató ha permanecido en el interior de su cochambrosa furgoneta, asiente.

Ellen le dedica una sonrisa. Toda la amabilidad que no mostrará Nancy, ella la entrega multiplicada por dos.

—¿A qué coño esperamos? —pregunta entonces la actriz echando a andar hacia el plató con pasos que denotan su enfado.

—Perdón, Nancy —responde Ellen siguiéndola.

Ian suspira y hace rodar los ojos. Sabe que ese va a ser un día muy largo. Por supuesto, no sabe realmente cómo de largo va a ser, eso es algo que tú y yo podríamos advertirle. Cree que cuando llegue a casa esta noche va a ser uno de esos días en los que quiere tirar la toalla y dedicarse a cualquier otra cosa, servir copas en un bar, por ejemplo. Cree que va a llegar quemado y odiando la falsedad, la hipocresía y las malas maneras de un mundo que, por otro lado, le fascina.

Lo que no sabe es que en realidad no va a llegar a casa.

Echa a andar hacia el plató siguiendo a las dos mujeres y no escucha la pregunta que le hace el conductor sobre la enorme fila que mujeres que nace junto a la puerta del plató número 3, a unos doscientos metros de donde nos encontramos ahora mismo.

Nos acercaremos a esa cola pero todavía no es el momento. Sugiero que me acompañes antes al interior del plató de *Almas de metal*. Sigamos a Ian, Ellen y la exquisita Nancy Avalon.

3

Recorremos con ellos tres el frío pasillo que comunica el vestíbulo con la zona de camerinos. Ian ha adelantado a las dos mujeres y ejerce de guía hasta la puerta en la que el día anterior alguien colocó el nombre de la actriz. Abre cruzando mentalmente los dedos y ahoga un suspiro de alivio al comprobar que la calefacción sí está encendida.

Agradece a Dios por los pequeños detalles.

Nancy entra como una bala y suelta su bolso en el sillón. En todo momento no le ha dedicado a Ian ni siquiera una mirada. Ellen se detiene junto a la puerta y mira al chico.

—Gracias —dice.

—De nada. Nancy, cuando puedas, los maquilladores ya están preparados —añade en un intento de meter prisa lo suficientemente disimulado de cortesía como para que la actriz no sienta presión.

—Ellen —llama Nancy ignorando el comentario de Ian—, ¿qué coño te pasa hoy? ¿Voy a tener que decírtelo todo?

Ian ahoga una sonrisa y se siente inmediatamente conectado de alguna manera con la asistente personal, que ahora niega con la cabeza y levanta una ceja con resignación.

—No —responde, y mira a Ian disculpándose con la mirada—. La señorita Avalon siempre toma un café bien cargado por la mañana. ¿Puedes traérselo a maquillaje?

—Por supuesto —responde él.

Mientras se aleja por el pasillo hacia la máquina de café, que está en el vestíbulo, escucha el ruido de la puerta al cerrarse a su espalda mientras Nancy le está exigiendo a su asistente alguna otra cosa en un tono que despierta animosidad en Ian.

«Manda huevos que resulte ser una imbécil», se dice, «pero claro, si además de estar lo buena que está resultara ser un encanto no habría quien cojones pudiera apartarla de la mente».

Odia servir cafés. Alguna vez le ha comentado a Jenn que si quisiera servir cafés se metería a camarero. De todos modos, es el último café que va a servir en su vida por mucho que él no lo sepa. El mundo está cayéndose a pedazos gracias al virus Cuarto Jinete. Pero eso ya lo sabes; tú y yo lo sabemos mejor que nadie, claro. Hemos visto cosas que, ahora mismo, Ian Morgan no creería ni en un millón de años.

Pronto no le quedarán más opciones que crearlas.

4

Lo que tiene de positivo convertirse en extraordinario testigo de los hechos de la forma en que lo hacemos tú y yo es que manejamos el tiempo a nuestro antojo. No hay razón alguna para que nos quedemos quietos viendo cómo Ian se pelea con la cafetera y podemos acelerar el reloj. En este caso no avanzaremos mucho hacia delante, apenas lo justo para que termine de preparar el café y le veamos llevarlo hacia la sala de maquillaje.

Al abrir la puerta Ian descubre la algarabía que se encuentra al otro lado. Hugh Nicotero está hablando de algo en un tono grave y preocupado (el mismo tono que utiliza para quejarse del *catering* o de la falta de calefacción en plató) y tanto Cecile como Phoebe, las dos peluqueras, le escuchan con gestos de agobio y tensión. En concreto, Phoebe parece a punto de desmayarse de pálida que está.

Ian no se da cuenta de todas esas cosas. Está acostumbrado a que las conversaciones que tienen en la sala de maquillaje le entren por un oído y le salgan por el otro a menos que se dirijan a él directamente. Con un rápido movimiento de ojos ha comprobado que Nancy Avalon todavía no ha entrado allí, y por tanto no han empezado a maquillarla, y ya siente la presión del reloj sobre su espalda.

—¿No ha venido? —pregunta, por mucho que la respuesta sea obvia.

Phoebe niega con la cabeza y se sienta en una de las sillas de maquillaje, con la mano apoyada en el pecho en gesto teatral de angustia.

Ian deja el café en una balda de la estantería.

—¿Qué te pasa? —le pregunta a la peluquera.

—¿Qué le pasa? —interrumpe Hugh levantando las dos manos. Es un hombre que gesticula muchísimo al hablar. A Ian siempre le ha recordado al vendedor de barcos del Monkey Island con su frenético ir y venir de brazos mientras hablaba con Guybrush Threepwood—. ¿En qué agujero has estado metido esta noche?

Ian parpadea, perplejo. Phoebe y Cecile están asintiendo con la cabeza, dando a entender que la pregunta de Hugh tiene todo el sentido del mundo, que la cosa es grave y resulta extraño que Ian no lo sepa. Así que lo primero que le viene a la mente es que Al Qaeda haya vuelto a atacar, que Estados Unidos tenga entre manos otro 11-S. Y recuerda entonces que el conductor, ese tipo negro con camisetas de grupos de música negra con el que apenas ha hablado un par de veces y cuyo nombre desconoce, también le ha hecho un comentario al respecto. Y ha mencionado Los Ángeles. Ian siente la tensión que le recorre el cuerpo como una descarga de intranquilidad, ese sentimiento de horror que todos sentimos cuando vimos aquel segundo avión estrellarse contra las Torres Gemelas en absoluto directo.

—He estado durmiendo —responde sintiéndose un poco estúpido—. ¿Qué ha pasado?

—Joder, Ian. Es la ostia de *heavy*.

Hugh tiene su teléfono en la mano, uno de última generación, y se acerca a él para que pueda mirar a la pantalla. Es un vídeo colgado en YouTube y sin decir nada más, el maquillador aprieta el botón de reproducción y el video comienza. Por el logotipo parece sacado de la CNN. Es una imagen aérea de lo que parece un barrio residencial, hay fuego y la imagen tiembla demasiado como para que se pueda distinguir con claridad lo que está mostrando. La voz del locutor, sin embargo, está llena de pánico y lo transmite hablando a toda velocidad y diciendo que los disturbios se han extendido más allá de las barreras de contención que los militares han puesto en el centro de Los Ángeles.

—¿Pero sabemos de qué se trata? —pregunta otra voz, probablemente el presentador de las noticias desde plató.

—Nadie está dando informaciones, George —asegura el locutor que viaja en el helicóptero a voz en grito para hacerse oír por encima del jaleo que suponen el motor y el viento—, pero lo que están viviendo en las calles es de una violencia inusitada y...

La cámara se estabiliza un momento. Apenas son un par de segundos antes de que la imagen se corte y vaya a negro y regrese a la imagen del presentador de las noticias. Ian reconoce la mirada que tiene en el rostro y una vez más evoca en su mente el recuerdo de aquel fatídico Once de Septiembre. Con voz trémula el presentador advierte que los militares están usando inhibidores de señal y han cortado todas las transmisiones que vienen desde Los Ángeles.

Ian levanta la vista cuando Hugh detiene el vídeo. Ahora es él quien tiene los ojos muy abiertos y brillantes. Lo que ha visto en esos dos últimos segundos en los que la cámara se ha estabilizado le ha dejado un agujero negro en el pecho, uno que absorbe el resto de sus sentimientos dejando únicamente el miedo; una batalla campal, algo que parecía sacado de las secuencias de batallas de *El Señor de los Anillos*, aquellas en las que miles de figuritas corrían hacia el resto con música épica.

No es nada que nos asombre a nosotros. Ya hemos estado allí, ya sabemos qué fue

de Los Ángeles. Y en concreto, también sabemos cómo terminó la historia para los habitantes del barrio residencial que mostraban las imágenes desde arriba. Allí vivía Angus McGee, y permíteme que te refresque la memoria si su nombre no te dice nada. McGee era el editor al que Brad Blueman quería vender la historia de lo ocurrido en Castle Hill cuando se creía a salvo en el hotel Radisson y pensaba que aún tenía opciones de convertirse en un aclamado escritor de superventas. McGee acabó sucumbiendo en la misma puerta de su casa como tantos y tantos otros que perecieron en la meca del cine esa noche.

Ah, ya lo sé, quieres que salgamos de aquí y viajemos hasta Half Moon Bay. Es posible que no sea Brad Blueman el que más te interese de los supervivientes que resistieron en San Mateo después de tantas penurias, y lo comprendo; pero vas a tener que hacerme caso: aún tenemos cosas que ver antes de regresar con ellos.

5

Por ahí vienen Nancy y Ellen. La primera tendría que haber estado sentada en la silla de maquillaje a las siete y ya son casi y cuarto, así que puedes imaginarte la tensión de Ian. Pero dejémosles aquí y ven conmigo, recorramos estos pasillos hacia el vestíbulo y una vez allí crucemos la puerta que lleva al exterior; hace frío pero tendremos que aguantarnos un rato. Podemos, sé que yo lo hago, envidiar al conductor negro que ha traído a Nancy y a Ellen y que ha aparcado el coche en un lateral de la calle e inclinado el asiento hacia atrás para dormir un rato al calor de la calefacción. El suyo no es una nevera con ruedas, eso está claro.

Ah, si te lo estabas preguntando, su nombre es Clifford aunque él te diría que le llames Cliff si tuvieras ocasión de hablar con él.

Dejémosle atrás a él también. Nuestro destino es ahora la larga cola de mujeres que empieza junto a la puerta del plató número 3. Si te estás preguntando cuántas hay te diré que son más de cien, todas ellas con un sueño en mente y deseando deslumbrar a los jueces del *reality* para cuyo *casting* se presentan, uno de esos programas nacidos al amparo de *American idol*.

Si te fijas, al lado de la puerta verás que hay dos personas ajenas al estado de nervios que se puede paladear en las chicas que esperan en la fila. Uno de ellos es un hombre alto y espigado ataviado con un uniforme del cuerpo de seguridad del plató. La segunda figura es miembro del equipo de producción del *reality*, una mujer de casi cuarenta años que tiene en la mano una tablilla llena de nombres y números cuya función allí es la de organizar el *casting*.

Ninguno de ellos nos interesa demasiado. Te lo digo ya: morirán enseguida cuando empiece el desastre.

Les han repartido dorsales numerados a las chicas para facilitar la organización, por lo que sin saberlo lo han hecho también mucho más fácil para nosotros. Ven y

fíjate en quien yo te señale. Con el dorsal número nueve verás a una mujer que hace un par de meses cumplió treinta y uno, con un pantalón vaquero ajustado a unas piernas torneadas por el ejercicio diario. Su nombre es Chelsea y trabaja como administrativa en una empresa que gestiona viajes de lujo. Lleva una sudadera gris ajustada y una gorra del mismo color con la visera hacia delante. Por detrás asoma una coleta de pelo rubio con trazas más oscuras. Es una monada de chica, sí, con nada que envidiar a, por decir un ejemplo, Nancy Avalon. La actriz emana dulzura, sin embargo, en comparación con los rasgos más duros de Chelsea.

Detrás de ella, con el dorsal diez y moviéndose a derecha e izquierda y agitando las piernas para entrar en calor está una de las chicas más locas que hayas conocido en la vida. En el buen sentido, quiero decir; no es que merezca ingresar en un manicomio. Kat, a la que sus amigos a veces llaman Kitty Kat, con sus veinte años recién cumplidos y su metro sesenta es una de esas personas vivaces que disfrutan de la vida como si cada segundo fuera a ser el último; una de esas personas que no temen hacer locuras y que son capaces de tirarse al suelo cuando algo les resulta divertido. Pero claro, si conoces bien a Kat es fácil entender que sea así.

—Se me están congelando las tetas —murmura. Acaba de conocer a Chelsea pero para Kat eso no le impide hablar como le hablaría a su mejor amiga de toda la vida—. Como sigamos aquí fuera mucho tiempo y no caliente el sol voy a poder cortar acero con los pezones.

Chelsea se ríe, meneando la cabeza al hacerlo.

—En serio —añade Kat—, en breve voy a empezar a frotarme las tetas en plan lascivo para evitar que se me congelen y ese guardia va a asistir a un espectáculo que le acompañará toda la vida en sus momentos más íntimos.

Chelsea se tapa la boca con la mano y se ríe. Las chicas que la preceden en la cola se giran para mirarla pero ellas no han oído a Kat y no la acompañan en la risa.

Créeme: Kat sería seleccionada para el *reality* sin ningún tipo de duda. Joven, mona y derrochando simpatía y naturalidad, Kat es el tipo de concursante que en cualquier concurso se granjea la simpatía del público. Es lo que te he dicho, es una chica que vive la vida como si tuviera que beber de cada segundo para atesorarlo en su interior. Si pudiéramos quitarle el jersey y la camiseta y dejarla en ropa interior podrías entender por qué rápidamente. En el centro del pecho le cruza una cicatriz de casi quince centímetros, de arriba abajo. Con apenas dos años tuvo que ser operada del corazón debido a una insuficiencia congénita que estuvo a punto de llevársela. Y dentro de un año tendría que volver a operarse, según los médicos. Ya no lo hará, por supuesto. A día de hoy no sé decirte si dentro de un año seguirá siquiera habiendo médicos capaces de llevar a cabo una operación como esa.

Cuando uno sabe que su cuerpo no funciona al cien por cien y que en cualquier momento podría conspirar en tu contra, se toma la vida de otra manera. Por esa razón Kat es una de las chicas más alegres y optimistas que vayas a conocer jamás. Y ha venido a este *casting* convencida de que puede superarlo, entrar en el programa y

ganarlo. Su mentalidad siempre ha sido así, está convencida de que puede hacer cualquier cosa que se proponga.

Que el mundo es un pañuelo es una realidad; todos hemos tenido alguna experiencia de esas en las que lo que te sale decir es «joder, qué coincidencia». Aquí tienes una de esas: Kat fue muy activa durante un tiempo en un foro de internet cuyo nombre no viene al caso pero en el que conoció y se hizo muy amiga de una chica llamada Carrie Spencer, residente en Castle Hill y cuyo nombre estoy seguro de que despertará todo tipo de recuerdos en ti. La novia de Jason Fletcher, a la que él mismo tuvo que destrozar el cráneo con una piedra para evitar que se convirtiera en una de esas criaturas que habían asolado el pueblo. La que sin saberlo con aquellos últimos besos que intercambiaron condenó a Jason, y por consiguiente a la ciudad de Los Ángeles y al resto del continente americano, a sucumbir bajo la dictadura de los muertos vivientes.

El mundo es un pañuelo.

6

Con el dorsal número catorce tienes a una mujer oriental con la mirada difusa y perdida en los edificios del otro lado de la calle. Su nombre es Christine y como suele decirse: no es la herramienta más afilada del cobertizo. Lo que viene a significar que su mente no funciona a la misma velocidad que el resto. No es tonta, ojo, no permitas que te confundan mis palabras. Christine trabaja en un banco y lleva cuentas privadas de algunos de los clientes más importantes, pero incluso sus compañeros de trabajo te dirían que a veces procesa de forma más lenta las cosas más cotidianas que no tienen que ver con el trabajo, como si pensar en números no requiriese trabajo pero saber dónde iba a comer cada día le exigiese un esfuerzo mental inconmensurable.

La expresión bovina de sus ojos y el hecho de que siempre tenga su boca ligeramente abierta no contribuye a mejorar esa sensación de estupidez que transmite. Probablemente sea la única mujer de la cola que no está hablando con nadie; está pensando en las noticias que ha visto esa mañana mientras se preparaba para salir. En todas las cadenas parecían hablar de Los Ángeles, y aunque no ha entendido muy bien qué era lo que estaba pasando, sabe que es lo suficientemente grave como para que sea razonable sentirse angustiada.

Sigamos adelante en la fila hasta alcanzar a las dos mujeres que llevan los dorsales veintidós y veintitrés. La primera de ellas se llama Kim, tiene treinta y cinco años y es extremadamente delgada hasta el punto de hacer pensar a mucha gente, incluso familiares suyos, que sufre alguna enfermedad. «Anorexia» es una palabra que ha oído pronunciar muchas veces en su vida. Como puedes ver, Kim tiene los ojos azules más intensos que habrás visto en tu vida. En ellos uno puede quedarse atascado como cuando la resaca del mar tira hacia atrás sin dar opciones a llegar a

nado a la orilla.

—¿Y en qué trabajas?

—Tengo un negocio de *spa* s —responde Kim—. Si has ido por el centro seguramente habrás pasado por delante...

—¿El del sol que sonrío y te señala como el Tío Sam? —pregunta la mujer del dorsal veintitrés.

Es de ascendencia dominicana, tiene la piel del color del café con leche y su pelo es una melena rizada y voluptuosa que a Kim le hace pensar en la Eva Longoria de *Mujeres desesperadas* por alguna razón. Su inglés no es perfecto y de cuando en cuando cuele alguna palabra en español y su tono, aunque podría parecer chulesco, tiene más que ver con la calidez latina que con verdadera chulería.

—El mismo —responde Kim sonriendo—. ¿Has entrado alguna vez?

—Siempre he querido —asegura la otra mujer— pero me falla el dinero.

Kim se encogió de hombros como si con ese gesto le quitara importancia. La otra mujer, Alicia, se apoyó una mano en la cadera y señaló a Kim.

—No tienes pinta de empresaria.

—¿No? ¿Y de qué tengo pinta?

—No sé, de empresaria no. Pero oye, me alegra ver que cada vez hay más mujeres que llevan sus propios negocios. —Alicia entorna los ojos con teatralidad—. Si ganase este concurso invertiría en poner una peluquería y ser mi propia jefa.

—Claro.

Alicia abre la boca para decir algo más pero se queda quieta antes de pronunciar ni una sílaba. Una mujer negra, delgada y con rostro redondeado y gafas, se ha acercado a ellas y mira a Alicia con gesto despectivo. Lleva el dorsal noventa y siete por lo que Kim supone que se encontraba hacia el final de la cola antes de acercarse hasta allí.

—¿Tú que demonios haces aquí? —pregunta Alicia, hinchándose casi como lo haría un gato antes de atacar.

De repente el tono ha sido violento y Kim retrocede apartándose un paso. Las dos mujeres, la dominicana y la negra, se encuentran enfrentadas a una distancia de un par de metros la una de la otra.

—Tendría que haberlo imaginado —masculla la recién llegada escupiendo desprecio—. Imagino que enseñarás las tetas ahí dentro para que te seleccionen, ¿no? ¿O directamente te pondrás de rodillas para chuparles la polla? Es lo que mejor se te da.

Todas las chicas que se encuentran cerca de ellas en la cola se han girado para mirar, con esa curiosidad morbosa de quien cree que va a presenciar una pelea o un accidente.

—James no se ha quejado nunca de cómo se lo hago —replica Alicia.

Una mueca de odio y furia surca el rostro de la mujer negra del dorsal noventa y siete. Su nombre es Sabrina y trabaja como profesora en un colegio de niños con

problemas de atención o socialización. Por lo general, sé que esto, y visto lo que acabamos de ver te va a costar creerlo, es una persona calmada y reflexiva. Pero es que Alicia es la única persona capaz de sacarla de sus casillas.

Para entenderlo hay que remontarse un año atrás. Después de un año preparando la boda y encargándose de todo lo realmente pesado como es decidir el menú, las invitaciones, la colocación de los invitados, la decoración... Sabrina no cabía en sí de la emoción. En apenas dos semanas se convertiría en la mujer de James, su novio desde el instituto y, para ella, la persona más importante del mundo y con el que siempre había tenido una relación de confianza absoluta.

En aquellos tiempos Sabrina le habría dicho a cualquiera que le preguntase que su historia con James era digna de la mejor película romántica, digna de un cuento de hadas de la factoría Disney en su época más empalagosa. Se habían conocido en el instituto y el flechazo había sido casi inmediato. Él jugaba béisbol en la liga local y ella iba a verle a todos los partidos, animaba desde la grada y gritaba su nombre cada vez que le tocaba batear. Sabrina estaba dispuesta a hacerlo todo por él.

A dos semanas de la boda Sabrina llegó pronto a casa y se encontró a James sentado en el sillón del salón con los pantalones bajados hasta los tobillos y Alicia arrodillada entre sus piernas moviendo la cabeza con un frenesí que a ella le resultó tan obsceno como desproporcionado. Perdió fuerza en las manos y las llaves y el bolso cayeron al suelo haciendo que los dos amantes se sobresaltaran. Y eso fue lo peor en realidad, porque Alicia levantó la cabeza abriendo mucho los ojos y el pene de James saltó y golpeó su estómago con un sonido acuoso. La visión de ese momento concreto fue superior a las fuerzas de Sabrina y empezó a chillar, histérica y sin atender a razones. James intentó calmarla pero terminó marchándose de casa después de que ella le empujara a puñetazos y patadas.

Aquella imagen, el pene enhiesto golpeando el estómago de James a pocos centímetros de los labios de la dominicana había perseguido a Sabrina en todas sus pesadillas. Tal vez con el tiempo podría haberlo superado. Sabrina es una mujer fuerte y más que capaz de dejar atrás incluso un engaño tan doloroso como aquel, pero Alicia vive en el mismo vecindario y las malditas leyes de Murphy provocan que ambas mujeres se crucen constantemente. No importa si es en el supermercado, en la calle o en cualquier otro lugar. Casi como si estuvieran unidas por el destino ambas suelen acabar yendo a los mismos lugares.

Y cada vez que se ven a Sabrina le hierve la sangre y Alicia hincha el pecho con orgullo latino dispuesta a dar pelea o morir en el intento.

Con eso en perspectiva supongo que puedes entender la mueca de odio que ha aparecido en el rostro de Sabrina.

—Pues nada, ya puedes ir diciéndole a todas estas chicas que no tienen nada que hacer. Si estás tú aquí para comérsela al jurado las demás podemos irnos a casa.

—Oh, claro que te puedes ir a casa —contesta Alicia esbozando una sonrisa maléfica—. Estoy segura de que no va a haber nadie esperándote en el salón.

Sabrina cierra el puño con fuerza. Kim, que sigue mirando la escena con esos ojos tan azules abiertos de par en par; está bastante segura de que la mujer negra va a darle un puñetazo en la cara a la dominicana. Sin embargo, haciendo gala de un tremendo autocontrol, Sabrina resopla y se da la vuelta, regresando hacia la parte final de la fila.

—Su novio le puso los cuernos conmigo pero ella me echa toda la culpa a mí —le explica Alicia a Kim, girándose hacia ella y encogiendo los hombros como si no tuviera importancia.

Kim asiente, aunque por su expresión resulta fácil adivinar que ya no le apetece tanto como antes mantener la clase de conversación casual que estaba teniendo con Alicia. Ese tipo de situaciones incomodan a Kim, cuyo carácter choca frontalmente con la forma de ser explosiva de la mujer latina. De hecho, obviamente Kim no lo va a decir en voz alta, pero Sabrina le ha dado un poco de lástima.

Sin embargo, está atascada con Alicia en la fila y viendo que todavía no ha comenzado el *casting* es natural que piense que va a tener que tragarse ese sentimiento y mostrarse amable. A fin de cuentas, a ella no le ha hecho nada y, quién sabe, si por alguna casualidad de la vida las dos resultaran seleccionadas para el programa sería positivo poder contar con una especie de alianza previa. Kim es estratega por naturaleza. Uno nunca sabe a qué se va a enfrentar más adelante y ella no es de las que se cierran puertas hasta estar segura de poder desechar lo que deja atrás.

Volveremos con ellas, hazme caso. Pero ahora, sigamos nuestro camino antes de que se nos haga tarde. Si nos quedamos aquí es posible que nos atasquemos mirando los preciosos ojos de Kim, que recuerdan a ese mar limpio y transparente de los folletos turísticos de paraísos tropicales.

7

Seguimos la fila de aspirantes femeninas a entrar en el programa de canto e incluso dejamos atrás el lugar donde se queda Sabrina, entre la mujer que lleva el dorsal noventa y seis y la adolescente con el rostro lleno de granos que lleva el noventa y ocho. Vamos más allá porque lo que quiero es que salgamos del complejo de platós y giremos a la izquierda en esa esquina.

Empieza a haber actividad en la calle. Hombres que caminan con el abrigo bien abrochado y maletines en las manos, mujeres que tiran de sus hijos para arrastrarles al colegio, un par de barrenderos que cumplen con su trabajo y, mira hacia allí, justo enfrente de la sucursal bancaria verás un puesto ambulante de tortitas y perritos calientes con el toldo en forma de salchicha.

El hombre que acaba de comenzar a poner en marcha el puesto se llama Zoran Zuchemberg y como puedes ver no le vendría mal adelgazar unos kilillos para perder

esa panza que empieza a asomar sobre sus pantalones. Zoran nació en Eslovaquia, pero lleva casi nueve años en Estados Unidos tratando de ganarse la vida. Cada mañana deja en casa a su mujer y a sus dos hijos pequeños con la única idea en mente de darles una vida buena, alejada de todos los problemas en los que se mete la gente sin dinero. Él sabe bien de lo que habla porque sus padres, allá en Eslovaquia, eran pobres («pobres como ratas», diría Zoran marcando las erres con grave acento del este de Europa) y él mismo había pertenecido a pandillas y hecho cosas de las que ha pasado mucho tiempo arrepintiéndose.

Ahí le tienes, calándose la boina que oculta su incipiente calvicie pero deja a la vista el pelo ya casi canoso de los laterales. Siempre luce un bigote poblado y muy bien cuidado y a pesar de que su aspecto y su clara procedencia extranjera podrían provocar que los clientes no quisieran acercarse a su puesto, lo cierto es que ha logrado hacerse con un importante número de clientes fijos que cada día se paran a saludarle y comprarle el desayuno.

El secreto reside en hacer un buen café y en mostrar un trato amable y agradable.

Normalmente Zoran puede decir que la vida le trata bien. Al menos lo piensa durante seis días a la semana. Luego está el séptimo día y recibe la visita de John Vernon y siente renacer la ira que le movilizaba cuando era un adolescente metido siempre en movidas oscuras allá en Eslovaquia. John Vernon, **el puto Gordo avaricioso**.

Hoy es uno de esos días y si esperamos un momento veremos aparecer la peor pesadilla de Zoran Zuchemberg. Vale la pena que lo hagamos, así que acerquémonos un poco más al puesto de comida y miremos cómo Zoran prepara la cafetera y va colocando los utensilios que utiliza a lo largo del día, cada uno en su lugar. Como puedes observar siguiendo los movimientos del eslovaco, es un hombre metódico y ordenado.

Gira la cabeza hacia la izquierda. Un coche patrulla acaba de torcer en la primera intersección y se mueve en nuestra dirección a velocidad lenta. Se detiene con un chirrido del disco de frenos a unos veinte metros y si miras ahora a Zoran verás que se muerde el labio y resopla. Le frustra y cabrea a partes iguales. No cree que sea justo y eso le hace rabiar. Por otro lado sabe que no tiene otra opción que obedecer. Se juega demasiado y, como te he dicho, deja en casa a su mujer y sus dos hijos cada día cuando sale para ir a trabajar.

Del asiento del conductor del coche patrulla desciende un policía de uniforme calvo mascando chicle. Su nombre es John Vernon y Zoran Zuchemberg le conoce como **el puto Gordo avaricioso**. Puedes imaginar por qué: Vernon es el prototipo de policía que en las películas sale comiendo rosquillas sentado al volante del coche. En otro tiempo fue musculoso pero hace ya años que sus músculos se convirtieron en grasa.

Se acerca al puesto de comida con gesto chulesco y apoya un codo mientras mira en todas direcciones para asegurarse de que nadie pueda oír lo que tiene que decir.

—¿Qué hay, Zeta?

Zoran odia que le llame así.

—Todo bien —responde sin levantar la mirada—. Estoy trabajando. —En realidad suena como *trrrrrabajando*.

—Mira, ya somos dos —dice el policía—. ¿Tienes lo mío?

Zoran tarda unos segundos en contestar. Nuevamente por su cabeza cruzan pensamientos que tachan aquello de injusto. Pero claro, ¿qué opciones tiene? ¿Acudir a la Policía? **El puto Gordo avaricioso** es la Policía. Así es como funcionan las cosas en los Estados Unidos. Muchas cosas buenas y alguna capaz de hacer que odies todo el sistema.

Finalmente asiente.

—¿Y a qué coño esperas para dárme lo?

Zoran levanta la mirada y sus ojos se enfrentan a la mirada despiadada de Vernon. En ese momento un hombre de traje de los que Zoran considera cliente habitual se acerca al puesto y se apoya en la barra junto al policía.

—¡Buenos días, Zoran! —exclama, sacudiéndose—. Joder qué frío, ¿me pones un café? —Se gira hacia Vernon y le saluda con un gesto de cabeza—. Buenos días, agente.

—Buenos días, caballero.

—¿Qué tal? ¿Cómo se presenta el día?

—Estamos aquí para proteger y servir, caballero —responde Vernon.

Zoran siente la tentación de saltar por encima de la barra y golpear una y otra vez su gorda cabeza calva contra la barra. Hacerlo le produciría el alivio de terminar con sus malditas extorsiones y la hipocresía de su «proteger y servir» pero también haría que el compañero de Vernon saliera del coche patrulla como una bala y le detuviera sin contemplaciones.

La mayoría de las veces Henry Fitzgerald se queda en el coche porque no disfruta con lo que hace su compañero. Otras, sale y le acompaña porque a fin de cuentas no tiene más remedio que hacerlo o denunciarle. Y supone que en realidad ya es demasiado tarde para eso. Nunca ha aceptado ni siquiera un dólar del dinero que John saca de sus chanchullos, ni siquiera en la época en la que su compañero se enfadaba y dudaba de su integridad.

¡De su integridad! Henry creía que eso tenía delito, por supuesto. Era John Vernon el que utilizaba su posición como agente de policía para extorsionar, chantajear y amenazar a quien le daba la gana pero luego llamaba traidores a quienes acudían a Asuntos Internos para denunciar a otros policías.

—Tu puta manía de no mancharte las manos resulta de lo más sospechosa, cojones —le había espetado a Henry en más de una ocasión—. Cualquiera podría pensar que eres un chivato —y con «cualquiera» John quería decir «yo»—, que podrías querer entregarme a esos hijos de puta listillos de Asuntos Internos. ¿Sabes lo que te digo, Henry?

Henry sabía lo que decía John, por supuesto.

—Asuntos Internos me la puede chupar hasta dejarla brillante y lustrosa como mi calva. —John solía terminar sus discursos con esa frase y Henry había pensado en alguna ocasión que su calva no tenía nada de lustroso.

«Después de tanto tiempo, si se me ocurriera denunciarle a Asuntos Internos es probable que me jodieran a mí también por encubrirle durante todo este tiempo», pensaba a menudo. «Y lo jodido es que algún día caerán sobre nosotros. Es cuestión de que alguien se harte y le denuncie. *Nos* denuncie. Y entonces estaré jodido del todo porque ni siquiera habrá salido de mí. Seré un cómplice en toda regla. Y el cabrón de John es capaz de decir que repartía el dinero conmigo a partes iguales si con eso le reducen el castigo».

Henry era consciente de que eso podía pasar y sin embargo no se sentía capaz de actuar. Al final aquello de que uno tomaba a su compañero como a una especie de hermano al que proteger y cuidar era verdad. Y a un hermano se le consienten meteduras de pata.

—Oiga, agente —comenta el tipo del traje en la barra—, ¿se sabe algo de lo que ha pasado en Los Ángeles? Las noticias eran confusas.

John chasquea la lengua. Lo único que quiere es terminar con aquello, recibir el sobre con el dinero que semanalmente exige a Zoran y largarse de allí.

—No podemos hablar de eso —responde, sabiendo que con eso lo único que hará será alimentar la sensación de paranoia que seguramente alberga ese hombre en su cabeza.

Suele ocurrirle a los estadounidenses de a pie, o eso piensa John, que ante cualquier problema que afronta su país se vuelven locos y lo sufren como si fuera personal. John no sabe qué es lo que está pasando en Los Ángeles, de hecho, lo más seguro es que sepa lo mismo que ese tipo trajeado porque habrán visto el mismo canal de noticias. John ha estado hablando de ello con Henry en el coche patrulla y ambos han estado de acuerdo en que es inquietante y más raro que encontrar un puto adicto al *crack* capaz de resolver problemas de matemáticas. Ambos han comentado lo estremecedor de aquellas imágenes en las que se veía gente peleándose y mucha sangre, pero todas esas imágenes tenían una calidad demasiado mala como para entender exactamente lo que veían. Eran como esas películas que se pusieron de moda después de *El proyecto de la bruja de Blair*, el famoso *found footage* o películas grabadas y editadas como si formaran parte de unas cintas encontradas con imágenes en primera persona.

—Es cierto, mierda —aseguró John—. No había forma humana de entender una puta mierda.

—No —le contestó Henry—, pero ha sido raro. Había demasiada sangre y estamos hablando de Los Ángeles, no de Pakistán, joder.

John asintió.

—La gente siempre menciona la puta bruja de Blair —dijo entonces cambiando

de tema—, pero la primera película que yo vi con ese rollo en primera persona fue la jodida *Holocausto caníbal*. Vomité después de verla, ¿sabes? Me tragué por completo lo de que era real y cuando empalan a la chica... Su puta madre, descargué sobre la alfombra todo lo que había cenado esa noche. Ya no se hacen películas como entonces.

Henry asintió con gesto divertido y John se encogió de hombros.

—Es más, no descarto que toda esa mierda de Los Ángeles no forme parte de la campaña publicitaria de la próxima de Hollywood.

—¿Una de zombis?

John miró a Henry con una ceja levantada. Ahora que su compañero lo mencionaba, sí que era verdad que las imágenes que habían mostrado en las noticias podían recordar a ciertas películas de zombis. De las de la nueva generación, claro; de esas en las que los muertos vivientes corren a toda velocidad como si se hubieran puesto de *speed* hasta el culo.

Lo dicho: no se hacen películas como las de antes.

—Nadie ha hecho una de zombis como *found footage* —dijo entonces—. Es una buena idea. Y con esta campaña y diciendo que fue verdad y que el ejército logró controlarlo todo, o algo así, seguro que arrasan en los cines. Los críos se lo creen todo.

—En realidad creo que hay una española —comentó Henry mirando distraídamente por la ventana—. O francesa, no estoy seguro. Si la memoria no me falla se llamaba *Rec*.

—No veo cine europeo, no me jodas —protestó él—. No me digas que ves esas mierdas. ¿Qué eres? ¿Gay?

Henry soltó una carcajada que resonó en el coche patrulla.

—¿Y qué clase de mierda de nombre para una película es *Rec*? —añadió John golpeando el volante con la mano izquierda.

—Pues para un *found footage* me parece bastante ocurrente en realidad.

John tuvo que admitir que eso era verdad.

—De hecho —dijo entonces Henry—, juraría que hicieron un remake aquí.

—¿De una película francesa? En serio, desde que Hollywood lo manejan maricones están empezando a hacer películas de mierda. Joder, si hace poco me metí a ver una de vampiros pensando que vería algo como *Blade*, la del negro ese con katana. Tío, no la veas. *Crepúsculo*. Quería arrancarme los ojos, en serio. Vampiros maricones, en serio. ¿Dónde pollas está Drácula cuando se le necesita? Te lo digo y no me canso, Henry: ya no se hacen películas como las de antes.

—Joder, John, pero *Crepúsculo* es para adolescentes...

—¿Y yo por qué coño tengo que saberlo? Si es de vampiros es de vampiros, joder. En los ochenta hacían películas de adolescentes con cojones. Y en los setenta aún más, joder. ¡Pero si hasta salen a la luz del día! ¿Qué mierda de vampiro sale a la luz del día? ¿Desde cuándo?

Henry había meneado la cabeza mientras se reía.

8

—Claro, lo entiendo —responde el hombre del traje, encogiéndose de hombros—. Solo espero que no sea muy grave. El país no resistiría otro Once de Septiembre.

John asiente con gesto comprensivo. Por suerte para él, Zoran le pone el café delante al tipo del traje y este paga con un par de monedas que Zoran hace desaparecer rápidamente en su delantal.

—Gracias, Zoran —dice el hombre cogiendo su café—. Agente, que tenga un buen día.

—Muchas gracias —responde John exhibiendo una de sus sonrisas manufacturadas para simular amabilidad con los civiles—. Seguro que lo tendré.

Créeme: por muy seguro que se sienta John Vernon su día de hoy no va a ir bien. En breve llegaremos a eso.

El hombre del traje se marcha con su café en una mano y John se gira hacia Zoran.

—Dame el sobre, Zeta. No tengo todo el día.

Zoran asiente tragándose su orgullo y se agacha para buscar lo que le pide el agente de policía. Lo guarda en uno de los estantes inferiores. Y ahora te cuento de forma acelerada lo que va a pasar porque tenemos que seguir moviéndonos o nos vamos a quedar sin tiempo. Zoran le dará el sobre con el dinero a John, este asentirá y le dará las gracias con ese tono burlón de superioridad que suele utilizar y regresará al coche. A medio camino se dará cuenta de que tiene hambre así que se detendrá junto a la ventanilla de Henry y le preguntará si quiere comer algo. El agente Fitzgerald declinará la propuesta y John regresará al puesto de comida de Zoran para pedirle una ración de tortitas que no llegará a pagar nunca.

Vámonos.

9

Si seguimos avanzando recto por esta calle verás a la derecha un callejón que nace entre dos edificios; apenas tiene treinta metros de largo y en él hay varios contenedores de basura y un olor a orina y basura digno de cualquier vertedero. En el lateral hay una puerta, de esas que solo se abren desde el interior, y ahora mismo se encuentra abierta, sujeta por una cuña de madera, mientras un hombre oriental vacía un cubo de basura en el contenedor.

El hombre se llama Yuen Zi y es coreano. Tiene casi cincuenta años y aunque completó hace mucho tiempo los estudios de odontología lo único que ha encontrado

en Estados Unidos es trabajo de reponedor o de camarero. Entre ambas cosas, al final ha escogido la segunda como medio de vida. El cubo de basura que vacía pertenece a la cafetería en la que está como empleado; ahora que regresa hacia la puerta le acompañaremos.

Al otro lado se encuentra la cocina de la cafetería. Paredes blancas y electrodomésticos plateados que se encuentran apagados a excepción de las neveras y congeladores. A esas horas de la mañana la cocina está cerrada y solo se sirven cafés y bebidas más algo de bollería que ellos encargan a otro sitio. También hay ollas, sartenes y cubertería diversa; todo lo que se necesita para que una cocina como esa sea operativa; sal, aceite, especias...

Yuen Zi quita la cuña y permite que la puerta que da al callejón se cierre. Deja la cuña a un lado para que la utilice el próximo que la necesite, y el cubo en el suelo. Bostezando, se dirige a la puerta que lleva a la cafetería en sí. Hay cuatro clientes en ese momento y todos ellos están atendidos, así que se sienta en la banqueta que tiene en una esquina y centra su atención en la revista que guarda debajo de la barra.

Sentado al otro extremo, con un café aliñado con un chorrito de *whisky*, se encuentra un hombre que podría haber competido con Richard Jewel en cualquier concurso de ingestión de alcohol. Su nombre es Osney Martell y su vida, sin embargo, ha sido bastante más desgraciada que la del borracho oficial de Castle Hill. A los dieciséis años sus padres murieron en un accidente de tráfico y Osney tuvo que mudarse con su abuelo paterno, un hombre que siempre le había parecido tétrico y que se tomó la presencia de Osney como una carga.

Por supuesto, Osney huyó de aquella casa en cuanto tuvo edad suficiente para hacerlo. Empezó a ganarse la vida en la construcción. A su favor tenía que aprendía rápido y era lo suficientemente fuerte como para resultar un buen fichaje. Allí conoció a Lester Cruise y juntos cogieron la costumbre de cogerse una pequeña cogorza después de cada jornada de trabajo; se metían en el bar más cercano a la obra en la que estuvieran trabajando, empezaban a contar chistes y hablar de política y bebían sin parar.

Así, día tras día.

El día que Osney se casó tendría que haber sido el día más feliz de su vida, y sin embargo él lo pasó sintiendo al pequeño monstruo en el estómago removiéndose de un lado a otro y deseando llegar al salón donde celebrarían el convite para echarse algo en el gaznate. Cosa que hizo en cuanto llegaron.

Y por aquel entonces todavía no había problemas en el recién inaugurado matrimonio, pero no tardaron en llegar. Su mujer no se tomaba de buen grado que todas las noches él llegara tarde y borracho, algunas, incluso incapaz de mantenerse en pie. Él no soportaba que le reprocharan su actitud cuando lo único que quería era tumbarse en la cama a descansar. Empezaron a tirarse puñaladas; al principio las broncas eran ligeras y rápidas y la mayoría se solucionaba cuando se metían en la cama; luego se recrudecieron, se volvieron cada vez más largas y duras, ella le

llamaba borracho y le decía que tendría que elegir entre sus amigotes y ella, llegando a decir que «sobre todo ese Lester. O le dejas o seré yo quien te deje a ti». Y entonces Osney se ponía furioso. Nunca le levantó la mano, en ese sentido Martell era un buen tipo, pero también gritaba y su voz era bastante más poderosa que la de ella.

«Yo mantengo a esta familia trabajando todos los putos días durante diez horas. Si luego quiero tomarme una copa con mis compañeros, me tomaré una puta copa».

«Como si fueras capaz de tomarte una sola copa».

«Puedo hacer lo que me venga en gana, joder».

«Pues sigue así y pronto no tendrás a nadie que te reciba con la cena en la mesa».

Y día a día esas conversaciones fueron minando un amor que nunca estuvo bien cimentado de todos modos. Y un día, tal y como había pronosticado ella, Osney llegó a casa y no encontró platos sobre la mesa, ni ollas con comida preparada; nada excepto una nota de papel en el centro de la mesa sujeta con la pequeña bola de nieve que él le había regalado a ella durante uno de sus viajes, uno que fue particularmente romántico y bonito en la época en que solo eran novios.

Osney cogió aquella nota y la leyó. Con la estilosa caligrafía con la que ella siempre escribía, le decía que no se molestara en buscarla porque no iba a volver, que algún día le mandaría los papeles del divorcio y que si aún tenía algún sentimiento en su interior por ella los firmaría sin protestar. Al final, a modo de despedida, ella había escrito «te quiero».

Sin una mujer que le recibiera en casa cada día, Osney empezó a beber sin control. Ni siquiera Lester era capaz de seguirle el ritmo y más de una noche se encontraba con que su compañero de juergas se despedía con la excusa de que al día siguiente ambos tendrían que presentarse en el trabajo y había que dormir la resaca. Osney empezó a reprocharle esa actitud de la misma manera en que su mujer le había reprochado a él que llegara tarde a casa todos los días.

Le despidieron. La bola de mierda en que se había convertido su vida rodaba por una pendiente que parecía no tener fin. Con todas las horas del día a su disposición, beber se convirtió en la única actividad que le interesaba. Y pasó lo que tenía que pasar, y era raro que no hubiera sucedido antes: empotró el coche contra otro vehículo.

Y tuvo suerte. Para lo que podría haber sido, él salió ileso y el conductor del otro coche apenas sufrió la rotura de la muñeca izquierda. Sin embargo, a él le condenaron a cubrir los costes y le obligaron a acudir a reuniones de Alcohólicos anónimos. Osney pensaba que era una patraña y no serviría de absolutamente nada. Sin embargo, se encontró con que se sentía más que a gusto en las reuniones y empezó a tomárselo en serio y a volverse activo y participativo. El día que se levantó para decir «soy Osney Martell y llevo un año sin probar el alcohol» no supo decir si le alegraba más haber sido capaz de hacerlo o el aplauso que todos sus compañeros le dieron. Nadie había aplaudido jamás a Osney, a excepción del día de su boda y aquello no había sido por un logro suyo. Esto sí, era un tesoro, el suyo, y estaba orgulloso de

ello.

Incluso empezó a quedar con la que aún era su mujer, ya que nunca había llegado a mandarle los papeles del divorcio. Había encontrado un trabajo en la estación de autobuses y pensaba que la vida le iba bien. Orgulloso, pudo contar un día que se había cruzado con su antiguo compañero de correrías, Lester Cruise, y había sido capaz de rechazar sus múltiples invitaciones a entrar en el bar para celebrar aquel encuentro.

—Ya no bebo, Lester —le había dicho—. Me metí en Alcohólicos anónimos y me desenganché.

—¿Eso hiciste? —Lester se rió, burlón—. ¿Quién lo iba a decir? Creía que eras un hombre de verdad, Osney. Al menos bebías como uno.

Ni siquiera las burlas hirientes de Lester le hicieron recaer.

—Tendrías que probarlo —le dijo a su antiguo compañero—. Te vendría muy bien y podrías ver la vida de otra manera.

Lester se había echado a reír y a Osney le había importado bien poco. Estaba satisfecho con el camino que había tomado su vida y creía estar en su mejor momento.

Por supuesto, todas las cosas buenas se acaban. A su mujer le detectaron un cáncer en estado avanzado y muy agresivo. La degeneración fue tan bestial que apenas tuvo tiempo de hacerse a la idea y ella ya estaba internada en el hospital muriéndose. Él aguantó a su lado, sentado permanentemente en una silla, cogiéndole la mano y besándosela a menudo, pensando que si se iba al menos quería que lo hiciera sintiéndose amada.

Y ella se fue. Si lo hizo sintiéndose amada o no supongo que es otra historia. El caso es que murió y Osney Martell se vio consumido por una pena tan atroz que no fue capaz de parar la caída libre. Sin apenas detenerse a pensarlo se encontró a sí mismo en un bar pidiendo un vaso de *whisky* bien cargado. Ni siquiera le dedicó un pensamiento a todo lo que había aprendido en Alcohólicos anónimos.

Y ya sabes lo que dicen de los alcohólicos, no saben beber solo una. Osney era el perfecto ejemplo y a aquel vaso de *whisky* le siguió otro. Y otro. Y otro.

Volvió a perder el trabajo, empezó a meterse en problemas y peleas y siguió bebiendo. Amanecía y desayunaba un «café aliñado», como le gustaba llamarlo, y después seguía adelante por la cuesta arriba en que se había convertido su vida echándose al gznate cualquier cosa que sirviera para emborracharle.

El primer día que entró en la cafetería Jooker (así escrito, no es una errata) y le pidió un café aliñado al chino que se encontraba al otro lado de la barra, lo que recibió fue una expresión de incompreensión tal que hizo que a Osney le cayera bien el camarero en ese mismo instante. No se habían convertido en amigos, Osney tenía bien claro eso de que los orientales eran muy suyos; pero de vez en cuando charlaban y él había convertido el Jooker en su primera parada diaria. Así, supo que el camarero en realidad no era chino, sino coreano, y que se llamaba Yuen Zi.

—¿Qué clase de nombre ese ese? —le había preguntado una vez.

—¿Qué clase de nombre es Osney? —le había devuelto el camarero.

Con ese orgullo tan norteamericano que hace que defiendan lo suyo aun cuando es indefendible, Osney frunció el ceño y abrió la boca para contestar que el suyo era un nombre americano y punto, como si eso lo resolviera todo. Se había dado cuenta de lo estúpido de su respuesta antes incluso de decirla en voz alta. Al final se había encogido de hombros y se había echado a reír. Y el coreano había meneado la cabeza con aquella expresión que ponía a veces de «no hay quien entienda a estos putos chalados estadounidenses». A Osney le hacía gracia que hiciera aquello.

10

Y regresando al presente, ahí tienes a Yuen Zi en una esquina mirando por encima una revista mientras en el extremo contrario de la barra Osney Martell mira su taza de café aliñado sin verla en realidad, sumido en sus pensamientos y diciéndose, por primera vez en mucho tiempo, que necesita encontrar un trabajo o pronto no tendrá dinero ni siquiera para pedir un café.

Y eso que Yuen Zi no le cobra de más por el chorro de *whisky* extra.

Por detrás de Osney, sentado a una mesa y terminándose un café que en este caso no tiene nada de aliño, hay otro hombre. Sobre la mesa hay un maletín y la gabardina que llevaba puesta cuando entró. Tiene el teléfono móvil en una mano, uno de esos de última generación que cuestan tanto dinero como unas vacaciones en Argentina, y su pulgar vuela sobre la pantalla pulsando una y otra vez. Es abogado, se llama Kieran Sander y si quieres mi consejo, quédate con su nombre pero tampoco hagas demasiado esfuerzo en memorizarlo. Su muerte será demasiado rápida como para que necesitemos comprender quién es o por qué. Y sí, tiene algunas cosas interesantes en su vida que podríamos molestarnos en cotillear, pero el tiempo se nos acaba y aún no hemos llegado a nuestro destino.

Y nos quedan los últimos dos clientes del Jooker a esa hora de la mañana, la pareja sentada a una mesa cercana a la puerta con las manos entrelazadas junto a la taza de té de ella y el café humeante de él. Esta pareja tan bien avenida sí guarda interés para nosotros. Ella es Cindy Teller y como puedes ver tiene el pelo del color de la miel recogido en dos trenzas que le caen por ambos lados de la cabeza, enmarcándole un rostro de rasgos dulces y redondeados. Tiene un *piercing* en la nariz, no un aro sino uno de esos puntitos brillantes que podrían pasar desapercibidos.

Al otro lado de la mesa está él, un joven español llamado Jorge Ballesteros que podría pasar antes por irlandés que por español: pelirrojo y de tez pálida con algunas pecas en las mejillas (no demasiadas pero sí algunas). Lleva al cuello un collar de pequeñas conchas blancas que en la parte central tiene una pequeña tabla de *surf*. En su camiseta gris hay silueteado un rostro, apenas rasgos de lápiz con manchas

borrosas de color carmesí simulando el pelo del hombre. En letras negras y bajo el rostro dibujado en la camiseta puede leerse la leyenda «Matt el Rojo es la Ley». A la altura del corazón lleva prendida una chapa en la que se puede leer el nombre de un grupo de música: Histeria Innokua.

Y si parecen tan felices es porque tienen motivos para estarlo. La razón por la que ambos se encuentran en Portland es para que él pudiera conocer a la familia de Cindy. La noche anterior, mientras en Los Ángeles miles de personas morían por culpa del *Cuarto Jinete*, Cindy y Jorge anunciaron a los padres de ella que se casarán el año que viene. Bueno, anunciaron su intención de hacerlo y que ya tenían fecha y sitio elegido: una hermosa iglesia en el pueblo de la costa valenciana donde ambos se habían conocido.

En la mesa hay un mapa turístico de la ciudad de Portland. No es que ella lo necesite pero a él le gusta llevar uno encima siempre que visita una ciudad; ella lo sabe y por eso se lo ha conseguido. Ahora señala con un bolígrafo los sitios que quiere enseñarle a él.

—El Jardín de las rosas es precioso, ya verás —dice ella—. No es la mejor época pero sigue siendo bonito. Está aquí.

Rodea con un círculo el citado lugar. Jorge asiente prestando atención y dedicándole alguna que otra mirada con gesto enamorado.

—Y luego podemos acercarnos al Jardín japonés. Está muy cerca y es tan distinto que es como entrar en otro planeta. Es muy tranquilo, como si fuera un santuario de paz.

—¿A qué hora ha sacado las entradas tu padre?

Cindy se lleva la mano a la frente.

—Creo que a las seis. Luego le llamamos.

La noche anterior Jorge comentó que siempre le había apetecido ir a ver un partido de béisbol en directo. El padre de Cindy se había emocionado al momento y le había invitado al partido que se jugaría esa tarde.

—No son los Red Sox pero es béisbol igualmente.

Jorge había sonreído y aceptado de buen grado. En casa de los Teller todos eran seguidores de los Red Sox como evidencia entre otras cosas la gorra que Cindy tiene a un lado del asiento, azul con la letra B bordada en rojo en la parte frontal.

—¿Y museos y esas cosas? —preguntó él—. ¿No me vas a llevar a ninguno?

Cindy se encogió de hombros.

—No te creas que los museos de Portland son muy emocionantes —aseguró ella—. Está el de Historia de Oregón o el museo de Ciencias pero ninguno es gran cosa.

—Ah, ok.

Cindy se inclinó hacia delante y le dio un beso en los labios. Jorge le guiñó un ojo.

—¿Entonces le he caído bien a tus padres? ¿Tú que crees?

—Que te adoran, como era de esperar.

Ella le echó un vistazo al sencillo anillo de oro blanco con un pequeño brillante en la parte superior que él le había regalado cuando le pidió que se casara con él. Ella lo lucía con orgullo y mirarlo hacía que se le acelerase el corazón. Aún había veces en las que no se creía que fuera a hacerlo, no porque no quisiera, porque lo deseaba con toda su alma, pero cuando había pensado en cómo sería su vida, en todas las ocasiones que lo había hecho se había visto dando ese paso después de los treinta.

«Los veinte son para disfrutar» se había dicho más de una vez. En parte el año que estuvo en España estudiando fue una buena demostración de que lo pensaba en serio. Luego las cosas fueron bien y encontró un trabajo en Madrid, tenía buenas amigas con las que salir de fiesta y disfrutar de la vida tal y como sus planes de vida le exigían hacerlo.

Y luego, esas cosas de la vida, una de sus amigas la invitó a pasar un largo puente en Denia, en la costa valenciana, y allá que se fue con el objetivo de tumbarse al sol durante el día y desmadrar por las noches; y el primer día en la playa conoció a Jorge mientras él se preparaba para hacer *windsurf*, y luego se quedó embobada viéndole practicar; y cuando más tarde él le dijo que estaría en una de las discotecas de moda de Jávea, otro pueblo cercano, esa misma noche ella corrió a convencer a sus amigas para que se pasaran por allí.

Ni aquel viaje fue el desmadre que ella había planificado ni sus veinte serían solo para disfrutar de la vida de soltera, pero Cindy no cambiaría nada de lo que le había sucedido. Era feliz con Jorge, ambos se reían y tenían una relación donde la complicidad era uno de los puntos más fuertes. Él era cariñoso y detallista, el sueño de cualquier mujer, y tenía un carácter amable con el que resultaba difícil llevarse mal.

—Aunque tu acento español sea terrible me haces muy feliz —le decía él cuando quería hacerla rabiar.

Ella se echaba a reír pero también le maldecía porque él hablaba inglés con un casi perfecto acento neutro.

Habían regresado en más de una ocasión a Denia. Él decía que no era el mejor lugar del mundo para hacer *windsurf* pero sí el que más cerca quedaba de Madrid. Su padre tenía una casa allí, lo que además era un extra. En uno de aquellos viajes él le había preparado una cena romántica con velas incluidas. Regaron una estupenda lubina al horno con sendas copas de vino blanco que él había comprado para la ocasión. Cuando estaban terminando él le cogió la mano y clavó en ella sus ojos marrones.

—Te quiero, Cindy.

—Yo también te quiero a ti, Jorge.

—El mundo es precioso —aseguró él—, el cielo es hermoso y el suelo que piso es la luna cuando te veo pasar.

Ella sonrió, halagada.

—¿Es tuyo?

—No —admitió él encogiéndose de hombros—, es una canción pero ¿para qué son las canciones si no para que los pobres hombres de a pie les robemos las letras y las usemos para conquistar a las mujeres que nos roban el corazón?

De nuevo, ella sonrió.

—Me gusta esa canción, entonces.

—Iluminas mi mundo, Cindy. Con solo verte pasar me conviertes en el hombre más feliz del planeta. Eres el sol en mis días y la luna en mis noches... —Jorge se había vuelto a encoger de hombros y sonrió con gesto divertido—. Eso último es de otra canción.

Ella soltó una carcajada y se acercó para sentarse a su lado. Él la abrazó con cariño y le dio un beso en la sien.

—Es muy bonito, Jorge.

—Eso espero —admitió él—, porque lo que quiero decir en realidad es que... no quiero conformarme con solo verte pasar un día. Quiero verte pasar todos los días de mi vida.

Pensando que aquello era lo más bonito que le habían dicho nunca ella se giró para darle un beso y él apartó la cara al tiempo que se movía y empezaba a arrodillarse delante de ella y rebuscaba algo en su bolsillo. Cindy pensó que se le iba a parar el corazón. Se llevó una mano a los labios presa de la emoción, las rodillas empezaron a temblarle y los ojos se le llenaron de lágrimas de felicidad. Y todo su cuerpo fue recorrido por una sensación electrizante, como si cada poro de su piel sufriera cientos de descargas en un segundo. Jorge estaba ya arrodillado y extendía hacia ella una cajita abierta en la que se veía un anillo de oro blanco con una piedrecita brillante en la parte superior.

—Solo quiero todos y cada uno de los minutos de tu vida para mí —dijo él.

Y ella dijo que sí. Dijo que sí y que sí y que sí y que sí y se agachó junto a él y se fundió en un largo beso con sus labios pensando que podría seguir besándole eternamente.

—Cariño —dice Jorge sacando a Cindy de sus pensamientos (y a nosotros, que nos hemos quedado atontados revisitando esos momentos con ella)—. Tu ciudad me gusta pero hace un frío de pelotas.

Cindy, sin poder evitarlo, suelta una carcajada que provoca que en la barra Yuen Zi levante la cabeza para mirarla. Al otro lado de la barra Osney Martell también se gira para echar un vistazo aunque con desinterés. Le da tiempo a pensar, eso sí, que la chica de las coletas es una joven muy mona.

«Casi como tú, cariño», piensa enviándole un segundo de conciencia a su mujer. Eso hace que quiera terminar con el café aliñado y empezar directamente con el *whisky* a palo seco.

Y si te lo preguntas, sí, Kieran Sander también echa un vistazo a Cindy cuando se ríe de esa forma tan impetuosa, aunque los ojos de Kieran regresan rápidamente a lo que sea que está escribiendo en el móvil.

Cindy y Jorge no prestan atención a la momentánea carga de protagonismo que han adquirido en el interior del Jooker. Se dan un beso y siguen hablando sobre el mapa de la ciudad que tienen en la mesa. Kieran prosigue tecleando en el teléfono, Osney Martell se hunde en su café y en los recuerdos que hacen aflorar sus ganas de morir ahogado en alcohol y Yuen Zi regresa a la revista.

Para nosotros es hora de salir del Jooker. Ya estamos llegando al final.

11

Aunque hemos entrado al Jooker por la puerta trasera, la que da a ese callejón donde costaba no arrugar la nariz por el intenso y agrio olor de la orina y la basura largamente expuesta al sol y a la inclemencia del paso del tiempo, en este caso permíteme que te haga salir del local por la puerta delantera.

El sol nos golpea en los ojos. La ciudad va cobrando vida poco a poco a medida que el día se desarrolla. Esto de aquí es una calle de aceras anchas y árboles situados cada diez metros. La gente camina sin saber lo que está a punto de suceder. ¿Y cómo podrían saberlo si el Presidente Norton aún no ha hecho ese comunicado oficial en el que dijo la verdad sobre lo ocurrido? Y perdona, pero sé que he utilizado mal el verbo. Lo sé, porque aunque tú y yo ya hayamos visto ese discurso y sepamos que Jack Norton se dirigirá a la nación con voz trémula y entrecortada, con el doctor Kurt Dysinger a un lado, en el momento en que nos encontramos ahora eso aún no ha ocurrido. Debería haber dicho, por tanto, que «dirá la verdad sobre lo ocurrido».

Por el momento todo lo que saben los que ahora caminan por las calles en dirección a sus trabajos, colegios o donde quiera que vayan, es que algo ha ocurrido en Los Ángeles; algo grave al parecer, pero no conocen realmente la gravedad del asunto porque las noticias han sido censuradas. Y ni siquiera todos son conscientes de esa realidad. A muchos les pilló durmiendo y no han puesto ni la tele ni la radio esa mañana y caminan o conducen sus coches inconscientes del todo.

¿Y supondría alguna diferencia el que realmente supieran lo que ha sucedido en Los Ángeles? ¿Cambiaría el destino de alguno de ellos que conocieran la realidad sobre la amenaza? Es posible que sí, puede que alguien sabiendo a lo que están a punto de enfrentarse no se quedara paralizado o supiera dónde atacar. Pero tú y yo hemos visto la ferocidad del Cuarto Jinete, sabemos cómo funciona y la rapidez con la que se propaga. Puede que alguien ganara algo de tiempo pero a la larga se vería igualmente en problemas.

No hay ningún sitio al que huir cuando la muerte corre más que tú.

12

Si miras hacia atrás verás el letrero del Jooker y debajo el número 19 que lo identifica en la calle. Hacia nuestra derecha, a unos trescientos metros, hay una boca de metro a la cual nos dirigimos pasando por delante de una tienda de ropa (Abercrombie) y otra de tecnología con el escaparate lleno de ordenadores portátiles, teléfonos móviles, *tablets* y demás cachivaches electrónicos a los que la gente de hoy en día está tan enganchada que ya no sabe vivir sin ellos.

Junto a la boca de metro hay dos adolescentes, un chico y una chica tan parecidos entre sí que no resultaría extraño pensar que ella es él con una peluca. Son gemelos, o mellizos, nunca recuerdo cuáles son los que son tan jodidamente iguales así que tendrás que perdonarme por ello. Él está terminando de liar un cigarro y ella le sujeta el mechero con gesto impaciente. Ambos están encogidos por el frío y llevan a la espalda mochilas en las que, es de esperar, llevan sus libros y material escolar.

Pensando eso acertarías con ella pero no con él.

—Joder, Dex —murmura ella con voz temblorosa—, ¿no puedes fumar luego? Hace un frío que pela.

—No hace tanto frío, no seas quejica.

—Sí lo hace —protesta ella.

—Bueno, pues si quieres irte, lárgate. Solo quería algo de compañía mientras me fumaba el cigarrillo, joder.

Lisa Hill pone los ojos en blanco con resignación. Su hermano Dexter es un experto en manipulación de los sentimientos, sobre todo con ella que aunque sepa lo que él está haciendo no puede evitar caer en su trampa y sentirse mal cuando él toca alguna de sus teclas.

—Vale, me quedo pero date prisa.

Dexter sonrío y le quita el mechero para encender el cigarro. Inmediatamente, ella introduce la mano en el bolsillo para resguardarla del frío. La gente pasa a su alrededor sin prestarles atención y sin que ellos les miren tampoco. Así es la vida en las grandes ciudades, claro. Nadie conoce a nadie y a nadie le importa nadie más que ellos mismos.

—Como mamá se entere de que sigues faltando a clase se te va a caer el pelo —le advierte ella.

—Joder, Lisa, si vas a darme el coñazo no te quedes.

—Solo lo decía.

Dexter se encoge de hombros y aspira fuerte el cigarro, soltando luego el humo en pequeños aros que van haciéndose más grandes a medida que se alejan hasta desgranarse en hilos sin forma.

—¿El capullo de Bastian ha seguido molestándote? —pregunta él entonces.

Lisa vuelve a poner los ojos en blanco; es un gesto tan habitual en ella que a Dexter no le sorprende. Además, le hace gracia que su hermana haga eso.

—No me molesta —dice ella con ese tono de voz que indica que ha repetido eso

mismo al menos un trillón de veces—. Me tira los trastos porque quiere meterse entre mis piernas, pero no me molesta.

—Me molesta a mí. Como dejes que ese hijo de puta se cuele en tus bragas a él lo mato pero a ti tendría que darte una paliza por retrasada mental.

Ella le guiña un ojo de forma enigmática, sin responder realmente.

—Lo digo en serio.

Lisa sabe que Dexter habla en serio. Odia a Bastian Blanch con todas sus fuerzas, desde el mismo día en que se conocieron y al darse la mano y decir sus nombres Bastian se presentó a sí mismo como «Bastian Blanch Belfaur, triple be como en *La historia interminable*».

«¿Triple be como en la historia interminable?», había escupido Dex cuando estuvieron a solas de nuevo. «¿Es retrasado mental?».

«¿Por?», Lisa no había entendido el exabrupto de su hermano.

«¿Qué clase de gilipollez es esa?».

«No sé, una anécdota, ¿no? Tiene un nombre que se parecerá al de la historia esa y ya está». Lisa no había visto la película, y mucho menos leído la novela de Michael Ende, por lo que en realidad no entendía el significado de la comparación que había hecho Bastian al presentarse. No en aquel momento al menos.

«Es un puto listillo», le había asegurado Dexter. «Te lo digo, hermanita, aléjate de él porque es un empollón y ya sabes cómo son».

«¡No sabes si es un empollón!», le respondió ella entonces.

«Bastian Blanch *noséquépollasmás*», dijo él en tono burlón, «mi nombre mola porque es como el de una novela que nadie conoce pero yo sí porque soy un puto empollón listillo de mierda».

«Balfour».

«¡Venga ya, Lisa! ¡No me jodas! ¿Te has aprendido sus apellidos? Es un empollón y ya sabes cómo son».

La verdad es que Lisa no tenía ni idea de cómo se suponía que eran los empollones, o cómo eran en la mente de su hermano. Sabía que cuando catalogaba a alguien como empollón o listillo lo hacía como si se tratara de un monstruo espacial devorador de cadáveres de niños.

—Soy mayorcita para decidir a quién quiero dejar meterse entre mis piernas — asegura ella.

Dexter le da una calada al cigarro, que ya casi está terminado, y suspira.

—Tú misma, hermanita. Eres tú la que se equivoca, no yo.

Lisa sonrío. Le divierte la cabezonería de su hermano. Dexter termina de fumar y deja caer al suelo la colilla para después aplastarla con la suela de la zapatilla deportiva. Al levantar la cabeza los ojos de Dexter se entrecierran, cubiertos de una pátina de odio. Lisa suspira y vuelve a poner los ojos en blanco. Sabe perfectamente lo que él ha visto; ella ha quedado con Bastian allí.

—¿En serio? —pregunta Dexter con un tono tan ofendido que pareciera que lo

que ella ha hecho sea en realidad apuñalarle por la espalda—. ¿Has quedado con él?

—Como te digo, soy mayorcita.

—No me gusta, Lisa —asegura él bajando la voz.

Lisa se encoge a de hombros por toda respuesta.

—Como mamá se entere de que andas quedando con un tipo mayor que tú te vas a cagar.

—Pero estoy segura de que no se enterará —dice ella esbozando una sonrisa enorme— porque sería una pena que también se enterara de tus ausencias del colegio.

Dexter abre los ojos con sorpresa y luego los entrecierra con una mueca furiosa. Ella se inclina hacia él y le da un beso en la mejilla.

—Que te lo pases bien, hermanito.

Bastian Blanch Balfour les alcanza y al ver a Dexter le hace un gesto con la cabeza a modo de saludo. Luego se inclina sobre Lisa y se dan un rápido beso en los labios que hace que Dexter se retuerza de rabia por dentro. Resoplando como una locomotora se da la vuelta y baja las escaleras que llevan al metro.

Bastian mira a Lisa con un interrogante dibujado en el rostro.

—¿Qué le pasa a tu hermano?

—Que le ha venido la regla —replica ella.

Eso desconcierta aún más a Bastian, pero Lisa le coge la cara con cariño y le vuelve a besar. Entonces Bastian se olvida de Dexter porque en realidad le importa bien poco lo que sea que le pase al chico.

Y sin embargo, a nosotros sí que nos interesa. Bajamos las escaleras detrás de él y le vemos cruzar la puerta mientras rebusca en el bolsillo de su pantalón hasta sacar un billete de metro que utiliza para pasar por las máquinas de entrada.

Bajo tierra el frío ha desaparecido, o al menos ha disminuido, y antes de llegar al andén Dexter ya se ha desabrochado la chaqueta. Encuentra un asiento libre y se deja caer en él con la mochila entre los pies. Con gesto distraído mira a su alrededor y comienza a fichar a la gente que merodea por el andén esperando el mismo metro que él.

Hay un tipo con una bufanda roja rodeándole el cuello que manosea un periódico al que no parece estar prestando excesiva atención. Dos adolescentes con los que no le gustaría cruzarse se encuentran un poco más allá, dándose empujones uno a otro demasiado cerca del borde del andén. También ve a una mujer con abrigo de piel y tacones muy altos que está hablando con un tipo con traje y corbata y aspecto de ejecutivo. A Dexter le parece que la mujer es una MQMF.

Coge su mochila y se la coloca sobre las rodillas, mirándola. Con gesto distraído empieza a silbar. Mientras espera el tren.

Es momento de dejar aquí a Dexter Hill, abrazado a su mochila con gesto protector aunque casual tal y como le han enseñado que debe hacer para evitar suspicacias. Ven, nos internaremos por el mismo túnel por el que el que Dexter y el resto de personas que hay en el andén esperan ver venir el tren de un momento a otro. Volaremos a toda velocidad en busca de ese tren, surcando la oscuridad aprovechándonos de nuestra capacidad para desplazarnos a donde sea que nos interese y nos lleve la historia.

El tren ahora mismo se encuentra en la parada anterior y nosotros nos detendremos en el segundo vagón. Algunas personas salen y otras entran. El vagón está casi vacío, apenas hay diez personas entre las que se encuentra Peter Jonesy, completamente abducido por la historia de ciencia ficción que está leyendo en su eReader. Frente a él, sentada y con una mano apoyada sobre la tripa en la que desde hace dos semanas está creciendo lo que ella y su marido llaman «el garbanzo», una mujer de piel negra como la noche y ojos profundos pero amables.

De pie junto a ellos hay una pareja, hablando con las manos entrelazadas e intercambiando besos castos. En la zona central del vagón, hay un hombre de unos cincuenta años mirando con gesto triste y compungido a través de la ventana. A su lado hay una mujer, algo más joven y con el pelo teñido de rojo intenso, con una revista de cotilleos abierta entre las manos. Y frente a ella, un chico con el pelo largo, ropa negra y las manos llenas de anillos plateados.

Peter Jonesy, la mujer embarazada, la pareja, el tipo triste, la mujer de la revista y el *heavy* hacen siete. De los tres restantes, dos están de pie junto a una de las puertas y visten ropas malolientes y sucias. Uno de ellos lleva unos guantes de esos que dejan parte del dedo al aire. El otro tiene en la mano una botella de ginebra envuelta en papel que de vez en cuando se acuerda de esconder detrás de su abrigo pero que la mayor parte del tiempo muestra sin ningún tipo de pudor. El resto de los pasajeros, a excepción de Jonesy que está completamente entregado a la novela que está leyendo, les miran de vez en cuando con gestos reprobatorios. Los dos borrachos hablan demasiado alto y se tambalean con cada vaivén del tren, e incluso ahora que está parado.

Uno de ellos, el que no tiene la botella en la mano, señala entonces hacia el décimo pasajero del vagón.

—¿Has visto? —susurra. O al menos esa es su intención, pero el alcohol que recorre su cuerpo le ha embotado hasta el punto de impedirle controlar el volumen de su voz y tanto el *heavy* como la mujer de la revista de cotilleos le oyen perfectamente.

El otro borracho mira hacia donde le indica su compañero y se ríe de forma bastante estúpida. No tiene la menor idea de qué está señalando el otro hombre.

—El reloj.

El décimo pasajero está sentado en una esquina del vagón, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia delante. Y sí, en la muñeca luce un reloj de apariencia cara.

—Esta gente que duerme en el metro... —El borracho de la botella eructa y luego se echa a reír. Su compañero le imita—. Siempre me pregunto cómo hacen para despertarse en su parada. Cuando yo me quedo dormido, te voy a decir una cosa, sí, cuando yo me quedo dormido nunca me despierto en mi parada, siempre me he pasado. Es una mierda.

El otro borracho se carcajea. El *heavy* levanta la cabeza y les mira con desagrado. Luego se da cuenta de que la mujer que está sentada frente a él, la que tiene la revista de cotilleos en las manos, muestra esa misma expresión al mirar a los borrachos. El *heavy* sonrío y ella le devuelve el gesto. Uno de esos momentos que crean una conexión temporal con un absoluto extraño debido a un hecho externo.

—Podemos sacar tajada del reloj —murmura el borracho de los guantes. En esta ocasión sí consigue que su voz sea apenas un susurro y no se oiga en todo el vagón.

Pero mira con detenimiento hacia el décimo pasajero y comprenderás por qué te he traído hasta aquí. Su nombre es Phil Dawson y su mano derecha, la que nadie en ese vagón puede ver porque está pegada a la pared, está cubierta de sangre que gotea desde la herida que tiene en el antebrazo.

Él es el auténtico paciente cero del norte.

Phil Dawson es originario de Los Ángeles. Cuando el Cuarto Jinete comenzó a esparcirse en la ciudad del cine y ni la Policía ni el Ejército habían logrado aún establecer ningún tipo de control (que a la larga tampoco acabó siendo efectivo), Phil fue mordido mientras intentaba defender a uno de sus compañeros de trabajo. Logró escapar, de milagro, y en su cabeza brillaba como un cartel de neón en Las Vegas la idea de salir de la ciudad. A su alrededor el caos era cada vez mayor, la gente moría sin parar y podía escuchar explosiones y disparos.

Phil Dawson, para desgracia de los habitantes de Portland, tenía una avioneta. Para entonces Los Ángeles era una locura y nadie impidió que despegara ni trató de ponerse en contacto con él para preguntarle qué demonios estaba haciendo y ordenarle que devolviera el aparato a tierra antes de avisar a las autoridades.

Y viajó al Norte.

Durante el vuelo había abierto el botiquín y desinfectado la herida para después vendársela. Una parte de él sabía que en las películas, novelas y cómics una mordida como esa suponía un desenlace fatal; otra parte de él gritaba desesperada que la vida real no era una película, que los muertos vivientes no existían y que no era posible que un virus te transformara en un monstruo con apenas un mordisco. ¿Acaso había visto él que eso ocurriera? No había visto a nadie transformándose, ningún cuerpo muerto en el suelo que volviera a levantarse para perseguirle. Sí, había visto decenas de aquellos tipos, la mayoría cubiertos de sangre que mostraban unas heridas tan brutales como desagradables, atacando a otras personas; entre ellas sus compañeros de trabajo y él mismo incluido.

¿Significaba eso que estaban muertos y perseguían su carne para devorarles vivos? ¿O sus cerebros? Phil Dawson, durante el vuelo y mientras el virus iba

extendiéndose lentamente por su organismo, se preguntó si lo que comían los hombres eran cerebros o carne. No estaba del todo seguro. Todos esos temas de zombis, vampiros, hombres lobo, momias y demás criaturas de la noche nunca le habían interesado demasiado. Era un hombre práctico y siempre había dicho «a mí ponme a Schwarzenegger repartiendo hostias a diestro y siniestro y déjame de gilipolleces». Bruce Willis e incluso Jason Statham también le valían.

En el tiempo que pasó volando y cubriendo la distancia que separa Los Ángeles de Portland Phil, Dawson pasó por distintos estados de ánimo. En algunos momentos se encontró a sí mismo decaído y triste, pensando que iba a morir y que la herida del antebrazo era una especie de condena. Luego, en otros momentos se decía que era estúpido, que aquella gente estaba enferma, seguro, pero de ninguna manera podían ser muertos vivientes. Cosas como los muertos vivientes no existían. Tal vez se hubieran escapado de un manicomio, se decía, aunque no estaba seguro de que hubiera ninguno cerca del área donde le habían atacado. En esos momentos de alegría estaba bastante seguro de que encontraría un médico cuando aterrizara y le curaría la herida sin ningún problema.

«Eso sí», se dijo una y otra vez, «tendré que decirle que me ha mordido un perro. No pienso decir que me ha atacado un puto yonki hasta el culo de mierda y que llevo un par de horas preguntándome si sería un zombi y voy a convertirme».

Tuvo que cambiarse el vendaje varias veces al descubrir que estaba empapado de sangre. La herida ni siquiera parecía tan escandalosa cuando la miraba, pero por alguna razón no dejaba de sangrar. Phil se había preguntado, aterrizado por supuesto, si los dientes de aquel hijo de puta que le había mordido no habrían seccionado una arteria o algo así. Sus conocimientos de medicina eran bastante patéticos por lo que no estaba seguro de si eso era siquiera posible sin que se desangrara al instante. Así que se vendaba la herida de nuevo y trataba de hacerlo con fuerza para que el vendaje presionara y dejara de sangrar.

También se había preguntado si era posible que le hubiera pegado algo. Su primera reacción al sufrir el ataque había sido pensar en muertos vivientes, pero de repente, y aquí ya estaba próximo a iniciar el aterrizaje en Portland, le parecía mucho más factible y lógico pensar que aquellos locos podían estar infectados de sida o cualquier otra cosa, desesperados y vengativos con el mundo por alguna razón desconocida, ansiosos por extender el mal que les hundía a ellos.

Había gente así de loca, Phil lo sabía porque había oído aquellas leyendas urbanas sobre sidosos que dejaban sus agujas allí donde alguien se pincharía por casualidad con ellas: enterradas bajo la arena en los parques infantiles, o en el hueco por donde salen las latas de coca cola en las máquinas dispensadoras, o en la butaca de un cine... La gente está como una puta cabra, Phil lo sabía. Solo había que ver cada día las noticias para descubrir al nuevo colgado de turno superando en barbarie al anterior.

Para cuando hubo aterrizado el avión Phil ya estaba consumido por la fiebre y

empezaba a delirar. En realidad, fue todo un milagro que consiguiera llevar la avioneta al suelo sin matarse en el intento. Su rostro había adquirido un tono cerúleo y grisáceo enfermizo y sus ojos brillaban como si fueran dos estrellas. También tenía la frente cubierta de sudor, pequeñas gotas que le empapaban las cejas y a veces se le metían en los ojos haciendo que le escocieran y se frotara con fuerza una y otra vez.

Phil Dawson, el paciente cero del norte, sentado como si estuviera durmiendo en el segundo vagón de un tren que ahora se encuentra parado en la estación a la espera de reemprender el camino, observado con atención por dos borrachos que se preguntan si pueden robarle el reloj para seguir alimentando con ello su sed de alcohol.

Deciden que sí.

14

Peter Jonesy sigue enfrascado en las letras que le muestra la pantalla de su libro electrónico. La Federación Galáctica está a punto de declararle la guerra al planeta Tierra y la cosa está tensa. Frente a él, la mujer embarazada fantasea con los posibles nombres que le gustaría que tuviera su hijo. O hija, porque es demasiado pronto como para saberlo aunque, si quieres que te diga la verdad, ella está bastante segura de que será un niño.

Al otro extremo del vagón los dos vagabundos borrachos intentan animarse el uno al otro de dar el paso. El que sujeta la botella ejerce cierto poder de liderazgo sobre su compañero y un codazo bien dado hace que el de los guantes sin dedos se anime a intentarlo. Las puertas del vagón se cierran mientras se acerca a Phil Dawson extendiendo la mano.

—¡Eh! —exclama el *heavy* poniéndose en pie—. Dejadle tranquilo.

El borracho de la botella se gira para hacerle frente. Abre la boca para decir algo pero parece pensárselo mejor al ver que han atraído la atención del resto del vagón. Y además el *heavy* es un hijo puta muy alto.

Sin embargo, su compañero está tan concentrado en robarle el reloj de la muñeca al tipo dormido que no se da cuenta de lo que ocurre a su espalda. En el momento en que sus dedos rozan la muñeca de Phil Dawson ocurren dos cosas: el tren se pone en marcha, en dirección a la estación donde Dexter Hill espera sentado con su mochila sobre las piernas; y Phil Dawson abre los ojos.

Y sí, son unos ojos sin vida, tú y yo conocemos esa mirada. La hemos visto en Castle Hill, la hemos visto en Los Ángeles y en San Francisco y también en ese pueblo costero llamado Half Moon Bay. Son ojos sin vida que parecen envasados al vacío, como si mirasen desde más allá de un plástico que los envolviera, los ojos de un pez muerto esperando a ser vendido en la pescadería del barrio.

El rugido que surge de su garganta se confunde con el chirrido que hacen las

ruedas del tren al comenzar a moverse. Estira las manos tan rápido que el borracho no tiene tiempo de reaccionar; luego hunde los dientes en su cuello, clavándolos hasta que se golpean entre sí de nuevo, tragando un trozo de carne palpitante regado de sangre caliente.

Portland está condenada y el infierno comienza a arder en ese segundo vagón de metro.

Y ahora, ven conmigo, deshagamos el camino que hemos hecho hasta ahora y acompáñame de regreso al punto de partida.

— Capítulo 2 —

El vals sangriento de la ciudad de las rosas

1

El chillido de la mujer que leía una revista de cotilleos hace que todos los presentes en el vagón levanten la cabeza, incluso Peter Jonesy. El hombre de la mirada triste dice algo que en muchas culturas se consideraría blasfemo y se pone en pie como si le hubieran dado una patada en los huevos. Incluso el *heavy* retrocede un par de pasos, asustado.

El borracho que sujeta la botella se gira y sus ojos se abren como platos al ver que su compañero ha caído sobre los asientos y el tipo que dormitaba y al que intentaban sisarle el reloj le está...

—¿Qué coño...?

Hemos visto esa clase de expresiones en demasiadas ocasiones como para que nos sorprenda ahora. La mente humana no está hecha para comprender a la primera un suceso traumático, algo que se encuentra tan alejado de la normalidad como que otro ser humano está mordiendo y devorando a otra persona.

Así que el borracho de la botella se queda quieto pero sus palabras han atraído la atención de Phil Dawson. Ya no se trata de Phil Dawson en realidad, es apenas su cadáver, la carcasa que recubría su vida y que ahora está tan muerta como un ordenador al que han regado con agua como si fuera una planta. Y los muertos, bien lo sabes, no esperan a que reacciones. Esa es probablemente una de las causas por las que este virus se esparce tan rápido.

El hombre que había sido Dawson, el paciente cero del norte, salta sobre el borracho y le derriba mientras le muerde en la cara, arrancándole de cuajo un trozo de mejilla. Caen al suelo y ruedan por el pasillo hasta quedar a los pies de la mujer de la revista.

—¡Joder! —grita el hombre de la mirada triste retrocediendo con el rostro desencajado.

La mujer embarazada también está gritando. La chica de la pareja que se besaba hasta hace un momento con gesto amoroso se le une apenas un segundo después. La mujer de la revista intenta levantarse pero tropieza. Caería al suelo de no ser porque el *heavy* la sujeta del brazo y tira de ella hacia atrás.

—¡Lo está matando! —grita la mujer embarazada.

Para Peter Jonesy es suficiente. Algo estalla en su cabeza, una señal de alarma tan grande que de depender de la red eléctrica de Portland la ciudad se quedaría sin luz únicamente por iluminarse. Se lanza a la carrera hacia la puerta que comunica su

vagón con el tercero del tren. No espera encontrar resistencia pero al girar el manillar descubre que la puerta no se mueve. Está trabada y él no entiende por qué está trabada. Grita y golpea el cristal.

—¡Suéltale, tío! —exclama el *heavy* avanzando hacia Phil Dawson y el borracho, que siguen bailando la danza de muerte en el suelo.

—¡Creo que no deberías...! —El hombre de la mirada triste intenta detener al *heavy* pero se queda a medio camino cuando un chasquido producido por los dientes de Phil Dawson cercenan del todo la vida del borracho. La botella envuelta en papel cae al suelo y rueda por el vagón al compás del movimiento del tren. La sangre mana sin freno esparciéndose por el suelo.

—¡Oh, Dios! —grita alguien más allá.

Entonces Phil levanta la cabeza y el *heavy* siente que se le hiela el corazón en el pecho. Como si un jodido puño congelado le apretara por dentro y amenazara con hacerlo estallar.

A su espalda todo el mundo grita. Y mira, este hombre ha sido *heavy* prácticamente desde que nació, siempre ha tenido debilidad por la música donde las guitarras eléctricas predominan y los cantantes aúllan con voces agudas los versos de sus canciones; siempre ha sentido atracción por las cosas oscuras y las películas sangrientas y descarnadas. Pero una cosa es lo que uno ve en la pantalla de un cine; por muy rojo y desagradable que pueda resultar no es igual de impactante ver cómo destripan a la gente en la saga *Saw* que ver el cadáver de una persona en directo... Y a su asesino. Porque en la mente del *heavy*, en este momento, Phil Dawson se presenta como el hombre que acaba de matar a dentelladas a los dos borrachos que intentaban robarle el reloj. Y ahora le mira con la cara llena de salpicones de sangre, los dientes rojizos y la barbilla empapada como la de un niño después de beber un tazón de leche.

El *heavy* extiende las manos.

—Oye, tío, tranquilo, podemos...

El paciente cero del norte no atiende a razones. Se abalanza sobre el *heavy* con la boca abierta en gesto ansioso y hambriento. El golpe le desestabiliza y cae contra una de las barras de sujeción del vagón. Sin embargo, consigue lanzar hacia atrás a Phil Dawson, que cae despatarrado en medio del vagón...

Para volverse a poner en pie de inmediato, con el rostro cruzado por una mueca de odio abyecto. Echa a correr hacia él de nuevo gruñendo al mismo tiempo; es un sonido que resulta aterrador, que se hunde en sus oídos y les pone la piel de gallina.

El *heavy* cierra los puños dispuesto a pelear por su vida y sin embargo su atención se desvía hacia el fondo del vagón en el momento decisivo. Allí el primero de los vagabundos, el que llevaba puestos unos guantes sin dedos, se está levantando con la boca abierta. Y es algo que resulta tan imposible de creer que la mente del *heavy* se bloquea por unos instantes. Porque tiene una herida en la garganta que deja a la vista hueso y músculo; y porque la sangre sigue saliendo por la hendidura y derramándose

por su pecho. Es apenas un segundo el que la mente del *heavy* tarda en procesar esa información y volverle a conectar con el peligro más inmediato que supone el tipo que corre hacia él.

Lanza el puño pero es unas décimas de segundo tarde. Phil ya está demasiado cerca y cuando cierra la boca en la unión del hombro y el brazo su mordida es tan feroz que traspasa la ropa del *heavy* y alcanza la carne lo suficiente para que una punzada de dolor le recorra el cuerpo.

Grita, y al hacerlo gira como si ambos bailaran algún tipo de vals sangriento, y sin pensarlo demasiado empuja al tipo que le está mordiendo hacia atrás, lanzándolo al suelo entre el hombre de mirada triste y la pareja que asisten al espectáculo con horror dibujado en sus ojos. El *heavy* se da cuenta de que todos están gritando como locos y que al fondo un hombre, el que leía en el lector electrónico que ahora yace en el suelo del vagón absolutamente olvidado, golpea con histeria la puerta que comunica los vagones. Luego se percata de que él también está gritando.

—¡Cuidado!

Es demasiado tarde para que reaccione. El borracho de los guantes ha saltado sobre él y el golpe que el *heavy* recibe por la espalda basta para desestabilizarle. Su pie resbala en la sangre que cubre el suelo y cae sin remedio aunque en el último segundo logra interponer las manos y no partirse la cara con el golpe. Sin embargo el borracho está encima de él y sus dientes horadan la carne de su nuca con ira animal.

Para entonces Phil Dawson ya se ha puesto en pie y ha agarrado la pierna del hombre de la mirada triste. Por mucho que este intenta sacudirse no es capaz de evitar que le muerda a la altura de la pantorrilla. El hombre se gira hacia el chico de la pareja.

—¡Quítamelo de encima! —grita desesperado. Sus ojos parecen a punto de salirse de sus órbitas.

Pero el chico está aterrorizado y su novia tira de él hacia atrás, impidiéndole tomar la decisión de ayudar al hombre. Ni siquiera cuando cae al suelo con Phil Dawson encima mordiéndole y arañándole, hundiendo sus dedos en el estómago del hombre y haciendo que la sangre y las tripas salten y se esparzan por el suelo.

Mira hacia atrás un momento y verás que el borracho que sostenía la botella también se está incorporando. El Cuarto Jinete trabaja rápido; por eso es un arma tan mortal. Nunca debió salir de los laboratorios de Castle Hill. Nunca debió inventarse.

Más allá la botella sigue bailando al ritmo del vaivén del tren, de un lado a otro del vagón dejando a su paso marcas ensangrentadas.

La pareja joven no tiene a dónde huir cuando se lanzan a por ellos. El chico intenta pelear y resistirse pero acaban mordiéndole como a los demás. Ella grita y se protege detrás de su cuerpo pero un momento después esa barrera tampoco es suficiente y la alcanzan. De un mordisco le arrancan dos dedos de la mano izquierda que se quedan atrancados en la garganta del monstruo. Luego las manos de uñas sucias del borracho se introducen en su boca como zarpas y tiran hacia un lado

llevándose con ellas parte de la dentadura de la chica.

La mujer de la revista no dura mucho más.

Peter Jonesy tiene miedo de morir pero siente que el tren está frenando y ve una oportunidad de salir con vida de allí. Los muertos están entretenidos devorando los cadáveres de los que acaban de caer y tan solo él y la chica embarazada se mantienen en pie. Se lanza hacia la puerta lateral del vagón y empieza a apretar el botón de apertura con furia, una y otra vez. A través de los cristales solo ve la oscuridad del túnel pero empieza a vislumbrar la luz que implica la existencia de una estación. Ni siquiera se plantea lo que significan los ruidos que escucha a su espalda. Oye los gritos de la mujer embarazada, de eso no tiene duda, y también gruñidos que le recuerdan a una granja porcina. Pero hay más: el sonido de la carne al desgarrarse, el entrechocar de los dientes, el desagradable y vomitivo ruido que hacen al masticar.

Aprieta con fuerza el botón, repitiendo como un mantra la única palabra que se le ocurre. «Vamos, vamos, vamos, *vamosvamosvamos...*».

Como si con ello pudiera hacer que el tren llegara más rápido a la estación.

Ni siquiera se da cuenta de que le tiembla todo el cuerpo. No sabe que en algún momento su vejiga ha dejado de hacer su trabajo y ahora luce una mancha húmeda en los pantalones. Jamás en la vida ha tenido tanto miedo ni pensado que fuera posible tener tanto miedo. Solo quiere llegar ya a la estación, abrir la puerta y salir corriendo de allí.

Salvar la vida, que considera que aún tiene demasiadas cosas que hacer y no quiere acabar víctima de lo que demonios sea que está pasando en ese vagón.

La luz de la estación le ilumina el rostro. El tren va cada vez más despacio y apenas quedan unos segundos para que frene. Ve a un chico sentado junto a la pared, con una mochila sobre las piernas, y luego ve también a un tipo con una bufanda. Sigue apretando de forma compulsiva el botón de apertura.

El tren se detiene con un chirrido.

«*Vamosvamosvamos...*».

La puerta comienza a abrirse y Peter se escurre por el hueco antes de que se ensanche del todo. En ese momento la mujer embarazada también se lanza hacia el hueco de la puerta, chocando contra él y haciéndole trastabillar y caer de rodillas al suelo. Tiene tiempo de mirarla echar a correr y luego gira la cabeza hacia el vagón a tiempo de ver que el *heavy* se abalanza sobre él con la boca abierta y las manos crispadas como garras de pájaro.

Peter Jonesy grita. Sí, lo hace: grita y piensa «qué hija de puta» porque esa mujer le ha hecho caer al suelo y eso es su sentencia de muerte.

cómo Peter vuelve a levantarse y tanto la mujer embarazada como él regresan al interior del vagón de metro. Las puertas se cierran y el tren retrocede, regresando al túnel por el que ha salido. Y entonces acerquémonos a Dexter Hill. Sentado en el asiento y abrazando de forma protectora pero casual la mochila que tiene sobre las piernas, el chico está abstraído en sus propios pensamientos.

Cuando el tren aparece en la estación sus ojos se encuentran con la mirada enloquecida de Peter Jonesy. A Dexter le hace gracia la forma en la que abre los ojos; le recuerda al aspecto de Schwarzenegger cuando sale al exterior de Marte en *Desafío total*.

Una línea de pensamiento cruza su cerebro: «Hay demasiado loco suelto en esta ciudad».

Es algo que suele decir su madre cuando se cruza con el típico mendigo que empuja un carro de la compra hasta arriba de basura; o cuando ve al hombre que pide limosnas a la puerta de la iglesia vestido con una casaca de la Guerra Civil y un bombín en la cabeza; o cuando ve en el televisor a cualquier ser de los miles que hay extravagantes en todo Estados Unidos.

A veces después de que alguien se líe a tiros y cause una masacre en algún sitio su madre menea la cabeza con tristeza y dice «esto es lo que pasa cuando a los locos se les permite acceder a las armas fácilmente».

Y en eso está pensando cuando el tren se detiene por completo y las puertas comienzan a abrirse. Aquel tipo, el loco de los ojos saltones, sale despedido antes de que terminen de abrirse, casi como impulsado desde atrás, y le sigue con la misma velocidad una mujer que al salir choca contra el hombre y le hace caer al suelo.

Dexter intuye que algo va mal. En palabras de Mark Gondry podríamos decir que algo va *jodidamente* mal.

La mujer está corriendo. Y grita. Y tiene el rostro desencajado por el miedo. Todos cuantos se encuentran en el andén, y los que están saliendo del resto de vagones, se giran para mirar con sorpresa, pánico o curiosidad. Entonces Dexter ve a un hombre que por su aspecto podría cantar en cualquier grupo de *heavy metal* saliendo del vagón por la misma puerta por la que han cruzado el tipo de los ojos saltones y la mujer embarazada. El heavy le realiza un violento placaje a Peter, derribándole, y después baja la cabeza hacia él y le muerde con fuerza.

La sangre salta y es como el disparo que marca el inicio de una carrera de atletismo; la gente que se encuentra en el andén empieza a gritar y a correr hacia las escaleras que llevan a la salida. Dexter se pone en pie, con el corazón acelerado, y se abraza con fuerza a la mochila. El miedo ha entrado ya se extiende como una marea negra utilizando sus venas para deslizarse hasta el último rincón de la orografía que conforma su cuerpo.

«Zombis», piensa.

Aturdido se dice que no es posible, que los zombis no existen, que es imposible. Que tal vez, pudiera ser, se trate de algún tipo de promoción para una película o

videojuego. Qué demonios, podría ser también una cámara oculta y que la gente vaya a reírse con su expresión de pánico.

Pero entonces más de esas cosas surgen del vagón siguiendo al heavy. Un tipo con aspecto de vagabundo se lanza a por las piernas de Peter Jonesy, y una mujer cruza a toda velocidad por la puerta (y por Dios que la mente de Dexter es capaz de observar que le falta parte de la cara y por tanto debe de ser un truco de maquillaje perfectamente ejecutado) y se abalanza sobre uno de los chicos con aspecto de gamberros que Dexter había visto en el andén en cuanto hubo llegado.

Y hay más. Un hombre con una herida atroz en el cuello y otra en la pierna, un chico joven con la ropa desgarrada y el torso brutalmente mutilado...

Dexter no se queda para ver cómo termina aquel desfile de atrocidades. No lo hace, entre otras cosas, porque están corriendo en su dirección. Han atrapado a la mujer que esperaba en el andén y la han tirado al suelo para comérsela y Dexter opina que prefiere salir en la televisión y quedar como un imbécil por huir de algo a todas luces imposible que quedarse allí a esperar que alguien le diga que sí, que es una broma y que las cámaras de televisión están escondidas en aquella esquina.

Corre por su vida y alcanza las escaleras. Comienza a subir por ellas de dos en dos. En algún momento se ha puesto la mochila y ahora la siente golpeándole la espalda con cada movimiento. Detrás, en el andén pero acercándose rápidamente se escuchan los gritos de esas cosas, que suenan como los gruñidos guturales que hacen algunos animales antes de lanzarse al ataque. También los gritos de dolor de quienes han caído en sus garras.

Antes de llegar arriba y girar por el pasillo se atreve a volver la cabeza y mirar atrás. Lo hace a tiempo para ver caer al hombre de la bufanda. Tropezaba con los escalones y se precipita al suelo. El joven del torso destrozado y un mendigo con guantes sin dedos y toda la ropa cubierta de sangre que debió salir de la horrible herida que tiene en el cuello, se lanzan sobre él. El tipo de la bufanda aúlla al sentir los dientes clavándose en su pie y extiende una mano hacia él, como pidiendo ayuda.

Dexter tropieza; está a punto de seguir el mismo camino del hombre de la bufanda pero logra recomponerse y gira por el pasillo. Junto a un enorme cartel que anuncia el estreno de la última película protagonizada por Olivia Wilde (que, por cierto, como puedes ver sale preciosa en la foto, resplandeciente como si tuviera un aura brillante rodeando su cuerpo) se encuentra la mujer embarazada que ha salido corriendo desde el mismo vagón que Peter Jonesy (el difunto Peter Jonesy). Se sujeta el estómago con ambas manos y está ligeramente doblada hacia delante. Al ver a Dexter estira una mano en un gesto que resulta estremecedor por el parecido con el que ha hecho el hombre de la bufanda algo más allá.

—¡Ayúdame, por favor! ¡No puedo correr más!

Dexter no tiene forma de saber que está embarazada, claro. Tal vez no habría supuesto ninguna diferencia; el chico tiene tanto miedo que apenas piensa con claridad y pasa como una exhalación junto a la mujer, directo hacia las escaleras que

llevan a la salida. Por el camino se cruza con un par de personas que vienen de la calle y le miran extrañados pero sin mostrar preocupación.

Claro, ellos no han visto lo que viene detrás de él.

Aunque tal vez con los gritos debería haber sido suficiente para ponerles en marcha.

Dexter salta por encima de las máquinas de entrada y sube las escaleras corriendo tan rápido que casi parece que vuela. Siente el aire frío que viene del exterior y lo recibe como el ganador de un torneo recibe la copa que le proclama como vencedor.

Se golpea en el hombro con un tipo trajeado que se dirige al interior del metro y le lanza una mirada furibunda. Dexter ni siquiera se da cuenta; con la respiración agitada sigue corriendo, tratando de poner la máxima distancia posible entre él y las cosas que hay en el interior del subterráneo.

«Tal vez no puedan subir por las escaleras», piensa. Es más un deseo que un pensamiento.

Entonces ve a Lisa. Está de pie junto al escaparate de la tienda electrónica besuqueándose con Bastian «triple be como en *La historia interminable* Blanch». Dexter gira en esa dirección y les alcanza apenas unos segundos después. Al verle Lisa se sobresalta y en sus mejillas aparecen dos flores rojas de vergüenza. Bastian sin embargo le dedica una de sus miradas de listillo. Dexter no tiene tiempo para enfadarse por ello.

—¡Dex! —exclama ella asombrada—. ¿Qué haces aquí?

—Lisa... —A él le cuesta hablar por el esfuerzo de la carrera. Señala hacia la entrada del metro con gesto nervioso—. Vamos, tenemos que... irnos.

Dexter hace ademán de coger a su hermana del brazo pero ella se suelta de un tirón y él se queda mirándola con gesto estúpido y sorprendido.

Tampoco es que podamos culparla, claro. Ella ha mirado hacia la boca de metro tal y como ha indicado su hermano pero no ha visto nada inusual. Y los gritos que provienen del interior y que están provocando que algunas personas se acerquen con curiosidad y temor a las escaleras que descienden no llegan hasta ellos.

—¿Qué haces, Lisa? —pregunta él, tan aterrorizado que no es capaz de centrarse y explicarse cómo debería hacerlo—. ¡Tenemos que largarnos de aquí!

—Ay, Dex —protesta ella—, esto es demasiado ya. Mira, yo no te persigo para decirte que no me gustan algunas cosas que haces, así que no me des la brasa tú a mí...

—¡Lisa, joder! —grita él volviendo a agarrarla de la muñeca, esta vez con fuerza suficiente para que ella gima de dolor—. ¡Esto no tiene que ver con él!

Ante el gemido de ella, Bastian da un paso adelante y se coloca entre ambos hermanos, empujando con una mano a Dexter hacia atrás.

—¡Eh, te está diciendo que no quiere irse contigo!

Dexter parpadea con sorpresa, tan sorprendido por lo que acaba de pasar que olvida por un momento lo que ha visto en el andén del metro.

—¿Se puede saber de qué coño vas, listillo? —escupe apretando los dientes—. ¡Lisa, joder, tienes que escucharme!

—Que no quiere irse contigo, tío, que te entre en la cabeza —repite Bastian señalándole con un dedo largo y fino. Lo cierto es que nunca le ha caído bien el hermano de Lisa; no lo expresa en voz alta, por supuesto, porque de los comentarios de ella se desprende que se tienen mucho aprecio. Bastian lo achaca a que son mellizos.

Dexter se siente tentado de darle un puñetazo en la cara. Por un lado eso le produciría una gran satisfacción aunque está bastante seguro de que Bastian podría devolverle el golpe después y no tiene tiempo, ni ganas, para pelearse con él. Está preguntándose cómo puede hacerle comprender a su hermana lo que está ocurriendo cuando deja de ser necesario hacerlo. Un terrible alarido hace que los tres giren la cabeza a tiempo para ver al *heavy*, el mismo que derribó al tipo de los ojos saltones, arremeter contra uno de los curiosos apelotonados frente a las escaleras que descienden al metro.

Observa la forma en que se descuelga la barbilla de Bastian; o la manera en que la mano ligeramente levantada de Lisa cae como muerta a un lado de su cuerpo al dejar el cerebro de pensar en mantenerla allí.

La sangre empieza a correr en las calles de la Ciudad de las rosas.

3

Un poco más a la izquierda del lugar donde se encuentran los tres chicos hay una tienda de ropa que pertenece a la marca Abercrombie y un poco más allá, en el número al que tantas vueltas le dio Stephen King en su saga de La torre oscura, el 19, se encuentra el Jooker.

En el momento en que todo empieza a descontrolarse en el exterior, Yuen Zi está de pie junto a la cafetera preparándose uno bien cargado. Está cansado y se le estaban cerrando los ojos mientras leía la revista así que ha decidido poner remedio a la situación. Más allá, en la esquina de la barra, Osney Martell le da el último trago a su café aliñado. El líquido desciende por su garganta calentándole e insuflándole unas fuerzas que no creía tener. Le pasa siempre que bebe alcohol y esa es una de las razones por las que le gusta beber.

Que le ayude a olvidar la muerte de su mujer y lo desastroso que ha sido el camino que ha seguido en la vida es otra de las razones.

Ahora Osney se debate entre pedirle una copa al oriental que siempre está tras la barra del Jooker, y al que de una manera extraña considera casi un colega (y puede decir que ha hablado más veces con él que con muchas otras personas que podrían denominarse amigos), o bien levantarse y dejar que los pies le lleven al bar donde tomar otra copa.

Jorge Ballesteros y Cindy Teller siguen sentados a la mesa, enfrascados en el mapa que tienen ante sí, decidiendo la ruta que seguirán en su caminata turística que nunca tendrá lugar. Ella se ha puesto la gorra de los Boston Red Sox con la visera hacia delante y a él le parece que está preciosa con ella, sexy de una manera cotidiana. Las dos trenzas le caen una por encima de cada hombro.

Kieran Sander, hombre de negocios pegado al móvil todo el santo día (y son palabras de su segunda exmujer por lo que no estoy inventándome nada), es el único que parece darse cuenta de que algo va mal en la calle. Al principio intenta ver qué ocurre a través del cristal. Por primera vez desde que se ha sentado en esta cafetería su dedo deja de bailar sobre el teclado del teléfono móvil. ¿Te acuerdas de cuando esos aparatos solo servían para llamar? Es increíble lo que hace la tecnología.

No es capaz de entender lo que ocurre. Ve gente corriendo y presupone que hay jaleo; la curiosidad, esa que mató al gato según el dicho popular, le hace levantarse y caminar despacio hacia la puerta sin dejar de mirar a través de los cristales hacia el exterior.

—Algo pasa —murmura.

Jorge y Cindy se giran para mirarle pero no se levantan. Parecen darse cuenta de que ciertamente algo parece ir mal en la calle y esto se refleja en sus caras cuando fruncen el ceño.

Kieran sigue caminando hacia la puerta. La mano en la que sujeta el teléfono sigue medio levantada y estira la otra hacia el manillar.

—¿Qué pasa ahí fuera, Jorge? —pregunta Cindy incorporándose.

Al hacerlo la silla chirría cuando se desliza por el suelo y eso provoca que Yuen Zi gire la cabeza, distraído, desde la máquina de café. Pero al hacerlo se da cuenta de que algo va mal porque no regresa su atención a lo que estaba haciendo. Se queda mirando hacia la ventana.

Kieran abre la puerta y entonces los gritos que antes se escuchaban apagados y lejanos como si provinieran de otra dimensión se adentran en el bar y les hacen estremecerse. Incluso Osney se gira desde la barra, súbitamente alarmado.

Cindy retrocede hasta colocarse junto a Jorge y le estrecha la mano. El chico estira el cuello en un intento de ver algo.

La calle parece una zona de guerra. Kieran levanta la mano que sujeta el teléfono móvil. Si te das cuenta tiene la boca abierta de par en par por el asombro pero su dedo se mueve sin que haga falta pensarlo, apretando el botón que abre la aplicación de la cámara. Después le da a la tecla que inicia la grabación de vídeo y el teléfono móvil empieza a registrar (en horizontal, que Kieran Sander es de los que odian los vídeos verticales que al ser pasados a una pantalla de ordenador o al televisor se quedan en un estúpido rectángulo en el centro con franjas negras a los lados) lo que está ocurriendo.

La gente se está atacando. Hay personas en el suelo mientras otros les arañan y muerden. Cada vez que levantan las caras lo hacen cubiertos de sangre y con trozos

de carne colgándoles de entre los dientes, los ojos furiosos y las mandíbulas desencajadas por el ansia. Todo parece teñido de rojo por la sangre. Un coche acelera y se lleva por delante a una mujer que intentaba huir de uno de los muertos vivientes; la mujer golpea el capó y vuela por el aire dando una vuelta de campana antes de caer al suelo con los huesos descoyuntados pero los ojos muy abiertos en una expresión de horror. Y después caen sobre ella y manos y dientes arrancan pedazos de carne. El vehículo se estrella contra una hilera de coches estacionados más adelante. Hay gritos de dolor y de furia, inhumanos.

Y todo queda registrado en la memoria del teléfono móvil de Kieran Sander.

Pero mira hacia la izquierda y verás a los hermanos Hill junto a Bastian, el chico cuyo nombre e iniciales son las mismas que las del protagonista de la obra que inmortalizó a Michael Ende. Dexter, tal vez porque su momento de impacto inicial ya pasó allá abajo en el andén del metro, sale de su estupor y agarra la muñeca de Lisa para echar a correr hacia donde nos encontramos nosotros. Lisa grita, más por la sorpresa que porque le haga daño, pero se deja llevar y corre tras su hermano. Y Bastian reacciona al oír ese grito y se lanza a la carrera detrás de los dos mellizos.

Uno de los muertos vivientes, cuesta reconocerle pero se trata de Phil Dawson, el paciente cero, deja de comerse la cara del hombre al que ha derribado tras salir del metro y se fija en ellos. Lanzando un alarido gutural e inhumano se lanza en su persecución. Lisa le ve y grita a su vez. Dexter también le ve y eso hace que corra más rápido. Ve la puerta abierta del Jooker y al tipo que graba con su teléfono móvil parado en el umbral.

Dexter Hill tiene miedo de tropezar como tropezó aquella vez cuando tenía siete años y competía por una estúpida medalla en lo que llamaban las Olimpiadas en su colegio. En aquella ocasión iba el primero pero podía sentir a sus rivales cerca de su espalda y quiso girarse para comprobar si les sacaba mucha distancia; al hacerlo sus pies se enredaron entre sí y cayó hacia delante abriendo manos y pies en el aire y dándose el golpe de su vida contra el suelo.

De primero pasó a último en un momento y en lugar de una medalla se llevó de recuerdo una herida sangrante en la frente y rasguños en los brazos y manos.

Es consciente de que caer en esta ocasión terminará de una forma mucho peor.

Y, sin embargo, necesita que ese estúpido se quite de allí. ¿Qué demonios hace grabando con el móvil de todos modos? ¿Acaso no se da cuenta de que pueden atacarle a él?

Cuando se da cuenta, ya está demasiado cerca de él y no le da tiempo a frenar. El rostro de Kieran se retuerce anticipando el golpe; Dexter gira en el último momento para cruzar la puerta y al hacerlo golpea a Kieran y le hace trastabillar y caer a un lado. Como una exhalación, los hermanos Hill y Bastian Blanch cruzan la puerta del Jooker, que se cierra tras ellos.

Kieran, sin embargo, intenta levantarse para regresar al interior del bar, pero es demasiado tarde para él, por supuesto. Phil Dawson abre la boca por el camino

mostrando unos dientes sucios de sangre y restos de carne. Kieran extiende la mano hacia el manillar y grita; Dawson cae sobre él y le muerde con fuerza en el cuello, debajo de la oreja. La mano de Kieran resbala sobre el manillar y su rostro golpea el cristal de la puerta. A través de él puede ver las miradas de estupor y pánico de los que están dentro del bar, a salvo de los muertos vivientes, mientras él muere allí mismo, junto a la puerta.

Su teléfono móvil está en el suelo y sigue grabando, girado hacia el cielo.

4

Contra la eternidad, la belleza del instante.

Jorge Ballesteros siempre ha sabido apreciar lo hermoso que puede ser un momento puntual y los guarda como un tesoro en su caja de recuerdos mentales. El momento en que supo que estaba enamorado de Cindy, por ejemplo, es uno de sus mejores recuerdos. La forma en que ambos se miraban a los ojos mientras la luz de la luna incidía en los ojos de ella y los hacía resplandecer; la manera coqueta en que ella se apartaba el pelo de la cara para echarlo detrás de la oreja; el tacto frío de su mano cuando él se la había cogido.

Incluso en ese momento, cuando la sangre del tipo de móvil salpica el cristal de la puerta, Jorge es capaz de sentir el tacto de la mano de Cindy y, cuando ella entierra el rostro en su pecho y él la abraza, la respiración miedosa de ella le hace pensar en la importancia de recordar las pequeñas cosas.

Porque uno nunca sabe cuándo morirá. Jorge, para su desgracia, cogió consciencia de la fragilidad de las vidas humanas cuando era apenas un niño; con diez años su madre había muerto de un aneurisma cerebral y a él le había quedado como una losa el peso de la culpa de no haber disfrutado lo suficiente de ella, de no haberle dicho que la quería más a menudo, de haberse portado mal por tonterías, de haber discutido por idioteces. Porque de repente ya no estaba allí y él no podía recuperar el tiempo perdido; y de repente no podía recordar muchas cosas buenas, tan solo discusiones y su exasperación cuando le decía que ordenara su cuarto y él se enfadaba; o sus caprichosos berrinches cuando no quería comer algo. De repente, aquel niño de diez años se encontró con que por las noches, cuando se apagaba la luz y él tenía que dormirse, era incapaz de recordar cómo se sentía cuando ella le acariciaba o le decía lo guapo que era y lo mucho que le quería. Incluso, entre arrebatos de temor, se preguntaba si alguna vez ella le había dicho esas cosas. Sabía que sí pero su mente insistía en ponerlo en duda porque ¿acaso él era capaz de recordarlo? ¿O solo creía que había sucedido porque era lo que hacían todas las madres?

A medida que crecía, Jorge se prometió a sí mismo que no volvería a olvidar ese tipo de detalles de nadie, se negó a que uno de sus seres queridos pudiera morir sin

que él le hubiera dicho que le quería. Y esa obsesión convirtió a su padre en un hombre bastante más feliz, sobre todo después de haber perdido a su mujer; que su hijo le dijera constantemente lo mucho que le quería le ayudó a superar la terrible pena que le embargaba.

—Te quiero —le susurra a Cindy.

Ella tiembla entre sus brazos. Él no puede separar la mirada de la mancha de sangre que hay en el cristal de la puerta, ni de toda la destrucción que ocurre al otro lado, en la calle.

«Pero no voy a dejar que le pase nada a Cindy», se dice, al darse cuenta de que ese «te quiero» ha salido de sus labios ante el miedo de perderla sin habérselo dicho.

—¡Joder! —grita de repente uno de los chicos que han entrado en el último momento. Se trata de Bastian—. ¿Qué demonios es eso? ¡Me cago en la puta, se los estaban comiendo!

—¡No quiero problemas aquí! —grita entonces Yuen Zi.

Está asustado porque no sabe lo que está pasando y porque teme que pueda repercutir en él al final. Siempre ha pensado que los americanos cargan contra los extranjeros todas las culpas que pueden.

—Hay que salir de aquí —dice Dexter tirando de Lisa hacia la abertura de la barra. Mira a Yuen—. ¿Hay salida trasera?

«Di que sí», es lo que dicen sus ojos. Está jadeando por la carrera y es el único de los presentes que parece más concentrado en buscar una salida que en mirar hacia el exterior. Pero es que a Dexter no le importa ya lo que ocurre fuera, sabe que es muerte y caos lo único que encontrará si mira hacia atrás y lo único que él quiere es salir de allí cuanto antes.

—¡No pasar! —Grita entonces Yuen interponiéndose en su camino y haciendo gestos con los brazos—. ¡No pasar aquí! ¡Está prohibido!

Dexter le mira sin comprender.

—¿Qué?

Y más atrás, Jorge sigue abrazando a Cindy que ha empezado a llorar. Bastian está apoyado en una banqueta, respirando con agitación y tratando de aguantar las lágrimas de miedo que pugnan por salir de sus ojos.

Osney Martell se ha puesto de pie y camina hacia el gran ventanal lateral con la boca abierta, sin creerse del todo lo que está pasando al otro lado, pensando que ahora sí (este momento tenía que llegar) su cerebro se ha podrido del todo y de una vez por todas y está delirando, que el alcohol finalmente va a mandarle al otro barrio o lograr que le encierren en un manicomio. Porque, por supuesto, lo que está pasando ahí fuera no es posible. Tanta gente corriendo y peleándose, tanta sangre...

Lo peor es la sangre, sin duda alguna.

—¡Tío! ¿Es que no ves lo que está pasando ahí fuera? ¡Tenemos que salir de aquí, joder! —grita Dexter Hill. Desde que agarró la muñeca de su hermana junto a la tienda de ordenadores no ha vuelto a soltarla. Sus dedos empiezan a quedarse

marcados en la piel de ella, tan fuerte la está apretando, pero ninguno de ellos parece darse cuenta.

—¡No pasar! ¡No quiero problemas! ¡Fuera!

—¿Fuera? —Dexter ha elevado el tono y está gritando, fuera de sí, incapaz de entender que aquel maldito oriental pueda ser tan cabezota—. ¿Pero es que no tienes ojos, joder?

Y Osney, que está a casi un metro del ventanal mirando absorto hacia la calle, gira un poco la cabeza para dirigirse a Yuen.

—Creo que el chico tiene razón...

Girar la cabeza en ese momento es lo que le salva la vida. El final de su frase se pierde bajo el atronador rugido de la explosión que sacude la calle y hace volar en pedazos el ventanal del Jooker enviando una lluvia de cristales contra el lado izquierdo de la cara de Osney. Una mano invisible que es la onda expansiva le golpea en el pecho y le envía volando hacia atrás hasta hacerle estrellarse contra la barra y caer al suelo derribando un par de banquetas.

Cindy y Jorge gritan y se encogen para protegerse, al igual que los demás. Para Dexter es la oportunidad que estaba buscando. Aprovechando que Yuen está chillando y se ha llevado las manos a la cabeza como protección, Dexter le empuja y corre hacia la puerta que lleva a la cocina, llevando consigo a Lisa.

Lo que ha explotado ha sido el depósito del coche al que antes hemos visto estrellarse. El problema es que el inmenso ruido ha atraído la atención de todos los zombies que se encuentran en la calle y estos pierden interés en las presas a las que estaban persiguiendo y se giran hacia el coche en llamas. Y luego su atención se desvía a la terrible cicatriz que ha dejado el estallido del ventanal en el lateral del Jooker. Dentro hay comida.

Comida que se mueve y respira y cuyos corazones laten con fuerza.

Los muertos empiezan a correr hacia el Jooker.

5

Zoran desvía la mirada para que el puto Gordo avaricioso no le vea mirándole fijamente. No podríamos culparle por hacerlo; es que mírale comiendo: con la boca entreabierta, la grasa resbalando por su mejilla y escupiendo migas con el simple movimiento de su boca al masticar. Zoran prefiere entretenerse con cualquier otra cosa e ignorar al policía.

Y no es que John se dé prisa; su compañero, Henry, está sentado en el coche esperándole pero John come con tranquilidad, sin importarle que en realidad estén de servicio y tendrían que estar patrullando las calles. A Vernon nunca le ha importado mucho realizar su trabajo con esmero.

Cuando la explosión parece sacudir el ambiente John tiene un trozo de tortita en

la boca y del sobresalto se le mete por el lado incorrecto de la garganta. La gente se gira en la dirección de la que proviene el ruido; al otro lado de los edificios empieza a verse una columna de humo; John ve a su compañero salir del coche con la mano apoyada en la culata de su arma y la boca abierta por la sorpresa. Entonces John empieza a morir...

Se da cuenta de que no puede respirar y se golpea el pecho con un puño de dedos rechonchos. Abre la boca e intenta inhalar aire pero su garganta está tan bloqueada que no consigue nada. Empieza a ponerse morado y a hacer ruidos de asfixia. Su mano se aferra desesperada al mostrador cuando sus piernas pierden fuerza y le hacen caer al suelo de rodillas.

Mentalmente John grita: «¡¡HENRY!!».

Pero Henry le está dando la espalda. Tiene la radio en una mano y está pidiendo refuerzos e informando de una fuerte explosión. La otra mano no se separa de la culata del arma. Evidentemente, no escucha el grito mental de John.

«Joder, voy a morir porque un trozo de tortita se ha quedado atascado en mi garganta», piensa.

Sus dedos resbalan del mostrador. Sabe que no le queda mucho tiempo; empieza a ver puntitos negros delante de él. Cae hacia delante pero no llega a tocar el suelo, le cuesta pensar y no entiende por qué; entonces siente unas manos que le rodean el pecho y aprietan por debajo de la caja torácica, con fuerza, impulsando hacia arriba, una, dos y tres veces. A la tercera va la vencida y el trozo de tortita sale despedido a casi dos metros y entonces el aire entra en sus pulmones como si fuera un puto huracán capaz de arrasar con edificios enteros y él empieza a toser.

Desorientado se da la vuelta para agradecer a quien quiera que le haya salvado y se queda perplejo al comprobar que se trata de Zoran. «Se llama Zoran, no Zeta, y juro por dios que no volveré a llamarle así».

En los ojos del extranjero ve que él tampoco se explica por qué lo ha hecho. John se descubre pensando que no puede culparle por ello. Su primer impulso es meter la mano en el bolsillo y devolverle el sobre pero los gritos a su espalda le hacen girarse. Dos adolescentes, tan parecidos entre sí que parecen una fotocopia, él tirando de la mano de ella, acaban de salir corriendo de un estrecho callejón naciente entre dos edificios.

Y por sus expresiones John entiende que debe estar pasando algo muy jodido.

6

Regresemos al interior del Jooker. La explosión ha dejado aturdido a Jorge durante unos segundos; lo primero que hace al volver en sí es apartar a Cindy de su cuerpo y mirarla a la cara para comprobar si se encuentra bien. Excepto por el llanto y el miedo que rodea sus ojos no parece estar herida y Jorge da gracias en silencio por

ello. A quien sea que esté ahí arriba, a cualquier dios que esté dispuesto a escuchar.

Si te fijas verás que las lágrimas de Cindy han mojado la camiseta de Jorge, justo donde tendría los ojos la silueta del hombre pelirrojo dibujado en ella (¡Matt el Rojo es la Ley!), lo que da la impresión de que es el hombre de la camiseta quien ha llorado.

Jorge mira a su alrededor; el ventanal está hecho añicos y hay varias mesas volcadas. El hombre que se estaba acercando al cristal está tirado en el suelo con parte del rostro ensangrentado y claramente aturdido. Y el chico alto, Bastian, está encogido en un rincón con los brazos sobre la cabeza. Luego mira hacia la calle y ve a un grupo de personas que corren hacia allí.

El cerebro de Jorge no lo procesa al instante; sus rostros desencajados podrían ser de miedo y sus gestos antinaturales podrían ser un efecto visual. Lo que no tiene mayor explicación son las heridas y la sangre que cubre sus cuerpos. Incluso ve una mujer a la que le falta parte del rostro, como si alguien se lo hubiera arrancado dejando a la vista músculos y huesos y un ojo colgando fuera de su cuenca.

—Dios santo...

Sin pensar, Jorge empuja a Cindy hacia el hueco que atraviesa la barra. A la chica no le hacen falta más indicaciones para echar a correr.

—¡Corre! —le grita Jorge a Bastian. No se da cuenta de que lo ha dicho en español aunque tampoco importa; Bastian también empieza a moverse.

Sin saber por qué, Jorge se agacha junto a Osney y tira de él. En un primer momento el hombre se resiste y luego le mira con el ojo que se encuentra en el lado que no está cubierto de cristales y sangre; es una mirada enloquecida y fuera de sus cabales. Jorge recuerda algo que un amigo le explicó una vez, hace mucho tiempo; una de esas historias que por alguna razón se anclan a la mente y uno las recuerda mucho tiempo después. Aquel amigo, Javier Ferrer, se estaba sacando un curso para ejercer de vigilante de playa y le explicó a Jorge que una de las cosas que les habían enseñado durante las clases eran ciertas técnicas de defensa personal.

«Porque alguien que se está ahogando tiende a aferrarse a aquello que puede salvarle la vida, sea un flotador o seas tú, a lo primero que pille, porque en ese momento ni siquiera piensan. Están muriendo y no quieren y se agarran con todas sus fuerzas», le había explicado Javier, «y pueden arrastrarte a ti al fondo... Así que nos enseñan a librarnos de ellos. Si se dejan salvar, si es posible dominarles y controlarles para sacarles del agua, perfecto y es lo que intentamos, pero si por alguna razón es imposible y están tan nerviosos que no se dejan manejar, nos enseñan a empujarles y alejarnos».

«Y dejarles morir...». A Jorge le había sorprendido aquella declaración.

«No poner en riesgo nuestra vida por nada. Porque si nosotros nos ahogamos, ellos también».

Jorge había asentido, impresionado.

Y ahora aquel hombre, Osney Martell, tira de su mano pero no se levanta y Jorge

recuerda las palabras de Javier como un eco en su mente. «Si pone en riesgo tu vida, empújale y aléjate». Y Jorge está más que dispuesto a hacerlo; para él lo más importante en este momento es poner a Cindy a salvo, ni siquiera le preocupa tanto el hecho de salvar su propia vida. Por el rabillo del ojo ve que Cindy y Bastian ya atraviesan la puerta que lleva a la cocina del restaurante y tira una vez más del hombre que está en el suelo.

«La última vez», se dice. «Y luego que sea lo que sea».

Osney se incorpora para sorpresa de Jorge. El único ojo que le queda mira al chico lleno de agradecimiento aún con una pátina de incompreensión y aturdimiento. La parte de su cara que ha sido acribillada por los cristales es un amasijo informe de sangre y carne mellada. Cientos de puntas brillantes asoman de la piel y Jorge se estremece al pensar el dolor que debe estar sintiendo.

A decir verdad Osney no es consciente aún de lo que le ha pasado. Siente el lado izquierdo de la cara anestesiado, como cuando uno va al dentista y la boca parece quedarse tonta después del pinchazo. Sin embargo, cuando Jorge le empuja hacia la parte trasera él corre sin pensarlo. Porque sabe que existe peligro aunque su mente en este momento no tenga claro del todo en qué consiste.

El primer muerto que atraviesa el ventanal destrozado tropieza con una silla volcada y se precipita contra el suelo sin poner las manos para frenar el golpe. Jorge ve cómo su cara se estrella contra el suelo violentamente, un golpe que en cualquier otro le habría dejado aturdido durante un buen rato, pero el tipo empieza a levantarse casi al momento.

Yuen Zi sigue pegado a la cafetera. Ya no está gritando ni tratando de impedir el paso a la cocina. Mira con la boca abierta hacia los monstruos que gritan y corren hacia ellos cubiertos de sangre y de atroces heridas mortales; y se gira para huir él también. Choca con Osney y suelta un grito al ver su cara. Sin embargo, los dos hombres se agarran el uno al otro y cruzan la puerta juntos.

Y de repente, solo queda Jorge.

Uno de los zombis estira los brazos por encima de la barra y Jorge tiene que tirarse contra la pared. Agarra lo primero que encuentra, que resulta ser una taza de café vacía, y se la lanza al muerto. La taza impacta contra la frente y abre una herida pero el zombi no se inmuta y sigue intentando agarrarle. El clamor de los muertos es terrible, ya hay una docena en el bar tratando de llegar a él y en la calle hay más, corriendo en esa dirección. Uno de ellos cruza al otro lado de la barra y Jorge no se queda esperando para recibirle. Se desliza junto a la pared escurriéndose de los brazos y dedos engarfiados que intentan agarrarle y empuja la puerta con la espalda, casi cayendo al otro lado.

Al girarse ve que se encuentra en una cocina donde el brillo del acero parece dominar la estancia. No hay ni rastro de Cindy por ninguna parte pero al fondo hay una puerta y tanto Yuen Zi como Osney la están atravesando en ese momento. Jorge tropieza con un cubo de basura, la muerte aúlla a su espalda con unos gritos que le

hacen estremecerse.

La puerta que ha dejado atrás se abre de un golpe brusco y violento, y un hombre con los ojos inyectados en sangre y la ropa hecha jirones dejando a la vista brutales arañazos y mordiscos la atraviesa a la carrera. Jorge agarra una sartén apoyada en una encimera y se gira imprimiendo a sus brazos todas sus fuerzas. El golpe resuena como una campana marcando la una y la cabeza del hombre se golpea contra la pared. No lo mata, no lo detiene, pero lo aturde el tiempo suficiente para que Jorge vuelva a ponerse en marcha y corra hacia la salida.

Está gritando.

7

El agente de policía Henry Fitzgerald siente una punzada en el pecho cuando ve salir corriendo del callejón a Dexter y Lisa. Como policía está acostumbrado a ver el miedo en los ojos de la gente, la histeria y el dolor, y sin embargo algo le dice que en esta ocasión es algo más grave. En los de Lisa, y apenas un segundo después en los de Cindy y Bastian, ve unas expresiones que creía olvidadas y que pensaba que no volvería a ver nunca más.

Expresiones que le llevan de regreso al día más negro que los Estados Unidos han conocido desde que empezó el nuevo siglo, aquel Once de Septiembre fatídico.

—¡John! —Tiene que elevar el tono para hacerse oír por encima del bullicio, las alarmas de coche que han saltado después de la explosión y los gritos; demasiados gritos. «¿Qué demonios está sucediendo?».

Ve a su compañero de pie frente a Zoran Zuchemberg, el dueño de aquel mediocre puesto de comida ambulante al que John le gusta extorsionar y amedrentar. Se hallan el uno frente al otro y por un momento Henry piensa que están a punto de pegarse y no entiende nada.

Lo que vemos nosotros también lo ve Henry, y a él, que no asistió a la casi muerte por atragantamiento de John, le sorprende mucho más. John Vernon extiende su regordeta mano y el eslovaco la estrecha.

—¡John! —vuelve a gritar. No comprende nada pero se dice que ya tendrá tiempo para preguntarle a su compañero más tarde. Lo más importante ahora es que acudan a comprobar lo que ha sucedido.

Vernon corre hacia él. Como puedes ver tiene el rostro enrojecido por la asfixia sufrida un momento atrás y el pelo pegado a la cara por el sudor. Henry se da la vuelta hacia el callejón en el mismo momento en que Jorge Ballesteros sale a toda velocidad del callejón con expresión de horror y una sartén en la mano.

«¿Una sartén?», Henry frunce el ceño sin comprender.

Apenas un par de metros por detrás de Jorge aparece la primera abominación. Los dos policías, pues John ya ha alcanzado a su compañero, se sobresaltan al verle. Y no

es para menos, pues ese hombre está cubierto de sangre y muestra una herida abierta en el cuello y la mandíbula que deja parte de sus dientes a la vista. Corre extendiendo las manos hacia el chico pelirrojo.

No sabe cuándo la ha sacado de la funda pero de repente Henry tiene la pistola en la mano y está levantando los brazos.

—¡Alto! —ordena con un grito.

John le imita. Henry le oye resollar a su lado, como si cada vez que respirase el aire pasara a través de una lija. No tiene tiempo para preguntar por qué el hombre no se detiene y sigue corriendo hacia el chico pelirrojo.

Entonces John aprieta el gatillo y la bala impacta en el pecho del perseguidor lanzándole hacia atrás. Algunas de las personas que se encuentran en la calle gritan al verlo y Henry se gira levantando las manos, dispuesto a controlar a los curiosos antes de que entren en pánico.

—¡La puta madre...!

John retrocede un paso y Henry le mira sin comprender hasta que se da cuenta de que está mirando hacia el callejón. Lentamente, como en un sueño en el que los músculos pesaran más de lo normal, se da la vuelta de nuevo.

Al ver al hombre al que su compañero acaba de derribar de un disparo en el pecho levantándose de nuevo, la boca se le abre por la impresión. Y no es que le resulte inimaginable; ha escuchado historias sobre tipos que a pesar de haber recibido cinco y hasta seis disparos siguen moviéndose y tratando de sobrevivir, el cuerpo humano tiene un fuerte instinto de supervivencia... pero hay algo en aquel tipo que lo hace...

«Se parece a uno de esos zombis de las películas».

Y eso le hace recordar las noticias de la noche anterior, todo lo ocurrido en Los Ángeles, la conversación con John en el coche hace menos de media hora. ¿Qué había dicho John sobre las películas? Que ya no se hacían cosas como antes, que el cine estaba en manos de maricones, que los europeos hacían mierda de cine. John Vernon era así, americano de pura cepa, todo lo autóctono era bueno aunque fuera mierda y lo de fuera no valía ni para limpiarse el culo con ello. Henry no pensaba de la misma manera pero prefería abstenerse de esas discusiones. Bastante tenía con los ingresos extraordinarios de su compañero y su desconfianza hacia él por no apuntarse al carro.

—¿Estás viendo eso, Henry?

Él asiente primero y se da cuenta después de que su compañero no le está mirando y no puede ver su gesto.

—Sí... —murmura.

—Se está levantando —dice John, hablando como en un sueño—. Le he disparado y... ¿has visto su cara?

Henry le ha visto la cara y vuelve a asentir. El tipo les está mirando y en sus ojos sin vida refulge una furia salvaje mientras termina de levantarse. En el mismo momento en que se impulsa hacia delante, hacia ellos, John vuelve a apretar el

gatillo. En esta ocasión la bala abre un pequeño agujero en la frente del hombre y un boquete del tamaño de un puño al salir por la parte trasera arrastrando con ella hueso pulverizado, cerebro y sangre.

El hombre se desploma, ahora sí, inerte.

—Me cago en la Virgen —blasfema John Vernon.

Henry va a decir algo al respecto, probablemente a confirmar que él también se une a la blasfemia, pero entonces desde el callejón aparecen corriendo otros dos tipos, tan muertos como el primero y tan cubiertos de sangre y llenos de ansia asesina. Y siguiéndoles a ellos dos, una mujer. Y otro hombre. Y tres más... y desde la puerta trasera del Jooker cada vez salen más de ellos, casi peleándose por un puesto en la cabeza de esa carrera sangrienta.

El corazón de Henry galopa como un caballo de carreras. Su mano se afianza sobre la pistola cuando empieza a disparar. En su mente planea hacerlo de forma selectiva, apuntando y eligiendo los blancos, pero se da cuenta pronto de que está disparando movido por el miedo y que le están ganando terreno.

El miedo se torna en abyecto terror al comprobar que no hay rastro de John Vernon a su lado.

Mira hacia atrás y le ve corriendo, escapando... abandonándole. Entiende que es demasiado tarde cuando intenta emprender la huida y caen sobre él.

8

Zoran Zuchemberg ha visto mucha mierda a lo largo de su vida y sin embargo cuando aquella tromba humana sale del callejón aullando como salvajes tiene tiempo de pensar en lo jodidas que están las cosas. A su lado cruza a la carrera Osney Martell; Zoran se asombra al ver que la mitad de su cara parece haber pasado por una picadora de carne.

El policía joven empieza a disparar de forma indiscriminada contra los seres que corren hacia ellos desde el callejón y el puto Gordo avaricioso huye como la rata que siempre ha sido. A Zoran no le extraña que lo haga. Sí que le ha extrañado que le diera las gracias por salvarle la vida, sin embargo.

Piensa en escapar él también, pero su madre no crió ningún cobarde. Yuen Zi ha caído al suelo y está intentando levantarse; Zoran le agarra del brazo para ayudarlo. Al apoyar el tobillo el oriental lanza un grito de dolor. Zoran tira de él pero Yuen se queja y se sacude para soltarse. Es casi como si hubiera olvidado lo que tiene detrás.

—¡Cuidado! —grita Zoran.

Demasiado tarde. El hombre que muerde a Yuen Zi lleva los restos de un traje de Armani color gris (gris marengo diría alguien con un ojo más evolucionado que el mío para los colores). El oriental se precipita hacia delante y Zoran tiene que dar un paso atrás para evitar ser arrollado. Su primer instinto es levantar el cuchillo dentado

con el que corta el pan todos los días y que suele llevar atrapado bajo la cintura del delantal. El golpe que descarga sobre la nuca del tipo trajeado es tan brutal que el cuchillo se hunde hasta el mango. Al menos sirve para detenerle y Zoran puede volver a agarrar la mano de Yuen y tirar de él para levantarlo. Al oriental le sangra la herida que los dientes del otro le han hecho en el hombro.

—No me importa lo mucho que te arda el puto tobillo —le dice arrastrándole—. Corre como el diablo.

Yuen obedece y Zoran se detiene apenas lo justo para lanzar una patada a una mujer muerta que se abalanza sobre ellos estirando los brazos.

Sabe que ha tenido suerte, que si la mayoría de aquellos muertos no se hubieran arrojado sobre el agente Fitzgerald habrían ido a por Yuen y él; y ahora estarían muertos. No es una tarjeta de salida de peligro, eso también lo sabe, pero les permite ganar unos segundos para alejarse a la carrera.

Más y más muertos surgen del callejón como hormigas de un hormiguero inundado. La mayoría corre sin detenerse ante el montón de resucitados que arañan trozos de carne del policía caído y se los llevan a la boca con ansiedad febril, disputándose un pedazo del cruento banquete. Allí ya no queda nada para ellos, la comida está delante, huyendo; pero los muertos corren sin cansarse, esa es su mayor ventaja.

No sienten dolor ni entumecimiento, solo hambre.

9

Imagino que recuerdas a Sabrina; con el dorsal número noventa y siete, de piel del color de la noche, despechada desde que descubrió a su prometido con otra mujer en actitud excesivamente cariñosa. La otra mujer, si lo recuerdas, se llama Alicia y también está haciendo cola para entrar al *casting*. Desde donde se encuentra Sabrina no alcanza a ver a Alicia pero poco importa ya. Desde que la vio se le ha agriado el humor; la enorme sonrisa que lucía cuando salió de su casa esta mañana dispuesta a darlo todo en la prueba se ha transformado en un rictus malhumorado. Debido a eso está pensando en volverse a casa. ¿Qué sentido tiene quedarse si no va a ser capaz de mostrarse como una persona alegre en el *casting*?

En ocasiones Sabrina se dice a sí misma que no puede dejarse influenciar de esa manera, que tiene que echar a un lado sus sentimientos y no permitir que Alicia ejerza ese poder sobre ella, pero luego es superior a sus fuerzas; con solo verla la imagen de James sentado en el sillón mientras Alicia se la chupa salta a su mente, tan clara como si estuviera sucediendo de nuevo delante de sus ojos. Y se le revuelve el estómago y le dan ganas de abalanzarse sobre la dominicana y asfixiarla hasta que deje de respirar.

—A tomar por culo —murmura, decidiéndose—. Me largo de aquí.

Sabrina se da la vuelta en el mismo momento en que la explosión sacude la calle algo más allá. Una chica grita a su espalda y la mayoría de ellas se giran para mirar.

—¿Qué ha pasado? —pregunta alguien a su espalda.

—¿Ha sido un petardo? —inquire otra.

—No seas estúpida —replica una voz grave y dura—, eso ha sido una explosión.

La situación enloquece rápidamente. Los disparos efectuados por el agente Fitzgerald provocan la histeria entre varias de las chicas, los gritos hacen que más de una empiece a temblar e incluso que una mujer de mediana edad abandone su puesto en la fila con las manos sobre el pecho en actitud aterrorizada.

Al ver a Dexter y Lisa corriendo hacia ella Sabrina sabe que algo va mal y también se da la vuelta dispuesta a huir. Es como si diera el pistoletazo de salida; la fila se rompe y el largo centenar de mujeres que la componen se deshilacha en todas direcciones. Sabrina se golpea de frente con una chica que corre en dirección contraria, se desestabiliza y se apoya en la pared para evitar caer.

—¡Hacia allí no! —grita entonces una voz femenina a su izquierda. Sabrina ve que se trata de Lisa Hill, cuyo rostro es una máscara de pavor absoluto. Su hermano y ella también se han pegado a la pared y Lisa está agarrando el brazo de su hermano y dándole fuertes tirones—. ¡Dex, diles que por ahí no!

Pero Dexter no es capaz de decir nada. Ve al menos una docena de chicas que corren hacia la calle de la que ellos vienen, cruzándose con Bastian, Cindy Teller, Jorge y Osney, John Vernon y finalmente con Zoran y Yuen. Esas chicas se dan de bruces después con la masa de muertos vivientes que parece salida del mismísimo infierno. Cuando se quieren dar cuenta es tarde para huir, las que van por delante son empujadas por las de atrás y caen en los brazos de los cadáveres. La sangre salta y la calle se llena de gritos.

Dexter tira de su hermana y corre pegado a la pared uniéndose a una nueva remesa de mujeres que intenta escapar de la masacre. Sabrina espera a que pasen junto a ella y les sigue aprovechando su rebufo. Hay empujones y una chica cae al suelo y es pisoteada por el resto sin que nadie se pare a ayudarla.

¿Recuerdas a Clifford? El chófer negro con camiseta de un grupo de música negra que trajo en coche a Nancy Avalon está metido en su coche con el respaldo del asiento echado hacia atrás y los ojos cerrados; la radio está encendida y los Bee Gees cantan Stayin' alive. No está dormido pero sí somnoliento y ajeno al tumulto que se ha formado en el exterior. Abre los ojos de pronto al notar un golpe en el coche. Una chica, rubia teñida de ese amarillo casi blanquecino, está tirada sobre el capó y hay gente corriendo a ambos lados del coche. La chica rubia se incorpora de un salto y se une a la muchedumbre.

—¿Pero qué...?

Al abrir la puerta una mujer la golpea con la cadera y Clifford la ve caer a un lado. Intenta levantarse para ayudarla pero alguien más golpea la puerta y Clifford recibe un golpe en la cabeza. Ve que a la mujer que ha caído la están pisoteando y se

enfada. En parte porque ha recibido un golpe pero también por la falta de civismo de la gente. Vuelve a abrir la puerta, en esta ocasión con un gesto brusco que obliga a un par de chicas jóvenes a esquivarla, y corre hacia la mujer tirada en el suelo.

—¿Estás bien? —pregunta protegiéndola con su cuerpo de las chicas que corren a su alrededor. La ayuda a levantarse.

La mujer no le contesta. Grita y se zafa de las manos de él dando un fuerte tirón. Clifford ve que la mayor parte de esas mujeres corre hacia el final de la calle pero algunas personas están entrando en el plató de Almas de metal. No es su movida pero sabe que a alguien se le va a caer el pelo cuando Nancy Avalon se vea rodeada por una multitud de fans en los pasillos del propio plató.

En su mente esa es la única explicación para ese ajeteo.

Luego oye los gritos a su espalda y se gira a mirar. Ve las bocas abiertas y los brazos extendidos de manos crispadas y llenas de sangre. Ve ojos iracundos y babas colgando sanguinolentas. Da un paso atrás antes de caer en la cuenta de que su coche tiene la puerta abierta. Corre hacia él y se lanza al asiento. No se molesta en poner el respaldo bien; cierra la puerta y arranca el motor.

Las noticias de la noche anterior sobre lo ocurrido en Los Ángeles han cobrado de repente mucho sentido. Está contratado para permanecer al servicio de Nancy Avalon, llevarla y traerla de donde sea a donde sea; pero en este momento no hay nada que le preocupe menos. Clifford acelera el coche y embiste a un hombre de aspecto rudo que está mordiendo en el brazo a una mujer con el dorsal número cincuenta y cinco manchado de sangre y colgando de apenas un hilo en su espalda. Mujer y hombre rebotan contra el capó antes de dar un par de vueltas de campana contra el asfalto.

«Life goin' nowhere. Somebody help me».

Mueve el volante en ambas direcciones intentando esquivar el cruento espectáculo que tiene lugar delante de él. Hay hombres tirados en el suelo siendo devorados por grupos de zombis que se disputan un pedazo de carne tirando en varias direcciones, sorbiendo entrañas y mordiendo y hurgando para arrancar trozos grandes.

«Somebody help me, yeah».

El parachoques delantero se lleva por delante la cara de una mujer que muestra un terrible arañazo que le cruza la cara y cuya nariz es apenas un muñón ensangrentado. Sus huesos crujen bajo las ruedas y el coche golpea la pared arrancando una lluvia de chispas.

«Stayin' alive».

No alcanza a ver el pivote y el coche se estrella contra él, deteniéndose bruscamente y lanzando a Clifford contra el volante. Al instante el vehículo es rodeado por un par de docenas de muertos vivientes que golpean los cristales con furia, tratando de llegar a la comida que les espera al otro lado. Clifford intenta meter la marcha atrás y la caja de cambios emite un chirrido doloroso. Aprieta el acelerador

pero las ruedas se deslizan sobre el asfalto sin que el vehículo se mueva. Está chillando como una niña pequeña, en un tono tan agudo que podría llegar a competir con los Bee Gees.

Entonces uno de los cristales se rompe y las manos se pelean por entrar. Clifford intenta apartarse y golpea los dedos sucios y heridos. Durante unos momentos parece que pueda llegar a resistir ahí dentro. Luego el cuerpo de uno de los zombis empieza a atravesar la ventana; en la parte trasera otro cristal estalla en pedazos mientras más muertos luchan por llevarse un pedazo de Clifford a la boca.

Lucha, aunque ha dejado de intentar poner el coche en marcha y es una batalla en la que tiene todas las de perder, al menos no se rinde en ningún momento.

Si él pudiera salir del coche y ver la situación tal vez se le caería el alma al suelo y se dejaría coger. Ven conmigo, nosotros sí podemos hacerlo, podemos alejarnos y observar el vehículo negro, tan rodeado de muertos vivientes que resulta difícil ver algo de la carrocería o entender cuál es la forma del coche. Los muertos se agolpan unos sobre otros en su desesperación por llegar hasta Clifford. Y cada vez hay más.

10

Ian Morgan no hace más que mirar la hora desde que Nancy Avalon se sentó en maquillaje. Le da la impresión de que el reloj corre demasiado rápido y está intranquilo porque sabe que no va a cumplirse la previsión y por tanto, es él quien se va a llevar las culpas del retraso.

—No te estreses... —le dice Cecile. Phoebe está ocupada peinando a Nancy mientras Hugh Nicotero (recuerda: si la homosexualidad se categorizara, Hugh rompería todos los récords) la maquilla.

Ian suspira y se encoge de hombros.

—No va a estar lista a la hora ni de coña —dice.

—Pero ha llegado tarde —le recuerda Cecile. Debe de tener unos cincuenta años y está extremadamente delgada, con los pómulos marcados y unas ojeras oscuras que denotan excesos en su juventud. A ojos de Ian carece de todo el exotismo francés que su nombre anuncia, pero en lo personal Cecile le parece amable y cariñosa, todo lo contrario que Phoebe, que vive por y para el trabajo y siempre tiene una mueca de disgusto preparada en la recámara para ofrecérsela a él.

—Como si eso le importara a alguien —murmura Ian enfurruñado—. Desde luego no a mi jefe. Él piensa que si el actor llega tarde entonces en maquillaje deben darse más prisa.

Cecile resopla.

—Siempre es la misma historia —asegura—. Los de dirección vivís estresados. Dile a tu jefe que se tome una tila, que no pasa nada por empezar cinco minutos tarde.

La asistente de Nancy Avalon se acerca a ellos dos e Ian fuerza una sonrisa.

—Perdonad. Ian, Nancy pregunta dónde está el baño.

Ian asiente y hace un gesto con la cabeza señalando el pasillo que conduce al vestíbulo. Suspira mientras Ellen regresa junto a Nancy para comunicarle la respuesta del auxiliar de dirección. Cecile apoya una mano cariñosa en el hombro del chico.

—En serio, que tu jefe se tome una tila. Ibais a vivir todos mucho mejor.

Ian asiente porque tampoco quiere entrar en esa conversación. Se trata de algo que el resto del mundo no entiende, esa mecánica de los equipos de dirección del «todo tiene que estar en hora, independientemente de que se desate el mismísimo Apocalipsis zombi el actor debe estar maquillado, peinado y vestido a la hora que marca la orden de rodaje. Y punto, no hay más que hablar».

—Pues voy un momento al baño. —Oye que dice Nancy levantándose de la silla de maquillaje.

—Claro —responde Hugh esbozando una enorme sonrisa y llevándose una mano al pecho en gesto femenino—. Tranquila, cariño.

Ian mira su reloj. Van tan jodidamente retrasados que le gustaría agarrar el maletín de maquillaje y aplastarle la cabeza a Hugh por decirle a la actriz que no se preocupe por cortar el proceso de maquillaje para echar una meada. Es la misma historia de todos los rodajes: el tiempo no va con ellos, con nadie, excepto con la gente de dirección.

Nancy y Ellen se dirigen a la puerta. Servicial, Ian acompaña a las dos mujeres un par de pasos por delante, en parte para guiarlas hasta la puerta del baño y en parte para vigilar que no hagan más paradas de las necesarias, por el bien de su tranquilidad de espíritu.

En el vestíbulo hace frío, aunque no tanto como en la nevera con ruedas que Ian utiliza como medio de transporte. Nancy entra en el servicio y cierra la puerta a su espalda dejando fuera a Ellen. Ian se apoya en la pared y se pasa las manos por los brazos para darse calor.

—¿Lleváis mucho grabando esta película? —pregunta Ellen acercándose.

Tiene una bonita sonrisa. Ian piensa que si no fuera por las gafas de pasta podría resultarle incluso atractiva; siempre ha sentido aversión por las gafas de pasta.

—Tres semanas —responde él.

Ella asiente y se mordisquea una uña sin prestar atención a lo que hace. Ian se pregunta cómo debe ser trabajar de asistente para un actor o una actriz. Si le preguntaran a él diría que no se le ocurría una tortura peor.

—¿Eres de aquí?

—¿De Portland?

—Sí.

—Sí, sí —responde él.

—Es bonito. Hace frío pero me gusta lo que he visto.

Ian sonrío.

—¿De dónde eres tú?

—De Alabama, de un pueblo pequeño. Pero mi familia se mudó a San Francisco cuando yo tenía...

La historia de la familia de Ellen Bell se queda a medias cuando la puerta del plató se abre tan bruscamente que la chica se sobresalta y lanza un grito. Una mujer de caderas anchas y pelo recogido en un moño que parece un castigo de un peluquero, atraviesa la entrada, resbala y cae al suelo. La siguen los mellizos Hill. El chico intenta saltar por encima de la mujer que ha caído pero le pisa la mano y eso le hace trastabillar y precipitarse al suelo arrastrando a su hermana. Ni Ian ni Ellen reaccionan; la sorpresa y la impresión de ver a esa gente cruzando la puerta a toda velocidad, casi peleándose entre sí por entrar antes que el resto, y ver que más allá, en el exterior, hay gente gritando y corriendo, les impiden moverse. Bastian Blanch, Cindy Teller y Sabrina cruzan el umbral pero logran evitar caer al suelo. La némesis de Sabrina, Alicia, también atraviesa la puerta, seguida de Kim (supongo que la recuerdas, pero por si acaso te cuesta ubicarla es la mujer delgada de hermosos e intensos ojos azules que estaba hablando con Alicia en la fila, dueña de un *spa* en el centro de la ciudad).

—¡Eh! —exclama Ian levantando una mano y preguntándose dónde está producción cuando se les necesita—. ¡No se puede entrar aquí!

Nadie atiende a su última frase. La gente está gritando, la mujer de caderas anchas que cayó al suelo al entrar se agarra la mano que Dexter le ha pisado y lloriquea. Y mientras tanto sigue entrando gente en el vestíbulo: Kat (rubia, joven y siempre alegre, dueña de un *carpe diem* constante debido a un problema de corazón del que adolece), Chelsea (rubia de figura perfecta y pelo recogido en una coleta), Christine (oriental, con aspecto de faltarle un hervor) y John Vernon (el puto Gordo avaricioso).

Es en John en quien debemos fijarnos ahora porque entra empujando bruscamente a Chelsea y tirándola al suelo encima de Lisa y Dexter para después girarse y abalanzarse sobre la puerta para cerrarla. Su rostro es un enorme pimiento rojizo y los ojos le brillan por la tensión de la carrera y el miedo.

—¡No pueden estar aquí! —grita de nuevo Ian.

—¡Vamos, Lisa! —grita Dexter empujando a Chelsea para quitársela de encima y tirando de su hermana.

—¡Eh! —grita Chelsea.

—¿Qué demonios eran esas cosas? —pregunta con voz chillona Kat.

—Muertos —murmura Bastian.

Todos han comenzado a hablar al mismo tiempo y nadie escucha lo que dice Bastian. Si te fijas, es Cindy la persona que tiene más cerca pero ella tampoco le atiende. Recorre la sala con mirada angustiada bajo la visera de los Red Sox, y cuando se da cuenta de que Jorge no está allí lanza un grito y corre hacia la puerta.

—¡Jorge!

John Vernon la ve venir y se gira para detener su avance, atrapando a la chica

entre sus fuertes y enormes brazos.

—¡No podemos abrir esta puerta!

Cindy se resiste y patalea intentando librarse del policía, pero este aguanta. Sin comprender nada, Ian se gira para mirar a Ellen. La expresión de ella muestra aturdimiento. Ambos tienen la sensación de haberse metido en mitad de una película cuya trama hace tiempo que ha empezado a ser deshilvanada y por tanto les cuesta seguirla.

El golpe coge desprevenido a John, la puerta le da en la espalda y le hace dar un paso hacia delante. De no ser porque está agarrando a Cindy habría podido reaccionar a tiempo e impedir que la puerta se abriera. Jorge y Osney Martell se deslizan al interior del vestíbulo seguidos de cerca por Zoran y Yuen.

—¡La puerta! —grita alguien.

John suelta a la chica y vuelve a lanzarse hacia atrás. Zoran suelta a Yuen, que cae al suelo de rodillas, y corre a ayudarlo. Entre los dos logran trabar la puerta un momento antes de que esta reciba un fuerte empujón por el otro lado.

Sin embargo ha sido suficiente para que tanto Ian como Ellen puedan atisbar lo que les persigue allí fuera, una de esas cosas muertas y aullantes.

Cindy corre hacia Jorge y se lanza a sus brazos, llorando. Osney deambula un momento por el vestíbulo, desorientado, mientras los presentes se apartan al verle. Su rostro cubierto de cristales y sangre no invita a acercarse.

—¿Eso era...? —Ian se queda a medias, incapaz de terminar la frase.

—¿Hay alguna forma de salir de aquí? —Dexter Hill sigue tirando de su hermana cuando se coloca delante de Ian.

El chico parpadea, tratando aún de comprender lo que cree haber visto hace un momento. Sus ojos bailan hasta el hombre tambaleante y con parte de la cara hecha un cisco. Dexter le agarra de las solapas y le zarandea para obligarle a mirarle.

—Oye, escucha, ¿hay alguna forma de salir de aquí?

—¡Mi mano! —aúlla entonces la mujer que está en el suelo.

—¡Que todo el mundo se calme, por el amor de Dios! —grita entonces John Vernon. Su voz suena rasposa pero es fuerte y profunda y logra que todos se queden en silencio y se giren para mirarle.

Tanto John como Zoran parecen estar sufriendo para mantener la puerta cerrada.

—Necesitamos ayuda —dice Zoran.

Jorge se suelta de los brazos de Cindy, que niega con la cabeza al verle avanzar hacia la puerta. El chico se coloca junto al agente y apoya el hombro. Al instante siente los golpes y el meneo de la puerta con cada envite desde el otro lado.

—Usted es policía —murmura Kim dirigiéndose a John—. ¿Qué está pasando?

Puedes estar seguro de que John Vernon preferiría cualquier otra cosa con tal de no tener que ejercer su trabajo como agente de la ley en ese momento. Y supongo que habrás apreciado el leve rodar de ojos de Zoran cuando Kim le ha preguntado a John si es policía.

«Sí, puede que lleve el uniforme —piensa el eslovaco—, pero es tan honrado como los miles de mafiosos que hay en las cárceles americanas».

—Sinceramente, no tengo ni puta idea —responde John apretando los dientes—. Pero me parece que los muertos han empezado a comerse a los vivos.

Kat y Chelsea se llevan las manos a la boca para ahogar los gemidos de miedo que surgen de su interior. Junto a Ian, Ellen hace lo mismo.

—Todos habéis visto lo mismo que yo —asegura el policía.

—¿Están... haciendo algo por detener esto? —pregunta Kim, manteniendo el tipo ante las respuestas del agente.

John aprieta los dientes.

—No lo sé, señora.

Para Dexter es suficiente paripé. Está mirando hacia el policía al igual que todos los demás allí presentes, pero ve los gestos de sufrimiento que aparecen en las caras del policía, Zoran y Jorge cada vez que los empujones del otro lado se recrudecen. No cree que vayan a aguantar eternamente y él no pretende estar allí cuando la puerta se abra.

—A la mierda, yo me largo —dice, y se gira a mirar a Ian—. ¿Hay otra forma de salir de aquí?

Ian mira al chico. Algo en sus ojos le dice que no va a aceptar un no por respuesta. Asiente, pero antes de que pueda responder Lisa exclama:

—¡Nancy Avalon!

Por sorprendente que pueda parecer, la mención de su nombre hace que la mayoría de los presentes se gire para mirarla y se muestren fascinados y boquiabiertos ante su presencia, como si detrás de aquella puerta que sujetan entre tres personas no hubiera una horda de muertos ansiosos por hincarles el diente sino una inofensiva competición de belleza canina.

Por su parte, Nancy sonrío al ver a tanta gente pendiente de ella, mostrándose tan educada y agradable como ha aprendido a serlo cuando hace alguna aparición en público. Por dentro está pensando en matar a Ellen y a ese chico estúpido que ejerce de auxiliar de dirección. Porque, por el amor de Dios, ella está saliendo del cuarto de baño en ese momento. No es la mejor ocasión para encontrarse con un grupo de fans.

Su sonrisa deslumbrante se rompe al percatarse sus ojos de la presencia de varias personas en el suelo. Una de ellas es una chica bastante guapa, Chelsea, la otra una mujer regordeta que se sujeta la mano con gesto dolorido y lágrimas en los ojos; más allá hay un oriental, Yuen, con el cuello de la camisa manchado de sangre.

—¿Qué...?

No llega a decir más. En ese momento ve a Osney y la boca se le descuelga por la impresión.

—Vamos Lisa —dice Dexter rompiendo la magia del momento, tirando de su hermana hacia la puerta que lleva a los decorados. A él le importa una mierda que esté allí Nancy Avalon, aunque lo cierto es que le ha parecido aún más guapa al

natural que en las fotos.

—¡Un momento! —Grita John—. ¡Nadie se larga de aquí hasta que no nos ayudéis a bloquear las puertas!

Dexter se queda quieto y mira hacia el agente de policía.

—¿Qué está pasando, Ellen? —pregunta Nancy.

No obtiene respuesta. La tensión en ese momento se encuentra entre John Vernon y Dexter Hill. Todos los demás no son más que meros testigos de una secuencia de tensión máxima. Y desde el pasillo que comunica el vestíbulo con los camerinos y las salas de maquillaje y vestuario han aparecido Hugh Nicotero, Phoebe y Cecile, alarmados por el griterío.

En el silencio tenso del momento los gruñidos animales del exterior les llegan poniéndoles los pelos de punta y haciéndoles pensar en el terrible destino que podrían correr si la puerta llegase a abrirse de repente.

11

Se ha juntado un buen montón de gente en el recibidor del plató donde se rueda Almas de metal (se rodaba, porque tal y como vienen las cosas el mundo tal y como lo conocen todos ellos ha terminado y nadie se volverá a preocupar nunca por dar motor ni a esa ni a otras muchas películas en marcha).

Veintidós personas para ser exactos. A veces resulta complicado seguir los movimientos de tanta gente, lo sé, pero nosotros deberíamos estar preparados para hacerlo. A fin de cuentas vivimos el infierno que se desató en Castle Hill, donde el Cuarto Jinete dio a conocer su espantoso poder por primera vez, y más tarde en Los Ángeles y San Francisco.

Veintidós almas. Los números son importantes. ¿Quieres que hagamos un repaso? En ocasiones es bueno detenerse un momento para echar un vistazo de otra manera. Nosotros, que podemos hacerlo, aprovechémonos.

Tenemos a Nancy Avalon, la actriz que acapara los sueños húmedos de millones de adolescentes, y no tan adolescentes, en el mundo entero; tenemos a Ellen Bell, su asistente, y junto a ella se encuentra Ian Morgan, asistente de dirección de Almas de metal. También pertenecientes al equipo de rodaje de esa película se encuentran en el recibidor el maquillador Hugh Nicotero y las dos peluqueras, Phoebe y Cecile.

Van seis.

Repartidas a lo largo y ancho de la fría estancia tenemos a siete mujeres con dorsales que las identifican como aspirantes a entrar en un reality de canto que debería haberse estrenado el año que viene si el mundo no estuviera yéndose al garete. Por un lado está Kim, con sus penetrantes ojos azules y su mente trabajando siempre a toda potencia; cerca de ella están Chelsea y Kat y un poco por detrás, Christine que, con su boca abierta formando una letra o casi perfecta, da la impresión

de estar fuera de lugar. Pegada a una pared y doblada sobre sí misma, tratando de recuperar el aire, se encuentra Alicia. En el extremo contrario y lanzándole miradas asesinas, se encuentra Sabrina. A sus pies, la mujer gorda cuyo nombre ni siquiera nos hemos parado a escuchar.

Si quieres que te lo diga, se llama Maureen King. Se sujeta la mano con gesto dolorido y tiene los ojos hinchados por el llanto. Al final, será su renuencia a levantarse durante este rato en el que podría haberlo hecho lo que la arrastrará a la muerte. Créeme: cuando los muertos entren ella seguirá allí tirada agarrándose la mano contra el pecho y ya será tarde para intentar huir.

Van trece; sigamos.

Apoyados contra la puerta y sudando la gota gorda para impedir que la abran a empujones los muertos que se agolpan contra ella al otro lado, hay tres hombres: Zoran Zuchemberg, John Vernon (conocido por el primero como el puto Gordo avaricioso) y Jorge Ballesteros.

También tenemos a Yuen, que se está tocando la herida que tiene en la nuca y luego mira sus dedos manchados de sangre con la incomprensión reflejada en sus ojos; a Cindy Teller, que bajo su gorra de los Red Sox no deja de mirar ni por un segundo a Jorge, deseando decirle que deje de intentar ser un héroe y le dé la mano a ella para salir de ahí cuanto antes; a Osney Martell, que mira con su ojo sano alrededor; y a Bastian triple be como en la película Blanch.

Veinte. Más los dos hermanos Hill, Dexter y Lisa, veintidós.

12

En momentos de caos, como lo ha sido la entrada en el recibidor del plató, resulta complicado seguir todo lo que ocurre. La mayoría de la gente habla y el miedo les hace no escuchar o moverse sin pensar ni atender a lo que dice el resto. Al ser testigo de una situación como esa los ojos se mueven en todas direcciones intentando captar hasta el mínimo matiz, bailando de uno a otro para seguir todas las conversaciones y cayendo en el consabido error del que mucho abarca y poco aprieta.

Por eso, cuando una situación se vuelve multitudinaria lo mejor es aislarse del total, dejar de lado al grupo como un personaje vivo y centrarse en un individuo por vez.

Por ejemplo: más allá del duelo visual que mantienen John Vernon y Dexter Hill (supongo que has oído ese otro dicho que dice que hay miradas que matan). Solo tienes que fijarte en Sabrina para comprobar que es tan real como la vida misma. Sus ojos son puntas de acero recubiertas de veneno que quisieran clavarse en Alicia.

No entiende por qué, de entre todas las mujeres que había en la fila de aspirantes al *casting*, ha tenido que ir a caer en la misma habitación que esa maldita perra hispana.

O bien podemos dar un par de pasos a la izquierda y palpar el miedo de Cindy Teller. Es casi físico. La chica está sudando pero cada gota que resbala por su piel a ella le parece que está gélida y hace que un escalofrío la recorra de arriba abajo.

—Jorge... —murmura.

Él no la escucha. Tiene los dientes apretados y mira hacia Dexter Hill, preocupado por el combate silencioso que se ha establecido entre el chico y el policía. A cada segundo que pasa resulta más difícil mantener esa puerta cerrada y él también tiene ganas de gritarle al chico que se deje de tonterías y les ayude a hacer fuerza.

A Cindy, sin embargo, no le importa la maldita puerta. A ella le gustaría decirle a Jorge que no van a poder mantenerla cerrada eternamente, que en algún momento uno de ellos fallará y las cosas que hay al otro lado entrarán sin que nada lo impida.

A Cindy la idea de salir de allí cuanto antes le parece tan válida como necesaria.

Y a la misma conclusión acaba de llegar Kim. Detrás de esos bonitos ojos azules se esconde una mente perspicaz y estratégica, la clase de persona capaz de pensar no solo en el siguiente movimiento que necesita hacer sino en varios más adelante.

—Tenemos que salir de aquí —murmura a las dos chicas que se encuentran a su lado: Chelsea y Kat—. El chico tiene razón.

—Pero el policía ha dicho...

Kim niega, acallando la protesta de Kat.

—Miradles. —Con la cabeza hace un sutil gesto que señala a los tres hombres que sostienen la puerta—. Están sufriendo para mantenerla cerrada. Y no hay nada por aquí que podamos usar como obstáculo. Si queremos mantenernos vivos deberíamos largarnos.

Kat asiente, dejándose llevar por la fuerza y la certeza que parecen emanar los ojos de Kim. Chelsea duda un momento pero termina asintiendo también. El miedo es un poderoso motivador.

—Por ahí se entra a los decorados —dice Chelsea, señalando con el mentón.

Las tres hablan en susurros para evitar ser escuchadas pero Alicia está muy cerca y las mira con una ceja levantada, prestando atención.

—Todos los platós tienen salidas laterales de emergencia —murmura Kim, y se calla la parte en la que reza para que no estén cerradas con llave o trabadas de cualquier otra manera.

Tanto Chelsea como Kat la miran como se mira a un líder, al que toma las decisiones que se siguen sin rechistar. Alicia también tiene esa mirada en los ojos, aunque en su caso recubierta de rencor por no haber sido incluida en aquel pequeño grupo. A fin de cuentas, ¿no había sido ella quien estaba hablando con la mujer de los ojos azules en la fila de aspirantes?

Kim mira hacia atrás para comprobar que John Vernon sigue mirando con los ojos entrecerrados y una expresión firme y dura a Dexter. La tensión podría cortarse con un cuchillo y a Kim ese tipo de situaciones siempre la han puesto nerviosa. Quiere salir de ahí, y ahora que tiene a dos mujeres respaldando su plan empieza a sentirse

más segura. Es cuestión tan solo de decidir cuál es el momento ideal.

13

—Vamos, Lisa —repite Dexter tirando de su hermana, rompiendo el silencio tenso que regía el recibidor.

—¡No! —grita John Vernon. Mira a Dexter con los ojos casi fuera de sus órbitas, desquiciados y llenos de terror, pero también mira alrededor, a todos los demás, tratando de transmitirles la necesidad de entender sus palabras—. ¡Tenemos que bloquear la puerta antes!

—¿Con qué mierda vamos a hacer eso? —grita Dexter, desesperado, moviendo su mano alrededor.

—¡Nadie se mueve de aquí, joder! —grita el policía—. ¡Necesitamos ayuda ya!

Y por los continuos golpes que reciben desde el otro lado y sus caras de sufrimiento, todos los presentes pueden constatar que dice la verdad. Y así como algunos no parecen entender nada, como Hugh Nicotero o sus dos peluqueras, o como la mismísima Nancy Avalon, el resto siente el mismo miedo que reflejan las palabras de John y la necesidad de salir de allí cuanto antes de Dexter.

—¿Qué vas a hacer, detenerme? —pregunta el chico.

—¡Dex! —exclama Lisa, sorprendida por la actitud de su hermano.

Y observa, porque mientras Dexter y John siguen enfrascados en su enfrentamiento, Kim les hace una seña a sus chicas. Chelsea y Kat se ponen en movimiento detrás de la que ejerce como su líder; y Alicia las sigue. Al verlas, John gira su rubicundo rostro hacia ellas.

—¿A dónde demonios vais? —grita desesperado. Le duele la espalda y el sudor le cae en enormes goterones por ambos lados de la cara. Por no mencionar que aún no ha recuperado del todo la respiración después de su casi atragantamiento unos momentos antes.

Ninguna de las cuatro mujeres responde. Kim abre la puerta que lleva al plató e Ian se siente tentado de advertirles de que está prohibido el paso a toda persona ajena al rodaje (en algún punto de su mente aún sigue preocupado porque puedan echarle una bronca, como si una parte de él no quisiera admitir que ha visto un muerto viviente hace un momento). Como si el movimiento de las chicas fuera un pistoletazo de salida, Dexter tira de su hermana una vez más y corre hacia la misma puerta.

Entonces John da un paso adelante al tiempo que levanta el brazo y les grita que no pueden irse, una vez más, preocupado ante la idea de ser abandonado allí mientras sujeta la puerta que les mantiene a todos a salvo.

Dar ese paso adelante es, por supuesto, un error. Al instante Jorge nota que sus pies resbalan hacia delante cuando la presión ejercida desde el otro lado les supera. Sin esperar, se lanza hacia delante y agarra la mano de Cindy para tirar de ella.

Zoran también corre, empujando a Yuen para que huya delante de él. A su espalda la puerta se abre y los muertos entran de golpe, tropezando unos con otros y pisoteando sin clemencia a los que caen al suelo.

—¡Santa madre de Dios! —exclama Ellen Bell abriendo mucho los ojos.

A su lado, Nancy ni siquiera parece entender lo que ocurre; lo mira todo como si formara parte de una película. Entonces Ian las empuja a las dos hacia el cuarto de baño, cuya puerta les queda mucho más cercana que la que lleva al interior del plató. Nancy grita al recibir el empujón pero retrocede junto al auxiliar de dirección y su asistente personal.

Lo hace porque por otro lado está viendo a la horda de muertos caer encima de Maureen King y pelearse por arrancar un trozo de carne que llevarse a la boca. Y está jodidamente bien hecho para ser una película, tan real que Nancy siente que se le revuelve el estómago. Luego cruzan la puerta del servicio e Ian la cierra presionando con su espalda sobre ella.

—¿Qué coño era eso? —grita Nancy. Levanta la mano y señala con el dedo índice la puerta que Ian mantiene cerrada. Tiene los ojos abiertos de par en par.

—Ay, Dios... —murmura Ellen.

Ian siente el corazón latiendo en su pecho a toda velocidad, casi como la batería de un grupo heavy. En su cabeza los pensamientos se suceden a toda velocidad, mezclándose unos con otros.

—Chicas —dice.

Ellen ha retrocedido y está de pie junto al lavabo mirándose las manos como si fueran un objeto alienígena; repite «ay, Dios mío» como si fuera un mantra. Por su parte Nancy cambia la mirada entre su asistente y él, los ojos muy abiertos y tres tonos más pálida de su color normal.

—¡Chicas! —insiste Ian.

Ellen rompe su letanía repetitiva y le mira. Nancy se centra en él.

—Si esos tres hombres no han podido mantener la puerta del plató cerrada, dudo mucho que yo sea capaz de mantener esta. Sugiero que nos movamos rápido.

—¿A dónde? —pregunta Nancy.

A Ian le sorprende verla tan resolutiva en comparación con la imagen que le ha transmitido a su llegada al plató.

—El ventanuco —dice él señalando hacia arriba y a la izquierda.

Encima de uno de los retretes hay una estrecha ventana elevada. Las dos mujeres se giran para mirar y a Ian le parece que ahora es Ellen la que palidece.

—No podemos salir por ahí...

—Sí que podemos, y tenemos que darnos prisa —dice él, sin añadir que en cualquier momento esas cosas monstruosas podrían lanzarse contra la puerta del cuarto de baño y entonces estarían perdidos.

Haciendo uso de toda su fuerza de voluntad, Ian se separa de la puerta y avanza hacia el retrete. Ellen le mira como si estuviera loco y lanza una mirada aterrorizada

hacia la puerta. Ahora nada impedirá que se abra de golpe en cuanto reciba un empujón desde el otro lado.

El chico se sube al retrete para alcanzar el cierre de la ventana. Al soltarlo el cristal gira hacia abajo e Ian hace lo posible para que no haga ruido al dejarlo contra la pared.

—Vamos —dice—, os ayudaré a subir.

Nancy y Ellen intercambian una mirada.

—Ya voy yo —dice Nancy.

La actriz se acerca a Ian y cuando él le ofrece una mano ella se la aparta con gesto altivo. Se sube al retrete y se agarra al filo inferior de la ventana. Ian le agarra la cintura y empuja hacia arriba. Ella se asoma al exterior.

—¿Y bien? —pregunta Ian.

—Es un callejón y está vacío, parece. No puedo mirar hacia los lados.

La ventana es estrecha pero para alguien delgado como Nancy no supone un problema. La chica demuestra la agilidad aprendida en las clases de lucha que tuvo que dar para interpretar a una joven agente especial en el arco de cinco capítulos de una serie, y se desliza por el agujero rápidamente. Ian y Nancy la escuchan saltar al otro lado.

—Te toca —le dice Ian a Ellen extendiendo la mano hacia ella.

—Mejor ve tú —responde la chica sin moverse.

Ian frunce el ceño sorprendido. Un rugido rabioso al otro lado de la puerta le hace deslizar la mirada hacia la puerta; continúa cerrada, gracias a Dios. Ellen también gira la cabeza y se estremece.

—Si yo salto tú no serás capaz de subir —dice él.

—Que sí, iré detrás de vosotros —asegura Ellen.

Ian se da cuenta de que la chica está temblando. Al otro lado de la puerta siguen escuchándose gruñidos y ruidos de pasos que corren de un lado a otro. Por un momento se plantea la posibilidad de obedecerla. Si es ella la que no les sigue no es problema suyo.

Sin embargo, sin saber muy bien por qué hace eso, Ian salta del retrete y se acerca a Ellen. La chica aparta la mirada cuando él se pone delante de ella, taponando su visión de la puerta. Ian le agarra la cara con suavidad y la obliga a mirarle.

—Ellen, si yo salto tú no serás capaz de subir.

—No voy a poder hacerlo —asegura ella. Una lágrima solitaria resbala por su mejilla.

—¿Por qué?

—No soy ágil. Soy una rata de biblioteca, yo...

—Escúchame —la interrumpe él negando categóricamente con la cabeza—. Sé que tienes miedo, lo que hemos visto ahí fuera es una pesadilla, pero tenemos que salir de aquí y no voy a abandonarte.

Ella le mira con intensidad y frunce el ceño.

—¿Por qué?

Ian se encoge de hombros. Están tan cerca el uno del otro que casi parecen amantes a punto de besarse.

—Porque no me mola la idea de abandonar a nadie —responde.

Luego la empuja con suavidad hacia el retrete y aunque ella cree estar paralizada descubre con sorpresa que sus piernas sí se mueven. Acepta la ayuda que le ofrece Ian para subir y logra izarse hasta el ventanuco. Al asomar la cabeza por el otro lado descubre que Nancy está apoyada contra la pared mirando hacia ambos lados de forma furtiva. Al verla le dedica un gesto despectivo *made in Nancy Avalon* al que Ellen está más que acostumbrada.

—¿Qué coño estáis haciendo para tardar tanto, joder? —pregunta.

Ellen se descuelga con torpeza y está a punto de tropezar y caer al otro lado. Ian apoya las manos en el filo y en el mismo momento en que se impulsa hacia arriba la puerta del cuarto de baño recibe un fuerte golpe desde el recibidor y un hombre vestido con los restos harapientos y ensangrentados de una cazadora con forro de borrego para el frío atraviesa el umbral. Lleva la boca abierta y de ella le cuelgan largas babas sanguinolentas; localiza a Ian y se abalanza sobre él.

El chico grita y patalea contra la pared para subirse a la ventana y lanzarse al otro lado. Logra apoyar el estómago y está a punto de lograrlo cuando siente que una mano se cierra alrededor de su tobillo. Pierde estabilidad y casi resbala de regreso al interior del cuarto de baño pero su pierna libre lanza una patada hacia atrás que impacta contra la nariz del muerto hundiéndole el hueso hacia dentro y lanzándole al suelo del impacto.

Y al sentirse libre de nuevo Ian no espera otra oportunidad. Se lanza hacia el exterior y cae sobre Ellen, con lo que los dos se precipitan al suelo en un amasijo de brazos y piernas enredados. Ian queda encima de ella y se incorpora un poco para mirarla.

—¿Estás bien? —pregunta.

Ella ha perdido las gafas con la caída y le mira con sus ojillos asustados, pero asiente cuando él le hace esa pregunta.

Entonces es Nancy la que echa a correr de repente hacia la derecha, sin decir nada. Su gesto es tan repentino que Ian y Ellen giran la cabeza en la dirección contraria. Desde el final del callejón, donde el edificio que alberga el plató termina y gira conectando con la calle donde se realizan las cargas y descargas de material, aparecen dos de esas criaturas. Gritan al verles y casi parecen acelerar.

—Mierda —murmura Ian.

Se levanta de un salto y agarra la mano de Ellen para ayudarla a incorporarse. Luego giran y emprenden la huida detrás de Nancy, que ya les saca algo más de veinte metros. Tras ellos, los monstruos gruñen y gritan lanzando zarpazos al aire. Uno de ellos pisa las gafas de Ellen que han quedado olvidadas en el suelo tras la caída; el cristal explota y la montura de pasta se quiebra bajo el pie de la criatura que

ni se inmuta. Solo tiene ojos para sus presas.

14

El grito de Hugh Nicotero al ver la horda de muertos vivientes que entra en el recibidor cuando la puerta se abre es épico. Tan agudo que de ser esto el capítulo de una serie de dibujos animados todos los cristales en un par de kilómetros a la redonda habrían estallado.

La mayoría de los presentes escapa hacia la puerta que lleva a los decorados. Al menos una docena de muertos cae sobre Maureen disputándose un pedazo de su carne. Ella intenta levantarse, sin dejar de aullar por el dolor que le producen los mordiscos y las uñas que horadan su cuerpo, pero cae al suelo bajo el peso de los zombis.

Hugh se da la vuelta y corre por el pasillo que lleva a los camerinos. Nunca ha sido deportista y desde hace un par de años fuma bastante más de lo que debería, por lo que sus pulmones y cada músculo de su cuerpo protestan casi al instante.

Pero ya sabemos que la adrenalina es un gran motivador.

La puerta de la sala de maquillaje y peluquería está abierta y Hugh la cruza a toda velocidad. Ve a Phoebe y Cecile corriendo en esa misma dirección, seguidas por un montón de esas criaturas surgidas del peor de los infiernos, y el miedo le vence. Con un fuerte golpe Hugh cierra la puerta y pone el pestillo que la traba. Apenas un segundo más tarde las dos peluqueras llegan hasta allí y él las oye golpear la puerta y gritar su nombre.

—¡Hugh, abre!

Reconoce la voz de Cecile, desesperada, pero se siente incapaz de obedecerla.

Retrocede un par de pasos, no puede dejar de mirar la manija, que se mueve con violencia. Luego oye los gritos de Phoebe y un fuerte y estrepitoso golpe contra la puerta que hace que esta se tambalee y la madera cruja. Hugh se lleva las manos a la cara. Ni Cecile ni Phoebe vuelven a decir nada. Los ruidos, al otro lado de la puerta, le revuelven el estómago.

Aterrorizado, Hugh mira alrededor y ve el teléfono móvil de Cecile (es rosa y tiene una pegatina de Hello Kitty, así que es inconfundible). Con una mano temblorosa consigue marcar el teléfono de emergencias.

—Las líneas están ocupadas. Espere, por favor...

Se queda mirando el teléfono con gesto estúpido. Se pregunta cómo es posible, casi se siente ofendido en su orgullo norteamericano. Entonces un nuevo golpe en la puerta le sobresalta y el teléfono se le escapa de las manos y cae al suelo. La madera vuelve a crujir y los golpes se suceden con más y más violencia. Hugh empieza a chillar, retrocediendo hasta que su trasero toca la pared.

Cuando los muertos logran atravesar la puerta, él intenta defenderse con un

secador de pelo. Resulta bastante inútil y el primer mordisco le empuja contra la pared dejándole sin aire mientras los dientes se hunden en la carne de su mejilla. El dolor resulta indescriptible. Intenta revolverse pero otro de los muertos le agarra el brazo y le muerde en la muñeca. Le sigue otro y después uno más. Hugh les oye masticar y devorar su propia carne y tiene tiempo de pensar que resulta lo más asqueroso que haya escuchado jamás.

15

Permíteme que retroceda un par de minutos, hasta ese momento en que Hugh Nicotero aún seguía vivo y la existencia de los muertos vivientes no era más que una imposibilidad para él, algo propio de una película de terror; a ese momento en que John Vernon y Dexter Hill se miraban retándose sin decir nada.

Ver a Alicia allí hace que Sabrina piense en James. No puede evitarlo, y esa es una de las razones por las que ni puede ni quiere volver a ver a James jamás en su vida, pensar en cualquiera de ellos le hace imaginárselos juntos con todo lujo de detalles. Muchos más de los que ella está capacitada para afrontar.

—De entre todas las personas del mundo he tenido que ir a caer con ella —murmura.

A su lado se encuentra Osney Martell. Ha apoyado una mano en la pared y mira a su alrededor desorientado. Le ha empezado a escocer el lado izquierdo de la cara pero cuando ha llevado una mano hacia allí lo único que ha sentido es un pinchazo de dolor, por lo que se ha obligado a sí mismo a apartar la mano. Sabe que algo malo tiene que haberle ocurrido, no hay que ser ningún genio para darse cuenta; basta con mirar las expresiones de horror con la que disimuladamente le miran los demás.

Lo peor, además, es que no ve nada por ese ojo. Y eso le preocupa más de lo que está dispuesto a admitir. Al oír a Sabrina hablar se gira hacia ella.

—¿Cómo?

Ella niega con la cabeza. En sus ojos él ve una lástima que casi le molesta, la clase de expresión que se le dedica a un tullido o a quien ha sufrido una pérdida inconmensurable. Un ramalazo de miedo sacude a Osney y de repente siente ganas de mirarse a un espejo y ver lo que todos los demás ven.

—Lo siento, hablaba para mí —dice ella.

Ahí las cosas se precipitan. Un grupo de chicas, con Kim a la cabeza, corre hacia la puerta que lleva al plató. Los dos mellizos las siguen y el policía da un paso adelante estirando la mano. Sabrina se da cuenta de que la puerta va a abrirse medio segundo antes de que empiece a hacerlo, y sin pensar en nada más estira la mano para agarrar a Osney y echa a correr.

«Siempre has sido impulsiva...». James había tenido la caradura de decirle eso cuando ella le pidió, entre gritos y lágrimas de desesperación, que saliera

inmediatamente de casa.

Aquella frase había sido tan cataclísmica como pulsar el botón rojo que desataría una guerra nuclear entre Estados Unidos y Rusia. Sabrina había enrojecido como si fuera a estallar y había empezado a pegar a James en el pecho, poseída y fuera de sí.

«¡Largo de aquí!», le chilló, escupiendo saliva entre los dientes. «¡No quiero volver a verte! ¡Largo!».

Y James le había hecho caso al fin. Había retrocedido hasta la puerta y allí se había girado para mirarla. A Sabrina seguía pareciéndole increíble que el muy hijo de la gran puta no hubiera mostrado algo de disculpa o tristeza en ese momento. Todo lo que vio en los ojos del que hasta ese momento había sido su prometido fue desdén.

«Siempre das un paso adelante cuando se trata de ayudar a los demás», le dijo desde el umbral de la puerta, «pero cuando se trata de ayudarte a ti misma eres tan terca que prefieres hundirte antes de pensar por un momento en lo que estás haciendo».

Aquella frase también había revoloteado por la mente de Sabrina una y otra vez desde aquel día, cuando se giraba tratando de encontrar la postura que le permitiera quedarse dormida, o cuando estaba preparándose el desayuno y de repente la mirada de desdén de James se le aparecía delante de los ojos clara como un día sin nubes.

«Tendrás valor, hijo de puta», solía contestarle a la nada que habitaba con ella desde que había echado a James de casa. «Tendrás valor para decir que mandarte a tomar por culo es hundirme a mí misma después de haberte cazado con la polla en la boca de esa zorra...».

Pero había una cosa, de entre todo lo que había dicho James aquel día, que era verdad: Sabrina no pensaba cuando se trataba de ayudar a otra persona, simplemente actuaba. Osney Martell no habría reaccionado a tiempo para escapar de no ser por ella. Sabrina tira de él y atraviesa la puerta que comunica el recibidor con los decorados, internándose en la negrura.

Nadie ha encendido aún las luces que ambientan los decorados y la nave está a oscuras dificultando la visión de todos los supervivientes. Jorge y Cindy corren esquivando un carro de la compra lleno de objetos de atrezo. Bastian va detrás de ellos; corre por detrás de una estructura de madera y ve a la pareja desaparecer a través de una abertura algo más adelante. Los gritos, tanto de los vivos como de los muertos, llenan el espacio creando la sensación de estar metidos en una burbuja.

Bastian atraviesa la abertura y tropieza con una silla, derribándola y cayendo al suelo. Cuando levanta la cabeza parpadea sorprendido al comprobar que se encuentra en una habitación decorada con posters de grupos de música, el dormitorio de un joven, que podría pasar por uno completamente funcional de no ser porque la cuarta pared no existe y hay una mesa con varios monitores y muchos cables esparcidos por el suelo como enormes serpientes. Ve también lo que parece el decorado de un bar, inconfundible por la barra y las botellas que llenan la estantería situada detrás. Las mesas están amontonadas en un rincón y hay una escoba tirada en el suelo, olvidada

por alguien.

Ve cruzar al policía gordo y se levanta del suelo. En ese momento oye un alarido a su izquierda y al mirar hacia la abertura por la que él ha pasado ve a un hombre con la boca abierta y los dientes y la barbilla coloreados del color rojizo de la sangre. Sin pensar, Bastian empuja la silla que le ha hecho caer al suelo y el muerto tropieza con ella, dándole a Bastian el tiempo necesario para levantarse y echar a correr de nuevo. Cruza el espacio que en una habitación real debería ocupar la cuarta pared y esquiva la mesa de los monitores. Ve muertos corriendo a su derecha y a su izquierda. Maldiciendo, se interna en el decorado de un lujoso recibidor, salta por encima de una alfombra enrollada y empieza a subir por unas escaleras. Detrás de él, al menos tres zombis corren arañando el aire, deseando atraparle para comérselo. Eso hace que Bastian corra más rápido y suba por los escalones de dos en dos.

Al llegar arriba gira hacia la derecha y ve un pasillo de unos veinte metros con dos puertas a la izquierda. Corre hacia la primera y se lanza hacia la manija. Durante una terrorífica milésima de segundo su mano resbala sin que la puerta se abra; después, la manija gira y Bastian utiliza todo el peso de su cuerpo para empujar la puerta hacia delante...

Lanza un grito y se agarra al marco de la puerta con desesperación. La puerta se desliza en el aire: al otro lado no hay nada, excepto una caída de casi cuatro metros.

Desesperado, y maldiciendo un poco la famosa frase que dice que en el cine nada es real, mira hacia atrás. El primero de los muertos acaba de alcanzar el segundo piso y ahora corre por el escaso pasillo hacia él. Aterrorizado, Bastian se gira y salta. En el aire, patalea, agita los brazos y grita; luego encoge las piernas para amortiguar el golpe y con el rabillo del ojo ve un destello de luz a su derecha. Al mirar hacia allá ve una puerta de emergencia abierta por la que varios de los supervivientes están escapando al exterior. Reconoce el pelo de Lisa Hill.

Piensa que puede conseguirlo. Está muy cerca y solo tiene que correr hasta esa puerta.

El choque contra el suelo es fuerte y le deja sin respiración. Su tobillo derecho cruje y Bastian rueda hasta chocar contra una cuna. Intenta levantarse pero el tobillo le lanza una descarga eléctrica al cerebro y Bastian chillaba como una niña antes de volver a caer al suelo.

El muerto que le perseguía en el falso pasillo superior también se ha lanzado a través de la puerta y cae al suelo con un terrible chasquido. Por un momento, Bastian piensa que se habrá roto la espina dorsal y él tendrá suerte y podrá escapar pero el tipo levanta la cabeza y le mira. Su pierna izquierda está doblada en un ángulo antinatural pero aun así estira las manos y se arrastra en dirección a Bastian.

Gritando, Bastian intenta levantarse de nuevo sin conseguirlo. El dolor del tobillo es atroz y al apoyarlo está a punto de desmayarse. Las manos del muerto arañan sus zapatillas y Bastian se sacude para evitar que le atrape y comienza a arrastrarse a su vez, sin dejar de mirar la puerta de emergencia que ahora permanece abierta

mostrando un rectángulo de luz que simboliza la salvación.

Salvación que por supuesto él no alcanzará. Desde su izquierda llegan más alaridos. Los muertos le han localizado y corren hacia él. Bastian grita antes de que se arrojen sobre su cuerpo y empiecen a morderle. El muerto que se arrastraba tras él logra al fin agarrar su pie y le muerde en el tobillo. Bastian se sacude pero es inútil. Ni siquiera resiste mucho tiempo.

Su historia resulta no ser interminable, al fin y al cabo.

16

Jorge es el primero en encontrar la salida de emergencia del plató y el primero también en atravesar la puerta. El miedo es un motor poderoso aunque también puede actuar como un potente paralizador, que es exactamente lo que le ocurre a él en cuanto sale al exterior y se da de bruces con la inesperada realidad que le espera al otro lado.

—Oh...

Ni siquiera es capaz de decir nada más. La calle parece sacada del peor escenario de guerra jamás imaginado. Hay cientos de objetos tirados por el suelo, desde zapatos a maletines olvidados, un paraguas, montones de papeles que revolotean con el viento, una bicicleta tirada junto al bordillo, un periódico cuyas hojas se mueven como si una mano invisible estuviera pasándolas; también hay sangre y algunos cuerpos caídos e inmóviles. Un par de coches están detenidos en medio de la calle, con las puertas abiertas pero sin rastro de sus dueños, abandonados a su suerte. Y más allá, otro coche se ha estrellado contra un semáforo.

Y hay zombis. Más allá, al fondo de la calle, pero algunos corren en dirección a ellos y Jorge parece incapaz de moverse. De repente, sus piernas se han congelado y convertido en enormes trozos de piedra.

Cindy choca contra su espalda y se detiene a su lado. La gorra de los Red Sox se ladea en su cabeza y las trenzas bailan a ambos lados. Está aterrorizada.

—Vamos a morir —murmura Jorge. No puede despegar los ojos de los muertos que aúllan, aún a una distancia importante, en dirección a ellos.

Entonces Zoran Zuchemberg le da un fuerte empujón apoyando la mano abierta en el centro de su espalda. Jorge sale lanzado hacia delante y está a punto de caer al suelo con la cara por delante pero logra recuperarse de milagro.

—¡Corre chico, maldita sea! —le grita el eslovaco con el acento más marcado que nunca.

Y Jorge corre. Ha visto la puerta abierta de una librería a mitad de camino entre ellos y los muertos vivientes. Es una apuesta, porque si no logran alcanzarla antes que los muertos no tendrán ya opción de escape, pero Jorge acelera el paso tirando del brazo de Cindy y levantando la otra mano para señalarle a Zoran la puerta abierta.

—¡Allí! —grita.

El cerebro humano es curioso; su instinto de autopreservación es tan fuerte que es capaz de enviar órdenes al cuerpo que resultan contradictorias para lo que conscientemente uno desea hacer. En ese momento, Jorge tiene en la mira la puerta de la librería pero al mismo tiempo vigila con el rabillo del ojo a los muertos que corren hacia ellos como guerreros en una película lanzando gritos de libertad para enfrentarse al opresor, los rostros pintados de sangre y furia. Y debido a ello tiene que obligarse a ignorar las señales que su cerebro hace resplandecer como carteles de neón en una noche oscura gritándole a todos los músculos del cuerpo que se den la vuelta y dejen de correr hacia lo que se antoja como una muerte segura.

En algún momento Cindy empieza a gritar, de dolor y miedo pero también de angustia; Jorge no afloja la presión que hace sobre su muñeca.

Los pulmones de todos ellos están al rojo vivo, sus cuerpos son una olla a presión a punto de explotar. Tras unos angustiosos segundos de carrera, Jorge comprende que lo van a lograr. La distancia que les separa de la librería es menor que la que separa la librería de los muertos vivientes. Pero ahoga la euforia porque nunca ha sido dado a celebrar antes de tiempo.

Jorge, Cindy y Zoran cruzan el hueco de la puerta a la carrera y tropiezan con una pequeña mesa derribada y volcada en el suelo junto con un montón de libros que debían estar sobre ella antes. Zoran logra evitar la caída pero Jorge cae contra una estantería y un par de libros le caen sobre la cabeza.

Cindy grita al ver lo que hay en el centro de la sala. La tienda es un espacio rectangular rodeado por completo de estanterías llenas de libros. Junto a la puerta, donde está Zoran, hay una pequeña barra con una máquina registradora y más libros y revistas y artículos promocionales. El resto de la estancia la componen pequeñas mesas plagadas de torres de libros y más libros creando pasillos por los que el comprador ocasional podría pasear mirando títulos. Y allí, entre dos de esas mesas y libros volcados y abiertos por el suelo, un muerto se entretiene masticando los intestinos de un anodino tipo con gafas de montura fina torcidas sobre una cara de gesto crispado por el dolor pero sin vida ya en los ojos.

La criatura se gira hacia ellos al verles entrar y lanza un alarido.

Jorge se pone en pie, maldiciendo y abrazando a Cindy como si con eso fuera a bastar.

La criatura empieza a correr hacia ellos y tropieza con una de las mesas; ni se inmuta. Más libros caen al suelo y se esparcen por él sin que a nadie le preocupe que se manchen de sangre o se doblen. Y si te das la vuelta verás que ni Jorge, ni Cindy ni Zoran se mueven para intentar hacer algo.

«¿Qué podemos hacer?», es la pregunta que se han hecho sus cerebros.

«Nada», es la respuesta que se han dado a sí mismos. Al otro lado de la puerta, en la calle, muchos más como ese se dirigen hacia ellos y deben estar a punto de alcanzarles así que todo parece perdido.

Cindy hunde el rostro en el pecho de Jorge y quiere llorar; la tensión de la huida y el miedo acumulado la han dejado sin lágrimas. Tan solo echa de menos no haber podido despedirse de su familia. Pero al menos, se dice, está junto a Jorge.

El disparo retumba en el local como el furioso trueno que lanzaría Júpiter si descargara su ira contra los romanos. John Vernon, con el rostro de un color que ha dejado ya de ser rojo para pasar al magenta y la respiración tan agitada que parece una locomotora con ansiedad, sostiene su revólver reglamentario al extremo de su brazo extendido.

La bala ha atravesado la cabeza del zombi derribándolo de una vez por todas sobre un montón de 50 sombras de Grey.

Detrás del agente entran los dos mellizos. Dexter lanza a su hermana hacia el interior de la librería y se gira para hacer bajar la puerta metálica exterior. Lo hace de un tirón y en un solo gesto y la verja baja con estruendo y golpea el suelo con un fuerte chasquido. Luego, el chico retrocede un par de pasos y su espalda golpea la del policía.

—¡No! —grita Zoran—. ¿Y los demás?

Dexter se gira para responderle pero le interrumpe una algarabía furiosa de golpes en la verja metálica, los ansiosos puñetazos de la horda de muertos vivientes que quieren atravesar aquella barrera para alcanzarles.

—¡No me seguía nadie! —exclama Dexter para hacerse oír. Le tiembla el labio inferior por la tensión y el miedo—. Creía que sí pero al mirar atrás... —Su silencio resulta casi insoportable y tanto Zoran como Jorge bajan la mirada—. No me seguía nadie...

—Todo esto es por tu culpa —murmura entonces el policía. John se gira hacia Dexter y le agarra por la solapa, empujándolo contra la verja metálica.

El golpe parece activar la ansiedad de los muertos al otro lado. Dentro de la librería el bullicio hace casi imposible que se oigan los unos a los otros. Y, por supuesto, pendientes como están de John y Dexter, nadie escucha el gemido susurrante que surge de entre los labios del hombre de las gafas y el vientre abierto en dos que estaba siendo devorado cuando entraron.

—¡Todo esto es por tu culpa, joder! —grita John manteniendo apretado al chico contra la verja metálica con la mano izquierda mientras levanta la derecha como si fuera a golpearle. Aún sujeta el arma reglamentaria con esa mano y al verla, Dexter palidece—. ¡Te dije que no te movieras, maldito niño estúpido!

—¡Eh, vamos, déjale! —dice Zoran dando un paso hacia ellos.

John se gira tan rápido hacia él, apuntándole con el revólver, que Zoran levanta las manos y vuelve a retroceder hasta que su trasero golpea el mostrador. Lisa gime y se lleva las manos a la boca. Cindy no separa el rostro de la camiseta de Jorge y este observa la escena con la boca abierta, con la expresión de quien está viendo algo que sabe que no va a acabar bien.

—No te metas, Zeta —dice John en un tono que no admite discusión alguna—.

No te metas porque hoy estoy en deuda contigo y no quiero discutir. —Se gira hacia Dexter y le apoya la culata del revólver en el pecho, sin apuntarle pero en un gesto amenazante—. Estábamos sujetando la maldita puerta, gilipollas. Podríamos haber aguantado allí si no hubieras perdido el culo por salir corriendo.

—Yo... Yo... —Dexter abre la boca pero no sabe lo que quiere decir y vuelve a cerrarla.

Siente los golpes que los muertos dan desde el exterior sobre su espalda. Tiene la sensación de que en cualquier momento unas manos lograrán atravesar la chapa y le agarrarán como lo hacían las manos de Freddy Kruegger con Johnny Depp en Pesadilla en Elm Street, hundiéndole en la cama y haciendo surgir del agujero un chorro de sangre que debió provocarle sueños húmedos a Tarantino.

—¡Joder! —grita John separándose de Dexter y soltándole.

Entonces Dexter alcanza a ver lo que se acerca a ellos desde el centro de la librería, el hombre cuyas gafas han caído al levantarse y arrastra sus intestinos como si fueran alguna clase de adorno, pisoteándolos y enredándose con ellos.

—¡Cuidado!

Jorge se gira a tiempo para esquivar la mano que intenta agarrarle. Se echa atrás y tira de Cindy con él para alejarse del muerto. John da un paso adelante y apoya el cañón del arma en la sien del tipo. Con un grito de ira, aprieta el gatillo y le vuela la cabeza. La sangre salpica todos los libros que llenan la estantería al otro lado.

—¡Joder! —vuelve a gritar John. Y luego avanza hacia el cuerpo al que acaba de disparar y la emprende a patadas con él, resollando por el esfuerzo pero descargando su frustración y rabia.

Ninguno de los presentes objeta nada. Lisa corre a encontrarse con su hermano, que se separa rápidamente de la verja y cierra la puerta interior de la librería, poniendo algo de distancia entre ellos y la turba que arremete contra la verja metálica.

John se detiene cuando sus jadeos se han vuelto tan rápidos que empieza a costarle coger aire para llenar los pulmones y su corazón comienza a quejarse. Lentamente se gira y observa al reducido grupo que le acompaña en el interior de esa librería. En parte nos resulta fácil comprender que se le caiga el mundo al suelo: el joven pelirrojo tiene aspecto de extranjero, al menos John no entiende lo que pone en su camiseta pero cree que está en español. Su novia es atractiva y lleva una gorra de los Red Sox, lo que le granjea su simpatía de inmediato aunque él prefiera a los Yankees. Luego está Zoran; y por último los dos mellizos. La chica se la suda, aunque lo cierto es que le parece un cero a la izquierda, y al chico le odia por lo ocurrido en el recibidor del plató.

Despacio, guarda el revólver en su funda. Le duele todo el cuerpo: le cuesta respirar y siente la garganta como si fuese lija; y le ha empezado a doler la cabeza.

—Ahora sé lo que se siente estando en el interior de un puto tambor —murmura.

Ninguno de los presentes responde. Ni siquiera sonrían, por el amor de Dios. John ahoga las ganas de darles una bofetada y hacerles reaccionar. Supone que está al

mando, ya sea por la placa o porque son una pandilla de inútiles que se habrían dejado matar si él no tuviera una puñetera pistola. Respira hondo intentando organizar sus pensamientos.

—Me llamo John —dice—. Y dado que hemos acabado juntos aquí dentro, será mejor que nos acostumbremos los unos a los otros y empecemos a trabajar juntos. — Al decir eso clava una mirada iracunda en Dexter—. Al menos si queremos sobrevivir a lo que mierda sea que ocurre ahí fuera.

Señala con el dedo hacia la puerta; nadie sigue con la mirada su gesto porque todos son más que conscientes de a lo que se refiere.

17

Retrocedamos un momento. Jorge y Zoran corren a la cabeza del grupo hacia la librería en la que terminarán refugiándose; un paso por detrás de ellos corre Cindy Teller, las dos trenzas agitándose con cada paso, y algo más atrás, John Vernon y los mellizos. Les sigue Kim pero a mitad de carrera sus ojos azules miran hacia la turba de muertos vivientes que corre en su dirección y transmiten esa información al cerebro.

Se da cuenta de que es posible, ajustado pero posible, que los dos hermanos alcancen la librería pero ella nunca será capaz de hacerlo. Le cortarán el paso y se dará de bruces con la muerte si sigue corriendo en esa dirección.

Bruscamente gira hacia la izquierda. Allí el portal de un edificio de tres plantas parece la única opción. Lo alcanza en unos segundos y se estrella contra una puerta cerrada. Un momento después le acompañan Kat y Chelsea.

—¡Abre! —grita Kat con voz aguda.

—¡Está cerrada! —responde ella moviendo la manija arriba y abajo y empujando la puerta con su hombro.

Chelsea se siente tentada de echar a correr y abandonar a las dos chicas allí pero al mirar a la derecha ve muertos vivientes y al girar la cabeza a la izquierda ve a Sabrina, Osney, Christine, Alicia y Yuen alcanzándoles... y seguidos por más de esas criaturas.

—Vamos a morir —murmura.

Una lágrima resbala por su mejilla. Es cuestión de segundos que les alcancen a todos. La idea de morir apilonados contra una puerta cerrada le resulta dolorosa y triste. Se da cuenta de que hay muchas cosas que querría haber hecho en su vida y se han quedado por el camino. Y todo eso durante apenas un aterrador momento, mientras Kim sigue empujando la puerta en vano.

Entonces la puerta se abre y un hombre de aspecto imponente, casi metro noventa y cinco de altura, barba grisácea y revuelta, hombros anchos y barriga cervecera, se echa a un lado para dejarles entrar. Kim casi cae al interior del portal pero se da la

vuelta casi al instante y deja que Kat, Chelsea y Osney crucen a la carrera. Con mano firme agarra a Yuen del brazo y el camarero oriental le dedica una mirada de ojos nublados.

Alicia se da cuenta de lo que va a ocurrir y lo apoya. Lanzándose hacia la puerta golpea a Yuen en el pecho y el hombre trastabilla hacia atrás y cae en el centro de la acera con las piernas abiertas y una expresión cómica pero espeluznante en el rostro. Levanta una mano hacia ellas en un gesto de súplica. Los muertos se arrojan hacia él al mismo tiempo que Kim cierra la puerta.

Los gritos, sin embargo, les llegan claramente.

Con la respiración agitada, Kim mira a Alicia.

—Gracias.

La dominicana asiente con la cabeza. Ambas mujeres se giran hacia el resto y se enfrentan a miradas de perplejidad y pánico. Kat se ha tapado la boca con las dos manos y ha subido dos escalones. Junto a Kim, el hombre que les ha abierto la puerta retrocede un par de pasos apartándose de ellas con un interrogante grabado en los surcos de su piel.

—Era necesario —dice Kim tratando de hacerles entender lo que acaban de hacer.

Chelsea se estremece y baja la mirada. Los gritos de Yuen siguen escuchándose y se interrumpen bruscamente. Apenas un segundo después comienza el atronador golpeteo sobre la puerta y los gruñidos rabiosos de los muertos desesperados por cruzarla.

—Le habían mordido —dice Kim—. No podíamos arriesgarnos a dejar que muriera aquí dentro y se...

La voz se le quiebra al ver que Sabrina retrocede y se apoya contra la pared. Las miradas temerosas del resto son demasiado para Kim.

—¿Esta mierda es contagiosa? —pregunta el hombre que les ha abierto la puerta. Lleva unos vaqueros desgastados, botas negras y un chaleco de cuero. Sus brazos, cubiertos de tatuajes, son fuertes y musculosos.

—Si hacemos caso a lo que parece... —Kim se encoge de hombros.

—Se habría convertido —añade Alicia señalando hacia atrás—. Y si lo pensáis veréis que ha sido lo mejor.

—Pero le habéis empujado hacia la muerte —replica Sabrina meneando la cabeza. Hay más incredulidad que desprecio en su voz—. Aquí habría... no sé, habría podido morir tranquilo. No despedazado por esas cosas...

Kim asiente, sintiéndose un poco culpable.

—He hecho lo que me ha parecido más lógico. Somos seis mujeres y él está herido —señala a Osney y luego mira al hombre que les ha abierto la puerta—. Tal vez tú habrías podido pararle cuando se... convirtiera. Pero en ese momento aún no me había fijado realmente en ti.

—Eh, yo lo entiendo —responde el gigante encogiéndose de hombros y extendiendo una mano hacia ella—. Chuck Bauer.

—Kim —responde ella estrechándole la mano.

Luego se gira a mirar al resto y ve que Kat está asintiendo. Ese simple gesto de aprobación hace que Kim se sienta mejor y se quite un peso de la espalda. Chelsea también parece aceptar lo ocurrido y Osney, aunque herido, asiente con la cabeza.

Christine está mirando hacia la puerta con la boca entreabierta, con ese gesto que ha hecho que tantas veces otras personas piensen que es medio retrasada. Pero ya hemos quedado en que no es la herramienta más afilada del cobertizo, ¿verdad?

Y luego está Sabrina, pegada a la pared y con el labio inferior tembloroso. Ella no aprueba lo que ha ocurrido y al igual que le pasó en su momento con la imagen de James y Alicia montándose en su salón, ahora los gritos de Yuen no se van de su mente. Lo lógico sería pensar que le disgusta saber que le han condenado a una muerte rápida pero terriblemente dolorosa y desagradable, que han juzgado y condenado por sí mismas, Kim y esa hija de la gran puta dominicana robaprometidos.

Sí, eso sería lo lógico.

La realidad la puedes encontrar si observas la verdadera razón por la que se mantiene apretada contra la pared, ocultando de la vista de los demás la herida que tiene en el antebrazo derecho y en la que se perciben con facilidad las marcas de dientes humanos.

¿Que cómo es posible? Estábamos tan ocupados observando la escapada hacia ninguna parte y posterior muerte de Bastian Blanch que nos saltamos esta parte. Durante la huida por el plató a través de los decorados Sabrina tropezó con un manojo de cables eléctricos y una de las criaturas logró hincarle el diente. Se desembarazó de ella mediante un rodillazo, un empujón y una agilidad que no sabía que tenía. Pudo correr hacia la salida pero se llevó de recuerdo un mordisco.

Le asusta que puedan decidir que ella debería seguir el mismo destino que Yuen Zi. Así que mientras los demás se presentan y Chuck Bauer les dice que deberían subir a su casa, en el primer piso, y dejar el portal, Sabrina decide que les ocultará su herida. Nadie decidirá sobre su vida o la forma de morir que tendrá, y mucho menos la dominicana hija de la gran puta.

«Además», se dice, «si fuera contagioso sentiría algo. Mi herida no es mortal como la del oriental, es apenas un rasguño en el brazo. No me pasa nada y no voy a morir».

Espera a que todos estén en las escaleras siguiendo a Chuck antes de despegarse de la pared y seguirles. Por si acaso, se estira bien la chaqueta que lleva puesta para que le tape la herida. A medida que sube los escalones se convence más y más de que no le pasa nada.

Perros viejos en esta historia como nosotros sabemos que se engaña a sí misma; el Cuarto Jinete ya corre por sus venas y es cuestión de tiempo que estalle.

— Capítulo 3 —

El rey del subsuelo

1

La casa de Chuck Bauer está situada en el primer piso del edificio de tres plantas en el que ha ido a refugiarse parte del grupo. Resulta sencillo adivinar la afinidad del hombretón por todo lo que rodea al mundo de las motos con solo abrir la puerta. Domina la pared frontal del recibidor un enorme cuadro de una Harley Davidson U-74 y entrar al salón es descubrir una vitrina entera llena de parafernalia relacionada, cascos, gafas, pañuelos y un par de reproducciones a escala de modelos antiguos.

Sobre la mesa, además, y como si quisiera resaltar esa filia un poco más, hay un estuche de DVD de la segunda temporada de *Sons of anarchy*.

—¿Por qué lleváis dorsales? —le pregunta Chuck a Kim en cuanto entran en la casa. Van un poco adelantados al resto.

—Son para un *casting* —responde ella sintiéndose un poco tonta.

De un manotazo se descuelga el dorsal del pecho y lo mira. Le da la impresión de que el número veintidós se está riendo de ella y recuerda que su madre también se rio cuando ella le dijo que quería presentarse al *casting*.

«¿A un *casting*?», le preguntó entre risas. «¿Para un programa de televisión? ¿Para que todo el mundo pueda verte cantar?».

Su madre siempre había sido una persona demasiado preocupada por lo que los demás pudieran pensar de ella y Kim siempre se había resistido a ser como ella. Y sí, presentarse al *casting* le daba vergüenza pero también sabía que podía superarlo y entrar en el concurso. De lo que estaba categóricamente segura era de que no haría el ridículo como su madre parecía pensar.

Sin embargo ahora, mirando el dorsal veintidós, Kim se siente idiota. Su madre siempre ha despreciado la televisión tachándola de estúpida y mundana. Y que el fin del mundo haya pillado a Kim haciendo cola para entrar a un *casting* parece decir mucho sobre ella.

—Una tontería —dice arrugando el dorsal y mirando a Chuck.

Él siente que se le atora algo en la garganta cuando esos intensos ojos azules se fijan en él. Luego ella desvía la vista hacia la vitrina del salón con curiosidad.

—Esta es mi casa —dice Chuck un poco violento al ver que el resto va entrando en lo que siempre ha considerado sus dominios. Nunca ha sido un hombre que reciba muchas visitas; desde luego nunca ha tenido tanta gente en casa al mismo tiempo.

Mucho menos mujeres, claro.

—Gracias por sacarnos de la calle —dice Kim de repente girándose para mirarle—. Estaban a punto de atraparnos.

—Hice lo que cualquiera habría hecho. —Chuck se encoge de hombros y le dedica una sonrisa—. Os vi por la ventana y bajé lo más rápido que pude.

—Pues fue providencial.

Chuck agradece la sonrisa que ella le devuelve.

—¡Hala! —exclama Kat entonces acercándose a la vitrina—. Yo tuve un novio en el instituto que coleccionaba de esas.

Señala una de las maquetas y tanto Kim como Chuck se acercan a ella.

—Yo he llegado a tener casi cincuenta —responde él un poco avergonzado—, pero ocupan demasiado espacio y al final he tenido que desmontarlas y llevarlas al trastero.

Sabrina se acerca a ellos. Lleva la mano derecha metida en el bolsillo.

—Perdona, ¿el baño?

—La segunda puerta de la izquierda —dice Chuck señalando el pasillo.

Sabrina asiente y sale en esa dirección sin mirar a Alicia al cruzarse con ella.

—Deberíamos sellar la puerta —propone la dominicana entonces, adelantándose para acercarse a Kim, Kat y Chuck—. Poner algún mueble que sirva de barrera, ¿no?

Kim y Chuck se miran pero es ella quien asiente y le da la razón a Alicia. El hombre se limita a contemplar sus ojos y pensar que son los más bonitos que ha visto jamás. Entonces, Osney Martell siente que le fallan las piernas y se deja caer en el sillón que hay pegado a la pared, algo desgastado y con los cojines hundidos. Al verle, Kim se gira hacia Kat.

—Tráeme agua y un paño

Kat sale corriendo hacia la cocina sin preguntar nada y Chelsea la acompaña a la carrera. Kim se acerca a Osney y se arrodilla a su lado. El ojo sano se le está poniendo en blanco y la parte de su cara que no está cubierta de cristales y sangre ha palidecido.

—Dios santo —murmura Chuck, fijándose por primera vez en el hombre—. ¿Qué le ha ocurrido?

—No tengo ni idea —asegura Kim—, pero voy a necesitar unas pinzas, Chuck.

Solícito y ansioso por ayudar, Chuck asiente y se pone en pie.

—Veré qué puedo conseguir.

2

En la librería, los cuatro civiles dividen su atención entre la verja que parece resistir sin problemas los envites de los muertos, y el mostrador tras el cual John Vernon se afana y resuella mientras abre cajones y tira papeles y libros al suelo. El policía se detiene a descansar un momento y se apoya sobre la barra, junto a la caja

registradora. Con gesto distraído se rasca la garganta dejándose un par de surcos blancos. Le duele desde que estuvo a punto de atragantarse.

—¿Os vais a quedar ahí quietos como putas estatuas? —pregunta dedicándoles a los demás una mirada de repulsa—. ¿O necesitáis que os den una patada en el culo para ponerlos en marcha?

Suelta una carcajada como si fuera lo más gracioso que ha oído nunca y se calla al ver que nadie le secunda. Airado, resopla y dirige una mirada de indignación a los cajones abiertos que ha dejado a su paso al registrar el mostrador.

—Ayudaría saber qué está buscando, agente —responde Jorge tratando de mostrarse cortés.

—¿Qué coño voy a estar buscando? —pregunta—. ¡Armas!

Jorge mira a su alrededor, concretamente al cadáver de las gafas y la tripa abierta de par en par que estuvo a punto de agarrarles un rato antes. Tal como lo ve él, ese hombre debía ser el dueño de la librería. Si hubiera tenido un arma habría tratado de defenderse.

—¿De dónde eres, chico? —pregunta John.

Jorge sonríe.

—De España.

La sonrisa se le borra de la cara al ver que el policía resopla y menea la cabeza. Parpadeando por la sorpresa se gira hacia Zoran por ser quien se encuentra más cerca de él, pero al eslovaco no le ha sorprendido en absoluto la reacción del policía como tampoco nos sorprende a nosotros, claro.

—Órale, wey —dice entonces John soltando una carcajada.

Jorge sigue sin salir de su incredulidad y mira al agente con la boca entreabierta. Nota que Cindy le aprieta la mano, entiende el gesto sin necesidad de que ella diga nada. Es un «cállate, mi vida, no digas nada, no quiero que digas nada, solo quiero que salgamos de aquí», una súplica asustada y desesperada.

—No soy mexicano —dice en cambio—. Soy español.

John levanta la cabeza y deja de reírse, los ojos clavados en el chico pelirrojo. Jorge siente que la presión de la mano de Cindy sobre la suya se vuelve más intensa; ella tiene miedo y de repente él empieza a tenerlo también. Y no por las criaturas que hay en el exterior.

—Creí que eran la misma mierda —replica el policía con un tono neutro y duro.

—¿La misma...? —Jorge se calla al sentir la mano de Cindy sobre su pecho. Baja la mirada y ve que ella está a punto de llorar. Se resigna y la abraza con fuerza.

—¿Y tú, monada? ¿De dónde eres?

Cindy ni siquiera está mirándole. A Jorge le bulle el pecho de rabia al escuchar la forma en que el policía se ha dirigido a su chica. De repente le resulta inaceptable que un agente de policía de un país civilizado y en esencia primermundista les trate así. Sin dejar de abrazar a Cindy vuelve a abrir la boca para hablar.

—Es de aquí, señor. Y no me gusta el tono que utiliza con nosotros.

John suelta una carcajada que resulta interrumpida por un acceso de tos. El policía se rasca con saña la garganta y le mira levantando una ceja.

—¿No te gusta el tono que utilizo? —Sutilmente apoya la mano sobre la culata del arma. Al hacerlo, Lisa Hill gime y se aprieta contra su hermano. Cindy rompe a llorar, con la cara enterrada en el hueco entre el pecho y el brazo de Jorge—. Bueno, chico, hablo como me sale de los huevos y dado que está claro que aquí soy el que os mantiene vivos pues me temo que vas a tener que joderte. Simple y llanamente. ¿Capisci?

«Eso es italiano, puto ignorante», está tentado de decir Jorge, pero se muerde la lengua y asiente con la cabeza. Y supongo que hace bien. ¿Cómo es eso que dicen? Un loco con un arma es peligroso.

—Eh, Zeta, díselo —dice John—. ¿Hablo como me sale de los huevos o no?

Jorge frunce el ceño y mira al aludido. Zoran mantiene la vista baja pero asiente.

—Sí.

—Chaval, no te lo tomes como algo personal —añade el policía—. ¿Qué coño pone en tu camiseta, eh? No entiendo una mierda. ¿Está en mexicano?

—Español —se siente obligado a corregirle—. Dice «Matt el Rojo es la Ley».

De repente, John empieza a reírse a carcajadas. Jorge vuelve a fruncir el ceño, sin comprender, y mira alrededor. Pero todos esquivan sus miradas. Zoran está tan concentrado en el suelo que parece estar buscando algo. Lisa y Dexter están más pendientes de la verja que les separa de los muertos que de atender los desvaríos del policía.

—¿La Ley? —John suspira. De nuevo se está rascando la garganta y ya la tiene tan roja que parece estar en carne viva—. ¿Quién coño es Matt el Rojo? ¿Un superhéroe chicano? ¿Como el juez Dredd?

—Es un policía —responde Jorge, pensando que si ese hombre no llevara una placa y un arma probablemente ya le habría pegado un puñetazo—. Es el protagonista de unas novelas de un escritor español.

John resopla y menea la cabeza, perdiendo el interés por lo que Jorge le está contando. Sale de detrás del mostrador y echa a andar por la librería. Al pasar junto a uno de los cadáveres a los que ha disparado en la cabeza le da una suave patada, como si en parte esperase que pudiera volver a moverse.

Cindy mira a Jorge con los ojos llenos de lágrimas.

—¿De qué va ese tío? —le pregunta él.

—No lo sé, Jorge, sólo quiero salir de aquí.

Él se siente culpable y asiente, abrazándola; le da un beso en la frente.

—Lo siento, cariño. Es que me ha parecido un gilipollas. No he podido evitarlo.

—Es policía —dice ella, como si él pudiera no haberse dado cuenta—. Si es un gilipollas tú te callas y le dejas hablar. ¿Qué más nos da lo que diga?

—Lo sé, lo sé. Perdona, mi vida.

Jorge levanta la vista al sentir una presencia a su lado. Se trata de Zoran, que se

ha acercado a ellos. Cuando habla lo hace en susurros y mirando fijamente a Jorge.

—Ten cuidado con él. No es trigo limpio.

Al fondo de la librería, John Vernon ha encontrado algo que no había visto hasta ese momento y se da la vuelta para llamar al resto. Al hacerlo ve que Zeta («se llama Zoran», se recuerda a sí mismo) está susurrando algo al oído del chico pelirrojo extranjero y la chica de las trenzas y la gorra de los Red Sox.

Ah, cómo le jode que un extranjero de mierda venga a llevarse a una chica como esa. Según como John suele ver las cosas lo americano debería ser para los americanos, pero claro, llevan mucho tiempo abriendo la mano con los inmigrantes. Ahora es fácil encontrarse a un puto chino detrás de cada tienda de alimentación, a un indio en cientos de trabajos y mexicanos en todos los putos sitios. Son como una plaga los muy hijos de puta.

Y encima es un listillo. A John Vernon le joden los listillos. Le parecen tan molestos como los extranjeros pero encima suelen llevar ese aire de superioridad moral sobre los hombros. «Se creen que por leer son mejores que cualquiera» es una frase que John ha pronunciado en muchas ocasiones en referencia a un listillo. Si se trata de un listillo extranjero no hay nada que le resulte más vomitivo a John.

El agente Vernon puede ser buen policía o no, y a ciencia cierta sabemos que es corrupto y racista, pero no es para nada tonto. Al darse la vuelta en ese momento y ver a Zoran susurrando al oído de Jorge, John se da cuenta de que ha cometido un error similar a infiltrarse tras las líneas enemigas sin cobertura.

«Conjuran contra mí y les he dado la espalda», se dice. «¿Por qué mierda tuviste que morirme, Henry? Siempre fuiste un mierda, joder, pero te necesitaría aquí para cubrirme».

Pero su compañero está muerto y él está a solas a cargo de cinco civiles que conjuran contra él. Se da cuenta de que tal vez debería haberse metido la lengua en el culo y haber sido más comedido con sus comentarios, pero joder, John Vernon nunca ha sido comedido y nunca se ha metido la lengua en el culo.

—Ten a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca —murmura entrecerrando los ojos.

Luego silba para llamar la atención de los civiles y esboza la mejor de sus sonrisas. «Soy policía», se recuerda. «No me van a hacer nada. Me necesitan. Y Zoran me ha salvado la vida antes. Puede que estén diciendo que soy un imbécil pero nadie está pensando en abatirme. No son pandilleros ni matones y me estoy dejando llevar por los nervios y la tensión del momento».

Ve que se giran para mirarle y les hace un gesto para que se acerquen.

—Puede que sí y puede que no —murmura, sonriendo. Luego espera a que le alcancen y señala a Dexter con la cabeza—. No tendrás en esa mochila una botella de agua por casualidad, ¿no, chico? Tengo la garganta jodida y mataría por algo líquido.

Dexter se abraza con fuerza a la mochila y niega con la cabeza, de forma demasiado vehemente. John se da cuenta de que pasa algo y frunce el ceño, pero es

apenas un momento antes de encogerse de hombros y sonreír, restándole importancia. Está fingiendo, sí, porque su instinto de policía le ha dicho que el chico oculta algo y su mente procesa a toda velocidad la información y... es demasiada información por procesar. ¿No ha estado hablando esa misma mañana con Henry sobre cine de zombis a raíz de las noticias sobre Los Ángeles que dieron en televisión la noche anterior? ¿Y no suele pasar en esas películas que la gente se vuelve celosa de sus provisiones en situaciones de vida o muerte, llegando incluso a ser capaces de robar y matar por conseguir algo más de agua, comida o... armamento?

¿Y acaso no sujeta con demasiada presión Zoran ese cuchillo que lleva en la mano desde que echaron a correr huyendo de los muertos? ¿Y no ha mirado en al menos un par de ocasiones Jorge hacia la pistola que John lleva en la funda? ¿Lo ha hecho con miedo, curiosidad o hay algo más en sus ojos, algo como el deseo de poseer él ese arma?

John se hace todas esas preguntas en apenas un instante pero no está dispuesto a enseñar sus cartas y dejar que sepan que él conoce sus intenciones. Señala hacia la pared con el pulgar. Entre dos de las estanterías repletas de libros hay una puerta medio escondida y entreabierta. Al otro lado se adivinan unas escaleras que suben.

—Tal vez arriba podamos estar más tranquilos —dice—. Con un poco de suerte dejaremos de oír el estruendo que hacen sobre la puta verja.

Jorge asiente y John le devuelve el gesto con fingido agradecimiento. Después se gira hacia la puerta y la abre. Le basta con dar un paso hacia las escaleras para escuchar ruidos en la planta superior. Se detiene y hace un gesto con la mano para que el resto también deje de moverse.

No hay dudas; los gemidos que vienen de arriba solo pueden significar una cosa.

3

Crucemos la calle y metámonos en el portal cuya puerta los muertos intentan derribar con salvaje entusiasmo. Ven, subamos al primer piso; la puerta de la casa de Chuck Bauer está cerrada pero no supone un problema para nosotros. Tras ella, Kat, Chelsea y Alicia se afanan en arrastrar hacia el recibidor un pesado mueble de madera. Ahora mismo no son ellas quienes nos interesan, así que sigamos con nuestro camino. Es la puerta del cuarto de baño la que quiero que crucemos ahora. Al otro lado encontraremos a Sabrina mirándose en el espejo. Ven conmigo.

«Es sólo un rasguño».

Lo cierto es que tampoco parece nada más que eso, una herida superficial. La marca de los dientes está clara en su carne pero ni siquiera ha sangrado demasiado. Con cuidado de no hacer ruido, pues no quiere alertar al resto sobre lo que está haciendo ahí dentro, abre las puertas de armarios y cajones hasta dar con lo que busca: una caja blanca con una cruz roja. Dentro hay vendas y saca una con cuidado

antes de devolver la caja a su sitio.

Mientras rodea la herida con la venda se mira al espejo y le sonríe a su reflejo. Se siente bien y no ve nada raro; no tiene los ojos caídos ni está pálida.

Cuando termina se baja la manga y comprueba que le tapa el vendaje por completo. Se gira hacia la puerta y cuando ya tiene la mano rodeando la manija se detiene. Con una sonrisa vuelve a darse la vuelta y tira de la cadena. La cisterna suelta el agua y con el ruido del desagüe Sabrina sale del cuarto de baño con esa enorme sonrisa en sus labios.

Se le borra en cuanto ve a Alicia trabajando junto a Kat y Chelsea para colocar el mueble.

«De entre todas las mujeres de Portland he tenido que ir a caer aquí con esa», murmura una voz furiosa en su cabeza. La imagen del pene de James saliendo de entre los labios de la dominicana mientras los dos amantes intentan levantarse sorprendidos por haber sido cazados le golpea el cerebro con fuerza. No se da cuenta pero aprieta los dientes con tanta fuerza que estos rechinan como si fueran a romperse.

Se gira para entrar en el salón. Christine está sentada en un sillón con la mirada perdida en un punto de la pared en el que no hay nada remarcable que observar. Sabrina observa la forma en que retuerce las manos, nerviosa. Más allá ve a Osney Martell sentado en una silla. Kim está frente a él, tiene unas pinzas en la mano y un paño húmedo en la otra. Chuck Bauer, el motero que les ha salvado la vida, se encuentra junto a ella. A su lado en la mesa hay un barreño con agua. Por la expresión de Osney, el proceso de limpieza de su rostro le causa evidente dolor. Con cuidado, Kim acerca las pinzas a uno de los pequeños cristales que asoman de su piel. Lo hace con delicadeza y en cuanto lo extrae apoya con suavidad el paño sobre la piel herida de Osney. Este gime.

—Estaba acercándome a mirar —murmura Osney—, algo estalló, creo que un coche, y el ventanal saltó por los aires.

—Ya... —La respuesta de Kim es mecánica, no presta atención a las palabras de Osney porque está concentrada observando su rostro y quitándole los cristales que luego va dejando en un pequeño plato que Chuck ha dejado junto al barreño.

—¿Cómo está mi ojo? —pregunta entonces Osney. Resulta extraño ver su ojo derecho moviéndose en la cuenca en solitario y mirándoles, brillante—. No veo nada por él y cuando he acercado la mano me ha dolido tanto que he tenido que apartarla.

Kim y Chuck intercambian una mirada grave; ella traga saliva y vuelve a acercar las pinzas a la piel ensangrentada de Osney, cerca de la barbilla. No se atreve a acercarse al ojo, no aún.

—Tienes cristales alrededor —dice ella.

Osney asiente, sin decir nada. Sabrina se acerca a ellos y observa unos segundos la catástrofe en que se ha convertido el perfil izquierdo del hombre. Le abruma ver tanta sangre, y sobre todo las puntas afiladas como pequeños brillantes manchados de

sangre que asoman del bulto hinchado donde debería estar su ojo. Aparta la mirada y se centra en Kim.

—¿Tú eres quien está al mando aquí? —pregunta.

Kim se queda quieta, con las pinzas en la mano y está en el aire. Frunce el ceño con extrañeza y mira a Sabrina, haciendo ver que la pregunta le sorprende tanto como la simple idea de pensar que ella es la líder. Pero en Sabrina se topa con un muro, con una certeza que Kim no quiere reconocer, y se gira hacia Chuck. El hombretón del chaleco de cuero se encoge de hombros y asiente.

—No creo que yo...

Sabrina sacude una mano e interrumpe el balbuceo de Kim.

—Sí, lo eres —dice—. No hay que ser premio Nobel para darse cuenta de ello. En el mundo hay dos clases de personas: las que toman decisiones y las que siguen a las que las toman. Tú eres de las primeras.

Kim se siente orgullosa al escuchar esas palabras. Su primer pensamiento, puedes creerme, es para su madre. Le gustaría que estuviera allí para oír aquello.

—Gracias —logra decir—, pero estamos en casa de Chuck...

—Yo me siento cómodo dejándote el asiento de conductor —asegura él, interrumpiéndola.

Kim les mira, alternando entre uno y otro.

—Mira —dice Sabrina—, solo quiero decir que bloquear la puerta puede parecer una buena idea pero eso no serviría más que para encerrarnos en este piso. Creo que sería conveniente bloquear las escaleras. Tirar por ellas todos los muebles que podamos, incluso el sillón.

—Suenan interesante —asegura Kim, meditando y asintiendo con la cabeza—. ¿Puedes llamar a las otras?

Sabrina asiente y camina hasta el recibidor. Allí se encuentra con que el mueble que las chicas han arrastrado ya está colocado delante de la puerta. Kat está jadeando y a Alicia le caen goterones de sudor por la cara.

—¿Podéis venir un momento?

Si te acercas a ella podrás oír su susurro cuando Alicia cruza a su lado. De entre los labios carnosos de Sabrina surge una única palabra, tan bajo que de no estar a su lado no la habríamos oído. Pero lo hacemos, igual que Alicia.

—Putas.

Alicia entorna los ojos con resignación. Kim se ha puesto en pie junto a Osney y Chuck; aún tiene las pinzas ensangrentadas en la mano aunque no se ha dado cuenta. Les expone a las demás lo que Sabrina acaba de decirle a ella.

—Me parece una buena idea —contesta Chelsea pasándose la mano por la frente—, pero hemos sufrido solo para mover ese mueble...

—Os echaré una mano —dice entonces Chuck.

Regresemos a la librería. Con John a la cabeza, el pequeño grupo de supervivientes que logró refugiarse allí se encuentra frente a la puerta que acaban de descubrir, encarando unas escaleras ascendentes. El ruido inequívoco que proviene de arriba ha despertado un sentimiento de intranquilidad en el pecho del agente de policía.

No quiere subir pero sabe que alguien tiene que hacerlo. Y por supuesto, no va a ser ninguno de esos ineptos que tiene detrás. Él es el policía, el que tiene el arma, el que debe velar por la maldita seguridad de todos ellos.

Por un momento se siente tentado de entregarle el arma a cualquiera de ellos y desearles buena suerte. ¿Acaso no la desean tanto? Pues que la tengan y resuelvan ellos los problemas.

Pero sabe que no lo hará. No tiene ninguna intención de deshacerse del arma que por el momento es lo único que le mantiene a salvo. Además, ¿harían algo por él? Está tan seguro de que no, como podemos estarlo nosotros. O no, porque cualquiera podría haber apostado que Zoran Zuchemberg se habría limitado a observar con una sonrisa mientras John se atragantaba hasta morir y sin embargo le salvó la vida.

Ya sabes lo que dicen: cree el ladrón que todos son de su condición.

Como puedes ver, John empieza a subir las escaleras. Lo hace muy despacio, apoyando un pie primero y después moviendo el siguiente hasta el escalón que sigue, procurando no hacer ruido. Ha desenfundado su arma y la sujeta en la mano, ligeramente elevada y apuntando al suelo.

Está tenso y nervioso y la saliva se le ha espesado hasta el punto que le cuesta tragar. El escozor que siente en la garganta no ayuda a mejorar esa sensación.

Escucha el susurro de un movimiento a su espalda y ladea la cabeza para mirar sin perder de vista la puerta entreabierta del siguiente piso. Detrás de él, un par de escalones por debajo, está Zoran. Tiene el cuchillo en la mano y se mueve tan sigiloso como él. Los cuatro jóvenes se han quedado abajo y les observan con miedo.

«Más les vale. Si la jodemos ellos son los siguientes», piensa John, y está a punto de echarse a reír. «¿Y a dónde coño va este payaso con un cuchillo?».

Abre la boca para preguntarlo pero la cierra en el último momento. Un payaso con un cuchillo cubriéndole las espaldas le parece mejor idea que nadie cubriéndole las espaldas. En última instancia, piensa, puede servirle de carnada.

John Vernon no tiene ningún remordimiento por pensar eso, por si tenía alguna duda.

Alcanza el rellano superior y apoya el cañón del arma sobre la puerta entreabierta. Con suavidad, empuja hacia delante para que se abra, vigilando el espacio que aparece ante su vista al otro lado. Se trata del pasillo distribuidor de una casa. Desde donde se encuentra ve dos puertas, cerradas ambas. Las paredes están pintadas de un

aburrido color amarillo y el suelo es de mármol. John entra.

A su izquierda hay otra puerta, abierta en este caso. Lo que se adivina al otro lado es una cocina, con al menos una ventana al fondo. Los ruidos provienen de allí y suenan como si alguien arrastrara los pies y gimiera por un dolor sordo y constante. John levanta el puño y se señala a sí mismo; luego señala la cocina. Zoran asiente, comprendiendo.

«Joder, Henry. Tú y tu puta manía de ser un buen poli», piensa. «Tendrías que haber echado a correr conmigo, joder».

Avanza hacia la cocina y está tan tenso que el corazón le bombea con fuerza en el pecho. Casi es posible escucharlo si prestamos atención, con una cadencia rápida y nerviosa. Atraviesa la puerta girándose para encarar la parte de la cocina que no tiene a la vista. Allí hay una mujer de mediana edad con un traje de ejecutiva lleno de salpicaduras rojizas. Su barbilla está también empapada del mismo color y en el suelo hay un adolescente con la carne del cuello y el pecho completamente machacados. John siente que le sube por la garganta dolorida el sabor a bilis y se estremece ante la llegada de una arcada.

Es todo lo que necesita la mujer para atacar.

El disparo retumba en la cocina pero con la arcada John ha bajado la dirección del arma y la bala atraviesa a la mujer por el pecho destrozándole la espalda al salir y reventando una de las ventanas que tiene a su espalda. La mujer trastabilla hacia atrás pero no cae. John se prepara para disparar de nuevo pero la sangre que surge del agujero recién creado en el pecho de la mujer es demasiado para él. Se inclina hacia delante y vomita sin poder evitarlo. El monstruo se abalanza sobre él abriendo la boca y lanzando un alarido y entonces Zoran entra en la cocina blandiendo el cuchillo y con un fuerte movimiento lo hunde entre los ojos de ella.

Se sacude una última vez antes de apagarse como un muñeco al que hubieran retirado las pilas. Zoran apoya la otra mano en el pecho de la mujer y tira hacia fuera para liberar el cuchillo. El cuerpo de ella cae junto al del adolescente.

—Joder —murmura John pasándose el dorso de la mano por la boca para limpiarse restos de vómito—. Joder, gracias.

Zoran asiente sin decir nada. John señala con el dedo hacia el adolescente.

—A él —dice—. Antes de que se levante.

Zoran obedece sin rechistar. Se agacha junto al cuerpo del chico y levanta el cuchillo con las dos manos. Emulando el momento en que John Travolta apuñala a Uma Thurman con una inyección de adrenalina directa al corazón, Zoran hace descender el cuchillo a toda velocidad. El hueso del cráneo cruje ante el impacto y la hoja se hunde en la masa cerebral.

John Vernon se apoya en la encimera y se da cuenta de lo cerca que ha estado de palmarla. Zoran también se pone en pie, limpiando el cuchillo con el delantal que aún lleva colgando de la cintura y dejando en él una desagradable mancha carmesí.

De haberle quedado algo dentro, John está seguro de que volvería a vomitar.

Kim está concentrada y ejecuta cada movimiento con la precisión de un cirujano. Tiene las manos manchadas de sangre hasta las muñecas y cada vez que acerca las pinzas al rostro de Osney pone el cuerpo tan tenso que cuando extrae uno de los cristales la mano empieza a temblarle para liberar esa tensión.

Le maravilla que Osney no se queje. Lo único que ha hecho ha sido preguntar por una botella de *whisky*. Kim tiene que detenerse y llamar a Chuck para transmitirle la pregunta. Este se asoma desde el vestíbulo y el trasiego creado por el movimiento de muebles se detiene un momento.

—En la cocina hay —responde Chuck—. Traeré algo.

Kim espera mirándose la mano. Le tiembla de forma compulsiva pero sabe que cuando tenga que levantarla de nuevo para ir a por otro cristal lo hará con precisión y sin el menor temblor. Chuck aparece trayendo una botella de Jack Daniels y se la entrega a Osney, que bebe un trago largo.

—Mucho mejor —asegura.

Chuck regresa al vestíbulo a ayudar a las otras chicas a mover muebles hacia las escaleras y Kim se pone en movimiento de nuevo. Se acerca al lateral del ojo de Osney y cierra las pinzas con cuidado sobre la punta que asoma de un pequeño cristal. Esa zona está más sensible y ve que el hombre retuerce los labios pero no se queja.

En ese momento un disparo les sobresalta a ambos y el movimiento hace que Kim tire bruscamente de las pinzas. Osney se desgañita con un alarido que se corta bruscamente cuando se desmaya; y empieza a deslizarse de la silla hacia el suelo. Kim intenta sujetarle pero es demasiado pesado para él y solo consigue amortiguar el golpe.

—Mierda...

Se pone en pie al mismo tiempo que Chuck y Chelsea entran en el salón, alarmados por el ruido y el grito. Kim no les espera antes de asomarse a la ventana. Más tarde tendrá tiempo de pensar que ese fue un movimiento impulsivo y peligroso. Pero no hubo más disparos.

Localiza la ventana rota en el edificio de enfrente y le parece detectar movimiento al otro lado, pero no está segura. Un momento después tanto Chuck como Chelsea, Kat y Alicia están a su alrededor, mirando también.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Kat.

—Ha sido un disparo —asegura Chelsea.

—Sí —responde Kim—. Creo que de esa casa, la de la ventana rota.

Miran en esa dirección. No se ve nada más que la cortina que revolotea movida por el viento. En la calle, cerca de dos docenas de zombis se agolpan ante la verja cerrada de la librería.

—¿Quiénes consiguieron refugiarse en la librería? —pregunta.

A su lado Chuck se encoge de hombros. Kim mira al otro lado, a Chelsea.

—El policía, los mellizos... creo que otro chico...

—Sí, el pelirrojo y su novia —añade Alicia—. Bueno, creo que era su novia.

—Y el tipo del delantal que parece extranjero —dice Kim recordando que Zoran también corría delante de ella cuando escapaban del plató—. Puede que hayan sido ellos, el policía tenía un arma y la ventana rota queda justo encima de la librería.

El resto asiente. Están mirando hacia allí pero sigue sin verse movimiento al otro lado. Si siguen vivos o no es un misterio para ellos. Chuck señala hacia abajo; la calle parece una zona de guerra. Hay sangre y algún cuerpo caído que no ha vuelto a levantarse, objetos de todo tipo abandonados en la frenética escapada de sus dueños, y muchos muertos divididos entre la librería y el portal tras el que ellos se esconden.

—Estamos tirando muebles por las escaleras —dice Chuck—. No creo que puedan cruzar cuando terminemos. Ahora bien, me estoy quedando sin casa.

Suelta una carcajada que se les contagia como un virus. Un momento después todas las chicas están riendo a excepción de Christine, que se mantiene un poco apartada del grupo; y Sabrina, que chasquea la lengua para llamarles la atención.

—¿Creéis que esto va para largo? —pregunta.

Kim vuelve a mirar a la calle.

—Me temo que sí.

Esa declaración corta en seco el momento de escape que el resto había experimentado tras la carcajada de Chuck Bauer. Kim ha dejado pasear su mirada alrededor de la calle y entonces ve algo que le hace palidecer.

—Oh, no... —murmura.

Ante los gestos interrogantes del resto, Kim extiende el brazo y señala hacia la derecha. Todos miran en la dirección que indica y nosotros miramos con ellos. Puede que al principio no seas capaz de verlo, pero si te fijas verás movimiento bajo el camión de reparto aparcado a un lado de la calle. Si entornas los ojos para vencer a las sombras verás que, pegadas al asfalto, hay tres personas.

Luego verás que las reconoces: Nancy Avalon, Ian Morgan y Ellen Bell.

Los tres tuvieron tiempo de refugiarse bajo el camión y ahí siguen desde entonces, pegados al suelo tratando de aguantar la respiración y hacer el mínimo ruido posible. Los tres saben que cualquier cosa puede llamar la atención de esas criaturas y entonces estarán perdidos.

Ellen, sin embargo, tiene tanto miedo que es incapaz de controlarse. Ha empezado a temblar de forma evidente y eso le ha valido una mirada de desprecio por parte de Nancy. La actriz está atenta a cualquier movimiento que se produzca cerca del camión; controla su respiración inhalando por la nariz y exhalando con lentitud por la boca, concentrada en sobrevivir. Las clases de yoga a las que asiste cada miércoles por la tarde (siempre que los rodajes se lo permiten) están sirviendo de algo.

Tiene miedo, eso lo puedes tener claro, pero es que a pesar de la imagen de

deidad que la rodea, Nancy es una chica inteligente y muy racional. ¿Quién no tendría miedo si de un momento para otro la imagen del mundo que tienes se transforma radicalmente y toda la gente a tu alrededor se convierte en psicópatas asesinos muertos?

Cuando a Ellen empiezan a castañearle los dientes, Nancy le dedica una mirada asesina; una que quiere decir «deja de hacer ruido o te estrangularé con mis propias manos». No está dispuesta a morir, eso lo tiene más que claro, pero mucho menos está dispuesta a hacerlo por culpa de Ellen.

Gracias a Dios, Ian abraza a Ellen y le tapa la boca con suavidad con la mano. Ellen tiene los ojos muy abiertos, brillantes y con las pupilas dilatadas. Nancy suspira (teme que su asistente sufra un ataque de ansiedad en cualquier momento) y se gira hacia la calle. Ha revisado cada puerta y cada recoveco en el que podría esconderse, pero no ha visto nada que le convenza. No aún, al menos.

6

Regresemos a la ventana tras la que Kim les observa angustiada. A su alrededor se apelotonan Kat, Chelsea, Alicia y Chuck. Sabrina ha preferido apartarse un poco, sobre todo porque ni por todo el oro del mundo quiere rozar siquiera a Alicia. Christine se mantiene apartada de la ventana, como si todo lo que está ocurriendo no fuera realmente con ella; y Osney sigue desmayado en el suelo, y estoy seguro de que piensas igual que yo y crees que esa mancha de sangre que está dejando en la alfombra difícilmente saldrá por mucho que la lleve al tinte.

También te diré que nadie llevará nunca esa alfombra al tinte. Puede que alguno de los presentes aún guarde esperanzas de sobrevivir a esto y que la vida vuelva a ser como era, ya sabes, pensamientos sobre el magnífico y majestuoso ejército norteamericano de las películas entrando glorioso en la ciudad y abatiendo al enemigo para salvar a los civiles y devolver el orden al mundo. Si es así, se equivocan. Cómo se nota que ninguno de ellos ha estado en Castle Hill. O en Los Ángeles. O en San Francisco.

O en Half Moon Bay. Estoy bastante seguro de que te preguntas qué ha sido de nuestros conocidos, casi amigos podríamos decir aunque ellos realmente no nos conozcan a nosotros. Pero estamos jugando con la línea temporal: si haces los cálculos, en realidad ellos todavía no han llegado a Half Moon Bay. Durante la noche anterior Jason Fletcher desató el caos en el Hotel Radisson, situado en el centro de Los Ángeles, y a estas alturas Verónica debe estar conduciendo el vehículo en el que escaparon de la ciudad y que terminará llevándoles a San Mateo.

Estamos en el día 1 de Portland. El día 3 desde que el Cuarto Jinete escapó de las instalaciones militares de Castle Hill.

Pero tranquilo, te prometo que estaremos con ellos pronto.

—Tenemos que hacer algo —dice de repente Kim.

—¿Qué podemos hacer? —pregunta Chelsea, a la que la sola idea de exponerse a los zombis le produce náuseas.

Kim se gira para mirar a Chuck.

—¿Hay alguna otra entrada al edificio? ¿Una puerta trasera o una casa que tenga otra salida?

—No, que yo sepa —responde él, atribulado.

Kim apoya los dedos índice y pulgar sobre el puente de la nariz, concentrándose. Kat y Chelsea la miran expectantes y Chuck, con curiosidad. Alicia ha retrocedido hasta la puerta de la cocina, cabizbaja. Detrás de ella hay un inusual hueco entre los muebles dejado por la nevera que han arrastrado antes hasta el rellano. No han llegado a tirarla escaleras abajo porque el disparo les interrumpió antes de hacerlo.

—Una de ellas es Nancy Avalon —susurra Kat con cierta admiración. Su voz cantarina resulta fuera de lugar en medio de esa conversación y, como tal, nadie parece hacerle demasiado caso.

—No podemos dejarles ahí —murmura Kim.

—No podemos hacer nada —responde Alicia desde el umbral de la cocina—. En nuestra puerta hay una veintena de esas cosas queriendo entrar. Deberíamos seguir con lo que estábamos haciendo, bloquear las escaleras.

—Te resulta bastante fácil joder a la gente —escupe entonces Sabrina cruzando los brazos sobre el pecho.

Alicia le dedica una mirada venenosa y el resto de los presentes se gira para mirar a Sabrina con expresiones de incomprensión. Kim, no; sigue concentrada tratando de pensar en una solución, sintiendo cómo la piedra que tiene sobre los hombros, la que le han endosado nombrándola líder del grupo, empieza a pesar más y más.

—No tienes ni puta idea de lo que estás hablando —replica Alicia con enfado patente.

—Esa gente está viva —replica Sabrina, señalando hacia la ventana—. No son como ese chino al que habéis tirado al suelo, no están infectados... Están vivos y si les dejamos ahí sin hacer nada, morirán. Tendrás las manos manchadas de sangre, pero bueno, ya sabemos que no eres precisamente una mujer con escrúpulos.

El rostro de Alicia se retuerce de rabia, pero con seguridad resulta más entretenido observar el parpadeo asombrado de Kat, la expresión de incomprensión de Chelsea o la boca abierta de Chuck.

—Sal si quieres —dice Alicia—. Ayúdales tú misma.

—Eso te gustaría, ¿verdad?

Sabrina da un paso hacia Alicia, firme, y al instante la dominicana se adelanta otro paso levantando la barbilla como un boxeador retando al contrincante en el

centro del cuadrilátero. Saltan chispas entre ambas y todos los presentes pueden apreciarlo. Chuck da un salto y se coloca entre ambas, separándolas con sus fuertes brazos.

—¡Quietas! —exclama, sin saber muy bien qué es lo que está pasando entre ambas—. ¡Sé que los nervios están a flor de piel, todos nos encontramos igual, pero joder...!

—Esa perra acaba de decir que tengo las manos manchadas de sangre —dice Alicia, rugiendo como un perro rabioso—. No voy a consentirlo.

Sabrina se limita a cerrar el puño y levantar el dedo corazón en su dirección.

—¡Basta ya! —ordena Chuck, elevando el tono lo suficiente para que ambas mujeres rompan contacto visual y se giren hacia él. Chuck las mira a ambas—. ¡Dejad de comportaros como niñas de párvulo, joder!

Kat se gira hacia Kim y apoya su mano en el hombro de la otra mujer. Cuando Kim levanta la mirada, Kat ve en sus intensos ojos azules el peso de la impotencia.

—No podemos hacer nada por ellos —dice.

Kim parece aceptarlo y asiente, aunque le cuesta hacerlo.

—Pero podemos hacerles saber que estamos aquí. Tal vez ahora no es el momento pero tal vez los muertos se cansen de golpear nuestra puerta y se vayan. Tal vez lo único que necesitan es tiempo.

Kat le ofrece como única respuesta una sonrisa triste. Todos los «tal vez» de Kim le han sonado a canto desesperado, a necesidad de creer que puede hacer algo por ellos. En cierto modo le resulta bonito que alguien pueda preocuparse de esa forma por unos completos desconocidos, pero por otro lado Kat puede ser joven y alocada pero no es tonta y sabe que cargar con ese tipo de responsabilidad moral puede ser muy peligroso para uno mismo. Mentalmente es terrible sentir que le fallas a alguien. Kat lo sabe de primera mano porque vio lo que su enfermedad del corazón le hizo a sus padres. El sentir que no podían hacer nada por su hija, la impotencia y el sentimiento de estar fallando a su pequeña les había hecho envejecer más rápido de lo normal, les había debilitado la salud y le había provocado a su padre dos infartos de los que, milagrosamente, había salido sin mayores secuelas. Pero él tenía cincuenta y ocho años y ella, cincuenta y cinco y parecían dos ancianos de setenta. Todo eso podría haber redundado y cerrado el círculo afectándola a ella también, pero si algo había tenido su padre siempre presente era transmitirle a su hija que pasara lo que pasara tendría que disfrutar de cada segundo como si fuera el último. Por desgracia para alguien con la enfermedad de Kat, así era. Cualquier segundo podía ser el que su corazón eligiera para detenerse. Y sí, las operaciones podían aliviar la dolencia y tal vez retrasar lo inevitable pero tampoco lo hacían con un cien por cien de seguridad. Kat sabía que su corazón era débil y no funcionaba correctamente, había aprendido a vivir con ello y había aprendido a absorber cada cosa buena del resto del mundo y disfrutar de la gente a la que amaba. Siempre ha sentido que aún le queda mucho por vivir.

Y por todo eso Kat se siente perdida en estos momentos. No hay nada bueno que sacar del apocalipsis que está viviendo Portland, de la muerte constante que les persigue y acosa. No hay nada bueno en la tensión y en el miedo y tampoco hay nada bueno en la mirada llena de autoculpa que ve en los ojos de Kim.

—Tal vez podemos darles fuerzas si saben que estamos aquí —insiste Kim.

Kat asiente y se encoge de hombros. A fin de cuentas, es Kim quien tiene las ideas y gracias a quien han sobrevivido y alcanzado la relativa seguridad de esa casa; es Kim quien carga con el peso de arrastrarlas a todas consigo. Y por descontado, es Kim la que necesita sentirse útil también por las tres figuras ocultas bajo el camión.

—Adelante —dice Kat.

Kim abre la ventana.

8

Ian está enfadado. Normalmente su tolerancia hacia los aires de estrella de algunos actores y actrices es bastante bajo, pero lo de Nancy Avalon ya le parece que roza lo repugnante. Y sí, cuando ha visto películas en las que ella aparecía o mirado fotografías de alguna de las revistas para las que la actriz ha posado, la chica le ha parecido un bombón, *sexy*, atractiva y con una mirada que le produce tanto morbo como el tatuaje de Jenn. Incluso, aunque a Jenn jamás se lo reconocería ni por todo el oro del mundo, Ian le ha dedicado algún momento onanista a Nancy Avalon. Cuando Jenn supo que Nancy aparecería en la película se le encendió el «modo celosa» y le dijo en tono meloso que no se enamorara de ella. Ian, por supuesto, había contestado que no lo haría. Y luego, cosecha del perfecto novio, había añadido «además me gustas más tú».

Pero ahora, bajo ese camión y con la muerte rondándoles en todo momento, sabiendo que si una sola de aquellas cosas les veía podían darse por perdidos, y al ver las miradas de desprecio que Nancy le dedicaba a su ayudante personal, Ian no puede evitar que le hierva la sangre.

Desde que Ian le ha tapado la boca a Ellen para impedir que le sigan castañeando los dientes, Nancy ni se ha dignado a mirarles.

—¡Nancy Avalon!

El grito les sobresalta a los tres. Nancy abre los ojos por la sorpresa. Ian y Ellen se miran. Ha sido una voz de mujer y el grito ha revolucionado a los muertos de la calle, volviéndoles más furiosos. Desde donde están pueden ver a algunos levantando las manos y arañando el aire con furia.

—¡Nancy, os vemos, sabemos que estáis debajo de ese camión! ¡Resistid!

Y nada más. Ni Nancy, ni Ian ni Ellen tienen forma de saber qué ocurre a continuación para que Kim deje de gritar desde la ventana de la casa de Chuck Bauer, pero nosotros sí podemos saberlo. Aprovechémonos de nuestra particular ventaja y

regresemos hasta el salón donde Kim ha abierto la ventana y asoma la mitad de su cuerpo. La mayoría de los muertos que se agolpan contra el portal puede verla y muchos de ellos estiran los brazos hacia ella como si soñaran con cubrir la altura que les separa y hacerse con ella. El resto redobla su furia contra la puerta.

Dos cosas pasan cuando Kim está gritando que hacen que se calle de inmediato. La primera es el crujido de madera que sacude la apaleada puerta del portal. La segunda es el rostro que se asoma en el edificio de enfrente, a través de la ventana rota: John Vernon.

Chuck actúa con rapidez. Al escuchar el crujido se lanza a la carrera hacia el vestíbulo de su casa. En apenas dos zancadas se planta en el rellano a tiempo de ver que la puerta está cediendo y varios cuerpos heridos y ensangrentados se asoman por los huecos de la barricada intentando traspasarla y subir por las escaleras. Con un grito de los que se usan para darse coraje, Chuck apoya su hombro contra la nevera que un momento antes dejaron a los pies de la escalera y empuja con todas sus fuerzas.

Durante los primeros segundos el electrodoméstico no se mueve. Los músculos del cuello de Chuck se ponen completamente en tensión y abajo los muertos comienzan a empujar muebles en busca del hueco que les permita pasar.

Sabrina aparece junto a Chuck, apoya las manos en la nevera y empuja. Por fin, el pesado aparato se inclina hacia delante y cuando se vuelca tanto Sabrina como Chuck están a punto de irse detrás por la inercia de su empuje. La nevera cae pesada sobre los escalones y desciende como un inmenso ariete de metal, estrellándose contra los muebles que ya estaban amontonados al pie de la escalera. El estrépito es furioso, un rugido de metal, madera y huesos que se rompen. Varios de los muertos quedan atrapados entre el amasijo.

Sabrina y Chuck contemplan el resultado desde la parte de arriba. Kat, Chelsea y Kim se les unen. Un momento después, también Alicia.

Si te preguntas dónde está Christine, te diré que puedes encontrarla en el salón, de pie y mirando a la nada con la boca entreabierta. En sus ojos, una expresión ausente. Sé que te dije que es más lista de lo que parece y sé que ahora no lo está demostrando. Me temo que tendrás que hacer un salto de fe y creerme.

—¿Crees que podrán atravesar eso? —pregunta Chelsea, mirando hacia uno de los brazos que asoman entre el revoltijo de madera aplastada por el peso de la nevera. Los dedos aún se mueven, aunque a todos ellos les resulta imposible de creer que nadie pudiera resistir un golpe así.

Los gruñidos de los muertos agolpados en la calle les llegan con claridad.

—Lo dudo mucho —responde Kim—. Habéis hecho un buen trabajo.

—No van a superar esa barrera —asegura Chuck frotándose las manos y sonriendo al mirar a las cinco chicas que le rodean. Se da cuenta de que nunca en su vida había tenido tanta atención femenina y el rubor colorea sus mejillas—, pero por si acaso, dejaremos cerrada la puerta de casa. ¿Os parece bien?

A todas ellas les parece bien.

9

Supongo que habrás visto alguna película de zombis en tu vida. Hay una cosa que suele salir en todas ellas y que cuando aparece a mí particularmente siempre me ha hecho reír: se trata del zombi que se arrastra, ese muerto viviente cuyas piernas han acabado siendo inservibles ya sea porque fueron devoradas con fervor o porque algún hueso se rompió antes de que le sobreviniera la muerte. Esos zombis utilizan los brazos para arrastrarse y en las películas levantan las manos para intentar atrapar a alguno de los supervivientes, pillándoles por sorpresa en ocasiones gracias a su altura inesperada.

En fin, ese tipo de zombi es el que uno nunca piensa hasta que de repente aparece por sorpresa en el metraje. El tipo de zombi que puede poner en apuros a tres personas escondidas debajo de un camión.

Resulta ser Bastian Blanch, el chico de la triple be y novio de Lisa Hill hasta que fue atrapado dentro del plató de Almas de metal. La primera en verle, primero avanzando a rastras por la calle y luego localizándoles y girando hacia ellos tres, es Ellen Bell. El miedo hace que gima y trate de hablar, pero la mano de Ian que le cubre la boca impide que verbalice nada. Lo siguiente que hace es revolverse, más movida por el pánico que por un pensamiento racional. Aterrorizada, intenta escabullirse del abrazo de Ian.

En un primer momento el chico no entiende qué le sucede pero se alarma por el ruido que está haciendo. Nancy se gira hacia ellos y si las miradas matasen, ahora mismo Ellen y el chico se disolverían en el aire. Entonces Ian ve a Bastian, acercándose con la boca abierta y las babas sanguinolentas resbalando por su barbilla.

—Mierda... —murmura.

Nancy se gira y también ve a Bastian. Volviendo a girarse, empuja a Ellen y Ian hacia el lado contrario del camión.

—¡Vamos, tenemos que salir de aquí! —murmura apretando los dientes.

Y lo hacen. Abandonan la insegura seguridad en la que habían permanecido ocultos y son localizados de inmediato por algunos de los muertos que rodean la verja cerrada de la librería. Ian tira de Ellen para ayudarla a ponerse en pie y mira en todas direcciones. No sabe hacia dónde correr, y en ese momento piensa que va a morir.

—¡Arriba, joder! —grita Nancy.

Con un salto ágil, Nancy se agarra del espejo lateral del camión para ayudarse a subir encima del capó. En tres movimientos más, alcanza la parte de arriba del camión. Ian ayuda a Ellen a subirse. Los muertos corren hacia él y apenas les queda tiempo. Ellen cae sobre el capó cuando Ian la empuja con fuerza y sin ningún cuidado, y está a punto de resbalar y caer por el lado contrario. Ian salta y extiende la

mano hacia Ellen. Ella se gira y se la da y él comienza a subir cuando siente una mano cerrándose alrededor de su tobillo.

Con un grito, sacude el pie y logra encaramarse al camión. Cuando llegan a la parte de arriba ambos están jadeando. Nancy les mira con una ceja levantada. Ahora gran parte de los muertos que se amontonaban alrededor del portal y la librería están rodeando el camión, tratando de encontrar la forma de subir hasta ellos.

—Es la segunda vez que están a punto de cogirme —dice Ian sentándose y cruzando las piernas como los indios en las películas.

No añade lo que piensa porque cree que Ellen no merece oírlo, pero las dos veces ha estado a punto de morir por ayudarla a pasar primero. En su mente se ha hecho una idea: la próxima vez será un sálvese quien pueda, y si ella no puede salvarse por sí misma, mala suerte.

«Tampoco soy su padre, ni su novio ni nada. Acabo de conocerla», se justifica, «así que mala suerte, chica».

Casi como si estuviera oyendo los pensamientos de Ian, Ellen se echa a llorar en ese momento. El chico se siente mal, culpable por haber pensado eso, aunque parte de él le suplica que no se deje arrastrar por la lástima.

«O pasaré a engrosar las filas de los muertos», piensa con una punzada de miedo.

—Joder, Ellen —dice Nancy—. ¿Quieres dejar de lloriquear como si fueras una niña pequeña y venir aquí?

La actriz está de pie en el centro del techo. La luz del sol la ilumina desde atrás creando un contraluz que en una película habría otorgado la imagen de cierta épica. Desde luego resalta una figura de hermosas proporciones y hace que su pelo dorado parezca estar brillando. La forma en que le habla a su ayudante personal desagrade profundamente a Ian y, por incomprensible que le resulte a él, en cuanto escucha a Nancy hablar Ellen se incorpora como si tuviera un resorte en el culo, se pasa la mano por los ojos para secarse las lágrimas, y corre a su lado.

Como puedes ver, el chico parpadea por la impresión.

—Dame un cigarro —exige Nancy a la otra chica.

Ellen rebusca en sus bolsillos hasta encontrar un paquete de tabaco. Ian observa con la expresión de quien no puede comprender los actos de otra persona. Casi siente ganas de gritarle que esa perra ha dejado de ser su jefa en el momento en que el mundo se ha ido a tomar por culo. Ellen le entrega un cigarro a Nancy y se lo enciende. Ian se incorpora y se acerca a ellas, mirando hacia la calle. Los gritos de los muertos le hacen estremecerse. Ve sus manos extendidas hacia ellos, los dedos que se crispan como garras, las bocas abiertas y llenas de dientes.

—¿Cómo te llamas, guapo? —pregunta Nancy soltando una bocanada de humo mirándole.

—Ian —responde él.

—Bueno, Ian. Bienvenido a lo que será nuestra tumba —dice ella haciendo un gesto con la mano para abarcar todo cuanto les queda a la vista—. Más nos vale soñar

con una aparición estelar de los putos Delta Force o estamos jodidos. De aquí no salimos, chico.

Junto a Nancy, Ellen deja escapar un gemido que acalla bruscamente al recibir una mirada cargada de desprecio por parte de la actriz. Ian mira alrededor y comprende que Nancy está en lo cierto. No hay forma de que bajen de ese camión y escapen de la horda que les espera a pie de calle. Desesperado, traga saliva y levanta la vista. En una de las ventanas del edificio que les queda enfrente, a casi trescientos metros de donde está aparcado el camión, ve a Kat asomada mirándoles.

—¿Puedo pedir yo también un cigarro? —pregunta entonces.

Nancy se encoge de hombros, así que Ellen le entrega uno. Con un nudo en la garganta, Ian se lo enciende y da una calada.

Y se pregunta qué será de Jenn.

10

La noche les encuentra subidos al camión. Las temperaturas bajan cerca de diez grados y las prendas que llevan distan de ser suficientes para mantenerles en calor. Ian se descubre abrazando a Ellen con un brazo y a Nancy con el otro. La actriz al principio se ha resistido con cierto orgullo, pero ha acabado sucumbiendo al frío. Los tres tiritan sin poder controlarlo.

—¿Y si cuando nos durmamos nos caemos por el lado? —pregunta Ellen con voz temblorosa.

Nancy resopla y se encoge aún más contra el cuerpo de Ian.

—Procura no hacerlo o te convertirás en su cena.

Ian pone los ojos en blanco. La mayoría de las respuestas dadas por Nancy están llenas de sarcasmo o son malintencionadas directamente. «Pero tiembla de frío igual que nosotros», piensa.

—Daría mi brazo izquierdo por estar ahora mismo dentro de mi nevera con ruedas —murmura.

Ninguna de las chicas responde, aunque Nancy le mira con una ceja levantada. Es comprensible: hace tanto frío que ni siquiera quedan ganas de hablar.

—Mi coche —dice—. Tiene más años que las pirámides mayas y la calefacción brilla por su ausencia.

Nancy asiente y se acurruca un poco más. Ian sonríe y agradece la oscuridad reinante por no permitir que ellas vean su gesto. Lleva toda la tarde preocupado por Jenn, sí, pero un pensamiento divertido le ha cruzado la mente en este momento. Y es que duda de que haya muchos hombres que puedan presumir de haber abrazado a la mismísima Nancy Avalon y a otra chica al mismo tiempo.

—Tengo mucho frío —murmura Ellen.

—Tú y todos, joder.

Ian suspira. Una vez más, le parece detestable la forma en que Nancy le habla a Ellen. Y piensa: «para lo único que sirves es para echar un polvo y rezar porque sea antológico, porque dudo mucho que alguien pueda soportarte lo suficiente como para tener una relación seria contigo». Pero la abraza, claro, porque él también tiene mucho frío.

—No sé si sobreviviremos a esta noche —murmura Nancy. Está temblando y los dientes han empezado a castañearle como lo hicieron los de Ellen cuando se encontraban bajo el camión, aunque en aquella ocasión fuera el miedo el impulsor del temblor.

—Concéntrate en no pensar en el frío —dice Ian, cerrando los ojos y tratando de alejar su mente de la situación que están viviendo.

—Soy actriz, sé lo que tengo que hacer en estos casos —replica ella.

Ian se calla el suspiro que ansía soltar. Mira a Ellen buscando apoyo moral, aunque sea, pero la otra chica tiene los ojos cerrados y la cara apoyada contra el hombro de él. La siente vibrar contra su cuerpo, aunque lo cierto es que Ian ha empezado a dudar si los temblores son suyos o de ellas.

De lo único que está seguro es que no ha tenido tanto frío en su vida.

«No soporto a Nancy Avalon», piensa. «Dudo que pensar en eso me haga tener menos frío pero estoy tan jodidamente congelado que no puedo ni pensar en otra cosa».

Tiene ganas de reír y también de llorar.

—He leído que morir de frío es una de las muertes más tranquilas que hay —murmura. Siente que Ellen se estremece bajo su brazo derecho al oírle—, que llega un momento en que te duermes y ya está.

—El puto rato que pasas temblando imagino que no entra dentro de la categoría tranquila —masculla Nancy.

El aliento de la actriz le hace cosquillas en el cuello y de repente, Ian se sorprende al sentir una pulsante erección entre sus piernas. Incómodo, se mueve para evitar que ninguna de las chicas pueda sentirlo.

—¿Podéis dejar de hablar de eso? —pregunta Ellen en tono lastimoso.

Ian asiente. Su entrepierna late endurecida y de repente no es capaz de pensar en otra cosa que no sea el aliento de Nancy Avalon acariciándole la piel del cuello y poniéndole la carne de gallina. ¿O eso es el frío? Lo cierto es que ni él mismo lo sabe a ciencia cierta.

Lo que sí sabe a ciencia cierta es que empieza a no sentir los dedos de los pies. Y de repente, aunque es lo último en lo que quiere pensar, su cerebro insiste en recorrer todos sus conocimientos sobre hipotermia, frío extremo y muerte. Las dos chicas están tan concentradas en su propio sufrimiento que no escuchan su gemido de angustia.

A pie de calle, a los muertos no parece importarles el frío.

Mientras los tres chicos tiritan en la parte de arriba del camión de reparto, sin nada que podamos hacer por ellos, será mejor que subamos a la casa de Chuck Bauer. Ven conmigo. Lo primero que veremos es a Kim con la frente apoyada en la ventana mirando con tristeza hacia el camión. Pero no, no es tristeza en realidad; se trata de ese tipo de sentimiento de impotencia que uno siente cuando piensa que debería estar haciendo algo por alguien pero se sabe incapaz de hacerlo.

No hay nada que hacer. Kim lo sabe. El portal está bloqueado por el amasijo de muebles aplastados por la nevera; los muertos no pueden pasar pero ellos tampoco pueden salir. Tal vez, se dice de cuando en cuando, deberían haber pensado en eso antes pero ¿habría cambiado eso su decisión? Porque Kim sabe que de no haber bloqueado la entrada ahora los zombis estarían golpeando la puerta del piso en el que se ocultan, o puede que ya la hubieran arrancado de los goznes y entonces todos ellos estarían muertos.

Sabe que la mejor decisión estratégica fue la tomada pero eso no evita que se devane los sesos pensando que debería estar haciendo algo para sacar de allí a los tres chicos que se mueren de frío encima de ese maldito camión. Cientos de ideas, más propias de una película de aventuras que de la realidad, han pasado por su mente. Las ha ido descartando una por una, no sin antes estudiarlas con cuidado por muy absurdas que pudieran resultar.

No puede apartar la mirada. Desde donde se encuentra puede verles temblar, los tres abrazados unos a otros para transmitirse calor. Una parte de su mente se ha preguntado cuánto serán capaces de resistir. El cuerpo humano es más fuerte de lo que parece, eso lo sabe, pero el frío, el hambre y la desesperada situación en la que se encuentran hacen bastante improbable que lo consigan, al menos a ojos de Kim.

Tiene miedo de verles morir.

Aunque se ha hecho a la idea de que pasará.

Dejemos a Kim aquí. Volveremos a ella en breve cuando Chuck, que está sentado con la espalda apoyada en la pared y mirándola de reojo, decida levantarse y acercarse. Un par de horas atrás se sortearon la cama de Chuck, que él mismo se negó a utilizar y ofreció a las chicas, y en el dormitorio ahora descansan (y utilizo esta palabra porque difícilmente nadie de los presentes será capaz de dormir más que a trompicones después de todo lo ocurrido esta mañana) Christine, Alicia y Chelsea; apretadas pero más cómodas que los que yacen en el suelo del salón acurrucados debajo de mantas. Como puedes ver, el salón se ha convertido en una especie de campamento improvisado.

Ahí tienes a Kat en una esquina, moviéndose a cada rato, inquieta e incómoda, pensando sin parar en lo mucho que le gustaría estar en su cama, en su casa, y saber que sus padres están en el dormitorio al final del pasillo. Cerca de ella y con la cabeza apoyada en un cojín está Osney Martell, probablemente el único de los presentes que

duerme en realidad, aunque lo cierto sea que yace en un estado a caballo entre el sueño, la borrachera y el desmayo. Kim terminó de limpiarle la cara de cristales y le vendaron lo mejor que pudieron. La parte izquierda de su rostro está cubierta por una venda que fue blanca cuando se la pusieron pero ya ha tomado un desagradable color negruzco a medida que ha ido absorbiendo sangre. Es una mezcla entre Dos Caras y la Momia.

Y luego está Sabrina. Oh, sí, con ella nos interesa detenernos. Es consciente de lo que le ocurre y sus ojos han derramado alguna lágrima silenciosa por ello. Siente que su cuerpo está más caliente de lo que debería; no tiene dudas sobre el hecho de que tiene fiebre. Y aun así, cada cierto tiempo su cuerpo tiritita sin que pueda controlarlo porque se encuentra destemplada.

«Tal vez estoy enfermando, simplemente. Es posible que sea eso, ¿no?».

Hay una parte de su mente que no quiere creer que está muriéndose. Pero resulta demasiado evidente. El antebrazo donde tiene la herida le escuece con cada latido del corazón, y con disimulo ha levantado un poco la venda para mirarse; no llegó a ver el estado de la herida, pero volvió a tapanlo de inmediato cuando le alcanzó un olor como a leche agria que le produjo una arcada.

«Si huele así, no quiero ver cómo luce».

Su sentimiento principal es rabia. No pena, no lástima, no desesperación; sino rabia. Porque no quiere morir, porque no quiere convertirse en una de esas malditas cosas del exterior, porque se niega a rendirse a la idea de no conseguirlo, porque le enfurece pensar que Alicia vaya a durar más que ella.

«No hay nadie que merezca más que ella la muerte», se dice.

«Ella es una puta, pero el que merece la muerte en realidad es James», le dijo una de sus mejores amigas un día mientras ella se deshacía entre lágrimas. «Él ha sido quien te ha engañado. En estas cosas siempre tendemos a echar la culpa a la tercera persona, pero el hijo de puta que ha traicionado tu confianza es él».

Sabrina sonrío al recordarlo.

«Espero que estas cosas hayan hecho algo más que sacarle los ojos», piensa. «Que le hayan abierto en canal y arrancado las tripas y se las hayan comido mientras él aún estaba vivo. Espero que estés muerto, hijo de puta. Es más... espero que también se hayan comido esa polla de mierda que tanto te gustó meter en la boca de esa zorra».

Pensar en las tripas de James esparciéndose por el suelo le revuelve el estómago. Pensar que se trata de una dulce venganza hace que sonrío. Y pensar en la imagen de los labios de Alicia separándose del miembro de su prometido cuando les cazó en el salón de su propia casa despierta la furia que siente por ser ella quien está convirtiéndose en una de esas cosas cuando...

«Debería ser Alicia. Yo no lo merezco. No merezco morir así. No merezco acabar convertida en un... en una abominación».

Retira despacio la manta que le cubre el cuerpo y se acerca a Chuck gateando y

tratando de no hacer ruido. No está dispuesta a dejarse morir sin pelear con todas sus fuerzas, y es algo que acaba de decidir.

—¿Estás despierto? —susurra.

Chuck asiente.

—¿Tienes algo para el dolor de cabeza?

—En la cocina hay cosas, en el armario que está a la derecha del fregadero. Aspirinas.

—¿Y algo más fuerte?

—Ibuprofeno. No creo que encuentres nada más fuerte. Lo siento.

—Bastará con eso —dice ella, levantándose y dirigiéndose a la cocina.

Encontrar las medicinas no le lleva demasiado tiempo. Como dijo Chuck, no es capaz de encontrar nada más fuerte que el ibuprofeno, así que coge dos pastillas y se las traga. Al salir de la cocina le dedica una mirada a Kim, que sigue de pie junto a la ventana, y camina hacia el cuarto de baño. Una vez allí se asegura de poner el pestillo y se levanta la manga.

Su padre siempre decía que hay que afrontar las cosas de cara y Sabrina nunca se ha considerado una cobarde.

Empieza a desenrollar la venda y arruga el gesto cuando vuelve a percibir ese olor a leche cortada. De nuevo tiene que reprimir una arcada al ver una sustancia amarillenta y viscosa empapando la venda, como pus podrido. La marca de los dientes sobre su piel ha tomado un desagradable color morado, está hinchada y al apretar alrededor Sabrina comprueba que segrega esa sustancia vomitiva.

—Vale, no desesperes, cariño —se murmura a sí misma sintiendo que le da vueltas la cabeza—. Esto está infectado.

Se echa a reír y tiene que usar las dos manos para taparse la boca y que nadie pueda escucharla.

«Tengo una herida y está infectada, eso es todo. Y como cualquier infección puede curarse o puede resultar fatal si no se cuida. Y yo pienso tratarla, porque no estoy dispuesta a permitir que un mordisco de nada acabe conmigo».

Lo único que espera es estar en lo cierto, claro.

12

En el salón, Chuck ha abandonado del todo el disimulo y ahora mira hacia Kim fijamente. Nunca se le han dado bien las mujeres, y lo cierto es que se siente un poco abrumado ante la presencia de tantas de ellas al mismo tiempo en su casa. Sin embargo, desde casi el momento en que Kim cruzó al portal y le miró con esos ojos azules tan profundos, ha sentido que algo se removía en su estómago.

Le preocupa verla pegada a la ventana. En parte porque ha visto la forma en que ella toma decisiones y cree que la necesitan; en parte también porque lo que siente es

algo que no reconoce pero intuye lo que es. Se levanta y se acerca. Se siente idiota al llegar a la ventana y se apoya en la pared, a su lado. Ella le mira y le dedica una sonrisa en la que él percibe tanta preocupación que su primer instinto es abrazarla y decirle que él hará lo posible por cuidar de ella. Si no lo hace es porque en realidad no la conoce y podría resultar violento que de repente ella se apartara y le preguntase qué demonios estaba haciendo.

—No te martirices —le susurra—. No puedes salvar a todo el mundo.

Kim asiente. Sabe que él tiene razón pero eso no evita que sienta la impotencia que le corroe por dentro.

—Mírales —dice ella—, mírales y dime que no deberíamos intentar algo para sacarles de ahí.

Chuck obedece, más por darle el gusto que porque quiera mirar.

—¿Sabes? —Kim se gira hacia él y Chuck siente que algo se le atormenta en la garganta y le impide tragar saliva con normalidad; su corazón se acelera y se siente estúpido por ello—. Cuando tenía doce años conocí a un chico durante las vacaciones. Se llamaba Rupert y era un chiquillo bonachón con algo de sobrepeso y las mejillas muy rojas... —Kim sonríe con el recuerdo y su mirada se pierde en el recuerdo—. Rupert Grimes.

Chuck asiente, aunque le parece que en ese momento ella está muy lejos de allí y ni siquiera puede verle.

—Rupert era el típico chico solitario y sin amigos que ansiaba caerle bien a alguien —continúa ella—, y la casa donde su familia veraneaba estaba junto a la de la mía. No puedo decir que nos hiciéramos amigos, pero cuando nuestros padres se reunían para tomar unas cervezas o jugar a las cartas, nosotros acabábamos en el salón. Al principio era un poco violento y yo no sabía de qué hablar con ese chico, pero él sacaba conversaciones y al final aquellos ratos llegaron a ser lo suficientemente divertidos como para guardar un buen recuerdo de ellos... ¿Sabes a lo que me refiero?

—Sí...

—Luego empezaron a llegar otras familias y empecé a hacer amigas. Se formó un grupito de película, donde todos nos llevábamos bien y parecía que nunca nos separaríamos y mantendríamos el contacto toda la vida. Había un chico que era un par de años mayor que los demás y que me robó el corazón desde el primer momento. Bebía los vientos por él y habría sido capaz de cualquier cosa por estar a su lado.

Kim apoya la cabeza con suavidad en el cristal.

—Un día, Rupert intentó acercarse al grupo y me saludó, imagino que esperando que el conocerme le abriera las puertas al resto. Estaba nervioso, lo recuerdo, y se mordisqueaba el labio inferior. Y entonces aquel imbécil del que me había enamorado, porque era un imbécil aunque en aquel momento no me hubiera dado cuenta, me preguntó si conocía de algo a ese gordo de mierda.

—Menudo gilipollas —murmura Chuck.

La historia que está contando Kim le resulta cercana por muchas razones. Él mismo había sido un chico solitario; no era gordo pero sí demasiado grande para su edad y eso hacía que el resto de compañeros de clase le tuvieran demasiado respeto, casi miedo incluso, y hablaran de él a sus espaldas como de un monstruo, un mutante, un experimento genético fallido. Ese tipo de comentarios le habían herido cuando era un niño y le habían metido en muchas peleas cuando era joven. Peleas que había ganado gracias en parte a su tamaño y la fuerza que gastaban sus puños. Lo cual le había valido, dicho fuera de paso, multitud de visitas al despacho del director y al psicólogo de la escuela, al que una vez oyó decir que temía que Chuck se convirtiera en el próximo artífice de una masacre como la de Columbine.

«Valiente gilipollas», había pensado entonces y cada vez que rememoraba ese recuerdo.

Nunca tuvo intención de convertirse en un asesino porque no odiaba a nadie en especial. No importaba cuántas veces lo dijera, pero lo único que hacía era devolver los comentarios peyorativos que escuchaba referidos a él de la única manera que conocía: los puños. Con el tiempo había aprendido a ignorar los comentarios, eso de que no hay mayor desprecio que no hacer aprecio, y se había vuelto aún más solitario, que no huraño puesto que se había descubierto a sí mismo como un buen orador, o un buen conversador, gracias a su trabajo.

—Miré a los ojos de Rupert y vi la súplica que me lanzaba con la mirada pero sacudí la cabeza y dije que no. Me quedé quieta mientras los otros chicos se burlaban de él y le pellizcaban los michelines hasta hacerle llorar. Cuando intentaba marcharse no se lo permitían. Y él me miraba con lágrimas en los ojos sin decir nada... y yo me limité a bajar la mirada.

Kim aprieta los ojos y suspira. Es un recuerdo que no le gusta explorar, uno de los que duelen.

—Era una niña estúpida y me comporté como tal —admite, abriendo de nuevo los ojos pero sin mirarle. De nuevo Chuck reprime su instinto de acercarse a ella y abrazarla—. Durante el resto del verano cada vez que veía a Rupert me cambiaba de acera porque me daba vergüenza estar cerca de él, y cuando sus padres venían a nuestra casa para una de esas partidas de cartas nocturnas yo me inventaba una excusa y me las arreglaba para no estar allí. Me sentía culpable pero también incapaz de reparar lo sucedido. Y tampoco quería perder al grupo que había formado con el resto de chicos, aunque desde aquel día no me había vuelto a sentir tan unida a ellos como antes...

—Te entiendo —murmura Chuck.

—Y luego, en la última semana del verano, salí a dar un paseo en bici. Un estúpido paseo en bici. Una nunca piensa que una decisión tan absurda como elegir pasear en bici por encima de no hacerlo puede ser tan definitiva. En mi caso, ese paseo en bici estuvo a punto de matarme.

Kim suspira y mira de nuevo hacia los tres chicos que tiritan muertos de frío en lo

alto del camión. Chuck se da cuenta de que Kat se ha acercado y está pendiente de la historia, aunque no es consciente de haberla oído levantarse. Con la penumbra existente en el salón parece apenas una niña y Chuck se pregunta cuántos años debe tener. «No más de veinte», piensa.

—Me había alejado bastante —dice Kim—. Había un sendero que se internaba en el monte justo detrás de nuestra urbanización y me pareció que sería un buen lugar donde perderme un rato y dejar volar mi imaginación. Llevaba pedaleando más de media hora cuando empezó a llover. Las noticias dijeron después que fue la peor tormenta en la zona que se recordaba en los últimos diez años. La lluvia me empapaba el pelo y me caía por la cara, impidiéndome ver. Constantemente tenía que pasarme la mano por la cara y aun así no conseguía mucho. El caso es que resbalé, perdí pie y caí por un terraplén hasta el canal que discurría junto al camino. No me hice mucho daño porque había agua corriendo por el canal, pero cuando intenté levantarme descubrí que mi pie se había quedado enganchado y no podía salir.

Kat gime y se tapa la boca con la mano. Chuck está tan absorto por la historia que de no ser porque Kim está delante de él se temería lo peor, e incluso teniéndola allí, un cosquilleo de intranquilidad le recorre el pecho.

—Empecé a gritar aterrorizada. Intenté sacar el pie tirando y creo que eso hizo que se enganchara más. Me dejé dominar por el pánico cuando me di cuenta que el nivel de agua estaba subiendo bastante rápido. Cuando caí apenas me cubría por las rodillas y en menos de cinco minutos me llegaba a la cintura. Seguí gritando y pidiendo ayuda y tirando de mi pie para sacarlo pero era imposible, no conseguía moverlo y supe que iba a morir —Kim se gira hacia Chuck—. Es una sensación desagradable saberlo.

—Me imagino que lo es —responde él.

—Puede que te lo imagines —asegura ella, concediéndole eso—, pero no se acercará a la verdad. La verdad será peor, cien veces peor.

Chuck traga saliva, sobrecogido. No es capaz de responder nada ante ese argumento.

—Sabía que no había nadie allí. Imaginaba que todo el mundo estaría en sus casas, a salvo del aguacero. Y el agua subía con rapidez y estaba tan cansada que ni siquiera tenía fuerzas para seguir intentando soltar el tobillo. Me di por vencida —admite con un deje solemne en la voz volviéndose a mirar al exterior—, pero seguí gritando, pidiendo ayuda, pensando que tal vez ocurriría un milagro...

Kim suspira. Su aliento empaña el cristal de la ventana junto a su boca.

—El agua me cubría por el estómago cuando dos cabezas se asomaron por el borde del terraplén. Casi se me paró el corazón en ese momento. Les grité: «¡Oh, gracias a dios! Tenéis que ayudarme a salir de aquí, tengo el pie atrapado, por favor...», y luego me di cuenta de que conocía aquellos rostros... Al menos uno de ellos lo conocía muy bien.

—Rupert —murmura Chuck.

—Rupert —confirma ella—. Su primo había venido dos días atrás y se iba a quedar con ellos hasta el final de las vacaciones. Y como Rupert no tenía amigos en la urbanización y le daba vergüenza pasar por delante del resto de los chicos y que pudieran humillarle frente a su primo, salía con él todos los días a jugar al monte. Yo eso no lo sabía, aunque lo supe más tarde.

«Rupert», le grité. «Rupert, soy yo, soy Kim. Tienes que sacarme de aquí». No sé ni lo que dije pero era ese tipo de frases. Estaba desesperada. Y entonces me quedé callada porque los dos chicos se estaban mirando y oí que el primo le preguntaba a Rupert si me conocía.

«Y pensé que él respondería que no. En ese momento, por segunda vez, supe que iba a morir y que la causa no sería el agua, sería mi estupidez y mi falta de agallas para admitir que conocía al chico gordinflón y decir que además no era, para nada, un mal tipo.

—Pero no hizo eso —murmura Chuck, adelantándose a la historia.

—No. Le dijo a su primo que corriera a buscar ayuda y se quedó allí, asomado al terraplén. Me dijo que no me preocupara, que me iba a sacar de allí y yo le dije que por favor se diera prisa porque el agua estaba subiendo muy rápido y tenía la pierna atrapada. Muy tranquilo, como si no hubiera prisa, me pidió calma y salió de mi vista. —Kim vuelve a suspirar, tratando de sacar de su pecho la angustia que el recuerdo le hacía revivir—. Me volví loca. Empecé a gritar y a llamarle y decirle que no me abandonara. El agua seguía subiendo y me estaba quedando sin fuerzas.

Regresó con un tubo de plástico. No era exactamente una manguera pero se le parecía bastante. Me lanzó uno de los extremos y cuando lo cogí me quedé mirándolo como si fuera un objeto alienígena. Ni siquiera soy capaz de imaginar con qué cara le miré entonces, pero sé que empecé a gritarle que no podía sacar el pie, que no podría trepar por esa mierda de tubo, que en qué coño estaba pensando.

Kim sonrío, con ese gesto triste y melancólico que despierta instintos de protección en Chuck.

—Aguantó el chaparrón como un campeón —admite ella—. Metafóricamente hablando, me refiero, aunque también estaba aguantando el aguacero que nos caía encima. Con el mismo tono de voz calmado me explicó que el tubo no era para que trepara. Creo que nunca he sentido tanto miedo como cuando le oí decir lo siguiente, ni siquiera esta mañana mientras huíamos de los zombis.

»Dijo: “el tubo no es para que trepes, es para que respires. No voy a ser capaz de sacar tu tobillo de ahí y por mucho que corra mi primo no conseguirá traer ayuda antes de que el agua te cubra. Está subiendo realmente rápido. Así que vas a tener que respirar usando el tubo”.

—Dios santo —murmura Kat.

Chuck abre la boca para decir algo pero la vuelve a cerrar al darse cuenta de que lo único que se siente capaz de pronunciar es lo mismo que ha dicho Kat.

—Le dije que no podía hacer eso. La simple idea me produjo claustrofobia e hizo

que me echara a temblar. El agua empezaba a llegarme al cuello y además bajaba por el canal con fuerza suficiente para azotarme la cara y empujarme, pero mi tobillo seguía firmemente sujeto. Rupert insistió en que tendría que hacerlo si quería sobrevivir y yo le dije una vez más que no iba a ser capaz. «Me ahogaré», repetía una y otra vez. Para entonces estaba llorando a moco tendido, aunque no creo que se percibiera. Había tanta agua, en el canal y cayendo del cielo, que era imposible distinguir lágrimas en medio de todo eso. ¿Puedo tomar un vaso de agua?

Chuck asiente.

—¿Prefieres algo más fuerte? Tengo cervezas en la despensa y un par de botellas de Jack Daniels que he decidido no enseñarle a Osney —admite—. Visto el ritmo al que bebía mientras le curabas he pensado que sería más conveniente racionarle el alcohol.

Kim sonríe y Chuck se siente reconfortado al ver ese gesto en su rostro. Ella rechaza la oferta así que Chuck regresa de la cocina llevando un vaso de agua en la mano que ella bebe casi de un trago.

—Gracias —dice—. ¿Por dónde iba?

—Rupert te dijo que tendrías que respirar por el tubo —le recuerda Kat.

—Eso, sí. —Kim regresa al recuerdo que está narrando—. Yo le dije que iba a ahogarme, que no sería capaz, y él me decía que sí, que tenía que hacerlo. Desesperada le grité que no y le supliqué ayuda. Y entonces él desapareció de nuevo. El agua me llegaba ya por la barbilla y tenía que inclinar la cara hacia arriba para poder seguir respirando. De vez en cuando una ola me cubría toda la cara. Tragué agua y empecé a toser.

»Y entonces Rupert se deslizó por el terraplén y se dejó caer al agua a mi lado. Para mantenerse allí a pesar de la fuerza de la corriente tuvo que agarrarse al borde del canal y patear con fuerza. Pensé que estaba loco, que la corriente se lo llevaría y él también moriría, pero él juntó su boca a mi oído y me dijo «puedes hacerlo, Kim. No me separaré de tu lado, ¿de acuerdo? Solo tienes que poner el tubo en tu boca y respirar, con calma, tranquila, sin pensar en nada más. Ponlo en tu boca y respira despacio. ¿Sí?

—Ese chico es mi héroe —murmura Chuck.

—Fue el mío, desde luego —asegura Kim con una sonrisa—. Le costaba un gran esfuerzo mantenerse allí, y tenía que agarrarse con las dos manos al borde, pero me infundió la confianza necesaria para llevar el tubo a mi boca y hacerle caso. Y luego el agua me cubrió por completo y quedé ciega y sorda. Me puse nerviosa, intenté aguantar la respiración y pensé que iba a morir, una vez más. Pero recordé sus palabras pensando que tal vez serían las últimas que oiría en mi vida, y me obligué a calmarme antes de soltar el aire de mis pulmones y volverlos a llenar utilizando el tubo.

»Rupert lo había atado a su bici arriba. Cualquier cosa podría haber salido mal, que al dar un tirón la bici resbalara también por el terraplén llevándose el tubo y con

ello mi única opción; o cualquier otra cosa... pero no sucedió. Rupert se mantuvo allí junto a mí, pataleando con furia para no ser arrastrado. De vez en cuando nuestros cuerpos chocaban. Yo me negué a abrir los ojos. El agua bajaba tan llena de barro que hacerlo no habría servido de nada, pero además tenía miedo a ver algo que me asustara, la misma muerte o algo así, y el pánico volviera a arrastrarme con él.

—Dios...

—Su primo regresó con dos agentes de policía. Quisieron sacar a Rupert pero él se negó. Les dijo una y otra vez que no hasta que me sacaran a mí también. Uno de esos policías nos dijo más tarde que a él nunca se le habría ocurrido utilizar ese tubo como respiradero y felicitó a Rupert. Le afianzaron, para que al menos la corriente no se lo llevara, y llamaron a los bomberos. Creo que estuve debajo del agua cerca de media hora, respirando a través de aquel maldito tubo con los ojos cerrados por miedo a lo que podría ver si los abría. Pero al final me sacaron.

Kim se gira y mira a Chuck y Kat con tanta intensidad que parece que sus ojos refulgen.

—Sobreviví gracias a que Rupert no se dio por vencido. Más tarde me visitó en el hospital y me dijo que había valorado un montón de ideas, a cual más estúpida, hasta que había visto el tubo a un lado del camino, medio enterrado, y se le había ocurrido que podía funcionar. Y yo le di las gracias por no abandonarme.

Chuck asiente, comprendiendo por qué ella les ha contado esa historia.

—Es terrible —dice Kat acercándose a Kim y pasándole una mano por encima de los hombros con cariño—. Yo tengo una dolencia de corazón. Cuando era una niña los médicos dijeron que iba a morir pero mis padres no se rindieron. Un cardiólogo les dijo que podía salvarme, que había una remota posibilidad pero que podía darme al menos unos cuantos años de vida. Ni siquiera estaba seguro de conseguirlo pero creía que podía hacerlo y mis padres confiaron en él. —Se encoge de hombros como si aquello no tuviera importancia—. Aquí estoy. Tengo una hermosa y larga cicatriz en el pecho que demuestra que algo no va bien en mi interior, pero aquí estoy.

Kim agradece el apoyo y le devuelve el abrazo a Kat, con ese tipo de complicidad que las mujeres parecen conseguir con facilidad entre ellas pero con la que un hombre siempre se siente torpe.

—He barajado cientos de opciones —admite Kim, señalando con el mentón hacia la ventana—. Miles, tal vez. Lo he intentado con toda mi alma pero no creo que ninguna vaya a funcionar. Y sé que no les conozco y no debería preocuparme así por ellos pero... si no lo hiciera no sería yo.

—Claro —murmura Kat, comprensiva.

—¿Y qué seríamos si ante algo tan grave como lo que está pasando nos olvidamos de ayudar a los demás? —Kim pregunta eso con rabia—. Yo empujé a ese hombre, al asiático, e impedí que entrara aquí. Vi sus ojos cuando caía al suelo. La mirada de súplica y miedo al comprender lo que acababa de ocurrir, y también su odio...

—No puedes culparte por eso —dice Chuck.

—Pero sí puedo hacerlo —replica ella— porque tomé esa decisión sin saber si realmente acabaría siendo un problema para todas nosotras.

—Sí lo sabes —protesta él—. En el fondo lo sabes.

Kim se encoge de hombros.

—Lo hice. Y me digo a mí misma que hice lo correcto. También pienso que es lo correcto preocuparse por esos chicos. Y pienso que tendría que ser capaz de pensar en algo para sacarles de ahí.

—Pero no es tu responsabilidad —dice Kat—. No podemos hacer nada. Ojalá pudiéramos, pero no podemos.

Kim resopla, resignada. Chuck comprende el maremoto de sentimientos que azota a Kim aunque cree que está cargando demasiado sobre sus hombros. Y no porque piense que no deben preocuparse por esos chicos, sino porque cree que una vez se llega a la conclusión de que no hay nada que hacer uno debe dar un paso atrás y desentenderse.

«Los excesos de preocupación solo llevan a la catástrofe».

Y eso es algo que él también sabe bien. Porque de joven tendía a preocuparse en exceso por todos aquellos comentarios peyorativos en su contra. Algunas personas le decían que sería un dios si se apuntara a un equipo de fútbol americano, su tamaño le convertiría en una máquina de matar en el campo, pero a él no le interesaba el deporte. Muchos de los chicos que presumían de sus logros en el campo le recordaban a los que tantas veces se habían burlado de él. Y toda aquella preocupación, las peleas y la propia culpabilidad por ser como era no hicieron más que arrastrarle a una depresión de la que casi no fue capaz de salir. Abandonó los estudios, empezó a beber y frecuentar malas compañías y acabó ingresando en prisión preventiva después de un altercado nocturno.

Y como a Kim, a él le tocó el milagro en forma de mentor. Le habían ofrecido un trabajo y le habían enseñado a tratar con la gente, cosa que tendría que hacer en el desempeño de algunas de sus labores. Chuck siempre dijo que eso se le daría tan mal que acabarían despidiéndole, pero el hombre que le dio esa oportunidad le aseguró que «el que algo quiere, se esfuerza en conseguirlo. Y con tu tamaño lograrás arrancar más de una carcajada».

Al oír aquello, Chuck se había enfadado. Le había dicho a su mentor que se metiera el trabajo en ese oscuro lugar donde nunca brilla el sol y se había dado la vuelta para marcharse de allí, airado y furioso.

«¿Crees que arrancar una risa tonta es algo malo?». Su mentor no era un hombre que se rindiera con facilidad. «Entonces eres más tonto de lo que parece».

Chuck se había detenido, sin saber muy bien por qué, y había acabado aceptando el trabajo; y tal como le había dicho aquel hombre, al final acabó provocando a propósito esas risas tontas entre los clientes, aprovechando su tamaño y esa extraña imagen del «¿qué hace un tipo como tú trabajando en un sitio como este?» para

sacarles una sonrisa. Y funcionaba, vaya que sí. Porque veían en él a un hombre cercano y natural y eso les hacía sentirse más a gusto durante el recorrido. Y entonces él se había descubierto a sí mismo como un buen conversador y había aprendido a disfrutar de aquellas conversaciones casuales mientras recorría con los clientes los túneles...

Chuck abre la boca y mira a Kim.

«Eso es. ¡Mi trabajo!».

—Tengo una idea —dice.

13

Los tres entran en la cocina y cierran la puerta para no molestar a Osney. Kim parece excitada ante la idea de escuchar una propuesta que pueda sacar a los tres chicos que aguantan a duras penas sobre el camión. Mentalmente les dirige una orden, tan básica como desesperada: «Resistid. No estéis muertos cuando llegemos a por vosotros».

—No sé si servirá —advierde Chuck, nervioso y comenzando a dudar de su idea aún antes de hablar sobre ella—. No es exactamente...

—Cuéntanos —le interrumpe Kim, nerviosa.

Chuck asiente y se acerca con gesto pesaroso a la ventana. Apoya el dedo índice y señala hacia la calle.

—Mirad allí, junto al Mercedes negro.

Kim y Kat se acercan a la ventana y miran en la dirección que él indica.

—Si seguís la acera hacia la derecha, justo delante del bar... ahora no se ve muy bien porque está oscuro, pero hay una tapa en el suelo, como una alcantarilla, pero cuadrada y algo más grande.

—Creo que la veo —dice Kat, con los ojos entrecerrados.

—No es una alcantarilla, es una entrada. Yo... bueno, trabajo como una especie de guía turístico. Me llaman el Rey del Subsuelo. No sé si lo habréis oído alguna vez.

Kim niega con la cabeza.

—Me suena —dice Kat.

—Esa es la entrada que da comienzo al recorrido. Portland, hace un par de siglos, era una ciudad portuaria con mucha vida, tanto arriba en la superficie como abajo, en el subsuelo. Llegó a ser uno de los puertos más peligrosos del mundo, porque bajo sus calles había un enorme complejo laberíntico por el que se movían contrabandistas, ladrones y secuestradores. Ahí abajo se movían y almacenaban todo tipo de sustancias prohibidas, alcohol entre ellas; había bares y casinos clandestinos, fumaderos de opio... Pero lo que hizo famoso, en el mal sentido, a esta ciudad, fueron los secuestros... el tráfico de personas.

»Podías estar tranquilamente en un bar, ponían somníferos en tu bebida y después te arrastraban como si estuvieras tan borracho que no podías tenerte en pie hasta una

trampilla donde te dejaban caer un par de metros sobre colchones porque no querían que te hirieras en la caída. O ibas por la calle y te obligaban a entrar en un callejón donde una trampilla te llevaba al mismo final. Y una vez estabas allí abajo no había escapatoria, te encerraban y mantenían drogado hasta colocarte donde ellos querían. Había dos clases de secuestros: por un lado de mujeres, a las que después se les aplicaba una terapia de confinamiento y, podríamos decirlo así, lavado de cerebro, para convertirlas en prostitutas. La tortura a la que las sometían era solo psicológica, para minarlas y convertirlas en dóciles, nada físico porque sus cuerpos los necesitaban. Y por otro lado de hombres fuertes que eran embarcados y despertaban en medio del mar, donde no tenían más remedio que servir como esclavos y remar o eran lanzados al agua.

—Cielo santo —murmura Kim—. ¿Eso es verdad? ¿Eso ocurrió aquí?

—Estados Unidos tiene una historia oculta —responde Chuck con una sonrisa—, y Portland es un ejemplo perfecto de ello.

—A mí todo esto me suena de haberlo escuchado en algún sitio —asegura Kat—, alguien que me lo haya contado o algo. Imagino que mi tío, que es el que siempre está contando cosas raras.

—No es raro, es algo que ocurrió realmente —asegura Chuck.

—Ya, ya, me refiero a que siempre cuenta historias con las que dices «pero ¿es verdad eso?». No sé de dónde las saca. —Kat menea la cabeza, sonriente—. Una vez me contó que...

—Perdona, Kat —interrumpe Kim mirando a Chuck—. ¿De qué nos sirve saber esto que nos has contado? Ellos siguen estando ahí arriba rodeados y sin opciones. Y se están congelando.

—Poco podemos hacer al respecto, pero... te estás preocupando porque ellos están rodeados y nosotros también lo estamos. No podemos salir de aquí, nuestra única ventaja sobre ellos tres es que no estamos muertos de frío. Pero estamos en la misma situación y a la larga, será igual de terrible.

—¿Y qué es lo que propones?

—Ahí abajo hay túneles que cruzan toda la maldita ciudad —dice Chuck, sacando un llavero del bolsillo—, y yo tengo las llaves.

Kim asiente, valorando en su mente lo que acaba de decir él. Tanto Kat como Chuck la observan, con esa clase de expresión de quien está esperando a que se pronuncie el mismísimo Dios.

—Tenemos que encontrar una forma de llegar a esa trampilla —dice Kim.

—Así es.

—Y tengo una idea —añade ella—, pero va a ser peligroso. Y puede que no lo consigamos. Desde luego, no lo haremos si los de allí enfrente no nos ayudan —señala hacia la librería—. Puede que muramos todos.

—Quedarnos aquí sin hacer nada también nos matará a la larga —replica Chuck.

—Bueno, os contaré mi idea —concede Kim—. Luego tendremos que hacer

acopio de provisiones. Creo que es lo más sensato. ¿Podríamos abrir las otras casas del edificio para coger lo que tengan guardado?

Chuck se encoge de hombros y esboza una sonrisa.

—Dicen que vale más maña que fuerza, pero a patadas puedo abrir cualquier puerta, creo.

Tanto Kat como Kim sueltan una carcajada.

—Por la mañana tendremos que hablar con la gente que está en la librería —añade Kim cuando consigue dejar de reír— y esperar que quieran unirse a nosotros.

—¿Y si no quieren? —pregunta Kat.

Kim tarda un par de segundos en responder. Segundos en los que se recuerda a sí misma hundida en el agua embarrada hasta el cuello y con un endeble tubo de plástico en las manos, diciendo que no podría hacerlo y que iba a morir ahogada mientras un chiquillo gordinflón al que había despreciado en público le aseguraba que tendría que hacerlo si quería vivir.

«No es lo mismo, pero... ahora estamos todos con el agua al cuello y esta idea puede ser nuestro endeble tubo de plástico».

Y empieza a contarles lo que se le ha ocurrido.

14

Al otro lado de la calle, en la librería, está a punto de ocurrir algo que puede llegar a interesarnos. Las seis personas que se encuentran allí han ido separándose en dos grupos sin siquiera darse cuenta: en uno de ellos están los hermanos Hill, Jorge, Cindy y Zoran Zuchemberg; el otro grupo lo compone en solitario John Vernon.

Jorge está sentado en un maltrecho sillón en un salón pequeño decorado con muebles que parecen tener, el que menos, treinta años, desgastados y poco cuidados. Cindy se ha quedado dormida con la cabeza apoyada en las piernas de él, encogida en posición fetal, mientras él le acariciaba la cabeza.

—¿A qué te referías antes? —le pregunta Jorge a Zoran en un susurro—. Cuando dijiste que John no es trigo limpio.

Zoran le mira, valorando si debería hablar o no. Siempre ha sido un hombre parco en palabras y la experiencia le ha enseñado a desconfiar de los extraños, sobre todo cuando eran norteamericanos. Pero ese chico es tan extranjero como él, español, según había dicho, y ha recibido el mismo trato burlón y sarcástico de parte de John que él ha sufrido cada semana cuando se acercaba a cobrar.

—Es policía solo porque lo dicen su placa y su uniforme —dice finalmente, también en voz baja—. Lleva años amenazándome y obligándome a pagar una especie de tributo. Yo tengo un puesto de comida, pero él dice que puede denunciarme si no pago.

Jorge frunce el ceño y mira el cuchillo que Zoran ha utilizado antes para apuñalar

a uno de los zombis; es un cuchillo de cocina, sin duda. Ahora reposa sobre una mesa junto al lado del sillón donde se sienta Zoran.

—¿Por qué no le has denunciado tú a él?

—¿Yo? Yo soy extranjero.

—¿Y qué? Él es un policía corrupto, un extorsionador. Le meterían en la cárcel.

—No me fío de la justicia de este país. Ni de los amigos que pueda tener él.

—Ya. Como sea, es un gilipollas.

Zoran sonrío y asiente con la cabeza, concediéndole eso. Como si estuviera escuchándoles y esperando el momento preciso para entrar en el salón, John cruza la puerta en ese instante. A Jorge se le encoge el corazón durante unos segundos, antes de comprobar que no les dedica más que una mirada sin interés. El policía tiene una lata de sardinas en la mano, abierta, y en ese momento coge una con un tenedor y se la lleva a la boca. Una gota de aceite resbala por su mejilla sin que parezca preocuparle. Todos han comido lo poco que han encontrado en conserva o fresco en la cocina del primer piso, donde aún siguen los dos cuerpos muertos, pero Jorge está bastante seguro de que para John se trata de la segunda o tercera vez que repite.

«Come como si mañana fuéramos a salir de aquí, cuando deberíamos estar racionando la comida», piensa.

En la cocina encontraron arroz, pasta y sobres de comida rápida, pero a ninguno de ellos le apeteció ponerse a preparar algo entre los cuerpos que yacían en el suelo con la cabeza reventada, puesto que era imposible no pisar un charco de sangre por mucho que se intentara. Prefirieron las conservas y la fruta.

John se acerca hacia la esquina en la que los mellizos Hill se encuentran sentados y deja la lata de sardinas y el tenedor sobre la cómoda en la que está apoyada la televisión, plana y de por lo menos cuarenta pulgadas, el único apunte de modernidad que parece existir en la casa. Antes, por la tarde, el agente lo encendió y zapeó, pero las noticias, los mensajes de alerta del ejército, las caras de preocupación de los gobernantes, las imágenes mal grabadas y con exceso de movimiento donde poco alcanzaba a verse pero los gritos podían oírse con total claridad... le habían deprimido y había terminado apagándola.

—Tú —dice—. Dexter, ¿eh?

El chico levanta la vista y asiente. Tiene el ceño fruncido.

—¿Qué tienes en la mochila, chico?

Dexter se abraza a la mochila con gesto protector. John sonrío.

—Ni se te ocurra decir que material escolar porque no soy imbécil, chaval. ¿Qué tienes en la mochila? ¿Estás escondiéndonos algo?

Junto con la última pregunta, el policía le da una suave patada en el pie y Dexter intenta incorporarse para apartarse de él. Al hacerlo, John se lleva una mano a la culata del arma, en la cintura. Tanto Dexter como Lisa se quedan muy quietos, con los ojos muy abiertos y el miedo palpable en ellos. Al otro lado del salón, Jorge hace un ademán de levantarse pero Zoran le agarra del brazo con fuerza, impidiéndoselo.

Cuando Jorge le mira el eslovaco niega con la cabeza. El movimiento, sin embargo, despierta a Cindy, que se incorpora y observa la situación, exhausta.

—Déjame, yo no he hecho nada —protesta Dexter.

—Te he preguntado qué tienes en la mochila, chico, y será mejor que contestes.

—Déjale en paz —ordena Lisa, poniéndose en pie de repente.

John le suelta un bofetón tan imprevisto que todos los presentes se quedan congelados al escuchar el sonido, claro como el de un árbol cayendo en mitad de un bosque. Dexter sigue abrazado a su mochila, pero cuando John se la arrebatara no hace ademán de recuperarla. Por el contrario, se gira hacia su hermana y la abraza. Lisa tiene las dos manos sobre la mejilla que el policía ha golpeado, que está adquiriendo un tono colorado.

—Vamos a ver... —murmura John, apartándose de ellos y descorriendo la cremallera.

Zoran desliza la mano hacia la mesita donde descansa el cuchillo de cocina, y entonces John desenfunda su revólver tan rápido que Cindy lanza un grito.

—Ni se te ocurra, Zeta —ordena el policía—. Hoy me has salvado la vida dos veces y no me gustaría pintar con tus sesos la pared del fondo.

Zoran levanta las manos mostrando las palmas vacías. John se queda apuntándole con la pistola durante unos segundos, el dedo crispado sobre el gatillo. Cindy, Jorge, Dexter y Lisa observan en tensión, demasiado asustados para moverse siquiera aunque por la mente de todos ellos pasa la idea de salir corriendo.

—¡Tú, trenzas! —exclama John entonces, mirando a Cindy—. Levanta el culo y coge el cuchillo. Ahora.

Cindy tiene tanto miedo que se echa hacia atrás en lugar de levantarse. Jorge levanta una mano.

—Lo haré yo.

—Pues venga, wey.

Jorge se levanta, tentado de decirle que él no ha dicho jamás la palabra «wey» como no fuera imitando a un mexicano. «No es el momento», se dice, y se levanta para obedecer la orden del policía. Sus ojos se cruzan con los de Zoran, apenas un segundo pero suficiente para que ambos sepan que están rozando un filo demasiado cortante.

—Con dos dedos —ordena John.

Jorge obedece y agarra el cuchillo con el pulgar y el índice. El peso hace que esté a punto de resbalársele.

—Ahora déjalo en el suelo y empújalo con el pie hacia mí.

Jorge asiente y hace lo que le ordenan. El cuchillo se desliza por el suelo hasta los pies del policía, que se agacha y lo coge, mirándolo con curiosidad.

—Estamos del mismo lado —dice entonces Zoran—. Nosotros no somos el enemigo, ni tampoco tú eres nuestro enemigo.

—Eso es verdad —insiste Jorge—. Tendríamos que estar unidos contra esas

cosas.

John sonríe y coloca el cuchillo en la funda de su arma reglamentaria, que mantiene en la mano. Su gesto se tuerce cuando mira alternando a Jorge y a Zoran.

—Os gustaría tener esto,  eh? —Señala con el mentón el revólver que sujeta en la mano—. No va a suceder. Ni lo so e is, malditos.

—Ni siquiera sabría qué hacer con un arma —asegura Jorge.

—Apuesto a que te gustaría ser la ley, chicano de mierda —escupe John, soltando un espumarajo de saliva entre los dientes—. Como a Brad el Rojo.

—Matt —le corrige Jorge sin pensar.

John frunce el ceño, furioso.

— Me est s vacilando?  Quieres que te meta una puta bala en la cabeza? —levanta el arma y apunta a Jorge.

El chico español retrocede y tropieza con la mesita, derrib ndola. Cindy grita y Zoran se incorpora, lo que provoca que John le apunte a él. Los músculos del policía están tan en tensión que el mínimo cambio de presión le haría disparar el arma.

— Por el amor de Dios! —grita entonces Cindy, levantándose también y corriendo hacia Jorge para abrazarse a él—.  No le hemos hecho nada!  Est  loco?  D jenos en paz!

—Cindy... —Jorge intenta ponerse por delante de ella, pero la chica se revuelve, impidi ndoselo.

John mantiene el brazo estirado y apunt ndoles durante un par de segundos más y después lo baja. Dos goterones de sudor resbalan desde sus sienes. Basta mirarle a los ojos para saber que no est  convencido y no se f a de ninguno de ellos. Si quieres que te diga la verdad, yo apostaría a que John Vernon tiene tanto miedo como el que más, solo que a él le est  saliendo de dentro en forma de agresividad y paranoia. El miedo es un motor extraño e imprevisible, a fin de cuentas.

Con la mano izquierda levanta la mochila de Dexter y la abre con la punta del arma que sujeta en la derecha. Los ojos se le abren por la impresión. Con un gesto indescifrable, entre la incredulidad y la sorpresa, se gira para mirar a Dexter. El chico est  abrazando a su hermana, que sigue con las manos apoyadas en la mejilla.

—Joder —murmura John.

Luego deja caer la mochila y se gira para salir de la habitación, meneando la cabeza. No ha alcanzado el umbral de la puerta cuando le detiene la voz de Zoran.

— Me devuelves el cuchillo?

John se da la vuelta y le mira con desprecio.

— Para que puedas apu alarme por la espalda?

—De haber querido hacer eso lo habría hecho antes. O te habría dejado morir en cualquiera de las dos ocasiones en que te he salvado la vida. El enemigo est  en la calle, no aquí dentro.

John no responde; se limita a mirarle con gesto torvo durante unos segundos y finalmente saca el cuchillo de la funda y lo lanza al sof , cerca de Zoran. Luego se da

la vuelta y se aleja sin decir nada más.

Cindy suelta todo el aire que estaba conteniendo en un suspiro lloroso. Jorge abraza a su prometida y mira a Zoran con preocupación. El eslovaco recoge el cuchillo y lo sopesa. En su frente también han aparecido arrugas de preocupación.

Pero girémonos hacia la mochila de Dexter, cuyo contenido se ha esparcido por el suelo al soltarla John. Entre los libros de texto y el estuche con material de escritura hay una bolsa transparente del tamaño de una pelota de balonmano llena de polvo blanco que, evidentemente, no es azúcar.

Y ahora mira hacia los dos hermanos y verás que Lisa cambia la mirada entre la bolsa de cocaína y su hermano, la boca abierta en una letra o perfecta.

—¿Qué es eso, Dex?

Dexter agacha la cabeza, avergonzado. Luego, evitando las miradas del resto pero sobre todo la de su hermana, se agacha y vuelve a meter la bolsa de droga en la mochila.

—¿Qué demonios es eso? —grita Lisa avanzando hacia él.

—Lisa, yo...

—¿En qué coño estabas pensando, Dex?

Lisa está enfadada y golpea a su hermano con fuerza en el pecho. Él no hace nada por defenderse; una lágrima solitaria resbala por su mejilla. Ella levanta las manos para volver a pegarle, y Zoran se mete en medio y les separa. Durante un momento Lisa le dirige una mirada de odio tal que parece que va a emprenderla a golpes con el eslovaco, pero al final baja los brazos y se retira llorando a una esquina. Dexter la sigue con la mirada, incapaz de moverse.

Y mientras, Cindy se gira hacia Jorge.

—Quiero salir de aquí —le suplica, susurrando con los ojos empañados en lágrimas de angustia.

—Lo sé, mi amor, lo sé.

Desvía la mirada hacia el pasillo por el que se ha marchado John. A fin de cuentas, es el policía el que más miedo le da. Nunca le habían apuntado con una pistola a la cabeza y la experiencia no le ha gustado demasiado.

Toda su vida ha pensado que tendría una vida larga y plena, y desde que conoce a Cindy siempre se ha visto con ella. En su mente ambos se convierten en una de esas parejas de ancianos que pasean por la calle de la mano, entrañable y amorosa. Por primera vez en su vida ha tenido la impresión de que es más que probable que eso no llegue a ocurrir nunca. Y lo ha pensado a raíz de ver el cañón de un arma apuntándole directamente, no esa mañana cuando tuvieron que huir de una horda de zombis, por muy sorprendente o atroz que pudiera resultarles eso, ni siquiera cuando uno de ellos estuvo a punto de agarrarle en la librería.

—Te quiero, Cindy —murmura al oído de ella.

Zoran se acerca a ellos e intercambia con Jorge una mirada cargada de preocupación. Dexter se ha retirado a la esquina contraria a la que ocupa Lisa, que

está llorando con las manos cubriéndole el rostro. De repente, Jorge tiene ganas de enfadarse; le resulta estúpido e infantil ese llanto por una bolsa de cocaína. A fin de cuentas están acorralados en una ciudad que se está yendo a tomar por culo. Durante la tarde han oído ruidos y gritos, la mayoría lejanos. También alguna explosión. Pero con la noche ha llegado la calma. No total, porque de vez en cuando algún grito (y por tales Jorge no considera los de los muertos) rompe el silencio, pero sí lo suficiente para hacer presagiar dos únicas opciones: o todo el mundo está muerto o la plaga se ha alejado dejando atrás solo las huestes muertas que les acosan y vagan por la ciudad en busca del próximo bocado.

Cualquiera de las dos le preocupa. Y le aterroriza.

—Quiero irme a casa, Jorge —solloza Cindy contra su pecho—. Quiero saber si papá y mamá están bien... Quiero salir de aquí... Quiero que esto sea solo un mal sueño y despertar ya...

Jorge la abraza. No sabe qué otra cosa hacer. De hecho, no cree que haya otra cosa que pueda hacer.

15

«¿Y John Vernon?», te estarás preguntado. «¿Qué pasa con el policía?».

Ven, sígueme por el pasillo que comunica el pequeño salón donde ha tenido lugar el enfrentamiento que acabamos de presenciar. Pasamos junto a una puerta abierta que lleva a un dormitorio dominado por un crucifijo en la pared del fondo, sobre el cabecero de una cama de matrimonio con las sábanas perfectamente remetidas y una colcha gris que concuerda a la perfección con la sensación triste y vieja que transmite el resto de la casa.

Al fondo hay una puerta que lleva a la cocina, pero John no está ahí. Al otro lado solo hay dos cadáveres en el suelo y una ventana rota por la que se cuele el frío del exterior. No, si lo que queremos es ver dónde está John tendremos que bajar las escaleras y regresar a la librería.

Créeme: John Vernon nunca ha tenido tantos libros a su alrededor en su vida.

Aquí el ambiente es bastante más desagradable. Por un lado los cuerpos han empezado a oler mal (al menos uno de ellos se fue de vientre al morir) y el constante golpeteo de los muertos contra la verja que les mantiene a salvo allí dentro es atroz; como estar dentro de un tambor, tal y como dijo John antes.

Pero aquí está él, sentado sobre una de las mesas en las que antes se exponían libros de ciencia ficción y terror pero ahora yacen desparramados por el suelo después de que él los haya empujado sin miramientos. Ahí tenemos un ejemplar de La guerra interminable junto a un The resort, de Bentley Little, abierto por la mitad con varias de sus hojas dobladas. Hay también un Fevre dream y varios Under the dome. Y ninguno de ellos le interesan lo más mínimo a John Vernon...

... que está sentado mirando directamente hacia la puerta que lleva al apartamento del primer piso, con la pistola apoyada en la pierna y el dedo sobre el gatillo. Tiene la intención de utilizarla contra quien sea que baje por las escaleras.

«Dispara primero y pregunta después».

Sabe que si espera a que hablen, le dirán lo que quiere oír. «No, bajábamos a ver cómo estás», o «No, el enemigo está fuera y nosotros estamos del mismo bando».

Si le dan a elegir, él prefiere que baje el hispano pelirrojo. Le encantaría dispararle a la cara y borrarle esa expresión de superioridad moral con la que le mira siempre, como si él fuera un paleta imbécil.

«Vas a saber lo que es un paleta imbécil, mexicano de mierda».

Una vocecilla en su cerebro le dice que no es mexicano, sino europeo. Es la vocecilla del chico pelirrojo y eso hace que la rabia le embote el cerebro.

Si no es Jorge el que baja, su siguiente preferencia es Zeta. Aunque hoy le haya salvado la vida (¡en dos ocasiones!) no se fía de él. No le gusta.

«Y si no, el niñato».

Sonríe al recordar la bolsa de coca que el chaval llevaba en la mochila.

«Valiente gilipollas».

John no piensa dormir; no está dispuesto a darles ni la menor oportunidad de llegar hasta él y cogerle desprevenido. Vigilará esa puerta le cueste lo que le cueste.

«Venid a por mí», piensa. «Venid porque os recibiré a sangre y fuego».

16

Kim se despierta cuando el primer rayo de sol atraviesa la ventana. Lo hace de un sobresalto, con la mano en el pecho, la boca abierta y la sensación de quien ha cometido un error imperdonable.

Con el corazón desbocado, se levanta y corre hacia la ventana. Apoya la frente sobre el cristal y mira hacia el camión. Lo que ve en la parte superior le resulta descorazonador. Los tres chicos yacen inmóviles, tumbados y completamente quietos.

—No están muertos —dice Chuck.

Kim parpadea sin comprender. Vuelve a girar la cabeza hacia la ventana y mira al camión.

—Hemos hablado con ellos hace un rato —asegura Chuck—. Tú estabas dormida, pero Kat, Chelsea y yo les hemos dicho que procuren no hacer ruido y no moverse. Cuanto antes pierdan interés por ellos, mejor.

—¿De... de verdad?

Chuck asiente, sonriendo.

—Han pasado mucho frío —dice Chuck—. Y siguen teniéndolo, pero han resistido.

Kim cierra los ojos, aliviada. Derrama lágrimas de alegría y abraza a Chuck. El

hombre es tan grande y ancho que los brazos de ella no llegan cerrarse en su espalda, pero para Chuck el gesto resulta tan imprevisto como agradable, y le devuelve el abrazo emocionado.

—¡Ah! —exclama Chuck, acordándose—. Hemos abierto cuatro casas del edificio. Hay una que se me ha resistido, pero de las cuatro que hemos conseguido abrir hemos sacado todas las provisiones. Comida y agua.

Kim rompe el abrazo para echarse un paso atrás y poder mirarle. Chuck, en parte, se arrepiente de haber hablado.

—Y medicinas —añade, rascándose la mejilla con aire distraído—. Las chicas han hecho acopio de provisiones y las han dividido en varias mochilas, repartiendo el peso. Y tenemos cinco linternas y muchas pilas de repuesto.

Kim asiente, gratamente asombrada.

—Y todo mientras yo dormía.

—Todos pensábamos que debías descansar.

—Bueno, pues imagino que va siendo hora de contarle a la gente de enfrente en qué consiste el plan.

—Supongo que así es.

—Crucemos los dedos —dice ella— porque si no se suben al carro el plan está muerto. Y a fin de cuentas vamos a pedirles que arriesguen su vida.

—Lo sé.

Kim abre la ventana y coge aire. Ignora el frescor que azota su piel.

—¡Eh! —grita. De inmediato los zombis que se encuentran en la calle parecen revolucionarse y ella alza la voz para hacerse oír por encima de sus gruñidos de muerte—. ¡Eh, los de la librería! ¿Me oís?

Con el rabillo del ojo percibe que sobre el camión tres caras se giran hacia ella, atentos y ateridos de frío, pero procurando no moverse ni llamar la atención.

Nadie se asoma a la ventana rota del piso de enfrente. Kim mira hacia Chuck y le cede el puesto con un movimiento de cabeza. Él se asoma y carraspea para aclarar la voz. Su grito es más potente que el de Kim.

—¿Nos escucha alguien en la librería? ¿Estáis ahí? ¡Tenemos un plan para salir de aquí!

Ambos esperan con la vista fija en la ventana. Cinco segundos y nada. Kat, Chelsea, Christine y Alicia se acercan, expectantes. Diez segundos, pero nadie se ha asomado aún. Chuck le pregunta con la mirada a Kim si debe gritar de nuevo. Ella le dice, también sin hablar, que espere un momento. No le gusta ver a los muertos tan excitados, mirándoles a ellos. Osney también se acerca a la ventana, con el rostro cubierto de vendas limpias después de que Kat le haya cambiado el vendaje que Kim le hizo la noche anterior. Mientras lo hacía, Kat le ha preguntado si sería capaz de seguirles una vez el plan se pusiera en marcha. Osney la miró con su único ojo antes de responder.

—Me he quedado tuerto y mi cara parece la playa de Normandía después del

desembarco, pero no estoy cojo. Os seguiré.

Sabrina es la única que se mantiene atrás, guardando las distancias. Hace ya un rato que evita acercarse a nadie y procura pasar desapercibida. Tiene calor, mucho, y la frente le arde de fiebre. Además le caen goterones de sudor que tiene que estar limpiándose a cada rato. Y siente retortijones que le hacen apretar los dientes para no gritar de dolor. Y a veces sus pensamientos dejan de tener coherencia. Y las fuerzas le flaquean.

Pero en su mente sigue diciéndose que no pasa nada, que tiene una infección grave pero puede curarse. Que en breve le harán efecto los ibuprofenos (desde que se tomó los dos primeros se ha metido al cuerpo otros seis). Ni siquiera es capaz de racionalizar que el tiempo ha ido pasando sin que muestre ninguna mejoría.

Ah, y el brazo le duele, pero tiene miedo de levantar el vendaje y ver algo desagradable al otro lado. Tiene miedo de decirle a las demás chicas y que decidan que deben deshacerse de ella. «Porque», la voz insiste en su cabeza, «solo se trata de una infección pero ellas no atenderán a razones y te arrojarán a la calle sin miramientos».

Otro retortijón hace que Sabrina se apoye en la pared, dolorida. Corriendo, pero sin llamar la atención del resto, se mete en el baño y cierra la puerta a sus espaldas.

En ese mismo momento, en la ventana situada al otro lado de la calle sobre la librería, se asoman dos cabezas: el chico pelirrojo y un hombre calvo con pelo canoso en los laterales: Jorge y Zoran. Un segundo después aparece también el resto: Dexter, Lisa, Cindy. Y aunque ellos no alcanzan a verle, John se queda en la puerta de la cocina.

Chuck sonrío, y con él lo hacen también Osney y las chicas.

Luego Kim les explica el plan a los seis supervivientes de la librería.

17

Avancemos un poco en el tiempo, apenas veinte minutos, una vez el plan de Kim es expuesto y todos dejan de hablar de ventana a ventana. Ahora la pelota está entre los seis supervivientes de la librería, que se reúnen en el salón, John Vernon incluido aunque se mantiene apartado del resto, con la mano apoyada sobre la culata de su revólver con gesto distraído.

—Es una locura —dice Cindy. En sus ojos, puedes ver miedo.

—Es un buen plan —responde Jorge en tono conciliador.

—Hay mil cosas que pueden fallar, Jorge —insiste ella—. Millones de cosas. ¡Y los únicos que estaríamos poniéndonos en peligro seríamos nosotros! ¿Por qué no hacen ellos algo? ¿Eh? ¿Por qué no se ponen ellos en peligro?

—Si algo sale mal, los seis que estamos aquí moriríamos —añade Zoran, asintiendo—. Ellos seguirían a salvo, eso es verdad.

—Pero tienen la puerta bloqueada —les recuerda Jorge—. Ellos no pueden hacerlo. Por poco que nos guste, está en nuestras manos.

—Solo hacía de abogado del diablo —responde Zoran.

—¡Pero es verdad! —exclama Cindy girándose para buscar el apoyo de Lisa y Dexter—. Podríamos morir si algo sale mal.

—Sí... —contesta Lisa en tono lacónico.

—Moriremos de todas maneras si no salimos de aquí —les recuerda John en un tono despectivo, como si todo esto no fuera con él—. La comida que hay en esa cocina puede que nos dure dos o tres días, una semana si la racionamos correctamente, pero se acabará.

—Y deberíamos hacer esto antes de que perdamos las fuerzas —añade Jorge, centrándose tan solo en Cindy.

Ella niega con la cabeza, resistiéndose con cabezonería.

—¿Y cómo sabemos que tienen razón sobre ese subterráneo? ¿Y si también hay muertos ahí abajo?

—Entonces poco podremos hacer, pero si no intentamos salir, Cindy, cariño, si no lo intentamos moriremos aquí.

—Si todos estamos de acuerdo —dice Zoran entonces—, solo faltaría por decidir quién hará la parte complicada.

Automáticamente todos se giran a mirar a John. Al verles, el policía suelta una carcajada y cruza los brazos sobre el pecho.

—Estáis soñando. Ya podéis olvidarlo.

—Lo haré yo —dice Jorge.

—¡No! —el grito de Cindy es agudo y desesperado. Ella se abraza a él con fuerza—. ¡No lo vas a hacer tú, no pienso permitirlo! No y mil veces no.

—Pero Cindy...

—He dicho que no.

—Lo haré yo —dice entonces Zoran, encogiéndose de hombros.

—No —Dexter da un paso adelante—. Por mi culpa tuvimos que salir corriendo del plató de rodaje y algunos no lo consiguieron. Lo haré yo.

—¿Qué? —Lisa se gira hacia él por primera vez desde que salió a la luz la bolsa de cocaína que Dexter guardaba en su mochila—. ¿Por qué, Dex?

—Porque debo hacerlo —responde él.

—No tienes por qué, chico —le dice Zoran.

—A mí me parece una buena opción —suelta John desde su lateral del salón, imprimiéndole a la frase un tono sarcástico y burlón—. Dejemos que sea el camello el que se juegue el cuello.

—Tengo que hacerlo, Lisa —asegura Dexter, ignorando lo que acaba de decir el policía—. Yo... si mamá se enterase de... Bueno... No me va a pasar nada, Lisa, lo haré bien.

—Eso no lo sabes. Podrías morir, Dex...

—Alguien tiene que hacerlo, Lisa. Puedo hacerlo. Voy a hacer que estés orgullosa de mí...

—Estoy orgullosa de ti, pero no hagas esto, por favor...

—Oh, por Dios, cuánto drama —murmura John, resoplando—. Sois unos lloricas todos.

—No te he visto a ti ofreciéndote —replica Zoran, clavándole una mirada dura y fría.

John sonríe mostrando los dientes y una vez más hace uso de toda su fuerza de voluntad, que empieza a estar minada por el agotamiento de pasar toda la noche sin dormir. Se imagina la belleza de ver una bala atravesando el cráneo de ese puto imbécil y enviando a la pared una mancha de Rorschach sangrienta.

—Yo lo haré —declara Dexter, mirándoles a todos; también a John—. Lo haré.

18

Puedes ver que la calle está en silencio. Bueno, no en completo silencio, pero sí al menos ausente de ruido generado por seres humanos vivos. Otra cosa son los muertos; esos no dejan de gemir, arrastrar los pies por el suelo y golpear sin pausa las puertas tras las que saben que se oculta su comida. Aunque es cierto que cada vez lo hacen con menos interés, como si se les fuera olvidando por qué están allí.

Pero puedes comprobar que nuestros supervivientes guardan silencio, como parte necesaria de su plan. Ningún ruido sale desde el piso de Chuck Bauer ni tampoco de la librería, así como tampoco emiten ningún sonido los tres jóvenes que se encuentran en la parte de arriba del camión de reparto. Ellen tiembla sin control desde mediados de la noche, ni siquiera la llegada del día ha logrado que entre en calor. Nancy también tiembla, aunque no de forma tan constante, solo de vez en cuando. De los tres, es Ian el que mejor lo lleva, aunque también tiene frío. Lo peor son los pies. Todos ellos tienen los dedos congelados hasta el punto en que Ian comentó por la noche que era algo que le daba miedo.

—He leído que a algunos exploradores en la nieve y esas cosas, se les congelan los pies y pierden algún dedo. Yo no quiero perder ningún dedo.

No han llegado a ese extremo, aunque Ian sigue acojonado por la posibilidad. Flexiona constantemente los pies y en ocasiones le duelen por lo ateridos que los tiene.

Sígueme. Dentro de la librería solo encontraremos a Dexter Hill, de pie junto al mostrador con los ojos cerrados. Está nervioso y trata de respirar hondo para tranquilizarse. Los demás están en el piso de arriba, en la cocina, esperando que él haga su parte para ponerse en marcha.

«Todo depende de mí. Si la cago, será una cagada a lo grande».

Eso le hace pensar en Anthony Cox. La primera vez que le vio fue en compañía

de uno de sus mejores amigos, un chico llamado Otto que le juró a Anthony que Dexter era de fiar.

—Por mis huevos te lo juro, Anthony —había dicho Otto.

—Está bien. Pero si resulta ser un fraude, o un soplón, haré que te arranquen los huevos y los pasaré por la plancha antes de dárselos a los perros —había respondido Anthony.

Era un tipo malencarado, con una cicatriz que le recorría el rostro desde la frente hasta la barbilla y marcas de viruela en el resto de la cara; un tipo que vestía como un gánster venido a menos, con camisas de colores chillones y trajes que le quedaban un poco grandes. Dexter había pensado, en cuanto le había visto, que tanto Lisa como su madre le matarían si supiera donde estaba. Se había preguntado qué estaba haciendo, exactamente igual que ahora mismo en la librería, pero en aquel momento había mirado a Otto. Había puesto su honor en juego, y sus huevos, y no podía fallarle entonces. No podía darse la vuelta y decir «¿sabes qué? Me lo he pensado mejor, Otto, no quiero entrar en esto, me da igual que haya mucha pasta en juego. Me largo. Gracias por la oferta y lo siento mucho». Así que, aunque se daba cuenta de estar metiéndose en un jardín al que le habían atraído con la promesa de obtener dinero en efectivo, ya no quería entrar.

—¿Sabes lo que hacemos aquí, chico? —le había preguntado aquel hombre, inclinándose sobre él. Apenas les separaba la mesa de un antro que, en teoría, era un bar.

—Sí.

—Bien. ¿Y por qué quieres trabajar con nosotros, chico?

—Por... —Dexter temblaba pero intentaba controlarse para evitar que ese hombre se riera de él. O los demás tipos que había en aquel local de mala muerte y que estaban atentos a todos sus movimientos, todos ellos hombres de Anthony y al menos un par con revólveres a la vista enfundados en la cintura de sus pantalones. Dexter no había visto nunca un arma y tenía miedo. Mucho miedo.

Y no dejaba de pensar que su madre y su hermana le matarían. Sobre todo Lisa.

—Quiero dinero —había respondido Dexter, más acojonado de lo que había estado nunca.

—¿Tienes nombre o voy a tener que llamarte chico toda la vida?

—Dexter.

—Bien, Dexter. Puedo oler que estás cagado de miedo y esta no suele engañarme —se dio dos toquécitos en la nariz como para recalcarlo—. Si Otto dice que eres de fiar, entonces yo confío en ti. Hay mucha pasta esperándote si lo haces bien, y a fin de cuentas solo se trata de mover mercancía de un lado a otro. No hay peligro, chico. Pero no la cagues, porque si lo haces estarás cagándola a lo grande. ¿Necesito explicarme mejor?

Dexter sabía lo que le pasaba a la gente que traicionaba a Anthony Cox. Y a las familias de esos traidores. Una voz en su cabeza le decía que era idiota, que se estaba

metiendo en la boca del lobo, pero asintió. No necesitaba que se explicara mejor.

Y ahora Dexter abre los ojos y mira la verja cerrada de la librería. Anthony Cox probablemente esté muerto en estos momentos, tal vez incluso es posible que haya muerto dentro de ese mismo antro donde él le conoció. También es posible que haya sobrevivido, pero Dexter prefiere pensar que no. El mundo está mejor sin Anthony Cox y la gente como él.

Es probable que Otto también esté criando malvas; deambulando por las calles con los brazos estirados y lanzando esputos sangrientos por la boca. Eso sí le da un poco de pena. Otto era un buen tío.

«Si la cago con esto sí que la estaría cagando a lo grande», se dice, asustado y sintiendo el latido rápido de su corazón en el pecho. «Y Lisa estará en peligro si yo fallo».

Todos lo estarían. Morirían, sin duda, las cinco personas que aguardan en el piso de arriba.

Dexter suspira y avanza hacia la verja. Sus labios se mueven de forma que casi no se nota, pero tenemos que acercarnos mucho a él para entender que lo que susurra, a modo de plegaria, es «tú puedes, Dex». Una y otra vez.

Se agacha para coger la verja por la parte de abajo, respira hondo y con un fuerte tirón levanta la verja con todas sus fuerzas. Es el primer paso y sabe que tiene que hacerlo bien; si la verja se detiene a la mitad todo el plan podría fallar. Pero no lo hace, con un fuerte estrépito metálico la verja se levanta hasta chocar con el techo y los muertos caen hacia delante impulsados por los que están detrás, entrando en tropel y cayendo al suelo algunos de ellos para ser pisoteados por los demás.

Dexter corre. Oye los alaridos de los muertos a su espalda; corren por encima de los libros, empujando mesas y chocando contra cualquier cosa que se interponga en su camino. Tiene miedo de girarse y comprobar que están demasiado cerca. Sus pies se mueven a toda velocidad, esquiva una mesa llena de libros de misterio y su cadera choca contra la que contiene las novedades de romántica y juvenil. No se da cuenta.

Los muertos siguen entrando en la librería, gruñendo y lanzando sus zarpas hacia delante. En la puerta sus cuerpos se amontonan, todos quieren entrar los primeros y tener más opciones de agarrar ese pedazo de carne viva que es Dexter.

Alcanza la puerta y la cruza, tirando de la manija para cerrarla a su espalda. Luego se apoya contra ella y no pasa ni un segundo antes de que al otro lado alguien choque contra ella. Siente los envites en la madera, alcanzándole a él y haciendo vibrar su cuerpo. Todos sus sentidos le gritan que escape, que corra escaleras arriba y salga de ahí antes de que sea demasiado tarde, pero tiene que aguantar.

—¡Cogedme si podéis, hijos de puta! —grita.

La puerta tiembla con los golpes. Al otro lado se amontona una fuerza imparable y furiosa y cada vez mayor a medida que se amontonan más cuerpos contra ella. Escucha el primer crujido en la madera y al mirar hacia el marco ve que se está astillando en el lateral.

Relega el impulso de subir por las escaleras al fondo de su mente y aguanta la posición.

Pero no deja de pensar en unas manos atravesando la madera y lanzando astillas en todas direcciones para dejar que un rostro desencajado se asome por el agujero y grite «ya estoy aquí». Sabe que tiene que borrar esa imagen de su mente.

«Solo tengo que aguantar aquí».

Pero la madera sigue crujiendo.

19

«Funciona...».

Kim tiene ganas de gritar de euforia. Su plan está funcionando y todos los muertos que rondaban la calle, alrededor del camión, el portal y la librería, están metiéndose dentro de esta. El corazón le late deprisa a medida que los muertos van desapareciendo en el interior del local. Se encuentra expectante como un corredor a la espera del disparo que da inicio a la carrera, todos los músculos en tensión, la mochila que le ha tocado cargada sobre los hombros.

—Tres... —susurra Chuck a su lado. También está mirando por la ventana, con los ojos muy abiertos.

Kim cierra los ojos. Aún pueden salir cosas mal. Si de repente los muertos empiezan a darse la vuelta y salen, antes de que...

—Dos...

—Vamos, vamos... —oye que susurra Kat a su izquierda.

«Solo dos», piensa, aún con los ojos cerrados y las manos temblorosas por la tensión. «Solo dos más... si alguno se da la vuelta ahora y sale al exterior...».

Kim frunce el ceño, intentando enviar un mensaje positivo a su lado nervioso.

«Podríamos enfrentarlos. Si son solo dos, podríamos conseguirlo».

—Uno...

—Oh, Dios...

—Vamos, vamos, vamos...

Kim abre los ojos a tiempo para ver al último de los muertos metiéndose en la librería. Al otro lado de la calle no necesitan que nadie les dé la señal de salida. Jorge Ballesteros sale al alféizar de la ventana con un salto ágil y se descuelga. Al caer al suelo arrastra consigo la verja de la librería. Al menos un par de zombis le ven y echan a correr hacia él pero quedan encerrados dentro junto a todos los demás y se estrellan contra el interior de la verja. Jorge rueda por el suelo y se incorpora, una rodilla en tierra y la otra levantada. Mira hacia ambos lados de la calle y comprueba que no hay peligro cercano.

Y esa es la palabra correcta. Solo tienes que mirar hacia tu izquierda y comprobarás que hay movimiento al fondo de la calle. Más les vale darse prisa.

De inmediato, Zoran ayuda a Lisa a salir al alféizar mientras Jorge espera para ayudarla a bajar. Al otro lado de la calle una cuerda se descuelga desde la ventana y Chuck Bauer es el primero en bajar. Lleva una mochila al hombro y el llavero en la boca, sujeto entre los dientes. Y si giramos hacia el camión verás que los tres chicos también se han puesto en marcha y Nancy ya está bajando a toda velocidad. De un salto, alcanza el suelo y se convierte en la protagonista del primer susto del grupo, un susto tan típico que aparece en todas las películas de muertos vivientes que existan sobre la faz de la tierra: el zombi que se arrastra y que en este caso surge desde el mismo lugar en el que ellos estuvieron escondidos el día anterior. Bastian Blanch, o la criatura en la que se ha convertido, estira la mano y sus dedos se cierran alrededor del tobillo de la actriz. La sorpresa hace que ella grite y trate de darse la vuelta para escapar, pero al hacerlo tropieza con sus piernas y cae al suelo. Bastian se abalanza hacia delante, abriendo la boca para morder, y ella lanza la pierna libre contra su rostro. Siente cómo se rompe el hueso de la nariz y varios dientes, escucha a la perfección el crujido, pero la mano no afloja su presa. Los muertos no sienten dolor.

Ian salta al suelo un momento después; golpea la cabeza de la criatura con su pie con tanta fuerza que sus músculos reverberan. La criatura que antes fue Bastian Blanch mantiene su presa alrededor del tobillo de Nancy y gruñe con ansiedad, aunque su rostro es ya un amasijo de carne casi irreconocible.

Ian levanta el pie. En un pensamiento fugaz se dice a sí mismo que es el mismo pie que casi le cuesta la vida en dos ocasiones. Lo descarga con fuerza contra la cabeza del muerto y la aplasta contra el suelo. El crujido es brutal, como romper un palo gordo de madera; Ian no se detiene, vuelve a levantar el pie y lo descarga una, dos y hasta tres veces hasta que el zombi se queda quieto de una vez por todas.

Cuando se aparta, lo que fue la cabeza de Bastian es ahora una especie de globo desinflado. Sangre y una sustancia grisácea rezuman por una de las múltiples heridas. El chico aparta la vista y se gira hacia el camión para ayudar a Ellen a bajar.

Nancy, sin embargo, no recibe ayuda para levantarse. La actriz tampoco la espera: se deshace de la mano que le rodea el tobillo, desagradablemente fría, y se levanta para correr hacia la trampa.

Para entonces Chuck Bauer ya ha llegado y se ha agachado junto a ella. Tiene el llavero en la mano y lo gira hasta encontrar la forma en que la llave debe entrar en la cerradura. Lisa Hill le alcanza un segundo después. Más allá, Jorge está levantando los brazos hacia Cindy; desde la ventana Zoran la ayuda a bajar, con medio cuerpo fuera y medio dentro de la casa. La mano de Chuck gira y la cerradura se libera. Al mismo tiempo que levanta la trampa con las dos manos, gira la cabeza para ver a Kat corriendo hacia él, y colgada de la cuerda pero ya casi en la calle, ve a Chelsea.

—¿Dónde está Kim? —pregunta. Estaba justo detrás de él y ya debería haber bajado.

—Después de bajar tú preguntó por Sabrina —responde Kat al llegar hasta él—. No sabíamos dónde estaba y fue a buscarla.

—¿Qué?

Chuck se pone en pie, sintiendo un pinchazo de angustia en el pecho. No le hace falta mirar hacia el fondo para ver que al menos una docena de muertos corre en dirección a ellos. El tiempo está demasiado justo y no ve a Kim en la ventana. De repente, Chuck tiene miedo, pero no le asusta la muerte; lo que le da miedo es perder a Kim, y ese es un sentimiento con el que Chuck no está familiarizado.

Pero lo primero es lo primero. Con un gesto le dice a Kat que se meta en el subterráneo. La escalera que desciende hacia la oscuridad es de metal, el sonido de sus pasos regresa a ellos en forma de eco. Con gestos bruscos, Chuck anima a Ian y Ellen a que les sigan.

Chelsea ya está corriendo hacia ellos y por la cuerda está descendiendo ahora Osney. En la ventana puede ver a Christine, pero ni rastro de Kim.

«¿Dónde estás, maldita sea?».

Chuck se gira y le indica a Lisa que entre en la galería.

—¡No! ¡Dexter! —exclama ella dando un paso atrás.

Cindy y Jorge están corriendo hacia ellos. Y si de un salto nos colamos en la cocina desde donde se han descolgado veremos que John empuja con brusquedad a Zoran para salir él antes. Zoran lo ignora y se gira hacia el pasillo.

—¡Dexter! —grita. No sabe si el chico sigue vivo pero espera que sí, que esté aguantando en la puerta intermedia. Supone que es así, dado que ningún zombi ha llegado hasta ellos de momento—. ¡Dexter, ya estamos!

Dexter no espera una segunda llamada. La puerta está a punto de ceder de todos modos, así que se lanza a la carrera escaleras arriba, saltando por los escalones de dos en dos. Con un último crujido atronador la puerta se viene abajo y una vez más los muertos entran en tropel, despedidos hacia delante al verse liberados de la presión; cruzan por encima de la puerta caída y persiguen a Dexter a la carrera.

En el exterior, John se hace daño al caer al suelo. Se tuerce el tobillo sin llegar a rompérselo. Resollando, se incorpora y ve que su arma se ha salido de la funda. Se inclina hacia ella y mira hacia atrás. Le da un vuelco al corazón al ver que los muertos están a menos de diez metros. Con un grito, levanta el brazo y aprieta el gatillo. La primera bala surca el aire sin hallar ningún blanco. La segunda abre un pequeño agujero en la frente de una de las criaturas y revienta la parte trasera del cráneo enviando hacia atrás una lluvia de hueso fragmentado, sangre y masa cerebral.

Luego se da la vuelta y corre.

—¿Y Sabrina?

Retrocedamos un momento en el tiempo, los casi cincuenta segundos desde que Chuck descendió por la cuerda hasta que John Vernon dispara contra uno de los

muertos que está alcanzándoles. Kim ha cogido la cuerda y se dispone a salir detrás de Chuck, pero al mirar atrás no ve a Sabrina. No obtiene respuesta.

—Baja tú, Kat —ordena Kim.

—¿Dónde vas? —Osney agarra a Kim del brazo—. Tenemos que largarnos ahora.

—No tardaré. Tiene que estar aquí.

Osney se resiste un segundo, pero algo en la seguridad de los ojos azules de Kim le incita a soltarla. Kim corre hacia la puerta del salón.

—¡Sabrina! —grita—. ¡Sabrina, tenemos que irnos!

Ve la puerta del cuarto de baño cerrada y corre hacia ella. Lo hace con el corazón bombeando a toda velocidad y los nervios de saber que no deberían estar desviándose del plan de esta manera. En parte siente rabia y ganas preguntarle a gritos a Sabrina qué coño está haciendo. En parte se dice a sí misma que debería darse la vuelta y correr. Pero no está dispuesta a dejar a nadie atrás.

Empuja la puerta en el mismo momento en que se abre desde dentro y está a punto de caer sobre Sabrina. Las dos mujeres se miran durante un segundo con los ojos muy abiertos. Y podríamos achacarlo a los nervios, tal vez a la tensión del momento, pero Kim no se da cuenta del brillo excesivo en los ojos de Sabrina, ni tampoco del pelo húmedo que tiene pegado a la frente y las sienes, ni siquiera en que sus ojos parecen más hundidos que el día anterior.

—¡Vamos! —le grita a la cara—. ¡Tenemos que largarnos ahora!

Se da la vuelta y corre de regreso al salón. Sabrina va detrás de ella, se tambalea hacia la derecha y su hombro choca contra la pared, derribando una placa metálica con el símbolo de la Ruta 66.

Alicia está inclinada sobre Christine para cuando Kim llega de nuevo hasta la ventana. La mujer de ascendencia oriental niega con la cabeza una y otra vez y Alicia levanta la cabeza con preocupación al ver llegar a Kim.

—¿Qué pasa? —pregunta esta.

—No quiere bajar —dice Alicia con tono grave—. No sé qué mierda le pasa...

—No... —murmura Christine, retrocediendo hasta que su espalda choca con la pared. Tiene los ojos muy abiertos y está temblando de miedo.

—¡Christine! —grita Alicia entonces, sacudiéndola por los hombros—. ¡Tenemos que bajar! ¡Cálmate!

—¡No!

Kim se acerca a ellas y agarra la cara de Christine con las dos manos, obligándola a mirarla a los ojos.

—Christine, sea lo que sea lo que te pasa, no hay tiempo ahora. Tenemos que correr y tenemos que hacerlo ahora —ordena Kim—. Estamos juntas en esto, ¿de acuerdo?

Un disparo sacude el mundo en el exterior. Alicia y Kim se miran con gravedad.

—¡Vamos, baja! —le grita Alicia a Kim—. ¡Iremos detrás!

Al girarse hacia la ventana Kim choca contra Sabrina y esta se tambalea como un

borracho en la puerta de un bar. Kim agarra la soga y salta por la ventana. Desciende más rápido de lo que debería y la cuerda le quema la palma de las manos, pero no la suelta hasta que sus pies tocan la calle.

—¡Kim! —Oye que grita Chuck—. ¡Kim, date prisa!

Y ella corre.

¿Por dónde vamos primero? ¿Seguimos en el piso de Chuck o nos centramos en lo que ocurre junto a la trampilla que da al subterráneo? Ya que estamos aquí tal vez deberíamos continuar por este lado, ¿no crees?

Pues vamos a ello. Arriba de nuevo por la cuerda y entremos en el salón de Chuck Bauer. Alicia está empujando a Christine hacia la ventana. Sabrina está de pie delante de ellas.

—¡Vamos, joder! —grita Alicia, y la tensión hace que su acento dominicano parezca más marcado ahora que nunca—. ¡Tienes que bajar, maldita sea!

Le da un fuerte empujón a Sabrina y esta estira las manos y agarra la cuerda. Se mueve con torpeza, como los astronautas que descendieron en la luna y dieron aquellos famosos primeros pasos. Más que bajar casi se deja caer agarrada a la cuerda y su llegada al suelo es con el culo por delante. El golpe deja a Sabrina sin respiración, despatarrada y con la cabeza caída hacia delante.

Con pesadez, con la misma sensación de estar moviendo una enorme losa, Sabrina levanta la cabeza y ve a John metiéndose en la trampilla. Chuck está junto a la entrada, estirando la mano hacia Kim, que corre hacia él; y detrás de ellos hay una chica a la que le cuesta reconocer. Su mente está demasiado nublada a esas alturas, pero tú y yo podemos ver claramente a Lisa, con las manos agarrándose el pecho y aterrorizada. Grita algo que Sabrina tampoco comprende: el nombre de su hermano.

Mover la cabeza le cuesta casi el doble que levantarla un momento antes. Ve a los muertos que corren en su dirección. Al menos tres la han visto y se dirigen hacia ella. El primero lleva una camiseta rota con el dibujo de un hombre con gafas de sol y sombrero bajo el que está escrito el nombre «Heisenberg». La h y la e están enmarcadas en verde como si fueran un símbolo químico.

Torpe, Sabrina manotea hacia atrás intentando ponerse en pie. A su lado escucha un grito y ve bajar a Christine de una forma tan precipitada como la suya, aunque Christine no llega a besar el suelo con su trasero. También le dedica una mirada aterrorizada a los muertos antes de echar a correr, negando con la cabeza.

El problema, Sabrina no lo procesa pero nosotros sí, es que no corre hacia la trampilla sino en dirección contraria a los muertos, hacia el plató del que huyeron el día anterior todos ellos.

Y sí, sé que ahora me dirás que a Christine le faltaba un hervor y que te he dicho en varias ocasiones que era más inteligente de lo que parecía. Cuesta defender una postura cuando alguien comete una imprudencia como esta, maldita sea. Un suicidio, porque Christine corre hacia ninguna parte, sin pensar, movida por el pánico y la adrenalina y tarde o temprano le darán caza. Será más temprano que tarde, por si te

interesa saberlo.

Era más inteligente de lo que parecía, tendrás que creerme. Aunque nunca podremos comprobarlo. El miedo es un motor imprevisible, ya te lo dije. Y Christine te acaba de dar una demostración más de ello.

Dejemos que corra y girémonos para ver a Sabrina, que se mantiene con la espalda apoyada contra la pared, un ojo entrecerrado y el otro abierto y fijo en la trampilla por la que ya se meten Chuck y Kim. En su mente, Sabrina está corriendo hacia allí porque sabe que es lo que tiene que hacer para salir de esta. En el mundo real no se mueve porque su cerebro está dejando de estar al mando.

Alicia salta al suelo junto a ella.

—¡Vamos, joder! —grita. El taco lo pronuncia en español.

Apenas toca a Sabrina siente que algo va mal. Le arde la piel y está claro que tiene fiebre, pero es que además su aspecto es el de quien está derrotado por una enfermedad y casi no puede moverse de la cama. Abre la boca para preguntarle si está bien.

Sacando fuerzas de lo más hondo del pecho, Sabrina tira de Alicia y la hace trastabillar. Pero no llega a caer, Sabrina la recoge antes de que lo haga y la abraza como lo haría un amante, rodeándola con los dos brazos y apretando con fuerza. Al pegarse a ella, Alicia siente el calor que emana todo su cuerpo.

—¿Qué haces? —grita, con el miedo golpeándole desde dentro con una terrible certeza—. ¡Tenemos que correr, Sabrina! ¿Qué mierda estás haciendo?

—Putá.

Es lo único que es capaz de contestar la otra mujer. Al volver a ver a Alicia bajando de la cuerda ha regresado a su mente aquella imagen que la ha perseguido desde que se encontró con ella y su prometido en el salón practicando sexo oral. Y la rabia la ha inundado con fuerza. Un único pensamiento ha cruzado la mente confusa de Sabrina: «No durarás más que yo».

Alicia se revuelve y hunde el codo en el costado de Sabrina. Esta flaquea y cae hacia un lado y Alicia se ve liberada de repente. Trastabilla hacia delante y trata de incorporarse y correr pero es demasiado tarde; ya están sobre ella.

Desde el suelo, con las piernas abiertas y los ojos entrecerrados y a punto de expirar, Sabrina ve cómo el chico con la camiseta de Heisenberg derriba a Alicia. Los dos ruedan por el suelo y el chico clava con fuerza sus dientes en el cuello de la dominicana. Sabrina experimenta alivio, una suerte de paz mental que la acompaña mientras sus ojos se cierran definitivamente y su corazón, agotado, se detiene.

Alicia lucha. Intenta levantarse y vuelve a caer cuando se arroja sobre ella el segundo de los zombis. Grita, chilla y patalea mientras las manos rasgan su ropa y desgarran su carne y las bocas se la tragan casi sin masticar. Su sangre salpica la calle; sus dedos se sacuden con un fuerte espasmo antes de quedarse quietos para siempre.

Zoran está encaramado a la ventana pero mira hacia la puerta de la cocina. Oye pasos, y gritos que no son humanos, pero no piensa saltar hasta comprobar si quien viene es Dexter o las criaturas. Cuando aparece, lo hace con el rostro desencajado por el miedo, jadeando y sudando. Zoran extiende la mano hacia él. El primer muerto que le persigue está a menos de dos metros y es un hombre delgado, casi escuchimizado, al que le falta parte del brazo derecho, desde el codo. A ese le siguen más; muchos más. Demasiados.

La mano de Dexter se enlaza con la de Zoran y este tira de él con fuerza. Los dos cruzan la ventana con demasiado ímpetu. La mano libre de Zoran intenta mantenerse agarrada al alféizar pero resbala en el último segundo y ambos se precipitan a la calle. La distancia no es excesiva pero el golpe les deja sin aliento. Zoran se levanta, desorientado, justo a tiempo de ver a una mujer con traje de ejecutivo rasgado abriendo la boca en su dirección. Retrocede e intenta sacar el cuchillo; las manos de la mujer se cierran sobre su ropa y se impulsa hacia él lanzando un alarido terrible. Zoran mueve la mano con fuerza hacia arriba y el cuchillo se hunde en la barbilla de ella, atravesando su boca y penetrando en el cráneo.

Es posible ver cómo se apagan sus ojos en apenas un segundo.

Intenta recuperar el cuchillo pero se ha quedado encajado y no lo consigue. Se acercan más muertos a la carrera, así que Zoran empuja a la mujer y se da la vuelta para correr. El cuerpo de ella cae al suelo y hace tropezar a dos zombis que estaban a punto de alcanzarle.

La trampilla está abierta y Chuck está asomado con una mano en el tirador que la cerrará cuando todos estén dentro. Lisa Hill está de pie, gritando el nombre de su hermano.

El chico también grita. Sus piernas se mueven todo lo rápido que pueden y la mano de uno de los muertos ha llegado a rozarle la camiseta en una ocasión. Le persiguen, y desde la trampilla Chuck puede ver que están demasiado cerca de él. Aunque llegue a la trampilla jamás lograrán cerrarla antes de que ellos comiencen a entrar.

Y si no cierran la compuerta todos ellos morirán.

Se plantea tirar de la trampilla después de que pasen Zoran y Lisa, y dejar fuera a Dexter. Pero la historia que contó Kim está demasiado presente en su cabeza. Sabe que ella haría todo lo posible para no abandonar a nadie.

«Si espero moriremos todos», se dice. «Si no la hubiera agarrado ella habría echado a correr hacia Christine. Alguien tiene que poner la nota sensata...».

Zoran atraviesa la trampilla de un salto. Lisa le grita a su hermano que corra y estira la mano hacia él, apoyando una pierna en el primer escalón de la trampilla e impidiendo que Chuck pueda cerrarla a menos que la empuje a ella fuera o bien tire de ella hacia dentro.

Por alguna razón no hace ninguna de las dos cosas.

Dexter corre, tropieza y está a punto de caer. Una mano le agarra la camiseta y esta se rasga con un sonido que hace que el chico apriete el paso un poco más. Tiene el rostro desencajado por el esfuerzo, la vista fija en la trampilla del suelo, el miedo atenazándole los músculos... Da los últimos pasos... Ven conmigo, observa detenidamente porque lo que ocurre aquí solo tiene una explicación, no sucede de forma consciente pero como hemos dicho, el miedo es un motor inexplicable. Las manos de Lisa agarran a las de su hermano y Dexter, en su frenética carrera, tira de ella para lanzarse hacia el agujero que lleva al subsuelo, desestabilizándola y haciendo que se precipite hacia la calle de bruces. Entonces Dexter cae, que no baja, por las escaleras; golpea el suelo y rueda chocando contra la pared y contra el resto de supervivientes apiñados bajo la débil luz de una única linterna.

Sobre las escaleras, Chuck es el único que ve el destino de Lisa Hill. Los muertos que perseguían a su hermano caen sobre ella. Las manos se hunden en la carne, los dientes muerden y desgarran y los gritos se elevan en el aire llenos de dolor y sorpresa. Lo peor, sin embargo, es la incompreensión que reflejan sus ojos.

Chuck cierra la trampilla de un fuerte golpe.

22

Bajo la temblorosa luz que surge de la linterna que sostiene Jorge, Chuck alcanza a ver durante un suspiro a Kim, llorando y medio derrumbándose. Kat y Chelsea la abrazan e intentan que se calme y Chuck se dice a sí mismo que debería ir a ayudarlas. Quiere más que nada en el mundo que Kim deje de llorar, estrecharla entre sus brazos y decirle que no había nada que pudieran haber hecho, que no es culpa suya... Pero hay cosas que son más necesarias en ese momento.

Encima de él oye los pasos precipitados de los muertos pisando la trampilla y yendo de un lado a otro, como si sus cerebros podridos no alcancen a entender dónde se ha metido toda la comida, pero oigan los gritos y, tal vez, puedan sentirles cerca.

No cree que sean capaces de pensar, pero Chuck es de ese tipo de personas que piensan que es mejor prevenir que curar, así que introduce la llave en la cerradura y cierra. Encerrándose, y encerrando al resto, bajo tierra.

—¡Oh, Dios mío! ¡Lisa! ¿Qué he hecho? ¡Lisaaaaa!

El grito de Dexter es desgarrador. Chuck no le ve venir hasta que está casi encima de él. Dexter choca con él y se lanza escaleras arriba. Por suerte, Chuck ha echado el cerrojo unos segundos antes y Dexter no consigue levantar la trampilla, pero sus gritos se vuelven cada vez más desesperados, a medida que se da cuenta de lo que ha ocurrido, y golpea el metal con furia.

Jorge y Zoran cruzan junto a Chuck y agarran a Dexter. El chico se revuelve entre ellos y trata de volver a subir por las escaleras, pero le arrastran hacia abajo

intentando que se calme. En un momento dado Dexter logra liberar una mano y está a punto de escapar de nuevo. No deja de gritar el nombre de su hermana.

—¡Haced que se calle! —grita entonces Cindy, aterrada por los sonidos que vienen del exterior, pasos y alaridos histéricos, cada vez más alterados por los gritos de Dexter.

Jorge y Zoran no consiguen nada. Dexter sigue revolviéndose entre sus brazos con desesperación. John avanza hacia ellos y retuerce el brazo de Dexter con una llave, obligándole a caer de rodillas, y después con un empujón en la espalda le tiende de bruces en el suelo. John apoya una rodilla sobre él y saca las esposas de su funda.

—Creo que tanto no será necesario —dice Zoran, levantando la voz para hacerse oír por encima de los gritos de Dexter.

—Ok, Zeta, anoto tu queja y me limpio el culo con ella. Voy a meterle un pañuelo en la boca al camello reconvertido en fraticida y no quiero que ande sacándose para seguir gritando, ¿de acuerdo? —John esposa al chico con las manos a la espalda mientras habla, pero al hacer la pregunta se gira para mirar a Zoran—. Así que no des por culo tú también.

Zoran no responde y se echa atrás levantando las manos para indicarle a John que le cede el mando de la situación. Fiel a sus palabras, el policía mete un pañuelo de tela blanco en la boca de Dexter, terminando con sus gritos, y se incorpora sacudiéndose las manos.

Fíjate en los ojos del chico. No solo ha caído en la cuenta de lo que ha hecho, de que ha empujado a la muerte a su hermana, sino que además ha tenido que escucharlo en boca de John Vernon, con su particular mano izquierda inexistente. Las lágrimas que estaban amontonándose en ellos se derraman y caen a la tierra sobre la que está tumbado.

—Chaval, te has lucido —murmura John dándole una suave patada en el costado.

—No habríamos salido de allí si no fuera por él —dice Jorge. Cindy se acerca a él y le abraza, protectora y buscando protección.

—Bueno —dice John mirando alrededor—. No todos han llegado, ¿no? —Se queda mirando a Chuck, que sigue junto a las escaleras—. ¿Cuántos han muerto en esta aventura, grandullón?

—Cuatro —responde el aludido—. Sabrina, Christine, Alicia y la hermana de ese chico.

—Se llamaba Lisa —asegura Cindy.

Nadie dice nada, como si invocar su nombre resultara demasiado solemne en ese momento.

—Cuatro tías —dice John levantando las cejas.

Si me acompañas un momento, no demasiado lejos, apenas girarnos y mirar hacia la esquina sudoeste de la galería en la que se encuentran, verás que Ellen sigue temblorosa entre los brazos de Ian, que se ha quitado la chaqueta para ponérsela a ella sobre los hombros. Nancy se inclina sobre su ayudante.

—Ellen, cariño, ¿por qué no me consigues algo caliente? Tengo hambre y sigo muerta de frío. Haz algo útil, ¿quieres?

Ian se gira sorprendido, y su asombro se incrementa cuando Ellen asiente y da un paso indeciso hacia delante. Ian la sujeta del brazo y se encara con ella.

—No tienes por qué obedecerla en todo —asegura—. Ya no, al menos.

Ellen mira a Ian y después a Nancy.

—Veré qué puedo conseguir.

Ian abre la boca por la sorpresa y aunque intenta retener a Ellen ella sacude el brazo sin demasiada fuerza para que él se lo suelte. Parpadeando, Ian se gira hacia Nancy. Le ofusca lo que acaba de ocurrir, le hace hervir la sangre y lo ve completamente innecesario y fuera de lugar.

—¿Tratas así a todo el mundo?

—Chico... olvídame, ¿quieres?

—¿De dónde va a sacar algo caliente ahora? ¿Eh? No es tu esclava.

—Es mi ayudante, chico, que te quede claro. Mi.

—No sé si te das cuenta de que el mundo se ha ido a tomar por culo.

—Sé cuidarme sola, Ian...

La voz de Ellen le sorprende de nuevo y se gira hacia ella. Ha regresado con una manta en la mano que le ha prestado Chelsea. Se la ofrece a la actriz, que rápidamente se cubre los hombros con ella.

—No hay nada caliente de comer —asegura Ellen—, pero si quieres pueden darte *whisky*, para que entres en calor.

—Yo podría apuntarme a eso —asegura una voz masculina a su derecha.

Los tres se giran hacia la esquina. Medio oculto por las sombras, Osney está sentado con la espalda contra la pared y las manos apoyadas en las rodillas.

—Menudo Cristo tienes en la cara —dice Nancy.

—Lo sé. Tú eres esa actriz, ¿no? Soy malo para los nombres pero eres ella, ¿verdad? Has salido en algunas revistas ahora...

—Nancy Avalon —responde ella, tendiéndole la mano a Osney.

Resoplando de indignación, Ian se aparta de ellos y se mezcla con el resto del grupo.

Chuck ha abierto su mochila en el suelo y entrega una linterna a Zoran y otra a John. El agente es el primero en encenderla y examinar a su alrededor con el haz de luz que sale de ella. Las paredes del subterráneo son de piedra; se encuentran en una estancia alargada que se comunica con el siguiente tramo a través de un arco de ladrillo, en apariencia más nuevo que el resto del lugar. El suelo también es de tierra. Ve que hay telarañas en las esquinas y excrementos de algún tipo de roedor en una esquina, junto a un montón de tablones apilados.

—¿Qué es este sitio? —pregunta Jorge.

—El mundo subterráneo de Portland —responde Chuck—. Trabajo aquí, como guía turístico. Estos túneles son una atracción para algunos turistas que quieren ver

los sitios donde se escondían los rufianes hace un par de siglos. Secuestradores, maleantes, contrabandistas... Portland tiene una red de túneles bajo sus cimientos.

—¿En serio?

—¿Son seguros? —pregunta John.

—Llevan aquí al menos dos siglos —dice Chuck—, así que imagino que sí lo son o toda la ciudad se habría hundido hace tiempo.

—Vale, muy bien —responde John sin mostrar interés alguno en lo que acaba de decir Chuck—. Y ahora, ¿qué mierda hacemos?

Chuck mira hacia el lateral donde se encuentra Kim, sentada en el suelo con la cara hundida entre las manos. Kat está a su lado, abrazándola. No le hace falta preguntar para darse cuenta de que está muy afectada.

«Alguien debe sustituirla en la toma de decisiones», se dice, tomando conciencia de que ese alguien debería ser él. «Hasta que se calme y pueda volver a ser ella misma».

—Deberíamos movernos —dice.

John se encoge de hombros y le hace un gesto: «adelante, guíanos».

—¿Qué hacemos con él? —pregunta Jorge, señalando a Dexter.

—Llevarle a rastras o dejarle aquí —responde John.

Es complicado saber si lo dice en serio o en broma, pero le vale una mirada de asco por parte de Zoran antes de que el eslovaco se agache junto a Dexter.

—Chico, comprendo que ahora mismo tienes mucho dolor dentro...

—Por Dios... —murmura John poniendo los ojos en blanco y apartándose de ellos.

—... y que lo que quieres es gritar y llorar —prosigue Zoran—. Pero ahora no puede ser, chico. Tienes que ser fuerte, ¿vale?

Dexter le mira con los ojos hinchados y enrojecidos y asiente.

—Quítale el pañuelo si quieres —dice John desde el arco de ladrillos que comunica con la siguiente galería—, pero ni de coña le voy a quitar las esposas hasta que demuestre que puede estar tranquilo.

Zoran suspira y le saca al chico el pañuelo de la boca. Dexter tose y escupe en la tierra, y luego Jorge y él le ayudan a levantarse tirando de sus brazos. Chuck les adelanta para guiar al grupo. Al pasar bajo el arco de ladrillos tiene que agacharse para no golpearse la cabeza.

—Muchos de los clientes me preguntan cómo es posible que un tipo como yo trabaje en un sitio como este —les cuenta, empezando a andar después de asegurarse de que todos le siguen—. Tengo que andar encorvado en muchos de los túneles, pero eso les hace gracia y me hace ganar alguna propina. Digamos que lo aprovecho a mi favor, además.

Se calla después de darse cuenta de que ese grupo no se parece en nada a los típicos grupos que él encabeza cuando recorre esos túneles. Los turistas están ansiosos por conocer los secretos que se ocultan en el subsuelo, hacen preguntas, se

interesan, miran en todas direcciones y no paran de cuchichear y hacerse fotos. Hoy, sin embargo, el ambiente es mucho más raro y sombrío. Todos caminan en silencio y los pocos sonidos que se escuchan son toses y carraspeos, además del constante roce de sus zapatos con la tierra del suelo.

Los túneles resultan laberínticos para quien no sabe moverse por allí. Chuck camina con la seguridad que otorga el conocimiento, aunque se detiene cada cierto tiempo a esperar a los demás, y procura asegurarse de que nadie se va quedando atrás. No se siente cómodo con el papel de líder, pero se dice a sí mismo que lo que está haciendo no es liderar al grupo, sino guiarles, pues tal es su trabajo.

«Solo hasta que Kim vuelva a estar operativa».

En alguna ocasión ha mirado atrás y buscado los ojos de Kim. En su mente los considera dos brillantes faros azules, tan potentes como las linternas que llevan para iluminarse el camino y evitar tropezar, pero no los encuentra, se han vuelto escurridizos. Kim avanza cabizbaja, agarrada de un brazo por Kat.

En la mayoría de las galerías por las que cruzan, las paredes son de piedra. Otras se encuentran cubiertas de tablones de madera. En un rincón de uno de los túneles encuentran una serie de huecos rectangulares de un metro de ancho por metro y medio de largo; a la mayoría les han quitado las puertas, pero en uno de ellos sigue estando presente, con el fin de poder explicarles el significado de esas minihabitaciones a los turistas. La puerta tiene una rejilla a la altura de la cabeza.

—Ahí encerraban a los hombres que secuestraban —explica Chuck sin demasiado ímpetu—. Les mantenían drogados hasta que los llevaban al puerto y los embarcaban. Les quitaban los zapatos y llenaban el suelo de cristales rotos, así si alguno escapaba podían seguir el rastro con facilidad y volver a traerle aquí.

Nadie dice nada, aunque varias de las linternas se desvían hacia aquellos terribles agujeros en la pared que difícilmente pueden ser considerados estancias. Chuck sigue avanzando.

Se detiene casi media hora después. A su espalda empieza a escuchar jadeos y ha visto gestos de cansancio. Él mismo se encuentra agotado, a pesar de no haber hecho un gran esfuerzo. La noche en vela y la carrera hacia la trampilla han mellado el ánimo y las fuerzas de todos. Abre la puerta e ilumina con su linterna el interior.

Es una galería de tamaño rectangular, de casi tres metros de ancho por seis o siete de largo, y tres o cuatro de altura. Hay un pasillo central y a ambos lados una serie de literas excavadas en la piedra, sobre las que descansan unos finos colchones sucios y llenos de polvo. En total, cuatro pisos de pequeñas camas estrechas y claustrofóbicas.

—¿Qué es este lugar? —pregunta Kat con miedo en la voz.

—Un fumadero de opio —responde Chuck.

—¿Opio? —pregunta Ian acercándose hasta la entrada y admirando el interior de la galería y las rústicas literas de piedra. A cada lado hay excavados unos peldaños para ayudar a subir a los camastros superiores.

—Las literas inferiores eran las más caras —les explica Chuck, quitándose la

mochila de la espalda— porque si se caían al suelo podían volver a subirse fácilmente. Fumar opio estaba prohibido, claro. Fue una moda que se importó de Asia, y los que gustaban de fumarlo tenían que venir a los subterráneos a consumir. El opio es un narcótico.

—Esta clase didáctica seguramente le interese mucho a nuestro camello fraticida —asegura John.

Atrás, Dexter rompe a llorar. Zoran abre la boca para decir algo pero Jorge le agarra de la muñeca y niega con la cabeza.

—He pensado que podríamos quedarnos aquí —continúa Chuck haciendo caso omiso del comentario de John—, tomar esto como nuestro campamento base. Al menos hay ocho camas pequeñas y podemos turnarnos para descansar.

—¿Aquí? —Nancy no oculta su desagrado.

—Pero ¿qué vamos a hacer ahora? —pregunta Ian—. ¿Cuál es el plan?

—¿El plan? —Chuck mira hacia Kim y piensa «el plan es esperar a que ella pueda volver a tomar decisiones y nos saque de aquí»—. Esperar. Y decidir qué haremos a continuación.

23

Trece.

«Triscaidecafobia» se denomina al miedo al número trece. Hay quien cree que la leyenda sobre la maldición del número trece se originó tras la Última Cena, donde doce apóstoles y Jesucristo sumaban la maldita cifra, puesto que unos días después murió el que los cristianos consideran el hijo de Dios. Por supuesto, existen otras leyendas diferentes sobre el origen de esa fobia.

Trece ratoncillos ocultos bajo tierra: Ian Morgan, Nancy Avalon, Ellen Bell, Kat Meissner, Chelsea Thompson, Kim Byars, Zoran Zuchemberg, John Vernon, Osney Martell, Cindy Teller, Jorge Ballesteros, Dexter Hill y Chuck Bauer.

Los supervivientes de la Ciudad de las rosas.

— Capítulo 4 —

El reino de Tom Ridgewick

1

Creo que va siendo hora de volver a Half Moon Bay. Dejemos a los trece norteños bajo la superficie de Portland y regresemos con aquellos a quienes conocimos en nuestras dos previas incursiones en la catástrofe creada por el Cuarto Jinete. Será como volver a juntarse con un grupo de amigos al que echas de menos, sí, pero también significa volver a ver a algunas personas que se han ganado a pulso nuestro desprecio.

Lo primero que tenemos que hacer es adelantarnos en el tiempo. Lo ocurrido en Portland ha tenido lugar durante los primeros dos días de infección, y a estas alturas el Cuarto Jinete apenas está llegando al pequeño pueblo costero donde el grupo de supervivientes de Castle Hill terminará refugiándose. Pero ahora, cronológicamente, Mark, Verónica y el resto están aún de camino. San Mateo es su destino, pero nosotros ya vimos ese viaje. Ya sabemos lo que ocurre en San Mateo, quién muere y quién sobrevive.

Tenemos que apretar el botón que en los mandos a distancia viene marcado con una doble flecha y las letras *ffwd*. Casi un mes, lo justo para dejar atrás todo lo que vimos en aquella ocasión y reencontrarnos con los restos de la urbanización tras la pequeña irrupción de los muertos vivientes que dio al traste con varias vidas y tras la que nos despedimos.

Half Moon Bay está situado en la costa oeste californiana, a unos cincuenta kilómetros de San Francisco; es un pequeño pueblecito costero con más vida en época de vacaciones que durante el resto del año. Supongo que recuerdas la carretera San Mateo que se interna en dirección este en el monte boscoso en dirección a San Francisco. En un lateral de esa carretera se encuentra la urbanización San Mateo, protegida del exterior gracias a un muro de piedra que rodea el perímetro encerrando varias casas y sus parcelas y convirtiendo el lugar en un pequeño reducto a salvo de los muertos vivientes. La verja principal de entrada está protegida, además, por el coche que utilizaron los supervivientes de Castle Hill para llegar hasta aquí. Miles de zombis se agolpan contra la verja metiendo sus brazos entre los barrotes y clamando sin descanso por una porción de succulenta carne viva.

Lo que hay tras los muros es el reino de Tom Ridgewick.

2

Supongo que les recuerdas a todos, a los que lograron sobrevivir, y puede que también guardes espacio en tu memoria para alguno de los que murieron. Los que nos interesan a día de hoy son los vivos, los que subsisten a duras penas aquí dentro.

¿Te acuerdas de Ace Hall? Cuando le conocimos solía vestir como un perfecto caballero inglés, con pantalones de *tweed* a cuadros y polos de marca, un hombre que creció en una familia con buen nivel económico y cuya inteligencia, destreza y capacidad para manipular a los demás le llevó a ganar el concurso televisivo *Survivor* haciendo gala de un juego agresivo pero perfecto. Un hombre de buenos modales y simpatía que contrasta con la imagen que transmitió en el programa, y al que vimos mantener a salvo a Rachel Morris y su bebé.

Hoy Ace parece otra persona, tan distinta de la imagen del perfecto caballero inglés que por un momento nos cuesta creer que sea el mismo. Lleva el pelo desordenado y sucio, barba de varios días y viste con un vaquero desgastado y una camisa tan mugrienta como su cara.

Si te fijas, también verás que está más demacrado, los ojos más hundidos y los pómulos más marcados. Sale de la que fue siempre su casa y se acerca con pasos arrastrados hasta el límite de lo que fue anteriormente su jardín y ahora es un huerto de tierra batida y revuelta en el que apenas asoman un par de hierbajos a los que duda en llamar plantas.

Ahí, de pie y contemplando el terreno se encuentran dos hombres a los que conocemos mejor que bien. Nos han acompañado en este viaje desde Castle Hill, aunque el más alto en realidad pasaba por aquel pueblo por motivos de trabajo el día en que estalló el desastre.

«Iba a entrevistar al campeón mundial de dominó», se recuerda a sí mismo en ocasiones, sobre todo cuando la noche cae y todo queda a oscuras y su corazón late acelerado a pesar de la mano que siempre le estrecha Paula. «Así de triste era mi vida, así de importante era mi carrera periodística».

En esas ocasiones en las que a Mark Gondry le da por hacer repaso de lo que ha sido su vida, la mayoría de las veces se da cuenta de que no echa de menos nada, a excepción del mundo sin muertos vivientes, claro. Mira a Paula y se da cuenta de que esa pequeña niña (y piensa que ya es irónico que sea ella con sus seis años quien tenga que decirle a él que no tenga miedo en la oscuridad y no al revés; que sea ella quien tenga que darle a él la mano para que se duerma tranquilo) le ha dado más sentido a su vida que cualquier persona que hubiera conocido antes del apocalipsis.

Recuerda cómo se conocieron. La primera vez que se vieron, Paula estaba de pie y al darse la vuelta él tuvo la impresión de que era un fantasma; estuvo a punto de gritar y todo. Luego se dio cuenta de que era una niña con los ojos llorosos y una raspadura en la pierna y se acercó a ella para preguntarle si se encontraba bien. Estaba perdida y él se ofreció a acompañarla a buscar a su madre o a alguien que pudiera ayudarles.

«Neville se encontraba con nosotros».

El chico le caía bien a Mark y hacía reír a la niña pero fue el primero en morir cuando los muertos les alcanzaron. Luego Mark se hizo cargo de la niña y entre ambos se creó un lazo intenso, de la clase que solo puede surgir cuando ambas personas se ven envueltas en un lío tan grande como el que tuvo lugar en Castle Hill, en todo Estados Unidos y el continente americano, en realidad. Casi como padre e hija.

Mark te diría que quitaras el casi. Desde que salieron de Castle Hill, y les quedó claro que los padres de la niña no habían sobrevivido, Mark se consideraba su padre a todos los efectos. Lo cual, en esas noches en que le daba por repasar lo que había sido su vida, se sumaba al saco de lo irónico. Él nunca había querido tener niños. De hecho, la primera vez que había pensado en la posibilidad de tener descendencia fue mientras conducía hacia Castle Hill con Neville parlotando en el asiento del copiloto mientras trasteaba con su cámara de fotos.

Junto a Mark se encuentra Stan Marshall, una de esas personas por las que nadie hubiera apostado un dólar a que sería capaz de sobrevivir a un apocalipsis. De gesto agrio y constante ceño fruncido, Stan se había ganado una reputación de amargado en Castle Hill, donde era dueño de un quiosco de prensa tras el que ofrecía a cualquiera que quisiera escucharlos uno de sus famosos gruñidos-respuesta. Y, sin embargo, aquí está, aquí sigue.

—¿Qué tal habéis pasado la noche? —pregunta Ace, rascándose la barbilla con gesto distraído.

Mark se encoge de hombros a modo de respuesta. No le gustan las noches y no le gusta la oscuridad, pero tampoco le gusta hablar de ello. Stan gruñe, ese sonido gutural que tan bien le sale y que parece marca registrada de Stan Marshall.

—¿Admirando el magnífico huerto de San Mateo, California? —pregunta una voz masculina a espaldas de los tres hombres, con un tono entre divertido y burlón.

Logan Kane, el infame Logan Kane, se acerca a ellos y le da una palmada en la espalda a Stan Marshall.

—A mí me parece que no está funcionando —responde Mark, un poco abatido—. Tenemos que haber hecho algo mal.

—Más nos vale que no —replica Ace.

El huerto es su mayor esperanza de conseguir una forma de abastecerse que no implique el peligro de salir al exterior. Ninguno de ellos quiere pensar siquiera en la posibilidad de abandonar la relativa seguridad que otorgan los muros de San Mateo, máxime después de la terrible noche en la que los muertos lograron entrar en la urbanización y mataron a parte del grupo. «A Ozzy entre ellos», te recordaría Stan; había llegado a hacer buenas migas con el mexicano.

Tampoco les daba buen karma recordar la primera y última expedición que se había hecho al otro lado de los muros. Patrick Flanagan, Neil Ridgewick y aquel chico llamado Peter habían formado una expedición dirigida a encontrar alimento

para bebés, ya que Rachel Morris se estaba quedando sin papilla con la que alimentar a su hijo Axel. El crío apenas tenía unos meses de edad, por lo que tampoco podían darle otra cosa de comer. De aquel viaje solo había regresado Neil, quien les contó el terrible pero heroico final que habían tenido tanto Peter como Patrick a manos de los zombis.

Mentiras, por supuesto. Nosotros sabemos bien lo que ocurrió allí fuera. Neil disparó por la espalda a Patrick siguiendo las órdenes de su tío Tom, para después abandonar a Peter a una muerte segura. Lo de Peter lo había hecho por su cuenta, porque se había cansado del constante lloriqueo del que había sido su amigo. Los gritos de angustia y dolor de Peter mientras le devoraban le habían acompañado mientras él aceleraba la moto en la que huyó de regreso a la urbanización.

Él mismo había estado a punto de no lograrlo, y eso lo sabían todos. Era la única verdad que había contado Neil, pero todos los demás habían aceptado sus mentiras como ciertas. Tampoco tenían forma de corroborar que no lo fueran.

—Funcione o no funcione lo del huerto —le había confesado Mark a Logan una tarde—, la comida de Axel no durará eternamente. Puede que tengamos para un par de meses, tal vez más, pero se terminará.

Aquella tarde estaban solos sentados en el porche de Ace, con el sol mortecino previo a la llegada de la noche iluminándoles. Logan había asentido.

—Ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos —había dicho.

Mark había aceptado la respuesta, pero es un tema que aún le preocupa, puedes verlo en el zigzag que crean las arrugas de su frente. Patrick había sido un miembro valioso del grupo y había muerto allá fuera. Mark es más que consciente de lo difícil que es sobrevivir cuando aparecen los muertos vivientes. Se considera un hombre con suerte, consciente de sus limitaciones. Patrick estaba en mejor forma y tenía habilidades que le hacían más completo para emprender una misión como aquella pero había muerto.

A veces Mark se descubre echándole de menos. A él y a Verónica, pero también a Ozzy. Había estrechado lazos con ellos desde que habían salido con vida de Castle Hill y luego habían huido de Los Ángeles antes de que el ejército bombardeara la ciudad con napalm.

—Seguimos las instrucciones al pie de la letra —protesta Stan, dándole una patada a un trozo de tierra seca—. Hicimos lo que teníamos que hacer. ¿Por qué no crece nada?

—Tal vez necesite más tiempo —responde Ace, encogiéndose de hombros.

—Tal vez es una pérdida de tiempo, como dice Tom —añade Logan, suspirando—. Más nos vale que se equivoque. Pero miradnos, hombre, cuatro tipos que no han plantado una mierda en toda su vida intentando darnoslas de agricultores. Lo que hace el fin del mundo, ¿eh?

Stan gruñe pero no dice nada.

—Igual es que necesitan más agua —propone Mark, aún a sabiendas de que si ese

es el problema tiene poca solución. Tampoco están muy bien de provisiones de agua.

—Algunas de estas cosas necesitan agua, pero otras no —asegura Stan en tono de protesta—. El problema es saber cuál, porque lo que dice Logan es cierto: ninguno de nosotros tiene ni puta idea.

Mark suspira y Logan menea la cabeza con parsimonia.

—¿Cómo está el chico de los Collins, Mark? —pregunta Ace, tratando de cambiar de tema. A fin de cuentas, piensa que obsesionarse con el huerto y quedarse mirándolo fijamente no hará que empiecen a crecer tomates y patatas de repente.

Mark se gira, buscando al chico con la mirada. Le extraña no verle junto a Paula, que está sentada acariciando a Pluto, el labrador de los Collins, en el otro extremo del jardín. Tampoco ve a Junior en el porche; sentada en una mecedora con su hijo Axel en brazos, Rachel Morris se balancea adelante y atrás con ritmo constante y los ojos cerrados. Junior Collins no está en el jardín.

—Apagado —termina diciendo, volviéndose a mirar a Ace.

—El chico perdió de golpe a toda su familia. A su hermana y a su madre, prácticamente en la misma noche. Es normal que esté apagado.

No fue en realidad en la misma noche, y si miras hacia Logan Kane verás que se mordisquea el labio inferior y mira hacia el huerto como si la conversación no le motivara. Normal, teniendo en cuenta que fue él quien mató a Cameron Collins después de violarla. Haz memoria; Logan ocultó el cuerpo arrojándolo a los zombis para que pareciera que la habían cogido desprevenida, o que ella se había resbalado desde el muro. Su madre, Marsha Collins, perdió el juicio después de que la encontraran y acusó a Neil Ridgewick de haberla matado. Fue ella quien abrió las puertas y permitió que los zombis entraran en San Mateo. De no ser por Tyrone, que las volvió a cerrar antes de ser atrapado por los muertos, ninguno de ellos habría sobrevivido. Marsha Collins, desde luego, no lo hizo. Y ahora Junior pasaba los días sentado con la mirada ausente. Había ratos en los que parecía olvidarse de lo ocurrido y jugaba un rato con Paula y Pluto. Sin embargo, la niña le había confesado a Mark que jugar con Junior era un rollo.

—Tiene la mirada triste —le había dicho—. Y no se divierte de verdad, aunque a veces lo *disimula*.

—Lo disimula.

—Eso. —Paula había fruncido el ceño como hacía siempre que se confundía al decir una palabra. Era algo que parecía molestarla de verdad, pero Mark le revolvía el pelo cuando ocurría, dándole a entender que no pasaba nada—. A veces lo disimula pero no es verdad.

—Es normal que esté triste, ha perdido a su madre —había respondido él un segundo antes de darse cuenta del error que acababa de cometer.

Los ojos de Paula se habían nublado, de la misma forma que Mark suponía que se nublaban los de Junior Collins.

—Yo también he perdido a mi mamá.

Mark había abrazado a la niña con fuerza. No soportaba que aquella cría que le había robado el corazón se pusiera triste. Ella le había devuelto el abrazo y él había notado cómo se agarraba a él.

Mark imagina que el dolor del chico debía ser atroz. Lo habían sacado a colación en una de las asambleas pero Tom Ridgewick se había desentendido del asunto diciendo que el chico tendría que ser fuerte, que no había mucho más que pudieran hacer.

—Algo habrá que podamos hacer —le dijo Mark a Ace más tarde—. Es un niño.

—Uno de nosotros debería hablar con él.

—Yo me voy a desentender de esto —les dijo Logan entonces levantando una mano—. No se me dan bien los niños.

Cualquiera que le conociera como nosotros podría haberle preguntado si la cosa cambiaría si en lugar de un niño fuera una niña. Pero ninguno de ellos conoce esa faceta suya.

Mark había mirado a Stan y le había oído emitir un gruñido.

—¿Y Rachel? —le había preguntado a Ace—. ¿Crees que estaría dispuesta a hablar con él? Probablemente la mano izquierda femenina le venga bien a Junior para abrirse.

—Podemos probar, pero Rachel está bastante desmoralizada —había respondido Ace. Por su cara, Mark había adivinado que ni siquiera él estaba convencido de conseguirlo.

Rachel se había negado, por supuesto, aduciendo no estar en disposición de hacer algo así.

—Me pondría a llorar y sería contraproducente —les había dicho—. Ese niño necesita alguien que se muestre fuerte y yo... lloro por cualquier cosa.

Eso había dejado a Ace y Mark como los dos únicos candidatos. Mark había intentado librarse diciendo que su mano con los niños tampoco era nada del otro mundo, pero Ace se había reído creyendo que se trataba de una broma, y había mencionado a Paula. Al final lo hicieron a suertes y Mark perdió.

Su charla con Junior había sido dubitativa y torpe.

—¿Al final alguien habló con él? —pregunta Logan.

—Yo —responde Mark—, pero dudo de que sirviera de algo.

—Deberíamos echarle un ojo —dice Logan titubeando, como si no estuviera muy seguro de lo que va a decir—. Es algo que llevo pensando un par de días... por si acaso le da por cometer una locura.

—¿Una locura? —pregunta Mark—. ¿A qué te ref...? —Deja de hablar al darse cuenta—. ¡Oh! Es solo un niño, no creo que haga eso.

Logan se encoge de hombros.

—Yo me ocupo —dice Ace, echando a andar hacia la casa.

Stan gruñe y se aparta en dirección a la casa, buscando la sombra del porche. Mark y Logan se quedan solos junto al huerto. Es curioso, ¿verdad? Ser los únicos

que conocen el monstruo que se esconde detrás de esa cara amable que Logan Kane utiliza como máscara de puertas afuera. ¿Te acuerdas del día que le conocimos? Fue en Novato, un pueblo situado al norte de San Francisco. Una cámara de tráfico colocada hacía poco tiempo le captó secuestrando a una adolescente que había sido encontrada muerta. Fue un golpe de suerte que resolvió de un plumazo una serie de crímenes similares cometidos a lo largo de todo el país. Logan trabajaba como vendedor ambulante y encajaba en el perfil. Le trasladaban a prisión cuando el Cuarto Jinete alcanzó la ciudad y Logan terminó acabando en Half Moon Bay y en San Mateo.

Si Mark supiera las cosas que Logan ha hecho en su vida, las atrocidades que ha cometido, le repugnaría y tal vez intentaría ahogarle con sus propias manos. ¿Y quién podría juzgarle por ello? ¿Lo harías tú? Yo te puedo asegurar que no. Incluso me pararía a su lado y aplaudiría mientras a Logan se le escapara la vida. Pero el caso es que no lo sabe, y no solo no lo sabe sino que además después de la fatídica noche en que los muertos vivientes entraron en San Mateo por culpa de Marsha Collins, Mark se siente más unido a ese hombre que esconde un ser abyecto y terrible en su interior. Si recuerdas aquella noche, después de que Tom Ridgewick cerrase la puerta de su casa dejándoles en el exterior, Logan y Mark tuvieron que unir fuerzas para sobrevivir.

—Colega, tengo que decirte que dudo mucho de que esto funcione —asegura Logan, señalando el huerto.

—La esperanza es lo último que se pierde, ¿no? —responde Mark con un suspiro de resignación—. Pues no perdamos la esperanza.

—Claro, como sea.

—Perdona...

Mark echa a andar hacia donde se encuentran Paula y Pluto, dejando a Logan atrás. La niña está sentada en el césped acariciando la cabeza del perro. Por la expresión del labrador, está disfrutando del tratamiento. Es la niña quien preocupa a Mark. Se sienta junto a ella y le revuelve el pelo con cariño.

—¿Cómo estás, pequeñaja?

Ella sacude la cabeza y le mira.

—Bien, grandullón.

—¿Estabas pensando en algo? Tenías la mirada perdida.

Ella se encoge de hombros.

—Bueno —dice—, es raro pero estaba pensando en el *cole*.

—¿En el *cole*?

—Sí. Lo echo de menos. Debo estar loca.

—No estás loca, cariño —responde él.

—No es que eche de menos el colegio. Echo de menos que exista un colegio al que ir, levantarme por la mañana y decir «me da pereza ir al colegio». ¿Es raro?

—Te entiendo perfectamente. Yo también echo de menos un montón de cosas.

Pero no estamos locos por eso. Estaríamos locos si olvidáramos todo eso. El que parece que está muy contento es Pluto, ¿no?

Paula se anima con el cambio de conversación y sonríe, acariciando con más ímpetu al animal, que gime agradecido.

—Dice Junior que Pluto vive para las caricias —asegura ella—. Que es un arisco.

—¿Un arisco? —Mark frunce el ceño sin comprender.

Paula le mira ofuscada. Al verla fruncir el ceño y los labios comprende a qué se refería la niña.

—Quieres decir un adicto —dice.

—¡Eso! Un adicto.

—La mayoría de los perros son adictos a las cosquillas —asegura él.

A Paula le resulta fascinante y le pide que le cuente más cosas sobre los perros. Mark, que tampoco se considera un experto en el tema, tira de memoria para empezar a hablar, encantado de verla sonreír.

Más allá, junto al huerto, Logan Kane les observa a ambos.

3

Mark no le ha preguntado a Paula si tiene hambre porque la respuesta inevitable va a ser que sí. Todos ellos están hambrientos. El racionamiento al que les somete Tom Ridgewick es estricto y duro pero a ojos de todos ellos, necesario. Durante los últimos días, Paula se ha quejado en un par de ocasiones y Mark, dolido, ha tenido que recurrir a mil argucias que pudieran distraer a la niña o hacerla pensar en otra cosa. El día anterior sacrificó parte de su ración para dársela a ella.

—Eso es tuyo, Mark —le dijo ella.

—No tengo hambre, estoy bien —mintió él—. Tú estás creciendo y tienes que comer más.

Paula no había contestado a eso; había oído tantas veces a su madre decir aquella frase, «tú estás creciendo», que aceptó sin rechistar.

Bueno, en realidad te he mentado... no todos están hambrientos en el reino de Tom Ridgewick, pero tal vez necesite refrescarte la memoria. Cuando el asedio de los muertos vivientes se hizo evidente, Tom otorgó a su sobrino Neil y a los amigos de este un puesto equivalente al de un policía en el exterior. Una de las primeras tareas que tuvieron fue ir casa por casa llevándose toda la comida para almacenarla en un mismo lugar y que nadie pudiera comer más que los demás. Shane Walters cumplió con su tarea en el resto de las casas, pero cuando le tocó vaciar la suya tiró más la propia supervivencia que la del grupo, y confabulado con su padre, Rodger Walters, guardaron parte de su comida ocultándosela al resto del grupo.

Así que no, todo el mundo no está igual de hambriento en San Mateo.

Ahora mismo, Rodger y Shane están sentados en el salón de su casa comiendo

cada uno de ellos un yogur que caducó tres días atrás. No es mucho, pero es un extra que el resto no tiene. Ambos están en silencio, como puedes observar. Desde la noche en que los zombis entraron en San Mateo la casa de los Walters no suele tener mucha conversación. Emma Walters murió aquella noche y Shane ha visto cómo su padre envejecía diez años en apenas unos días. Su pelo está más canoso; sus ojos, más hundidos; y su expresión, cien veces más triste.

El ruido de unos nudillos llamando a la puerta les sobresalta. Shane es el único que se levanta del sillón, alarmado.

—Dame el yogur, papá.

Puede que Rodger esté alicaído pero no es estúpido, ambos saben lo mucho que podría llegar a enfadarse Tom si se enterara de lo que han hecho. Le alcanza a su hijo el yogur y Shane los esconde dentro de un cajón. Luego se pasa el dorso de la mano por la boca para limpiar cualquier rastro del producto lácteo y camina hacia la puerta.

—¿Rick? —pregunta Shane asombrado tras abrir la puerta y encontrarse al desgarrado chico que había sido parte de su grupo de amigos hasta que comenzó toda esta situación.

—Eh, Shane —saluda con gesto titubeante el otro chico.

Shane duda, puede que no lo suficiente para que Rick lo perciba pero desde luego a nosotros no nos pasa desapercibido. Que no te extrañe, no es que Shane tenga nada en contra de Rick, a fin de cuentas siempre han sido amigos y la razón por la que Rick y Peter quedaron encerrados en San Mateo cuando todo empezó fue porque estaban en casa de Neil fumándose unos porros. El problema en realidad es que las cosas han cambiado y ahora Neil se ha vuelto mucho más sombrío y no parece tolerar la presencia de Rick, como si le diera asco. Shane ha quedado en medio; a él no le gusta demasiado el nuevo Neil, no le gustó aquella noche mientras luchaban contra los zombis codo con codo y no le gusta la oscuridad que le parece ver en sus ojos desde entonces. Si a él le dieran a elegir, preferiría seguir unido a Rick; lo haría de ser esto el mundo normal, o al menos eso es lo que se dice. En las condiciones en las que viven ahora cree más sensato, sin embargo, unirse a los fuertes. Y eso le ha hecho apartarse de Rick de forma paulatina.

—Pasa anda —dice Shane, echándose a un lado y preguntándose qué diría Neil si se enterase. «Probablemente pondría esa cara de *todo me importa una mierda* que pone ahora», piensa.

—Buenos días, señor Walters —dice Rick haciendo un gesto con la cabeza.

Rodger asiente pero no dice nada. Shane se da cuenta de que está mirando uno de los marcos que tienen en la estantería del salón. En él hay una fotografía en la que salen ellos dos junto a su madre. Rodger y Emma están abrazándose y muy sonrientes en la imagen. Shane apoya una mano en la espalda de Rick y le empuja con suavidad.

—Vamos a mi cuarto, papá.

Tampoco a eso responde Rodger, y los dos chicos se internan en el pasillo en dirección a la habitación de Shane. La cama está deshecha y revuelta, hay ropa por el

suelo y una sensación general de desorden. Rick se sienta en la cama con gesto pesado.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Shane.

—Pasar a verte, tío. Somos amigos, ¿no?

«Ya no tanto», piensa Shane.

—Sí —dice.

—Pues eso, tío. Venía a pasar el rato.

—No tengo ganas de pasar el rato, Rick.

—¿Por lo de tu madre?

Rick se da cuenta un segundo demasiado tarde de su torpeza. El rostro de Shane se nubla antes de que el chico se encoja de hombros.

—No solo eso —responde—. Es un poco todo, tío. Como que con la mierda que hay ahí fuera no me quedan muchas ganas de pasar el rato con colegas. De lo que tengo ganas es de meterme en un agujero y pasar las horas encogido en la oscuridad sin pensar en nada ni preocuparme de nada.

—Ya... Es una mierda todo... —Rick se rasca la cabeza con gesto distraído—. ¿Tienes algo de fumar, tío? Tengo un mono de la de Dios.

—Me he fumado todo lo que tenía.

—Joder macho, yo igual.

—¿Dónde te estás quedando? —pregunta Shane, cambiando de tema.

—En la casa de los dos viejos aquellos.

—Los Finney.

Rick se encoge de hombros, claro. Él no conocía a la gente de San Mateo tan bien como él.

—Ahí, tío. Neil me echó de su casa.

A Shane no le extraña, teniendo en cuenta que Neil no parece el mismo desde aquella noche. En realidad, desde antes, casi desde que empezó todo el asunto de los zombis.

—¿Para qué me echa de su casa si él se ha ido con su tío a la casa de Harrison Ford? —pregunta Rick con tono ofendido—. ¿Sabes que hay un látigo colgado en el salón? Como los de Indiana Jones... Al principio me dijo que hiciera lo que me diera la puta gana, pero hace un par de días entró en casa como un energúmeno y me dijo que saliera de allí cuanto antes. No sé qué le pasa conmigo, tío...

Shane se encoge de hombros. Lo último que le apetece en el mundo es hablar sobre Neil.

—Pues eso, que me he ido a la casa de los viejos esos...

—Los Finney —le interrumpe Shane.

—Eso. Es un poco tétrico, tío, porque hay tres tumbas en el jardín, ¿sabes?

Shane asiente.

—¿Por qué coño enterraron al jardinero ese allí?

—Se llevaba muy bien con los Finney —responde Shane acordándose de Pablo,

el jardinero que había ayudado a Mark y Logan durante aquella noche, y después también a Rachel, Axel y Ace.

—Pues tío, a mí me da mal rollo. No puedo dejar de pensar que se van a levantar por la noche y salir de la tierra, como el final de esa película de terror, la de la niña a la que le tiran un cubo de sangre, ¿sabes cuál?

Shane niega con la cabeza; el cine nunca ha sido lo suyo.

—Me los imagino saliendo y yendo a por mí —termina Rick—. Es una mierda, tío.

—Ya...

—Podría mudarme aquí, si te parece bien.

Rick se gira para mirar a Shane y lo hace con una sonrisa tímida pero suplicante. A Shane se le atasca la saliva en la garganta y tiene que ahogar una tos. La expresión de Rick cambia por una que muestra su desolación al entender que tampoco es querido allí.

—Lo siento, tío, se me ha ido el aire por el otro lado...

—Nada, era una tontería de todos modos —se excusa Rick apartando la mirada—. No debería ni haberlo dicho. Es una estupidez.

Shane se siente un poco culpable. A fin de cuentas Rick siempre ha sido su amigo.

—No es nada personal —asegura—. No creo que a mi padre le haga gracia, sencillamente. Echa de menos a mi madre y anda por la casa como un fantasma...

—Claro, tío... Lo siento, ha sido una pregunta estúpida.

Shane asiente, aunque el otro chico no puede verle porque está mirando en dirección contraria. «Él sabe que es una excusa, aunque pueda tener parte de verdad».

—Bueno, tío, siento haberte molestado —dice Rick levantándose.

—No, en serio, no es molestia... Son tiempos complicados.

—Ya, es verdad.

Shane suspira y Rick se encoge de hombros. Luego salen de la habitación y Shane acompaña a Rick hasta la puerta. No se despiden, simplemente Rick sale y se aleja con andares pesarosos. Si observas a Rodger verás que no se ha movido desde que llegó Rick; sigue en la misma posición, mirando el mismo marco de fotos y con la misma expresión triste y envejecida. Shane se acerca y saca los yogures a medias del cajón donde los había guardado. Le entrega a su padre el suyo y termina el que estaba comiéndose él sin ni siquiera sentarse.

4

A pesar de que los supervivientes de San Mateo dedicaron bastante tiempo a limpiar la urbanización después de aquella terrible noche, aún hay muestras del paso de los zombis que han quedado a la vista, como las numerosas manchas de sangre que

salpican el suelo.

Encontramos rastros en paredes, puertas y suelos; manchas que han adquirido un insano color marrón sucio y que seguirán allí secándose al sol a menos que llueva o alguien decida lavarlas con agua. En San Mateo nadie va a desperdiciar agua en limpiar manchas de sangre, eso lo tienen claro.

Tom Ridgewick suele pasar poco tiempo en la casa que antes perteneció a Harrison Ford, pero nosotros le encontramos fácilmente cerca de la garita de vigilancia junto a la verja de entrada a la urbanización. Si miras la garita verás huellas de una batalla cruenta y brutal. La madera que rodeaba a la puerta está astillada y quebrada; la propia puerta yace en el interior, rota y doblada, pisoteada por cientos de pies. Como si el lugar hubiera sido arrasado por unos vándalos, lo único que le falta para terminar de componer esa imagen son unos grafitis.

Tom echa de menos a Tyrone, el guardia de seguridad que murió dentro de esa caseta después de cerrar la puerta para impedir que los zombis siguieran entrando en masa. Ahora está de pie junto a una de esas enormes manchas de sangre que hay en el suelo. La mayor parte de esa sangre perteneció a Marsha Collins, la madre de Junior. Está mirando hacia el todoterreno que cubre la verja tras la que se agolpan cientos de muertos extendiendo las manos hacia ellos, gritando y aullando como los demonios que son, desesperados y hambrientos.

A otra persona le resultaría extraño ver una sonrisa como la que luce Tom en esas condiciones, pero no a nosotros. Tom es un tiburón, un hombre que ha nacido para controlar todas y cada una de las cosas en las que mete mano, y disfruta haciendo lo que hace.

Escucha pasos a su espalda acercándose. Transforma su expresión por una más apesadumbrada con la misma facilidad con la que alguien se quita una camiseta para ponerse otra. Él lo considera un don, esa capacidad para manipular a su antojo, para hacerles creer a los demás lo que él quiere que crean. Un segundo después Neil se coloca a su lado. Al lado de su sobrino, la sonrisa de dientes blancos perfectamente alineados vuelve a hacer aparición.

—No sé cómo puedes pasar tanto tiempo aquí —se queja Neil—. Esos hijos de puta apestan.

—Cada vez más —afirma Tom.

—De hecho, se les huele desde casa —Neil arruga la nariz—. Joder, dan ganas de vomitar.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan blando, Neil? —bromea Tom, tocándole la fibra sensible a su sobrino, que de inmediato le lanza una mirada asesina—. Relájate, Neil. Disfruta de todo lo que hemos conseguido.

Neil mira a su tío sin decir nada. Aunque le seguiría al fin del mundo si hiciera falta, a veces Neil piensa que su tío está demasiado obsesionado con el control. Para Neil las cosas son más sencillas, las cosas tienen que ser como él dice o saca los puños a pelear, sin más comeduras de coco. Por otro lado, considera que Tom es

quien manda por una razón: es capaz de utilizar el coco mejor que él. Capaz de pensar y tomarse las cosas con más calma. Neil es más impulsivo, como demuestra el hecho de que Tom dijera que Patrick Flanagan se estaba convirtiendo en un problema si querían controlar San Mateo y Neil lo solucionara pegándole un tiro por la espalda al policía de Castle Hill. Hasta su tío se había asombrado cuando Neil se lo había contado.

«Pero luego se había mostrado satisfecho con el resultado», piensa Neil cuando recuerda aquel momento. «Puede que mi tío no pensara en resolverlo de esa forma tan expeditiva, pero una vez hecho lo aceptó».

Y a Tom no le importa mancharse las manos. Esa es otra cosa que hace que Neil le respete. Lo que el sobrino no sabe es que Tom le guarda cierto... respeto. No le tiene miedo, o al menos no de una forma consciente. Es como el hombre que sabe que tiene un perro entrenado para matar: le trata con cariño porque es suyo y quiere sacarle provecho pero con tiento porque sabe que un animal tan peligroso podría volverse contra la mano que le da de comer.

En una mano la galleta y la caricia, en la otra el revólver con el que volarle los sesos si un día le enseña los dientes.

—Una cárcel apestosa es lo que hemos conseguido —replica Neil.

—Pero una cárcel donde somos los reyes. —Tom le pasa una mano por encima de los hombros y extiende el otro brazo como si quisiera mostrarle lo que tienen alrededor—. Somos nosotros los que ponemos las reglas aquí, Neil. Hemos asegurado nuestra supervivencia y eso es todo lo que importa: estar siempre en la cúspide de la pirámide.

Neil mira a su tío con gesto desafiante.

«En realidad, he sido yo el que se ha encargado de todo el trabajo sucio», piensa con orgullo. «Yo soy el brazo ejecutor».

—Relájate, Neil —repite Tom, guiñando un ojo—. Confía en tu tío.

De nuevo aparece esa sonrisa que es todo dientes en la cara de Tom Ridgewick, la misma que utilizaba en el pasado para cerrar cualquier trato, la que le granjea súbditos fieles. Y con Neil funciona, como Tom sabía que haría de antemano. «Tan solo ese policía cateto y listillo y *la puta pelirroja* entendían que ocultaba algo detrás de mis sonrisas», piensa Tom, regodeándose. «Y mira cómo les ha ido a ambos». Patrick Flanagan está muerto por obra y gracia de Neil Ridgewick y Verónica, la puta pelirroja...

Oyen que alguien se acerca y esta vez ambos se giran para recibirle. Resulta ser nuestro viejo conocido Brad Blueman. Resulta extraño verle sin sombrero y sin su cámara de fotos colgada al cuello. Se detiene a un par de pasos de ellos y le dedica una mirada atemorizada a la verja principal antes de centrarse en ellos.

—¿Qué te trae por aquí, Brad? —pregunta Tom.

—Ho... hola, Tom —saluda con un titubeo que resulta impropio en él—. Hola, Neil.

—Buenos días, Brad —le responde Tom con una amabilidad tan engatusadora que sorprende que resulte cautivadora en lugar de falsa.

Neil se limita a levantar la mandíbula a modo de saludo.

Brad se frota las manos con nerviosismo. Si echamos la vista atrás, recordarás que la primera vez que vimos a este hombre, allá en Castle Hill, estaba siendo el protagonista del día. Sus fotografías habían llevado a Jason Fletcher ante el jurado por incendiar una granja donde habían resultado heridas dos personas. Brad Blueman estaba justo donde quería estar, de camino a convertirse en un importante reportero capaz de estar allí donde se producía la noticia. Sin escrúpulos, con delirios de grandeza. Cuando comenzó el apocalipsis su cobardía le hizo ganar muchos enemigos entre los habitantes de Castle Hill. Ellos nunca le quisieron a su lado y él terminó por abandonarles cuando dejaron atrás Los Ángeles. Estaba harto de las miradas de desprecio de Verónica, de los gestos malhumorados de Stan Marshall, de la condescendencia con la que le trataban Mark y Patrick. Él mismo era consciente de las cosas que había hecho, pero a ellos no les valía pensar que lo había hecho para sobrevivir. Eso le había hecho apartarse de ellos...

Y Tom Ridgewick había sabido ver aquella situación y aprovecharla a su favor. Le había entregado a Brad Blueman la amabilidad y el trato amistoso que el periodista necesitaba, le había acogido bajo su ala e incluso le había hecho sentirse importante poniéndole a cargo de la comida. Y Brad había correspondido a esa amistad tal y como Tom había supuesto y deseado que hiciera: hablándole sobre todos ellos.

Porque, tal y como Tom pensaba, hay que conocer al enemigo al que uno se enfrenta.

—Ha... había pensado en hacer un guiso hoy —dice Brad bajando la mirada, incómodo ante la presencia de Neil—. Quería saber si te parece bien.

Tom sonríe. De nuevo, ahí la tienes, esa sonrisa llena de dientes, y ahí tienes también el efecto que produce, solo tienes que mirar a Brad para ver cómo se le contagia la sonrisa de Tom, cómo sus labios se estiran hacia arriba unos milímetros, lo justo para que Tom sepa que una vez más, su don ha surtido efecto.

—Me parece bien, Brad. Pero echa solo una patata. Que sea más agua que comida de verdad.

—Pero...

—Ya lo sé, Brad. Gracias.

Brad asiente y se da la vuelta. Mientras se aleja, te aseguro que va pensando en lo mucho que se alegra de alejarse de allí. Los zombis le ponen nervioso, no le gusta estar cerca de la verja. Y lo cierto es que Neil Ridgewick también le pone nervioso. Hay tantas cosas que ponen nervioso a Brad Blueman que hacer una lista resultaría un trabajo agotador. Pero ahí le tienes, alejándose y dispuesto a obedecer las órdenes de Tom y preparar un guiso que no sabrá a nada.

Sorprende ver para lo que ha quedado este hombre. O no.

—¿Por qué mierda mantienes a ese tío cerca? —pregunta Neil cuando Brad se ha alejado lo suficiente para no escucharles.

—Lealtad pura y dura, Neil. Los enemigos de mis enemigos son mis amigos.

—Ya no tenemos enemigos —replica el chico—. El policía y Verónica podían serlo, pero ya no hay que preocuparse por ellos, ¿no? Mark no es peligroso y Stan menos.

—Nunca subestimes a nadie, Neil. Brad no hace ningún daño estando cerca, y además tampoco es que pudiéramos contar con Rodger para cocinar.

—Difícilmente se puede llamar cocina a lo que hace ese gordo. He comido en hamburgueserías de mala muerte cuya carne tenía más sabor que los guisos de Brad.

—Rodger no ha tocado una sartén en su vida, Neil, te lo aseguro. En casa de los Walters era Emma la que hacía las cosas de casa.

—Mi madre cocinaba bien —asegura Neil de repente—. Cuando estaba sobria.

—No hables mal de tu madre, Neil —musita Tom lanzándole una mirada de reprobación—. Pero sí, era una buena cocinera.

La madre de Neil, hermana de Tom, había muerto durante la noche aciaga en la que Marsha Collins dejó entrar a los muertos en San Mateo. Como maldiciendo su recuerdo, Tom escupe sobre la mancha parda que hay junto a sus pies.

«Marsha estaba como una puta cabra —se recuerda—. Acusó a Neil de matar a su hija Cameron...».

Y justo después de acusarle a gritos y empujones, Neil le había dado un puñetazo que les dejó a todos en silencio y conteniendo la respiración. ¿Recuerdas ese momento? Neil le juró a su tío que no tenía nada que ver con la muerte de Cameron y Tom decidió creerle. A fin de cuentas su sobrino no había mostrado el menor reparo a la hora de decirle que había disparado a Patrick Flanagan por la espalda. Nosotros sabemos a ciencia cierta que Neil no tuvo nada que ver, que fue Logan Kane quien cometió ese crimen, pero Tom no lo sabe a ciencia cierta. A veces mira a su sobrino y se pregunta si sería capaz. Sabe que sí, y Neil tiene algo en los ojos que incluso a Tom le hace sentir escalofríos.

La caricia en una mano, la pistola en la otra. Mantener cerca al *rottweiler* mientras te ayude a poner al resto a raya.

—¿Y Rachel Morris? —pregunta Neil—. Podríamos decirle que lo hizo ella, ¿no?

Durante un segundo, Tom no sabe de qué está hablando Neil. Luego recuerda de qué iba la conversación.

—Está todo el día llorando y abrazada al mocosito que tiene por hijo. Solo verla me deprime. Tenerla por casa preparando la comida sería una pesadilla. Y el niño llorando todo el santo día también... —Tom resopla, mostrando a las claras que la idea no le atrae—. Prefiero a Brad.

—¿Tan mal estamos de comida como para no poder echar más que una patata en el guiso? Somos catorce. Trece si restamos al hijo de Rachel. Si lo único que comemos es agua con sabor, nos debilitaremos.

—Ella también come —responde Tom haciendo un gesto con la barbilla hacia la que fue su casa hasta la noche de la irrupción—, aunque no la hayas contado...

Neil asiente y echa un vistazo hacia la casa. No ha vuelto a entrar desde aquella noche. En parte porque lo que tuvo lugar allí dentro fue una carnicería y no tiene ganas de avivar los recuerdos que ya pueblan sus pesadillas por las noches; pero también porque no quiere verla...

Tom y Neil son los únicos que conocen ese secreto. Y nosotros, por supuesto. Sabemos que en San Mateo no quedan catorce personas vivas, sino quince, y que una de ellas está encerrada en el sótano de la casa que perteneció a Tom Ridgewick. Verónica Buscemi, belleza pelirroja y mujer de armas tomar que nos ha acompañado desde Castle Hill y que ha demostrado en más de una ocasión ser una luchadora, tenaz e inteligente. Todos los demás la dan por muerta. Mark, Paula, Stan... Creyeron la versión de los hechos que narró Neil con voz compungida sobre un zombi que apareció de la nada y le destrozó el cuello. Los dos miembros del clan Ridgewick se guardaron para ellos la verdad, que Neil la había reducido con un puñetazo a traición y la había arrastrado hasta el sótano, donde Tom piensa mantenerla retenida como seguro de vida.

Supongo que recuerdas esa conversación.

En la que Tom Ridgewick le dijo a Verónica lo que está por venir.

«Siempre he sido un hombre precavido, Verónica. Me vanaglorio de ello porque creo que es una de mis mejores cualidades. Al menos, es la que me ha permitido hacerme a mí mismo y convertirme en la persona que soy hoy y ganar el dinero que... que ganaba antes de que ocurriera todo esto. Soy precavido y sé mirar hacia delante. Sé evaluar riesgos y sé tomar medidas. Por duras que sean.

»Te contaré una historia, Verónica. Durante toda mi vida he trabajado muy duro para conseguir lo que tengo. Mi casa, mis dos coches, mi velero, mi empresa. Todo a base de sudor y trabajo duro. Una crisis como la que ha vivido el mundo ahora te puede llevar de estar aquí a estar aquí en un santiamén. Tan rápido como chasquear los dedos. Y por eso empecé a llenar mi bolsa de seguridad.

»Desde siempre, el veinte por ciento de lo que ingreso lo guardo en una caja, en un banco. Hay una gran cantidad de dinero ahí, te lo aseguro. Más de un millón, al menos. Y no siempre fue fácil sacar el veinte por ciento. Lo mires por donde lo mires, si añades los impuestos, los gastos inamovibles y el darse unos lujos de cuando en cuando, es una cifra alta. Al principio fue duro separar tanto dinero y hubo meses, incluso años, en los que me planteé dejar de hacerlo. “¿Qué más da?”, me decía, “¡es una estupidez, Tom, disfruta ahora de lo que tienes, vive a lo grande!”. Seguro que a mucha gente le parece una estupidez, pero me mantuve firme.

«¿A qué viene todo esto?», preguntó ella, agotada.

«Viene a que sé mirar hacia delante, Verónica. Estamos encerrados aquí y las reservas de agua y comida son más bien escasas, aunque nos ha venido bien que nuestro número haya disminuido. Pero siendo amables, vuestro huerto no dará fruto

hasta dentro de unos meses y las reservas son escasas. Tal vez duremos un mes, o dos si nos racionamos mucho. Es improbable, pero es posible. ¿Y después? Bueno, Verónica, tú eres mi bolsa de seguridad».

Los ojos de Verónica se abrieron como platos en aquel momento. ¿Lo recuerdas? Porque yo lo recuerdo como si fuera ayer. Ella se dio cuenta de lo que estaba diciendo él.

«Soy tu despensa...».

«Tal vez pienses en dejarte morir. No te preocupes, estoy preparado para eso. Y si intentas no comer, te lo meteré a la fuerza. Si tengo que encadenarte las manos, lo haré. Si admites tu destino, todo será mucho más fácil».

Una conversación capaz de helarle la sangre en las venas a cualquiera, desde luego. Si te lo estás preguntando, Tom está más que convencido de que hace lo correcto. No tiene la menor duda, el menor remordimiento. Cuando se trata de su propia supervivencia, Tom es un fiel creyente de la ley del más fuerte. Pero no piensa que el más fuerte tenga que ser necesariamente el más hábil, ni tampoco el que más músculos tiene. Sus principales armas son el cerebro y, como le dijo a Verónica, su capacidad para mirar hacia delante y analizar las situaciones que aún están por venir, como si la vida fuera un tablero de ajedrez y él pudiera adelantarse a los primeros diez, quince o veinte movimientos del contrario.

Tom está convencido de que a ese juego nadie podría vencerle nunca.

Es un juego de poder y él es el puto rey.

— Capítulo 5 —

La visión de vuestras almas

1

Paula y Junior caminan con Pluto entre ambos. Mark y Logan van un par de metros por detrás y les oyen parlotear aunque no alcanzan a escuchar sobre qué. Aunque en realidad es ella la que habla más. El niño se limita a responder con monosílabos y mirar al suelo como si en el asfalto se encontrase el secreto del Triángulo de las Bermudas. Lleva una mano en el costado.

—Ah —dice Mark con un suspiro—, tenemos otro asunto.

—Joder, me encantaría pasar un día sin asuntos —murmura Logan.

—Stan fue ayer a la casa del chico.

—¿Y?

—Encontró un saco de comida para el perro, pequeño. Stan dice que racionándolo puede que nos dure un mes.

Logan gira la cabeza para mirar a Mark. Lo hace con una ceja levantada a modo interrogatorio.

—¿En serio? Tom jamás va a autorizar una expedición para buscar comida de perro. Y qué cojones, yo no me voy a ofrecer voluntario. Eso te lo digo ya. Estoy siendo sincero, tío.

—Lo sé... —Mark también mira hacia delante, con una expresión apenada en la cara—. Todos vamos a necesitar comida pronto. Cada día le tengo menos esperanzas al huerto.

—Ni me lo recuerdes. He estado pensando en eso, Mark. Para cuando sea necesario salir ahí fuera, ¿quiénes crees que lo harán? Porque puedes estar seguro de que no serán Tom o Rodger. Y Stan tampoco es un chavalote, si lo pensamos. ¿Neil? Lo más probable es que se excuse con que ya salió él la primera vez. Y tu *amigo* Brad no sirve para correr.

—No es mi amigo.

—De ahí la ironía en mis palabras.

Mark sonríe y menea la cabeza. Entiende a dónde quiere ir a parar Logan y no le apetece pensar en ello. Ha tenido demasiado cerca la muerte en Castle Hill, en Los Ángeles y aquí mismo, en San Mateo, como para querer tentarla una vez más.

—En realidad sí sirve para correr —apunta Logan con una pequeña sonrisa—. Es para lo único que sirve, correr y encontrar un sitio donde esconderse. Así que quedamos nosotros dos, Ace... y el otro chaval, Rick. Y, sinceramente, creo que Rick es tan cobarde como Brad.

—¿Qué vamos a hacer, Logan?

—No tengo ni puta idea. Por desgracia no dejo de pensar en ello, así que si se me ocurre algo serás el primero en saberlo.

Mark asiente, aceptando esa respuesta. El resto del camino hasta la casa de Harrison Ford lo hacen en silencio. Todo el mundo está ya allí. Cuando entran en el jardín, Paula y Pluto corren hacia la mesa que hace las veces de mostrador tras el que Brad Blueman se encarga de servir las comidas. Junior, sin embargo, aún con la mano en el costado y la expresión ausente, se sienta a una de las mesas. Mark se acerca y le revuelve el pelo con gesto cariñoso.

—¿No vas a coger tu comida?

—No tengo hambre —responde el chico.

—Tienes que comer algo, Junior. Es lo único que vamos a tener hasta mañana. No puedes estar todo un día sin comer.

—Pues no quiero comer.

—¿Quieres que te lo traiga yo?

—¡Que no quiero comer! —grita Junior, poniéndose en pie y arrojando la silla al suelo con el ímpetu. Todo el mundo se gira para mirarle y Mark retrocede un paso sobresaltado. Pluto ladra—. ¡Que me dejes en paz, que no eres mi padre! —Los ojos de Junior se llenan de lágrimas que empiezan a correr por sus mejillas—. ¡Mi padre está muerto! ¡Tú no eres mi padre! ¡Déjame en paz!

Junior sale corriendo y al pasar golpea con el hombro a Mark, que le observa incapaz de hacer nada. También pasa corriendo junto a Logan, pero este tampoco hace ningún esfuerzo intentando detenerle, por lo que el chico atraviesa el jardín y sale de la propiedad a la carrera.

Mark siente una mano que se apoya en su hombro con gesto amable y se da la vuelta. Tom Ridgewick está detrás de él, esbozando una mueca de tristeza tan falsa como sus sonrisas de tiburón pero que parece ser bien recibida por Mark.

—Le guardaremos su ración —dice Tom—. Se la podéis dar más tarde, cuando le entre hambre.

—Claro...

—Es un chiquillo. Está triste porque ha perdido a toda su familia. Es comprensible.

Mark asiente, esta vez sin decir nada. Se siente violento siendo el centro de atención de las miradas.

—La última vez que un Collins salió corriendo fue para abrir la puerta y dejar que entraran esas putas cosas —les recuerda Neil, sin levantarse de la mesa a la que está sentado con un cuenco del guiso sin sabor que ha preparado Brad.

Tom se gira y le fulmina con la mirada.

—Joder, Neil —dice Ace—. Tienes la sensibilidad en el culo.

—¿Por qué? ¿Acaso he dicho algo inapropiado para tus oídos?

—Es un niño —le replica Ace—. Y como ha dicho tu tío, acaba de perder a toda

su familia. Podrías tener un poco de consideración antes de abrir la puta boca.

Neil suelta la cuchara dando un golpe en la mesa. Ahora la atención de todos los presentes se centra en ellos dos y como puedes ver Stan ha dado un par de pasos atrás para alejarse de la zona de conflicto y Rachel abraza con más fuerza al pequeño Axel. Cuando Neil hace ademán de empezar a levantarse, Tom da dos rápidas zancadas y se interpone entre su sobrino y el otro hombre, estirando las manos.

—Venga, venga, venga —dice, colocando en sus labios una de sus mejores sonrisas—, no dejemos que los ánimos nos enturbien el cerebro, ¿de acuerdo? Todos estamos tensos por aquí, es normal...

—Si no tuviera consideración —le interrumpe Neil mirando fijamente a Ace con los ojos entrecerrados— lo habría dicho delante de él. Me lo he callado hasta que ha salido por la puerta porque soy un tipo considerado y pensaba que los demás éramos lo suficientemente adultos como para escuchar la verdad.

—Llevas un arma y te crees que eres muy duro, chico, pero no te tengo miedo —declara Ace.

—Deberías.

Neil tuerce la boca en un gesto realizado para exponer su faceta de tipo duro. Ace no se amilana y mantiene la posición. Tom sigue mirando a su sobrino y se gira hacia él para cogerle por los hombros.

—Neil...

El chico se sacude y retrocede un paso para liberarse de las manos de Tom, sin perder de vista a Ace. Luego, con suficiente parsimonia para demostrar que no les tiene miedo a ninguno, se vuelve a sentar a la mesa y coge de nuevo la cuchara.

Tom suspira. Podemos estar seguros de que por dentro arde de rabia y le gustaría estampar a su sobrino contra la mesa. Cuando se gira hacia Ace vuelve a mostrar su sonrisa tranquilizadora.

—Venga, Ace —le dice en un susurro, agarrándole con amabilidad del antebrazo—. Demostremos que somos de verdad adultos, ¿eh? Todos tenemos el ánimo a flor de piel...

A regañadientes, Ace se relaja y la tensión del momento se rompe. Ahora, tal vez deberías mirar hacia Logan. Se está acercando a Mark y se detiene a su lado.

—Todos tenemos el ánimo a flor de piel —murmura en voz baja, solo para que Mark le escuche—, pero no todos tenemos un arma en la cintura.

Mark asiente, dejando que sus ojos se posen en el revólver que Neil carga a todas horas con él desde la noche de la invasión. Desde aquel día, Tom ordenó que sería mejor que algunos de ellos fueran armados. «Porque más vale prevenir que curar», les dijo. Él mismo, Neil, Shane y Rodger. El único en San Mateo que estaba permanentemente armado a pesar de no pertenecer al cuerpo de seguridad creado por Tom Ridgewick era el mismo Logan Kane. La pistola pertenecía al marido de Rachel pero ella no quería saber nada de armas y Ace había negado con la cabeza cuando Logan quiso dársela a él.

«Las armas y yo no nos llevamos bien», dijo. «Quédátela».

—Neil ha dicho una cosa muy cierta: Ace debería tenerle miedo —le dice Logan a Mark, aún en susurros—. Por mucho que a la mona la vistan de seda sigue siendo una mona, y por mucho que a un niño engreído y buscabroncas le pongas una estrella en el pecho va a seguir siendo un niño engreído y buscabroncas. Y esa clase de gente saca las armas a relucir con facilidad, más si la tienen a mano. Ya no estamos en el mundo normal, la policía no va a venir a detenerle. Esto es el Salvaje Oeste, Mark. Si a Neil se le cruza un cable, el que desenfunde más rápido se quedará en pie. Y Ace no tiene pistola.

—Nadie tiene pistola excepto tú —le recuerda Mark.

—Tal vez deberíamos proponer que haya una repartición de armas —susurra Logan—. Decir que todos tenemos miedo de que vuelva a ocurrir que los muertos entren de nuevo en la urbanización. Que os den las escopetas a Stan, Ace y a ti, por ejemplo. Aunque dudo que Tom consienta una repartición de armas.

—No ganaríamos nada con ello. Lo que deberíamos hacer es quitarle el arma a ese chico.

—Ese chico vive con el tipo que tiene el control de este lugar —responde Logan—, así que ya puedes olvidarte de eso. Y no me mires así, porque es la verdad. Tom tiene el control, y una de las cosas que hace para mantenerlo es controlar las armas. También almacena la comida en su casa, ¿verdad? Y todos venimos a comer aquí, aceptamos sus reglas, obedecemos... Tendrías que haber visto cómo me miraba cuando le dije que no entregaría mi arma.

—¿Cómo?

—Como mirarías tú a Brad si él te dijera que la próxima vez que alguien salga de expedición él llevará a Paula de la mano.

Mark se gira hacia Logan con los ojos muy abiertos y este asiente. No se lo ha contado a Mark, ni a nadie, pero Tom intentó convencerle de la necesidad de mantener un control sobre las armas y dejarlas en manos de los que debían tenerlas. Logan sonrió con un gesto irónico antes de contestarle.

«Tom, si los que *deben llevar las armas* son tu sobrino, Rodger y Shane, permite que rechace tu oferta. Me siento más seguro teniéndola yo mismo».

Tom asintió, con su sonrisa de tiburón en el rostro. Incluso se rio como si aquella fuera la mejor observación que escuchaba en días.

—Es posible que estés exagerando, ¿no? —pregunta Mark.

—Trabajé como vendedor hasta que esta pesadilla empezó, sé leer a la gente y te aseguro que para Tom hay dos clases de personas aquí dentro: los suyos y los demás. ¿En qué escalafón crees que te incluye, Mark?

—Hablas como si ese tío fuese un monstruo. Hasta ahora todas las decisiones que ha tomado las ha hecho en pro de nuestra supervivencia, de todo el grupo. Vale que mire más por los que conoce, pero no creo que te considere un enemigo porque hayas decidido guardarte el arma.

—Yo no he dicho que me considere un enemigo, lo dices tú.

—Pero lo piensas.

Logan aguanta un segundo la mirada de Mark y luego asiente. Lo que no le dice a Mark es que no solo ha sido vendedor durante la mayor parte de su vida adulta; no le dice que ha mantenido oculto a un monstruo en su interior y que es capaz de ver que detrás de la mirada cordial de Tom Ridgewick se esconde otro monstruo, uno de otra clase y tal vez no tan brutal como el suyo, pero monstruo a fin de cuentas.

«Un monstruo es capaz de reconocer a otro por muchas sonrisas amables que lo oculten».

Logan está tan seguro de eso como de su propio nombre. De la misma manera, es consciente de que Tom puede haber visto al monstruo que él oculta.

«No creo que sepa lo que está viendo. Sabe que soy peligroso, eso sí. De ahí la forma en la que me miró cuando le dije que no entregaría mi arma. Y yo tengo que guardarme las espaldas».

—Tú mismo me contaste que Patrick y Verónica desconfiaban de él —le recuerda Logan, encogiéndose de hombros—. Será mejor que vayamos a por la comida antes de que se pregunten qué mierda hacemos aquí de pie cuchicheando como viejas cotillas.

Mark asiente y los dos hombres avanzan hasta la mesa tras la que les espera Brad Blueman, dispuesto a servirles guiso en un cuenco. Mark le está dando vueltas a lo que acaba de decir Logan. Es cierto que ni Patrick ni Verónica se fiaban de Tom Ridgewick, y es cierto que él mismo se siente intranquilo... pero también se pregunta hasta qué punto no resulta normal sentirse intranquilo cuando todo el país parece haberse ido a tomar por culo y apenas quedan once adultos, dos niños y un bebé encerrados en una urbanización de un pueblo costero californiano como supervivientes de la catástrofe.

Mark imagina que existen otros supervivientes, al menos eso quiere creer, pero sabe que la mayor parte de la población estará muerta. Si el Cuarto Jinete pudo arrasar Castle Hill hasta dejar apenas una treintena de supervivientes...

«De los que apenas quedamos tres. Stan, Paula y yo. Y yo ni siquiera soy de Castle Hill...».

Pensar en ello le deprime. Por supuesto que se siente intranquilo. Tú sentirías lo mismo, y yo sentiría lo mismo de estar en su situación. Mark es un tipo corriente, un hombre normal atrapado en una espiral de muerte. De hecho, si Mark guarda alguna animosidad contra Tom es debido a que Patrick y Verónica no se fiaban de él... y ahora Logan tampoco parece fiarse.

O eso se dice. Porque enfrentarse a la verdad de tenerle miedo a otro de los supervivientes es más de lo que quiere afrontar en esos momentos.

La pequeña mano de Paula se introduce en la suya y Mark mira hacia abajo. Paula le está dando la mano y le mira con sus enormes ojos abiertos de par en par.

—¿Pasa algo, Paula? —pregunta. Brad está sirviendo guiso en un cuenco para él.

—Tú sí eres mi papá —dice ella—. Antes no, pero ahora sí.

Mark sonríe. Siente que se le empañan los ojos de lágrimas y no cabe en sí del profundo amor y orgullo que le transmite la niña. Brad le entrega el cuenco de guiso y él le hace esperar. Antes necesita agacharse y abrazar a Paula.

Démonos la vuelta un momento. Tom ha tranquilizado a Ace (¡oh, sí, demos gracias al Señor, su fantástica y asombrosa sonrisa ha vuelto a funcionar!) y le ha hecho sentarse a comer a la mesa más alejada a la que está utilizando Neil; pero ahora está regresando y se detiene a la cabeza de la mesa que ocupan su sobrino, Shane y Rodger.

—Alguien debería ir a ver cómo está el chico de los Collins —dice, clavando los ojos en Neil—. Creo que todos estaremos más tranquilos si alguien se asegura de que no hace ninguna tontería.

—A mí no me mires, yo paso —responde su sobrino sin levantar la voz—. Si en este lugar no se puede hablar claro, que vaya Ace si quiere.

Tom resopla y mira a Rodger y Shane. Antes de que ninguno pueda responder, Mark levanta la mano derecha.

—Ya voy yo.

—No —replica Tom agitando una mano—. Aún no has comido, Mark. No hace falta.

—Es solo un niño —apunta Mark, muy consciente de la cercanía de Logan a su espalda y de la fuerza con que Paula estrecha su mano—. No creo que sea lo más oportuno ir a buscarle con una pistola en la cintura.

—¡Dejadlo todos! —exclama Ace poniéndose en pie—. Iré yo.

No espera a que nadie pueda contestar. Sin darles opción a réplica, Ace atraviesa el jardín a zancadas largas y cruza la puerta que un momento antes atravesó Junior a la carrera. Mark acompaña a Paula a la mesa que ocupan Stan y Rachel, con su hijo en brazos. En esa misma mesa está Rick, alicaído y en silencio en una esquina.

«Y siempre es así», se dice Mark. «Ellos en una mesa y nosotros en otra».

Sacude la cabeza, negándose a pensar en eso.

«Somos dos grupos. Y ellos tienen todas las armas».

Maldice en silencio a Logan por haberle hecho sentirse paranoico y empieza a comer. A su lado, Paula está sonriendo al bebé. Desde la seguridad del abrazo de Rachel, el pequeño Axel extiende sus manos regordetas hacia la niña abriéndolas y cerrándolas.

En un gesto jodidamente similar al de los muertos vivientes.

2

Junior está sentado en una tumbona de jardín con las piernas cruzadas; intenta limpiarse las lágrimas que manchan su cara pero es un intento vano. Un momento

después, Ace le alcanza y se sienta a su lado.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunta el niño.

—Supuse que vendrías a tu casa.

Junior vuelve a pasarse el dorso de la mano por la cara sin conseguir más que mojarse también la mano. Ace mira hacia la piscina. El agua crea reflejos en los que uno podría perderse.

—¿Crees que Mark se habrá enfadado conmigo?

—Nunca.

Ace suspira, intentando quitarse de encima la sensación desagradable que le ha dejado discutir con Neil Ridgewick para luego ser apaciguado por Tom. No pienses que ver perder los papeles a Ace Hall es común porque podrían contarse con los dedos de la mano las veces que ha ocurrido y aún te sobrarían tres dedos. Ace siempre ha tenido un carácter templado y eso es en gran parte lo que le ayudó a sobrevivir en el *reality* de aventura y llevarse el premio a casa.

—Mark es bueno —dice Junior con un hilo de voz quebradiza, a punto de ponerse a llorar de nuevo.

—Lo es. Y te quiere mucho. Puedes estar tranquilo, Junior. Nadie se ha enfadado contigo.

«Como no sea el gilipollas de Neil Ridgewick».

Junior lanza un suspiro y apoya las manos en los costados con el ceño fruncido. Ace apoya su mano en el hombro del chico, sintiéndose incómodo y violento pero sabiendo que Junior necesita ese tipo de contacto humano.

—Es normal que estés triste —asegura Ace—. Y puedes contar con nosotros, Junior. Para cualquier cosa de la que quieras hablar, solo tienes que acercarte a Mark, o a mí, y estaremos ahí para ti. Sé que no somos tu familia, pero actuaremos como si lo fuéramos.

Junior asiente con la cabeza, triste.

—Cameron solía tomar el sol en esta tumbona —dice entonces—, y a mí me gustaba lanzar una pelota a la piscina para que Pluto saltase detrás y salpicase a Cameron. Ella se enfadaba y me gritaba, pero a mí me parecía divertidísimo... Es raro saber que no voy a volver a verla.

Ace no sabe qué decir, así que opta por quedarse callado. Junior tampoco dice nada; durante unos segundos se mantiene en silencio, mirando las formas que dibuja la luz del sol en el agua de la piscina. Luego rompe a llorar y se abraza a Ace con fuerza.

Son tiempos de muerte y de lágrimas derramadas. Tú y yo lo sabemos. Hemos visto lágrimas como esas muy a menudo, ¿no?

Volvamos al jardín de la casa que los supervivientes utilizan ahora como sede central, la que fue de Harrison Ford hasta el inicio del Apocalipsis.

Brad Blueman siempre come detrás de la mesa que utiliza como mostrador para servir las comidas. «En mi puesto de trabajo», tal y como dice él, sin mezclarse con el resto. Si ahora levantase la cabeza vería marcharse a Rachel Morris, con su pequeño Axel en brazos, a Stan Marshall, Mark Gondry y a Paula, siempre de la mano de Mark; pero Brad no levanta la cabeza. Con la mirada perdida en la última cucharada de guiso que le queda en su cuenco, en la que flota un pedacito minúsculo de patata. Y por eso se pierde también el ver a Tom acercándose a Mark para entregarle en una fiamblera la parte de la comida del día correspondiente a Junior Collins.

Brad está pensando. En lo que pudo ser y ya nunca será. Abstraído, suele decirse. Es un hombre abatido que lucha con demasiados demonios internos. Solo tienes que mirarle para darte cuenta. Él, que soñaba con llegar a trabajar para los mejores periódicos y salir a la caza de noticias que le permitieran tumbar a políticos corruptos y criminales peligrosos. Él, que tenía la esperanza de llegar a escribir libros basados en los importantes casos que cubriría para esos periódicos. Cocinar y limpiar platos era un destino con el que nunca contó, desde luego.

Se lleva la cuchara a la boca y traga intentando saborearla al máximo. Su estómago ruge y él mira su cuenco vacío con tristeza. Desde que racionan la comida Brad no está comiendo ni una tercera parte de lo que solía comer. Siempre ha asumido que es un hombre gordo, al que le gusta alimentarse bien y ahora... simplemente le resulta insuficiente.

«Pero no voy a quejarme», se dice, en un intento de aplacar la necesidad de más comida que su propio estómago demanda. «Todo el mundo come lo mismo, todos estamos pasando hambre... No tengo derecho a pedir más. Además, Tom se disgustaría si lo hiciera...».

Se levanta y empieza a recoger los platos e instrumentos de cocina que ha utilizado para servir. Suspirando y preguntándose si lamer el cuenco le aportaría más nutrientes, o lo que sea que necesita para satisfacer su hambre, se dirige a la cocina y deja los utensilios en el fregadero.

No utilizan agua para lavar los platos, claro. El agua se ha vuelto uno de sus bienes más preciados y toda la que tienen almacenada en cubos, botellas, bañeras y fregaderos, la utilizan para consumirla. Incluso tienen en mente que cuando se les acabe esa agua probablemente tengan que beberse el agua de las piscinas...

Excepto la de la piscina que pertenecía a Tom Ridgewick, claro. Durante la invasión que tuvo lugar después de que Marsha Collins abrió la puerta uno de los muertos vivientes que perseguía a Logan y a Mark cayó en la piscina de Tom. Nadie en su sano juicio querría beber de esa agua.

«A menos que estuviéramos desesperados».

Brad piensa eso en ocasiones. Se ve a sí mismo con la boca tan seca que podría

lijar con la lengua, sediento y moribundo y tomando la decisión de beber del agua de esa piscina aunque eso le suponga la muerte. Luego sacude la cabeza porque le desespera tener esa clase de pensamientos, le dejan mal cuerpo y el estómago revuelto, con ganas de vomitar. Y las cosas están muy jodidas en cuanto a la comida como para poder permitirse expulsar lo poco que ingiere.

Pero esos pensamientos le persiguen, puedes creerlo. A veces es la sed lo que perturba su paz mental, sí, aunque la mayoría de las veces es el hambre. Brad procura mantenerse ocupado para evitar que su mente pueda divagar y empezar a imaginar lo que pasará cuando la comida empiece a escasear. Realmente le aterra pensar en ello. Se dice «tranquilo, Brad, el huerto dará frutos pronto», o se dice «tranquilo, Brad, traerán más comida», e incluso un par de veces ha intentado mentirse a sí mismo con un «tenemos comida suficiente...». Pero Brad se ocupa de preparar el «menú diario» y sabe lo que tienen en la despensa y que no es suficiente para resistir mucho tiempo; también sabe que traer más es peligroso e implica salir fuera y en la última expedición, la única, murieron dos personas y solo regresó Neil; y por último, Brad ha visto el huerto y duda que sea cierto que vaya a dar frutos pronto.

Deja los platos en la cocina, pensando en limpiarlos más tarde... Con un trapo, no con agua, por poco higiénico que eso pueda parecer, y a Brad se lo parecía y así se lo hizo saber a Tom en su momento. Pero Tom, eterna sonrisa cautivadora en los labios, le miró y le dijo: «no creo que la higiene sea algo que encabece la lista de preocupaciones hoy en día, Brad...». Y después de eso, Brad pensó que sí encabezaba su lista de preocupaciones y tuvo mucho cuidado de separar su cuenco del resto. Con la mente perdida en pensamientos de hambre y secundados por los ruidos de su estómago, desanda el camino hacia el jardín. Para hacerlo pasa por el salón, y si miras a la pared que domina la cara sureste de la habitación verás un látigo enrollado colgado en el centro. Es la única concesión al cine que parece haber en la casa, por lo demás bastante sobria.

—¿Qué demonios ha sido eso, Neil?

Brad escucha la voz de Tom y se detiene justo antes de aparecerse en el umbral de la puerta que comunica el salón con el jardín. Con cuidado, asoma la cabeza y ve que los dos Ridgewick están de pie junto a la silla en la que él ha estado comiendo hasta hace un rato. Piensa en darse la vuelta y regresar a la cocina. No es asunto suyo lo que Tom quiera decirle a su sobrino.

—¿He dicho algo que no pensara todo el mundo? —pregunta Neil con desdén.

Brad no se mueve. No avanza para dejarse ver pero tampoco retrocede para marcharse. En el pecho le cosquillea una sensación, una vocecilla diciéndole que se largue de ahí.

La esencia de un periodista nunca muere, ¿verdad? El ansia cotilla que subyace detrás del instinto de perseguir la noticia...

—¿Tanto te cuesta no decir esas cosas, Neil? ¿Es que quieres destruir lo que tanto nos ha costado levantar?

—¿Nos, tío? No recuerdo que tú te hayas encargado de hacer lo que había que hacer...

—Neil... —Tom suspira, intentando transmitirle calma a su sobrino. Incluso desde donde se encuentra Brad puede percibir que a Tom no le gusta el rumbo que ha tomado la conversación—. No estoy diciendo que no tuvieras razón, solo que no busques enfrentamientos con el resto...

—Que yo sepa, ha sido ese estúpido presuntuoso de Ace el que ha buscado un enfrentamiento...

—Neil... —Tom resopla—. A mí también me preocupaba que Junior pudiera hacer una tontería, ¿vale?

A Brad le parece que está mintiendo. Se lo dice su instinto. Y resulta curioso que acierte cuando no tiene a Tom a la vista, sobre todo sabiendo que Brad es uno de los que caen con más facilidad bajo el embrujo de la sonrisa de Tom Ridgewick. Es probable que si Brad le viera sonreír mientras Tom dice eso mismo, nuestro intrépido periodista se tragaría la mentira con patatas.

—Vale —replica Neil.

—Por favor, Neil. Te lo pido como tu tío que soy, y sabes que te quiero y respeto... Antes de decir cualquier cosa respira hondo y piensa. ¿Vale? Es lo único que te pido.

—Vale.

Brad se imagina a sí mismo sacándoles una fotografía a los dos. Es lo que habría hecho en sus tiempos de periodista en Castle Hill. Claro que... ¿de qué estaría sacando una fotografía? ¿Qué probaría con eso? Dos hombres hablando, tío y sobrino. Por mucho que dijera que el uno le había mentado en algo una fotografía no probaría sus palabras. Y la conversación tampoco da para una noticia, en realidad. Andy Probst, director del Castle Hill Journal, se habría reído de él si le hubiera entregado alguna vez una estupidez como esa.

Andy Probst, el mismo que aplaudió con las orejas cuando Brad le llevó las fotografías que había sacado a Jason Fletcher con un cóctel molotov en una mano, preparado para lanzarlo hacia la granja de los Meyer. Las imágenes que propiciaron que la policía de Castle Hill detuviera al chico y que fueron publicadas en primera página del periódico local pero lograron suficiente repercusión para alcanzar también otros medios cercanos. Las fotografías que hicieron que el chico fuera declarado culpable. Brad también cubrió aquel juicio, ¿recuerdas? Fotografió el momento en que se lo llevaban esposado hacia el coche patrulla que le llevaría a la cárcel y se permitió soñar con que algún medio de Los Ángeles también quisiera hacerse eco. Tal vez incluso la televisión. A Brad se le escapa una lágrima recordando que aquello ocurrió apenas una hora antes de que todo se fuera a la mierda.

Brad ni siquiera recuerda dónde murió Andy. Es consciente de que le vio en algún momento durante el tiempo que pasaron huyendo por Castle Hill, intentando sobrevivir a las huestes de muertos que les perseguían... Pero ya no recuerda cuando

cayó Andy.

De repente, recordar eso hace que Brad quiera llorar. Se obliga a retener esas lágrimas y se inclina hacia delante, lo justo para mirar por el borde de la puerta. Neil está de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y gesto de querer estar en cualquier lado menos allí. Tom, sin embargo...

Brad abre la boca por la sorpresa. Las ganas de llorar, los recuerdos de Andy y lo sucedido en Castle Hill, incluso el hambre que le retuerce las tripas haciendo que sienta un vacío inagotable en el estómago... todo desaparece cuando ve que Tom está sirviendo una ración de comida en una fiambra.

Y de repente, Brad imagina el titular.

Grande como letras de neón de un casino de Las Vegas. Porque sí que es noticia que Tom Ridgewick robe más comida de la que le toca en su ración, ¿verdad?

«Soy imbécil».

Brad contiene su alegría ansiosa, con cierto deje de amargura.

«Ya nadie lee periódicos. Ya ni siquiera hay periódicos que leer. Y yo no seré en la vida nada más que el cocinero de San Mateo».

Una angustia vital se le instala en el estómago, imposible confundirla con el hambre que le atenaza cada día, minándole las fuerzas. Siente rabia porque haya alguien que robe comida cuando él, y todos, también pasa hambre. Siente rabia porque en lo que ya siente como otra vida habría sacado su cámara y hubiera utilizado el poder de las imágenes para denunciarlo. Siente rabia porque confía en Tom y se siente traicionado, porque es la única mano que le han tendido desde que los zombis hicieron acto de aparición en Castle Hill y le duele ver que el dueño de esa mano esté engañándoles a todos de esa manera.

¿Pero qué puede hacer? ¿Correr a contárselo a los demás? ¿A esa gente que le ha dado la espalda desde el principio?

«Ni siquiera se dieron cuenta cuando me largué a San Francisco».

Lo recuerda con un pinchazo de dolor en el corazón, en su orgullo.

No, no va a contárselo a ellos. Es Tom la única persona a la que le contaría algo en esa maldita urbanización. Así que Brad llega a la conclusión de que por mucho que le duela, si quiere que las cosas sigan como están, lo que va a tener que hacer es callarse.

Se pregunta si será capaz. ¿Y tú? ¿Crees que será capaz?

Un ruido hace que Brad piense que Neil se está moviendo y retrocede bruscamente. Al hacerlo, su pantorrilla choca con una mesa baja de madera y la empuja hacia atrás. Las patas chirrían contra el suelo al deslizarse y Brad se queda pálido como un fantasma.

Pero aun así se mueve rápido y se aparta hacia el lado contrario de la mesa. Para cuando Tom y Neil se asoman al salón él está agachado junto a la mesa, simulando colocarla bien centrada. Simula sobresaltarse al verles y se lleva una mano al pecho.

—Qué susto —murmura, sintiéndose ridículo pero concentrándose en proseguir

el paripé.

Neil le mira con una ceja levantada y su mueca de desdén más clásica. Brad les sonríe y sale al jardín murmurando algo sobre recoger el resto de los platos. Mientras se aleja de ellos, con los pelos de la nuca erizados como si un dedo helado le hubiera rozado la piel, oye a Neil murmurar algo pero no entiende lo que dice.

Nosotros sí le escuchamos.

«Gordo subnormal...».

4

Después de una catástrofe la sensación general de los supervivientes suele ser desoladora, supongo que estarás conmigo en eso. La pérdida afecta al ser humano y le golpea como un *tsunami*, arrastrándole y empujándole de un lado a otro, sin permitirle adivinar dónde está la superficie en la que poder tomar aire una vez más para llenar los pulmones.

Si al cataclismo le unimos otras penurias como el aislamiento, el hambre y una ronda perpetua de muerte, como es el caso, no debe extrañarte que algunas personas acaben tomando caminos que extrañarían en otras circunstancias.

Sé que no estoy diciéndote nada nuevo, que ya hemos presenciado algunas de estas decisiones; probablemente la más rara sería la que tomó Marsha Collins al apretar el botón que abrí la puerta de entrada a San Mateo, abriendo paso con ese simple gesto del pulgar a una pequeña horda de muertos vivientes que dio al traste con varias vidas. Y pudo ser peor, sin duda.

¿Recuerdas a Albert y Abigail Finney? Eran dos ancianos entrañables, cariñosos y bondadosos; ella hacía la limonada más rica en varios kilómetros a la redonda. No fueron capaces de soportar la idea del confinamiento en la urbanización, ni de todo lo que estaba ocurriendo al otro lado del muro que mantenía San Mateo a salvo, y tampoco quisieron que la escasa comida que tenía el grupo se gastara en dos ancianos como ellos que a fin de cuentas tampoco tenían mucho tiempo más de vida por delante. Pastillas, una nota explicativa y adiós, muy buenas.

Y ahora, es Rick quien sostiene un trozo de cuerda que acaba de pasar por una de las ramas del limonero que abastecía a Abigail Finney para preparar sus riquísimas limonadas.

La casa no está maldita, por si estás preguntándotelo, aunque en ella se hayan suicidado los Finney, y su siguiente propietario temporal, el jardinero Pablo Collantes, fuera la última víctima de aquella noche aciaga. Es el mundo el que está maldito, el propio ser humano que ha sido capaz de crear un arma tan mortífera e incontrolable como el Cuarto Jinete. ¿Te resulta extraño? Porque a mí, desde luego que no. El ser humano es la peor plaga que ha assolado este planeta, no ha dejado de estar en guerra contra sí mismo ni uno solo de los años que ha pasado sobre la faz de

la tierra. El ser humano contamina, viola, mata, extorsiona, roba... No, no es la casa de los Finney la que toma las decisiones...

En realidad, Rick tiene dudas. Cosa que tampoco debería extrañarnos, dicho sea de paso. Es un cobarde y mi apuesta siempre sería a que esto es una llamada de atención y no un suicidio. Podría equivocarme, no soy Dios, pero ya sabes, huele a eso.

Ha puesto la cuerda, ha probado que la rama resista su peso, y ahora está atando el otro extremo al tronco del árbol. Con el rabillo del ojo vigila, como siempre desde que vive en esa casa, las tres tumbas que hay en el jardín: Albert y Abigail Finney y Pablo Collantes.

Le aterra que una mano pueda salir de entre la tierra, con las uñas ennegrecidas y rotas por haber estado escarbando. Le aterra que a esa mano le siga un cuerpo putrefacto y lleno de gusanos asomando de todas las cavidades.

Mira el nudo que ha practicado en el extremo de la cuerda que cuelga de la rama. Junto al árbol tiene una silla a la que se sube y mira el círculo en el que tiene que meter la cabeza para después apretar contra su cuello... Pero de momento no lo hace, solo lo mira.

Otro miedo está circulando por sus venas. Sabe que si da el siguiente paso lo único que quedará es dejar caer la silla y entonces la cuerda se apretará contra su cuello y él se ahogará. Pensar en eso ya le da miedo *per se*, pero además está el resto...

«¿Me convertiré?», se pregunta. «¿Me transformaré en una de esas cosas y despertaré de nuevo colgado del árbol, dando patadas y manotazos y sin poder moverme?».

La posibilidad no deja de ser ridícula, ¿te lo imaginas?

—¿Qué le he hecho? —pregunta en un susurro. Un par de lágrimas resbalan por sus mejillas.

Resulta difícil apiadarse de él, de todas maneras. Rick nunca ha sido un buen chico, siempre ha llevado por bandera el traje de tipo duro, desobediente, gamberro y maleducado; siempre le han interesado más el alcohol, la maría y la juerga que estudiar y convertirse en un hombre de provecho.

—¿Qué le he hecho? —vuelve a preguntarle a la sogá.

Ahora las lágrimas corren por su rostro como dos ríos sin control. Con las piernas temblorosas, Rick se baja de la silla y se sienta en ella. No dirás que no te lo advertí. Si hubiéramos apostado me habría llevado tu dinero a casa.

Dejémosle ahí, llorando sus penas y preguntándose qué le ha hecho a Neil para que le trate como le está tratando. El mundo se ha ido a tomar por culo, prácticamente no tienen comida con la que subsistir, la muerte les rodea de forma constante... pero a Rick le preocupa que su amigo Neil ya no quiera tenerle como compañero de risotadas y fechorías. Como te dije, resulta difícil apiadarse de este imbécil.

Tom abre la puerta de la que fue su casa. El recibidor muestra aún las cicatrices de la batalla campal que tuvo lugar en las escaleras. Nadie volverá a vivir en esa casa, eso lo sabe Tom tan bien como podemos deducirlo nosotros con solo echar un vistazo. Hay tanta sangre seca, tantos trozos de carne, hueso y músculo putrefactos, cubriendo cada escalón, el suelo, las paredes. Hay marcas de disparos, paredes horadadas y heridas. Neil y Verónica lucharon con valentía aquí, hombro con hombro. Esto es el escenario apocalíptico que queda tras la guerra.

«¿Quieres que lo limpiemos?», le preguntó Ace después de que entre todos sacaran los más de cien cadáveres que había apilados en el recibidor, las escaleras y el desván, donde tuvo lugar la última parte de aquella batalla. Todos con el cráneo destrozado a golpes o reventados con disparos de la escopeta que había utilizado Neil hasta que se agotaron las balas. De solo recordar la espectacular lucha que libraron en el interior de su casa dos sensaciones recorren el cuerpo de Tom: orgullo y ganas de vomitar.

«No», le respondió él. En aquel momento estaban en el jardín preparándose para quemar los cuerpos. «Tardaríamos mucho en adecentar la casa, y ni siquiera sé si seríamos capaces de borrar todo rastro de la carnicería que ha tenido lugar ahí dentro. No tenemos los recursos, los medios ni las fuerzas para gastarlas en eso. Me mudaré a otra casa y dejaremos esta como el recuerdo de que unidos podemos hacerles frente».

Como discurso improvisado le había salido muy bien, pero por supuesto, no era del todo cierto. Sí que les habían hecho frente, de eso no cabía duda porque habían sido capaces de sobrevivir al ataque de más de cien muertos vivientes. Con Verónica y Neil a la cabeza, él mismo, Rodger y Shane; bueno, y Brad, aunque su aportación a la causa se limitó a esconderse en el cuarto de baño del desván y temblar como una hoja de papel en un huracán.

Acompañémosle en su trayecto. En las manos lleva la fiambarrera en la que Brad Blueman le ha visto guardar parte del guiso. Nuestro periodista ha creído erróneamente que Tom estaba robando comida para él pero nosotros sabemos la verdad. Como ves, Tom se cuida mucho de no acercarse a ninguna de las paredes; aunque las manchas en ellas estén resacas ya, prefiere no arriesgarse a tocarlas. Ninguno de ellos sabe realmente cómo se contagia el virus.

Abre la puerta que lleva al sótano y una rendija de luz cruza la oscuridad de las escaleras que descienden, iluminando débilmente el camino. Tom sujeta la fiambarrera bajo el brazo izquierdo y saca una vela, consumida hasta la mitad, del bolsillo de su pantalón. Luego la enciende y espera a que la llama cobre fuerza antes de cruzar la puerta y cerrarla.

A otra persona más aprensiva esta misma situación haría que le nacieran cosquilleos de intranquilidad en la base del cuello. Tom escudriña la oscuridad utilizando la vela para hacer retroceder la negrura. Desciende con cuidado por los

escalones, pensando como cada día al hacer ese trayecto, que Verónica podría haberse liberado de las cadenas que la atan a la pared y estar esperando debajo de la escalera, lista para agarrarle el tobillo y hacerle caer. Se rompería el cuello sin remedio.

No hay electricidad desde hace semanas así que la vela es todo lo que tiene. Escucha el corretear de pequeñas patitas a la izquierda y se estremece. Las únicas compañeras de Verónica allá abajo son las ratas y los demás bichos que pueblen la húmeda estancia donde la mantienen retenida.

«¿Y si enferma?», le preguntó Neil. «¿Y si se muere y las ratas empiezan a comérsela? ¿También la pondrás en una olla y harás un guiso con ella?».

«La pregunta clave es otra, Neil», respondió él, «todo nuestro plan se basa en pensar que Verónica no se convertirá después de que la matemos. Si lo hace...».

Dejó la frase inacabada, pero no había necesidad de terminarla. Verónica era su bolsa de seguridad, su despensa para cuando la comida se terminara. Tom había visto *Viven* en varias ocasiones. El tema le había resultado tan estimulante como llamativo y había empezado a leer sobre el tema: la historia real de aquellos supervivientes chilenos de un accidente de avión que tuvieron que comerse a sus compañeros muertos para sobrevivir, pero luego también sobre otros casos de canibalismo de supervivencia. Entre ellos le había llamado también la atención la historia de unos colonos americanos que habían quedado atrapados en las montañas. Para cuando encontraron la expedición, apenas quedaba uno de ellos con vida para relatar una cruenta historia en la que varios miembros del grupo habían decidido comerse a los demás para sobrevivir. Con el tiempo se habían quedado sin provisiones de carne humana externa a su propio grupo, y habían empezado a mirarse unos a otros preguntándose quién sería el primero en atacar. Ninguno de ellos había querido dormir por miedo a que le asesinaran por la noche. Empezaron a cuchichear los unos con los otros, creando complots y alianzas. Hubo una víctima y se la comieron. Cuando terminaron con su cuerpo cayó otro, y otro, y otro hasta que solo quedaron dos. El que antes se decidió a dar el último paso fue el único superviviente de esa expedición, pero su suerte fue escasa, puesto que le ahorcaron después de celebrar el juicio.

Tom siempre se había preguntado si sería capaz. Se imaginaba a sí mismo en una situación similar, sin comida, con hambre, sin saber cuánto tiempo tendría que resistir hasta que le rescatasen. La respuesta que se daba siempre era positiva.

Por sobrevivir, Tom está dispuesto a cualquier cosa.

Y cree que haber tomado la decisión de apartar a Verónica del resto es acertada. Tom no cree en el proceso democrático de exponerles a los demás sus planteamientos y esperar a que ellos vean las cosas como las ve él, votar y decidir. Conoce los laberintos morales a los que se enfrentan los demás y que les harían expresar dudas ante la sola idea de comerse a uno de sus congéneres. No, Tom no está dispuesto a pasar hambre mientras el resto decide y se pregunta cómo hacerlo y quién se convertirá en filetes.

Cuando tengan que dar ese paso, Tom lo dará por hecho. Será «comed carne y uníos a mí o moríos de hambre. Vosotros mismos».

¿Le repugna pensarlo? En realidad, no más que pensar en comer pescado crudo pero no por eso dejó de ir nunca a restaurantes japoneses. Y si se trata de sobrevivir, Tom está seguro de que superará el asco.

Pero como le dijo a su sobrino aquel día, la pregunta clave es otra. ¿Se transformará Verónica después de morir? Porque si lo hiciera no podrían comérsela, no sin arriesgarse ellos también...

Tom sonrío. Pensar en todo eso de una forma tan explícita siempre le hace sonreír.

La luz trémula de la llama dibuja arabescos en la pared mientras Tom recorre el sótano hasta llegar a donde Verónica está tumbada en el suelo en posición fetal. Le está mirando, y cuando se acerca ella se incorpora hasta quedar sentada y apoya la espalda en la pared. Su estado es lamentable. Tiene el pelo sucio y revuelto, la cara mugrienta y la ropa empieza a estar acartonada. Ha perdido peso y se le nota en los pómulos, que ahora aparecen más marcados, pero no ha perdido ni un ápice de la fuerza que transmiten sus ojos, esa fiereza animal que denota a Verónica como una mujer de armas tomar. Sigue siendo una mujer de belleza espectacular cuando uno sabe bucear por debajo de la suciedad.

—Buenos días, guapa —saluda Tom en tono casual, sentándose en una silla plegable que bajó unos días atrás para poder utilizarla mientras habla con ella. Acerca la vela hacia ella—. ¿Cómo estás hoy?

Verónica parpadea y aparta la mirada de la vela encendida. Sus ojos se han acostumbrado a la oscuridad y ahora la luz le hace daño. Al girar la cabeza deja a la vista la costra que tiene en la sien izquierda, justo donde Neil la golpeó para dejarla inconsciente. Tom sonrío al ver que ha cicatrizado bien y no parece estar infectada. Él mismo le lavó la herida y se la curó. Tal y como le dijo a ella, lo último que quiere Tom es que la comida se eche a perder.

—¿Hoy no tienes ganas de hablar? —pregunta.

Verónica gira de nuevo la cabeza y clava en él esos profundos ojos de pantera que gasta. Tom está convencido de que si se acercase un poco más ella le rodearía el cuello con las manos y le estrangularía hasta matarle. Siempre mantiene las distancias, tiene especial cuidado en no ponerse a su alcance porque sabe que ella le observa con cuidado, a la espera de que cometa un error y pueda abalanzarse sobre él.

«No llevo las llaves de tus cadenas encima», le dijo un día después de acercarle la comida con el palo de una escoba. «Si me matases, te quedarías aquí encerrada con un cadáver pero no podrías huir».

«Estás gordo», respondió ella hablando entre dientes, con una furia y un desdén que ni siquiera Neil era capaz de igualar, «así que al menos si me entrase hambre podría hacer caso de tu idea y tendría para comer durante un tiempo. Y siempre me quedaría la satisfacción de ver cómo se apagan tus ojos».

Tom le ofreció su mejor sonrisa de tiburón a modo de respuesta aunque por

dentro se había estremecido. Verónica era una luchadora, de eso no le cabía duda, y Tom la respetaba por eso. También era implacable, y en todos los días que llevaba encerrada en el sótano, encadenada a la pared, no había suplicado ni una sola vez. El día que limpiaron de cadáveres la casa, Neil y él tuvieron que bajar y amordazarla para que no pudiera advertir al resto de su presencia allí abajo. Les costó reducirla y tuvieron que hacerlo entre los dos y a golpes, y aun así ella no se rindió hasta que la inmovilizaron y cubrieron su boca con varios pañuelos y una capucha negra.

Tom terminó sudando y agotado e intentó bromear con su sobrino respecto a la dureza de aquella mujer. Pero Neil la admiraba en cierto modo; comprendía el plan de su tío, y lo apoyaba, pero Tom sabía que a Neil le afectaba que fuera Verónica. Habían luchado juntos para mantener lejos a los muertos vivientes en la escalera, y después en el desván. Tom lo comprendía. Le dijo a Neil que era necesario, y le convenció diciéndole que Verónica no dejaría nunca de ponerles en duda. Neil se encogió de hombros y le dijo que vale, que haría lo que dijera Tom.

Por si acaso, no dejó que Neil volviera a bajar al sótano después de aquella mañana en la que había sudado la gota gorda para inmovilizarla y amordazarla. No permitiría que Verónica y Neil hablaran a solas nunca. Por encima de su cadáver. Tom es un firme creyente del más vale prevenir que curar.

6

—Hoy hay guiso —le dice, mientras cruza una pierna sobre la otra y se repantiga en la silla—. Tiene poca sustancia y sabe más a agua que a otra cosa. Empezamos a quedarnos sin comida...

Tom sonrío y le guiña un ojo. Verónica no reacciona ante la indirecta; le mantiene esa mirada desafiante con la que le observa siempre.

—Come, querida.

—No soy tu querida —replica ella con voz grave y reseca, como si le faltara saliva que lubricara las cuerdas vocales.

Tom sonrío, satisfecho de haber obtenido una respuesta.

—Come —repite él, aunque en un tono más amable, rozando lo condescendiente.

Verónica opta por obedecer. Estira la mano hasta la fiambarrera y la abre con cuidado, como si temiera que dentro pudiera haber una serpiente preparada para saltarle a la cara. Observa el guiso con resignación y vuelve a mirarle.

—Te lo he dicho —se excusa él, encogiéndose de hombros—. Es pobre pero es lo que nos queda.

—Me alegro —responde ella—. Eso quiere decir que moriréis pronto.

—No tan pronto, querida. He calculado que contigo tendremos carne para unos veinte días, racionando, claro. Aunque puede que un poco más si somos cautos. Pongamos un mes, ¿te parece?

Verónica no contesta. Puedes comprobar con solo mirarla que detesta a ese hombre, que le encantaría saltar sobre él y hundir los pulgares en sus ojos hasta sentir cómo estallan los globos oculares, que le encantaría destrozar a puñetazos esa asquerosa sonrisa que tiene.

—Un mes —repite él, pasándose la lengua por los labios—. Verónica, también te he traído agua, pero no voy a dártela hasta que empieces a comer.

Con la misma resignación cansada que ha mostrado antes, Verónica inclina la fiambarrera y bebe la sopa por una esquina. Parte se escurre por su barbilla y se une al resto de mugre que cubre su ropa.

—Bien, tómatela despacio, no vaya a hacerte daño al estómago —murmura él, paternal.

Verónica termina y deja la fiambarrera vacía a un lado con gesto calculado para parecer involuntario. Pero Tom se da cuenta de que si él se agachara a cogerlo ella podría agarrarle el brazo. Sonríe.

—Como te iba diciendo —continúa mientras saca del bolsillo izquierdo una pequeña botella de agua rellena hasta la mitad y se la entrega a Verónica—, he calculado que tú nos durarías un mes. Stan y Mark nos darían otro mes cada uno. Eso hace un total de noventa días de ventaja sobre vosotros. Suficiente para que el huerto empiece a producir, espero... Aunque, si te digo la verdad, Verónica, no he visto muchos avances en ese trozo de jardín en el que habéis plantado.

Ella bebe un pequeño trago de agua, no permitiéndose ceder al impulso de engullirla de golpe. Sus ojos no se separan ni por un instante de los de Tom, siempre vigilándole, calculadores.

—Pongámonos en lo peor. Digamos que el huerto nunca produce y que estamos destinados a comernos los unos a los otros... Eso aún me concede bastante más tiempo que a ti, ¿no crees? A medida que queden menos bocas que alimentar, también durará más cada cuerpo.

—Fantástico —escupe ella con desdén—. Te felicito, vas a vivir un año más que yo sin ninguna esperanza y cuando mueras lo harás solo y rodeado de fantasmas.

—O no. Puede que el ejército aparezca dentro de un año —responde él.

«Y yo me aseguraré de no dejar pruebas de lo que he hecho. No seré como ese pobre desdichado al que juzgaron y ahorcaron durante la conquista del oeste».

Verónica no contesta. Tom le enseña los dientes en otra de sus sonrisas.

—¿Cuánto tiempo crees que duraría Paula? —pregunta entonces—. ¿Diez días? ¿Quince? No tiene mucha carne y...

Verónica se levanta de un salto, tan rápido que Tom se sobresalta al verla correr hacia él y está a punto de caer hacia atrás, con silla y todo. Las cadenas impiden que Verónica le alcance, por supuesto; se tensan y restallan y los brazos de ella se quedan atrás mientras su cuerpo se inclina hacia delante. Cuando habla lo hace con tanto odio que a Tom le da la impresión de que sus ojos generan electricidad y brillan. Pequeñas gotas de saliva salen despedidas de entre sus labios con cada palabra.

—¡No te atrevas a tocarla, hijo de puta!

—Oh, vamos, Verónica —murmura él con decepción, pasándose de forma distraída la mano por el pecho. Su corazón se ha acelerado con el sobresalto y lo nota cabalgar en su interior—. No caigamos en la parte de los insultos. Ya sabes que nuestras conversaciones terminan si empezamos con eso.

—No la toques —repite ella.

—Luchas una cruzada inútil, Verónica. ¿Qué más da si soy yo quien la mata o muere ella por otra causa? Al final va a morir, y lo sabes tan bien como yo. Es una boca que alimentar, una boca estúpida, teniendo en cuenta que tampoco aporta nada al conjunto del grupo. ¿Quién va a cuidar de ella cuando Mark no esté? ¿Yo? —Tom se echa a reír y se palmea las rodillas—. Estás loca si crees eso.

Verónica aprieta los dientes con fuerza. Tom siente que nunca nadie le ha mirado con tanto odio, es una sensación nueva y no especialmente agradable. Claro que tampoco ha mantenido cautivo nunca a nadie haciéndole saber además que nunca saldrá vivo de su encierro.

«Tiene motivos para odiarme».

—Siéntate —ordena.

Ella le mantiene la mirada, desafiante.

—Siéntate o te juro que subiré esas escaleras y la próxima vez que baje te traeré la cabeza de esa puta niña.

—Dudo mucho que tengas los huevos necesarios para hacerlo —escupe ella, sibilina.

A Tom ese desafío le hace parpadear por la sorpresa, apenas un instante antes de que vuelva a sonreír, gratamente impresionado.

—Puede que no, pero... ¿de verdad quieres ponerme a prueba? ¿Crees que Neil tendría reparos en cortarle el cuello a Paula?

—No la toques —repite ella.

—Siéntate, Verónica.

Le produce cierto placer ver que ella termina cediendo y se echa hacia atrás para sentarse. El corazón de Tom empieza a recuperar su ritmo normal.

—¿Sabes? —pregunta él cuando ella vuelve a estar en el suelo, con la espalda apoyada en la pared—. He empezado a disfrutar de nuestras pequeñas charlas. Es como la parte del día más estimulante. Me paso las horas deseando que llegue este momento.

—Aún tienes la oportunidad de enderezar esto y hacer las cosas bien —dice ella con un deje de esperanza—. Aún podemos arreglarlo y sobrevivir como un grupo unido. Como hicimos esa noche.

—Me preguntaba cuándo intentarías convencerme para que te soltara. Has tardado bastante más en intentarlo de lo que esperaba.

—Pero es la verdad —dice ella encogiéndose de hombros—. Has visto que soy capaz de luchar, has visto lo que valgo. ¿Crees que habríais sobrevivido si no hubiera

llegado a estar con vosotros? Dime, Tom. Piensa en ello y dime.

—Sé que la respuesta es no —contesta él con una sonrisa, rascándose la mejilla con gesto ausente. Imágenes de aquella noche regresan a su mente como el *flashback* de una película.

—No te prometo que vayamos a ser mejores amigos después de esto, pero podemos arreglarlo, Tom. Suéltame y unamos fuerzas.

—¿Y darte la opción de clavarme un puñal por la espalda? No, gracias. Es una oferta tentadora pero irreal.

—Tienes mi palabra de que no haré eso.

—¿Me tomas por idiota, Verónica? Te tenía en mayor estima.

—Mira... —Verónica se inclina un poco hacia delante—, has demostrado tu opinión pero lo que yo te propongo es mirar a más largo plazo, ver más allá de ese año que planteas tú asesinando uno por uno a los que quedamos vivos para después comernos. Ni siquiera tú puedes asegurar que nadie se rebele en algún momento y termines cayendo a la parrilla y siendo víctima y no verdugo...

—Permíteme que lo dude —replica él, tan seguro de sí mismo que resulta asombroso—. Si hemos llegado a esta situación ha sido por una única cosa, algo que se me da bien y que me ha permitido triunfar en cada negocio que he acometido en la vida. Puedo leerlos, tengo pleno acceso a la visión de vuestras almas y veo lo que escondéis detrás de ellas.

—Lo dices como si fueras multimillonario y creyeras estar subido en lo alto de la ola —contesta ella con desdén.

—No. Soy el amo y señor de todo esto, San Mateo es mi reino. —Se da un par de toques con el dedo en la sien—. Y lo que tengo aquí dentro es mi arma de destrucción masiva.

Verónica levanta una ceja, mirándole como si se hubiera vuelto loco.

—Siempre he pensado que es más fácil, y más cómodo, moverse en un terreno asequible que apuntar a lo más alto —continúa Tom—. El dinero corrompe, Verónica. Y cuanto más tienes, más y más quieres. Si mantienes un perfil medio, tirando a alto pero consecuente con tus necesidades presentes y futuras, es posible vivir una vida grata y plena. Te lo aseguro, soy la prueba viviente de que es cierto.

—Y en este caso prefieres vivir un año convirtiéndote en un asesino y mirando siempre por encima del hombro para vigilar que nadie decida que tú debes ser el próximo banquete en lugar de ellos... en lugar de intentar pensar de qué manera podemos arreglárnoslas todos juntos. —Verónica niega con la cabeza—. Lo siento, pero no lo entiendo.

—Darwin, querida.

—No soy tu querida —replica ella con cansancio.

—Es una forma de hablar. La supervivencia del más fuerte, ni más ni menos. Me basta echar un vistazo a tu alma para saber que jamás habrías aceptado mi liderazgo; me habrías puesto en entredicho y te habrías enfrentado a mí cuando no estuvieras de

acuerdo con algo. Un duelo así de constante minaría la determinación del resto y podría empujarles en una o en otra dirección. No tengo intención de ceder poder, Verónica. Ni siquiera de aceptar opciones distintas a la mía. Creo que para sobrevivir a algo como lo que está ocurriendo uno debe estar en la cúspide de la pirámide.

—¿De qué estás hablando, Tom? Yo no tengo ninguna intención de ser líder de nada. Lo único que digo es que todos podemos sobrevivir si...

—Veo tu alma, Verónica. Tus ojos son un libro abierto para mí y puedo ver en ellos el rencor y el odio. Dejar que eso corra libremente por San Mateo sería malo para el grupo —Tom inclina la cabeza hacia un lado—, bueno, para mi control sobre el grupo.

—Estás loco, Tom...

—Es posible —responde él haciendo un gesto con la mano para restarle importancia— aunque ten en cuenta que a muchos genios se les tachó de locos en su momento. Examinando a todos los que quedábamos, tú eras el mayor problema para mantener ese control, Verónica. El resto son todos como ovejitas, sin nadie más que les haga ver que existe otro camino todos acabarán recorriendo el sendero de baldosas amarillas que dibujaré para ellos.

Horrorizada, Verónica niega con la cabeza. No quiere creer que ese vaya a ser su final, el de todos los supervivientes de San Mateo, arrastrados a la muerte por ese tipo que está delante de ella y su sobrino psicópata. Le resulta deprimente pensar que todo lo que han sufrido, todo lo que han tenido que vivir desde Castle Hill... solo les haya conducido hasta allí.

—Es hora de irme, Verónica. Ha sido un placer charlar contigo, como todos los días —asegura Tom, volviendo a sonreír. Sus dientes brillan bajo la luz mortecina de la vela—. Empuja la fiambrrera hacia mí con el pie, anda.

Verónica le dedica una mueca, mitad desprecio mitad «bien hecho, has estado atento, ya te cazaré a la próxima», y obedece. Una vez está lo suficientemente lejos de ella, Tom se agacha y lo recoge.

—Nos veremos mañana —le dice a modo de despedida.

Tom se lleva la vela con él, sumiendo a Verónica en la oscuridad de nuevo. Mientras sube las escaleras, está pensando en lo que ha dicho hace un momento y una vocecilla dentro de su cabeza le replica que no es del todo cierto. Desde el principio, desde que les vio llegar a la urbanización mintiendo y con Mark y Verónica haciéndose pasar por un matrimonio inexistente para inspeccionar sus defensas (a Tom sigue hirviéndole la sangre cuando recuerda aquello), supo que Patrick y Verónica serían un peligro para él y para toda su comunidad.

En aquel momento Tom aún pensaba que todos los habitantes de San Mateo eran su comunidad. Se hacía responsable de ellos. Luego entendió que no lo eran, que apenas era ovejas a las que podía controlar y mover a su antojo y que lo importante allí era asegurarse de que fuera él quien sobreviviera. Si acaso, guardaba cierto cariño a su hermana, y también a Rodger y Emma Walters. Algo menos, pero también

podría incluirle en el lote, estaría Tyrone, el guardia de seguridad. Y, por supuesto, Neil.

Su hermana, Tyrone y Emma Walters habían muerto, los tres durante la noche en que Marsha Collins abrió las puertas. Rodger se ha convertido en una sombra de lo que era y Neil... bueno, él merece otro capítulo aparte incluso para Tom («la caricia con una mano, en la otra la pistola»).

Si alguna vez miró por otros eso está definitivamente acabado.

Pero hay más dentro de su cabeza. Estas son las cosas que, si no vinieras conmigo no tendrías oportunidad de conocer. Nosotros podemos meternos en su cabeza, ver lo que ocurre ahí arriba, escudriñar en sus trapos sucios... Ver su alma.

Muerto Patrick, gracias a Neil, solo quedaba deshacerse de la bombero. Fue entonces cuando le surgió aquel plan; vino a su mente con ese tipo de claridad que hace que te preguntes por qué no has pensado en ello antes. Verónica sería su bolsa de seguridad, por supuesto. Era tan lógico como que dos y dos son cuatro. Y una vez suprimida de la ecuación, se acabarían los problemas.

«Pero no es así», le insiste esa vocecilla que habla dentro de su cabeza. «Porque vi el desafío en los ojos de Logan cuando le pedí el arma y se negó a dármela, ¿verdad? Y desde ese momento sé que ese hombre esconde algo peligroso. ¿El qué? No lo sé, aún no lo sé. Pero no es un hombre que vaya a plegarse a lo que yo ordene sin luchar».

«No puede hacerme nada, de todas formas», se responde a sí mismo. Ha llegado a la planta baja y cierra la puerta del sótano con llave, encerrando a Verónica allí abajo una vez más. «Porque siempre voy un paso por delante».

«¿Y va a ser siempre así?».

Tom se detiene en medio del recibidor, con la fiambarrera en una mano y las llaves que aún no ha metido en el bolsillo en la otra. Sus pies pisan algo blanduzco que se escurre con un sonido acuoso, puede que parte de un intestino, pero él no se da cuenta. Está absorto en su conversación interna.

«¿A qué te refieres?», le pregunta a su vocecilla interior.

«Tommy, Tommy, Tommy...».

Si te preguntas por qué aprieta los dientes de esa forma, te responderé: la vocecilla, esa con la que ahora está manteniendo una conversación, habla con el mismo tono que utilizaba su padre cuando quería demostrarle lo tonto que había sido después de que se equivocara con algo.

«¿Es eso lo que te dices para engañarte a ti mismo? ¿Que eliminaste del juego a Patrick y luego a Verónica porque eran los jugadores que se erigían como rivales mientras que el resto era más fácilmente manipulables?», pregunta la voz que es su padre dentro de su cabeza. «¿Va a ocurrir esto siempre? Eliminas a tu enemigo y al día siguiente otro enemigo aparece delante de tus narices, tan claro como el agua. Logan era un conejillo pero ¡oh!, te ha llevado la contraria... Lo mejor será matarle también a él. ¿Quién será el que te haga sospechar cuando Logan no esté? ¿Quién

será un problema para tus planes de dominio? ¿Mark? ¿Stan? ¿Rick? ¿Ace? ¿O incluso puede llegar a ser alguien de tu grupo? ¿Tal vez Rodger te mire mal y te culpe de la muerte de su mujer? ¿Shane?».

Tom aprieta los dientes, furioso. Cada inhalación resuena como lo haría la del minotauro encerrado en los claustrofóbicos pasillos del laberinto.

«¿Acaso no le tienes ya miedo a Neil?», pregunta la voz, metiendo el dedo en la llaga. «¿La caricia en una mano y la pistola en la otra?».

—No es miedo —contesta en voz alta—. Es ser precavido.

Se da cuenta de que está hablando consigo mismo. Una segunda vocecilla canturrea en el fondo de su mente: «lo que hacen los locos». Y deja que la última sílaba se alargue para que suene como *locoooooos*.

«Claro», dice la voz de su padre, «pero miras el alma de Neil y ves que puede ser un problema. Y miras el alma de Logan y piensas lo mismo. Nunca termina, es un ciclo sin fin...».

Tom sacude la cabeza con fuerza al tiempo que aprieta los dientes. Se niega a escuchar más, se niega a volverse loco y empezar a hablar consigo mismo, se niega con todas sus fuerzas y acalla también la voz de su padre, fulminándola, expulsándola para siempre de su cabeza.

—No puedo permitirme pensar así —se dice—. No puedo o acabaré convirtiéndome en mi propio enemigo.

Airado y con pasos violentos y largos atraviesa la puerta de la que fue su casa y cruza el jardín, alejándose.

7

De pie sobre el muro que rodea el perímetro de la urbanización, caminando como un funambulista, podemos encontrar a Neil Ridgewick. No pierde ojo de los muertos vivientes que se apiñan contra la piedra y estiran hacia él sus manos grisáceas y muertas. Si nos colocamos a su lado podemos ver lo mismo que él. Resulta hipnótico mirar hacia la urbanización y ver lo que parece el mundo normal, casas y calles en las que hay vida (escasa, pero la hay); mientras que si giramos la cabeza al otro lado nos encontramos con un espectáculo salido de la peor de las pesadillas.

El tiempo ha pasado y sus efectos se dejan notar en los muertos que rodean San Mateo. La piel de los zombis ha adquirido un enfermizo tono terroso, reseco y quebradizo; sus ropas han sufrido la inclemencia del tiempo y están cuarteadas y rígidas, mucho más sucias que la que lleva Verónica en su encierro. No es todo, la mayoría de heridas son un hervidero de insectos, gusanos y moscas que revolotean como una nube de muerto a muerto. Lo peor es el olor, pestilente, a carne podrida, leche agria, agua estancada y mierda.

A Neil no parece afectarle ese olor. Camina por el muro observando sus caras,

deteniéndose cuando cree reconocer a alguien o una herida le resulta lo suficientemente impresionante como para robarle unos segundos de su tiempo. Lo hace como un vigilante, como un vigía, como la Guardia Negra de *Canción de hielo y fuego*, erguido sobre el alto Muro que defiende su peculiar Poniente de las criaturas de la noche y la muerte.

Unos pasos que se acercan nos llaman la atención y nos giramos al mismo tiempo que lo hace Neil, solo para ver a Shane acercándose.

—¡Eh! —Le saluda deteniéndose al pie del muro—. ¿Qué haces?

—Sube.

El tono de Neil dista de ser una invitación amable y explicativa y suena como una orden. Si Shane se da cuenta de eso, o si le molesta, es algo que no percibimos desde fuera. El hijo de los Walters encuentra un punto de apoyo y se sube al muro. Una vez arriba, los muertos del otro lado roban su atención. Parecen excitarse al ver más comida a su alcance. Se mueven como sacudidos por una corriente eléctrica, gimen y gruñen.

Shane traga saliva, un poco abrumado.

—Joder, qué asco me dan —murmura. No había vuelto a acercarse a ningún muerto desde la noche en que tuvieron que defenderse a golpes en el desván de Tom Ridgewick.

«La noche en la que murió mamá», recuerda, e inmediatamente se le forma un nudo en el estómago.

—No son capaces de llegar hasta aquí —dice Neil, haciendo una gárgara y escupiéndola hacia los muertos, que les observan desde el suelo, ansiosos—. Han perdido todo rastro de inteligencia. Lo único que les queda es el movimiento y la furia.

—Y la peste —añade Shane, y se pone una mano sobre la nariz, arrugando el gesto—. Qué asco, joder.

—Mira.

Neil se agacha y coge una piedra del tamaño de una pelota de golf. Con ella en la mano estira el brazo hacia atrás y luego la lanza con todas sus fuerzas. La piedra impacta en la mejilla de uno de los muertos, un hombre con barba llena de hierbas y de la que cuelga un gusano rosáceo. La piel se abre como una flor y de ella emana un líquido negruzco y grumoso, apenas un hilillo. El muerto parece no darse cuenta, sigue gruñendo y mordiendo el aire con furia.

—¿No sangran?

—Se les estará secando o algo —responde Neil, encogiéndose de hombros—. No sé porque no entiendo de medicina, pero imagino que si no les funciona el corazón la sangre no se mueve, se estanca... y se pudre o se seca, ¿no?

—Tiene lógica. —Shane se encoge de hombros.

—Claro, joder.

—Tío, Rick se pasó por mi casa...

Neil se gira para mirar a Shane. Lo hace con una expresión neutra, como si lo que le estuviera contando el otro chico careciera de todo interés para él.

—¿Sí?

—Sí. No sé, creo que está... Bueno, todos lo estamos pasando mal, ¿no?

Neil se encoge de hombros.

—No sé. Tal vez deberías hablar con él, Neil.

—¿Con Rick?

—Sí.

—No tengo nada que decirle, es un cobarde.

Shane se queda mirando a su amigo y prefiere no insistir. Neil coge otra piedra y la lanza, acertando en la frente de una mujer de pelo rizado a la que le falta la mandíbula inferior y al menos un par de dedos.

—¿Tienes huevos, Shane? —pregunta entonces, girándose hacia el hijo de los Walters—. ¿Tienes huevos o eres un cobarde como Rick?

—¿Yo? —Shane parpadea, primero por la sorpresa, luego por la presión con la que baraja opciones de respuesta en su mente. Sabe que contestar algo que no encaje con los deseos de Neil puede llevarle al ostracismo—. Sí, tengo huevos, Neil. Ya lo sabes...

—No, no lo sé —asegura Neil con obstinación—. Si me hubieras acompañado en la expedición, podría decirte que sí lo sé, pero te quedaste aquí rascándote los huevos a salvo de todo peligro mientras Peter, ese policía de mierda y yo salíamos ahí fuera.

—Pero yo...

—Tranquilo, Shane, relájate. Ahora ellos están muertos y si hubieras venido con nosotros, ¿quién sabe? Podrías estarlo tú también. Pero no me digas que yo tengo que saber algo que no me has demostrado. Lo que sí sé es que no te amilanas cuando se trata de luchar. Recuerdo que tú también peleaste esa noche.

Shane asiente, compungido.

—Sí...

—Y acababas de perder a tu madre. —Neil asiente con pesar—. Tal vez no te lanzaras a primera línea como Verónica y yo, pero luchaste. No se puede negar.

—Ya...

—¿Qué opinas de Verónica, Shane? —Neil clava su intensa mirada en la del otro chico.

—Eh... —A Shane le desconcierta el cambio de tema y menea la cabeza—. No sé, era muy valiente, ¿no? —Delante de él, Neil asiente y le indica con un gesto que siga—. Y estaba buena —añade con una sonrisa.

Neil asiente con gravedad y se gira a mirar al horizonte, pensativo. A Shane le produce escalofríos verle.

—Dices que tienes huevos —dice entonces, sin dejar de mirar hacia el horizonte—. ¿Apostamos?

—¿A qué? —Shane frunce el ceño.

—El último que se aparte pierde —responde Neil, críptico. Luego señala a los muertos—. ¿O tienes miedo?

Shane mira hacia los cadáveres que levantan sus manos hacia él, ve sus bocas putrefactas abriéndose y cerrándose, deseando hincarle el diente. Se imagina una de esas manos cerrándose en torno a su tobillo y tirando de él para arrastrarle hacia la masa, fuera del muro. Se ve agarrándose al borde del muro y gritando socorro. Y luego ve a Neil a su lado, sonriendo pero sin mover un dedo por él. En su mente, termina por perder apoyo y cae, los muertos se cierran sobre él, cubriéndole y empezando a devorarlo mientras sus gritos se elevan en el aire sin que nadie acuda en su rescate.

—No es que tenga miedo —dice, aunque lo cierto es que está acojonado—, pero... podríamos caernos. Podrían mordernos o arañarnos y...

—No tienes huevos —le interrumpe Neil, encogiéndose de hombros—. Está bien, ahora ya lo sabemos ambos, ¿ves? No era tan difícil.

—No se trata de huevos, Neil, joder —dice él, tratando de hacerle entender—. Es peligroso, joder...

—Claro que es peligroso —replica Neil con el tono que utilizaría con un deficiente mental—. Si no lo fuera, no estaríamos hablando de huevos. Baja del muro, Shane. No vaya a ser que te caigas. Estar aquí arriba también es peligroso.

Shane nota que sus mejillas se calientan mientras le suben los colores. Años de comportarse como un macarra descarado y afín a la política callejera de no rehuir una pelea le hacen cometer una imprudencia.

—Está bien, hagámoslo.

Neil sonríe con satisfacción.

—¿Pie o mano?

—Mano —responde Shane—. Si vamos a hacerlo, hagámoslo bien.

—El pie también tiene su aquel —asegura Neil—. Puedes dejar que te agarren y añadir el factor resistencia al juego.

—Lo que quieras, Neil. El juego es tuyo, tú mandas.

Neil se lo piensa un momento y finalmente se tumba sobre el muro y extiende la mano hacia los muertos, dejándola a escasos milímetros de sus uñas rotas y manchadas de tierra, sangre y sabe Dios qué más. La masa se mueve, ondula y se desplaza mientras cientos de manos tratan de agarrarle y arañan el aire y los muertos gritan y le miran con desesperación, viéndole tan cerca.

Neil mira a Shane y levanta una ceja.

—Joder —murmura este.

Se tumba en el muro de piedra y respira hondo. Desde donde está puede ver que la distancia entre la mano de Neil y las de los muertos es de milímetros. Algunas de ellas parecen alcanzar a rozarle. Debajo, los muertos bullen como pirañas ante un trozo de pollo, como el agua hirviendo en una cazuela. El sonido es enloquecedor.

Shane traga saliva. Su corazón se ha acelerado y bombea con la velocidad y

potencia de un martillo neumático.

—¿Vas a tardar mucho? —pregunta Neil.

«Joder...».

Shane extiende la mano. Bajo él los muertos enloquecen también. Ve cómo golpean el aire y cierran sus manos intentando agarrarle, les ve mover los labios con avidez, morder la nada, empujarse unos a otros. Demasiado cerca, tanto que su desagradable olor a muerte y putrefacción le llena la nariz, tanto que siente el aire que se desplaza con los movimientos de los muertos en la palma de su mano.

—¿Subimos la apuesta? —pregunta Neil, sonriendo.

—Creo que esto ya es lo suficientemente estúpido por nuestra parte, tío.

—¿Quieres apartar la mano ya? ¿Tan pronto?

Shane quiere apartarla, sí. Quiere salir de allí y empieza a pensar que no le importa una mierda si Neil no vuelve a hablarle en la vida. Empieza a pensar que ha perdido un tornillo... y entonces Neil dice algo más, algo que hace que Shane piense que está como una puta cabra de verdad.

—Venga, vamos, subamos un nivel... choquemos palmas con uno de ellos.

Shane se gira para mirarle, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Estás como una cabra —dice, y retira su mano del juego. Antes de levantarse se mira la palma, aliviado al no ver arañazos. «Esto ha sido una estupidez», piensa.

Neil le guiña el ojo y se vuelve hacia los muertos. Rápido, mueve su mano y le da una palmada a la de uno de los muertos que se estiran hacia él. Neil se echa atrás antes de que puedan agarrarle, pero desde donde estamos ambos podemos ver que ha ido por un pelo.

Shane desvía la vista hacia la masa enfurecida de muertos. Le da la impresión de que están frustrados por no haberles atrapado y eso les genera ira.

—Me voy, Neil.

Shane baja del muro mucho más rápido de lo que subió. Mientras se aleja no se gira a mirar a Neil en ningún momento. De haberlo hecho tampoco habría encontrado al otro chico devolviéndole la mirada. Neil vuelve a estar girado hacia la parte exterior del muro mirando al horizonte.

El sol está bajando, de camino a ocultarse para dar su paso diario a la noche. Pronto no se verá nada, pero eso tampoco parece preocupar a Neil Ridgewick.

Está pensando en Verónica.

8

Regresemos junto a Mark. Le encontraremos en casa de Ace, la que ya se ha convertido en una especie de hostel-comuna. Está de pie apoyado en una de las columnas del porche, mirando con melancolía el mismo cielo anaranjado que desde el muro observa Neil Ridgewick. Detrás de él, sentada en una mecedora de madera,

Rachel Morris acuna a su bebé. Axel está quedándose dormido en sus brazos.

Si miras hacia el huerto verás que Logan Kane y Stan Marshall caminan alrededor del límite de tierra batida y sembrada. Van hablando pero desde donde nos encontramos, junto a Mark, resulta imposible escuchar sobre qué.

En el jardín, cerca de la piscina, Paula juega con Pluto. A Mark le produce paz mirarla y ver que a pesar de todo lo que ocurre, de la situación en la que se encuentran, vestigios de inocencia y muestras de niñez siguen apareciendo en forma de risas limpias y dulces. Es un sonido del que Mark cree que es posible alimentarse.

«Bueno para el espíritu y para el ánimo», se dice cada vez que la oye reír.

En este momento, Ace sale del interior de la casa y se detiene un momento junto a Rachel, mirando al niño y sonriendo al verle los ojos entreabiertos, en blanco, a punto de caer del todo en brazos de Morfeo.

—¿Ha comido bien? —pregunta con un susurro.

—Sí. Todo el biberón —responde ella, devolviéndole la sonrisa.

Ace asiente y continúa andando hasta alcanzar a Mark. Se queda de pie junto a él, cruzando los brazos a la altura del pecho y mirando en la misma dirección que Mark, hacia Paula. Pluto está corriendo alrededor de la niña, en círculos, y ella se ríe a carcajadas.

—Impresiona verla así de feliz, ¿verdad? —pregunta Mark.

—Sí. Es extraño, pero es porque los adultos hemos perdido la capacidad de encontrar esa clase de fuga mental que nos permite evadirnos de los problemas. Yo, al menos, no dejo de pensar en los putos muertos y en el aún más puto huerto. Ni por un instante, aunque lo intente, aunque me lo proponga.

—Ya... —Mark suspira y prefiere no decir que se siente afortunado. A él, ver a Paula riéndose sí le permite evadirse de la terrible situación que viven. Se gira hacia Ace—. ¿Qué tal Junior?

—No ha querido comer, dice que no tiene hambre. —Ace suspira y hace un gesto con el pulgar—. La comida sigue ahí para cuando le apetezca.

Mark asiente y los dos hombres se separan. Ace se sienta en uno de los sillones que tiene en el porche, junto a Rachel, y Mark entra en la casa un momento, coge un tablero de ajedrez y una caja rectangular que contiene las fichas del juego, y vuelve a salir. Se acerca a Paula y le hace una caricia al perro cuando este se acerca a olerle moviendo el rabo con felicidad. La niña le sonrío y mira con curiosidad el tablero.

—¿Recuerdas que te dije que te enseñaría a jugar? —pregunta él, mostrándole el tablero.

—¡Sí! ¡El *jedrez*!

—Ajedrez, en realidad, con a delante —Mark se sienta en el césped y coloca el tablero entre ellos—. Encontré uno.

—Mi papá tenía uno —asegura Paula abriendo la caja que contiene las fichas y sacando dos al azar: una reina y un peón—. Siempre le decía a mamá que tenían que jugar, que el... —se detiene un momento, para asegurarse de decirlo bien—

ajedrez... es bueno para la mente.

—Lo es.

—A mamá no le gustaban los juegos. Ella le decía que sí, que jugaba cuando quisiera él, pero luego nunca lo hacían.

—Bueno, esto es como todo, hay gente a la que le gusta y gente a la que no. Pero tu padre tenía razón, es un juego que ayuda a pensar. ¿Quieres que te enseñe o prefieres que esperemos a Junior para que él también aprenda?

Paula entrecierra los ojos y mira las dos piezas que sujeta en las manos.

—¿Le puedes explicar otro día?

—Claro. Como si tengo que hacerlo muchas veces, no pasa nada.

—Entonces quiero ahora —declara ella, extendiendo las manos para que él coja las fichas.

—Bien. Mira, esta ficha es la reina, y es la más poderosa del juego. Para empezar, hay que colocarla aquí. —Mark pone la reina en su casilla de inicio—. Este otro es un peón, hay muchos y se colocan en la fila delantera, aquí...

Paula saca otras dos fichas de la caja. Una de ellas resulta ser otro peón y Paula lo coloca por sus medios. La segunda ficha es un caballo.

—¡Hala! Esta es muy bonita —dice.

—El caballo. Mira, van en estos cuadrados. A ver si me da tiempo a enseñarte muchas cosas y así le sacarás ventaja a Junior cuando juguéis por primera vez. —Mark le revuelve el pelo con gesto divertido y la niña se echa a reír.

Hablando de Junior, será mejor que me sigas y busquemos al pequeño de los Collins. No nos llevará mucho tiempo, pues está en una de las habitaciones del piso superior, y es importante. Créeme.

9

La habitación es la más pequeña de toda la casa y aun así hay hueco suficiente para dos colchones y sobra algo de espacio. Apenas hay decoración, las sábanas están revueltas y hay ropa por el suelo. Encontramos a Junior sentado cerca de la ventana, con un rictus de dolor en el rostro y los ojos empañados en lágrimas.

Cuando uno se acostumbra a ver gente llorando es capaz de distinguir entre las lágrimas derramadas por miedo, por dolor, por tristeza... Las de Junior son el segundo caso, y por la forma en que se agarra el costado izquierdo, resulta bastante evidente que le duele.

Gimiendo, el chico se incorpora y echa a andar hacia la puerta. Tropezaba con sus propios pies pero evita caer apoyándose en la pared. Está sudando de forma copiosa y le tiembla el labio inferior. Cuando llega al pasillo vuelve a tambalearse y se inclina hacia el lado izquierdo, ahogando un grito que pugna por escapar de sus labios. Se agarra a la barandilla con la mano derecha y baja las escaleras lo más deprisa que

puede.

Se pregunta por qué le duele tanto la tripa.

Y está aguantando las lágrimas porque no quiere que los extraños con los que vive ahora le vean llorar. Entiéndele, les conoce, pero a la hora de la verdad no dejan de ser extraños. Es un niño y quiere a su mamá, quiere que su mamá le abrace y le diga que no pasa nada, que le obligue a tumbarse en la cama y le acaricie mientras le lee un cuento hasta que caiga dormido. Su madre le daría una pastilla y un zumo de naranja, o algo que le ayudara a calmar el dolor.

«Mami».

Está cruzando el salón hacia el porche cuando Ace entra en la casa y se topa con él. De inmediato se da cuenta del estado del chico y alcanza a agarrarle por los hombros antes de que le fallen las rodillas y caiga al suelo.

—¿Qué te pasa, Junior?

—Mamá —murmura el chico retorciéndose de dolor y dejando escapar un gemido—. Quiero a mi mamá...

—Junior, ¿qué te pasa? ¿Te duele algo?

El peso del niño hace que Ace tenga que agacharse, pero atrae hacia sí al chico para mantenerle entre sus brazos. No le parece que tenga fiebre; ve que está sudando y el pelo se le pega a las sienes, pero no hay más indicios de que le pase algo, a excepción de la manera en que se agarra el costado izquierdo.

—¡Mark! —grita, girando la cara hacia la puerta que da al porche—. ¡Logan, Stan! ¡Venid!

Fuera, despertado por los gritos, Axel Morris empieza a llorar con esa insistencia y rabia que solo un bebé es capaz de conseguir. Mark es el primero en llegar, a la carrera y alarmado. Un momento después entran en el salón tanto Stan como Logan y Rachel, que abraza a su hijo y le acuna tratando de volver a dormirle.

—¿Qué le pasa? —pregunta Mark, agachándose.

—No lo sé. Junior, ¿te duele algo?

—Aquí —responde el chico, señalando el costado.

Mark y Ace se miran sin saber muy bien qué hacer. Por la expresión retorcida del niño saben que se trata de algo intenso. Logan se adelanta un par de pasos hacia ellos, con curiosidad.

—¿Puedo? —pregunta.

Mark le mira y asiente, haciéndole un gesto para que se una a ellos. Logan se agacha junto a Junior y le levanta la camiseta, dejando la tripa del chico a la vista.

—¿Está bien Junior? —pregunta una voz infantil desde atrás.

Mark mira a Paula, que está agarrando a Pluto por la correa junto a la puerta. Rachel no necesita que nadie le diga nada, se acerca a la niña y apoya una mano en su hombro.

—Paula, vamos fuera, ¿vale? Será lo mejor.

La niña asiente, pero antes de salir cruza con Mark una mirada suplicante que a

este le parte el corazón.

—Junior, voy a tocarte la tripa —le dice Logan—. Si te duele quiero que me lo digas y quitaré las manos, ¿vale?

El chico asiente, mirándole con ojos brillantes y llorosos en los que puede palpase el miedo. A Logan le sorprende esa mirada, no porque le resulte fuera de lugar sino porque conoce muy bien ese tipo de gestos. Está más que acostumbrado a ver esa clase de miedo en los ojos de las chicas a las que ha asesinado. Por un momento, le cuesta situarse y recordar dónde se encuentra y por qué le mira así ese niño.

Con cuidado, acerca las dos manos al costado izquierdo del chico y aprieta con suavidad.

—¿Te duele?

Junior afirma con la cabeza. Tiene los labios apretados con fuerza. Logan levanta la mano y la lleva hasta el costado derecho.

—Quiero que me digas si esto te duele más o menos.

En cuanto apoya la mano en la piel del chico, Junior suelta un grito que resulta bastante esclarecedor y sobresalta a todos los adultos que están presentes (y también a Rachel y Paula, que están fuera. Axel, además, no deja de llorar). Logan aparta rápidamente la mano y mira a Junior, que respira en jadeos cortos y angustiados.

—Vale, tranquilo, Junior —dice Logan, guiñándole un ojo—. No pasa nada. Vamos a buscar en el botiquín algo que te quite el dolor, ¿de acuerdo?

Junior asiente, con los ojos muy abiertos y brillantes llenos de lágrimas. Está muy asustado, y cuando Logan levanta la cabeza y mira a Mark, este también se asusta. Comprende la gravedad del asunto con solo mirar a los ojos del otro hombre, y cuando Logan se pone en pie y echa a andar hacia el extremo del salón, Mark le imita y Stan se les une un segundo después. Ace, mientras tanto, se queda con el chico, agarrándole una mano y acariciándole la cara con la otra.

—¿Qué ocurre? —pregunta Mark con voz tensa, como si temiera que la respuesta fuera demasiado horrible.

—Tenemos un problema —contesta Logan.

—Apendicitis, ¿verdad? —pregunta Stan.

Logan asiente, mirándoles a ambos. Mark lanza un suspiro y se lleva las dos manos a la cabeza. Stan gruñe, como si con eso lo dijera todo. Logan y Mark cruzan una mirada preocupada.

—¿Es muy grave? —Aunque sabe cuál va a ser la respuesta, en parte espera que milagrosamente lo que salga de los labios de Logan sea otra cosa. No tiene esa suerte, claro.

—Será mejor que enciendas un fuego en el jardín —dice Logan—. Pon a hervir agua y echa dentro un par de cuchillos, los más afilados que haya, que no sean dentados. Y unas tijeras, las que encuentres.

—¿Vas a operarle? —Mark tiene los ojos muy abiertos, horrorizado ante la idea.

—Y agujas. Busca agujas, pídeselas a Ace... —Logan está pensando a toda velocidad, se estruja el puente de la nariz intentando concentrarse—. Y unas pinzas, de depilar sería lo mejor.

Mark no se mueve, paralizado como está por el miedo. Logan se gira hacia Stan.

—¿Puedes ir a avisar a Tom? —le pregunta—. En su casa vi unas cañas de pescar. Para coserle vamos a necesitar hilo. Si no tuviera, tendríamos que conseguir hilo normal, de coser. Y otra cosa, cuando vengáis, traed toda las sábanas limpias que encontréis. Y una caja de antiinflamatorios de los que trajo Neil de la farmacia.

Stan asiente, expeditivo, y sale corriendo de la casa.

—¿En serio vamos a hacer esto? No somos médicos, Logan...

—¿Crees que no lo sé? —Logan se pasa una mano por la frente, abrumado—. Si otro cualquiera está dispuesto a hacerlo, que se adelante porque te aseguro que yo no quiero hacerlo. Pero creo que es la única opción. O le operamos o se infectará y morirá. Aunque si me preguntas, por la manera en que ha gritado creo que ya está infectado y no es apendicitis sino peritonitis... Pero, de nuevo, yo no tengo ni puta idea, no soy médico, soy un puto vendedor. Por lo que yo sé, podría dolerle una costilla o tener una infección de orina, yo qué sé... Creo que es el apéndice. Lo creo porque a mí me lo extirparon hace años y recuerdo que me dolía el lado izquierdo aunque el apéndice está a la derecha y recuerdo que cuando me tocaron el lado derecho aullé como el puto Mowgli en *El libro de la selva*.

Mark no responde. Entiende que Logan está alterado porque él mismo también lo está. En su cabeza no deja de repetir, como si fuera un mantra balsámico, «Santo Cielo, Santo Cielo, Santo Cielo...».

Resulta estremecedoramente curioso para nosotros que la única esperanza del chico resida en las manos del hombre que ha acabado con la vida de tantas niñas a lo largo y ancho de todo el país. Dieciocho contando con la que mató en Novato y por cuyo crimen fue arrestado, si hacemos caso a los dos agentes del FBI que aparecieron en el pequeño pueblo del norte de San Francisco para trasladarle a la cárcel, no sé si lo recuerdas. Diecinueve si añadimos a Cameron Collins.

Sí, el hombre del que parece depender ahora mismo la vida de Junior Collins es el mismo que asesinó a la hermana del chico.

Por otro lado... Logan está acostumbrado a ver sangre, y abrir un cuerpo con un cuchillo no es nuevo para él. Vana esperanza, pues sus conocimientos de medicina son similares a los míos de aeronáutica, y te aseguro que son nulos.

Logan Kane cierra los ojos y respira hondo, tratando de calmarse y concentrarse. En la cocina, Mark hace ruido abriendo cajones y rebuscando entre los cubiertos. En el suelo, Ace sigue susurrándole a Junior al oído para calmarle, pero mira en dirección a Logan con la esperanza de que alguien le explique qué ocurre, aunque Ace dista mucho de ser tonto y ya ha adivinado que se trata de algo grave con solo ver la forma en que han salido corriendo Stan y Mark.

Junior sigue gimiendo, arrastrando el dolor en cada uno de esos sonidos.

Será mejor que crucemos los dedos por él.

— Capítulo 6 —

El baile de los malditos

1

Encontramos a Rodger Walters sentado a los pies de la cama de matrimonio que durante tantos años compartió con su esposa. En las manos, laxas sobre las rodillas, sostiene un marco plateado con una imagen en blanco y negro del día que se casaron. Él, bastante más joven y con el pelo mucho más negro, tiene la boca entreabierta y parece feliz. Emma Walters, a su lado, sonrío con alegría desbordante y contagiosa.

Si le miras a los ojos verás que Rodger no se encuentra aquí en realidad. Puede que su cuerpo esté en esta habitación, pero él, o su mente, están muy lejos. Nosotros oímos el ruido de la puerta al cerrarse en la planta baja, y también escuchamos los pasos precipitados de su hijo Shane al tiempo que le llama a gritos.

—¿Papá? ¿Dónde estás, papá?

Rodger, sin embargo, no parece darse cuenta. Los pasos suenan más cerca mientras Shane sube por la escalera sin dejar de llamarle. Finalmente, la puerta de la habitación se abre y Shane se detiene en el umbral. Su expresión, que en el segundo en que empuja la puerta es de agobio, cambia en cuanto ve a su padre allí sentado como un fantasma.

—¿Estás bien, papá?

Rodger parpadea, regresando al presente, y levanta la vista hacia su hijo.

—Hola, Shane.

—Te estaba llamando. Desde abajo, ¿no me oías?

Rodger se encoge de hombros y le muestra el marco, esperando que eso lo explique todo.

—Supongo que me he quedado obnubilado.

Shane mira la imagen de la fotografía. De repente, su inquietud por lo sucedido en lo alto del muro está tan lejana en su mente que se olvida de que era de eso de lo que quería hablar con su padre.

—Yo también la echo de menos —dice en cambio.

—Tu madre te quería mucho —asegura Rodger mientras su mente vuelve a perderse en los recuerdos que pueblan su cabeza—. El día que supo que estaba embarazada de ti me aseguró que serías un niño. Yo le dije que normalmente las mujeres preferían una niña... Me dijo que no, que los niños suelen tenerles más cariño a las madres y las niñas a los padres, así que ella quería un niño y por narices eso que llevaba en el estómago sería un niño.

—Cuando quería era cabezota —asiente Shane acercándose a la cama y

sentándose junto a su padre para mirar también la fotografía. Por mucho que echáramos la vista atrás, al pasado de Shane Walters, nos costaría encontrar un momento similar en el que se mostrara tan cercano con su progenitor.

—Al principio te llamábamos Lenteja. Supongo que nunca te lo hemos contado. Era una broma entre nosotros, porque durante la primera ecografía nos dijeron que en aquel momento eras del tamaño de una lenteja y eso nos hizo gracia. Ella se acariciaba la barriga y te decía «vas a ser un niño muy guapo, lentejilla».

Una lágrima solitaria resbala por la mejilla de Rodger. Shane siente que se le forma un nudo en el estómago. No está seguro de saber qué hacer, así que no hace nada. Se quedan allí sentados, mirando la fotografía que congeló para siempre la felicidad de Emma Walters, dejando que vaguen sus recuerdos y pensamientos.

Sin saber lo que ocurre en casa de Ace Hall.

2

Tan solo tres casas están habitadas ahora mismo en San Mateo. Los supervivientes se han agrupado en busca del calor humano, la compañía y la sensación de seguridad que transmite estar en grupo. Rodger y Shane Walters tienen motivos para negarse a salir de su casa, y nosotros sabemos que la tristeza y los recuerdos tienen poco que ver. Les queda poca comida de ese remanente que decidieron guardarse para ellos, pero mientras tengan comida extra probablemente no llegarán ni a plantearse salir de esa casa en busca de otra. Eso ocurrirá mañana, tal vez pasado. Después será el momento de la verdad, de ver si prefieren seguir viviendo por su cuenta ellos dos o mezclarse con el resto.

Otra de las casas habitadas es la de Ace Hall, donde se concentra más gente en realidad. Imagino que quieres regresar y ver qué ocurre en el salón donde Junior sigue tumbado en el suelo con el rictus retorcido por el dolor. Lo haremos en breve, pero antes tenemos que pasar por la casa que perteneció a Harrison Ford y que es la última de las casas habitadas actualmente en la urbanización (si quitamos el sótano de Tom Ridgewick, claro).

Encontramos a Neil en el porche, mordisqueando un palo con aire distraído. Tiene los pies sobre una mesa baja de madera en la que hay un par de velas encendidas. A la izquierda está la mesa tras la que Brad Blueman se coloca todos los días para servir comida. También hay dos velas sobre ella, casi consumidas, iluminando los rostros macilentos del propio Brad y de Tom Ridgewick. Ambos tienen cartas en las manos, y hay un montón boca abajo en el centro.

—Se están acabando las velas —murmura Brad, más pendiente del débil resplandor temblequeante de una de ellas que de las cartas que sostiene en la mano.

—Sí —responde Tom poniendo en el centro de la mesa un siete de diamantes.

—¿Qué vamos a hacer cuando se acaben?

El periodista de Castle Hill no ha tenido nunca miedo a la oscuridad como Mark, aunque ahora le inquieta la posibilidad de quedarse sin luz. Tampoco es que podamos culparle, ¿verdad? A fin de cuentas, ahora sabemos que los monstruos existen y el ser humano sabe, desde que es niño, que en las sombras y la oscuridad se esconden cientos de cosas malvadas.

—Lo que no haremos es jugar a las cartas —responde Tom con una sonrisa divertida—. Te toca.

Brad mira su mano y frunce el ceño. Saca un cinco de tréboles y Tom recoge ambas cartas para llevárselas a su lado de la mesa. Después coloca en el centro un siete de picas.

—Pero no podremos ver nada —murmura Brad, insistiendo.

—¿Te da miedo la oscuridad? —pregunta Neil en tono burlón. Es el tono de quien está acostumbrado a humillar y reírse de los demás explotando cualquier cosa que ellos puedan considerar un defecto.

—Estamos regresando a como era el mundo hace quinientos años —dice Tom ignorando a su sobrino y mirando a Brad a los ojos—. Tendremos que aprender a movernos en la noche, o a quedarnos quietos cuando se vaya el sol cada día.

—No es que me dé miedo la oscuridad —asegura Brad—. Solo estaba preguntando.

—¿Tenías sueños, Brad? —pregunta Tom, obviando la respuesta de Brad—. Antes de que todo esto empezara eras periodista, ¿verdad? ¿Tenías en mente algo que quisieras hacer con tu vida?

Brad se queda un momento pensativo y asiente.

—Quería escribir el artículo que me convirtiera en un periodista respetado e importante, tal vez escribir un libro... No sé... Esas cosas. Y creo que estaba a punto de conseguirlo.

—¿Sí?

—Bueno, pillé a un chico del pueblo lanzando cócteles molotov a una granja y le tomé fotos. Dos personas resultaron heridas y gracias a mis fotos le cazaron... Jason Fletcher.

Brad recuerda la expresión del chico cuando se encontraron en la carpa que los militares habían montado a las afueras de Castle Hill y a donde llevaron a todos los supervivientes. ¿Recuerdas aquel momento? Jason Fletcher acusó a Brad de haber matado a su madre y a su novia y Brad terminó meándose encima. Y lo peor no había sido eso sino la forma en la que todos le miraron con ojos de juez y le declararon culpable sin siquiera molestarse en escuchar su versión.

—El caso se estaba haciendo grande. Creo que podría haberlo utilizado para saltar a un periódico importante en Los Ángeles.

—La pregunta clave es si esos zombis terminarán por morir algún día —dice Tom entonces— y nos permitirán sobrevivir y reiniciar el mundo. No sé si te has acercado a la verja, Brad, pero cada vez huelen peor. Se están pudriendo a las puertas de la

urbanización. Solo nos queda esperar que sea un proceso rápido y llegue un momento en que caigan y no vuelvan a levantarse. He pensado en eso. He pensado que esto no puede durar eternamente porque si lo hace... sería el final de la humanidad, ¿no?

Brad, aturdido, asiente con la cabeza, incapaz de articular ninguna palabra.

—También he pensado... igual que nosotros hemos logrado sobrevivir tanto tiempo más gente lo habrá conseguido. El ser humano es persistente y no se dejará erradicar así como así, ¿no crees? Los que quedemos entonces seremos los encargados de volver a levantar este país. Puede que todo el continente. ¿Pensáis que esto estará ocurriendo también en Europa?

—Espero que no —murmura Brad.

—Si no estuviera ocurriendo en Europa ya habrían venido a ayudarnos — responde Neil desde el sillón donde está apoltronado, con el palo entre los dientes—. O al menos habrían hecho un reconocimiento aéreo, ¿no? Habríamos visto aviones, helicópteros, no sé, cualquier cosa. Habrían hecho fotos como poco para comprobar cómo están las cosas por aquí...

Brad traga saliva. Ni siquiera es consciente de cuándo fue la última vez que vio la estela de un avión. Ni siquiera había pensado hasta ahora que pudiera ser importante. La posibilidad de que esto esté ocurriendo a nivel mundial le aterroriza.

—Tal vez hayan decidido mantenerse al margen —replica Tom entonces, dejando las cartas sobre la mesa con gesto desinteresado y mirando hacia su sobrino—. Tal vez hayan visto a lo que nos ha llevado nuestra propia ambición y no quieran arriesgarse a que les ocurra a ellos también.

—Esto es Estados Unidos, tío. —Neil se saca el palo de la boca y lo apoya en uno de los reposabrazos—. Si no quieren ayudarnos, vale. ¿Crees que no hay países que darían cualquier cosa por conquistarnos? ¿Y no es este el mejor momento? ¿Corea, Japón, los mismos rusos?

—Los rusos bastante tienen con ellos mismos. No creo que tengan la capacidad...

—Los árabes, entonces. Los que sean. Solo tienen que venir con un buen plan y arrasar con los muertos. ¿Quiénes les opondrían resistencia? ¿Nosotros? —Neil resopla, burlón.

—Pero si nuestro ejército no ha sido capaz de controlar a los muertos, ¿por qué iba a ser capaz un ejército invasor? —pregunta Brad.

Neil se encoge de hombros.

—Ya veremos lo que ocurre —dice Tom encogiéndose de hombros—. Por lo que sabemos, nuestros soldados podrían estar limpiando el desastre en el Norte o en el centro del país. Lo único que sabemos es que aquí no han llegado, pero es posible que lo hagan tarde o temprano, ¿no? —Tom suspira, con resignación—. O puede que no aparezcan nunca y seamos invadidos. O que eso tampoco pase porque Europa y el resto del mundo se encuentren en la misma situación y tengamos que esperar a que los zombis mueran por sí solos. —Una vez más, Tom se encoge de hombros—. O puede que nada de eso ocurra y muramos aquí.

—Supongo que ya lo veremos —dice Neil.

—¿Tenías familia, Brad? —pregunta entonces Tom cambiando el rumbo de la conversación y levantando el tono catastrofista con el que estaba hablando hasta ese momento—. ¿Mujer? ¿Hijos?

Brad niega con la cabeza, todavía demasiado abrumado por las opciones planteadas por Tom Ridgewick.

—Somos más parecidos de lo que cualquiera podría pensar —comenta Tom—. Ambos considerábamos la familia una atadura, un obstáculo que nos impediría llegar a nuestro objetivo, ¿verdad? Tú a tu libro, a ese reportaje que te convirtiera en alguien importante...

Brad se encoge de hombros. Eso mismo es algo que Brad se ha dicho a sí mismo en alguna ocasión, en un intento de convencerse de que estaba solo por elección propia, pero no es del todo cierto. A Brad nunca se le han dado bien las mujeres. Todo el valor que era capaz de sacar para ir en busca de una noticia se convertía en tartamudeos nerviosos cuando intentaba conversar con una mujer. Su físico no ayudaba a que ellas se fijaran en él, por supuesto. La serie de complejos y frustraciones de la infancia que arrastraba consigo eran otra piedra al cuello.

A veces Brad soñaba con estar rodeado de bellas mujeres en alguna playa tropical. A veces se decía a sí mismo que muchos hombres iban de putas y que no había nada malo en ello. Una vez había entrado en el Chester, aquel bar de Castle Hill en cuyo interior uno podía contratar los servicios sexuales de unas cuantas mujeres, supongo que lo recuerdas porque estuvimos allí, aunque parece que hayan pasado siglos desde entonces. Brad se había quedado en la puerta mirando a las chicas en ropa interior que paseaban por el local contoneándose. Luego había mirado al hombre de aspecto fiero y rudo que había tras la barra del bar, un tipo al que llamaban *Bulldog*, y el corazón había empezado a latirle tan rápido que había salido de allí presa de un ataque de pánico. No había vuelto a intentarlo.

Un grito desgarró la noche, sacándole a él de sus pensamientos y haciendo que tanto Tom como Neil se pongan en pie.

—¡Tom!

Brad reconoce la voz de Stan Marshall. Neil desenfunda el revólver que siempre lleva consigo. Por un momento, Brad se teme lo peor, que los muertos hayan logrado entrar de nuevo en la urbanización y la pesadilla haya vuelto a comenzar.

Stan cruza a la carrera el jardín y llega hasta ellos, jadeando. Brad se da cuenta de que Neil no mira al recién llegado sino más allá, esperando a ver qué más entra por allí para decidir si guardar el arma o levantarla y empezar a disparar.

Son apenas unos segundos, hasta que Stan comienza a hablar, pero para Brad son tan largos como toda una vida.

—¿Ocurre algo, Stan? —pregunta Tom.

Intentando recuperar la respiración después de la carrera, Stan asiente.

—Junior —dice entre jadeos—. Tiene apendicitis y Logan cree que hay que

operarle.

Tom abre los ojos con sorpresa. Más atrás, Neil se guarda la pistola en la cintura y se acerca a su tío para escuchar.

—¿Operarle?

Stan asiente y Tom resopla. Brad se lleva una mano a la boca con gesto de preocupación.

—Me ha dicho que necesita hilo de pesca —continúa Stan—. Y sábanas limpias. Todas las que podamos conseguir.

—Yo iré a por el hilo de pesca —dice Neil con rapidez.

Vale, es posible que pase desapercibido para el resto, pero tú harías bien en mirar a Tom Ridgewick y fijarte en el movimiento casi imperceptible que hacen sus ojos al escuchar a su sobrino. Con gesto rígido se gira para mirarle.

—Yo me ocupo, Neil...

—Yo puedo ir corriendo —asegura Neil.

Tom aprieta los dientes con rabia pero se esfuerza en no dejar que ni Stan ni Brad vean el efecto que tiene la insistencia de Neil. Supongo que a estas alturas puedes imaginar en qué parte de su antigua casa guarda Tom los aparejos de pesca, ¿verdad? No te equivocarás si los sitúas en el sótano donde Verónica permanece anclada a la pared.

Tom sabe que insistir para que no sea Neil quien vaya a por el hilo de pesca podría levantar suspicacias en Brad y Stan. No es que ninguno de los dos hombres le merezca el menor de los respetos o le preocupe lo más mínimo, pero a estas alturas ya hemos podido hacernos una idea de cómo es Tom. Por mucho que no quiera que Neil baje al sótano, aún menos quiere permitir que alguien más tenga la menor duda sobre sus intenciones.

Así que se dice: «No seas tonto, Tom, Neil irá corriendo, cogerá el hilo de pescar y volverá. No va a hacer ninguna tontería».

Eso no aplaca sus temores. Tom tiene problemas para confiar en los demás, supongo que de eso ya te has dado cuenta. Cree en sí mismo y poco más. Al principio, cuando todo este asunto de los zombis comenzó, puede que pensara que Neil le ayudaría y se dijera que podía confiar en su sobrino, pero ahora está bastante convencido de que Neil es un tren a punto de descarrilar.

«No lo hará esta noche».

Al menos eso espera. No puede discutir con él allí delante y tampoco advertirle de que tenga cuidado. Decirle que no haga una tontería seguramente haría enfadar al chico... No es normal ver a Tom Ridgewick dudar de esta manera sobre el camino que hay que tomar.

—Bien —termina por decir—. Toma las llaves —añade sacando un pequeño llavero del bolsillo del pantalón.

El momento en que Neil cierra el puño en torno a las llaves le provoca un escalofrío a su tío. A Tom no le cuesta imaginar a Neil cometiendo la estupidez de

acercarse demasiado... y a Verónica atrapándole y estrangulándole con las mismas cadenas que la mantienen anclada a la pared.

Puedes ver su nuez subiendo y bajando cuando traga saliva. Puedes ver el ligero temblor del párpado izquierdo; la duda y el temor reflejados en su rostro. Luego Neil echa a correr y sale del jardín, dejándoles allí.

Te diré lo que pasa por la cabeza de Tom, el último pensamiento que le dedica al hecho de que haya sido Neil quien corra hacia la que fue su casa para coger hilo de pesca, antes de que su mente racional y expeditiva recupere el control: «Pase lo que pase, la llave que abre los candados sigue en mis bolsillos. Aunque Verónica logre reducir a Neil no podrá escapar. No hay forma de que abra esas cadenas sin la llave».

Así que ya sabes qué significa ese movimiento casual y casi involuntario con el que Tom se toca el bolsillo derecho del pantalón, comprobando que la llave sigue allí dentro. En el fondo espera que Neil no sea tan imbécil para dejarse engatusar por Verónica, pero si llegase a ocurrir, mientras su plan se mantenga, Tom está seguro de poder conseguir otro brazo armado que sustituya a su sobrino

De hecho, puedes estar seguro, en cierto modo, de que Tom piensa que tal vez sea lo mejor. A fin de cuentas Neil es problemático y tanto Rick como Shane serían más fáciles de controlar.

Llegado el momento y la necesidad, Tom está seguro de poder seguir adelante ante cualquier adversidad que se presente. Lo único por lo que Neil resulta útil es porque su sobrino ha demostrado no dudar a la hora de ensuciarse las manos. Sabe que con Shane o Rick tendría que trabajar, moldearles a su gusto, para conseguir que hagan lo mismo. Pero sí, Tom está seguro de que podría conseguirlo.

Y habiéndole visto manipular a otros, creo que es de recibo que nosotros también lo pensemos.

Para Tom, las cosas hay que pensarlas; ese es el camino del éxito. Los impulsos, y Neil ha demostrado en varias ocasiones ser demasiado impulsivo, solo llevan al fracaso estrepitoso y granjean enemigos, y ahora Tom no necesita suspicacias. Eliminados Patrick y Verónica solo tiene que vigilar que el resto se mantenga dentro del redil.

«El problema es que el único que está fuera de ese redil es Neil», —se dice—. «Y tengo que mantener un ojo atento sobre Logan...».

En apenas un parpadeo, todas esas cosas han pasado por la mente de Tom Ridgewick. Luego coge coge las riendas y se pone al mando:

—Bien —dice recuperando la compostura y el tono de liderazgo que ya empieza a considerar parte de su forma de ser—. Cojamos sábanas limpias y todo lo que Logan pueda necesitar.

Stan y él mismo se ponen en movimiento. A Brad le cuesta unos segundos reaccionar, y cuando lo hace los otros dos hombres ya han entrado en la casa.

Ahora sí, regresemos a la casa de Ace Hall.

Junior sigue tumbado en el suelo, gimiendo por el dolor, mientras el propio Ace le agarra y le susurra al oído que todo va a estar bien. Mientras le habla al chico no deja de mirar a Logan, al que puedes ver agachándose junto a un mueble de madera envejecida que hay en un rincón. Al abrir la puerta deja a la vista un montón de botellas de alcohol. Logan mueve la mano con el dedo índice extendido y se detiene frente a una de ron. La agarra por el cuello y se acerca a Ace y Junior. El niño no le mira, tiene los ojos cerrados y le resbalan lágrimas por la mejilla; el adulto en cambio va cambiando la vista entre Logan y la botella que sujeta, haciendo una pregunta silenciosa.

—Junior, ¿me oyes?

El chico abre los ojos y mira a Logan. Su expresión es de miedo y dolor, pero asiente.

—Esto es ron —le dice, levantando la botella para que el chico la vea—. Supongo que sabes lo que es y que tus padres nunca te dejaron probarlo. ¿Estoy en lo cierto?

—Claro —responde Junior—. Es alcohol.

—¿Qué estás haciendo, Logan? —pregunta Ace.

—Es alcohol, sí —responde Logan ignorando a Ace y mirando fijamente al chico—, pero este es dulce. Mira, Junior, tienes una infección, ¿vale? Y para curarte, lo mejor es que te bebas esta botella. Sé que al principio te va a saber a rayos, o puede que te guste y me darías una sorpresa, pero si no te gustara cuando lo pruebes, entonces quiero que hagas una cosa, ¿vale? Quiero que pienses que se trata de un jarabe, que es tu obligación terminártelo y que si lo haces va a dejar de dolerte el estómago.

Junio mira la botella con desconfianza, pero Logan mantiene esa sonrisa que le ha conseguido tantas ventas a lo largo de su vida como comercial. Ace, sin embargo, tiene el ceño fruncido y trata de entender a dónde quiere ir a parar Logan.

—¿Me emborracharé? —pregunta Junior con miedo.

—Es posible.

—Logan... —murmura Ace—, ¿qué...?

Cierra la boca al ver el gesto cortante que Logan le hace por lo bajo. Junior extiende poco a poco la mano y se detiene cuando las yemas de sus dedos rozan la botella.

—Mi madre se emborrachó una vez —dice entonces—. Era Navidad y estábamos comiendo en casa de mis abuelos y papá dijo que mamá se estaba pasando con el cava... —Sonríe con tristeza y cierra los dedos en torno a la botella—. Luego decía tonterías y se le trababa la lengua. Recuerdo que pensé que no parecía tan divertido

como en las películas. Siempre salen chicos bebiendo y pasándose muy bien, pero mamá no parecía muy divertida.

—Como con tantas cosas en la vida —le contesta Logan—, beber puede ser divertido si lo haces en su justa medida. En cuanto te pasas, deja de serlo.

Junior asiente y acerca la botella a sus labios. Se detiene justo antes de inclinarla y arruga la nariz al oler el contenido.

—Me estás pidiendo que me pase, ¿verdad?

Logan y Ace cruzan una mirada antes de que el primero se vuelva hacia el chico y asienta con la cabeza. Luego Junior bebe un trago y separa la botella con rapidez poniendo cara de asco. Logan le sonrío, satisfecho.

—Vas a hacerlo muy bien, chico. Y te vas a curar pronto, ya verás.

Junior le mira con una expresión que a Logan no le cuesta descifrar y a nosotros tampoco. Es la clase de mirada que la gente tiene en los ojos cuando preferiría estar en cualquier otro lugar antes que donde está. Logan le revuelve el pelo con gesto cariñoso y se incorpora. Esta vez, Ace se levanta con él. Se separan un par de metros del chico, que vuelve a inclinar la botella para beber otro trago.

—¿Qué pasa? —pregunta Ace con un hilo de voz.

—Creemos que tiene apendicitis y voy a operarle.

—¿Operarle? —Ace se alarma y le cuesta mantener el tono susurrante—. ¿Pero cómo vas...? ¿Tienes conocimientos médicos?

—No. Con un poco de suerte me dirás que tú sí.

—¿Yo? Qué va —Ace niega con la cabeza como si la simple idea fuera surrealista—. ¿Has estudiado algo, por lo menos? ¿Sabes lo que estás haciendo?

Logan se queda mirando a Ace sin contestar, ni con palabras ni con gestos. Ace entiende la respuesta que eso implica y resopla, sobrepasado por la situación.

—Se le infectará si no hacemos algo —dice Logan—. La apendicitis derivará en peritonitis y morirá. Conmigo tiene una pequeña posibilidad, y eso es todo lo que podemos ofrecerle.

Ace se pasa ambas manos por la cabeza y suspira con resignación y miedo.

—¿Y el ron?

—No tenemos anestesia —responde Logan—. Si intentamos operarle sin anestesia moriría por el *shock* que le causaría el dolor.

—Es solo un niño...

—Y es su única opción, Ace. —Logan clava sus ojos en los del otro hombre, tratando de hacerle entender que no tienen otros caminos que explorar—. Me gusta tan poco como a ti, incluso menos porque voy a ser yo el que lo haga, pero es la única opción.

—Dios mío...

—Hace bastante que Dios nos abandonó, Ace. ¿Cuento contigo?

Con la expresión de un animal atrapado, Ace se encoge de hombros y asiente con la cabeza.

—Que se termine el ron —le ordena Logan entonces—. Cuando termine dale *whisky*, todo lo que tengas. Necesito que pierda la consciencia. Y yo necesito concentrarme y pensar.

Ace vuelve a asentir y Logan se aleja por el pasillo. Le oímos encerrarse en una de las habitaciones de la planta baja. Voluntarioso y obediente, Junior está bebiendo pequeños tragos de la botella de ron. Con cada uno de ellos su cara se transforma en una mueca de repugnancia. Ace se acerca a él y se sienta a su lado.

—¿Qué? —le pregunta al chico al tiempo que le revuelve el pelo—. ¿Te gusta?

—Preferiría estar bebiendo pis de caballo —responde Junior.

Ace suelta una carcajada ante la inesperada respuesta.

—Bueno, dudo que el pis de caballo sepa mucho mejor que el ron. ¿Me dejas probar?

Junior asiente y le pasa la botella. Ace da un trago y se la devuelve.

—Está bueno.

—Si tú lo dices...

Ace le guiña un ojo y Junior sonrío. Un latigazo de dolor le borra la sonrisa del rostro. Con un gemido, vuelve a inclinar la botella contra sus labios y bebe un largo trago ante la atenta mirada de Ace.

4

Salgamos al jardín ahora. Mark ha amontonado ramas y trozos de madera en el pequeño círculo que destinan a hacer hogueras cuando lo creen necesario. Encima ha colocado la rejilla de una barbacoa, sujeta en las esquinas por cuatro piedras sacadas del muro, y sobre ella ha puesto una cazuela con agua, dos cuchillos, tijeras, unas pinzas de depilar y una aguja.

Ante la atenta mirada de Paula y Rachel, que acuna a Axel como si le fuera la vida en ello sin darse cuenta de que el niño lleva dormido un par de minutos, Mark saca el mechero del bolsillo y pelea por encenderlo. Cuando la llama surge del pequeño objeto metálico, Mark se queda mirándola unos segundos, inmóvil como si hubiera olvidado qué estaba haciendo. Luego la acerca al montón de ramas e intenta que prendan.

—Vamos, vamos...

Una de las ramas prende y el fuego empieza a propagarse al resto de la madera. Mark se incorpora y se aparta, mirando la olla en la que el material que utilizará Logan espera a que el agua empiece a hervir.

Aún no puede creer que vayan a hacer eso. Siente un nudo en el estómago y la garganta atascada hasta el punto de que le cuesta tragar saliva.

—No, Paula...

—Déjame, quiero ir con Mark.

Al oír la voz de la niña, Mark se gira. Ve que Rachel la está sujetando con suavidad por el hombro y Mark le hace un gesto con la cabeza para que la deje. Paula entonces corre hacia él. Hombre y niña se abrazan con fuerza.

—¿Está bien Junior? —pregunta ella, con la cara hundida en el cuello de Mark.

—Está enfermo, cariño.

—¿Es grave?

Mark suspira. No le gusta mentir a Paula, aunque por otro lado piensa que no es necesario alarmarla y que tampoco le gusta verla sufrir.

—Sí, pero vamos a intentar curarle.

Paula rompe el abrazo y le mira a la cara. Mark le limpia una lágrima de la mejilla con el dedo índice.

—¿Se va a morir? —pregunta ella en un susurro tenso.

—Espero que no, cariño —responde él, aunque en ese momento no las tiene todas consigo—. Sabes que vamos a hacer todo lo posible.

La forma en que la niña se encoge de hombros y asiente inunda el corazón de Mark de tristeza. Con gesto firme pero cariñoso la obliga a acercarse a él y le da un fuerte y sonoro beso en la mejilla.

—¿Y yo puedo ponerme enferma como él?

«Por dios, espero que no», piensa.

—No te preocupes por esas cosas ahora —le dice—. ¿Quieres ayudarme? Porque vamos a necesitar toda la ayuda posible...

—Claro.

—Mira, hay que vigilar que el fuego no se apague y esperar a que el agua hierva.

—¿Que el agua haga qué? —la niña parpadea sin entender.

—Que hierva. Cuando le salgan burbujitas es que está hirviendo.

—¡Ah, ya! ¿Y qué hago cuando hierva?

—Hay que dejarlo hervir un rato, luego me llamas y...

La puerta del jardín se abre y da paso a Tom, Stan y Brad. Entre los tres van cargando con suficientes sábanas como para preparar cuatro o cinco camas. Mark les sigue con la mirada hacia el interior de la casa, y nosotros nos vamos con ellos, dejando a Mark y Paula delante de la hoguera.

Junior está sentado en el sillón, doblado hacia la izquierda y con el rostro enrojecido por el dolor y el alcohol. De la botella de ron que le ha dado Logan un rato antes ya solo queda menos de un cuarto. Ace está de pie junto a la mesa del comedor, retirando los objetos que había encima. Tom le entrega a Stan Marshall una caja de ibuprofeno y este se gira hacia Ace con una ceja levantada.

—¿Cuántos le doy?

—No lo sé, cuatro o cinco.

—¿No es una burrada?

Ace se encoge de hombros y Stan le imita, con un gruñido que viene a decir que vale, que lo que sea.

—¿Está bebiendo ron? —pregunta Brad con sorpresa.

—He pensado que este será un buen sitio —dice Ace, señalando la mesa—. Podríamos cubrirla con una de esas sábanas y dejar el resto aquí, en un montón, para cuando sean necesarias.

Brad se estremece cuando un escalofrío le recorre el cuerpo al pensar en lo que están preparando. Los tres recién llegados se acercan a la mesa del comedor y dejan las sábanas donde ha dicho Ace. Luego, entre Stan y Tom extienden una de ellas sobre la mesa.

—Puede que se eche a perder la mesa —comenta Tom, y después baja la voz para lo que va a decir a continuación—. Si sangra mucho.

—A estas alturas de la vida la mesa me importa bastante poco —asegura Ace apoyándose en el respaldo de una de las sillas—. Mi jardín es un huerto, mi casa una comuna... Si tengo que tirar esta mesa pero le salvamos la vida me parece un trato justo.

Tom cabecea, aceptando como lógico el planteamiento de Ace.

—¿Dónde está Logan? —pregunta.

—En una de las habitaciones, concentrándose.

—No quisiera estar en su papel.

—Créeme, yo tampoco.

—Os dais cuenta de que ninguno de nosotros tiene titulación médica, ¿verdad? —pregunta Brad acercándose a ellos—. No somos médicos, ni cirujanos, no tenemos ni puta idea de cómo se opera a una persona...

—Somos conscientes, Brad —responde Ace.

Brad asiente y se retira un par de pasos. Sus ojos pasean por el salón, fijándose en cómo bebe ron Junior Collins, «un niño de apenas siete años, por el amor de Dios». Luego ve las sábanas, la mesa convertida en mesa de operaciones tercermundista, Ace y Tom hablando en susurros con evidente gravedad, el gesto preocupado en el rostro de Stan Marshall, «aunque, ¿cuándo no ha estado su rostro preocupado?».

Por último piensa en Mark, encendiendo una hoguera en el jardín para hervir los cuchillos y el resto del material que utilizarán durante la operación.

Puedes hacerte una idea de lo que pasa por la cabeza de Brad Blueman. Este sería un reportaje fantástico. Si aún conservara su cámara de fotos podría hacer inmortalizar todas esas imágenes que su mente ha registrado, primeros planos de la preocupación, del miedo, de la tensión. Captarlo todo para después escribir un artículo sobrecogedor, de los que hacen que el lector quiera cerrar el periódico pero sea incapaz de dejar de leer.

«Este podría ser el artículo definitivo», piensa entre ensoñaciones en las que se ve recibiendo las felicitaciones de peces gordos trajeados entre alabanzas y aplausos, «el que me catapultara y me permitiera seguir esos sueños de los que hablábamos antes...».

Por inercia, se lleva la mano al pecho en busca de la cámara que en condiciones

normales llevaría allí colgada. Pero allí no hay nada, claro, porque ya ni recuerda dónde la perdió.

Claro, porque cuando a uno le persiguen cientos de muertos queriendo comérselo, lo de menos es una cámara de fotos.

Y ahora gírate y mira hacia Tom Ridgewick. Verás que se ha apartado de la mesa de comedor y está de pie junto a la puerta que conduce a la cocina, mirando hacia Junior Collins, al que por cierto le quedan un par de tragos para acabarse la botella. La mirada de Tom, sin embargo, está lejos de allí. Y si te fijas en su mano, verás que palpa el exterior del bolsillo como lo hace de forma distraída cualquiera cuando quiere comprobar que lleva en el bolsillo lo que sea que quiere llevar.

La pregunta que se está haciendo, por supuesto, es dónde demonios está Neil.

5

Y como puede que tú también te lo estés preguntando, será mejor que lo comprobemos. Retrocedamos un momento, hasta el momento en que Neil sale corriendo en busca de hilo de pesca con las llaves que le ha entregado su tío en la mano reconvertida en puño.

Le lleva tres minutos y medio llegar hasta la casa que fue de su tío. Le asaltan los recuerdos de aquella noche trágica, de lo intensa que fue la lucha que mantuvo codo a codo junto a Verónica en las escaleras y luego más tarde en el desván, de la forma en la que resistieron cuando creyeron que era imposible, aprovechándose del embudo que las escaleras formaban para los muertos. Recuerda también con un nudo en el estómago las palabras que su tío le susurró al oído, el plan que comenzaba con él bajando al piso inferior con Verónica y deshaciéndose de ella. Y por último, recuerda el puñetazo con el que la redujo, la expresión de sorpresa en los ojos de ella antes de desvanecerse.

Se detiene frente a la puerta que lleva al sótano y trastea con las llaves en busca de la que abre la puerta. Después de meterla en la cerradura se detiene un momento, antes de hacerla girar. Mira a su alrededor, comprobando que obviamente no hay nadie allí. Por un momento podría parecer que nos ve, o nos siente, pero luego gira la cabeza en dirección contraria y se acerca al armario. Obviamente, sabe lo que busca y donde encontrarlo porque conoce la casa de su tío como si fuera suya. Cuando regresa junto a la puerta que lleva al sótano lleva en la mano derecha una linterna que emite un halo de luz no muy intenso.

Ahora sí, hace girar la llave en la cerradura y abre la puerta, deteniéndola antes de que choque con la pared.

Enfoca la linterna hacia las escaleras que descienden, barriendo la oscuridad con un solo movimiento, haciendo desaparecer las inexistentes figuras de monstruos abyectos que pueblan la negrura de cualquier sótano o pasillo lóbrego que se precie.

Neil desciende por los escalones sin ningún miedo, recordando que cuando era pequeño aquella escalera le producía escalofríos. Recuerda que siempre le atemorizaba que una mano cadavérica intentara agarrarle cuando tanteaba en la pared en busca del interruptor de la luz.

«Jamás habría bajado aquí armado con una linterna como única defensa contra la oscuridad», piensa. «Me habría pasado el tiempo pensando que se apagaría y me quedaría aquí abajo sin poder ver nada».

Pero ya no es un niño y hace mucho tiempo que cosas tan estúpidas como monstruos, fantasmas o seres que se ocultan en la oscuridad dejaron de darle miedo. Llega abajo en unos segundos y barre la estancia con la linterna, deteniéndose al localizar a Verónica sentada contra la pared, encogida sobre sí misma y abrazándose las rodillas.

Ella evita mirar hacia la luz, por lo que Neil no puede verle la cara, oculta detrás del sucio y enmarañado cabello pelirrojo. Su aspecto es lamentable, alejado de la atractiva imagen de mujer dura como el acero que evocaba cuando no estaba encerrada en un sótano.

—¿Podrías no apuntarme directamente con eso, maldita sea? —pregunta ella con un gruñido seco más propio de un hombre de las cavernas.

Neil supone que tiene la garganta seca y desacostumbrada. Retira la linterna hacia un lado, centrando la luz en la zona que queda delante de los pies de ella. Entonces sí, Verónica levanta la cabeza y mira en su dirección.

—¿Ya han pasado veinticuatro horas? —pregunta, más cansada que extrañada.

—No soy Tom —dice él.

Verónica abre los ojos, sorprendida al oír su voz. Luego apoya la cabeza en la pared.

—Hola, Neil.

—Hola, Verónica.

—Tienes buen gancho para ser un cobarde hijo de puta.

Neil acusa el comentario sintiéndose ofendido y dolido. Retrocede un paso, como si las palabras hubieran formado un puño invisible y le golpearan en el pecho.

—Yo no... —Se detiene, pensando qué es lo que va a decir. ¿Que no quería hacerlo? ¿Que solo estaba siguiendo órdenes? Decide no completar la frase.

—Seguías órdenes de tu tío, ya lo sé. Es él quien viene aquí todos los días y me cuenta una y otra vez sus planes. —Verónica lanza un suspiro de resignación—. Déjame que te diga una cosa, Neil. Tu tío está como una puta cabra.

—Piensa a largo plazo —asegura él.

—Esa es la mierda que te dice él, pero se equivoca. En lo único en lo que piensa Tom es en salvar su propio culo. ¿Qué crees que hará cuando terminéis conmigo? Cogerá a Mark y a Stan, claro. Y a la niña, no te olvides de eso. En algún momento te encargará que mates a Paula. Porque puedes estar seguro de que no será él quien se manche las manos de sangre.

Neil entrecierra los ojos. Está claro que ese comentario ha despertado alguna clase de pensamiento en él.

—¿Estás seguro de que puedes vivir con tanta sangre en las manos, Neil? ¿Habiéndonos matado a todos para después comernos? ¿En serio quieres convertirte en ese monstruo? Porque me consta que eres un chico valiente...

—Ya soy un monstruo —replica él.

Verónica parpadea ante la inesperada confesión. A duras penas, se pone en pie apoyándose en la pared. Le flaquean las piernas pero logra aguantar.

—No creo que sea verdad, no por el momento. Tú... —Verónica extiende las manos, mostrando las cadenas que se cierran en torno a sus muñecas. La piel está desollada por el continuo roce—. Lo único que has hecho es darme un puñetazo. Me he dado golpes mucho peores en la vida. Esto todavía tiene arreglo.

—Yo no maté a Cameron Collins —dice Neil, bajando la mirada.

—Lo sé —Verónica habla con tono amable, casi condescendiente—, nunca lo he puesto en duda, Neil...

El chico levanta la cabeza y clava en ella una mirada tensa y dura.

—Pero sí que maté a Patrick.

Escuchar eso supone un fuerte mazazo a Verónica. Las piernas le fallan definitivamente y tiene que agarrarse a la pared para evitar precipitarse al suelo. Aun así no logra evitar caer de rodillas. Abre la boca y deja escapar el aire de sus pulmones, consternada.

Verónica y Patrick... En Castle Hill se conocían aunque no frecuentaban los mismos lugares ni tenían amistades comunes. Ninguno de los dos había intentado acercarse al otro con más intereses que los meramente laborales. Pero luego llegó el Cuarto Jinete. Verónica vio morir a gente a la que apreciaba y había llegado a querer. Patrick también se encontraba entre los supervivientes aunque no llegó a vivir el peligro en ningún momento. Y luego el virus se esparció por Los Ángeles y Patrick y Verónica se erigieron líderes del pequeño grupo de supervivientes de Castle Hill que logró escapar de los muertos y del napalm. Llegaron a San Mateo y se unieron un poco más cada día. Si era amor lo que sentían es una pregunta complicada. A fin de cuentas estos son tiempos inusuales, pero entre Verónica y Patrick surgió algo que fue apagado de golpe cuando el único en regresar de aquella maldita expedición fue Neil Ridgewick.

—Fueron los... muertos —dice ella con la garganta atascada por el miedo.

—No. Le disparé por la espalda.

Los ojos de Verónica se anegan de lágrimas y se transforman en dos llamaradas de ira. Cuando vuelve a levantarse no queda rastro de la mujer que ha flaqueado un momento antes. Las cadenas tintinean cuando llegan al límite. Neil retrocede otro par de pasos, a pesar de estar a distancia suficiente para permanecer a salvo.

—¿Por qué? —grita ella—. ¿Por qué le disparaste?

—Porque mi tío dijo que era peligroso —responde él.

—¡Tu tío está loco! —grita ella, cargada de frustración y dejando que las lágrimas se derramen por sus mejillas—. Neil, te va a convertir en un asesino, en un monstruo, y ni siquiera le importas...

—Claro que le importo —dice él—. Soy su sobrino.

—¿Y qué? ¿Qué piensas que hará cuando ya no estemos por aquí los demás? ¿Crees que se sacrificará para que tú puedas vivir un poco más o acabarás en la lista y aquí encadenado? ¿Eh? Piensa en eso, Neil. Tu tío dice que piensa a largo plazo, ¿no? ¿Qué crees que ha pensado sobre eso?

Neil se queda quieto, dándole vueltas a lo que ella acaba de decir. Verónica aguarda, expectante. Cuando Neil se pone en movimiento, Verónica extiende las manos hacia él y logra agarrarle por la muñeca. El chico mira las manos de ella con curiosidad pero sin hacer ademán de alejarse, y luego levanta la vista para mirarla a los ojos.

Entonces ella tira de Neil con un movimiento brusco. El cuerpo del chico choca contra el de Verónica y sus caras quedan separadas por milímetros.

—Vale —dice ella, suavizando su tono—, mataste a Patrick, pero lo hiciste porque te comió el coco, Neil. Ni siquiera puedo culparte por ello. Sé que tú también sentiste algo mientras peleábamos aquella noche, en las escaleras y luego en el desván...

—¿A qué te refieres?

Verónica se acerca un poco más. Sus labios rozan los del chico y cuando habla le hacen cosquillas.

—Neil, tienes que sacarme de aquí. Tienes que ayudarme a parar esta locura antes de que sea demasiado tarde. Tú y yo podemos hacerlo, podemos liderar a esta gente y mantenerles a salvo.

De una sacudida, Neil se deshace de las manos de Verónica y retrocede hasta ponerse fuera de su alcance. Le dedica una mirada desconfiada.

—Tengo que irme —responde él, dándose la vuelta y moviendo la linterna por el resto del sótano, buscando.

«Tendría que haberle estrangulado», se dice Verónica, ofuscada por la negativa de él. «Tendría que haber matado a este pequeño hijo de puta y luego haber usado la pistola para arrancar la cadena».

Neil se acerca a una caja negra y la abre. Desde donde se encuentra, Verónica no puede ver qué está haciendo, pero ve que coge algo y se lo guarda en el bolsillo. Antes de salir, Neil vuelve a acercarse a ella, manteniendo esta vez las distancias.

—Es mentira —dice—. Lo que acabas de decir, lo que acabas de hacer... es mentira.

—No sé de qué...

—Esto —Neil la apunta con la luz obligándola a cerrar los ojos, molesta. Luego se apunta a sí mismo, y al incidir la luz en su cara desde abajo crea una imagen tétrica en la que parece que su rostro flota en el aire—. Tú intentando besarme y diciéndome

que entre nosotros hay algo...

—¿Qué necesidad tengo de inventarme algo así, Neil?

—Acabo de decirte que he matado a tu amigo —gruñe él, enfadado—. Por lo que sé, era algo más que un amigo, recuerdo tu cara cuando te enteraste de que había muerto... Y yo acabo de decirte que le he matado.

—Y me duele —asegura ella—, pero no creo que hayas sido tú, Neil. Habrás sido el que apretó el gatillo, pero fue la voz de Tom la que te obligó a hacerlo.

—Lo primero que has hecho cuando has sabido que era yo ha sido llamarme hijo de puta —le recuerda él—. Cobarde hijo de puta.

—Me diste un puñetazo a traición para encerrarme aquí. Creo que mereces el insulto, pero eso no cambia...

—No tengo las llaves, Verónica.

—Pero puedes conseguirlas...

—Estás intentando manipularme.

—¿Eso crees? —Verónica vuelve a extender las manos delante de ella y las cadenas chocan con el movimiento—. Fuiste el único que acudió en mi ayuda cuando estaba luchando en las escaleras. Tú y yo mantuvimos a aquellos zombis bajo control, estuvimos unidos en la pelea, casi como si fuéramos uno solo. Creo que lo sabes tan bien como yo. Sentí esa conexión... Mírame a los ojos y dime que tú no.

Neil frunce el ceño. La mirada de Verónica es firme, pero también suplicante. Se obliga a apartar la mirada, sintiendo casi como si los ojos de ella fueran imanes, como lo eran las voces melodiosas de las sirenas para los marineros, atrayéndoles hasta donde ellas pudieran hacerse con ellos y arrastrarles hasta el fondo del mar.

—Habría podido matarte si hubiera querido —insiste ella—. Cuando te he agarrado de la muñeca, podría haberte hecho caer y haberte estrangulado con la cadena. Tengo entrenamiento específico para reducir a alguien en caso de necesidad... Pero no lo he hecho, ¿verdad?

Neil niega con la cabeza.

—Por favor...

—Tengo que irme —repite él—. Tengo que llevar esto antes de que empiecen a operar.

Verónica mira hacia el bolsillo de Neil cuando él da dos palmadas sobre él. No sabe lo que hay dentro, pero la frase del chico le hace fruncir el ceño.

—¿A operar?

—Junior, el chico de los Collins, tiene apendicitis —le explica Neil—. Logan va a operarle.

—Logan no es médico.

—No.

—Neil, tienes que sacarme de aquí —insiste ella una vez más, desesperada—. Puedo ayudar y lo sabes. No puedes permitir que tu tío haga esto y os arrastre a todos con él al abismo...

Pero Neil ya no está escuchando. Sube las escaleras al trote y la oscuridad envuelve de nuevo a Verónica. Cuando la puerta se cierra y la llave gira dentro de la cerradura, la desolación abate a la mujer. Ahoga un grito de frustración y las lágrimas que ha estado conteniendo a duras penas no encuentran ya más barrera y se desbordan por sus mejillas.

Una vez más, piensa que debería haberle matado cuando tuvo la oportunidad. Su instinto le ha fallado al pensar que podría salir de esta utilizando la lógica.

«No hay lógica que valga con un psicópata. Y en esta familia todos están como una puta regadera».

Luego piensa en Junior Collins. Le cuesta fijar los rasgos del chico en su mente, como cuando hace mucho tiempo que no ves a una persona y su cara empieza a difuminarse y te cuesta recordar algunos detalles. Se lo imagina tendido en una camilla de hospital esperando a entrar en la sala de operaciones. Sabe que no será así. Si lo que le ha dicho Neil es cierto, Junior Collins va a estar entre la vida y la muerte muy pronto y sin nadie que sepa lo que está haciendo en realidad.

Verónica cierra los ojos y sigue llorando. Lo único que puede hacer es desear que todo salga bien, desear...

6

... que por lo menos Junior no se entere de nada.

Tom asiente. El chico está tumbado en el sillón con los ojos cerrados. Los cuatro adultos presentes en el salón (Tom, Ace, Stan y Brad) miran a Junior con desasosiego, pero también con curiosidad. Ha sido Ace el que ha expresado en voz alta el mismo pensamiento que ha tenido Verónica en el sótano de Tom.

—Parece que ya está K. O. —murmura Stan, con un gruñido al final como coletilla.

Nadie dice nada. Ninguno de ellos quiere enfrentarse a lo que viene a continuación. La tensión es casi como una corriente de electricidad estática en el salón.

—Será mejor que avise a Logan —dice Ace.

Tom mira al chico con aversión mientras Stan se acerca a él y le coge en brazos para trasladarle a la improvisada mesa de operaciones. Le está dejando sobre la mesa cuando Ace regresa con Logan.

—Dios mío —murmura Brad.

—Hay que desnudarle —dice Logan, mirando a Stan.

En ese momento entra Mark, cargando con la cazuela en la que ha hervido los utensilios. Le ha dicho a Rachel y a Paula que bajo ningún motivo entren en la casa hasta que él les diga lo contrario.

—He encerrado al perro en la cocina —dice Ace—. Imagino que no lo queremos

por aquí olisqueando cuando la cosa se ponga tensa.

—Bien —responde Logan—. Hay poca luz. Agradecería que encendierais un par de velas más —luego se gira hacia Mark—. ¿Tenemos todo el material?

—Falta el hilo de pesca.

—Vamos a necesitar algo para suturar la herida cuando terminemos.

—Neil fue a por hilo de pesca —asegura Tom, interrumpiéndoles—. Debe de estar al llegar.

Logan se mira las manos y resopla, tratando de infundirse de ánimos a sí mismo. El resto espera con todos los músculos de su cuerpo tensos, pero no corras el error de pensar que a Tom le preocupa el devenir de Junior Collins. Si te fijas en él verás que su mirada se desvía de forma impaciente y constante hacia la puerta del salón.

Se pregunta una y otra vez dónde demonios está Neil.

Mientras tanto, Mark y Brad se encargan de encender más velas y acercarlas todo lo posible a la mesa. El ambiente está cargado y silencioso. Las respiraciones largas y profundas de Logan son el sonido más notorio.

Ace y Stan se ocupan de desnudar al chico. Cuando se encuentra en ropa interior, Ace levanta la mirada hacia Logan, y este asiente de forma imperceptible. Con un nudo en la garganta, Ace le quita también los calzoncillos, dejándole completamente desnudo sobre la sábana blanca que cubre la mesa.

—Hay que lavar la zona que vamos a operar —advierte Logan.

Stan gruñe afirmativamente y corre hacia el cuarto de baño. De allí regresa un momento después con un barreño lleno de agua, una esponja y una pastilla de jabón. Lo deposita todo a los pies del chico y Logan se acerca y con gesto ceremonial mete las manos en el agua y se lava, frotándose bien. Con esos mismos movimientos pausados, retira el cuchillo, las pinzas y las tijeras de la cazuela, los seca con cuidado con una de las sábanas y lo deja todo sobre la mesa, cerca de la cadera de Junior.

A su espalda, Brad gime por la impresión.

Mientras tanto, Ace se ocupa de lavar la tripa del chico.

—¿Estás bien, Mark? —pregunta Logan clavando la mirada en él—. Estás pálido como si hubieras visto un fantasma.

—Estoy acojonado —responde—. No sé si voy a poder soportarlo.

—Si te vas a desmayar procura sentarte antes, o avisar para que te sujetemos. Lo que menos nos interesa ahora es que te partas la crisma al caer.

Mark asiente demasiado rápido, dejando ver lo nervioso que se encuentra. Logan se gira hacia Ace.

—Supongo que tendrás que ser tú quien se ocupe del chico —dice.

—¿Qué quieres que haga?

—Tom y Stan pueden ayudarme con la operación. Necesito que estés pendiente de él todo el tiempo, que vigiles su ritmo cardíaco y su respiración. Y que estés preparado para cualquier cosa.

Ace traga saliva, contrariado. El silencio en la sala es ominoso, tan terrible como

opresivo.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero exactamente a lo que estás pensando. No sabemos si volverá a levantarse como uno de ellos. —Logan hace un gesto con la barbilla hacia el exterior—. Pero no podemos descartar esa posibilidad. Y no quiero correr ningún riesgo. Si muere, habrá que matarle de nuevo antes de que pueda levantarse. Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir —responde Ace, que de repente ha palidecido tanto o más que Mark.

Logan asiente y vuelve a respirar hondo, casi como un profesor de yoga enseñando a sus alumnos a relajarse. Luego se levanta la camiseta y se mira el estómago. Si miras a unos diez centímetros a la derecha y abajo del ombligo verás que tiene una cicatriz de unos seis centímetros de largo.

—¿Qué haces? —pregunta Tom, extrañado.

—Calcular dónde tengo que hacer la incisión.

Tom resopla y Mark pone los ojos en blanco al tiempo que se muerde el labio inferior con gesto nervioso.

—¿En serio? —pregunta Ace abriendo mucho los ojos y mirando a Logan como si estuviera viviendo la situación más surrealista de su vida—. ¿No sabes dónde tienes que cortar?

—Creía que habíamos superado esta fase —responde Logan, concentrado aún en su propio estómago—. No soy cirujano, no tengo conocimientos de medicina más que básicos, pero después de que me operasen leí mucho sobre lo que era el apéndice, cómo es y cómo se realiza una extirpación. Y sí, esto es como intentar arreglar un avión a reacción con una venda en los ojos, pero es todo lo que tenemos, ¿vale?

—Lo siento —responde Ace, colocándose en una esquina de la mesa, cerca de la cabeza de Junior.

Logan vuelve a colocarse bien la camiseta y mira hacia Junior. Detrás de él, todos contienen la respiración, atentos a cada uno de sus movimientos. Muy despacio, como una secuencia de una película grabada a cámara lenta, Logan acerca su mano al cuchillo.

7

Fuera de la casa, en el jardín, Rachel está de pie con Axel envuelto en mantas dormido con la cara apoyada en el pecho de ella. Un poco por debajo, también abrazada a Rachel, está Paula. Las dos se giran a mirar cuando la puerta del jardín se abre y entra Neil caminando a zancadas rápidas. A pesar de la decisión que indican sus movimientos, al ver a Paula y Rachel se detiene, aunque es obviamente a la niña a la que mira con los ojos muy abiertos.

Casi podemos alcanzar a oír la voz de Verónica resonando en su mente. «En algún

momento te encargará que mates a Paula», y luego «¿En serio quieres convertirte en ese monstruo?».

Neil sacude la cabeza para librarse de esa voz. También puede escucharla diciendo que entre los dos hay una conexión. Siente la vibración y el cosquilleo en sus labios, como cuando ella le ha hablado tan cerca que se han rozado.

«En algún momento te encargará que mates a Paula».

—¿Están dentro? —pregunta en voz alta, sin dejar de mirar a la niña, y más porque el hecho de hablar hace que las voces en su cabeza retrocedan y se escondan que porque necesite hacer esa pregunta.

—Sí —responde Rachel.

—Junior está enfermo —apuntilla Paula con voz triste.

—Estoy seguro de que están intentando solucionarlo —responde Neil volviendo a ponerse en marcha.

En cuatro zancadas cruza el jardín dejándolas atrás y entra en el salón a tiempo de ver a Logan coger el cuchillo y levantarlo. Los presentes, a excepción de Junior, le dedican una mirada breve antes de devolver su atención a la improvisada mesa de operaciones. Es Tom el único que reacciona de verdad al verle, mostrando un alivio tal vez desmesurado. Se acerca a su sobrino.

—¿Encontraste el hilo de pesca? —le pregunta.

Neil mete la mano en el bolsillo, saca el rollo y se lo entrega a su tío. No deja de mirarle fijamente.

—Aquí tienes.

Tom se gira y se lo entrega a Ace, que lo coloca sobre la mesa, junto al resto de los utensilios. Tom se vuelve para mirar a Neil.

—¿Todo bien, Neil? Sé que el sótano está hecho un desastre...

El tono de Tom parece normal pero obviamente es una pregunta no formulada la que le está haciendo a su sobrino. Para nosotros, que sabemos lo que realmente guarda en ese sótano, resulta fácil adivinarlo. El resto... bueno, no es que nadie le esté prestando atención.

—Toda tu casa está hecha un desastre —contesta Neil.

—¿Pero todo bien? —Tom levanta una ceja, instando a su sobrino a contestarle sobre lo que no está preguntando con palabras.

Neil esboza una sonrisa enigmática.

—Todo bien.

—¿Tienes las llaves?

Neil se las entrega. Tom asiente y se da la vuelta para acercarse a la mesa donde va a tener lugar la operación. Neil se queda donde está, mirándole a la espalda y oyendo una vez más la voz de Verónica, como un susurro pronunciado a milímetros de su oído que le pone la piel de gallina.

«Ni siquiera le importas».

«Pero sí que le importo. Soy su sobrino», le responde mentalmente y con

terquedad a la voz de ella.

«Puedes estar seguro de que no será él quien se manche las manos de sangre».

¿Y acaso puede negarle eso a la voz de Verónica? ¿Acaso no se dedicó su tío a susurrarle al oído que tenían que deshacerse de Patrick? ¿Y acaso no hizo lo mismo después de que abatieran a todos los muertos vivientes que intentaron cazarles aquella noche, diciéndole que tenían que apegarse al plan y encadenar a Verónica? ¿No le susurró eso y le dijo «tienes que hacerlo tú»?

«En algún momento te encargará que mates a Paula».

Neil sacude la cabeza, intentando librarse de la voz, y aprieta los dientes con furia. Tal vez si alguien estuviera mirándole en ese momento se habría preguntado qué le pasa, tal vez incluso habría tenido miedo y pensado que ha visto demasiados locos en televisión con expresiones similares. Pero nadie le está mirando porque Logan acerca con cuidado el cuchillo al costado de Junior Collins.

La operación está a punto de comenzar.

CLASESLCENNEG8

—En principio debería estar intubado —murmura Logan, apoyando la punta del cuchillo sobre la piel y respirando hondo. Habla para sí mismo y no espera respuesta—. Vamos allá.

Desliza el cuchillo haciendo la presión justa para cortar la piel. De todas las veces que ha manejado un cuchillo contra otra persona es probablemente esta la única en la que ha procurado tener cuidado, aunque esa es otra historia. Un hilo de sangre resbala por el costado de Junior y deja una pequeña flor roja en la sábana que cubre la mesa.

—Ahora tengo que levantar la piel —dice Logan, procediendo a hacer eso mismo. La incisión que ha hecho tiene unos tres centímetros de largo—. Y ahora tengo que cortar las capas de grasa y músculo.

Vuelve a respirar hondo y deja el cuchillo a un lado para coger las tijeras. Al hacerlo, Mark se lleva la mano a la boca y entrecierra los ojos, como si lo que está viendo le supere. Apartado del grupo, y con seguridad el único de ellos que no está atento a la operación en sí, Neil Ridgewick sigue con los ojos clavados en la espalda de su tío, debatiéndose en conversación mental con una mujer encerrada en un sótano a varias casas de distancia, sin dejar de oírla decir que algún día su tío le pedirá matar a una niña y que no será Tom quien se manche las manos de sangre.

—¿Estás bien, Mark? —pregunta Ace—. Si no puedes verlo, ve a sentarte o sal fuera, pero no te quedes aquí y te vayas a desmayar.

Mark, como si hubiera aprendido de Stan, responde con un gruñido afirmativo y asiente, sin retirar la mano de su boca, pero no se mueve para abandonar la habitación.

Con las tijeras, Logan hace un corte rápido en la capa de grasa y luego otro a la de musculatura. Con los dedos, abre ambas capas hacia los lados, dejando a la vista una capa fibrosa.

—Stan, voy a necesitar que sujetes aquí.

Durante un segundo Stan no contesta, mirando a Logan como si se hubiera vuelto loco. Después obedece y coloca los dedos de tal forma que mantenga la grasa y el músculo abierto para que Logan pueda ver el interior. De su garganta surge un gruñido de difícil comprensión.

—¿Cómo va, Ace? —pregunta Logan.

—Tiene el pulso rápido pero parece que bien.

—De acuerdo. —Logan mira a Tom—. ¿Te puedes encargar de limpiar de sangre la zona? Intenta mantenerla lo más limpia posible.

Tom asiente y, obediente como nunca le hemos visto desde nuestra llegada a San Mateo, coge una de las sábanas limpias y la pasa con cuidado por el bajo vientre de Junior, apoyándola con delicadeza en la herida practicada y sujeta por Stan. La sábana absorbe la sangre y se empapa con rapidez.

Más atrás, Neil sonríe por lo irónico que le resulta ver eso y escuchar en su cabeza la voz de Verónica: «Puedes estar seguro de que no será él quien se manche las manos de sangre».

«Imagino que no te referías a esto, Verónica», murmura en su mente, intentando tragarse la carcajada que amenaza con salir de él en cualquier momento.

—Esto es el perineo —dice Logan, señalando con la punta de las tijeras la capa fibrosa que la herida ha dejado a la vista; luego niega con la cabeza—. No, el peritoneo. Tom, es importante que intentemos que la sangre no se... meta para dentro, ¿sí?

—Lo intentaré —responde Tom, concentrado en lo que está haciendo sin levantar la vista. Y sí, sus manos están manchadas de sangre.

Logan introduce con cuidado las tijeras y las mueve tratando de encontrar el hueco por el que cortar. Cuando lo hace, cierra las tijeras con fuerza y rasga el peritoneo. Stan procede con rapidez a levantarlo y abrir el hueco, dejando a la vista las entrañas del chico. Es en ese momento cuando Mark reprime una arcada, se da la vuelta y sale corriendo del salón, hinchando los carrillos y apretando con fuerza la mano contra la boca. Nadie le mira salir, nadie se gira al escucharle vomitar en el jardín, y tampoco cuando la voz de Paula le pregunta alarmada si está bien. A nosotros, ahora, tampoco nos importa.

—Menudo marica —murmura Neil, refiriéndose a Mark.

Tom juega con la sábana sobre la herida, tratando de mantenerla lo más limpia posible, pero le dedica a su sobrino una mirada rápida y furiosa. Ace también se gira para mirar a Neil, sin separar las manos del cuello de Junior, desde donde está controlando el pulso del chico.

—¿Qué? —pregunta Neil, como un latigazo seco—. ¿Qué estás mirando?

Ace abre la boca para contestar pero Tom se le adelanta.

—Cállate, Neil, por Dios santísimo. Si no sabes estar callado, sal de aquí, joder.

Neil frunce el ceño, con odio evidente en sus ojos, casi refulgentes de ira. En su

mente, Verónica sigue hablando, repitiéndole esas cosas, diciéndole que entre ambos ha habido una conexión y aún pueden arreglarlo todo y detener a Tom.

«Antes de que te convierta en un monstruo, Neil».

Logan apoya las tijeras en la mesa y suspira. Le suda la frente y se limpia con el antebrazo, sin apartar la mirada de lo que ve a través de la herida. No le da asco, ha visto más de una vez el interior de un cuerpo humano, aunque su método habitual ha sido el estrangulamiento también ha utilizado el cuchillo en algunas ocasiones.

—Ahora tengo que localizar el apéndice —dice Logan—. Tengo que meter los dedos ahí y buscarlo. Es un pequeño saco en un extremo del intestino grueso. Y quiero recordar haber leído que es fácil de localizar.

Ante la atenta mirada del resto, Logan introduce el índice y el corazón en la herida y comienza a rebuscar. El sonido es acuoso y hace que Stan tenga que apartar la mirada y concentrarse en otra cosa para no salir corriendo igual que Mark a vomitar lo poco que comen cada día. Ace también baja la mirada hacia el rostro de Junior. Tom sigue con atención los movimientos de Logan, con algo de fascinación, apoyando la sábana continuamente en los bordes de la herida para absorber la sangre.

Más atrás, los ojos de Brad ruedan hasta quedarse en blanco, las rodillas le fallan y se desploma como un saco de patatas. El ruido que hace al chocar contra el suelo es como el de un coche al estrellarse contra un muro. Nadie se mueve para ayudarle, aunque el único que no está haciendo nada y podría acercarse a Brad es Neil y, por supuesto, al chico Ridgewick lo que le pase al gordo de Castle Hill le importa bien poco.

Logan Kane sigue hurgando en el interior del cuerpo de Junior, siguiendo el intestino grueso y moviéndolo hasta encontrar algo que le hace detenerse.

—Creo que lo tengo.

—Por Dios, espero que sea así —murmura Stan a su lado, tan pálido que podría llegar a ser transparente.

Logan asiente, esperando lo mismo, y tira con suavidad. Un sonido como de ventosa al despegarse acompaña al pequeño saco que sale al exterior entre los dedos de Logan empapados en sangre y una sustancia como viscosa. Y en ese momento Junior Collins abre los ojos y la boca y lanza un alarido que hace que todos se sobresalten y tanto Ace como Stan y Tom griten a su vez. El chico se retuerce por el dolor y Logan tiene que soltar el apéndice y dejarlo caer sobre el vientre y la herida para sujetar al chico por los brazos.

—¡Agarradle! —grita.

Ace también hace todo lo posible por sujetar a Junior, que sigue retorciéndose. La visión del apéndice fuera del cuerpo, sujeto por uno de los lados a los intestinos y balanceándose con cada sacudida del chico hace que Tom retroceda y ahogue una arcada. Junior sigue gritando y en una de las sacudidas golpea el barreño con agua que hay a sus pies y lo derriba. El agua se esparce por el suelo del salón.

Tan súbitamente como llegó, la consciencia de Junior Collins se desvanece de

nuevo, el grito se ahoga en sus labios y sus ojos se ponen en blanco para cerrarse de nuevo. Sus piernas se sacuden una vez más, un estertor involuntario, y luego se queda completamente quieto.

Resulta sorprendente que Stan haya sido capaz de mantener la herida abierta y no separar la mano de ella. De inmediato Tom vuelve a acercarse con la sábana y a pasarla alrededor de la herida, sin tocar el apéndice. Logan se incorpora, jadeando por la impresión y el esfuerzo y mira a Ace.

—¿Cómo está?

Ace aprieta los dedos contra el cuello del chico, buscando. Durante unos interminables segundos no dice nada y todos temen lo peor. Stan Marshall traga saliva y todos pueden oír el sonido que hace.

—Parece que el corazón se estuviera volviendo loco. Late a toda hostia.

—Joder —murmura con alivio Tom.

—Vale, sigamos —dice Logan.

Coge las tijeras y las acerca a la base del apéndice, abriéndolas por el camino. Cogiendo con la otra mano el colon, Logan realiza el corte. De inmediato, una sustancia de aspecto desagradable y olor aún más asqueroso se derrama desde las dos partes resultantes, cayendo al interior de la herida y esparciéndose también alrededor.

—Mierda —exclama Logan tratando de apartar el colon y evitar que siga cayendo sobre la herida.

Tom se afana en limpiar. El apéndice, extirpado e inservible, cae a un lado de la mesa. Logan deja las tijeras con rapidez y coge el hilo de pesca.

—Mierda —repite—. Ace, necesito que agarres esto.

Señala el muñón con la barbilla y Ace no pregunta y no duda. Liberado, Logan introduce el hilo de pesca en la aguja y procede a suturar el muñón, lo más rápido que puede pero con cuidado. Cuando termina, lo introduce en el interior del cuerpo y sutura el peritoneo. Le sigue el músculo, la grasa y por último, la piel.

Cuando termina, Logan se aparta para observar el resultado.

—Te daría una palmada en la espalda —asegura Tom—, pero te dejaría una huella ensangrentada.

Logan asiente, sin decir nada. Tiene un nudo en el estómago y está en tensión aún.

—Me gustaría limpiarme —dice Stan.

—Levantémosle antes —dice Logan—, y cambiemos la sábana de debajo. Y lavémosle y vistámosle.

A todos les parece coherente.

hora nos basta. Tom, Neil y Brad ya se han marchado; han trasladado a Junior a una de las habitaciones del primer piso, donde yace tumbado en la cama con los ojos cerrados y tapado por las mantas hasta el pecho. En la puerta de la habitación están Logan, Ace y Mark.

—No, en serio —está diciendo Mark. Hemos aparecido aquí en mitad de una conversación, pero nos resulta sencillo descubrir de qué están hablando—, yo me quedaré con él la primera ronda. Es lo justo, ya que tuve que salirme durante la operación.

—Eso no significa nada, Mark —protesta Ace.

—Bueno, pero quiero sentirme útil y hacer algo. ¿Qué más da quién se quede primero con él? Déjame a mí...

Ace resopla y cabecea con resignación.

—Vale, yo haré la segunda ronda —dice—, pero si me quedo dormido, despiértame. —Extiende un dedo hacia Mark—. Ni se te ocurra pasar toda la noche en vela, ¿me oyes?

—Que sí, tranquilo.

Ace se despide de Logan con un gesto y se marcha, dejándoles allí. Mark toma asiento en una silla situada junto a la cama. Apoyado en la pared hay un palo de golf que sacaron días atrás de una de las casas cerradas. Mark sabe cuál es el motivo de que esté ahí y no quiere pensar en ello. Ni siquiera quiere mirarlo.

Logan se deja caer en otra silla situada frente al escritorio vacío que hay en un rincón. Lo hace con un soplido de cansancio, más mental que físico.

—Deberías irte a dormir —dice Mark—. Lo que has hecho esta tarde ha sido duro y mereces descansar.

—Necesito tranquilizarme antes —admite Logan—. Se me cierran los ojos y siento el cuerpo como si fuera la cosa esa verde con la que juegan los niños que parece moco...

—Blandi Blub —recuerda Mark.

—Eso. Pero mi cerebro sigue funcionando a toda máquina, como si aún estuviera todo pendiente de un hilo y dependiera de mí. Ahora cuando consiga relajarme me largaré a dormir y te dejaré a solas con él.

—Bueno, es normal que te sientas así.

—De todas formas, toma esto.

Mark se gira para ver lo que le está entregando Logan. Este tiende la mano derecha hacia él, con la pistola que perteneció al marido de Rachel, la que Logan utilizó durante la noche en que los muertos entraron en la urbanización, agarrada por el cañón.

—¿Para qué me das eso?

—Para que te rasques los huevos con ella —responde Logan, abriendo los labios en una sonrisa cargada de ironía—. ¿Para qué coño te la voy a dar? Para que si el chico muere durante la noche y despierta convertido en un puto zombi no tengas que

abrirle la cabeza con un palo de golf.

Mark traga saliva, imaginándose a sí mismo blandiendo el palo y reventando el cráneo de Junior Collins. Solo pensarlo le revuelve el estómago y de quedarle algo en él, probablemente tendría que vomitarlo en este instante. Cambiar el palo de golf en esa imagen por una pistola no mejora demasiado.

—No sé si seré capaz de hacerlo —admite, bajando la mirada—. Es apenas un chiquillo... Y le conozco...

—Dispararle a la cabeza es bastante más sencillo y desde luego más humano que romperle la crisma a palazos —le asegura Logan—. Y además, si se despierta convertido en un zombi ya no será Junior Collins, sino un ser repugnante y asesino del que vas a tener que librarte. En parte para eso hacemos estas guardias.

—Creía que era para vigilar su temperatura —objeta Mark, mirando al chiquillo. Le da la impresión de que duerme plácidamente—. Su pulso y todo eso.

—Eso también, sí. Si le sube mucho la fiebre dale otro ibuprofeno, aunque me da miedo saturarle. He leído el prospecto y acojona un poco pensar en una sobredosis de ibuprofeno, joder. Ni que fuera cocaína.

Mark sonríe y Logan le imita. Un segundo después, sin saber muy bien por qué, ambos hombres se echan a reír. Tienen que taparse las bocas con las manos para que sus carcajadas no despierten al resto. Logan vuelve a ofrecerle la pistola.

—Venga, Mark, cógela, no me jodas.

Mark respira hondo, mirando el arma con cierta sensación de inquietud. Logan le hace un gesto con la mano, animándole.

—No pienses en Junior —le dice—. Si se despierta como un muerto viviente, piensa en Paula y dispárale —Logan se levanta y le deja el arma sobre las rodillas—. Sé que no vas a permitir que una de esas cosas se escape y llegue hasta Paula.

—No —declara Mark, con absoluta convicción. Coge el arma y se la guarda en la cintura.

—Venga, va, y ahora cuéntame algo divertido, ¿quieres? —Logan vuelve a sentarse junto al escritorio—. Necesito que mi cerebro se evada un poquito para poder irme a dormir.

—¿Algo divertido? Siento que he perdido el sentido del humor...

—Esfuézate, joder. Como si yo acabara de operar a un niño con tijeras y un cuchillo de cocina y tu deber fuera entretenerme un rato para que se me pasara el acojone.

Mark menea la cabeza y se muerde el labio inferior, pensando. Los recuerdos le llevan a Castle Hill, y de allá un poquito más atrás, al coche junto a Neville. Tiene la sensación de que han pasado siglos desde aquello. Le cuesta recordar con detalles la cara de su compañero, aunque está seguro de que llevaba una camiseta con el logotipo de *Lost*. Y también que siempre viajaba con su cámara y le gustaba sacar fotografías de nubes con formas...

—Una vez tuve un compañero, en la universidad, que coleccionaba etiquetas de

sujetador —dice Mark—. La última vez que le vi estaba en la sección de lencería femenina de unos grandes almacenes, con unas tijeras, cortando etiquetas de sujetadores... —Mark suspira—. En serio, esta anécdota tenía más gracia antes...

—Curiosa es —asegura Logan, ahogando un bostezo detrás del puño—. ¿Tú veías *Mi extraña adicción*?

—¿Qué es eso?

—Un programa de televisión sobre gente con adicciones raras de cojones.

Mark niega con la cabeza.

—No me emocionaba la televisión —admite—. Veía alguna serie, sobre todo de la HBO y películas y cosas de deportes, pero programas y *realities*... uf, no.

—Era un programa curioso, una vez que empezabas a ver uno era... —Logan sonrío por la ironía de lo que va a decir— adictivo. Al final querías verlo entero y luego ver otro programa, y otro... Salía gente en él que dejaba en bragas a tu colega.

Con un escalofrío recorriéndole la espalda, como un *déjà-vu*, Mark resopla.

—No era mi colega, solo un compañero. Un conocido.

—Lo que fuera. Al lado de la gente que sacaban en el programa era un tío completamente normal, con eso te lo digo todo. Había una chica adicta a comerse el relleno de los colchones. ¿Qué dices? ¿Te deja loco o no?

Mark parpadea, perplejo.

—¿El relleno de los colchones? —Lo pregunta como si fuera imposible, con el tono de quien le dice a otra persona que se ha equivocado y acaba de soltar una burrada—. ¿Lo amarillo?

—Eso mismo. Y había otra que era adicta a beber su propia orina, como si fuera agua, colega. Se la echaba en un vaso y para dentro. Viendo ese capítulo tuve que levantarme para ir al baño a vomitar. Otra loca comía tizas como si fueran pipas, y otra comida de gatos, el pienso ese que parece atún pero huele como si hubieras matado a alguien y luego lo hubieras rebozado en mierda...

—Joder, ¿eso lo emitían en la tele?

—Lo juro por mis muertos —dice Logan ahogando una carcajada—. Y encima el programa estaba bien, era entretenido de pelotas. Ah, había otra pirada que creía que los zapatos tenían sentimientos y les hablaba, les acariciaba... Era digno de ver, como una puta cabra. Esa gente vive en nuestro país, Mark... Vivía, bueno... Después de ponerte a ver ese programa daba miedo salir a la calle y pensar en lo tarada que está la gente.

Mark sonrío, ajeno a la ironía de que sea un asesino en serie el que diga que le daba miedo salir a la calle. Logan vuelve a bostezar y se pone en pie estirando los brazos por encima de la cabeza. Señala a Junior con la barbilla.

—Si se despierta y quiere agua, dásela. En teoría, creo recordar, no debería tomar alimentos ni bebidas, tendría que estar con suero, pero no tenemos así que... si quiere agua, se la das.

—Joder —murmura Mark—. De acuerdo.

Logan apoya la mano en el hombro de Mark con gesto amistoso y sale de la habitación. Mark mira a Junior y extiende la mano hacia él para tocarle la frente. Le da la impresión de que está caliente, aunque no de manera alarmante. Oye pasos que se acercan por el pasillo y se echa hacia atrás, reclinándose en la silla.

Paula entra en la habitación seguida de Rachel. La niña corre hacia Mark y le abraza dando un salto para subirse en sus rodillas. Rachel se queda de pie en el umbral de la puerta, con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—No me hace caso, Mark —dice Rachel—. Le he dicho que tiene que dormir, pero ha querido bajar...

—Quiero quedarme contigo —replica Paula levantando la cabeza para mirarle.

—Pero Paula, tienes que dormir...

—Yo quiero quedarme contigo —insiste la niña, abrazándose con más fuerza a él.

Mark le devuelve el abrazo y le acaricia el pelo con cariño. La niña está hecha un ovillo sobre sus piernas y lo cierto es que Mark se siente arropado también. Mirando a Rachel se encoge de hombros.

—Vete a dormir, Rachel —dice—, que mañana cuando Axel despierte vas a estar reventada.

—Y ese no atiende a razones —añade la mujer con una sonrisa triste y dedicándole una mirada aún más triste al niño postrado en la cama—. Buenas noches.

Después de que Rachel se marche, Paula separa la cara del pecho de Mark y mira hacia Junior, apoyando la cabeza en el hombro de Mark.

—¿Por qué hay que quedarse aquí toda la noche? —pregunta la niña, en su voz un atisbo de miedo, sus ojos han captado el palo de golf que hay junto a la pared.

Y tanto tú como yo sabemos que Paula puede tener siete años pero dista mucho de ser una niña tonta.

—Para vigilar que no le suba la fiebre —responde Mark, sin dejar de acariciarle el pelo.

—¿No es para que no se trans... trans... forme en un...?

—Eso también —dice él, interrumpiéndola. No le gusta mentir a Paula, por dura que pueda ser la verdad.

—Yo no quiero que le pase nada —decide Paula, frunciendo el ceño y cruzando los brazos sobre el pecho.

—Nadie quiere que le pase nada, Paula —responde él, dándole un beso en la frente.

—¿Pero por qué está enfermo? —pregunta ella girando la cara para mirarle, con los ojos cubiertos por un manto de tristeza infinita—. ¿Por qué Dios permite que le esté pasando esto?

Mark abre la boca para responder pero ninguna palabra llega a salir de su boca. Piensa: «¿Por qué Dios deja que nos ocurra esto a todos? ¿Por qué permite que sus hijos sean diezmados y sufran toda clase de penurias?».

No tiene una respuesta sencilla para eso. ¿Se trata de hacer que sobrevivan solo

unos pocos, los elegidos, los que son válidos y justos? ¿Es una purga? Porque a fin de cuentas es lo que parece, las Sodoma y Gomorra del nuevo milenio. ¿Han alcanzado tales límites de depravación y maldad que Dios ha dicho «hasta aquí llegáis»? ¿Se trata de un diezmo divino o afrontan la extinción de una vez por todas, el Apocalipsis de la Biblia? ¿Es San Mateo una especie de Arca de Noé donde unos pocos quedarán con vida para repoblar el planeta? Desde luego no es lo que le parece a Mark, pero pensar en esos temas le hace plantearse todo tipo de cuestiones.

«¿Cuánto tiempo duró el diluvio? ¿Cuarenta días? ¿Cuántos llevamos nosotros? ¿A qué espera para darnos un respiro?».

Mark intenta recordar cómo se llamaba el sacerdote de Castle Hill. «Probablemente», se dice, «él sabría responder ese tipo de preguntas mucho mejor que yo». Mark nunca ha sido un hombre religioso, nunca ha prestado demasiada atención a esos temas y no le han interesado lo más mínimo los asuntos que tienen que ver con la religión y con Dios. Aquel hombre, sacerdote o no, le había caído bien, por lo poco que llegó a conocerle vio que era un buen tipo y al final se sacrificó para que Paula y él pudieran sobrevivir. Resultó ser un sacrificio estúpido, sí. El cura podría haber salido con ellos y habrían sobrevivido los tres, pero en aquel momento... a Mark no le chirrió el ofrecimiento.

«Y ni siquiera soy capaz de acordarme de su nombre», piensa con desasosiego. «Dio la vida por nosotros dos y yo no me acuerdo de su nombre».

Y a continuación: «He visto morir a demasiada gente desde que comenzó esta pesadilla».

Mira a Paula, que sigue esperando una respuesta con los ojillos entrecerrados y pendientes de él. Mark le acaricia el pelo con cariño y trata de sonreír.

«¿Qué habría respondido aquel sacerdote? ¿Aquello de “los caminos del señor son inescrutables”? A Mark esa respuesta siempre le había parecido una pantomima, una manera de decir «no tengo ni puta idea de por qué Dios permite este desastre, pero te jodes y te aguantas porque es lo que hay».

«Inescrutables mis cojones», piensa. «Si está ahí arriba y permite que todo esto ocurra y deja que este niño inocente sea operado de esta manera, entonces no es ningún Dios bueno. Será un hijo de puta egoísta al que le importamos una mierda».

Entre no querer mentir a Paula nunca y decirle las cosas tal y como las piensa hay varios puntos intermedios. A esa pregunta de Paula de por qué Dios permite que le ocurra algo así a Junior, finalmente Mark decide no contestar. Y Paula apoya la cabeza en el hombro de él y cierra los ojos mientras él sigue acariciándola con todo el cariño que es capaz de profesarle.

En el caso de Mark a Paula, es mucho.

Es de día. El sol está en lo alto y brilla como el centro de una condenada hoguera. Paula corre por el jardín, riendo y agitando los brazos a los lados como si fuera un avión. Pluto da saltos a su lado, rodeándola, y la risa de ella es como una señal divina.

Neil está de pie a unos metros, observando a la niña. Siente el peso del revólver en su cintura. Deja que su mano derecha se deslice hasta el arma y la saca despacio, para no llamar la atención de la niña. Se fija en la forma en que los pies descalzos de ella pisan la hierba, en cómo esta recupera su forma inicial cuando el pie se retira. Pluto ladra feliz y la niña tropieza y cae al suelo enredándose entre las patas del animal.

Neil levanta el brazo y apunta hacia ella. Su nuez sube y baja cuando traga saliva. Su dedo se crispa sobre el gatillo y el ruido sordo del disparo hace que un par de pájaros levanten el vuelo desde lo alto del tejado. A cámara lenta, Neil ve el pequeño agujero que crea la bala al entrar por la frente de la niña, redondo y de no más de un centímetro de diámetro. Menos de una décima de segundo después, la parte posterior de la cabeza de Paula estalla en mil pedazos, enviando trozos de hueso y salpicaduras de sangre hasta tres metros por detrás, manchando la hierba y el pelaje de Pluto.

Paula se derrumba con los ojos en blanco y la boca aún abierta en una carcajada que se ha quedado a medias para siempre.

No hay gritos, no hay voces de alarma. Ni siquiera el perro emite un ladrido de furia o impresión.

Una mano firme se apoya sobre el hombro de Neil y al girar la cara este ve que se trata de Verónica, de pie a su lado con su melena rojiza refulgiendo al sol como si de un rubí se tratara.

—Te convertirá en un monstruo y ni siquiera tendrá que mancharse las manos de sangre.

Con un grito, Neil se despierta empapado de sudor. Tiene el corazón tan acelerado que si apoyáramos ahora mismo la mano en su pecho es posible que la sintiéramos retumbar. Sabe que no va a poder dormirse así que se levanta y se acerca a la ventana. Está completamente desnudo y la luz de la luna arranca destellos a su piel.

«Ni siquiera le importas», susurra la voz de Verónica en su oído.

—Por supuesto que le importo —susurra él a su vez, apoyando la frente contra el frío cristal. Desde allí puede ver el muro pero no las criaturas que se apelotonan al otro lado ansiando encontrar un hueco por el que poder llegar hasta ellos.

De repente, siente la necesidad de comprobar que siguen allí, como un adolescente cuando empieza una relación con una chica y en el estómago se mueven de un lado a otro mariposas que le exigen que hable con ella, vaya a verla, la bese o haga cualquier cosa que signifique mantener el contacto.

«Te convertirás en un monstruo», insiste la voz. «Algún día te dirá que mates a Paula».

Se pone los pantalones y una camiseta y sale con cuidado de la habitación,

procurando no hacer ruido al andar para evitar despertar a su tío o al maldito gordo de Brad Blueman. A Neil le pone enfermo que su tío mantenga tan cerca a Brad. Para Neil, el periodista de Castle Hill es puro peso muerto, un cero a la izquierda, un bate de gomaespuma en una batalla medieval.

Cuando sale de casa y siente el aire fresco de la noche contra su cara se siente lleno de vida. Respira hondo y camina con pasos rápidos hacia la puerta que lleva a la calle. Todo está tan silencioso que resulta fantasmagórico. Una vez llega la noche es como si no hubiera vida en San Mateo. La ausencia de luz hace que todos se recluyan dentro de las casas, no hay ruidos, no hay vida.

Sabe que cerca del muro la cosa cambia. Allí se les empieza a oír a ellos, siempre gruñendo y gimiendo y moviéndose con su pesaroso arrastrar de pies. Resulta irónico, o eso piensa Neil, que los muertos vivientes sean lo único que transmite la sensación de la existencia de vida durante las noches.

A veces, Neil se acerca y les observa en silencio, sin hacer ningún ruido ni delatar su presencia. Los zombis, cuando no tienen a la vista alimento, se mueven como si fueran torpes y cada músculo del cuerpo les pesara una tonelada. Costaba quitarse de la cabeza la idea de que eran inofensivos. Pero todos ellos les habían visto correr y atacar como malditos buldóceres. Uno solo de esos hijos de puta muertos resultaba peligroso. Eran armas mortales que no sentían dolor y jamás se cansaban.

«Sentiste la conexión», murmura la voz, como si fuera el arrullo de una madre a su bebé cuando intenta dormirle, «tú y yo en el desván luchando hombro con hombro contra los zombis. Tú y yo podríamos hacer que esta urbanización sobreviviera».

Neil se aprieta con fuerza la sien izquierda, intentando apagar la voz de Verónica. Evita mirar hacia la que fue casa de Tom porque sabe que la tentación de entrar en el sótano sería muy grande. No tiene las llaves pero no sería la primera puerta que forzara en su vida.

Aunque eso haría que su tío supiera que alguien habría entrado y cualquier pensamiento lógico le llevaría a pensar que era Neil. Cosa que al chico, por otro lado, le importaba bien poco. Apreciaba a su tío, le quería y le respetaba como adulto o figura autoritaria, pero por otro lado...

Neil había sentido aquella conexión, sí.

Se había sentido mal después de disparar a Patrick, sí.

O no, en realidad no se había sentido mal, igual que tampoco se había sentido mal por abandonar a Peter en el aparcamiento del centro comercial. Le daba igual que estuvieran muertos y si su tío decía que Patrick era un problema, entonces debía tener razón, ¿no? ¿Quiénes somos tú y yo para responderle a esa pregunta? Nadie, no podemos hacerlo. Él se lo pregunta y nosotros tenemos que asistir como estatuas, testigos mudos que no responden a ninguna pregunta.

¿Y entonces la conexión? ¿Era real o estaba ella manipulándole? Esas son las preguntas que Neil se hace mientras escala el muro y se pone a la vista de las criaturas. Casi al instante empiezan a aullar como lobos en celo y hambrientos,

levantan sus manos y le aclaman como a una estrella, abren sus bocas y muerden el aire, haciendo chasquear sus dientes putrefactos.

«Tom dice que es peligrosa. Y Tom es inteligente, es el alma de esta urbanización».

«Hubo una conexión...».

Cuando ella rozó sus labios... ¿acaso no había sentido él cómo le pulsaba la polla? ¿No se le había acelerado el corazón y había resistido el instinto de besarla y arrancarle la ropa allí mismo? ¿Era eso fruto de una conexión entre ambos o se debía al hecho de que ella era una mujer preciosa de por sí que estaba utilizando sus armas para seducirle y manipularle? Resultaba fácil calentar a un hombre cuando la otra única mujer existente en la urbanización llevaba siempre un bebé en brazos y gastaba unas ojeras del tamaño de elefantes.

¿O no? ¿Podrías responderle de otra manera? ¿No dudarías tú de la misma forma?

—Tom dice que es peligrosa —murmura hacia los muertos, excitados por su presencia—. Es peligrosa y manipuladora.

«Podríamos mantener a salvo a este grupo. Tú y yo».

Neil sacude la cabeza y aprieta los dientes. Tiene ganas de romper a llorar. No soporta la tensión de escuchar su voz continuamente en su cerebro, haciéndole dudar.

—Solo sé dos cosas —dice entre dientes—: que mi tío sabe de lo que habla cuando habla... y que odio cuando intenta hacerme sentir como un estúpido...

Neil parpadea, perplejo ante lo que acaba de decir. Ha expresado en voz alta un pensamiento que ni siquiera sabía que tenía.

«¿Es cierto?», se pregunta. «¿Me hace sentir como un estúpido?».

—Sí —responde en voz alta—. Lo hace cuando me mira con esa expresión de «deja de comportarte como un gilipollas y cállate». Lo hace cuando me exige que me calle y deje de comportarme así simplemente porque molesto a esa panda de mojigatos. Ace, Brad, Mark... Parece que le importa más cómo se sienten ellos y cómo piensan ellos que lo que puedo pensar yo.

Como si de una revelación se tratase, Neil comprende lo que le está ocurriendo. Abre la boca sorprendido y mira hacia el infinito, a ninguna parte mucho más allá de los muertos que se agrupan a sus pies intentando agarrarle.

11

Dejemos que pase algo de tiempo y llegue la hora de la comida del nuevo día. Tendremos que acercarnos a la casa de Harrison Ford, donde los supervivientes de San Mateo se reúnen a diario. Tras la improvisada barra, como cada día desde su llegada a la urbanización, Brad sirve un cuenco de guiso (otra vez, mucha agua con una patata y algunas especias para intentar darle algo de sabor) a Rick. El chico mira el contenido del cuenco con gesto lastimoso y cuando levanta la cabeza hacia Brad

este solo puede encogerse de hombros.

«Vamos a morir de hambre», quiere decir la mirada de Rick.

«Lo sé, lo sé», significa la de Brad.

Rick se da la vuelta y se dirige a una mesa vacía. En la otra apenas hay tres personas: Tom, Shane y Rodger. Es ahora cuando la puerta del jardín se abre y da paso a Logan, Ace, Mark, Paula y Rachel. Al verles, tanto Tom como Rodger se levantan y se acercan a ellos, demostrando con eso que son los adultos del grupo. Si te fijas, verás que tanto Rick como Shane se limitan a dedicarles una mirada curiosa.

Brad, por otro lado, se debate entre acercarse o no. Y finalmente se queda dónde está. A fin de cuentas los dos grupos confluyen delante de la mesa que hace las veces de barra.

—Me han contado lo que hiciste anoche —le dice Rodger a Logan, agarrándole del antebrazo—. Fue algo muy valiente. De haber estado allí habría ayudado en lo posible, pero ni mi hijo ni yo nos enteramos.

—Gracias —responde Logan—. Éramos gente de más, de todos modos.

—De todas formas tiene mucho valor que te enfrentaras a ello tú solo.

—¿Cómo está el chico? —pregunta Tom.

—Tiene fiebre —contesta Ace, adelantándose—. Esta mañana durante mi turno de vigilancia estuvo delirando un poco. Ahora se ha quedado Stan con él... —Se gira hacia Brad—. Tendrás que prepararnos una ración para llevársela.

Brad asiente.

—Si necesitáis gente para hacer turnos, contad conmigo —dice Rick sin levantarse de la mesa.

Todos le miran, y tanto Logan como Ace aceptan con un movimiento afirmativo de cabeza. Ace abre la boca para contestar pero la puerta del jardín vuelve a abrirse y el grupo entero se gira para mirar y ver a Neil entrando en el jardín. Nosotros nos giramos con ellos. Probablemente lo que vas a ver ahora te deje igual de perplejo que al resto.

—¡Buenos días! —exclama Neil levantando la mano con tono alegre. Luce una enorme sonrisa en sus labios y se acerca al resto del grupo. Al pasar junto a Paula le revuelve el pelo y después señala a Ace con el dedo índice—. Eh, esa camisa mola. ¿De dónde es?

Ace parpadea sin comprender y durante un par de segundos mira al chico como si le hubiera hablado en un dialecto alienígena. Luego se mira la camisa y vuelve a levantar la vista.

—Abercrombie —murmura, con un tono que no deja lugar a dudas sobre su extrañeza.

—Pues me gusta. Si los Abercrombies del mundo no se hubieran ido al carajo me compraría una igual —asegura Neil—. Si me encuentro con uno durante una incursión lo mismo hasta me entretengo en coger una.

Neil suelta una carcajada después de su último comentario, y esta se contagia a

Rodger. Los demás están tan asombrados ante la alegría que muestra Neil que no son capaces de reaccionar.

—Bueno —dice entonces—, ¿cómo está el chico? ¿Está bien?

—Eh... —Ace mueve los labios sin articular ninguna sílaba, un momento, y luego carraspea para darse voz y señala a Rodger y Tom—. Le acabo de contar a ellos que tiene fiebre y esta mañana ha delirado.

—Joder, qué putada. Espero que se ponga bien. Siempre me ha parecido un buen chico.

A excepción de la de Rodger, las caras del resto son como una caricatura: ojos abiertos en gesto de incompreensión, ceños fruncidos, bocas que parecen una o. Pero espera, porque aún falta la puntilla. Neil sigue sonriendo cuando arranca la siguiente frase:

—Por cierto —dice, y entonces deja que la sonrisa se esfume y su expresión se transforma en otra llena de arrepentimiento, una que no hemos visto nunca en su rostro—, os debo una disculpa a todos. Una de las gordas, además, porque me he comportado como un gilipollas desde hace tiempo. No sé, creo que no tengo excusa pero aún quiero pedirlos perdón. Toda mi vida he sido... —Se detiene un momento y baja la mirada—. Siempre he pensado que para que la gente te respete hay que ser un tipo duro y comportarse como tal. Nunca he sabido lidiar con los problemas correctamente... Yo... Mi tío lo sabe, conoció a mi madre y sabe que ella era difícil, que tenía problemas y...

—Neil, no creo que...

—Tío, es la verdad... Mis amigos también lo saben, Rick y Shane... Yo... —Se gira hacia los dos chicos para incluirles en la conversación con un gesto y vuelve a girar una vez más para enfrentar a su desconcertado público—. También he sido un mal amigo con ellos estos días. Como decía, nunca he sabido enfrentar los problemas y eso me ha llevado a afrontar esta situación de una forma que... bueno, ya lo habéis visto, he sido un imbécil y me cuesta creer que ninguno de vosotros me haya partido la cara.

Neil sonrío, es un gesto triste y lleno de arrepentimiento. Nadie dice nada, aunque todos los ojos están clavados en él.

—El otro día —continúa—, mientras Junior estaba sobre la camilla, comprendí lo frágil que es lo que mantenemos aquí. Si no trabajamos todos juntos no lo conseguiremos... Y yo no quiero ser el que ponga trabas. Así que quiero pedirlos perdón a todos y cada uno de vosotros. Sé que a algunos les he incordiado más o de peores maneras... Ace, Rick, Shane... Pero en general, a todos.

A continuación, se hace el silencio más absoluto que se haya visto jamás. Dudo que nunca hayas encontrado otra situación como esta, donde todos los oyentes se quedan sin habla cuando el orador termina su discurso. Es finalmente Ace quien rompe esa burbuja de silencio acercándose a Neil y extendiendo la mano.

—Chico, lo que acabas de hacer requiere mucho valor —dice.

—Gracias.

A continuación la vida vuelve a ponerse en movimiento. Brad les va sirviendo comida y les entrega los cuencos llenos de ese caldo que casi no es caldo sino agua y ellos van hacia las mesas a sentarse. Muchos de ellos saludan con entusiasmo al nuevo Neil, probablemente uno de los más agradecidos e ilusionados con lo que acaba de ocurrir sea Rick, tal y como reflejan sus ojos ansiosos; y sin lugar a dudas es Tom el que mira a Neil con un gesto de incredulidad más marcado.

Aunque estarás conmigo en que no es solo incredulidad. También tiene mucho de duda e intranquilidad.

Neil también recibe su cuenco y se sienta a comer junto a Rick y Logan. De pie, casi en el mismo sitio en el que se encontraba cuando su sobrino apareció en el jardín, Tom sigue mirándole. Neil responde a los comentarios que le hacen, sonríe y se ríe como hacía mucho tiempo que Tom no le había visto hacerlo, como si se hubiera quitado un peso de encima, como si todo el asunto de los muertos vivientes no hubiera ocurrido nunca y aquello fuera una fiesta con barbacoa.

Pero ven conmigo y te diré lo que hay tras los ojos de Neil, más allá de esa expresión amable y liberada que ahora lucen los músculos de su cara. Te contaré lo que Neil Ridgewick está pensando cuando de reojo observa a su tío.

«Nunca te he importado, nunca te has molestado en entenderme. Solo querías transformarme en un monstruo, convertirme en tu brazo ejecutor para que tú no tuvieras que mancharte las manos ni hacer el trabajo sucio. Quieres ser el rey y eso es lo único que te importa. Bien, ya veremos quién juega mejor».

12

Junior Collins abre los ojos tan súbitamente que Stan Marshall, sentado en la misma silla que la noche anterior ocuparon Mark durante el primer turno y Ace más tarde, pega un bote y está a punto de caerse. Su brazo vuela hacia el palo de golf que hay apoyado contra la pared pero no llega a cogerlo porque Junior entreabre la boca y empieza a toser.

Stan acerca la mano a la frente del chico, que le mira con ojos distantes y brillantes. Tiene el pelo empapado de sudor y pegado a la frente y las sienes. Tocarle es como acercar la mano a un río de lava, y Stan la retira de nuevo, preocupado.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta.

—Sí —murmura el chico con una voz débil y quebradiza.

Los ojos de Junior decaen y están a punto de cerrarse, pero vuelven a abrirse de golpe y miran a un punto situado a la espalda de Stan, tan fijamente que un escalofrío recorre la nuca del hombre, presintiendo una figura donde no debería haber más que un escritorio. Intranquilo, se gira para comprobar que no hay nada detrás de él, y así es. Pero cuando vuelve a mirar al niño, este sigue con la mirada clavada más allá de

su espalda.

—Cuando llamo por teléfono me meto en el sistema —murmura entonces. A Stan le cuesta entenderle y se inclina hacia él. La voz de Junior es tan débil que casi no alcanza a ser un susurro, y las palabras salen arrastradas y pastosas, como si las cuerdas vocales tampoco estuvieran por la labor de hacer su trabajo—. Recorro las líneas de teléfono a través de los cables. Cuando están enredados me pierdo.

—¿Qué dices? —pregunta Stan, sin comprender—. ¿Te encuentras muy mal, Junior?

—¿Y cuántos goles has metido? —pregunta entonces el chico, girando los ojos en sus cuencas y mirándole.

Stan abre la boca sin saber qué decir. Su garganta emite uno de sus clásicos gruñidos. Como si no le importara demasiado la falta de respuesta, los ojos de Junior se cierran lentamente. Stan traga saliva, incómodo, antes de darse cuenta de que el pecho del niño sigue subiendo y bajando rítmicamente, al son de la lenta respiración.

—Si al menos tuviéramos hielo o agua fría para bajarte la fiebre —murmura.

Se siente estúpido hablando en voz alta, pero al mismo tiempo le sirve para tranquilizarse después del sobresalto. Mira la caja de ibuprofeno que les entregó Tom la noche anterior. Duda sobre si darle uno, puesto que no han pasado ni dos horas desde que le hicieron tragar dos pastillas, entre Logan y él mismo.

«La fiebre debería haberle bajado», se dice. «No tendría que estar ardiendo».

Pero no sabe si eso es verdad. Nunca le han gustado los hospitales, siempre los ha rehuido y gracias a Dios no se ha visto obligado a pisarlos salvo para nimiedades o visitas a conocidos. No sabe cómo se encuentra uno después de una operación, no sabe si esa clase de fiebre es normal...

Lo único que puede hacer es quedarse ahí sentado y aplicarle sobre la frente paños húmedos, más tibios que fríos, después de empaparlos en el barreño que han dejado a los pies de la cama. Apenas hay un culo de agua, pero de momento es suficiente para realizar esa tarea.

Junior gime cuando Stan aprieta el paño húmedo contra su frente.

13

¿Qué puedo contarte a ti del instinto que no sepas ya? Porque si hay algo seguro en el mundo es que uno se deja arrastrar por las cosas que lleva dentro de sí. Dicen que la curiosidad mató al gato, pero nosotros somos curiosos a otro nivel, amantes de las buenas historias. Fue así como nos conocimos y gracias a eso nos hemos vuelto a encontrar en otras ocasiones. Ser testigos de excepción de acontecimientos como los ocurridos en Castle Hill, o en Los Ángeles más tarde, o en Portland y Half Moon Bay, es nuestra adicción. Podría decirse así.

Con eso en mente, no es nada extraño que Brad Blueman esté preparado esta

tarde. Su instinto es el periodismo, la persecución de una historia (en eso no se diferencia mucho de nosotros mismos), y además siempre ha tenido buen olfato para saber cuándo y dónde va a tener lugar el conflicto.

Brad, el periodista, ha simulado irse a fregar los platos pero en realidad está espiando a Tom Ridgewick. Cuando le ve coger una fiambra y acercarse a la cazuela del guiso, una sonrisa de suficiencia aparece en los labios de Brad.

Si en la vida real hubiera carteles como en las onomatopeyas de aquella mítica serie de Batman, sobre la cabeza de Brad en estos momentos aparecería un «¡Te tengo!» del tamaño de un *tsunami*.

Y se lleva las manos al pecho en busca de la cámara con la que inmortalizar el delito, en su mente aflorando ya la portada y el titular en grandes letras negras: «El líder de San Mateo robando comida». O tal vez: «Corrupción en San Mateo». Incluso, si se le permitiera un toque de humor irónico, podría ser «El Watergate de San Mateo». Sí, esas historias venden, a la gente de a pie le gusta ver que la gente con poder la caga y le pillan con las manos en la masa.

Pero no tiene cámara. Ya no. De hecho, no hay periódico al que presentar las fotografías. Ni siquiera hay lectores de a pie ansiosos por devorar historias de corrupción. Y Tom es la única persona que le trata con respeto, Brad tiene muy en cuenta eso.

En parte por eso le entristece ver lo que está ocurriendo. En parte por eso le duele más, como si le hubiera clavado un puñal en el costado y ahora estuviera retorciéndolo y echando limón y sal en la herida.

Cuando Tom se pone en marcha y se dirige a la puerta del jardín, Brad duda. Su instinto de periodista le exige que le siga. El niño apaleado que ha sido durante toda su vida le dice que lo mejor es dejar las cosas como están, callarse y aceptar que las cosas son como son y Tom no es más que otro tipo con poder que se aprovecha de su posición. Incluso, con cierto temor, se dice a sí mismo que podría hablarlo directamente con Tom, decirle «oye, te he visto coger comida, solo quiero que sepas que no voy a decírselo a nadie».

Tal vez, y solo tal vez, podría hasta salir beneficiado de eso. Tal vez Tom compartiría esa comida extra con él. Y bien sabe Dios que Brad necesita comida extra. Tiene hambre a todas horas y los guisos no le aportan todo lo que necesita.

Vence el instinto.

Brad sigue a Tom por las calles guardando las distancias y procurando mantenerse fuera de la vista, por si acaso Tom decidiera mirar hacia atrás. En un momento dado se pregunta qué está haciendo. A fin de cuentas, ¿qué espera descubrir? Es obvio que Tom roba comida, no hay mucho más que decir sobre el tema, ¿verdad?

Pero es el instinto el que domina las acciones de Brad, y como periodista él habría seguido hasta el final, habría buscado hacer la fotografía que demostrara que Tom comía más que el resto. Ese momento en que se llevara la cuchara a la boca.

Así que le sigue y le ve entrar en la que fue su antigua casa.

De entre todos los lugares existentes en la urbanización, a Brad no se le ocurre ningún otro donde le apetecería menos sentarse a comer. Y no por los recuerdos sobre aquella noche sino porque las paredes siguen cubiertas de sangre y restos de la brutal y sangrienta pelea que tuvo lugar en su interior.

—Claro que si uno quiere hacer algo sin que nadie más le vea... —murmura en voz alta. No termina la frase porque no lo necesita, aunque en su cerebro sí que la completa: «... no se me ocurre mejor lugar».

Brad mira alrededor y no ve a nadie. La calle está tan vacía que podría pertenecer a un pueblo abandonado. Echa a correr hacia la casa de Tom aunque a mitad de camino tiene que relajar el ritmo y limitarse a caminar deprisa entre jadeos. La escasez de comida hace que sus fuerzas mermen.

Se detiene delante de la puerta y la abre con cuidado para asomarse al jardín. No ve movimiento allí. Entra en el jardín con el corazón a ritmo de *heavy metal* en el pecho, sintiendo el picor que genera la tensión mientras avanza hacia la casa. Si Tom apareciera en la puerta de repente, Brad no tendría dónde esconderse y le descubriría.

Alcanza la puerta de entrada sin que nada suceda y se queda en el umbral sin moverse, con la cabeza ladeada intentando escuchar algún sonido, lo que sea, que le permita saber dónde se encuentra Tom. Intenta evitar que sus ojos se fijen en la sangre y en las cicatrices que muestra la pared, producto de los disparos, los golpes y la muerte que rondó aquel recibidor.

Le parece escuchar algo a su izquierda y entra en el recibidor, intentando no pensar que esas manchas pardas que está pisando fueron en algún momento sangre. Intentando no recordar el ruido que hacían los huesos al romperse, las explosiones del rifle de caza, los disparos, los gritos y alaridos...

Está demasiado concentrado en su misión como periodista. De no estarlo, lo más probable es que ya tuviera el estómago revuelto.

Avanza hacia la cocina despacio, dando los pasos como si fuera un astronauta, sintiendo que incluso el roce de su ropa se escucha tan alto como cañonazos. La puerta de la cocina está entreabierta y cuando llega hasta ella y se asoma ve que al otro lado no hay nadie.

Eso le hace fruncir el ceño. El ruido venía desde ese lado y eso es innegable. A menos que fuera un efecto de sonido, claro. Empieza a darse la vuelta cuando oye una voz, débil y lejana, que le hace girarse hacia la puerta que lleva al sótano.

Está cerrada, pero él está tan seguro de que alguien ha hablado al otro lado como de que se llama Brad Blueman.

«Está con alguien más», la certeza aparece en su mente clara y luminosa.

El caso, de repente, es mucho más grave, la noticia se vuelve más grande; el equivalente actual a lo que habría sido en otro nivel, y antes de los muertos, descubrir al alcalde de Nueva York robando dinero de los fondos públicos en connivencia con otra persona.

La pregunta clave que Brad se hace es... «¿Quién más está allí abajo?».

De inmediato, hay un grupo grande de personas que descarta como posibles compinches de Tom: Mark, Stan, Logan, Ace, Rachel y Rick no están en las quinielas.

Eso le deja apenas otras tres personas: Neil, Rodger y Shane.

La primera apuesta de Brad es Neil, pero antes de que empiece a cobrar fuerza en su mente esa idea, se dice a sí mismo que Neil no es el tipo de persona que se tomaría tantas molestias para permanecer ocultos. A fin de cuentas, Tom y Neil viven juntos y podrían hacerlo en cualquier momento, solo con asegurarse de que Brad no les viera.

«Rodger entonces».

Porque en realidad Brad no piensa que sea Shane. O al menos no sin Rodger presente, aunque pudiera ser que los dos Walters estuvieran allí abajo. Pero cuando le da una vuelta a la idea tampoco le parece que Rodger sea un gran candidato para encontrarse con Tom en ese sótano, no con lo afectado que está desde que aquella noche su mujer muriera a manos de los zombis.

«No, Rodger no vendría a comer a la misma casa donde murió Emma».

Brad acerca el oído izquierdo a la puerta. Le parece escuchar voces al otro lado, pero no está seguro de que sean reales o las esté imaginando porque su mente ha empezado a bullir de teorías de conspiración.

«Tiene que ser Neil», se dice. «Es el único que tendría sentido...».

A menos, claro, que sea uno de los otros, alguien inesperado, una alianza oculta como la que Tom quiso tener con el propio Brad cuando este hizo aparición en la urbanización.

«La que tuvo en realidad», se recuerda. «La que tiene conmigo y estoy poniendo en riesgo al estar aquí ahora mismo».

Mark. Ace. Logan. Stan. Rachel.

¿Es posible siquiera?

Pega la oreja a la madera y se esfuerza en oír a través, como si con el hecho de pensarlo pudiera hacer que ocurriese. Obviamente no es así, y Brad no es estúpido como para no saber que en cualquier momento Tom volverá a subir por las escaleras al otro lado de la puerta, acompañado de quien sea que está abajo con él. Y ante todo, Brad no quiere que le descubran. Nunca en su vida ha sido descubierta, ni siquiera cuando le hizo aquellas fotografías a Jason Fletcher quemando la granja de los Meyer, y esa vez llegó a estar muy cerca del chico. Nunca le han cogido y no pretende que esa sea la primera vez.

Sigiloso como cuando llegó allí, Brad se da la vuelta y sale de la casa sin hacer ruido.

Uno de los sonidos que pueden llegar a ser de los más hermosos de la naturaleza es la risa de un bebé. Supongo que estarás conmigo en que uno de los más desesperantes es el llanto de un crío cuando no hay nada que le calme.

Rachel Morris acuna a Axel y le da besos en la frente y la mejilla pero el niño no tiene ganas de dormir. Chilla y se retuerce entre los brazos de su madre, con la boca abierta y emitiendo uno de esos chillidos horribles. Rachel está empezando a perder la paciencia. Aún en ocasiones le gusta pensar que su marido aparecerá de repente, con una historia fantástica sobre cómo sobrevivió ahí fuera cuando todos le daban por muerto. A veces, sobre todo cuando Axel se pone insufrible y no hay nada que le relaje, se dice que no puede seguir adelante sin Bruce.

—¿Qué le pasa?

Rachel se gira para descubrir a Ace Hall en la puerta.

—No lo sé, no para de llorar. Le tumbo y llora, le cojo y llora. He intentado darle de comer pero no quiere...

—¿Quieres que lo intente yo?

Rachel duda un momento, pero acaba cediendo. Dejar al niño en los brazos de Ace ya es un alivio, al menos para su espalda. El hombre le da palmaditas en el culo al crío y de repente este deja de llorar y apoya su manita en los labios de Ace.

—No lo entiendo —asegura ella.

—Vete a descansar, Rachel. Yo puedo quedarme con él hasta que se duerma, porque parece que no tiene muchas ganas.

Como para demostrar que Ace tiene razón, el pequeño Axel lanza un gritito y agita las dos manos.

—Es un terremoto —dice ella.

—Lo es.

Rachel acaba por asentir. Se siente mal por haberse desesperado, con ese sentimiento de culpabilidad que toda madre experimenta en algún momento cuando su hijo la arrastra al límite, pero está tan cansada que acaba aceptando la invitación de Ace.

—Gracias, supongo que me vendrá bien descansar.

Ace sonrío y le guiña un ojo con gesto amable. Ella se acerca a ellos dos, le hace una caricia en la frente al pequeño y después le da un beso en la mejilla a Ace. Cuando ella sale de la habitación, nosotros podemos ver cómo enrojecen las mejillas del hombre.

Luego el crío vuelve a agitar las manos y Ace vuelca su atención en él, llevándose a una esquina de la habitación, donde hay amontonados cuatro muñecos de peluche.

Dejémosle aquí, entreteniendo al niño de la que fue su vecina hasta que empezó esta situación. Si me sigues por el pasillo y bajamos las escaleras llegaremos a la habitación donde Junior sigue tumbado en la cama, con la frente y las mejillas rojas

por el exceso de calor de su cuerpo, el pelo tan húmedo que parece que se haya bañado en una piscina. El olor que emana de la cama donde yace con los ojos cerrados y la respiración rítmica y pausada es a enfermedad y sudor, una peste rancia y agria que no invita a quedarse en esta habitación.

Y sin embargo ahí tienes a Logan, sentado en la silla a un lado de la cama, con los pies apoyados sobre la mesita de noche. Así está cuando llegamos nosotros y así sigue cuando es Paula la que entra en el cuarto.

—¿Sabes dónde está Mark?

—No —responde él, bajando los pies de la mesita de noche.

—Pensaba que estaba aquí —dice ella haciendo un mohín con los labios.

Logan siente un cosquilleo en la nuca y abre los ojos, poniéndolos como platos y echándose hacia atrás hasta que su espalda da con el respaldo de la silla. Paula no llega a verlo porque está acercándose a Junior. La niña pone la mano sobre la frente del chico y la retira haciendo un aspaviento.

—Hala, está muy caliente —murmura.

Logan no puede apartar la mirada del cuello de ella, frágil y tan delgado que podría rodearlo con una sola mano. El cosquilleo sigue ahí, pero se ha extendido ya a su estómago, y si Logan se ha alarmado nosotros deberíamos empezar a tener miedo también. Porque Logan Kane es muy consciente de lo que significa eso. La analogía perfecta sería decir que es el mono de un *yonki*, lo que le insta a pincharse otra aguja en el brazo, empezando como una leve necesidad hasta convertirse en algo imperioso y desbocado. Es lo que Logan Kane ha sentido antes de cada uno de los asesinatos que ha perpetrado. El último, el de Cameron Collins, la hermana de Junior.

Logan gira la cabeza para apartar la mirada y cierra los ojos.

«No, no, no, no», se repite, en una letanía suplicante. «No, no, nonononono».

Es un instinto incontrolable. Él lo sabe y tú puedes tenerlo como algo seguro. Lo siente empezar a extenderse por todo su cuerpo, como el cosquilleo de un brazo al que le ha faltado sangre durante unos segundos cuando la recupera. Así empieza, es la primera fase.

En dos días será insoportable.

Tres, y casi será incapaz de controlarse.

Nunca ha resistido más de cuatro días desde el primer síntoma.

—¿Estás bien? —La voz de la niña le distrae de sus pensamientos y Logan se obliga a mantener los ojos cerrados y los dientes muy apretados.

Asiente con la cabeza.

Ella se va de la habitación y él espera un rato antes de abrir los ojos. Cuando lo hace deja escapar también todo el aire de sus pulmones y una lágrima decide saltar desde su ojo y deslizarse por una de sus mejillas. Jadea, como si le faltara la respiración, y se lleva las manos a la cabeza.

El cosquilleo está ahí... y Logan sabe que solo hay una manera de apagarlo.

Es media tarde y encontramos a Tom sentado en el porche de la casa de Harrison Ford, leyendo un libro de Clive Cussler que en realidad no le está gustando.

Observa: en la puerta se encuentra Brad, titubeando y resistiéndose a dar un paso adelante. Tiene un vaso de agua en la mano y se muerde el labio inferior con ansiedad. Finalmente se decide y se acerca a Brad esbozando una sonrisa amable.

—¿Qué tal?

Tom levanta la cabeza, se encoge de hombros y cierra el libro, no sin antes doblar la esquina de la página que estaba leyendo.

—Bien —dice—. Con hambre, pero bien.

Brad sonríe al escuchar eso. Es apenas una décima de segundo pero a nosotros no se nos escapa el sarcasmo de su gesto.

—A mí me rugen las tripas todo el tiempo —asegura—. Mataría por un bocadillo.

—Te entiendo, créeme —dice Tom con una risotada y dándole una palmada en la pierna.

Brad bebe un sorbo de agua del vaso que tiene en la mano. Antes, después de seguir a Tom hasta su antigua casa y descubrir que se encontraba en el sótano acompañado de otra persona, Brad se dijo que necesitaba averiguar quién era el acompañante de Tom. Pensó en subir por las escaleras y espiar desde el piso de arriba, pero le dio miedo que la madera crujiera bajo su peso, o algo así, y se le ocurrió otra alternativa.

La caseta de vigilancia de la urbanización quedaba justo enfrente de la casa de Tom. Desde allí podría ver quién salía del jardín sin que le vieran a él. El interior le recordó a las imágenes que a veces pasaban en los telediarios sobre ciudades en guerra de Oriente Medio. Procuró no mirar la sangre, a sabiendas de que gran parte de ella podía pertenecer a Tyrone, el guardia de seguridad que había muerto allí durante la noche en que Marsha abrió las puertas y dejó pasar a los muertos.

Vio salir a Tom pero a nadie más. Esperó, por si habían decidido salir por separado (una idea que se le ocurrió pensando en películas de espías), pero después de quince minutos sin ver ningún otro movimiento empezó a pensar que nadie más iba a salir de la casa de Tom.

—Brad. —Escuchar su nombre hace que Blueman salga de su ensimismamiento y mire a Tom—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí.

—Quiero que me contestes con total franqueza, ¿vale?

Brad asiente y frunce el ceño, a la espera.

—¿Qué opinas de lo que ha hecho hoy mi sobrino?

Brad parpadea, sorprendido ante la pregunta. No sabe muy bien qué decir, *o qué debe decir*, así que boquea durante unos segundos antes de que Tom levante una mano y hable.

—Sé que ha sido raro de cojones, solo quiero saber qué opinas tú.

—No lo sé —responde Brad.

—Vamos, coño, mójate un poco.

Brad se lo piensa unos segundos, dudando todavía. Luego se encoge de hombros y asiente.

—Bueno, Neil nunca ha sido el chico más amable del lugar —dice, teniendo especial cuidado al escoger las palabras—. Yo... no le conocí antes de que todo esto ocurriera... —«Aunque sí conocí a Jason Fletcher», piensa—. No sé si antes de esto era un buen chico y su comportamiento posterior ha sido incongruente o si siempre ha sido así... —«pero tengo muy claro que creo que Jason Fletcher era un santo al lado de tu sobrino». Es algo que nunca dirá aunque pase por su cabeza.

—Bueno... —Tom carraspea, como si en realidad le avergonzara decir lo que está a punto de decir—. Esa parte de lo que dijo Neil es verdad, su madre tenía problemas y eso hizo que Neil se volviera más... hosco.

Brad asiente, aceptando «hosco» como definición de «gilipollas».

—Bueno... —Brad bebe un nuevo sorbo de agua—. No lo sé. Lo que dijo durante la comida... es posible que todo esto le haya hecho ver las cosas desde otro prisma.

—¿Piensas eso de verdad? —Tom clava en él una mirada dura y profunda, casi como si fuera una perforadora capaz de internarse bajo su piel, sus músculos y sus huesos y divisar lo que oculta más allá, en su interior.

—Eh...

—Venga, Brad... Entre nosotros tenemos confianza, ¿no?

Brad titubea un momento, no lo suficiente para que pueda despertar alguna clase de sospecha en Tom, pero para nosotros es significativo.

—Sí.

—Pues dime lo que piensas de verdad.

—Creo que la gente no cambia —responde, soltándolo de repente antes de que pueda arrepentirse—. Y mucho menos así, tan de golpe.

Tom chasquea la lengua y baja la mirada, con un gesto que podría asociarse con la decepción pero que en realidad tiene más de pensativo. Brad, desde su posición algo más elevada por estar sentado en el apoyabrazos, observa la cabeza del otro hombre y vuelve a morderse el labio con gesto nervioso.

En su interior una parte de su cerebro le está instando a continuar con el plan que le ha llevado desde allí y que ha estado fraguando desde que se rindió esperando a ver quién salía de la antigua casa de Tom Ridgewick. La otra mitad de su mente, sin embargo, le recuerda algo que ha dicho Tom un momento atrás: «Entre nosotros hay confianza».

Como puedes imaginarte, Brad se está preguntando si quiere realmente romper esa confianza. No es una persona acostumbrada a que se le trate como a un igual, a que se le dé tanto crédito a su palabra; ni siquiera Andy Probst lo hacía en el Castle Hill Journal, y Brad puede decir que Andy al menos le respetaba por su trabajo,

aunque por detrás tampoco dudara en reírse de él.

Por otro lado, y no hace falta que se lo recordemos, si Tom está robando comida, en connivencia o no con otra persona, esa confianza de la que habla no sería tal. No vendría a ser más que la misma historia de siempre, la de alguien que por delante dice respetarle pero por detrás hace sangre del gordo de Brad.

Eso le enfurece, claro.

Y además, como buen periodista, le gusta investigar hasta el final.

Así que Brad toma una decisión y gira la muñeca lo suficiente para que el agua se derrame del vaso que sostiene, directamente sobre los pantalones de Tom Ridgewick.

En el momento en que este se sobresalta con un grito de sorpresa y se incorpora, Brad también se levanta del sillón, llevándose una mano a la boca con gesto teatral, en una perfecta interpretación del mítico y famoso «Oh, Dios mío, ¿qué he hecho?».

—¡Lo siento, lo siento! —exclama.

Tom se mira las piernas, tiene los brazos levantados y la expresión de a quien se le han mojado las pelotas de repente.

—Joder —murmura.

—Lo siento, Tom, no sé cómo he podido ser tan torpe.

—No pasa nada. Me cambio y punto.

Tom echa a andar hacia el interior de la casa y Brad le sigue. Se dirige a la habitación principal; Brad se detiene en la puerta, a la espera, mientras Tom se desabrocha los pantalones y se los quita. Antes de que tenga tiempo de hacer nada con ellos, Brad se adelanta y los coge.

—Yo me ocupo de ellos —dice—. Los pondré a secar, incluso puedo darles un lavado.

—No vendría mal —responde Tom, encogiéndose de hombros—. Tiene mierda acumulada. Joder, cómo echo de menos las putas lavadoras.

—No nos dábamos cuenta de lo mucho que necesitábamos la electricidad porque no habíamos vivido sin ella —replica Brad con una sonrisa cargada de arrepentimiento.

Es el momento, ahí se decide y Brad lo sabe. Así que cuando Tom suelta los pantalones y le permite que se los lleve, Brad tiene que ahogar un suspiro de alivio que está a punto de escapársele. Se da la vuelta y sale de la habitación procurando caminar tranquilo, esperando que en cualquier momento Tom se dé cuenta de que no ha cogido las llaves del bolsillo y le pida que se detenga. No lo hace y Brad sigue avanzando, con los pelos de la nuca erizados y la sensación de que tener dos ojos clavados en su nuca. Nosotros podemos constatar que en realidad Tom no está mirándole, sino junto al armario rebuscando en el montón de ropa que trajo desde su casa y ni se ha molestado en colocar de forma ordenada.

Brad no se da cuenta de que está conteniendo la respiración hasta que sale de la casa. Aún allí espera que Tom le grite que vuelva un momento. Pero no oye ninguna voz y Brad rebusca rápido en los bolsillos del pantalón hasta dar con una única llave

plateada y de cabeza redonda. Tiene el corazón acelerado y está jadeando por la tensión.

Se pregunta, y no es la primera vez, qué espera encontrar en ese sótano que valga la pena todo lo que está arriesgando... Básicamente, la confianza del único hombre que le trata como a una persona de verdad en toda la urbanización.

«Nada», se responde. «O tal vez algo que me sirva para identificar a quien esté intrigando con Tom».

Brad echa a andar hacia la puerta del jardín, con el pantalón de Tom en una mano y la otra cerrada en un puño con la llave dentro.

«O tal vez simplemente estoy jugando a ser el periodista que destapa todos los misterios porque necesito sentirme realizado», susurra una voz que, aunque cuerda le resulta excesivamente molesta.

Tal vez porque lo que dice es verdad.

16

Y ahí tenemos a Neil. Resulta inquietante verle sentado en lo alto del muro, con las piernas cruzadas como si fuera un jefe indio y la mirada perdida en el infinito mientras los muertos se aplastan unos a otros contra el muro y arañan las piedras con desesperación sin que al chico parezca importarle.

A su espalda está la casa de Tom Ridgewick. Le bastaría con darse la vuelta y saltar para encontrarse en el jardín. De hecho, le bastaría darse la vuelta para descubrir la oronda figura de Brad Blueman cruzando desde la entrada con pasos rápidos y sigilosos.

Será mejor que acompañemos a nuestro intrépido periodista.

De nuevo vuelve a pararse en el umbral de la puerta. En algún momento de su camino hacia aquí ha dejado atrás el pantalón de Tom, pero su mano izquierda sigue cerrada en un puño y la llave que sacó del bolsillo está dentro. Le disgustan las manchas parduzcas y casi negras que se esparcen por el suelo y las paredes del recibidor, sobre todo porque le disgustan los recuerdos que despiertan en él. A Brad no le gusta pasar miedo, no le gusta pensar que está a punto de morir, y desde que en Castle Hill vio cómo devoraban a un policía al que casi, casi pero no, podía considerar su amigo, ha estado demasiadas veces al borde de la muerte.

Brad sería capaz de entregar un brazo si a cambio le asegurasen que no volvería a estar delante de un grupo de muertos vivientes.

Con un largo suspiro, se decide a entrar en la casa y gira sin perder más tiempo hacia el pasillo donde se encuentra la puerta que lleva al sótano. Se detiene delante de ella cuando ya está llevando la llave hacia la cerradura.

«¿Y si aún está ahí abajo?», se pregunta de repente. «Quien sea que se reunió con Tom esta tarde podría seguir ahí...».

Puedes observar cómo traga saliva. Puedes ver las gotas de sudor que resbalan por sus sienes. Incluso, si te acercas a él oírás que su respiración parece un fuelle con demasiado uso y atascado de ceniza.

Con cuidado, Brad mete la llave en la cerradura y la hace girar. La puerta se abre hacia dentro, desvelando una oscuridad impenetrable, casi tan densa que a Brad le da la sensación de que si diera un paso en su dirección, la propia oscuridad le engulliría.

Son las fauces de un animal salvaje.

Es el reino de horrores que habita bajo la cama de cualquier niño.

Brad gira la cabeza, inquieto de repente, ya no solo por la oscuridad que habita en el sótano sino por el silencio tétrico. Hay un pequeño armario ropero a un par de metros. Brad se acerca y lo abre. En uno de los estantes descubre una vela casi consumida y un paquete de cerillas. Cuando saca una de ellas se da cuenta de que le tiemblan las manos.

Y se siente estúpido. No cometes el error de pensar que Brad Blueman es tan idiota como para no saber que es estúpido temer a la oscuridad cuando ha quedado claro que los monstruos no temen vagar a la luz del día.

Con la vela encendida, da un paso y empieza a descender. Cierra la puerta a su espalda, y de repente todo se vuelve negro a excepción del escaso círculo de luz que le ilumina la cara y poco más. La vela es claramente insuficiente como para abrirse un camino entre tanta negrura.

Le late el corazón desbocado y tiene la piel de gallina, pero desciende sin detenerse ni una sola vez, decidido a buscar cualquier cosa que pueda servirle como prueba, terminar con eso rápidamente y poder volver a salir de allí cuanto antes.

En cuanto pisa el suelo del piso inferior, sin embargo, le parece escuchar el sonido de una respiración y su cuerpo se convierte en una masa de gelatina temblorosa. Está a punto de orinarse encima del miedo.

Gira en la dirección en la que le ha parecido escuchar la respiración, colocando la vela por delante de él. Apenas logra ver más allá de metro y medio, por mucho que entrecierre los ojos, y el hecho de que le tiemble todo el cuerpo no ayuda a estabilizar la llama.

—¿Quién está ahí? —pregunta con una voz tan aguda que ni él mismo la reconoce.

Nadie contesta. Brad da un paso adelante, vacilando. La luz avanza con él, descubriendo la forma de una pared más adelante.

—¿Hay alguien aquí? —es apenas un susurro débil y temeroso, una súplica para que nadie conteste, un deseo formulado en pregunta.

Una voz en su cabeza le dice que corra, que vuelva a subir por las escaleras y salga de allí cuanto antes, que devuelva la llave al bolsillo de Tom y se olvide de toda esta historia. Entonces una figura se incorpora delante de él, apenas una sombra rota por la escasa luz que le llega desde la llama encendida. Y lo primero que piensa Brad es que se trata de un fantasma. El pelo enmarañado y sucio destaca, rojizo como

fuego. Luego se dice que es un zombi, que Tom ha mantenido una de esas criaturas allí abajo.

Ahora sí, su vejiga es incapaz de soportar el terror y se suelta, vaciando su contenido en el pantalón. La orina corre por sus piernas, caliente y humeante.

«Date la vuelta y corre, Brad. Rápido».

Pero es incapaz de moverse. Sus músculos están tan rígidos como los cimientos de esa misma casa.

Entonces el fantasma, esa mujer que está muerta y no debería estar allí, abre la boca y habla.

—¿Brad?

Eso es demasiado para él. Su cerebro se cubre de pinchazos que son como pequeñas descargas eléctricas, nublando todo cuanto pueda existir en el mundo. Da un paso hacia atrás, tambaleante, y la vela está a punto de caérsele de la mano. Abre la boca para gritar, pero tiene la garganta tan atenzada que ni siquiera eso es capaz de hacer. Está a punto de desmayarse, tan a punto que si te fijas, cosa que sé que resulta difícil ante la escasa luz que desprende la llama, sus ojos llegan a ponerse en blanco durante una décima de segundo.

Luego recupera la estabilidad y se queda mirando a Verónica con los ojos abiertos como enormes platos, la boca también abierta, la orina caliente mojándole las piernas.

17

¿Recuerdas que antes de entrar con Tom vimos a Neil sentado en el muro que rodea el perímetro con las piernas cruzadas bajo el cuerpo como los jefes indios? Si saliéramos en este instante y mirásemos en esa dirección veríamos al chico poniéndose en pie y escupiendo sin mirar hacia los muertos. La saliva se estrella contra la frente herida y cubierta de sangre seca, barro y pequeños insectos blanquecinos, de una mujer que, en tiempos, debió ser al menos atractiva. Hoy por hoy nada queda de su belleza salvo finas hebras de un cabello que debió ser rubio.

Neil se da la vuelta y salta hacia el jardín. Cae con las piernas flexionadas y cuando se pone en pie se sacude las manos mientras echa a andar hacia la casa de Tom.

La antigua casa de Tom.

Puede que sientas la necesidad de gritar, de advertirle a Brad que van a descubrirle, pero ya conoces cuál es la primera regla de lo que hacemos: solo podemos observar, en ningún caso interferir. Así que, con el corazón en un puño, observamos a Neil cruzar el jardín y entrar en la casa por la puerta que comunica con la cocina. Hay una mancha de sangre seca en el suelo y salpicaduras en el horno y el mueble que está a su lado. Neil ni siquiera les dedica una mirada.

En apenas dos pasos se planta delante de la puerta que comunica con el sótano.

Del bolsillo saca dos pequeñas horquillas negras que ha robado esta misma mañana de la casa que perteneció a los Collins. Le ha resultado extraño, y un poco perturbador, entrar en la habitación de Cameron Collins y observar todas sus cosas de niña adolescente en plena explosión hormonal. Era una niña muy guapa y a Neil le resultaba atractiva, pero nunca llegaron a tener nada. Y luego murió, y por mucho que Marsha Collins le culpara a él de eso, Neil está seguro de no haber tenido nada que ver.

En esto, nosotros sabemos que tiene razón.

Se agacha junto a la puerta e introduce una de las horquillas en la cerradura mientras sujeta la otra entre los labios. Al apoyar la mano en la manija y girarla se da cuenta de que la puerta está abierta. Neil frunce el ceño y se incorpora, guardando las dos horquillas en el bolsillo del pantalón.

Con una sonrisa, Neil piensa: «te estás volviendo descuidado, Tom».

18

Allá en Castle Hill, Brad Blueman llegó a pensar que nunca pasaría tanto miedo como cuando tuvieron que salir corriendo de la comisaría y la horda de muertos vivientes les persiguió hasta el taller donde se refugiaron. Pensó que ese era su límite y que jamás sería capaz de igualarlo.

Un par de días después, en San Francisco y después de haberse despegado del grupo con el que huyó desde Los Ángeles, superó aquel límite cuando corría por las calles de esa ciudad que le era desconocida, pensando que no lograría sobrevivir en esa ocasión... hasta que se encontró con el BMW conducido por Logan y le suplicó, dando golpes en la ventanilla, que le dejara subir. De nuevo, a salvo en el coche, pensó que nunca sería capaz de superar aquel sentimiento de pánico.

Fue capaz. Durante la noche en que los muertos entraron en San Mateo, Brad Blueman superó aquel límite en varias ocasiones, y cuando temblaba escondido en el cuarto de baño del desván creyendo que moriría ese día, Brad pensó que nadie, en toda la historia de la humanidad, había sido capaz de tener tanto miedo y sobrevivir.

Encontrar a Verónica viva, y atada a la pared mediante cadenas, eleva la sensación de miedo a esas mismas cotas, pero no llega a superarlas. Oír la voz de ella diciendo su nombre está a punto de conseguirlo, pero se queda en el límite. Pero, oh, ese instante en el que escucha cómo algo se mueve en la cerradura de la puerta del piso superior es todo el empujón que su terror necesita para superar el límite una vez más.

—Mierda —murmura.

Y luego su instinto le hace soplar la vela y retroceder. Su cadera choca contra una mesa de madera, por fortuna sin alcanzar a hacer ruido, y se agacha para esconderse, pensando que será Tom quien baje por esas escaleras y sabiendo, con total seguridad,

que escuchará el redoble de tambores que es su corazón.

Se lleva unas manos que tiemblan sin control a la boca.

Arriba, la puerta se abre y unos pasos comienzan a bajar. Brad ve una luz, más intensa que la de su extinta vela, una linterna. Un momento después distingue a Neil acercándose a Verónica. No la apunta directamente con la luz, sino que deja que el foco ilumine el suelo entre ambos.

Desde donde se encuentra, escondido y exigiéndole a su cuerpo que se haga más pequeño, hasta poder desaparecer por las grietas de la pared, puede distinguir a la mujer, y le sorprende su aspecto sucio, desaliñado y demacrado. Neil, sin embargo, le queda a contraluz y todo cuanto puede ver de él es una sombra.

—Neil —murmura ella, con voz ronca y cavernosa.

—Te he traído agua —dice él, sacando una pequeña botella de plástico del bolsillo y estirando el brazo para entregársela.

Brad ve a Verónica cogiendo la botella, abriéndola con dedos sucios y débiles, y bebiendo un trago con avidez. Un poco de agua se le derrama por la barbilla y arrastra algo de suciedad dejando un surco de piel más limpio. Ella se pasa la muñeca por allí, secándose, y le devuelve la botella.

—¿A qué huele? —pregunta él de repente, girando la cabeza.

Brad se queda paralizado en mitad de una respiración. Sabe perfectamente a qué huele: a vela recién apagada.

«Oh, dios, voy a morir».

—Tu tío estuvo aquí hace un rato —dice ella.

Neil vuelve a girar la cabeza hacia ella, olvidando el olor. Brad se permite seguir respirando, procurando ser más silencioso que nunca en la vida.

—He estado pensando, Verónica.

—¿En qué? —Ella parece cansada cuando responde. Las cadenas tintinean cada vez que se mueve y Brad puede ver que le han producido laceraciones alrededor de las muñecas. Imagina que lo mismo ocurre en los tobillos.

—En todo esto —responde Neil—, en lo que ha pasado desde que llegasteis a San Mateo, como si fuerais el prólogo de la historia infernal que os seguía. Muchas cosas han pasado desde que llegasteis aquí... y pocas de ellas han sido buenas, de las que uno podría querer recordar con el tiempo.

—Estoy de acuerdo contigo.

—También he pensado en nosotros, en eso que dijiste sobre que hubo una conexión mientras peleábamos juntos aquel día...

Verónica parece abatida pero levanta la vista para mirar al chico.

—Sigo pensando que la hubo.

Desde su escondite, Brad se pregunta qué demonios es todo esto. Y aunque el miedo a ser descubierto no se ha desvanecido, puedes dar por seguro de que mataría por tener su cámara de fotos.

—Eso sería algo digno de recordar —asegura Neil—. Un tesoro en mitad de este

infierno.

—Lo es...

—Si fuera verdad, sí.

Verónica suspira y se deja caer contra la pared con gesto agotado.

—¿No crees que lo fuera? —le pregunta.

Es el turno de Neil de resoplar.

—Últimamente me estoy dando cuenta de que la gente miente más que habla. Mi tío, sin ir más lejos, ha perfeccionado ese arte. Y tú... —Neil levanta la linterna y la apunta al pecho. Verónica parpadea por el exceso de luz pero antes de que suba la mano para cubrirse los ojos Neil vuelve a bajar el haz de luz al suelo—. Estás aquí, encadenada a la espera de un final terrible. Yo en tu lugar diría lo que fuera para salir de aquí.

—No estarías aquí si no creyeras que hubo una conexión.

—Es posible, pero no es lo que yo creo o dejo de creer lo que está en duda. Es tu palabra, tu sinceridad o falta de ella. ¿Sinceridad o conveniencia? ¿Sinceridad o desesperación? Estamos corriendo sobre una línea tan fina... Tal vez me has calado y sabes cuál es mi punto débil y lo utilizas a tu favor.

—Nunca diría que yo puedo ser tu punto débil.

—Eres una mujer atractiva y yo soy un hombre. Las mujeres siempre son nuestro punto débil.

Verónica resopla con gesto cansino.

—Mira, Neil, no tengo ninguna necesidad de convencerte. Había asumido cuál iba a ser mi final y no tengo fuerzas para juegos mentales. No quiero convencerte. Te digo lo que creo, y lo que siento, y ya está.

Neil se acerca un paso hacia ella.

—Dijiste que podrías matarme si quisieras. Aquí me tienes, a tiro.

Verónica no hace ningún movimiento, apoyada contra la pared. A Brad le da la impresión de que durante una fracción de segundo lanza una mirada en su dirección antes de clavar sus ojos en los de Neil. ¿Pero es siquiera posible que sepa dónde está, que le esté viendo? ¿O se lo ha imaginado Brad?

—No quiero matarte —dice finalmente.

—¿Entonces?

—Quiero que me saques de aquí. Quiero que juntos hagamos que todos podamos sobrevivir.

—No tengo la llave.

Ella se mueve tan de sopetón que Brad está a punto de lanzar un gritito y tiene que apretar con fuerza las manos contra su boca para evitarlo. Pero lo que hace ella entonces le produce más estupor que otra cosa. Verónica no ataca a Neil, sino que le rodea con sus brazos y le besa con fuerza. Sus manos, encadenadas, no alcanzan a rodearle, pero sí para agarrarle de la nuca y enredarse en su pelo. Son apenas unos segundos, pero los ojos de Brad se abren como platos, tanto o más que cuando la

descubrió entre las sombras del sótano y pensó que era un fantasma.

Luego Verónica separa sus labios de los de Neil y le mira, desde tan cerca que sus frentes se rozan.

—Puedes conseguirla —susurra.

—¿Sinceridad o desesperación? —pregunta él.

—Tú sabrás a qué te ha sabido este beso.

Neil se separa de ella, en silencio, y comienza a darse la vuelta para regresar hacia las escaleras. Brad se encoge aún más, rezando para que Neil no mueva accidentalmente la mano de la linterna y el haz de luz le descubra. Entonces el chico se detiene, a medio camino, y se gira para mirar de nuevo a Verónica. El haz de luz ilumina a la mujer anclada a la pared.

Despacio, Neil deja la linterna sobre la mesa que Brad golpeó con su cadera un momento antes. No dice nada, solo la deposita allí mirando en todo momento a Verónica. Luego avanza hacia ella cubriendo la distancia con dos pasos rápidos y la besa de nuevo, con ímpetu, empujándola contra la pared. Ella deja escapar el aire de sus pulmones con un jadeo sorprendido que es una mecha para Neil. El chico manosea los pechos de ella por encima de la ropa, sin dejar de besarla. Ella se aparta, apenas un milímetro, lo necesario para poder hablar...

—Neil... No creo que sea buena idea...

—¿Sinceridad o desesperación? —pregunta él, levantando la camiseta de ella hasta el cuello (es imposible que se la quite sin quitarle las cadenas o sin romper la ropa) y liberando sus pechos.

—Tom podría descubrirnos...

—Entonces le mataré —responde él, acariciando casi con ternura la piel de ella.

—Pero...

—¿Hubo una conexión, Verónica? —pregunta él—. ¿Es verdad o estás jugando conmigo?

El ser humano ve lo que quiere ver. Neil entiende sinceridad en la respuesta silenciosa de ella, un simple gesto de asentimiento que hace que él sonría con alegría. Brad, oculto entre las sombras, percibe la duda en los ojos de Verónica, entiende la desesperación y cree que está dispuesta a cruzar cualquier barrera para salir de allí. Si es cierto o no, Brad no lo sabe. Aunque en su historia, en la que dentro de su mente está fotografiando para la portada del periódico, que Verónica esté engañando al chico para conseguir que la libere gana muchos puntos.

Nosotros, tal vez gracias a nuestra perspectiva única, entendemos que Brad tiene más razón de la que él mismo cree.

Neil deja caer sus pantalones al suelo y luego trastea con los de ella hasta casi arrancárselos junto con la ropa interior. Siguen de pie y ella está encadenada a la pared con la ropa a medias cuando él la penetra entre jadeos de placer. Las manos de Verónica se enredan una en el pelo de Neil y la otra en su espalda. Los movimientos del chico son vigorosos y fuertes y ambos jadean por el esfuerzo. Ella hunde los

labios en el cuello de él.

Su mirada, sin embargo, se pierde en la oscuridad. Donde sabe que se encuentra Brad.

Blueman no es ningún idiota. Entiende lo que significa esa mirada. Entiende que tiene razón y que ella está engañando a Neil. Y al mismo tiempo entiende que debe apartar la vista por hipnótico que resulte lo que está ocurriendo. Se siente incapaz pero lo hace.

Los jadeos se van acelerando poco a poco y Brad cierra los ojos, pensando en lo hermoso que sería poder desaparecer a su antojo. La oscuridad le rodea y ya no le parece tan densa como cuando abrió la puerta que comunica el recibidor con el sótano. Le hace compañía. Intenta evadirse y lo consigue. Deja de oír los jadeos y piensa en un salón de actos lleno de gente que aplaude mientras él recibe el premio a toda una carrera como periodista. O como escritor. No le importa. La gente aplaude y aplaude y él no se encuentra en un sótano frío escuchando cómo un adolescente psicópata hace el amor con una mujer encadenada a la pared que no quiere hacerle el amor en realidad.

19

Es una noche agradable, el cielo está claro y la luna, llena y redonda en el cielo. Mark está de pie en el porche, apoyado contra una de las columnas mientras que Stan está sentado en la mecedora que Rachel suele ocupar para acunar al niño. Ace sale desde el interior de la casa y estira los brazos por encima de la cabeza al tiempo que bosteza.

—¿Se ha dormido el pequeño terror? —pregunta Mark.

—Me ha costado, pero al final sí —responde Ace acercándose a él y deteniéndose a su lado—. Ahora mismo mataría por un cigarro, o unas pipas, cualquier cosa que llevarme a la boca.

—Joder si te entiendo —murmura Mark.

Detrás, confirmando que opina lo mismo, Stan Marshall gruñe.

—Y una Coca-Cola —añade Ace.

—Una buena hamburguesa. Nunca he sido muy de McDonald's y esos sitios pero ahora mismo mataría por la hamburguesa más grasienta y cutre del país.

—¿Queréis dejar de hablar de comida que estoy empezando a salivar y mi estómago no es de piedra? —pregunta Stan, meneando la cabeza como si estuviera enfadado.

—Costillas de cerdo —dice Ace levantando el dedo índice como si se le hubiera olvidado mencionarlo.

—Un buen bistec, poco hecho.

Ace y Mark sonrían al mismo tiempo. Stan resopla y gruñe.

—¿Cómo está Junior? —pregunta Ace entonces.

Mark va a responder; llega a abrir la boca pero la voz de Logan suena desde la puerta, adelantándose a la suya.

—Acaba de morir.

¿Sabes esos silencios repentinos en los que parece que alguien hubiera extraído el aire de alrededor? Mucha gente sigue utilizando la expresión «ha pasado un ángel» para describir esa situación. Es una vieja costumbre heredada de la Roma Clásica, cuando al hablar de un fallecido la gente solía guardar un momento de silencio respetuoso. Más tarde, durante el cristianismo, esa costumbre se mantuvo y comenzó a decirse que durante ese momento de silencio, el ángel de la persona mencionada cruzaba durante el silencio que se le ofrecía.

Aquí no cruza ningún ángel, y el golpe que todos ellos sienten en su pecho les duele tanto como podría dolerles una patada en la entrepierna. La expresión de Logan es triste y cabizbaja y no deja lugar a dudas sobre la verdad de lo que acaba de decir.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Ace, con una mano en el pecho.

—Supongo que hice algo mal y no ha logrado superar la infección.

De nuevo el silencio tenso de quienes no saben qué decir. Mark cruza el porche y se acerca a Logan; le pone una mano sobre el hombro con gesto amable.

—Hiciste todo lo que pudiste.

—Quería salvarle —asegura Logan, con los dientes apretados y una profunda rabia en la mirada—. Te juro que quería hacerlo.

—Lo sé...

Mark cree saberlo, eso no se lo podemos negar, aunque también es cierto que para Logan todo esto ha tenido mucho más significado que el resto no podría comprender a menos que supieran quién es en realidad. Logan quería salvar a Junior realmente, cuando se dispuso a operarle llegó a pensar que si lograba salvarle la vida al chico tal vez serviría para redimir un poco todos sus crímenes.

Ahora, después de que Junior haya espirado por última vez y su pecho se haya quedado quieto bajo las sábanas, Logan se ha preguntado si la aparición del cosquilleo al mirar a Paula ha tenido algo que ver, si no será una señal de Dios diciéndole «eres un monstruo y no cambiarás aunque yo salve la vida de este niño».

—¿Se ha...? —Stan carraspea—. ¿Se ha convertido?

Logan niega con la cabeza y los otros tres hombres parecen aliviados por la noticia. A ninguno de ellos le apetecía pensar en Junior con la cabeza destrozada por los golpes.

—Saquémosle de ahí y enterrémosle —propone Mark, preguntándose ya qué le dirá a Paula al día siguiente.

Los cuatro hombres entran de nuevo en la casa y caminan con pasos reticentes hacia la habitación situada al fondo del pasillo. Produce cierta impresión mirar hacia la cama y descubrir el cuerpo del niño, con la sábana tapándole hasta el cuello. Podría pensarse que duerme un sueño plácido y tranquilo siempre que uno no se fijara en la

quietud de su pecho. Ace se acerca a la cama y le tapa el rostro con la sábana.

—Joder —murmura Stan, negando con la cabeza.

Mark sigue ensimismado, barajando las opciones que se le presentan para explicarle a Paula lo ocurrido sin resultar demasiado insensible. Logan también permanece cabizbajo junto a la puerta, en su caso abatido por otros pensamientos, unos que tienen que ver con su molestia al no haber salvado la vida del chico, y otros que regresan incesantes al cosquilleo que siente en las tripas y al que por mucho que no quiera pensar acaba por regresar.

—Deberíamos envolverle en una sábana para sacarle de aquí —dice Ace—. ¿A dónde podríamos llevarle?

—Al lado de Pablo —responde Logan, recordando al jardinero que luchó con valentía junto a él a pesar de que le mordieron, resistiendo hasta el final para ayudarles a derrotar a los muertos.

—Creo que Rick está en esa casa —comenta Ace.

Con cuidado reverencial, Ace y Stan envuelven a Junior lo mejor que pueden, y entre los cuatro cargan con él, saliendo al pasillo y dirigiéndose al jardín. Mientras avanzan, Mark suplica mentalmente que Paula no se despierte y decida bajar a buscarle. No quiere que vea esto, no quiere que se entere de esta manera o que insista en acompañarles a enterrarle. Para Mark, Paula ha sufrido, vivido y visto demasiado ya y en la medida de lo posible está dispuesto a hacer lo que sea para evitarle mayores sufrimientos.

Por suerte, Paula no se despierta y ellos salen al jardín cargando con el cuerpo envuelto en sábanas.

Están acercándose a la puerta cuando esta se abre y Brad Blueman entra a la carrera y se detiene al verles, jadeando por el esfuerzo. Los cuatro hombres se quedan quietos, mirándole. Brad intenta hablar, pero está sin aliento y tiene que apoyar las manos en las rodillas para calmarse.

—Brad, ¿nos disculpas? —pregunta Ace con el tono de quien lo que pregunta en realidad es: «¿estás tonto o es que no ves que vamos cargados?».

—Tengo... —Brad se incorpora y mira a los cuatro hombres—. Tengo que hablar con Mark... —Sus ojos se percatan entonces de lo que están sujetando y la boca se le descuelga por la sorpresa—. ¿Eso es...? ¿Es un...? —Abre los ojos, entre triste y sorprendido, comprendiendo—. ¿Junior?

—Sí, es Junior —responde Mark—. Vamos a enterrarle.

—Pero es que tengo que hablar contigo.

—Más tarde —dice Mark, negando con la cabeza—. Cuando terminemos.

—No, no. No me entiendes, esto es urgente.

—¿Qué coño es urgente en estos días? —pregunta Logan levantando una ceja.

—Chicos —gruñe Stan—, esto pesa.

—Por favor, Mark...

Mark mira a los demás y suspira. Con cuidado, bajan el cuerpo envuelto en

sábanas y lo depositan sobre el césped. Mark se queda donde está, mirando a Mark.

—Dime.

Brad le mira a él y luego a todos los demás. Sus mejillas enrojecen y tartamudea cuando arranca.

—Pe... pero... preferiría en so... solitario.

Mark resopla y se aparta del resto unos tres metros. Brad camina hacia él, agarrándose las manos y restregándolas. Su miedo es evidente y por la forma en que observa de reojo a los otros tres hombres se puede deducir que no confía en estar haciendo lo correcto. Por lo que él sabe, cualquiera podría estar conchabado con Tom Ridgewick, aunque Verónica le haya dicho que sólo él y Neil han bajado al sótano alguna vez.

Brad no es capaz de sacarse de la mente la mirada apagada pero al mismo tiempo urgente de Verónica.

—¿Qué pasa, Brad? —pregunta Mark cuando llega hasta él.

—Yo... es que...

—¿Qué pasa? —insiste Mark—. Me gustaría sacar a Junior de aquí antes de que pueda despertarse Paula y...

—Verónica está viva.

Mark abre la boca por la impresión, congelándose a mitad de su frase. Luego sacude la cabeza y le dedica una mirada interrogante, una que Brad ha visto en más de una ocasión: «¿estás loco?».

—Yo... el otro día vi a Tom guardando comida y pensé que estaba robándola, que... se guardaba para él más raciones que para el resto. No estaba seguro, así que le seguí hasta su casa y le vi entrar en el sótano... Luego oí voces y creí que estaba con alguien, pero lo que pensé fue que era, no sé, me imaginé una estupidez, una especie de reunión secreta... Ya sabes que a Tom le gusta mover los hilos...

Mark asiente, incapaz de decir nada.

—Le robé la llave. —Brad se la enseña a Mark—. Aún no sé por qué lo hice, yo... No sé qué pensaba descubrir pero fui hasta allí... Mark, tiene a Verónica encadenada a la pared y...

«Tienes que contárselo a Mark».

Después de que Neil se fuera, Brad se había acercado de nuevo a ella con el corazón en un puño. La expresión de Verónica transmitía cosas inenarrables y Brad no se había atrevido a decir nada.

«Nunca he confiado en ti», le dijo levantando la mirada y clavando en él aquellos hermosos ojos que ahora parecían mirarle a través de un plástico sucio, «y no sé si puedo hacerlo. Tal vez Neil me saque de aquí, si he resultado convincente... Pero tal vez no. Tienes que escucharme, Brad, y luego tienes que contárselo a Mark. Estáis todos en peligro».

Y luego ella había seguido hablando.

—Dice que... —A Brad se le atragantan las palabras en la garganta—. Dice que

Tom quiere...

Mark le agarra por los hombros y le obliga a centrarse. Brad está temblando como un barco durante una tormenta.

—Dice que Tom la mantiene con vida para cuando se nos acabe la comida — consigue decir Brad por fin—. Dice que tú serás el próximo, o Stan.

Mark retrocede un paso, alarmado. De repente, la sensación de frágil seguridad con la que subsisten día a día en San Mateo se rompe en mil pedazos. Las piernas le flaquean y hace ademán de ir a caerse. Logan salva la distancia que les separa con apenas tres zancadas y le sujeta antes de que se desplome. Stan y Ace también se acercan, movidos por la curiosidad y todos ellos miran a Brad.

Él no está seguro de ser capaz de decirlo de nuevo.

—¿Qué pasa? —pregunta Logan, mirando alternativamente a Mark y a Brad.

—Dios mío —murmura Mark, llevándose una mano a la boca.

Brad suspira y comienza a hablar, tirando los dados y apostando a que puede confiar en todos ellos y sabiendo que si se equivoca lo más probable es que pronto acompañen a Verónica en ese sótano.

20

Cinco minutos después, los cinco hombres están sentados en el porche, con expresiones que bailan entre la incredulidad, el miedo, la furia y la alarma.

—¿Qué hacemos? —pregunta Ace.

—Sacarla de ahí —responde Mark.

—Eso nos llevaría a enfrentarnos a Tom —advierte Logan.

—Pues nos enfrentamos a él —protesta Mark dando una palmada sobre su pierna—. Es un puto psicópata, joder. No podemos dejar que haga esto.

—El problema —dice Logan, levantando un dedo para pedir calma—, es que Tom tiene en su poder todas las armas. Nosotros contamos con el revólver del marido de Rachel, y no creo que queden más de dos o tres balas. Habría que pillarle a traición.

—¿Vais a matarle? —Brad sigue temblando a pesar de que le han dejado una manta para que se tape. No es frío lo que tiene.

—No abundan las cárceles por aquí —le recuerda Logan—. Y no creo que os apetezca dejarle suelto sabiendo lo que ha intentado ya una vez.

—Patrick no confiaba en él —asegura Mark.

—Y está muerto —añade Brad—. Verónica dice que Neil le mató. Que él mismo se lo confesó.

Mark sacude la cabeza con rabia. Los demás también contienen la respiración, tensos.

—Ir contra él es arriesgado —insiste Logan—. Y también habría que coger a

traición a Neil. El chico siempre lleva una pistola con él. Y si sospecha algo o logra cogerla antes de que le reduzcamos... —Logan se encoge de hombros—. Por no hablar de que los Walters podrían ponerse de parte de los Ridgewick, hasta ahora siempre se han mostrado cercanos y también tienen armas. Esto es arriesgado. Nada nos asegura una victoria limpia, a fin de cuentas no somos los putos Navy SEAL. Estamos hablando de matar a sangre fría a dos personas. No sé si seréis capaces de hacerlo.

Stan gruñe a modo de respuesta negativa y se pasa las manos por la frente. Ace se mira las manos como si en ellas pudiera encontrar la respuesta a todas las preguntas que la humanidad se plantea desde tiempos ancestrales. Nadie responde a Logan.

Mark, por supuesto, está pensando en la posibilidad de que a él le pase algo y Paula se quede sola. No puede permitirse el lujo de dejarla en manos de un psicópata como Tom.

—¿Y si nos largamos? —pregunta entonces—. ¿Y si sacamos a Verónica y nos marchamos de aquí antes de que se den cuenta?

Brad gira la cabeza de forma tan violenta que Mark se sobresalta. Stan resopla y tanto Logan como Ace miran a Mark con la duda escrita en sus ojos.

—En realidad, huir no implica que evitaremos el conflicto —dice Logan—. Podrían descubrirnos y esto podría acabar convertido en un baño de sangre, un tiroteo tipo *western*.

—Por no hablar de lo que hay más allá de estos muros —añade Ace.

—Sí —dice Mark—, pero allí estaremos jugando con nuestras cartas. Tenemos las de perder en un conflicto armado contra los Ridgewick, así que... ¿por qué no coger las riendas y largarnos?

—Aquí estamos seguros —intenta Brad, dubitativo.

—¿Seguros? —Mark alza una ceja y menea la cabeza—. Verónica está encerrada en un sótano a la espera de que ese hijo de puta decida que es hora de comérsela. Él tiene el control de la comida y de las armas...

—No queda mucha comida —asegura Brad con tristeza.

—En breve habrá que hacer una salida —insiste Mark, agarrándose a eso—. Yo digo que la hagamos ahora y pensemos en no volver.

—Sobrevivir ahí fuera no es fácil —le recuerda Logan.

—Lo sé —responde Mark—. Provengo de Castle Hill.

—Chicos... —Ace se levanta y extiende las manos—. Todos somos hombres civilizados aquí. Deberíamos intentar hablarlo con Tom, hacerle entrar en razón.

—¿Tú que crees, Brad? ¿Es posible hacerle entrar en razón? —pregunta Mark, mirándole—. Tú has pasado más tiempo con él que todos nosotros.

Brad duda. Por un lado quiere decir que sí y que esta conversación termine de una vez por todas y dejar de escuchar propuestas a cada cual más loca. Sin embargo, en el fondo cree conocer a Tom. Y muy despacio, niega con la cabeza.

—Puede que lo consiguiéramos —dice Logan—, pero intentar tomar el control es

arriesgado. Un solo error y todos podríamos acabar muertos.

Lo dice, aunque no piensa que él pudiera caer abatido por ninguno de los Ridgewick. Los demás, en cambio, son otra historia. No le ve a ninguno de ellos la pasta necesaria para enfrentarse directamente contra Tom y Neil.

—No sé si estoy preparado para volver a salir ahí fuera, Mark —dice entonces Stan. Su tono de voz deja claro que está cagado de miedo.

—Ni... ni yo —añade Brad.

—Si alguien se marcha, el resto debería hacerlo también —dice Logan—. El que se quede aquí estará solo contra ellos.

Brad se estremece, pensando en estar anclado a la pared como Verónica, esperando el día que vengan a destriparle y preparar su carne para asarla sobre una hoguera. Por un momento se imagina a sí mismo atado a un palo, como en esas imágenes icónicas de caníbales africanos llevando a los expedicionarios hasta una olla llena de agua burbujeante.

—¿En serio estamos planteando esto? —pregunta Ace.

—A mí me encantaría volarle la cabeza a Tom —asegura Logan—, pero en el segundo que lo haga, su sobrino desenfundará y disparará contra todos nosotros.

Mark opina lo mismo. Por defender a Paula está dispuesto a hacerlo, y no le importa si se trata de un ser humano vivo. Pero también le da miedo fallar y dejar a Paula sola.

—Entiendo que enfrentarnos a ellos es difícil —dice Ace—. ¿Y pillarles mientras duermen?

—Estamos en las mismas —Logan se encoge de hombros—. Un ruido que les advierta, algo que les permita alcanzar sus armas... y dará comienzo un tiroteo. ¿Quieres intentarlo, Ace?

El aludido frunce el ceño y baja la cabeza, resoplando. Nunca ha sido un hombre de armas y tampoco se ve capaz de dispararle a nadie. Al menos no a alguien que esté vivo.

—El problema —dice entonces— es que no creo que podamos sobrevivir ahí fuera. No estamos en la mejor forma física, supongo que os habéis dado cuenta. Verónica probablemente esté muy débil... y tenemos una niña y un recién nacido con nosotros.

A su lado, Stan resopla y emite un gruñido. Se hace el silencio entre ellos, casi tan abrumador como el que les rodeó cuando Logan les anunció la muerte de Junior.

—Axel no puede venir —declara Mark bajando la mirada, en un tono que no admite discusión.

—¿Cómo? —Ace parpadea y le mira.

Todas las cabezas se giran hacia Mark, que levanta la vista con pesar, él mismo dolido por lo que acaba de decir.

—En cuanto empiece a llorar atraerá a todos los zombis en kilómetros a la redonda. Será como un faro para ellos, guiando a los barcos en medio de la niebla. No

podemos arriesgarnos con él.

Logan abre la boca para decir algo, impresionado, pero vuelve a cerrarla. Ace sigue parpadeando con incredulidad.

—¿Dejarle aquí? —Cuando habla su tono es más agudo de lo normal—. ¿Quieres decir que salgamos corriendo todos y dejemos a un niño de meses con ese hijo de la gran puta de Tom? ¿Qué pasa con Paula? ¿También vamos a dejarla aquí?

—No —responde automáticamente Mark—. Paula ya ha estado ahí fuera. Y es silenciosa.

—Pero cuando haya que correr no será la más rápida —escupe Ace, incorporándose enfadado—. ¿También la dejarás atrás?

—Nunca —responde Mark, manteniendo la calma, sin moverse de la silla que ocupa—. Y no me gusta la idea de dejar atrás a Axel, pero... alguien tenía que decirlo, ¿no? ¿Crees que miento cuando digo que atraería a los muertos sin remedio?

Ace da un paso hacia Mark, extendiendo el brazo para señalarle. De inmediato, Logan se pone en pie y se coloca entre ambos hombres. Mark sigue sin levantarse.

—Estás dispuesto a condenar a ese niño.

Mark sacude la cabeza, negándose a permitir que la rabia le nuble la mente.

—¿Crees que me gusta la idea? —Mark se levanta, su rostro cruzado por una sombra de abatimiento—. No me gusta, para nada. No quiero ni pensar en lo que he dicho pero no veo otra puta salida. No puedo permitir que sacrifiquen a Verónica porque hacerlo sería sellar nuestro destino. Primero será ella pero cuando se acabe vendrán a por otro de nosotros y al final... ¿Crees que no le harán algo a Axel? A Tom le importa bien poco ese niño.

—Pues entonces enfrentémonos a él.

—¿Y arriesgarnos a caer? Si yo muero, ¿qué será de Paula? ¿Y qué será igualmente de Axel? ¿Eh? Tal vez prefiero arriesgarme ahí fuera y no caer en manos de Tom y su puto sobrino.

Ace no responde, pero niega con la cabeza, presa de la frustración y la rabia.

—Sería un daño colateral —dice Logan con cautela.

Ace sigue negando con la cabeza y retrocede hasta salir del porche y dar tres pasos por el jardín. Los demás le observan pero no dicen nada. Brad gira la cabeza hacia el resto.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta.

Mark y Logan cruzan una mirada cargada de preocupación. Ambos saben que de lo que respondan depende el destino de todos ellos.

— Capítulo 7 —

Los trece topos

1

Retrocedamos en el tiempo. La última vez que vimos a los trece de Portland acababan de meterse bajo tierra y la infección llevaba pululando por los Estados Unidos apenas tres días. Ojo, con esto no quiero decir que estas trece personas fueran las únicas que lograron sobrevivir al empuje de los muertos en la Ciudad de las rosas, pero sí son los trece que nos interesan. O bueno, en realidad tampoco nos interesan los trece, solo algunos de ellos... Pero claro, para comprender la historia como debe ser tenemos que regresar en el tiempo y acompañarles en su travesía. A nuestros trece.

Pasaron las siguientes dos semanas malviviendo en los pasadizos subterráneos en los que siglos atrás los contrabandistas habían movido sus mercancías humanas y materiales, establecieron como central el fumadero de opio donde se turnaban para utilizar los camastros y descansar. Se acostumbraron a pasar la mayor parte del tiempo a oscuras, y como dijo Jorge Ballesteros, el español pelirrojo que nunca se separa de su prometida Cindy Teller, eso les hacía parecer unos modernos Gollum.

—Mi tesoro —se atrevió a decir, con la peculiar pronunciación con la que Andy Serkis inmortalizó a la criatura de Tolkien en la gran pantalla.

El comentario fue recibido con sonrisas y malas caras. Allí abajo nada estaba al gusto de todos y aunque procuraban llevarlo de la mejor manera posible lo cierto era que no se encontraban de humor para bromas.

Dexter Hill se pasaba las horas en un rincón, abrazándose las piernas y llorando por su hermana muerta. A la que él mismo había empujado en su carrera hacia los subterráneos. John Vernon, el policía corrupto y desagradable que jamás se separaba de su arma y procuraba mantener vigilados constantemente a Jorge y al eslovaco, Zoran Zuchemberg, a veces se acercaba a Dexter y le murmuraba preciosidades.

—Camello de mierda —le decía en ocasiones, haciendo referencia a la bolsa de cocaína que había encontrado en la mochila del chico.

—Asesino —le susurraba cuando le apetecía picarle de verdad—, ¿qué se siente al enviar a tu propia sangre al otro barrio?

Dexter Hill le lanzaba miradas que estaban más afiladas que muchos cuchillos del mundo, más incluso que el que siempre llevaba Zoran. A veces el chico se ponía a gritar y siempre acababa llorando. Al resto, aquella actitud por parte del policía no les gustaba pero nadie decía nada. A fin de cuentas, John Vernon era el único que tenía un arma de fuego. Y en cierto modo, la placa que aún tenía en la solapa de la camisa seguía teniendo cierto efecto sobre todos ellos.

Bueno, no sobre todos. Es cierto que Zoran conocía la verdadera naturaleza de John Vernon y que tanto Jorge como Cindy habían visto la pasta de la que estaba hecho y le miraban con desconfianza. El poder de la placa se fue diluyendo también entre todos los demás, a medida que cada día veían como al policía le gustaba meter el dedo en la llaga de Dexter o recibían por su parte alguna respuesta fuera de tono, como cuando a Kat se le ocurrió preguntarle si la policía estaba trabajando para solucionar aquello y John Vernon le dirigió una mirada lasciva, de arriba abajo pero centrándose en las no demasiado voluptuosas curvas de su pecho.

—No tengo ni puta idea, cariño —le respondió aquel día—, pero si quieres protección podemos dormir juntos. Y de ahí, lo que surja.

La comida se convirtió en un problema pronto. Las provisiones que habían sacado del edificio donde vivía Chuck Bauer no eran suficientes para mantenerles por tiempo indefinido, ni siquiera por un periodo de tiempo grande, y comenzaron a agotarse a partir del sexto día.

—Vamos a tener que hacer algo para conseguir comida —susurró Chuck durante la noche.

Reunidos en un pequeño círculo en una estancia cercana al antiguo fumadero de opio, estaban lo que ya empezaban a considerar la cúpula administrativa: el propio Chuck, Kim Byars, Chelsea Thompson, Ian Morgan, Zoran Zuchemberg y Jorge Ballesteros. Pegada al español siempre estaba su prometida, Cindy Teller que seguía llevando la gorra de los Red Sox incluso allí abajo aunque las trenzas habían desaparecido durante la primera noche y ahora lucía un peinado revuelto y desastroso como todos los demás. Sin embargo, Cindy no solía aportar demasiado en aquellas reuniones por lo que implícitamente no se la incluía como miembro de aquella cúpula que se había ido formando sin ningún tipo de subterfugio, mediante acercamientos naturales y poco a poco.

Durante uno de los primeros días, Chelsea había preguntado durante una de esas reuniones si no deberían incluir en el grupo al policía. Tanto Jorge y Cindy como Zoran habían torcido el gesto y asegurado que por el bien del grupo sería mejor no hacerlo. Poco a poco lo habían ido comprendiendo todos los demás.

—¿A qué te refieres con «hacer algo»? —preguntó Jorge.

—Vamos a tener que salir ahí fuera —le respondió Chuck.

—Joder, vale, pero no lo digas como que «tenemos que hacer algo». —Jorge levantó las manos y movió los dedos para simular las comillas—. Suena como si estuvieras pensando algo escabroso.

El resto miró a Jorge sin comprender. La escasa luz bajo la que hacían aquellas reuniones era la que les llegaba a través de unas rendijas en la parte superior de la pared, junto a la unión con el techo apuntalado por vigas de madera de la estancia en la que se encontraban. Era insuficiente pero se habían acostumbrado a moverse en esas condiciones. Procuraban utilizar las linternas solo cuando necesitaban moverse y no eran capaces de guiarse sin luz.

—Ya sabéis —explicó Jorge, abrazando a Cindy mientras hablaba—, como en la historia del equipo de *rugby* uruguayo que se estrelló en Los Andes... —Al ver que nadie parecía entender aquella referencia, Jorge chasqueó la lengua—. Como en la película *Viven*.

—¿Los que se comieron a los muertos para sobrevivir? —preguntó entonces Ian.

—Esos mismos.

—Aquí no hay nadie muerto —aclaró Chuck—, y no vamos a matar a nadie para convertirnos en caníbales.

—Cosas más raras se han visto —murmuró Jorge al oído de Cindy.

Podríamos haberle dicho que sí, que cosas más raras se han visto. Como por ejemplo, encadenar a una mujer en un sótano y reservarla para cuando la comida de verdad se termine.

—Pues no —insistió Chuck—, me refiero a ir a buscar comida. Creo que es el siguiente paso que tenemos que dar.

Chuck buscaba la mirada pensativa y de ojos tristes, aunque tan azules como el cielo en un día despejado de nubes, de Kim. Durante los primeros días en el subterráneo se había mostrado hosca, herida ante las muertes que habían tenido lugar durante la huida hacia la trampa. Se culpaba a sí misma de las muertes de Alicia, Sabrina y Christine; y también, aunque de otra manera, se culpaba por la muerte de la hermana de Dexter. Chelsea y Kat estuvieron con ella la mayor parte del tiempo y Chuck las observaba, queriendo acercarse también y decirle a Kim que no era culpa suya, que el plan había sido bueno y que a fin de cuentas había trece personas vivas gracias a ella. Y lo que más quería, en realidad, era abrazarla y estrecharla entre sus brazos, protegerla e impedir que nada le sucediera jamás.

Pero Chuck no tenía el valor que se necesitaba para dar un paso como ese. Y Kim resurgió después de esos primeros días, con la misma decisión de siempre aunque anímicamente algo más apagada. Chuck lo notaba pero no decía nada.

—Supongo que tienes razón —dijo Kim.

Como un niño que recibe un beso en la mejilla de la chica que le gusta, Chuck sentía un cosquilleo en el estómago cuando Kim le miraba. Más si además le estaba dando la razón en algo.

—Salir ahí fuera —murmuró Chelsea, con pocas ganas.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó Kim, aún mirando a Chuck.

—Bueno, estos pasadizos son largos y tienen varias salidas —explicó el hombretón—. La verdad es que en las muestras turísticas siempre entramos por la entrada que hemos utilizado nosotros y hacemos un recorrido por los túneles que se encuentran en mejor estado, pero hay más entradas. Esto es un laberinto bajo la ciudad y podríamos utilizar esas puertas para aparecer en donde menos movimiento haya.

—Sí, hay que minimizar el riesgo —exigió Kim.

—Sí, por Dios —murmuró Jorge, que a cada palabra que alguien decía notaba

cómo Cindy se iba estrechando contra él con más y más fuerza, temiendo que él fuera a ofrecerse como voluntario. Jorge sabía perfectamente lo que le diría su prometida en ese caso, la negativa, la súplica, el llanto.

—Claro —concedió Chuck, asintiendo—, esa es la idea. De hecho, sé que hay una entrada que comunica con la despensa de un restaurante. Bueno, lo utilizan como despensa ahora pero en los tiempos en los que estos pasadizos eran parte de la vida activa de la ciudad bajo ese restaurante lo que había era un casino y un bar ilegales. Arriba en la superficie imperaba la ley seca y no se podía beber alcohol, así que el restaurante tenía un subsuelo al que se podía acceder mediante invitación y contraseña.

—¿Y existe una puerta que nos lleva a esa despensa? —preguntó Jorge con asombro—. Entonces no vamos a necesitar salir ahí fuera, al menos no de momento.

—Pero no tengo esas llaves —explicó Chuck levantando un dedo—. Como es obvio esa puerta está cerrada. Es posible que la hayan tapiado, aunque hace unos años la mantenían a la vista para enseñarla como si fuera una atracción de feria. «Este era el bar ilegal, y a través de esa puerta se entraba a los pasadizos de contrabandistas por donde entregaban el alcohol».

—Pues reventamos la puerta —propuso Jorge.

—A eso voy —dijo Chuck—, si reventamos la puerta luego no podremos cerrarla y esas malditas cosas de arriba podrán venir a por nosotros por el agujero.

—Zombis —murmuró Ian—. Llamémosles por su nombre.

Se quedaron en silencio un momento, pensando en todo lo expuesto. Al final, fue Kim la que habló, y cuando lo hizo todos escucharon con atención.

—Es una buena oportunidad y tendríamos que comprobarla. Si la puerta ha sido tapiada la dejaremos como está. No quiero un agujero por el que puedan entrar esas cosas. Pero si simplemente está cerrada tal vez John sepa forzar cerraduras y...

—Yo sé forzar cerraduras —la interrumpió Zoran—. No hace falta inmiscuir a John.

—Pero querrá inmiscuirse —aseguró Chuck—. Cuando vea que nos movemos y que hay un plan, va a querer saber de qué se trata.

—Y va a querer saber por qué él no estaba incluido —añadió Jorge—. Es un gilipollas, pero es mejor no tocarle los cojones. Acuérdate de cómo se puso en la casa que había sobre la librería.

Zoran asintió. No necesitaba que nadie le recordara nada, él mismo tenía muy presente que John Vernon había llegado a apuntarles con la pistola y les había amenazado.

—Yo puedo ocuparme de él —aseguró Kim—. Chelsea, si me ayudas podemos hacerle creer que la idea se nos ha ocurrido a nosotras y le necesitamos.

—Claro —murmuró Chelsea, accediendo.

—Mantén cerca a tus amigos, pero más cerca aún a tus enemigos —susurró Jorge al oído de Cindy, sin que nadie más que ella le oyera.

—Vale —dijo Chuck—. Forzamos la cerradura y luego, ¿qué? ¿Cogemos toda la comida que podamos y regresamos?

Kim se encogió de hombros, queriendo dar a entender que a ella le parecía buena idea. Los demás estuvieron de acuerdo.

2

Cuando dormía, casi siempre boca arriba y con la pistola bajo el cuerpo aunque le resultara incómoda, John Vernon roncaba como si hubiera una tormenta y él fuera el Dios de los truenos. Aquella misma noche, la del sexto día, Kim y Chelsea se acercaron al camastro que ocupaba en el fumadero de opio. Tuvieron que agacharse para ponerse a su altura puesto que el policía había escogido para dormir uno de los más cercanos al suelo.

Con suavidad, Kim le sacudió por el hombro para despertarle. John parpadeó aturdido y se revolvió, intentando quedarse dormido de nuevo, pero Kim no se lo permitió. Con el ceño fruncido y resoplando malhumorado, el policía se incorporó hasta quedar sentado.

Ven, podría contarte esta historia por encima y sin realmente mojarnos en ella, pero supongo que es mejor que lo veas por ti mismo. Acerquémonos a este momento y podrás observar que uno de los primeros gestos del policía, casi involuntario aunque esté lejos de serlo, es llevar la mano derecha en busca de su arma reglamentaria. Cuando sus ojos despiertan del todo y logra enfocar las dos figuras que le han sacado de los brazos de Morfeo, relaja los músculos y deja la pistola donde está.

En sus labios verás aparecer una sonrisa llena de suficiencia. La clase de pose de quien quiere parecer un tipo duro para impresionar a alguien. En el caso que nos trae hasta aquí, no causa el menor efecto en Kim y Chelsea, pero la forma en la que Kim le agarra del brazo y Chelsea apoya sus manos en la pierna de John hace que el policía piense que sí.

—Hola guapas —dice con voz pastosa por el sueño. Su aliento es denso pero Kim se esfuerza en no hacer ningún gesto con la cara que muestre repugnancia—. Estaba soñando con vosotras, casualmente. ¿Pasa algo? ¿Por qué me habéis despertado?

—Sentimos haberte despertado, John —asegura Kim, modulando su voz para resultar candorosa—, pero necesitábamos hablar contigo.

—Para eso estoy, preciosas. Ya sabéis que podéis contar conmigo para lo que queráis.

Por dentro, ambas mujeres comparten el mismo pensamiento, una mezcla entre incredulidad y ganas de echarse a reír. Kim mira hacia ambos lados y después de nuevo hacia John, y cuando habla lo hace con un susurro lleno de complicidad.

—Pero aquí no.

John asiente, ampliando su sonrisa, y se levanta con la pistola en la mano. Se la guarda en la cintura y sigue a las chicas fuera del fumadero de opio. John Vernon se apropió de una de las linternas desde el primer día y ahora la enciende para iluminarse el camino (es con total seguridad el que menos esfuerzos hace por salvaguardar las pilas y por aprender a moverse en la oscuridad). Evidentemente, aprovecha la luz para mirarles el culo a ambas, el de Kim es tal vez demasiado delgado para sus gustos, pero el de Chelsea muestra las redondeces perfectas. La imaginación es poderosa, y John Vernon se ve a sí mismo como el salvador al que acuden un par de damiselas en peligro para pedirle protección. Y él, por supuesto, les asegura que a su lado nunca tendrán nada que temer y se deja besar por ambas a la vez mientras, lujuriosas, empiezan a desvestirse...

Cuando Kim y Chelsea se han alejado lo suficiente del fumadero y se giran para mirarle, John no ve gestos lascivos en ninguna de ellas. En parte se siente decepcionado, aunque sabe que ese tipo de cosas no ocurren en la vida real.

—Decidme.

—Hemos estado mirando cuánta comida queda —responde Kim—, y no es mucha. Nos estamos quedando sin provisiones.

John chasquea la lengua con resignación.

—El otro día, Chuck nos estaba contando para qué servían estos túneles y nos dijo que se extienden por buena parte de la ciudad —explica Chelsea—, y entonces dijo una cosa que nos hizo pensar... pero queríamos hablar contigo para que nos dijeras si es una buena idea o es una locura.

John asiente, pidiéndoles que continúen, muy atento a lo que le dicen. Y las dos chicas desgranán su historia con la misma soltura con la que podría haberlo hecho Nancy Avalon delante de una cámara de cine. Le hablan del restaurante, de la despensa, de la posibilidad de que la entrada esté tapiada y también de la posibilidad de que no lo esté y apenas haya una cerradura que, tal vez, en palabras de Chelsea, pudieran forzar y les permitiera acceder a la comida del restaurante. Cuando terminan de hablar, John se rasca la barba con gesto distraído, rumiando las opciones en su cabeza. Al final, asiente.

—Chicas, habéis hecho bien en acudir a mí —dice—. Lo veo factible, creo que podríamos acercarnos hasta ese restaurante y forzar la entrada. Es más, si está tapiada podríamos reventar la pared y abrirnos hueco a través, o sea que tampoco es realmente un problema.

—Pero eso dejaría una entrada a los zombis —le recuerda Kim—. Si la entrada está tapiada no creo que sea lo más recomendable.

Resulta de lo más asombrosa la forma en la que Kim manipula su tono de voz para que lo que dice parezca una proposición y no una orden. John se la traga con patatas y asiente, mordiéndose el labio con gesto pensativo.

—Tienes razón. Dejadme que hable con el resto y organice un grupo para esta misión.

Antes de darse la vuelta, John le guiña un ojo a Chelsea. Las dos mujeres se quedan allí mientras el policía regresa al fumadero, y esperan a que se aleje lo suficiente antes de salirse del papel.

—Este tío es imbécil.

—Te ha guiñado el ojo —responde Kim, sonriendo. Es la primera vez que sonrío desde que entraron en el subsuelo—. Lo tienes en el bote.

Chelsea se estremece para dar a entender que preferiría acostarse con cualquiera de los zombis del exterior antes que meterse en la cama con John Vernon.

Vale, estoy exagerando.

3

A las nueve de la mañana del día siguiente (sus relojes son lo único que les permite controlar el paso del tiempo, puesto que allí abajo noche y día son indistinguibles) John Vernon se pone en marcha encabezando una expedición por la cual se echa todas las flores a sí mismo, como si hubiera olvidado incluso que la idea partió de Kim y Chelsea. Tras él va la cúpula casi al completo: Zoran, Ian, Chuck, Chelsea y Kim. A las dos mujeres han intentado convencerlas para que se queden con el resto pero ninguna de ellas ha accedido a esa petición. Chelsea incluso ha llegado a enfadarse y a decir que ella es tan válida como cualquier hombre. Nadie ha querido ponerlo en duda.

El último en unirse al grupo, justo cuando están a punto de partir, es Jorge. Cindy le agarra de la mano y le pide que no vaya, pero Jorge le explica que tiene que hacerlo.

—No va a pasarme nada, cariño. Solo vamos a recoger la comida que haya en ese restaurante. Si vemos un solo zombi nos volveremos sin nada, ¿de acuerdo?

Cindy no se ha mostrado de acuerdo pero Jorge tampoco ha cedido en esa ocasión y al final, es Kat quien tiene que acercarse a la chica de la gorra de los Red Sox y cogerla con amabilidad de los hombros para que deje marchar a su prometido.

Cindy no llora, aunque no deja de mirar la espalda de Jorge mientras se aleja. No es hasta que desaparece de su vista que permite que Kat la lleve al fumadero de opio junto al resto de supervivientes que se quedan allí: Nancy Avalon, Ellen Bell, Osney Martell y, tirado en uno de los camastros con el pulgar en la boca y la mirada perdida, Dexter Hill.

En la vanguardia del grupo caminan mano a mano John y Chuck, que a fin de cuentas es quien conoce los túneles. Lleva una linterna en la mano y va alumbrando el camino por delante de ambos. En el momento en que toman un desvío que se sale de la ruta marcada por el paseo turístico, algunos de los túneles están llenos de escombros, de trozos de madera viejos y podridos, de excrementos de animales. En un momento dado tienen que agacharse para pasar bajo un arco de madera situado a

un metro de altura. Al otro lado huele a humedad y también a muerte. Después de pasear el haz de luz por la estancia, descubren en una esquina el cadáver de una rata medio podrido y con las tripas fuera.

—Encantador —murmura John—. ¿Por dónde vamos ahora?

Dos caminos salen desde esa sala, uno hacia la izquierda y otro de frente. Chuck examina la entrada de ambos pero no hay nada que los distinga. El suelo de ambos es de tierra y las paredes tienen tablones de madera que parece que podrían disolverse si alguien los tocara.

—Se suponía que conocías el camino —insiste John, impaciente.

—Estoy tratando de ubicarme, solo he recorrido estos túneles una vez. Están fuera de la ruta habitual.

—¿Por qué? —pregunta Ian.

—Porque están en peor estado.

Al momento, todos miran a su alrededor con cierto temor reverencial.

—Es coña —dice Chuck—. No seguimos estos túneles porque resultan más incómodos. Hay muchos pasos bajos como el que acabamos de cruzar y no queremos que los turistas tengan que arrastrarse porque entonces dejarían de venir. Les llevamos solo por los túneles cómodos y por aquellos en los que hay algo que ver. Si fueran poco seguros y se hundieran, la ciudad entera caería.

—Eso pasa en Ciudad de México —comenta Jorge—. La ciudad está construida sobre un lago o algo así, y ahora se hunde poco a poco...

—Vale, chamaquito, ya nos lo cuentas otro día —escupe John con desprecio—. ¿Seguimos o qué?

Chuck señala el túnel que sigue de frente y echa a andar. El agente de policía le sigue y detrás de él van Kim, Ian, Zoran y Chelsea. Jorge resopla, con resignación, antes de echar a andar detrás de ellos.

Les lleva casi dos horas alcanzar una puerta cerrada que parece fusionada con el muro en el que se encuentra. Chuck señala con cierto orgullo.

—Esta es.

Kim le da un par de palmadas en la espalda y ese gesto sirve para que Chuck sonría y se gire hacia ella, pero Kim está mirando hacia John.

—Deberíamos asegurarnos de alguna manera de que al otro lado no hay zombis, ¿no? —le pregunta al policía.

—Sí, claro —murmura John acercándose a la puerta y pegando la cabeza a ella—. No oigo nada.

—El infalible método de pegar la oreja —dice Ian con una sonrisa que se borra de sus labios con efecto inmediato cuando John clava en él una mirada asesina.

John prueba la manija y encuentra que la puerta no se mueve, tal y como esperaban. Se gira hacia el grupo y levanta la mano derecha, en la que lleva su linterna.

—No parece que esté tapiada, ¿no? Así que la abrimos y ya está, tendríamos

acceso a la despensa del restaurante. Es eso, ¿no?

—Pero deberíamos ir con cuidado igualmente —le recuerda Jorge—. No sabemos qué puede haber al otro lado, o qué puede ocurrir si nos oyen.

—Ya lo sé, manito —replica John con tono burlón y de desprecio—, no soy gilipollas. Habrá que mantener sigilo porque en realidad, sí que sabemos perfectamente lo que ocurrirá si nos oyen. Vendrán a por nosotros como lo hicieron en la librería.

—No soy mexicano —le dice Jorge con el tono de quien empieza a estar harto de una broma cansina y repetitiva.

John ni siquiera le mira, y mucho menos se molesta en contestarle. Zoran apoya una mano en el hombro de Jorge, pidiéndole calma sin decirle nada.

—De todos modos, si está tapiada lo estará por el otro lado, ¿no? —pregunta Chelsea.

—Supongo que tendremos que abrir la puerta para saberlo —responde John, con un tono más amable del que le dedica a cualquiera de los hombres presentes.

Después, John se agacha junto a la cerradura de la puerta y la observa con atención. Mientras lo hace, se pasa la lengua entre los labios, pensativo. Detrás de él, el resto del grupo, los integrantes de esa cúpula regente del subterráneo, se miran y se dicen cosas sin necesidad de palabras. Les observamos hacerlo con cierta fascinación, e incluso captamos algunos de esos mensajes. Muchos ellos hablan del hartazgo que les produce el policía, otros instan a Zoran a actuar, algunos otros se preguntan si el plan va como debería; estos últimos encuentran respuesta segura en Kim, que asiente.

Aunque por dentro Kim está temblando. A fin de cuentas el último plan que llevó a cabo terminó con cuatro personas muertas. Y aún se siente incapaz de olvidar la expresión de horror de Alicia cuando las bocas de los muertos se arrojaron sobre ella para destrozarla y comérsela.

—Yo puedo forzarla —dice Zoran.

John se da la vuelta y mira al eslovaco con los ojos muy abiertos. Suelta una carcajada y se pone en pie, frotándose las manos. Kim desea matarle por ello: se supone que tienen que ser sigilosos y el muy gilipollas está riéndose a carcajadas. Pero decide que es mejor callar.

—Sabía que había algo turbio en ti, Zeta —asegura John, levantando el brazo y señalándole—. Siempre se lo dije a Harry. Le decía que no eras lo que aparentabas, un vendedor de comida ambulante, ni de coña. Harry no me creía pero yo... estaba seguro, joder. Mi olfato nunca miente.

—En Estados Unidos sólo he sido vendedor ambulante —asegura Zoran sin demasiadas ganas, encogiéndose de hombros—. La vida en Eslovaquia no es sencilla.

—¿Mafias rusas? —pregunta John—. ¡Vamos, ahora puedes decírmelo!

—No mafias rusas. Malas amistades.

John sigue mirándole, escrutándole con los ojos entrecerrados, como tratando de decidir qué hacer a continuación. Al final, le hace un gesto señalando la puerta y

retrocede un paso hacia la pared para dejarle pasar.

—Toda tuya, Zeta.

Zoran se acerca a la puerta y se agacha.

—¿Podéis apuntar luz aquí? —pregunta—. A ver, hace mucho tiempo que no hago esto. Aunque creo que es como montar en bicicleta y no se olvida nunca.

Chuck levanta la linterna para iluminar la cerradura y Zoran saca del bolsillo una varilla metálica que encontró la noche anterior, después de que la cúpula estuviera hablando sobre el plan a seguir. Con delicadeza, la introduce en la cerradura y comienza a hurgar. Durante el tiempo que está trabajando, concentrado en lo que hace, el resto guarda un silencio ominoso y espectral. Lo único que se oye en aquella oscura estancia del túnel son sus respiraciones, el ocasional ruido del correteo de una rata y los tintineos metálicos causados por la varilla con la que Zoran intenta forzar la cerradura.

Por fin, se abre con un clic y Zoran se pone en pie.

—Bien hecho, Zeta.

—Vale, ahora deberíamos guardar silencio —dice Kim, avanzando hacia la puerta.

John se adelanta y le coloca una mano en el hombro para detenerla, demasiado cerca del pecho como para que ella se sienta cómoda.

—Tranquila, jabata. Yo daré las órdenes —le dice el policía, que sigue sin darse cuenta de que ninguno de los presentes le mira a él cuando buscan indicaciones sobre qué hacer a continuación—. Seguidme.

Despacio, John empuja la puerta para abrirla, sujetando el arma con una mano y la linterna con la otra, enfocada hacia delante. Al otro lado hay un pasillo de paredes blancas descascarilladas pero en mucho mejor aspecto que las del túnel del que proceden ellos. Avanza y baja la mirada al sentir las baldosas que cubren el suelo de la despensa del restaurante. Mira a izquierda y derecha, barriendo el pasillo con la linterna. Luego les hace un gesto para que crucen.

—Alguien debería subir por las escaleras que hay a la izquierda —dice en susurros, señalando en la dirección que indica—. Para observar la planta superior y dar la alarma si algo va mal. El resto vamos a por comida.

—Iré yo —responde Jorge.

No espera a que nadie le diga nada y tampoco hay nadie que haga ademán de hacerlo. Jorge sube por las escaleras rápido pero sin hacer ruido. El grupo espera, mirándole con expectación. Cuando llega a la parte de arriba, Jorge empuja con cuidado la puerta que comunica la despensa con el restaurante. Abre apenas una rendija que le permita espiar lo que hay al otro lado.

Le maravilla ver luz solar al otro lado. La puerta a través de la que está mirando está situada a un lado de la barra, en una de las esquinas del restaurante, y hay una enorme cristalera al fondo que da a la calle. El local parece vacío y sin signos de lucha visibles; no hay signos de presencia alguna allí dentro y todo parece tranquilo.

El ventanal, sin embargo, le provoca un cosquilleo intranquilo. Le recuerda al del bar donde estaban cuando la infección empezó a propagarse en Portland, el mismo ventanal que voló por los aires y destrozó la mitad del rostro de Osney Martell.

Además, le resulta inquietante por otra razón. Al otro lado no parece ocurrir nada, no ve ningún movimiento extraño en la calle, nada que le llame la atención. Y se le ocurre una idea extraña. ¿Y si lo que fuera que ocurrió donde ellos estaban no pasó en toda la ciudad? ¿Y si el ejército logró contenerlo?

Y yendo un paso más allá... ¿y si todo terminó ya y ellos están escondidos bajo tierra para nada?

—¡Eh! —le llama John mediante susurros—. ¿Todo tranquilo ahí arriba? ¿Hay moros en la costa?

Jorge niega con la cabeza y les hace un gesto con la mano para que vayan a lo suyo. John asiente y se adelanta al grupo, iluminando el pasillo delante de él. Es sorprendente lo largo que resulta para ser la despensa de un restaurante. Le lleva un momento recordar lo que le contó Chuck sobre la existencia de un local clandestino allí. La imaginación nunca ha sido el fuerte de John Vernon y le resulta complicado pensar que por allí pasaron cientos de hombres y mujeres de alta alcurnia a principios del siglo pasado, con sus trajes y vestidos y poses pomposas, con el fin de emborracharse en un tugurio bajo tierra.

—Joder, como encuentre una coca cola me la pienso beber de un trago —asegura Ian rozando con los dedos un montón cajas apiladas a un lado del pasillo, llenas de botellas vacías de refrescos.

—A callar —ordena John.

En ese momento ocurren dos cosas. Por un lado, oyen un ruido que proviene de más allá del giro que realiza el pasillo impidiéndoles ver lo que hay allí. Por otro lado, la linterna que lleva John en la mano parpadea un instante y se apaga.

—¿Pero qué coño...? —John golpea la linterna con la otra mano. La culata del arma que sostiene hace un ruido metálico.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Kim—. He oído un ruido.

Chuck enciende su linterna e ilumina hacia delante, más allá del hombro de John. El pasillo sigue igual de vacío que antes. El policía masculla algo inteligible entre dientes y le entrega la linterna gastada a Ian.

—La puta ley de Murphy —dice—. Se han acabado las pi...

El alarido les hiela la sangre a todos. John Vernon está a punto de orinarse encima y tanto Kim como Ian y Chelsea retroceden un par de pasos hacia la puerta por la que han entrado un momento antes. Los ojos de todos ellos están clavados en el pasillo. El sonido de unos pasos que corren y los gruñidos cada vez más cercanos resultan tan inconfundibles como terroríficos.

John levanta el arma.

Zoran intenta detenerle pero empieza a moverse medio segundo más tarde de lo que debería. El muerto que aparece a la carrera por la curva del pasillo lleva

pantalones vaqueros y una camiseta verde desgarrada. Al verles lanza otro de esos alaridos, sin detenerse, y John aprieta el gatillo ese medio segundo antes de que Zoran le agarre la muñeca para impedirle hacerlo. La bala surca el aire y revienta el cráneo de la criatura, enviando trozos de carne y hueso hacia la pared de enfrente. El hombre se desploma en el suelo con las piernas abiertas en v.

El ruido provocado por la detonación retumba como una explosión.

John se retuerce para liberarse de la mano de Zoran, se gira y empuja al eslovaco contra la pared.

—Suéltame, joder.

—¿Qué demonios has hecho? —pregunta Zoran con los ojos muy abiertos—. ¡Teníamos que ser silenciosos, joder!

—¿Y qué querías? ¿Que le dejara venir a por nosotros? ¿O que le entregara un brazo para que se entretuviera mordisqueando?

—Hay otras formas de pararle —responde Zoran sacando el cuchillo que lleva en la cintura.

El movimiento hace que John se ponga nervioso y levante el arma para apuntar a Zoran. Chuck se interpone entre ambos hombres, con las manos levantadas por encima de la cabeza.

—Eh, eh, venga, calmemos esos ánimos, ¿sí? Tenemos cosas que hacer...

—¿Chicos?

La voz de Jorge les llega desde lo alto de la escalera. Sigue mirando a través de la pequeña rendija que ha abierto de la puerta que comunica con el restaurante. Si nos acercamos a él resultará sencillo comprobar por qué la urgencia en su voz. Dos muertos han comenzado a golpear la puerta de cristal del restaurante. Otro más se les une mientras nosotros miramos.

—¡Vais a tener que daros prisa, chicos! —exclama Jorge.

Abajo, Chuck mira a Kim, preguntándole a ella su opinión. Ella vuelve a sentir el peso del mundo sobre sus hombros. Su cerebro trabaja a toda velocidad pero al final, es la necesidad la que vence. Necesitan esa comida y si no la consiguen aquí van a tener que salir al exterior a por ella. El gesto afirmativo de su cabeza hace que Chuck se ponga en marcha, adelantando a John y a Zoran y olvidando ya toda clase de sigilo y cautela con la que llegaron aquí. Los demás le siguen, aunque Ian duda un momento antes de hacerlo y dirige una mirada nerviosa hacia las escaleras.

Chuck encuentra la puerta de la despensa y la abre de un empujón. Al otro lado hay al menos ocho estanterías llenas de productos amontonados. De un lateral coge una caja en la que palidecen y se pudren cuatro cebollas y las tira al suelo sin siquiera mirarlas. Kim le adelanta por la derecha, directa a por las latas de judías y guisantes que hay a su izquierda. Lo más rápido que puede, empieza a meterlas en la caja que sostiene Chuck.

Lo mismo empiezan a hacer Zoran y Chelsea, en su caso con latas de maíz y piezas de fruta que no parecen estar en la mejor de las condiciones. John Vernon

agarra tres ristras de embutido que cuelgan de un gancho y se las entrega a Ian. La sala es demasiado pequeña como para que todos puedan estar dentro.

—¡Chicos! —la urgencia en la voz de Jorge les hace moverse más y más deprisa.

Y hacen bien, porque al otro lado de las puertas ya hay dos docenas de muertos golpeando sin cesar el cristal. Uno de los puños hace que se agriete y empiece a formarse una telaraña. Jorge cierra la puerta, pues no necesita ver más, y aunque se encuentra a oscuras empieza a bajar los escalones de tres en tres.

—¡Vamos, vamos, vamos! —grita sin alzar demasiado la voz—. ¡Tenemos que largarnos ahora!

Dentro de la despensa Kim maldice con un grito y empieza a empujar a los demás para que salgan. Lo que están haciendo es importante, sí, y ella lo sabe; pero no puede permitirse arriesgar sus vidas. Y si los muertos entran en el restaurante y ellos no han cruzado la puerta, es posible que queden atrapados allí dentro, sin ningún lugar en el que esconderse. Estarán condenados y también quedarán condenados aquellos a los que han dejado atrás: Kat, Cindy, Osney, Nancy, Ellen y Dexter.

Ian corre con los embutidos entre los brazos. Uno de ellos se le cae por el camino y John se agacha a recogerlo detrás de él. Chelsea le sigue, y detrás de ella va Zoran cargado con una caja llena de cosas. Los últimos en salir son Kim y Chuck.

Arriba, el cristal de la puerta cede y cae bajo el peso de la pequeña multitud de muertos que se amontona en la calle. Atraviesan la puerta a la carrera tropezando unos con otros y mirando en todas direcciones en busca de comida, rastreando el sonido que les ha puesto en marcha, desplegándose por todo el restaurante como lo haría un equipo de intervención especial de la policía. No les importa derribar sillas o mesas, no les importa que sus pisadas dejen manchas en el suelo. Uno de ellos cae al tropezar y es pisoteado por los que vienen detrás, y eso tampoco les importa.

Finalmente, uno de ellos encuentra la puerta que conduce al sótano. Su torpeza le impide bajar peldaños como debería hacerlo y al poner el pie donde se encuentra el primer escalón, se inclina hacia delante y se precipita escaleras abajo, girando y golpeando suelo y paredes al hacerlo. Cuando se detiene al pie de la escalera se ha roto varios huesos, entre ellos la cadera. Eso no le detiene. Se arrastra por el suelo en busca de carne viva.

Y pasa de largo junto a la puerta cerrada por la que el grupo de supervivientes entró un momento antes. Por suerte para ellos, desde este lado la puerta se confunde con la pared y no invita a pensar que puede abrirse, de no ser por la cerradura que hay a media altura. Pero los zombis no se fijan en esas cosas.

El muerto sigue arrastrándose, cruza por encima del tipo al que abatió John un momento atrás, empapando sus ropas con la sangre espesa y coagulada del muerto, y sigue avanzando hacia el fondo. Más zombis cruzan la puerta que conduce al sótano. Tres de ellos se precipitan igual que lo ha hecho el primero, aunque al menos un par resisten mejor la caída. Un cuarto zombi logra bajar las escaleras de una forma que al menos puede catalogarse de decente aunque diste de ser normal.

Ninguno de ellos encuentra la puerta.

Al otro lado John Vernon espera con la pistola apuntando a la altura de sus ojos y Zoran con el cuchillo en la mano. Los demás contienen la respiración con todos y cada uno de sus músculos en tensión, con los ojos fijos en la puerta. Son conscientes de que el menor ruido podría atraerles en su dirección.

—Vámonos —susurra Chelsea—. Antes de que pase algo y sepan que estamos aquí.

—Tenemos que asegurarnos de que no nos siguen —le responde Kim en el mismo tono, casi un suspiro de voz.

—La puerta no tiene pomo por el otro lado —dice Jorge—. Me he fijado al volver. Creo que solo puede abrirse metiendo la llave en la cerradura.

—También pueden tirarla abajo, ¿no? —pregunta Ian.

—No si no les damos motivos para pensar que estamos aquí —replica Chelsea—. ¡Vámonos! —A pesar de no levantar la voz más allá del susurro hay urgencia en su voz.

Kim asiente y se ponen en marcha. Chuck abre el camino iluminando con su linterna y John cierra el grupo dirigiendo miradas inquietas a su espalda. Durante todo el camino de regreso tiene la sensación de que le siguen, de que en la oscuridad que les envuelve y que cubre lo que van dejando atrás, se ocultan más de esas criaturas y que en cualquier momento una de ellas extenderá las manos y le agarrará del cuello para arrastrarle a la muerte. No contribuyen a aliviar su tensión los ruidos que escucha a su espalda, pequeños crujidos de la madera, el movimiento de las ratas o demás animalillos que se ocultan en esos túneles...

Es demasiado orgulloso para admitir que tiene miedo, pero lo cierto es que John Vernon está realmente acojonado.

4

El agua también se convierte pronto en un problema. Las reservas que trajeron consigo desde la casa de Chuck están cercanas al agotamiento para cuando la cúpula vuelve a reunirse, aprovechando que el resto duerme en el fumadero de opio. En esta ocasión, también Cindy se ha quedado dormida y Jorge ha tenido que salir a hurtadillas para evitar despertarla.

—¿Para cuánto tiempo nos queda? —pregunta Jorge—. Esa es la pregunta más importante.

Kim se encoge de hombros, incapaz de realizar ese cálculo, y pide ayuda con la mirada a Chuck. A esas alturas, todos los presentes, a excepción de la propia Kim, se han dado cuenta de la forma en que Chuck mira a Kim.

—Puede que un día —responde Chuck—, si racionáramos más tal vez dos, aunque ya estamos bebiendo poca agua...

—Además, estamos racionando todos menos John —añade Chelsea haciendo un mohín con los labios—. No pone el menor cuidado.

—Si no hubiera apretado el gatillo en el restaurante también podríamos habernos llevado botellas de agua —murmura Ian con tristeza.

—No nos centremos en eso —pide Kim, y apoya una mano en la pared—, no sirve de nada lamentarnos por lo que salió mal, porque al menos estamos todos vivos. Intentaré hablar con John y pedirle que tenga más cuidado cuando beba y recuerde que hay un racionamiento en marcha.

—Igual me hace más caso a mí —apunta Chelsea con gesto de disgusto.

—Creo que no deberíais hablar con él —dice Zoran—. Se cree el jefe y está más tranquilo. Mejor dejarle así.

Kim valora esa opción unos segundos y el resto espera, atentos a ella. Al final, se encoge de hombros y asiente.

—Vale —dice—, el agua entonces. ¿Vamos a tener que hacer otra excursión, al exterior esta vez?

—Será mejor que dejemos eso para cuando falte comida —dice Chuck, que no aparta la mirada de Kim ni un segundo—. Sé dónde podemos encontrar una tubería de agua... No sé en qué condiciones estará, pero creo que dadas las circunstancias es lo mejor que vamos a encontrar sin riesgo.

Y eso también lo acepta Kim. Al día siguiente, los Trece topes (como Ian ha decidido bautizar al grupo) siguen a Chuck por túneles y pasadizos hasta llegar a una estancia en la que se amontonan en una esquina cajas de madera podrida y ennegrecida. En un lateral hay una tubería, tal y como dijo Chuck, e incluso un rudimentario grifo. Al hacerlo girar, todos ellos guardan silencio y rezan en sus mentes para que funcione. Tarda un momento pero el agua empieza a salir, primero a trompicones y luego de manera fluida. Ahogando sus gritos de alegría, todos ellos se acercan para beber y saciar su sed. Y cuando todos han pasado por el grifo, llenan las botellas y regresan al fumadero de opio.

Esa tarde, Ian, Kat y Chelsea repasan momentos de sus vidas que les resultan reseñables, hablan de sus familias y conocidos, de los trabajos que desempeñaban antes de la llegada de los muertos. Ian les habla sobre Jenn, y cuando Kat le pregunta si estaba muy enamorado de ella Ian se encoge de hombros y responde que sí.

—No ha sonado muy convincente ese sí —murmura Chelsea con una risita.

—Bueno, a ver... —Ian suspira y se encoge al sentir un retortijón en las tripas—, no es que no la quisiera, tampoco quiero enturbiar su recuerdo diciendo que no, porque no sería verdad. Me gustaba mucho, me llevaba muy bien con ella, en ocasiones te diría que estaba profundamente enamorado de ella, pero luego en otras ocasiones también te diría que no me veía siendo un anciano a su lado. Supongo que dependía del día.

—Eso no suena a muy enamorado —declara Kat.

—Depende del día. Pero sí que la quería. —Ian suspira, recordando aquel tatuaje

que Jenn tenía en la baja espalda y que a él le volvía loco—. Y probablemente habría acabado con ella. Nos entendíamos muy bien.

—Yo acababa de salir de una relación larga —les cuenta Chelsea—. Le dejé yo cuando me di cuenta de que le interesaba más su trabajo que yo.

Ian se retuerce, llevándose las manos al estómago.

—¿Estás bien? —pregunta Kat.

—No lo sé —responde el chico—, creo que no. Voy a ir al baño...

El *baño...* es uno de esos sitios a los que preferiría no llevarte, sinceramente. Cuando los trece topos se dieron cuenta de que su presencia allí abajo podía extenderse de forma indefinida bajo tierra, una de las primeras cosas que hicieron fue seleccionar una de las estancias, lo más alejada posible del fumadero de opio sin que tampoco estuviera tan lejos que no pudieran llegar a ella con facilidad.

Eligieron una estancia de unos cuatro metros de ancho que según Chuck se utilizaba en tiempos como almacén y que solo tenía una entrada. A todos ellos, acostumbrados a un nivel de vida en el que tirar de la cisterna era algo cotidiano, tener que entrar en ese cuarto para hacer sus necesidades y dejarlas allí les resultaba desagradable y asqueroso. Por no hablar del hecho de la ausencia papel higiénico.

Hay ciertas cosas a las que todos ellos pensaron que nunca podrían acostumbrarse y, sin embargo, la necesidad de hacerlo prevaleció y les hizo superarlas. No tenían manera de lavarse, ni a ellos ni a sus ropas, y los primeros días fueron terribles en ese sentido. El olor que empezaban a emanar les hacía fruncir el ceño a todos ellos, arrugaban la nariz y procuraban que no se les notara, de forma infructuosa. Además, por alejado que estuviera el *baño*, el olor acabó llegando también al fumadero de opio. Dirigirse allí para hacer sus necesidades requería de toda su fuerza de voluntad. Entrar en el cuarto resultaba vomitivo y les costaba evitar esparcir el contenido de sus estómagos por el suelo. Si lo lograban era porque sabían que el valor de lo poco que habían comido era más importante.

Ni papel higiénico, ni duchas, ni lavadoras... ni artículos de higiene femenina. Apenas llevaban semana y media en el subsuelo cuando a Kat le vino la regla. Estuvo a punto de morir de vergüenza cuando el segundo día de su periodo despertó con una pequeña mancha roja entre las piernas. Más tarde le confesó a Kim que se sentía como la persona más desgraciada y sucia del mundo. Con un suspiro de resignación y lástima, Kim le dio un fuerte abrazo.

—A todas nos pasará —le susurró en tono maternal—. No es culpa tuya y a nadie le importa.

Y era verdad, no le importaba a nadie. Habían aprendido a convivir con ese tipo de cosas, en apenas una semana y media, y si en algún momento a alguien se le escapaba la vista al menos tenía la suficiente entereza como para no comentarlo.

Y en eso, hasta John se comportaba como un perfecto caballero. Lo cual en realidad no tiene tampoco nada de raro, puesto que el propio John fue uno de los primeros cuyo olor a sudor empezó a resultar demasiado fuerte y llamativo. Y a él

tampoco le dijeron nada entonces.

Nadie comenta este tipo de cosas cuando de lo que se habla es de supervivientes, y yo procuro no hacer referencias al desagradable hedor que reina en el ambiente porque sé que una vez te das cuenta después cuesta sacarlo de la mente. Y aprovechando nuestras opciones casi es mejor limitarse a ver y dejarse el resto de los sentidos en casa, ¿no crees?

Ian regresa del baño casi media hora más tarde. Por su rostro contraído, tanto Kat como Chelsea saben que algo va mal en cuanto le ven. Al acercarse para ayudarle se dan cuenta de que está tiritando.

—¿Qué te pasa? —pregunta Kat.

—No lo sé, tengo escalofríos —responde él, dejándose guiar por las chicas hacia el fumadero—. Estoy destemplado y tengo frío.

No tanto como en su puta nevera con ruedas, eso seguro.

—¿Pero te duele algo? —pregunta Chelsea.

Al entrar en el fumadero los demás se giran para mirarlos y se acercan a ellos. Chuck les hace un gesto para que sienten a Ian en uno de los camastros bajos.

—Creo que ha sido el agua —aventura Ian, y luego sus mejillas enrojecen de vergüenza—. He... tengo diarrea.

Durante las siguientes horas, Ian permanece bajo las mantas temblando de frío a pesar de que en los túneles hace un calor sofocante y todos ellos llevan camisetas de manga corta o se remangan las mangas de sus camisas. Chuck le acompaña al baño de nuevo un rato después y, cuando más tarde Kim le pregunta cómo ha ido, Chuck responde que ha sido líquido.

—Vamos a tener que darle más agua para que no se deshidrate —dice Kim, mirando a Ian. El chico se ha quedado dormido entre temblores y ellos hablan en voz baja.

—Es un desperdicio seguir dándole de comer —añade John—, porque en ese estado no lo va a retener.

Chuck le mira levantando una ceja con gesto incrédulo. Zoran se limita a menear la cabeza y pensar que algo así solo podía salir de la boca de John Vernon.

—¿En serio? —pregunta Chuck—. ¿Y qué propones, que le dejemos morir?

—No, joder, solo digo que es una putada —se excusa John, y levanta las manos en gesto de rendición.

—El problema —interrumpe Jorge— es que para que no se deshidrate tenemos que darle más agua, y lo que le ha hecho ponerse así ha sido justamente el agua.

—No sabemos si ha sido el agua —dice Kim—. Solo que él dice que cree que ha sido el agua.

—Una vez estuve en México —responde Jorge, y mira hacia el policía—, que por mucho que creas, John, no tiene nada que ver con España.

—De Texas para abajo todo es la misma mierda —replica el policía con una sonrisa burlona.

Jorge abre la boca para contestar pero el apretón que Cindy le da en la mano le hace pensárselo mejor. John se toma su silencio como una victoria y sonrío de oreja a oreja. Jorge suspira y vuelve a mirar a Kim.

—Bueno, en México tenían una especie de dicho popular que era «la venganza de Moctezuma» con el que se referían a la diarrea de los turistas que enferman allí porque no están acostumbrados al agua del país. —Por lo que Jorge recuerda el dicho comenzó siglos atrás y tenía más que ver con la forma en que los españoles comían maíz sin hacer caso de las indicaciones de los indígenas, lo que les llevó a enfermar y morir en muchos casos; pero no cree conveniente tirar del hilo y dar una lección histórica, ya que a fin de cuentas tal y como se lo contaron a él, hablando del agua, tiene más relación con lo que le ocurre a Ian—. Y es verdad que mucha gente enferma por esa razón, pero no todos. Hay gente que tiene más resistencia o su sistema acepta el cambio como si nada...

—Hay un largo camino desde México hasta Portland —dice Chuck.

—Sí, ya, pero a lo que voy es que no sabemos de dónde proviene el agua que estamos bebiendo. Que a él le haya sentado mal no quiere decir que el resto nos vayamos a enfermar.

—¿Quién coño es Moctezuma? —pregunta John—. ¿Un gitano enfadado?

Jorge le mira con la boca entreabierta y la expresión de quien no soporta a su interlocutor y además piensa que es retrasado mental. Si te fijas, verás que Kim entorna los ojos con resignación. A su lado, Kat esboza una sonrisa que está a punto de transformarse en carcajada, aunque logra evitarlo en el último segundo. Por suerte, John está mirando a Jorge y no ve ninguno de esos dos gestos.

—El gobernante de Tenochtitlan en la época de la conquista.

John Vernon asiente, dando a entender que eso lo explica todo. No hace falta ser muy espabilado para darse cuenta de que no tiene ni puñetera idea de lo que está hablando Jorge. De todos modos, con eso se disuelve el grupo y tanto Kim como Ellen Bell se acercan al camastro en el que dormita Ian mientras los demás se dispersan por la habitación o salen de ella.

—¿Cómo está? —pregunta Ellen mientras Kim le pone la mano en la frente al chico, con delicadeza.

—No tiene fiebre —dice Kim—. Eso es bueno, al menos.

«O eso creo».

Ellen asiente y mira a Ian con gesto preocupado.

5

¿Quieres que te hable de Ellen Bell?

Siempre ha crecido a la sombra de su hermano. Por mucho que intentara destacar sus padres solo tenían ojos para él, que además se daba la casualidad de que siempre

tuvo éxito en todo lo que hacía. Siempre era «mira qué buenas notas saca tu hermano» o «mira que bien juega tu hermano a baloncesto» o «mira tu hermano lo ordenado que es».

Ellen podría haber optado, como muchos niños en circunstancias similares, por la rebeldía y convertirse en la oveja negra de la familia, la que acaba metida en drogas o escapándose de casa por esa necesidad humana de destacar. O no tan grave pero sí más contestona e individualista. Pero no lo hizo. Ellen se dedicó a vivir su vida sin hacer demasiado caso a esos comentarios sobre lo bueno que era su hermano y lo mediocre que resultaba ella. En ese sentido, hasta sus amigas la martirizaban lanzando suspiros de amor por el famoso hermano, por el cual todas bebían las vientos mientras que Ellen era una niña escuchimizada y larguirucha en la que nadie se fijaba.

El tiempo suele ser amable con las chicas y cuando el cuerpo de Ellen empezó a desarrollar curvas empezó a recibir algo de atención. Pero esa es otra historia.

Hace unos meses le dijo a su tía que estaba buscando trabajo. Incluso ahí tuvo que escuchar un comentario sobre «ojalá tu hermano quisiera lo mismo» que Ellen supo interpretar como «me gustaría que fuera tu hermano el que me pidiera trabajo pero eres de mi familia así que no puedo negarme y me tendré que conformar». Su tía tiene, o tenía hasta que los zombis empezaron a arrasarse con los Estados Unidos, una empresa de asistentes personales de actores y actrices, y durante dos semanas la instruyó en las que serían sus funciones oficiales cuando se le asignara un actor con el que trabajar. Su tía insistió mucho en tres grandes pilares del trabajo: tener siempre contento al actor, no ser adulador, ser eficiente y expeditivo.

«Y uno extra», añadía siempre su tía levantando un dedo índice largo y tan delgado que podría pertenecer a un esqueleto. «Hacer siempre lo que el actor nos pida. Estamos a sus órdenes y es el prestigio de esta agencia el que tendrás sobre tus hombros. Un actor descontento no es un cliente menos, es mala prensa y muchos clientes menos. Siempre obedientes», y recalcaba «siempre» con fuerza.

Ellen aprendió en silencio y cuando estuvo lista para realizar su tarea, su tía le dijo que empezaría a trabajar en breve.

—Dentro de unos días, si todo sale bien, te presentaré a una actriz. Está buscando un asistente.

Dicho y hecho, tres días después su tía le presentó a Nancy Avalon. Se cruzaron sonrisas, dos besos al presentarse y estuvieron hablando un rato las tres. Nancy se mostró muy agradecida por su nueva asistente y cuando se marchó su tía se giró hacia Ellen y le dio un puñetazo amistoso en el hombro.

—Le has gustado —dijo—. Lo vas a hacer muy bien, Ellen.

Ellen se limitó a mirarle y devolverle una sonrisa como toda respuesta. Sabía que su tía habría preferido que Ellen fuera su hermano. Y sabía, porque lo había visto en los ojos de Nancy, que a la actriz no le había gustado la elección. A fin de cuentas Ellen era una novata y ella, Nancy Avalon, esperaba tener a su lado a alguien con

experiencia y caché.

Ellen, acostumbrada a vivir a la sombra y no recibir el crédito que merecía, no dijo nada y se dijo a sí misma que no le daría ninguna razón a Nancy para que intentara despedirla.

«Seré la mejor asistente que pueda soñar. Leal, eficiente, obediente y nunca adúladora».

Y Nancy lo intentó. Ellen lo notaba en la manera en que le hablaba, en cómo se dirigía a ella mientras que con el resto era natural y agradable. Pero Ellen no cejó en su empeño y cumplía con su trabajo de manera expeditiva. Tanto que Nancy no pudo tener motivos de queja, no al menos unos reales que pudiera esgrimir ante la tía de Ellen para exigir una nueva asistente.

De ahí hasta hoy.

La actitud de Nancy hacia ella no ha cambiado. Con todos los demás utiliza un tono correcto y amable, alejado del aire de diva que esgrime en los sets de rodaje; incluso con Ian ha suavizado el tono que mantuvo con él durante el primer día de esta hecatombe. Pero no con ella. Siempre que Nancy se gira para decirle algo a Ellen lo hace con desprecio, mirándola como si Ellen fuera el último mono del mundo, un ser tan abyecto y asqueroso al que no tocaría ni con un palo. A veces, de hecho, lo hace para exigir cosas tan estúpidas como «¿quieres pasarme esa puta manta de una vez?».

En más de una ocasión Ian se ha acercado a Ellen para decirle que la mande a la mierda.

—No puedes dejar que te hable así.

—Es mi trabajo —le responde siempre Ellen.

—Ya no —asegura él—. Estamos viviendo bajo tierra como mendigos y ella te utiliza como si fueras su esclava. Lo único que le falta es azotarte cuando cree que no lo haces como es debido.

Pero claro, Ian no lo entiende. Es el nombre de su tía, de la agencia que ella mantiene, el que está en juego. Y sobre todo, es la simple idea de saber que si fracasa tendrá que oír la famosa cantinela de «tu hermano lo habría hecho bien». Y Ellen sabe que si escucha esa frase se volverá loca.

También sabe que es muy probable que su tía esté muerta, así como su famoso hermano-bueno-para-todo y con ellos toda su familia. A fin de cuentas vivían en Los Ángeles y por lo que ha oído de boca de los demás las noticias que hablaban sobre Los Ángeles no eran nada halagüeñas.

A veces uno debe luchar por lo que cree aunque el resto del mundo o aquellos a los que se intentaba demostrar algo ya no estén aquí para verlo.

Así que Ellen Bell resiste y asiente cuando Nancy Avalon desgrana hacia ella una de sus órdenes cargadas de desprecio. Donde todos ven a una actriz que resulta ser una persona cercana y agradable, además de preciosa, ella ve un monstruo. Precioso, sí, pero un monstruo. Pero ella resiste.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta Ellen a Ian cuando este abre los ojos.

—Tengo sed —responde el chico—. Siento la boca pastosa.

—Te traeré agua.

—Gracias, Ellen.

Se levanta y se acerca a la esquina donde tienen amontonadas las botellas de agua. Coge una de las pequeñas, para que a él le resulte más manejable, y cuando está caminando de regreso escucha la voz de Nancy desde la otra esquina de la pared.

—Ya era hora de que te dieras cuenta de que tengo sed.

Ellen se detiene y mira a Ian, tendido en la cama y con los ojos febriles fijos en la pared. Apretando los dientes pasa de largo junto a él y le acerca la botella a Nancy. La actriz está sentada junto a Osney Martell, con su cabeza vendada y el único ojo mirando con curiosidad a Ellen, y coge la botella como si fuera una cucaracha en realidad. Luego da un largo trago y cuando termina se la ofrece a Osney.

—¿Te apetece? —le pregunta.

El hombre mira la botella con su único ojo y niega con la cabeza. De haber contenido *Whisky* habría aceptado sin dudar ni un segundo. Nancy se lo piensa un momento antes de devolverle la botella a Ellen. Lo hace sin mirarla a la cara, casi tirándosela. Y Ellen calla y regresa junto a Ian.

—¿Hasta cuándo vas a seguir soportándola? —le pregunta él con voz temblorosa.

—No tiene importancia —dice Ellen ayudándole a incorporarse—. Toma, bebe un poco.

Ian coge la botella y la apoya contra sus labios. Está mirando por encima del hombro de Ellen y ella sabe muy bien a quién. Ian no soporta a Nancy Avalon por la forma en que se comporta con ella, y por mucho que esta le diga que no pasa nada el chico no parece aceptarlo. A Ellen le resulta agradable que alguien la defienda de esa manera.

—Joder —murmura el chico.

Aparta las mantas que le cubren de un empujón brusco y se levanta a toda velocidad, tambaleándose y casi cayéndose al tropezar con sus propios pies. Ellen le observa salir a la carrera sujetándose el vientre con las dos manos. La botella de agua ha caído al suelo, a sus pies, y el agua que contenía se ha derramado formando un pequeño charco.

—Tu amigo tiene cagalera —exclama Nancy desde el camastro en el que está sentada junto a Osney.

Ellen decide que no responder es lo más sabio. De la misma manera en que los demás tampoco se meten en la conversación aunque les estén escuchando perfectamente. Al mirar hacia la cama que tiene enfrente ve que John Vernon aparta la mirada justo antes de que sus ojos puedan cruzarse. Sobre la cama que ocupa el policía, en la litera de en medio, está Zoran Zuchemberg. Al menos ese hombre no aparta la mirada, aunque Ellen lee en sus ojos lástima y preocupación.

Se pregunta si es por ella o por Ian.

Cuando gira la cabeza para mirar a Nancy la ve inclinada hacia Osney susurrando

algo al oído del hombre de la cabeza vendada. Él se echa a reír, aunque el sonido es como un cloqueo que a Ellen le resulta hasta molesto. Aprovechando que ninguno de ellos se está fijando en ella, Ellen se incorpora y sale del fumadero de opio.

Prefiere estar en el pasillo a solas que allí dentro teniendo que aguantar todo eso. Y sí, en ocasiones se dice a sí misma que no tiene por qué aguantarlo, que las cosas son tal y como dice Ian, que puede mandarla a tomar por culo y decirle que se meta sus aires de diva por donde le quepan... Pero después le puede el orgullo. Las ganas de demostrar, no tanto a su tía o a cualquier otro sino a sí misma...

«¿El qué?», se pregunta. «¿Qué es lo que estoy demostrando?».

La oscuridad del pasillo le resulta tranquilizadora, relajante de tan silenciosa. Se pregunta si su familia estará bien. Lo más probable es que todos estén muertos.

«Aunque también es probable que mi hermano esté vivo y liderando a un grupo de supervivientes para hacer frente a la amenaza y recuperar el control del país. Seguro que sí», piensa con ironía. «Si algún día salimos de esta alguien se me acercará y me dirá *felicidades por sobrevivir, pero joder, tu hermano lo hizo mucho mejor*».

Aquello hace que sonría. En la oscuridad, Ellen le encuentra gracia a la situación. Se da cuenta de lo estúpido que resulta todo, de la razón que tiene Ian cuando le dice que no tiene por qué soportar a Nancy Avalon, del enorme ridículo que está haciendo al seguir obedeciendo como si la esclavitud no se hubiera abolido años atrás.

Y se echa a reír. Allí, en el subsuelo de Portland, una chica llamada Ellen Bell ríe a carcajadas con inesperada alegría y atrae la atención de la mayoría de los topos que viven con ella, que salen a mirar y le preguntan qué ocurre, iluminando con sus linternas a su alrededor.

Ellen no es capaz de responderles. En parte porque no puede parar de reír, pero también porque no lo entenderían. Se da cuenta de que Nancy está mirándola con una mueca de disgusto en los ojos. Y eso le resulta hilarante. Sus carcajadas provocan que alguno de los otros sonría, contagiado por la felicidad extraña de ella. Kat, Chelsea, Zoran, Jorge y Cindy ríen también. Luego Kim y Chuck. Hasta John Vernon se permite el lujo de desfogarse un poco.

Sin querer, Ellen les llena de algo que todos ellos necesitaban aunque no lo supieran. Alegría.

6

Pero la mayoría de cosas en los túneles que discurren bajo la Ciudad de las rosas no tienen nada de divertido.

Si me acompañas y avanzamos hasta el día siguiente podremos ver a Kim sentada delante de Osney Martell y deshaciendo el vendaje que le cubre a él la cabeza, bajo la luz mortecina de una de las linternas a cuyas pilas le quedan, claramente, pocas horas

de vida.

Kim se mueve con delicadeza, poniendo especial cuidado al retirar el vendaje cuando pasa por el lado izquierdo de la cara de él. Osney mantiene su ojo derecho, el único que le queda, fijo en ella. Y sonrío y no se queja. Como paciente resulta un lujo.

—Hazlo sin miedo —le dice.

Kim sonrío y asiente, pero sigue poniendo cuidado cada vez que la venda cruza el lado izquierdo de su cara. La sonrisa desaparece de su rostro cuando el vendaje termina y deja a la vista la piel horadada por decenas de pequeñas cicatrices. Una pasta blancuzca y resinosa rezuma de alguna de ellas y ha empapado la venda. El olor es agrio, como a manzanas podridas, pero Kim se esfuerza en no dejar que su rostro trasluzca sus impresiones.

—¿Y bien? ¿Crees que ganaré el próximo concurso de Mister Universo?

—¿Eso existe? —pregunta ella con una sonrisa.

El rostro de él resulta intimidante. Está dividido de forma vertical y mientras que la parte derecha es normal, la izquierda está totalmente desfigurada. Donde debería haber un ojo lo único que queda es un agujero hinchado y de aspecto repulsivo, como si el párpado hubiera sido dibujado por Dalí y de la misma manera que sus famosos relojes estuviera derritiéndose hacia abajo. El color blancuzco de algunas de las heridas no acompaña a mejorar su imagen.

—¿Me concederán muchos bailes en la próxima fiesta a la que vaya? —pregunta entonces él.

Kim suelta una carcajada, sorprendida por el imprevisto buen humor del hombre que aguanta impasible sentado delante de ella.

—Yo bailaré contigo —le dice, con un guiño que pretende ser amistoso.

Kim pasa los siguientes diez minutos lavándole la cara con cuidado, usando agua de una de las botellas, procurando no hacerle daño y disculpándose cada vez que él arruga la frente cuando ella toca alguna parte más sensible de su cara. Él le dice que no se preocupe y que haga lo que tenga que hacer, pero Kim pasa un mal rato sabiendo que le está haciendo daño al limpiarle. Cuando terminan, ella vuelve a vendarle y él se despide dándole las gracias y regresando al interior del fumadero.

Más tarde, ese mismo día, Kim lleva aparte a Zoran y a Chuck y les cuenta lo que ha visto al quitarle el vendaje a Osney.

—Es como pus pero huele peor. Y es muy viscoso —les dice, preocupada—. Necesita alguien que sepa lo que hace, que pueda tratarle en condiciones de higiene. Yo no soy médico, solo intento hacer lo mejor pero es insuficiente...

A Kim se le quiebra la voz mientras habla con ellos y Chuck le apoya la mano en el hombro con suavidad. Zoran menea la cabeza y suspira con resignación.

—No es culpa tuya —susurra Chuck—, todos sabemos que te esfuerzas... y ya es mucho. Si tuviéramos una manera de hacerle llegar a un médico o a un hospital...

—Se le está infectando —declara ella levantando la vista y alternando entre uno y

otro—. Y me preocupa el ojo.

Los dos hombres asienten. Sobre ellos se cierne la sombra de la impotencia.

7

Los días y las noches transcurren en el subsuelo de Portland sin que ellos perciban ningún cambio lumínico. Apenas tienen sus relojes para saber qué hora es en cada momento y poder calcular el paso del tiempo. Durante los primeros días, Zoran les explicó a todos que sería positivo seguir unas rutinas de sueño, intentar mantener en la medida de lo posible el orden lógico de dormir durante la noche y despertar cuando llegara la mañana. Algunos de ellos estuvieron de acuerdo con él pero obviamente, no todos. John Vernon, sin ir más lejos, optó por la actitud que podría haberse esperado de él:

—¡Menuda chorrada! —exclamó después de soltar una risotada—. ¿Qué cojones más dará a la hora que me despierte si aquí abajo no hay nada que hacer más que rascarnos los huevos?

Si cualquier otro de los presentes hubiera dicho aquello Zoran habría intentado convencerle de lo contrario, pero al ser John Vernon, Zoran se encogió de hombros y le dejó creer lo que quisiera. La mayoría de los presentes, sin embargo, sí estuvieron de acuerdo con él y se propusieron mantener unos horarios definidos. Se acostaban entre las doce y la una de la noche y despertaban como muy tarde a las diez de la mañana. La oscuridad no invitaba a levantarse, eso era cierto, pero ellos pensaban que dejarse llevar por el decaimiento y el sopor no les conduciría a nada bueno.

La cúpula pensaba así.

John tenía sus propios horarios, pero no era el único. Dexter Hill pasaba la mayor parte de las horas tumbado en uno de los camastros, mirando al infinito con el pulgar en la boca. Kim, Chelsea y Jorge habían intentado levantarlo y animarlo en alguna ocasión, pero dado que el chico se resistía a ser ayudado y solo se levantaba para comer o ir al baño, dejaron de intentarlo.

—La mayor parte del tiempo no sé si está dormido o despierto —dijo Jorge una vez con gesto cargado de resignación—. Podría estar muerto en su litera y tampoco me habría enterado.

A Cindy ese comentario le pareció digno de darle a su prometido un puñetazo en el hombro. Cariñoso, pero puñetazo al fin y al cabo.

Y luego estaban Nancy y Osney, con toda probabilidad la pareja más extraña que podría haberse formado dentro del grupo que formaban los trece topos. Entre la bella y la bestia (por aquello de tener medio rostro desfigurado y sin ánimo de resultar ofensivo) se había establecido una relación de amistad y colegao lo suficientemente curiosa como para llamar la atención. Cuando les preguntaron si querían que les despertaran como los demás cada día, ambos negaron con la cabeza al mismo tiempo.

Eso les resultó gracioso y se echaron a reír, los dos, con esa clase de conexión entre extraños que resulta chocante.

—No estoy acostumbrada a dormirme antes de las cuatro o cinco de la madrugada, cariño —le dijo Nancy a Kat—. Y jamás me levanto antes de las doce de la mañana a menos que sea porque me toca rodar pronto. Cosa que detesto, por cierto.

Ellen Bell podría haber confirmado que el mal humor de Nancy por las mañanas era antológico.

—A mí me pasa lo mismo —aseguró Osney, aunque sus razones para mantener ese ritmo de vida fueran distintas que las de la actriz.

—Somos como almas gemelas —añadió Nancy, guiñándole un ojo a Osney.

Así que, por las noches, de los trece topos nueve se acostaban cuando creían que era una hora prudencial y se despertaban antes de que el reloj marcara las diez. Nadie sabía si Dexter seguía algún tipo de rutina pero todos tenían claro que Osney, Nancy y John tenían más de una conversación intrascendente por las noches (no ocultaban sus risas por muy molestas que resultaran y en ocasiones despertaban a alguno de ellos que tenía que taparse los oídos para intentar dormir de nuevo) y dormían por las mañanas mientras el resto empezaba a moverse por los túneles cercanos tratando de combatir la rutina.

Ah, claro, se me olvidaba Ian. Desde que ha enfermado (sea Moctezuma o no el que esté detrás de su diarrea) tampoco puede decirse que se acerque a ninguna de las rutinas. Dormita durante todo el día, habla con quien se acerca a su camastro a hacerle compañía cuando está despierto, y corre agarrándose el estómago cada vez que siente la urgencia de ir al baño. Y en todas y cada una de esas carreras reza por que le dé tiempo a llegar.

De nueve topos afines, quedan por tanto ocho. Pero esta noche, puede que Nancy, Osney y John no se den cuenta (Dexter seguro que no lo hace), tan solo siete de ellos se tumban a dormir. Jorge se queda sentado en su camastro, dándole la mano a Cindy y acariciándole el rostro con la otra hasta que se queda dormida. La oscuridad ayuda a que no se fijen en él, claro. Y le cuesta seguir despierto pero puedes verle luchar. A veces parece que los párpados se le van a cerrar, la cabeza empieza a inclinarse hacia delante, y entonces la sacude y abre y cierra los ojos con fuerza, tratando de concentrarse en mantenerse despierto.

A las cinco de la mañana, medio dormido y agotado, se acerca a Zoran y le despierta con suavidad. Entonces Jorge se va a dormir y es Zoran el que se incorpora, tratando de no hacer ruido, para seguir con la vigilancia.

Porque eso es lo que es. Resulta evidente que lo es. Estoy seguro de que piensas como yo.

Para entenderlo tendríamos que retroceder unas horas en el tiempo, hasta las ocho de la tarde, hora en que los miembros de la cúpula, excepto Ian, se reunieron para que Kim pudiera contarles a todos lo que había visto bajo el vendaje de Osney.

—La pregunta —aclara Chuck—, es si debería preocuparnos el hecho de que esa

infección avance y el cuerpo de Osney no pueda resistirlo.

—Parece que está hecho un toro, ¿no? —pregunta Jorge.

—Ahora sí, pero... A ver, haré la pregunta de otra forma. Si por la razón que fuera Osney, o cualquier otro, muriera durante la noche, y digo durante la noche porque es cuando todos estamos durmiendo y no nos daríamos cuenta, ¿se levantaría de nuevo transformado en una de esas cosas?

De repente, a todos les parece que esa pregunta cobra mucha importancia. Chelsea expresa su preocupación tapándose la boca con una mano y suspirando tras la barrera que le supone. Los demás se miran incómodos.

—A ver... —Jorge se rasca la mejilla, pensativo—. No podemos aplicar las mismas reglas que en una película o en un libro porque esto no es ficción, esto es la vida real por muy jodido que resulte pensar en muertos que se levantan y se convierten en putos psicópatas caníbales... pero yo he visto películas donde los zombis son solo aquellos que son contagiados con un mordisco o contacto de la sangre... Y también he visto películas donde cualquier muerto se levanta del suelo, incluso los que llevan años enterrados y salen de bajo tierra.

—Joder —murmura Chelsea.

—Tenemos que pensar que a cualquiera podría pasarle algo —murmura Zoran, expresando en voz alta algo que a todos les da miedo mencionar.

—Vamos a tener que hacer guardias —confirma Kim, con el tono de voz de a quien no le gusta lo que está diciendo—. Nosotros cinco —dice mirando de uno en uno a Chuck, Zoran, Chelsea, Jorge e incluyéndose a sí misma; por último se centra en Cindy, medio oculta detrás del brazo de Jorge, con la gorra de los Red Sox calada en la cabeza y la visera hacia atrás—. ¿Podemos contar contigo, Cindy?

—Supongo que sí —dice encogiéndose de hombros.

—Podemos decírselo a Kat —propone Chelsea—. Sabes que va a estar de acuerdo. De hecho, no sé por qué no participa en estas reuniones.

Kim se encoge de hombros; lo cierto es que ella tampoco lo sabe, porque Kat suele mostrarse siempre muy cercana tanto con ella como con Chelsea. «Cosas que ocurren», supone.

—Díselo —decide Kim, y luego mira a Chuck—. ¿Y Ellen? ¿Creéis que se uniría? Ella sigue nuestros horarios y suele hacernos caso siempre...

—Pero también está muy apegada a Nancy —replica Chuck—. Yo la dejaría fuera.

—De acuerdo. Pues nosotros seis y Kat. Tendremos que hacer turnos.

—Yo puedo hacer el primero —dice Jorge—. No me importa.

—Yo haré el segundo —añade Zoran.

He ahí el porqué de la vigilancia nocturna.

Dos días después la situación vuelve a ser insostenible y se están quedando sin comida. Deciden, después de darle muchas vueltas, que van a tener que salir al exterior y que lo mejor es que lo hagan en un grupo reducido. John, Zoran, Kim, Chuck y Jorge son los seleccionados. Antes de que se marchen, desde el camastro donde pasa las horas tumbado entre apretones y carreras al baño, Ian les desea suerte y les asegura que le gustaría ir con ellos.

—Tú, ocúpate de mejorarte —le responde Zoran con un guiño.

Cindy aguanta estoica las ganas de romper a llorar que siente. Le suplica cientos de veces a Jorge que no lo haga, que deje que vayan los otros, le dice que no podría superarlo si a él le pasara algo.

—Tengo que hacerlo, mi vida —le responde él cuando están a punto de marcharse—. Si todos nos quedáramos sin hacer nada acabaríamos muriendo de hambre.

—¡Pero ya hay cuatro personas que van a ir! —exclama ella, angustiada—. ¡No necesitan que vayas! Te lo estoy pidiendo por favor, Jorge...

Él se queda mirándola y sonrío. Es el típico gesto que Jorge hace cuando ella hace algo que a él le resulta entrañable. Luego le acaricia la cara con las dos manos y le da un beso suave en los labios.

—Te prometo que volveré —asegura él—. Si veo peligro saldré pitando de ahí pase lo que pase, ¿de acuerdo? No me va a pasar nada.

Y ella acepta porque ¿qué otra cosa puede hacer?

Y le ve marcharse y siente que su corazón comienza a acelerarse, al igual que el ritmo de su respiración, y teme que esté a punto de darle un ataque de histeria. Un par de lágrimas resbalan por su mejilla y se da la vuelta para no seguir mirando la puerta por la que los cinco expedicionarios han desaparecido. Sabe que va a estar atenta a cualquier movimiento, a cualquier sonido por lejano que resulte, hasta que vuelvan.

Si es que vuelven.

—Tendrán cuidado —le dice una voz a su derecha—. Volverán.

Cindy descubre a Kat a su lado. Chelsea también está allí, y Ellen. En cierto modo agradece el ánimo que intentan infundirle, pero por otro lado le resulta dolorosa la compasión.

—Estarán bien —insiste Kat—. Ya lo verás.

—No me gusta que vaya a estas cosas —responde Cindy, obstinada—. La otra vez, cuando el restaurante, ya estuvieron a punto de que les atraparan. Y no me gusta que vaya con ese policía... —El tono de Cindy se vuelve duro y hosco—. No me gusta John.

—A poca gente le gusta John —asegura Kat, bajando el tono de voz.

Eso no soluciona nada para Cindy, que sigue sintiendo cómo la angustia la corroe por dentro. Si te fijas, tienen todas el pelo tan sucio que ha empezado a apelmazarse y formar grumos. Al principio las chicas se quejaban por ello, sobre todo Nancy Avalon, pero ha llegado un momento en que hasta eso les resulta normal. El pelo de

Kat, rubio y corto, parece como si hubiera empezado a formar rastas.

—Nos apuntó con la pistola durante la primera noche —les cuenta Cindy, bajando también la voz—. Está loco.

Kat abre la boca para decir algo, pero entonces Nancy se acerca con cuatro pasos largos y muy marcados, claramente con la intención de llamar la atención. Las cuatro chicas se giran hacia ella pero es a Ellen a la única a la que Nancy mira.

—¿Te importaría venir? Te estoy haciendo gestos y ni siquiera estás atenta.

—Perdona —responde Ellen.

Por un momento nos da la impresión de que vaya a responder, tal vez a cagarse en la puta madre de Nancy Avalon. Incomprensiblemente, porque que me aspen si lo entiendo, Ellen agacha la cabeza y sigue a Nancy de regreso al camastro en el que suele sentarse a charlar con Osney Martell. Después, Kat ha perdido el hilo de lo que iba a decir y Cindy tiene ganas de tumbarse y tratar de no pensar en nada. Cada una de ellas se va por un lado y Chelsea se queda a solas en medio.

Tardan horas en regresar, pero los cinco expedicionarios vuelven intactos, sudorosos y agotados. Hay alegría en los gritos de Cindy cuando se abraza a Jorge y le da un sonoro beso en la mejilla. Hay regocijo entre todos los demás y, si te limitaras a echar un vistazo general, probablemente esa es la sensación con la que te quedarías. Pero mira, ven y observa la mirada cargada de preocupación que se esconde en los ojos de Kim.

Supongo que eso te hará preguntarte por los resultados de la expedición.

9

Esa noche, es Kat quien está de guardia vigilando en silencio mientras todos los demás duermen, cuando Kim se incorpora y hace que Kat se sobresalte y esté a punto de lanzar un grito.

—Joder, qué susto me has dado —susurra, aún con la mano en el pecho—. ¿Qué te pasa?

—Nada —responde Kim.

«De todo», piensa.

Se pone en pie sin hacer ruido. Chuck duerme en el camastro situado justo encima al suyo. Basta que Kim le sacuda con suavidad moviéndole el hombro para que el hombretón abra los ojos y parpadee tratando de ajustarse a la oscuridad reinante. Al ver que es Kim quien le mira, siente un cosquilleo en el pecho.

—Perdona por haberte despertado —murmura ella—. Quiero hablar contigo un momento. Fuera de aquí —recalca.

Hay una impronta de urgencia en la voz de ella, por lo que Chuck tarda menos de diez segundos en salir de la cama y ponerse en pie, completamente despejado. Ambos salen del fumadero y se alejan por el túnel hasta otra estancia cercana. En la

oscuridad no es posible verlo, pero el techo es de ladrillo y de él cuelgan varias bombillas que no funcionan ya.

—Bueno, dime...

Kim va a hablar pero se percata de que Kat les ha seguido.

—Quiero saber qué pasa —dice la joven, acercándose a ellos—. Y no me digáis que no pasa nada porque nadie sale a hurtadillas en mitad de la noche cuando todos están dormidos a menos que pase algo o vayan a enro... —Kat abre la boca y se queda mirándoles—. Ay, Dios... Tenéis un lío y estoy aquí jodiéndolo todo...

Tendrás que fiarte de mí cuando te digo que las mejillas de Chuck enrojecen como si fueran dos semáforos que impidieran el paso de los coches. La oscuridad le mantiene a salvo de miradas interrogantes y él mismo da gracias por esos pequeños favores.

—No estamos liados —responde Kim.

Y Chuck se pregunta si no ha sido una respuesta demasiado categórica. Con pesar, con un pinchazo de dolor en su autoestima.

—Oh, Dios, entonces... Entonces pasa algo.

—No es que pase algo —contesta Kim—, es que necesito hablar con Chuck sobre... algo que me preocupa. Pero no me importa que te quedes, Kat. Confío en ti.

—Oh —alcanza a murmurar la chica—. Gracias.

—Bueno, ¿qué es? —pregunta Chuck, mirando a Kim y tratando de vislumbrar sus hermosos y profundos ojos azules en medio de la negrura.

—Hoy hemos corrido mucho riesgo, Chuck —dice ella—. Han estado a punto de cazarnos, otra vez. ¿Y para qué? Apenas hemos traído comida para un par de días.

—Somos muchos y hay que actuar demasiado rápido como para poder permitirnos coger muchas provisiones —dice él, encogiéndose de hombros.

—Esa es una de las cosas que me preocupa —asegura Kim con resignación—. Somos muchos, y algunos son un peso muerto. Quiero decir... no me gusta pensar así, sabéis que no, pero Dexter, Osney o Nancy... no hacen nada por ayudar. Ellen puede que esté de nuestra parte pero está demasiado atada a Nancy como para hacer algo...

—Ya... —El tono de Chuck implica que está de acuerdo con ella.

—Yo tampoco he hecho nada hasta ahora —les interrumpe Kat, sintiéndose culpable—. Pero puedo ir la próxima vez, yo estoy dispuesta... —Habla acelerada, como siempre ha sido en su vida, al menos desde que le diagnosticaron ese problema cardíaco que dio al traste con sus esperanzas de vivir una vida larga, normal y cómoda—. Quiero decir... Bueno, me cago de miedo solo de pensarlo, pero yo voy si hace falta...

—No es eso lo que quiero decir —la interrumpe Kim—, y desde luego no eres tú una parte del problema. A donde voy con todo esto es que estas salidas en busca de provisiones deberían ser algo esporádico y van camino de convertirse en algo regular y espaciado por demasiado poco tiempo. Y en una de esas salidas, si las cosas van

como fueron hoy, acabará pasando algo. Alguien se descuidará, alguien cometerá un error, o ellos nos sorprenderán y alguien morirá. No quiero que muera nadie.

Kat y Chuck escuchan en silencio, sobrecogidos. Él se dice a sí mismo que de no estar Kat delante daría un paso adelante y rodearía con sus brazos a Kim. Sabe que es un pensamiento y que lo más seguro es que se muriera de vergüenza y acabara no haciéndolo, pero le resulta reconfortante pensar que ella podría agradecerlo y apoyar su cabeza en el hombro de él.

—La ciudad está llena de esos monstruos —declara Kim al final—. Ahí es a donde quiero ir a parar.

—¿Quieres que intentemos salir? —pregunta Chuck, intentando no sonar como si estuviera cuestionando la cordura de ella.

—Creo que es lo mejor —responde—. Alejarnos de las zonas con mayor densidad de población podría darnos una oportunidad. Correremos riesgo, seguro, pero también lo corremos aquí.

Chuck se pasa las manos por la cabeza. No se acostumbra al tacto grasiento de su pelo.

—Joder, es un riesgo importante —murmura.

—Estamos malviviendo como ratas aquí abajo —dice ella—. Y ya has visto cómo ha sido hoy. Hay demasiados muertos en las calles como para que podamos pensar que nuestras expediciones serán seguras...

—A mí me parece que tiene lógica lo que dice —susurra Kat.

Chuck piensa en ello un momento, sopesando la idea.

—La tiene —acaba diciendo—. Pero es posible que alguno de ellos —y señala hacia donde se encuentra el fumadero de opio— no quiera venir.

—Pues que se queden —replica Kim en un tono que no admite discusiones—. Antes me responsabilizaba por todos, pero no puedo permitirme hacer eso. Porque de verdad creo que si nos quedamos aquí acabaremos muriendo. Y sí, es posible que ahí fuera también, pero al menos tendremos una oportunidad. O será nuestra lucha.

Chuck resopla y asiente.

—Me parece una buena idea.

10

—¿Pero qué puta mierda de idea es esa? —pregunta John elevando la voz y llevándose las manos a la cabeza.

Las linternas están encendidas e iluminando hacia arriba, lo que inunda el fumadero de opio de un aspecto espectral y fantasmagórico, pero al menos les permite verse las caras mientras hablan. La mayoría de ellos está de pie entre las dos hileras de camas. Ian observa la conversación tumbado y encogido, con las dos manos apoyadas en su estómago. Dexter está sentado en su camastro, con las piernas

colgando y una expresión ausente en la cara.

—John —dice Chuck en tono cordial, tratando de relajar el ambiente. Después de que hayan explicado la situación y la preocupación de Kim al grupo todos han empezado a hablar a la vez y las voces de apoyo, duda y miedo se han mezclado hasta que John ha gritado—, tú has estado con nosotros las dos veces que hemos ido en busca de comida. Las dos hemos estado cerca de morir.

Aunque la expresión de superioridad de John es importante e interesante, conviene que miremos un momento hacia Cindy. Después de escuchar lo que acaba de decir Chuck, se gira para mirar a Jorge con gesto reprobatorio.

—Me dijiste que fue coser y cantar —susurra, entre cabreada y atemorizada—. Me dijiste que no estuvisteis en peligro.

—Chsss...

—Jorge...

Pero Jorge se lleva el dedo índice a los labios, en parte porque no quiere discutir allí con Cindy (y es verdad que le mintió pero lo hizo para que no se preocupara) y en parte porque está atento y mirando hacia John, que ahora separa los labios en una mueca desagradable y mezquina.

—¿Vamos a echar a correr y salir de la ciudad? ¿Cómo coño vamos a hacer eso sin que nos persigan igual que nos persiguieron cuando el objetivo era meternos en esta mierda de túnel?

—Esta mierda de túnel nos ha mantenido vivos —le recuerda Chuck, procurando no dejarse ofender.

—¿De quién ha sido esta mierda de idea? —brama John, ignorando al rey del subsuelo y mirando hacia Kim—. ¿Tuya? No creas que no me he dado cuenta de la forma en que conspiras, todo el rato susurrando al oído de estos dos —señala a Chuck y a Zoran—. Pero luego bien que vienes a sonreírme a mí para que sea yo quien encabece las expediciones, ¿eh?

Observa la actitud altiva y agresiva de John, la forma en que da un paso hacia delante mientras habla con Kim, y luego contempla cómo Chuck da un paso lateral colocándose delante de ella y cortando la línea visual de John, que levanta la mirada hacia él, despectivo. Chuck es grande, casi una cabeza más alto que cualquiera de los que están allí dentro. Recordarás, de hecho, que él mismo ha contado que muchos de los clientes del peculiar recorrido al subsuelo de la ciudad le preguntaban cómo era posible que trabajase allí. Y todos reían al verle rozar con la coronilla los techos arqueados de muchos túneles. Era parte del negocio.

—Baja el tono, ¿quieres?

De repente, ya no hay cordialidad en la voz de Chuck, solo un tono frío y amenazante, la clase de tono de un hombre buscando pelea en un bar.

Estúpido o muy seguro de sí mismo, John no se achanta y mantiene su mueca mezquina en los labios.

—La princesa tiene un caballero andante.

—Creemos que aquí tenemos los días contados —dice Chuck dirigiéndose al resto e ignorando a John.

Harías bien en no ignorarle tú también. Si observas su mano derecha verás que el pulgar acaricia ya la culata de su arma reglamentaria. Y que su brazo entero está en tensión, a la espera de decidir si desenfundar o no. A la espera de un movimiento por parte de Chuck que a él le resulte intimidante.

Para John será un placer borrar la expresión de superioridad moral que ha aparecido en los labios de Chuck cuando le ha dicho que baje el tono. Por dentro, Vernon bulle de rabia. El gigante se ha unido a Zeta y al chico hispano, sí, pero de repente le parece que todo tiene que ver con la mujer delgada de los ojos azules.

John ha conocido a muchas brujas a lo largo de su vida. Más hijas de puta intrigantes de las que puede contar con la mano.

—Creemos que podemos tener una oportunidad si salimos de la ciudad —continúa Chuck—. Y solo queríamos transmitir que es nuestra intención marcharnos. No queremos obligaros a seguirnos pero si lo hacéis, seréis bienvenidos. Simplemente eso.

John resopla con tono burlón y Chuck le mira, gélido y despectivo. Los dos hombres mantienen un duelo visual que dura unos segundos antes de que alguien rompa el tenso silencio.

—¿Quiénes? —pregunta Nancy Avalon—. ¿Quiénes habéis decidido eso y quiénes sois los que os vais a marchar?

—Kim, Kat y yo —responde Chuck—. Lo estuvimos hablando esta madrugada.

—Yo voy con vosotros —dice Chelsea al instante.

—Y nosotros —añade Jorge.

—¿Qué? —la voz de Cindy corta el viento como una afilada cuchilla. Mira a Jorge con los ojos abiertos por el terror—. ¿Qué dices? No vamos a salir ahí fuera...

—Cindy, escúchame...

—No —la voz de ella es tajante—. No y no.

—Cindy...

—Jorge, no quiero salir de aquí. Y no quiero que salgas tú tampoco.

Jorge respira hondo, tratando de contenerse, y mira hacia Chuck avergonzado, como disculpándose. Luego vuelve a mirar a Cindy y baja la voz.

—Cariño, ¿podemos salir de aquí a hablar de esto?

Cindy se encoge de hombros. Sus ojos están ensombrecidos por el pánico y su expresión es firme, pero cuando él tira de ella con suavidad, Cindy le sigue. Un momento después, la oscuridad que hay tras la puerta del fumadero se los traga.

—Yo quiero ir —dice entonces Ian, levantando la mano como un alumno en una clase—. Pero estoy jodido de fuerzas.

—Ya arreglaremos eso —dice Chuck.

—Contad conmigo —dice Zoran acercándose a Chuck y Kim.

—¿Por qué será que no me extraña una mierda? —murmura John soltando una

risotada.

—A mí me parece que tienen razón —dice entonces Osney Martell—. Además, si voy a morir quiero volver a ver la luz del sol antes. Aunque solo sea con un ojo.

Intenta sonreír después de decir eso pero nadie le acompaña.

—Nosotras también vamos —dice Nancy, y le da a Ellen una palmada en la espada que no tiene nada de amistoso.

La mirada de Ellen deja a la vista sus dudas y una importante carga de miedo. Pero guarda silencio y mira hacia Ian.

John está mirando al suelo cuando Chuck vuelve a hablar, dirigiéndose a él.

—Parece que te quedas solo.

—Yo no he dicho que me vaya a quedar —replica John, tal vez demasiado rápido como para resultar sincero—, solo que me parece una mierda de idea. El que parece que se queda es el camello. —John señala hacia Dexter—. El matahermanas.

El chico acusa el golpe con un leve temblor de ojos. Sin decir nada, ni a favor ni en contra ni todo lo contrario, se gira y vuelve a tumbarse en su camastro. Nadie lo ve, pero nosotros podemos observar que sus ojos se empañan de lágrimas que caen en absoluto silencio. Y mientras, Chuck se gira hacia John con evidente desagrado.

—¿Naciste sin sutileza, colega?

John levanta la mano y señala hacia Chuck. Su otra mano agarra la culata del arma y la levanta unos centímetros de su funda.

—Yo me pensaría muy mucho lo que vas a hacer y decir a continuación... colega.

—¿Vas a amenazar con dispararnos cada vez que digamos algo que no te gusta? —pregunta Chuck, ignorando la mano de Kim que le agarra el antebrazo pidiéndole calma, al igual que la de Zoran en el hombro.

—Es posible —contesta John con una enorme sonrisa que no tendría nada que envidiar a las de Tom Ridgewick, allá en San Mateo.

Chuck aguanta la mirada del policía unos segundos antes de dejarse arrastrar al terreno de la calma. Zoran le da una palmada amistosa en el hombro y Kim le mira y asiente, indicándole en silencio que ha hecho lo correcto. Para Chuck, ese sencillo gesto vale mucho más que cualquier otra cosa.

—¿Se puede saber cómo lo vamos a hacer? —pregunta Ellen entonces—. Porque yo no pudo correr más que esas cosas... y no creo ser la única.

—Me uno a esa pregunta —dice Ian con gesto apesadumbrado.

—He estado dándole vueltas a todo esto —dice Chuck—. Y tengo un plan.

11

Trece topos caminan guiados por la luz cada vez más débil de cinco linternas, guiados por el rey del subsuelo a través de túneles y estancias excavadas siglos atrás bajo la ciudad de Portland; túneles que fueron utilizados por contrabandistas y

secuestradores.

Hasta el momento han tenido que detenerse dos veces para permitir que Ian se aleje del grupo, presa de retortijones. Después de cada una de sus breves escapadas el chico ha regresado junto al grupo con un aspecto a caballo entre la extenuación y el alivio. John Vernon se atreve a comentar lo patético que resulta estar parando a cada rato para que alguien se vaya a cagar. Luego se ha echado a reír.

—Ya suplicarás que todos hagamos lo mismo el día que seas tú —murmura Zoran, aunque tan solo quienes se encuentran a su lado le escuchan. Kat tiene que ocultar la sonrisa que le aparece en los labios dándose la vuelta para mirar en dirección contraria.

Dexter Hill también camina con ellos. Antes, mientras todos preparaban las cosas con las que cargarían cuando salieran del fumadero de opio (en esencia el agua, la comida y las mantas), Kim se acercó al camastro donde el chico había pasado la mayor parte del tiempo desde que estaban bajo tierra.

—Dex... soy Kim —le había susurrado, al tiempo que colocaba una mano en su espalda con gesto cariñoso—. Sé que estás triste, sé que no quieres ni escuchar las idioteces que dice John, pero no puedes quedarte aquí. Todos nos vamos a ir y tienes que venir con nosotros.

Mientras hablaba, Kim recordaba que durante la madrugada le había dicho a Chuck que ya no podía permitirse sentirse responsable de todos los demás. Y sin embargo allí estaba, intentando convencer a Dexter y fracasando. O al menos esa fue su impresión al no escuchar respuesta por parte del chico.

Sin embargo, cuando más tarde se pusieron en marcha, Dexter también se levantó del camastro y se unió a ellos, sin decir nada, con la mirada perdida al frente, como un fantasma, o como alguien que lucha contra sus propios tormentos.

—Cerca de la estación de autobuses hay dos esclusas —explica Chuck mientras camina—. Creo que es el mejor medio de transporte que vamos a encontrar, pero vamos a necesitar las llaves. Una de las esclusas queda en la calle principal. Alguien va a tener que ejercer de cebo y llamar la atención para vaciar la estación de esas criaturas. La otra esclusa está en la parte trasera de la estación, junto al callejón de salida de los buses. Desde ahí podemos acceder a las oficinas y coger unas llaves.

—¿Crees que funcionará? —pregunta Kat, asustada.

—Eso espero —responde Chuck, que alberga dudas pero está convencido de que es lo mejor que pueden hacer.

—¿Y quién coño va a ser el cebo? —pregunta John entonces. En su rostro puedes contemplar que se mantiene esa mueca cicatera.

«Tú», desea responder Chuck, pero se muerde el labio para no decirlo en voz alta. Luego, con un deje divertido, se dice a sí mismo: «aunque es probable que ni los muertos quieran acercarse a ti».

—Lo haré yo.

Todos se giran para mirar hacia atrás. Cerca de la cola del grupo, Osney Martell

ha levantado una mano y sonríe con la mitad del rostro que queda a la vista. Nancy Avalon, que camina a su lado, le mira con curiosidad.

— Y a por las llaves? —pregunta el policía, meneando la cabeza.

—Zoran y yo —responde Chuck.

12

Es por la tarde aunque aún faltan al menos un par de horas para que el sol se ponga cuando Osney sale al exterior y la trampilla se cierra a su espalda. Nunca ha tenido tanto miedo como en ese momento, jams en su vida. Mira alrededor y se da cuenta de que la calle parece el escenario de una batalla postapocal ptica. Hay varios coches cruzados, puertas abiertas, cientos de objetos en el suelo que se mezclan con manchas de sangre resacas. También hay algunos cuerpos tirados en el suelo, de los que jams volverán a levantarse, pero la mayoría están de pie y ahora están girando sus cabezas hacia él.

Sus piernas flaquean y por un abrumador instante, Osney piensa que va a caer al suelo y su misión va a terminar antes incluso de comenzar. Luego los muertos empiezan a rugir y a correr... y Osney grita. Despavorido, se da la vuelta y corre hacia una furgoneta aparcada a un lado de la calle. Desde el frente también hay muertos corriendo en su dirección. Le impresiona lo rápido que se mueven, la desesperación con la que avanzan hacia él, las bocas abiertas en un rictus hambriento, las heridas que les han hecho morir a la vista.

Osney se apoya en el capó de la furgoneta y salta. Sus pies resbalan y su cuerpo se estrella contra el parabrisas. Los alaridos suenan cada vez más cerca mientras él intenta ponerse en pie de nuevo y alcanzar el techo de la furgoneta. Una mano grisácea a la que le faltan dos dedos se estira hacia él y roza el bajo de su pantal n cuando finalmente consigue erguirse y saltar hacia el techo. El muerto gru ne desesperado y alarga los brazos hacia él, intentando subirse al capó para alcanzarle.

Osney da gracias a Dios por la torpeza con la que ha contrarrestado la velocidad de esas criaturas.

Luego mira hacia el edificio que se alza a manzana y media a su izquierda. El enorme letrero azul que anuncia que se trata de la estación de autobuses resulta ominoso. La marabunta de muertos que corren desde all  en su dirección resulta abrumadora.

De repente se pregunta cómo demonios van a sacarle de ahí.

Casi un centenar de criaturas rodea ya la furgoneta y esta se mece a merced de sus golpes, obligando a Osney a arrodillarse y apoyar una mano en el techo para guardar el equilibrio. Los rugidos rabiosos de los muertos le taladran los oídos como el estrépito furioso de los fanáticos de un equipo de *rugby* en el estadio.

Se pregunta si lograrán que la furgoneta vuelque, derribándole en el proceso. Se

pregunta qué sentirá cuando hundan sus dedos en su vientre para sacarle los intestinos y comérselos.

Más y más zombis siguen llegando y uniéndose a los que ya le rodean. Desde todas direcciones, mirándole con sus ojos sin vida, enseñándole sus bocas putrefactas y hediondas.

—Vamos, chicos —murmura, lanzando una mirada nerviosa hacia la estación de autobuses.

Para entonces la furgoneta ya se balancea como un mal equilibrista en la cuerda floja y Osney mantiene todos sus músculos en tensión intentando no perder el equilibrio. Los golpes en la carrocería se añaden a los bufidos, gritos y bramidos de los seres sin vida.

«Mataría por una copa», piensa.

La masa de muertos que rodea la furgoneta ocupa ya el ancho de la calle. Desde todas direcciones siguen acercándose más y más muertos, pegándose y empujándose en vanos intentos por avanzar y situarse más cerca de él.

Empieza a darse cuenta de que hacer de cebo es una misión suicida.

Si eso entristece a Osney, o le cabrea de alguna manera, no lo demuestra.

Luchando por no caerse, se levanta y estira los brazos hacia ambos lados, arengando a las huestes de muertos vivientes que le rodean.

—¡Vamos, hijos de puta! —grita. Los músculos de su cuello se tensan y abre la boca con furia, emulando a Gerald Butler al asegurarle al emisario enemigo que aquello era Esparta—. ¡Vamos, venid a mí hijos de puta! ¡Venid a por mí, cabrones de mierda!

Y sigue pensando en echarse al gaznate un buen trago de *whisky*.

13

Si rodeamos el edificio que corresponde a la estación de autobuses veremos que en el lado opuesto se extiende la planicie que es la cochera y al otro extremo del edificio hay una calle estrecha hace las veces de salida de los autobuses y que ha sufrido también los efectos de una batalla campal callejera.

Si te fijas, verás que la tienda de aquella esquina tiene el escaparate roto en mil pedazos y varios maniqués yacen en el suelo como cadáveres. Un grupo de supervivientes de la primera oleada intentó resistir allí dentro, manteniéndose ocultos de los muertos, pero terminaron por localizarles. Cientos de puños golpeando el cristal del escaparate terminaron por agrietarlo. Dentro, los vivos asistieron entre gritos de miedo y desesperación al lento avance de las grietas en el cristal. Fueron horas de manos muertas estrellándose sin pausa contra él, en un redoble continuo de tambores. Algunos quisieron quitarse la vida pero pocos se atrevieron a dar ese paso; el sentido de supervivencia, el miedo al dolor o a la muerte hicieron que otros se

quedaran allí sin hacer nada, viendo cómo los muertos persistían en su empuje, en su ambición de alcanzarles. Hasta que al final, el cristal se vino abajo y lograron entrar, pisoteándose los unos a los otros.

Los gritos de los vivos y los de los muertos se fundieron en uno solo. La desesperación hizo que los que estaban dentro intentaran salir, aún a sabiendas de que no había por dónde. Hubo lucha, hubo un conato de resistencia, pero los muertos eran demasiados e imparables. Por uno que caía aparecían diez más, y al final alcanzaron su objetivo. Les devoraron con brutalidad ansiosa, casi como si quisieran vengarse por el tiempo que habían pasado en la calle intentando entrar y sin conseguirlo.

La sangre se derramó y salpicó rostros, ropas y manos. Durante casi veinte minutos, el interior de esa tienda se convirtió en una orgía caníbal.

14

Más allá verás los restos de un edificio derrumbado del que apenas queda la estructura en pie. Los cascotes esparcidos por toda la calle dan fe de la violenta explosión que tuvo lugar allí. Dos hombres intentaron hacerse fuertes en la casa de uno de ellos y resistieron sin problemas durante los primeros días.

La comida comenzó a escasear y pronto se dieron cuenta de que tendrían que salir de allí si querían sobrevivir. Hicieron recuento del armamento del que disponían. Dos pistolas y un montón de cuchillos, ni siquiera un mísero bate de béisbol o algo que sirviera para aplastar cabezas y reducirlas a pulpa sanguinolenta.

—Con esto no llegaremos muy lejos —dijo uno de ellos.

Y el otro, un hombre que lucía un bigote poblado, entre rubio y canoso, y que se jactaba de haber sido amigo de John Lennon y haber conocido, y odiado, a Yoko Ono, tuvo una idea.

—¿Has oído hablar alguna vez de la pesca con dinamita? —le preguntó a su compañero de tropelías.

—Sí, claro.

—Fabriquemos explosivos —propuso el supuesto amigo de Lennon—. Es más fácil de lo que la gente cree. Con los materiales que hay en cualquier casa se pueden preparar auténticas bombas. Nos abriremos camino entre esas cosas a base de explosiones. Van a ser los mejores fuegos artificiales que has visto en tu puta vida. Les haremos saltar por los aires.

El otro hombre se encogió de hombros. Cualquier idea que les ayudara a salir de allí le parecía una buena idea. Sabía que su amigo, el tipo del bigote que decía haber conocido a John Lennon y a la mujer a la que todo el mundo culpa de la destrucción de los Beatles, había pertenecido al ejército y a la guardia nacional. Si decía que sabía fabricar explosivos, eso quería decir que sabía hacerlo.

No supo.

El edificio entero voló por los aires y los dos hombres prácticamente se desintegraron en la explosión. Al menos su muerte fue tan rápida que no hubo dolor.

Por si te lo estás preguntando, lo más cerca que ese hombre estuvo jamás de John Lennon fue la decimoquinta fila de un concierto en Nueva York.

15

La trampilla se abre en un lateral de la calle. Chuck y Zoran emergen de las profundidades y se pegan a la pared como militares durante una intervención. Miran a su alrededor y comprueban que la calle está vacía y no se ve movimiento. Resulta un alivio, en realidad.

Al fondo sí pueden ver algunas de esas criaturas corriendo en dirección a la parte delantera de la estación. Hacia donde se encuentra Osney Martell llamándoles la atención a gritos. Desde allí pueden oírle, a él y al infierno sonoro que surge de las gargantas de los muertos que le rodean. Resulta escalofriante y tanto Zoran como Chuck tragan saliva y piensan que no les gustaría estar en el pellejo de Martell.

Ambos necesitarían un par de minutos para que sus pupilas se adaptasen a la claridad del sol, pero saben que no pueden permitirse ese lujo, que en cualquier momento puede aparecer un muerto rezagado, o alguno de los que corren al fondo puede darse cuenta de que están allí. Se ponen en marcha y se detienen para mirar por el callejón que lleva a las cocheras. Allí tampoco hay movimiento así que los dos hombres corren encorvados hacia la puerta verde que hay en el lateral del edificio correspondiente a la estación de autobuses. Golpean la pared para frenar en seco y, de nuevo, miran en todas direcciones para comprobar que su carrera no ha llamado la atención.

—Esto da a la zona restringida de la estación, de uso exclusivo para las empresas, mantenimiento y conductores —explica Chuck en voz baja.

Empuja la puerta y sonrío al comprobar que está abierta. Se le borra el gesto de la cara cuando desde el interior les golpea un aire fétido, cálido y penetrante que les revuelve el estómago. Hiede a muerte y ambos hombres se miran con preocupación.

—Que haya muertos no significa que sean de los que han regresado a la vida —murmura Zoran encogiéndose de hombros. Blande el cuchillo de carnicero que lleva desde el primer día—. Salgamos de la calle antes de que nos vean.

Chuck entra en primer lugar. El interior de la estación está en penumbra pero hay suficiente luz para moverse con comodidad. Ven un rastro de sangre en la pared y un bulto en el suelo que parece una mano hinchada y grotesca. Atraviesan ese pasillo en silencio, Chuck con los puños apretados y Zoran detrás, con el cuchillo en la mano.

Encuentran el resto del cuerpo al que pertenecía esa mano al girar en el primer recodo. La cabeza del mecánico tirado en el suelo parece un balón deshinchado y alrededor hay esparcida una sustancia grumosa que ha adquirido un tono negro y

pardo. Pasan por encima del cadáver y se detienen delante de una puerta en la que se puede leer «Greyhound». Chuck abre la puerta y los dos hombres se asoman al interior. Se trata de un despacho con tres mesas sobre las que hay tres ordenadores, papeles, un libro olvidado, un par de calendarios y, en una de las mesas, un marco con una fotografía que muestra a dos niños sonrientes con una pelota bajo el brazo.

Un ruido les hace detenerse. Zoran se asoma al pasillo y queda a la espera. El ruido, el que haría cualquiera al pisar papeles arrugados, proviene de más allá. Ve que hay una puerta abierta a media distancia. Se gira hacia Chuck y le hace un gesto de silencio, apoyando el dedo sobre los labios. Chuck asiente y se acerca a la primera de las mesas. Procurando no hacer ruido, abre el primer cajón y revuelve con cuidado el contenido (más papeles, una grapadora, bolígrafos y un par de caramelos). Vuelve a cerrarlo con cuidado y abre el segundo cajón. Le basta una mirada para darse cuenta de que allí no va a encontrar llaves.

Se incorpora y mira hacia Zoran. El eslovaco está apoyado en la puerta, mirando hacia el pasillo en tensión, como demuestra la forma en que sus dedos se cierran alrededor del mango del cuchillo. Chuck pasea la mirada por la habitación, intentando desprenderse de la sensación de angustia y urgencia por salir de allí.

Ya sabes lo que dicen: vísteme despacio que tengo prisa.

Chuck respira hondo y se acerca al armario situado en la pared lateral, junto a un enorme mapa de Estados Unidos donde un pequeño símbolo de Greyhound señala todas las ciudades que la compañía conecta mediante sus autobuses. Al abrirlo, una de las bisagras chirría. En sí, no es un sonido de muchos decibelios, pero en el tenso silencio en el que se encuentran los dos hombres es casi tan terrible como debió ser la explosión del edificio donde aquellos dos hombres intentaron fabricar explosivos para abrirse paso entre los muertos vivientes.

Zoran se gira para mirar a Chuck, con el rostro retorcido por la sorpresa y la tensión. El gruñido furioso que les llega a ambos desde el pasillo hace que Zoran vuelva a girarse. Chuck no necesita que le digan nada. Puede oír los gritos y los pasos furiosos, y da gracias de que parezca solo una de esas criaturas. Si se equivoca y son más... Bueno, la suerte está echada.

Eso sí, Chuck sonríe al ver el cajetín metálico situado al fondo del armario. Y de nuevo, una vez más, la sonrisa se esfuma al comprobar que el cajetín está cerrado.

Mira hacia atrás y verá a Zoran salir al pasillo y plantar los dos pies con las piernas abiertas y el brazo que sujeta el cuchillo un poco por detrás. Salgamos al pasillo deprisa, a tiempo para ver a una mujer con uniforme de limpieza, el rostro desencajado por la ira y un inmenso agujero ensangrentado e irregular en el cuello.

Dentro del despacho de Greyhound, Chuck cierra el enorme puño y golpea con todas sus fuerzas el cajetín. No es una caja fuerte y la cerradura estalla con el golpe. Le duele, pero ni siquiera hace un aspaviento. Se limita a retirar la tapa y coger cuatro llaves al azar.

Fuera, la mujer de la limpieza alcanza a Zoran. Sus dedos se cierran alrededor de

su ropa y lanza la boca abierta hacia él, casi como si quisiera besarle. El eslovaco se mueve con agilidad, retirándose hacia un lado y lanzando la mano que sujeta el cuchillo. La hoja silba en el aire y atraviesa la mejilla de la mujer. De un empujón, Zoran se deshace de ella y la derriba. Ella no tarda en volver a levantarse, con la boca desgarrada y más amplia que antes. Zoran sube el brazo desde abajo y esta vez el cuchillo se hunde en su barbilla, atravesando la cabeza en dirección ascendente. Los ojos de la mujer se apagan en un instante, de la misma manera en que la imagen de un televisor tarda en esfumarse apenas un segundo. Se queda inmóvil, colgando de él, y Zoran tiene que sujetarla del cuello para extraer el cuchillo. Luego el cuerpo se desploma del todo.

Zoran traga saliva y mira el cuerpo con lástima. La mano que sujeta el cuchillo, ahora manchado de carmesí, le tiembla. Chuck sale del despacho y mira hacia el fondo del pasillo. Se oyen más pasos que corren, así como algunos gritos, pero aún no se ve a nadie. Y a Chuck le gustaría que siguiera así.

—Será mejor que nos vayamos —dice.

Empuja con suavidad a Zoran pero este no se mueve. Tiene los ojos clavados en la mujer que yace en el suelo, con una expresión rabiosa en el rostro. Hay que tener en cuenta que cuando decidió emigrar desde su Eslovaquia natal a los Estados Unidos fue para evitar acabar matando a alguien. Y sí, Zoran sabe que es defensa propia, que está luchando por su vida, e incluso una parte de su cerebro le insiste una y otra vez en que ni siquiera son personas... Pero otra parte de él ve a una mujer con un uniforme de limpieza cuya sangre se esparce viscosa y demasiado espesa por el suelo.

La segunda vez que Chuck tira de él, la parte racional de Zoran se pone en marcha. Los dos hombres corren por el pasillo, desandando el camino que han hecho un momento antes. Chuck lleva el puño cerrado, apretando con fuerza las cuatro llaves que ha agarrado del cajetín.

Salen cruzando la misma puerta verde por la que entraron. Zoran se apoya en ella para mantenerla cerrada y le hace un gesto con la cabeza a Chuck para que corra en busca de los demás. Siente el primer golpe en su espalda un momento después. No es demasiado fuerte y no le hace perder pie, pero es consciente de que si al otro lado hay demasiados de ellos no podrá mantener la puerta cerrada durante mucho tiempo.

Acompañemos a Chuck en su carrera de regreso a la calle. Lanza una mirada rápida y desesperada en ambas direcciones. Apenas ve un muerto a lo lejos, nada de peligro cercano, y corre de regreso a la trampilla. Se arrodilla en el suelo y utiliza solo la mano que no sujeta las llaves para abrir la esclusa.

Al hacerlo se encuentra con el negro cañón de un arma apuntándole a la cabeza.

pie debido a la furia con la que se balancea de un lado a otro la furgoneta. Ni siquiera estando de rodillas las tiene todas consigo y más de una vez amenaza con caer. Le parece oír, en esas ocasiones, que los gruñidos de los muertos que aguardan debajo se vuelven más histéricos y nerviosos. Se aferra con todas sus fuerzas al techo del vehículo, como lo haría una lapa, y siente la desolación que le invade cuando levanta la vista.

Lo que ve le recuerda a manifestaciones masivas, a muchedumbres celebrando el Cuatro de Julio o la investidura de un presidente. En versión macabra.

Por primera vez, piensa que tal vez sea mejor no demorarlo demasiado. Si salta, se dice, todo acabará de una vez. Le da miedo el dolor. Le aterra imaginar cientos de bocas peleándose por arrancar un pedazo de su carne, ser devorado vivo mientras grita y se debate en un triste intento de evitarlo.

Y sobre todo le asusta pensar en volver a levantarse después de muerto y ser consciente de ello, estar allí al fondo, viendo que su cuerpo se mueve siguiendo unos impulsos asesinos y caníbales sin poder hacer nada por evitarlo.

Pierde pie, resbala y da de bruces contra el techo. Está a punto de deslizarse por el lateral pero logra afianzar su postura de nuevo y se incorpora otra vez para quedar de rodillas.

—¡Aún no, hijos de puta! —masculla.

17

—Joder, he estado a punto de volarte los sesos.

John baja el arma. Una gota de sudor se descuelga de la sien de Chuck y cae al suelo. Diez pares de ojos le miran desde el túnel con angustia y nerviosismo y él les hace un gesto para que suban.

Aquí no verás caballerosidad, ni rastro del «mujeres y niños primero». John Vernon es el primero en emerger de los túneles que durante tantos días les han mantenido a salvo, y en esta ocasión la intención es no regresar a ellos. Al policía le siguen los demás. Chuck agarra la mano de Kim y tira de ella hacia arriba. Luego, sin soltarla, se gira y echa a correr hacia las cocheras.

Al fondo de la calle, un grupo de muertos corre ya en esa dirección. Ahora es cuestión de ver quién corre más rápido.

Zoran sigue con la espalda apretada contra la puerta y los talones clavados en el suelo. Los golpes al otro lado suenan tan furiosos como es de esperar. Al menos hay tres o cuatro de esas criaturas empujando la puerta y tratando de cruzarla.

Chuck corre sin soltar la mano de Kim. Les sigue John y detrás de él van todos los demás, cruzando junto a Zoran y sin pararse a ayudarlo. Jorge y Chelsea corren con Ian enganchado a sus hombros. Cierran el grupo Dexter y Kat. Las mochilas golpean las espaldas de todos ellos.

Pensando a toda velocidad, Chuck sigue corriendo hacia el fondo de la cochera, pasando de largo por los primeros autobuses al no pertenecer a Greyhound. En sus oídos resuenan los pasos a la carrera de todos ellos, los jadeos y las respiraciones agitadas. Se desvía hacia el primer autobús de la compañía y se detiene junto a la puerta. Utiliza una de las llaves y nada. Chuck empieza a ponerse nervioso y, como si lo supiera, Kim apoya su mano en la espalda de él. Chuck respira hondo.

Vísteme despacio que tengo prisa.

La tercera llave abre la puerta. Lanza un grito al notar lo y se echa a un lado para que sea Kim la primera en subir. John cruza por el hueco antes de que Chuck pueda impedirlo, por lo que el hombretón sube al autobús en tercer lugar.

—¡Yo conduzco! —grita John—. ¡La llave!

Chuck mira hacia el fondo del autobús y ve a Kim de pie en mitad del pasillo, tratando de calmar su respiración y mirándole. Tiene en sus ojos una expresión de alivio que lo significa todo para él. Se siente a salvo y Chuck sabe que es en parte responsable de haberlo conseguido. Le resulta una imagen tan hermosa que siente la tentación de olvidarse de todo lo demás, cruzar el pasillo hasta ella, agarrarla con fuerza de los hombros y fundirse con ella en un intenso beso de los que en una película se adornarían con una buena banda sonora.

Le entrega las llaves a John y se echa a un lado para dejar pasar a Ellen, Nancy y Cindy. Las tres cruzan junto a él jadeando, Ellen tropieza y está a punto de caer entre los asientos. Nancy se cuela en la segunda fila y pega la frente a la ventana.

Las cosas se aceleran. John se sienta en el asiento de conductor y mete las llaves en el contacto. Chelsea ayuda a Ian a subirse al autobús y Chuck le tiende la mano al chico para que suba más rápido. Fuera del autobús, Jorge se da la vuelta y mira hacia atrás. Lo que ve le resulta aterrador y sus ojos se abren como platos. Podríamos mirar con él y ver lo mismo que ve: a Kat y a Dexter corriendo hacia el autobús, y más atrás aunque a punto de alcanzarles y adelantarles, a Zoran Zuchemberg con el cuchillo manchado de sangre aún en la mano; y detrás de ellos, persiguiéndoles, al menos diez zombis, el más avanzado de ellos, un adolescente asiático con laceraciones en el rostro como profundos arañazos y el brazo izquierdo colgando del codo apenas por un hilo de carne y tendón, completamente inservible. También veríamos que Kat se detiene en seco y su rostro se crispa en un rictus de terror. A cámara lenta, veríamos su boca abriéndose para soltar un grito de advertencia.

Pero no nos giramos hacia allí porque queremos seguir mirando a Jorge. Ver su expresión cuando se da cuenta de que ese grito de advertencia va por él y ver cómo se gira justo a tiempo de descubrir que un hombre muerto con un traje marrón sucio de sangre con parte del rostro quebrado por varias heridas ensangrentadas está girando hacia él desde la parte delantera del autobús.

Levanta las manos y el muerto se estrella contra él. La espalda de Jorge golpea el quicio de la puerta y tropieza con el primer escalón, lo que le hace caer sentado. El mordisco le arranca un trozo de carne de la muñeca y el dolor provoca que Jorge

lance un grito e intente sacudirse al muerto de encima. Pero el hombre ha caído sobre él y no afloja su presa. Traga el trozo de carne y lanza un nuevo mordisco, esta vez directo a la mejilla del chico español. La chapa de Histeria Innokua que llevaba prendida en la camiseta sale despedida y rueda por el suelo, como queriendo burlar a la muerte.

El motor del autobús cobra vida con un rugido animal que recuerda al de los muertos y todo el vehículo empieza a vibrar.

Cindy chilla e intenta correr hacia la entrada, chocando contra Chelsea e Ian. Y en las escaleras, a apenas unos centímetros de Jorge y el muerto, Chuck retrocede aterrorizado y gira la cabeza sin saber qué hacer. Su mirada se cruza con la de Kim. Todo esto ocurre en décimas de segundo pero es como si sucediera a cámara lenta. Los ojos azules de ella son un bálsamo tranquilizador para él. Chuck sabe lo que tiene que hacer y no duda.

Con todas sus fuerzas levanta la pierna y golpea la espalda de Jorge, empujándolo hacia fuera. El chico y el muerto que hunde los dientes en su rostro caen enredados al suelo, dejando la entrada del autobús libre para que la crucen Dexter, Zoran y Kat (que ha vuelto a correr cuando el eslovaco la ha empujado al pasar junto a ella). Chuck se echa a un lado para dejarles pasar y aprieta de un golpe el botón que cierra la puerta.

Los gritos de Cindy en el interior se mezclan con los de Jorge en el exterior, como amantes sonoros.

La mitad superior del asiático logra atravesar el hueco antes de que la puerta se cierre del todo, pero Chuck está preparado en esa ocasión. La suela de su bota se estrella con tanta fuerza contra el rostro del chico que oye el crujido de la nariz y siente cómo se rompen al menos dos dientes. El zombi se precipita hacia atrás y la puerta termina de cerrarse.

Al instante, el resto de los muertos alcanzan la puerta y empiezan a golpearla, furiosos. John mete la marcha atrás, aprieta el acelerador y el autobús da una sacudida antes de ponerse en marcha. Pilla desprevenidos a todos los que están arriba y tanto Chelsea como Ian, Cindy, Zoran y Kim, que están de pie en el pasillo, caen al suelo. Chuck se golpea contra el parabrisas y eso le permite ver a Jorge debatiéndose en el suelo mientras al menos cuatro muertos se disputan su carne. John frena y mete la primera marcha al tiempo que gira bruscamente el volante.

—¡Bienvenidos a Greyhound, cabrones! —grita con euforia enloquecida—. ¡Abróchense los cinturones y prepárense para un viaje interestelar!

Suelta una carcajada cuando el autobús comienza a avanzar en dirección a la salida. Los demás están levantándose y acomodándose en los asientos. Kat y Chelsea intentan consolar a Cindy, pero incluso para Chuck resulta obvio por los gritos de la chica que se trata de una misión imposible.

Levanta la vista y vuelve a cruzar una mirada con Kim en el mismo momento en que ella termina de ponerse en pie. Aliviado por seguir con vida, y también porque

ella también lo está, sonrío. Ella le devuelve el gesto, cargado de cierta tristeza y luego desvía la mirada hacia Cindy.

Es suficiente para Chuck, al menos de momento. Se da la vuelta y se arrodilla en el suelo junto a John. El autobús ha salido a la calle empujando con suavidad un utilitario que obstaculizaba la salida de la cochera y ahora está girando hacia la calle principal. Desde allí corren en su dirección una multitud de muertos que llenan todo el ancho de la calle.

—Hay que ir a por Osney —le recuerda Chuck.

John asiente. Cuando los muertos alcanzan el autobús y lo rodean, golpeándolo con su furia animal como si pensarán que pueden abrirse paso a golpes, el policía sonrío, disfrutando de la situación. El interior del autobús se convierte en el interior de un tambor en medio de un concierto. Resuenan los golpes obligándoles a fruncir el ceño por la molestia. Aunque los gritos de Cindy son peores: esos se clavan en el corazón.

John conduce despacio, empujando a los muertos y abriéndose paso a través de ellos. De vez en cuando el autobús se balancea al pasar sobre un bache y cada vez que lo hace John suelta una carcajada.

Porque sabe tan bien como nosotros que no se trata de baches y se lo está pasando en grande. En realidad, se está conteniendo para no pisar el acelerador a fondo y atropellar a todos esos malditos monstruos.

—Allí —Chuck señala hacia la derecha. Subido en lo alto de una furgoneta y rodeado de centenares de muertos, Osney resiste acucillado. Cuando gira la cabeza para mirar el autobús es casi como si les observara un superhéroe, con la mitad del rostro oculto detrás de una máscara—. Acércate lo más que puedas.

John asiente y conduce el autobús en esa dirección, pegándose todo lo posible a los coches aparcados. Los muertos que rodean el autobús son tan numerosos como los que rodean la furgoneta. Ciertamente golpean el enorme vehículo con la misma furia, pero no son barrera suficiente para impedir su movimiento y van abriéndose hacia los lados a medida que les va empujando al pasar. Otros caen y son arrollados por sus enormes ruedas. Todos gritan y rugen y arañan la carrocería y tratan de morderla golpeando sus dientes contra el metal inútilmente.

Chuck recorre el pasillo central y se coloca debajo de la primera de las trampillas del techo que sirven como salida de emergencia. Mira a su alrededor, buscando a Zoran, y le encuentra sentado en la sexta fila, mirando hacia la calle hipnotizado por la horda de muertos vivientes que les rodea.

—¡Zoran! —le llama—. ¡Necesito que me ayudes!

No hace falta que lo diga dos veces (es una de las cosas que le gustan de Zoran). El eslovaco se pone en pie y se acerca a él, levantando la vista para mirar hacia la trampilla.

—Imposible —dice—. Debería subir alguien que no pese mucho.

—Puedo contigo, eso no es un problema.

—Lo haré yo.

Los dos hombres se giran para mirar a Nancy Avalon. La actriz se ha puesto de pie y se acerca a ellos por el pasillo.

—He hecho cosas parecidas en la última película que rodé —asegura, guiñándoles un ojo.

18

Osney no ha visto nunca nada más fascinante que el gigantesco autobús Greyhound avanzando inclemente entre la horda de muertos vivientes. No ha visto nada nunca tan hermoso como le resulta ver a Nancy Avalon surgiendo como una venus rubia naciendo de las tripas del inmenso vehículo. Se echa a reír y grita eufórico cuando el autobús se detiene junto a la furgoneta en la que él está subido.

—Ven conmigo si quieres vivir —dice ella, tendiendo la mano hacia él.

Recuperado Osney, el autobús comienza a moverse de nuevo. Los gritos de Cindy les acompañan durante buena parte del día, hasta que el cansancio la hace desfallecer. El silencio que sigue resulta un alivio para todos ellos.

Les pesa la muerte de Jorge, igual que les pesa el silencio ominoso que reina en el autobús y el aspecto moribundo y caótico de la ciudad que poco a poco van dejando atrás.

Es noche cerrada cuando logran abandonar Portland y John puede apretar el acelerador, sin pasarse puesto que no quiere arriesgarse a encontrar un coche parado en mitad de la carretera. Kim y Chuck miran hacia atrás y contemplan las oscuras siluetas de los edificios. El esqueleto de una ciudad.

Si miras hacia abajo verás que la mano de Kim busca encontrarse con la de Chuck y cuando lo hace, sus dedos se entrelazan con facilidad, como si hubieran sido creados para ello. Ninguno dice nada; simplemente contemplan la ciudad en silencio, cada vez más lejana...

Y rezan para que todo haya terminado ya.

— Capítulo 8 —

La ira de Dios

1

Pasan la primera noche al sur del aeropuerto estatal Aurora. John se limita a estacionar el autobús a un lado de la carretera, apagar el motor y estirar los brazos por encima de la cabeza antes de sentarse en un asiento de la primera fila. Le cuesta un buen rato pero acaba encontrando una postura cómoda, o por lo menos no demasiado incómoda para dormir.

Si echamos un vistazo al resto del autobús veremos que todos ellos intentan desconectar y descansar un rato. Ian ocupa uno de los asientos cercanos al retrete situado en mitad del autobús. Ya ha tenido que visitarlo dos veces y todos ellos saben que tendrá que hacerlo en más ocasiones. Es normal que se muestren preocupados por él, solo tienes que mirarle para comprobar por ti mismo el aspecto demacrado que presenta. Ha adelgazado por lo menos diez kilos desde que todo esto comenzó y bajo sus ojos han aparecido unas bolsas que podrían pertenecer a un anciano.

Como verás, Dexter ha optado por tumbarse en medio del pasillo para poder estirar las piernas a gusto, y Kat duerme sentada junto a Cindy, que tiene la cabeza caída y la frente apoyada en la ventana. Y más atrás verás que Kim y Chuck también comparten asiento y que Kim se ha quedado dormida sobre el hombro de él. Chuck está abrazándola y duerme con una plácida sonrisa en los labios.

Resulta agradable ver que incluso en circunstancias como estas alguien puede llegar a sentirse dichoso. Pero ven, retrocedamos de nuevo hasta la fila de asientos que ocupan Cindy y Kat. Llegamos justo a tiempo para ver a Cindy despertar con un sobresalto y mirar alrededor, desorientada. Le cuesta unos segundos ubicar dónde se encuentra.

Sus ojos se empañan de lágrimas y gira la cabeza hacia la ventana. Al otro lado la noche es como un muro de obsidiana, tan oscuro que no logra ver nada. Pero créeme que sueña con encontrar a Jorge en la oscuridad corriendo hacia ella, herido pero vivo, gritando su nombre. Las lágrimas resbalan por su piel y cuelgan de su barbilla durante milésimas de segundo antes de precipitarse hacia abajo. Se pasa el dorso de la mano por la cara en un burdo intento de vencer la tristeza y el dolor. No lo consigue, claro.

Con Jorge se ha ido la mitad de su ser. Como si un gigante lo hubiera aplastado casi sin esfuerzo. Su respiración se vuelve errática cuando empieza a sollozar. Intenta estar en silencio y no despertar a nadie, no quiere compasión y no quiere más manos que le aprietan el hombro con fingido pesar.

«Podríamos haberle ayudado», se dice. «Estaba herido y podríamos haberle salvado».

Pero ese hombre, con su barba espesa y revuelta y su chaleco de motorista se había limitado a darle una patada en la espalda y lanzarlo al exterior, en los brazos de una de esas criaturas. En opinión de Cindy, eso lo había matado.

En opinión de Cindy, Chuck había asesinado a Jorge al negarse a ayudarlo.

2

Chuck despierta súbitamente con el primer golpe. Al incorporarse mueve a Kim y ella también se despierta. Al primer golpe le sigue otro, demasiado inconfundible, puño sobre metal, furioso, rabioso, inhumano. Los demás también despiertan debido al ruido. Algunos de ellos, como Ian, miran alrededor desconcertados y sin saber qué ocurre.

—Están aquí —murmura Chelsea señalando por la ventana—. Hay uno y veo otros tres acercándose.

Tal y como ella ha anunciado, de repente son más de uno los puños que golpean la carrocería, arañándola y revolviéndose furiosos contra ella en un intento por encontrar la manera de llegar a la carne que se esconde en el interior.

John sacude la cabeza y mira el reloj de su muñeca. Han dormido unas tres horas y media y aún es de noche, aunque según mis cálculos no le queda demasiado al sol para salir. John se levanta y se coloca en el asiento de conductor. Un golpe a su derecha le hace girar la cabeza. A través de la ventanilla de la puerta ve un rostro femenino desfigurado y sucio, con hilos de baba y sangre resbalando por su barbilla. Sin inmutarse, lleva la mano hacia la llave colocada en el contacto.

—Sácanos de aquí, John —dice Chuck avanzando por el pasillo hasta la parte frontal del autobús.

John levanta la cabeza, sin separar la mano del contacto pero sin arrancar el motor, y mira al hombretón.

—Esta noche he estado pensando algo, Chuck —dice, cortando un bostezo con el puño—. Ya lo pensé ayer antes de pararnos... Vamos a necesitar gasolina.

—¿Para cuánto nos queda? —pregunta Chuck agachándose a su lado y bajando la voz de manera que tan solo John puede escucharle.

—¿Cien? —John se encoge de hombros—. ¿Doscientos? Yo que sé, no sé cuánto gasta este bicho.

—Joder...

—Imagino que lo tendrías en cuenta cuando ideaste este plan —susurra John haciendo girar la llave en el contacto. El autobús cobra vida con una vibración—. Cualquier vehículo necesita combustible para moverse.

—¿Qué clase de gasolina usa esto?

—Y yo qué mierda sé.

Chuck asiente y mira hacia la puerta del autobús. La mujer muerta sigue allí golpeando con rabia y lanzando dentelladas hacia el cristal.

—Pues tendremos que hacerlo —dice—, y ese va a ser un momento tenso de pelotas.

—¿Podéis arrancar? —grita Cindy desde el asiento donde ha dormido, con la voz aguda y cargada de terror—. ¿Podemos salir de aquí de una vez?

John empieza a girarse y abrir la boca para decir algo pero Chuck le pone la mano en el hombro, demasiado expeditivo para el gusto de John, pero tan firme que cuando el policía le mira decide tragarse la respuesta altiva que iba a ofrecerle a la chica.

Luego pisa el acelerador y vuelve a la carretera.

3

Ven conmigo hasta la fila seis. Sentado junto a la ventanilla con la cabeza apoyada en el cristal mirando pasar el paisaje con su único ojo válido, Osney Martell piensa en tiempos pasados, preguntándose si alguna vez ha tenido algo en su vida que valga la pena. Nunca ha sido un hombre religioso, pero le parece inevitable acordarse de Dios en tiempos como los que están viviendo. Le parece inevitable echar la vista atrás y preguntarse qué ha tenido él que le haga merecedor de seguir con vida.

Dios, si es que existe, le robó a sus padres cuando tenía catorce años. Dios, si es que existe, en su sabiduría inescrutable, le envió con su abuelo a vivir una vida en la que no le era profesado ningún amor, ningún cariño y muy poco respeto. ¿Fue Dios quien le permitió conquistar el corazón de una mujer, o fue él con sus propios medios? No es que importe, porque al fin y al cabo acabó perdiéndola debido al alcohol.

A Osney le cuesta pensar que ha habido algo en su vida que merezca la pena salvar. Piensa que si los que tienen que sobrevivir son los más fuertes, los mejores o los más válidos, desde luego Dios tiene que haberse equivocado al incluirle.

Por supuesto, cualquier sacerdote del mundo podría decirle que Dios tiene un plan para todos, incluso para él aunque insistiera en menospreciarse.

Aquí viene Nancy, agarrándose a los respaldos de los asientos para evitar caerse con el movimiento del autobús. Su pelo rubio siempre ha sido uno de sus estandartes, pero ahora luce sucio y apelmazado. Sigue siendo preciosa, eso es innegable, pero su aspecto deja mucho que desear. Como el del resto, dicho sea de paso. Todos ellos están sucios, los hombres muestran barbas descuidadas y cada vez más frondosas, las ropas lucen acartonadas...

Será mejor que nos hagamos a un lado para dejar que Nancy se siente junto a Osney. Él gira la cabeza y la observa con su ojo sano.

—Eh —saluda él, sonriendo con la mitad de su labio que está a la vista.

—Tienes mala cara —responde ella, y tiene razón. Osney parece cansado e incluso su ojo sano parece estar enfermo.

—Será solo la parte que puedes ver, ¿no? —pregunta él con una risotada.

—¿Te pasa algo?

Osney se encoge de hombros, pero ella le mantiene la mirada, interrogante, casi como si estuviera escrutando el interior de su alma. Al final, él lanza un suspiro y ladea la cabeza.

—Me duele el ojo —admite—. Bueno, el agujero donde antes tenía un ojo.

—¿Quieres que te lo mire?

Él se revuelve incómodo en el asiento.

—No quedan más vendas y habría que reutilizar esta. No sé hasta qué punto es higiénico.

—Pues tanto como mantener la misma venda todo el rato —deduce ella.

Osney asiente, cediendo.

—Supongo que me harías un favor si le echas un ojo —dice, y se echa a reír al comprender lo irónico de su frase. Al ver que Nancy no se ríe, él menea la cabeza y mira hacia ella—. Si no te importa, claro.

—No me importa —asegura ella.

Nancy acerca las manos al vendaje de él pero antes busca con la mirada a su alrededor. Localiza a su asistente en la fila nueve, dormitando.

—¡Ellen! —llama levantando la voz.

La otra chica se despierta bruscamente y mira hacia Nancy con el ceño fruncido.

—¿Te importa venir un momento? —pregunta Nancy.

—Ya.

Nancy parpadea sin comprender. Ellen sigue mirándola con una expresión indescifrable.

—¿Ya qué?

—Que ya —responde Ellen poniéndose en pie y alzando la voz de manera que todos en el autobús la escuchen y empiecen a girarse hacia ella—. Que me olvides, que dejes de llamarme, que no pronuncies mi nombre nunca más, que me dejes en paz, que no quiero volver a escucharte hablar.

Las mejillas de Nancy enrojecen. No es algo que muchos pueden presumir de haber visto, así que deléitate mirando si quieres. La actriz abre la boca pero no dice nada, en un gesto de sorpresa inesperada. Por su parte, Ellen se da la vuelta y se aleja por el pasillo hasta la fila en la que está sentado Ian.

—Bien hecho —susurra el chico, arropado debajo de dos mantas y tan pálido que empieza a parecer un fantasma. Sus labios están resecos y agrietados y nota la mirada preocupada de Ellen—. Estoy mejor —asegura.

—¿Quieres que te traiga agua? —pregunta ella sentándose a su lado.

Ian niega con la cabeza y apoya la cabeza en el respaldo con gesto cansado.

—¿Cómo te sientes ahora?

Ellen respira hondo y sonrío.

—Libre.

Pero volvamos a la fila seis. La mayoría de los presentes evita mirar hacia Nancy por respeto pero no pueden evitar hacerlo de soslayo. La actriz suspira y se gira hacia Osney, encogiéndose de hombros.

—Tendría que haberla despedido cuando empecé el rodaje de *Almas de metal* —asegura.

Osney sonrío y ella empieza a quitarle la venda.

—¿De qué iba? —pregunta él. Al ver la mirada extrañada de ella, Osney hace un gesto con la cabeza—. La película, digo.

—Ah. —Nancy suspira y sigue haciendo girar el brazo para retirar el vendaje de la cabeza de Osney—. Era una chorrada de guion pero estaba bien pagado —se justifica—. Era sobre un androide que se hacía pasar por humano y trabajaba como detective privado.

—¿Qué hacías tú? ¿Eras la protagonista?

—No, que va, lo mío era un papel pequeño, una colaboración casi. Hacía de camarera que se mete sin querer en un lío con la mafia y recurre al detec...

Al retirar la última capa de vendaje, Nancy se queda quieta y con la palabra en la boca.

—Está muy mal, ¿no?

—Nnnn... no —balbucea ella—. Qué va...

—Normalmente eres buena actriz —asegura él—, pero con esto te nominarían a los Razzies.

En contra de lo esperable, eso provoca que Nancy suelte una carcajada, y Osney la acompaña. No dura demasiado, claro; el estado de la cara de Osney no invita a pasarlo bien. Muchas de las pequeñas heridas supuran pus blanquecino, pero la peor parte está en la cuenca vacía del ojo, hinchada y deformada, del tamaño de un puño de niño. El interior rezuma una pasta de color inclasificable que hace que se revuelva el estómago de la actriz. El olor, a pescado pudriéndose al sol, no ayuda.

—¿Kim? —La actriz se incorpora mirando hacia la parte trasera del autobús—. ¿Puedes venir un momento?

Es obvio que hay tensión en su voz y eso provoca que algunos la miren con curiosidad. Kat, Chelsea, Ian e incluso Ellen, por ejemplo. Kim recorre el pasillo hasta donde se encuentra Nancy de pie y luego mira hacia Osney. Se lleva una mano a la boca por la sorpresa.

—Eh, Kim —dice Osney—. ¿Es horrible? ¿Voy a morir?

Kim niega con la cabeza, aunque su gesto es demasiado dubitativo para resultar sincero.

—No sabía qué hacer ahora —se excusa Nancy, de pie detrás de ella.

«Yo tampoco», piensa Kim sintiendo que la angustia la devora por dentro.

Kat y Chuck también se han acercado a mirar. Osney mantiene la compostura y

les dedica a todos una sonrisa, aún a sabiendas de que el resultado puede parecer más una mueca monstruosa. Le cuesta controlar el lado izquierdo de su rostro.

—Agua —dice Kim—. Por favor.

Kat se da la vuelta al instante y corre por el pasillo en dirección a la segunda fila del autobús, donde están amontonadas las mochilas con provisiones. Regresa un momento después con una botella de litro que aún conserva la pegatina de Coca-Cola.

—Kim...

Ella mira a Chuck al tiempo que coge la botella de agua que le tiende Kat. Sabe lo que quiere decir él sin que llegue a pronunciarlo.

—Tengo que limpiarle el ojo —dice.

—No te preocupes, Kim —Osney también ha entendido lo que Chuck ha querido expresar sin decir nada—. No podemos desperdiciar agua con esto.

—Y una mierda —contesta ella, volcando con cuidado la botella sobre la punta de la venda, humedeciéndola.

—Decidme la verdad. —Osney mueve su único ojo posándolo en Chuck, en Kat, en Nancy—. ¿Es muy grave?

Las miradas que cruzan ellos, mientras Kim empieza a limpiar el interior de la cuenca vacía, son suficiente respuesta por sí mismas. Osney no llega a verlas. El dolor le sacude y le obliga a cerrar el otro ojo y apretar los dientes. Nancy se lleva las manos a la cara y Kat aparta la mirada.

A Chuck le impresiona la entereza de Kim.

4

Mientras Kim limpia a Osney, y se maldice por no poder hacer mucho más que eso por él, en la decimoquinta fila del autobús tiene lugar otro encuentro que tal vez nos resulte interesante. En este caso es Zoran el que está sentado, cabizbajo y haciendo girar los dedos índice uno alrededor del otro sin que se toquen en ningún momento, y es Chelsea quien se acerca y se sienta a su lado.

—¿Es grave? —pregunta Zoran.

—No han dicho nada, pero por sus caras imagino que sí.

—Joder... —El eslovaco toma aire y meneas la cabeza. Luego apoya las manos en el respaldo del asiento delantero y estira los brazos—. Estoy harto de tanta muerte.

—Se te nota...

Zoran mira a Chelsea con curiosidad. Es una chica muy guapa, con una figura envidiable y siempre lleva el pelo recogido en una coleta. El color, rubio ceniza, le sienta bien. Zoran se pregunta cómo es posible que no se haya fijado hasta ahora en todos esos detalles. Luego cae en la cuenta de por qué y está a punto de echarse a reír.

Bajo tierra carecían de luz, claro.

—Jorge me caía bien —admite—, era un buen chico, muy valiente, y empezaba a considerarle... no sé, un amigo. Me jode que haya muerto. Si se hubiera metido en el autobús estaría vivo, pero se giró para mirarnos y no vio que se le echaban encima hasta que fue demasiado tarde...

—No fue culpa de nadie.

—Ya lo sé, pero igualmente le echo de menos.

—Bueno, eso lo puedo entender —asegura ella—, pero no puedes dejar que te afecte y te hunda... —Levanta una mano para atajar la respuesta de él antes de que le dé tiempo a decir nada—. Mira —baja la voz a casi un susurro—, Dexter y Cindy son casi pesos muertos. Ian, por desgracia, tampoco se encuentra en condiciones de hacer muchas cosas. No podemos permitirnos el lujo de perderte a ti también.

Zoran frunce el ceño, mirando con interés redoblado a Chelsea. De repente, le parece más astuta e inteligente de lo que había pensado con anterioridad.

—No pasará —responde.

—Me alegra oír eso —dice ella.

—Yo pienso, pero no me hundo por las conclusiones —añade Zoran—. Me jode que hasta ahora todos los movimientos que hemos hecho hayan acabado con algún muerto. Vamos perdiendo gente, es un goteo pero... ¿cuántos quedamos ya? Doce. Y tres de esos doce son pesos muertos, como dices tú.

—Y Osney... No sé si es grave lo que tiene, pero la expresión de Kim y de Nancy... —Chelsea asiente.

—Ya podría haberse muerto ese policía corrupto de mierda —gruñe Zoran en voz baja—. Jorge era mil veces más valioso que él.

—No me gusta cómo me mira —dice ella, estremeciéndose—. Casi puedo sentirle babeando.

—Es un monstruo de distinto tipo. Ten cuidado con él.

Chelsea asegura que lo tendrá. En este momento el autobús se detiene. Todos lo notan y levantan la vista mirando hacia el frente, tratando de localizar el motivo que les ha hecho pararse. Delante, John apaga el motor y la vibración del autobús se detiene.

5

La gasolinera se erige a un lado de la carretera. Es un pequeño edificio que hace las veces de tienda, con un enorme aparcamiento asfaltado y tres hileras de surtidores cubiertos por un arco verde y blanco. Apiñados en la parte delantera del autobús, John, Chuck, Kim, Kat, Zoran y Chelsea miran en todas direcciones buscando algún tipo de movimiento.

Pero no se ve nada, como si el lugar estuviera abandonado o fuera un edificio fantasma. Nada se mueve en los alrededores, más que las hojas de los árboles

mecidas por el viento. El interior de la tienda está oscuro, lo que les impide ver dentro, y la verja no está echada. En el aparcamiento hay dos coches, aunque ambos tienen aspecto de llevar allí varios días, probablemente desde que todo esto empezó.

—¿Qué opináis? —pregunta John.

—Parece tranquilo —responde Chuck, dubitativo.

—¿Lo hacemos? —el agente tampoco se muestra seguro de sí mismo.

Chuck mira a Kim, buscando su aprobación. Ella le observa unos segundos, y te aseguro que Chuck piensa que podría perderse en esos ojos, casi olvidando lo que están haciendo allí realmente. Kim asiente y rompe el hechizo.

—Vamos a tener que hacerlo antes o después —dice ella, girándose hacia John—. Hagámoslo cuanto antes.

John se encoge de hombros y lleva la mano hacia el contacto. El autobús vuelve a cobrar vida y John acelera para salirse de la carretera y entrar en el área de la gasolinera. Despacio, sitúa el vehículo junto al tercer surtidor. Desde allí pueden distinguir sombras de estanterías y productos en el interior de la tienda. No ven movimiento que les preocupe.

—Zoran —dice Chuck girándose hacia el eslovaco—. Alguien tiene que hacer de vigía ahí arriba. ¿Te importa?

Zoran niega con la cabeza y se sube en los respaldos de los asientos, apoyándose en el hueco destinado a guardar el equipaje, para alcanzar la trampilla situada en el techo. Un momento después sale al exterior y se pone en pie sobre el techo del autobús. El cielo está despejado y hace sol, pero el ambiente es fresco. Mira alrededor.

—No veo movimiento —anuncia.

Abajo, Chuck le hace un gesto a John y este aprieta el botón que abre la puerta. Chuck es el primero en bajar y lo hace despacio, como si temiera que todo pudiera ser una trampa y en cualquier momento los zombis fueran a aparecer para lanzarse sobre él. Le resulta agradable sentir el viento sobre su cara y respirar aire limpio. Le hace darse cuenta de cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que lo hizo.

Por lo demás, el lugar está sumido en el más absoluto de los silencios. Tanto que resulta ominoso y agobiante. Como si una cúpula invisible se hubiera alzado alrededor de ellos aislándolos del mundo exterior.

Los pasos de Kim a su espalda rompen esa ilusión. Chuck se gira hacia ella.

—No creo que funcionen los surtidores —dice.

Ella levanta las cejas, indicándole que no tiene ni idea sobre el tema. Chelsea, Kat y John también han bajado del autobús.

—Tiene que haber un sistema de bombeo manual —asegura John.

Las tres mujeres se hacen a un lado y dejan que sean los hombres quienes se encarguen de eso. John y Chuck se dirigen hacia el depósito de combustible del autobús. Hablan en voz baja y gesticulan con las manos y sus voces se pierden en cuanto se alejan. Kim se gira entonces y observa el autobús con sorpresa. Nos

giramos con ella...

Y comprendemos qué es lo que le hace sorprenderse de esa manera. La carrocería del vehículo está tan llena de pequeñas abolladuras que parece un cráter lunar, le da el aspecto de estar al borde del desguace. Y ve manchas de sangre en más de un sitio.

—Impresiona, ¿eh? —pregunta Kat a su lado, fascinada.

Kim asiente. Un fuerte ruido metálico le hace volverse. John y Chuck han levantado una tapa y ahora están colocando una manguera. Se mueven con rapidez y Kim se dice que eso es bueno. Oye pasos que descienden del autobús y al mirar descubre que son Osney y Nancy.

—¿A dónde vais? —pregunta.

—A la tienda —responde Nancy—, a ver si me compro unos refrescos.

Desciende del último escalón de un salto y echa a andar hacia el edificio pasando junto a ellas sin dignarse a mirarlas. Kim menea la cabeza, con resignación, y se da cuenta de que Osney la está mirando con su ojo sano.

—Vamos a coger provisiones —explica, con el tono de quien pretende disculpar a la otra persona—. Queremos sentirnos útiles también.

—¡Y a por vendas! —exclama Nancy sin girarse y levantando la voz. Demasiado, para el gusto de Kim—. ¡También vamos a buscar vendas nuevas para Osney!

—Eso también —admite el aludido, corriendo para alcanzar a la actriz.

Kim les observa alcanzar la puerta de la tienda. Nancy la abre sin mostrar ningún tipo de precaución, y durante un momento, Kim teme que algo salga corriendo del interior y le arranque la garganta de un mordisco. Pero no ocurre nada y los dos entran en el edificio sin problemas. La puerta se cierra despacio, con un tintineo metálico al final.

—En realidad es buena idea, ¿no? —pregunta Chelsea—. Deberíamos ir y coger todo lo que pueda resultar útil.

Kim maldice para sus adentros pero sabe que Chelsea tiene razón. Asiente con la cabeza y la otra mujer corre de regreso al autobús para coger un par de mochilas. Todo esto no ha pasado desapercibido a ojos de Chuck, que se acerca a la carrera abandonando a John mientras el policía intenta colocar la manguera en su sitio.

—¿Qué hacéis? —pregunta Chuck.

—Vamos a aprovisionarnos —responde Kim, decidida.

—No deberíais alejaros —dice él, sintiendo un nudo de preocupación en el estómago—. Eso no es lo importante ahora...

—Mientras vosotros llenáis el tanque, sacaremos de la tienda todo lo que podamos. Tranquilo, si Zoran da la voz de alarma correremos como alma que lleva el diablo.

Chuck quiere protestar. El agujero negro que se ha formado en su garganta le exige que proteste. Lo que se jacta de conocer a Kim entiende que lo que hay en los ojos de ella es una convicción tan férrea como la de cualquiera de las decisiones que él mismo le pide que tome. A su pesar, acepta y asiente. Eso no evita que cuando

Chelsea baja del autobús y las dos mujeres corren hacia el edificio. Chuck no siente un pinchazo de angustia en el corazón.

A su espalda se escucha una vibración sorda. John ha empezado a bombear combustible al autobús y Chuck regresa junto a él.

6

Acompañemos a Chelsea y Kim a la estación de servicio. En cuanto abren la puerta, del interior surge un aire viciado, caliente y pestilente, a orina y carne podrida. Las dos mujeres se detienen en seco, acusando la sorpresa imprevista, y Chelsea se tapa la nariz con la mano antes de entrar.

El interior de la tienda está en penumbra pero se puede ver sin problemas. Nancy y Osney merodean entre dos estanterías mirando alrededor, pero incluso desde donde se encuentran, Kim y Chelsea pueden apreciar que el lugar ha sido saqueado. Hay cosas tiradas por el suelo, papeles y recipientes vacíos, y en las estanterías apenas queda nada de utilidad.

Hay revistas y periódicos con noticias que les retraen a tiempos pasados que, a pesar de no ser tan lejanos, les resultan ya tan extraños como si hablaran de otro planeta. Chelsea incluso coge una revista de cotilleos en cuya portada aparecen Brad Pitt y Angelina Jolie, muy sonrientes y felices, y se queda mirándola un rato.

—¿Seguirán vivos? —pregunta, enseñándole la portada a Kim.

—Quién sabe.

—Me resulta un poco extraño pensar que hayan podido acabar convertidos en zombis y ahora corran por las calles intentando comerse a la gente... —Chelsea deja la revista en la misma estantería de la que la sacó—. Si Brad Pitt me persiguiera creo que me quedaría tan loca que no podría ni huir.

—Esperemos no encontrárnoslo entonces —murmura Kim, lacónica.

Nancy les silba desde el otro lado de la tienda y tanto Kim como Chelsea se giran para mirar. Nancy agita algo en la mano levantada.

—¡Vendas! —exclama—. Vamos al baño a ver si hay agua.

Chelsea levanta una mano con el pulgar extendido hacia arriba.

Las neveras también están vacías, no hay botellas ni latas ni sándwiches ni nada de lo que contienen en condiciones normales. Encuentran, eso sí, algunos paquetes de gominolas y chicles que Kim guarda en una de las mochilas de todas maneras.

—Imagino que esto es lo que vamos a encontrar a partir de ahora. Si alguien ha llegado antes que nosotros a donde sea que vayamos, no encontraremos nada.

Detrás del mostrador, sin embargo, sí que encuentran algo. Un adolescente con uniforme de la gasolinera y una chapita ovalada a la altura del pecho con su nombre grabado yace en el suelo con la cabeza reventada y sus sesos esparcidos por el suelo.

—Al menos ya sabemos por qué huele así —murmura Chelsea.

Kim se acerca a la vitrina situada detrás del mostrador, llena de recambios para automóviles. Ve un par de barras metálicas, de las que se utilizan para aflojar tuercas, y coge una de ellas. La blande en el aire y vuelve a mirar el cadáver del suelo.

—¿Quieres una, Chels?

7

La gasolina sigue traspasándose al autobús. John está activando el bombeo manual y Chuck sujeta la manguera, aunque su atención no se encuentra allí sino en la puerta de la estación de servicio. El policía está concentrado en lo que hace, por lo que al final, resulta normal que ninguno se fije en Kat cuando empieza a caminar hacia el lateral del edificio.

Siempre ha pecado de curiosa. Cuando era pequeña, con apenas cinco años, se salió de la fila en la que estaban todos sus compañeros de clase durante una excursión a un museo, porque vio algo que le llamaba la atención en un cuadro y se quedó mirándolo. Nunca supo si se había asustado más ella al descubrir que la excursión había continuado sin ella, o la profesora que había estado buscándola cuando se percataron de su ausencia.

Y luego estaba su problema con la magia. Le fascinaba, pero al mismo tiempo su afán curioso se convertía en obsesión por descubrir en qué consistía el truco. Sus padres la llevaron en una ocasión a ver a David Copperfield y ella mantuvo los ojos abiertos como platos durante toda la función. El punto culminante llegó cuando el mago se alzó por encima de las butacas donde se sentaba el público y, a la vista de todo el mundo, voló y realizó piruetas imposibles en el aire. Kat estuvo sin dormir durante dos semanas, dándole vueltas y vueltas a lo que había visto, obsesionándose con el tema hasta el punto de que sus padres tuvieron que obligarla a dejar de pensar en ello, preocupados por la actitud de su hija. En realidad, Kat nunca ha dejado de darle vueltas. Es el único misterio que no ha resuelto jamás y la obsesiona más que nada en el mundo.

—¿Cómo es posible que el muy hijo de puta vuele? —se pregunta en más de una ocasión—. No son cables, sería demasiado burdo y alguien podría verlos.

Su padre había llegado a decirle una vez que le prohibía terminantemente cualquier lectura sobre cosas como el triángulo de las Bermudas, las marcas en los sembrados que la gente achacaba a señales alienígenas o misterios semejantes.

—Y tampoco leas nunca nada sobre John Fitzgerald Kennedy —le dijo en una ocasión, luciendo una enorme sonrisa que Kat siempre había apreciado cuando aparecía en los labios de su padre.

Kat se reía con él, pero sabía que tenía razón. Lo último que necesitaba era obsesionarse con una de esas cosas. Su curiosidad la llevaría a leer sobre el tema todo lo escrito a lo largo de la historia, en busca de la clave que nadie hubiera visto.

¿Qué ha llamado ahora su curiosidad? Si miras hacia el frente, en línea recta hacia el lugar al que camina ella, cerca de la zona con grava donde termina el aparcamiento y comienza la vegetación, verás un pequeño resplandor en el suelo. Puede ser nada, un trozo de vidrio en el que refleja el sol, una pequeña pieza de metal olvidada... puede ser cualquier cosa, pero ha despertado la curiosidad de Kat y ahora ella avanza hacia allí con gesto resuelto.

Resulta ser un reloj. Kat se detiene junto a él y lo toca con la punta del pie, dándole la vuelta. La esfera está agrietada pero sin duda es un reloj caro.

Kat se agacha y sus dedos llegan a cerrarse alrededor del reloj cuando escucha un brusco ruido de pasos que corren y pisotean hierbas secas y luego la grava. Apenas alcanza a ver una sombra que cae sobre ella sin que tenga tiempo de reaccionar siquiera.

8

El cuarto de baño de la estación de servicio está razonablemente limpio para lo que suelen ser esos sitios. Nancy prueba el grifo y comprueba que sale un débil chorro de agua. Le parece suficiente así que se gira hacia Osney y le dice que se acerque. Al principio él no contesta. Se ha quedado mirándose al espejo. Es la primera vez que tiene ocasión de ver el destrozo en que ha quedado su rostro. Los labios le tiemblan por la impresión. El ojo que le queda se vuelve brillante cuando las lágrimas amenazan con derramarse. Nancy se acerca a él y apoya la mano con suavidad en su mejilla.

—Eh... No vayas a ponerte a llorar —le dice, amable—. Voy a limpiarte y ponerte una venda limpia, ¿vale?

—Me he convertido en un monstruo —murmura él, girándose para quedar de espaldas al espejo mientras ella abre la caja de la venda—. Estoy desfigurado...

—Pero sigues vivo —le recuerda ella, comenzando a vendarle.

Él permanece muy quieto mientras ella rodea su cabeza con la venda, poniendo especial cuidado al pasar sobre la cuenca vacía. Su ojo sano mira al suelo, perdido en pensamientos inútiles y deprimentes.

—No sé si estoy hecho para soportar las miradas de la gente... —murmura—. Llevo demasiado tiempo soportándolas, pero ahora... van a ser distintas. Les voy a causar repulsión...

Nancy se detiene y le obliga a levantar la cabeza apoyando su mano en la barbilla de él.

—Eh... Para, no sigas por ese camino...

—Es la verdad —declara él, lacónico.

—¿La verdad? Es una sarta de gilipolleces, Osney. ¿Qué gente? No queda nadie ahí fuera, joder. ¿Te miro yo con cara de asco?

Osney le mantiene la mirada unos segundos y se le escapa una sonrisa.

—Bueno, has retrocedido cuando me has quitado la venda antes.

—Porque soy una puta frívola, ¿no lo sabías?

Ella suelta una carcajada y durante unos segundos ninguno de ellos dice nada. Después, con ese tipo de impulsos que a veces resultan inexplicables, los dos se adelantan y sus labios se unen en un cálido y profundo beso. Sus lenguas chocan y se exploran mientras las manos de ambos se mueven con rapidez y comienzan a desnudarse, actuando con esa clase de pasión urgente y desesperada que suele culminar en un polvo rápido. Él ya está duro cuando las manos de ella logran abrirse camino por debajo de su ropa interior. Están frías al tacto y eso provoca que su miembro palpite con más fuerza. Osney agarra con fuerza a Nancy y la sienta en el lavabo, quitándole los pantalones con el mismo movimiento. Cuando entra en ella, Nancy gime al oído de él. Una de sus manos le agarra de la nuca y se enreda con el vendaje a medio poner. No les importa, a ninguno de los dos. Ella engancha las piernas alrededor de la cintura de él y le pide más, le obliga a entrar a fondo...

Salgamos de aquí. Ya sabemos cómo terminan estas cosas y está bien dejarles un poco de intimidad, aunque ellos ni siquiera sepan que estamos aquí. Al cruzar la puerta del servicio estamos a punto de chocar con Kim, que viene en dirección contraria y se detiene al apoyar la mano en la manija. Es cosa de una milésima de segundo el hecho de que no abra la puerta. Puedes ver cómo frunce el ceño y ladea la cabeza, extrañada y al mismo tiempo fascinada. Reconoce los gemidos que se escuchan tras la puerta. Ha venido a decirles a Nancy y Osney que deberían ir volviendo al autobús, y ahora suelta la manija y retrocede con la boca abierta en una sonrisa de pasma.

Chelsea levanta una ceja, extrañada.

—¿Qué pasa?

—No te lo vas a creer —responde Kim, que aún no ha salido de su asombro—. Están... —hace un movimiento inequívoco con los brazos.

Chelsea parpadea y mira hacia la puerta de los servicios.

—¿En serio?

—Te lo juro.

—¿Están follando?

—Sí.

Chelsea sacude la cabeza y pone los ojos en blanco con resignación. Las dos mujeres abandonan la estación de servicio entre risas, con las mochilas en la mano. Chelsea se dirige directamente al autobús. Kim se desvía y se acerca a Chuck.

—¿Cómo vais? —pregunta.

—Bien, creo.

Kim asiente y mira alrededor, respirando hondo el aire limpio y fresco que proviene de las montañas. Luego echa a andar hacia el autobús. Se encuentra con Chelsea en la puerta, bajando con gesto de extrañeza.

—¿Dónde está Kat?

La pregunta sorprende a Kim, que al principio no entiende a qué se refiere la otra mujer. Luego abre los ojos con sorpresa y mira alrededor.

—Chuck —llama, girándose hacia los dos hombres que siguen llenando el depósito de gasolina—. ¿Has visto a Kat?

Chuck niega con la cabeza. Chelsea y Kim intercambian una mirada de preocupación y vuelven a dar una vuelta sobre sí mismas, mirando en todas direcciones.

9

Kat está tirada en el suelo. Una mano sucia y grasienta le cubre la boca y lo único que puede ver es el rostro que se cierne sobre ella, los ojos pequeños y maliciosos del hombre que está sentado sobre su abdomen, inmovilizándola. Tiene la nariz larga y ganchuda, las mejillas hundidas cubiertas por una barba descuidada, negra con algunas hebras plateadas, y los labios finos, casi de mujer, le ocultan una dentadura desalineada. Pero sin duda lo peor son los ojos, tan pequeños y escurridizos que Kat siente miedo en cuanto los mira. Encima de él, el cielo.

—Chsss, calla —bisbisea él. Se pasa la lengua entre los labios y mira hacia la estación de servicio por entre los matorrales que les ocultan.

«Tan cerca...».

Kat intenta mirar en esa dirección pero la presión que el hombre hace sobre ella se lo impide. Apenas alcanza a ver el techo del edificio por encima de los matorrales. El corazón le late tan deprisa y tiene tanto miedo que empieza a temblar sin control. El hombre se agacha hasta que sus ojos quedan a apenas unos centímetros de los suyos. Kat gime y trata de revolverse, sin conseguirlo.

—Eres la primera persona que veo desde hace dos semanas —dice el hombre. Le huele el aliento y hace que Kat tenga ganas de vomitar—. Vamos a ser muy amigos, tú y yo...

La sonrisa del hombre le resulta enloquecedora, así que Kat no se lo piensa dos veces. Muerde con fuerza la mano del hombre y aprovecha el momento en que él tira de su brazo hacia atrás para gritar. Es apenas un segundo, porque después el hombre lanza el puño hacia delante, estrellándolo contra el puente de su nariz, y la oscuridad envuelve a Kat.

Apenas un segundo, pero suficiente.

Junto al autobús, Kim y Chelsea se quedan paralizadas al oír el grito y vuelven la cabeza en la dirección de la que proviene. Chuck y John intercambian una mirada de horror. Incluso Zoran, encima del autobús, mira en la dirección de la que ha venido el grito.

Aquí puedes apreciar dos tipos de reacción diametralmente opuestas: Chelsea

retrocede hacia el autobús con pasos cortos, aterrorizada; Kim, sin embargo, echa a correr en dirección al grito. Al verla, Chuck grita su nombre y corre detrás de ella.

A mitad de camino Kim alcanza a ver movimiento detrás de los arbustos. Su cerebro le grita que se detenga. Sabe que es más que posible que se trate de un muerto, que Kat esté tirada en el suelo con el estómago abierto y las tripas desparramadas, con la sangre empapando la hierba y la tierra, pero necesita verlo con sus propios ojos, comprobarlo...

Se detiene cuando ve la figura de un hombre alzándose entre los arbustos, a unos cinco metros de ella, rodeando el cuello de Kat con un brazo y usándola como escudo humano. Ella tiene los ojos cerrados y está inconsciente; un reguero de sangre le empapa la boca y las mejillas. Kim se fija en el hombre. Viste como un mendigo o un loco, con las ropas rotas y sucias (aunque lo cierto es que ellos no tienen mucho mejor aspecto), y lo que más pánico le produce es comprobar que está tan vivo como ellos.

—¡Suéltala! —ordena Chuck, alcanzando a Kim y colocándose por delante en actitud protectora.

—¡Eh, eh! —exclama el hombre a su vez, sacando una navaja y colocándola sobre la garganta de Kat—. No des un paso más, ¿vale? —La navaja está sucia, aunque desde donde se encuentran Kim y Chuck resulta imposible distinguir qué clase de manchas son las que tiene—. Aquí nadie tiene intención de hacer daño a nadie, ¿verdad?

—Dios mío... —murmura Kim. Se lleva las manos a la boca, angustiada.

Chuck estira una mano hacia ella.

—Kim, regresa al autobús, ¿vale?

—No... —Kim da un paso adelante y se sitúa a la altura de Chuck. Sus ojos azules brillan convertidos en dos glaciares—. Suéltala, hijo de puta.

—No estáis en condiciones de exigir nada —responde el hombre, con una sonrisa demencial en los labios—. Os diré lo que vamos a hacer. Vosotros os largáis por allí... y yo me largo por aquí con vuestra amiga. —Hace un gesto hacia su espalda con la cabeza. Por detrás de él solo se extiende una arboleda, no se ve ninguna edificación cercana—. Lo siento mucho, pero podéis considerarlo un peaje. Por cruzar mi territorio y saquear mi gasolinera.

Kim da un paso hacia él y Chuck le agarra el brazo para impedir que avance más.

—No sigas, preciosa —ordena el hombre—. A menos que quieras unirse a nosotros, claro. Estás invitada y podemos pasar juntos el fin del mundo. —Suelta una risita que recuerda al sonido que hacen las hienas, y luego mira a Chuck, apuntándole con la navaja—. Tú no estás invitado, grandullón.

—Suéltala —repite Kim, haciendo ademán de avanzar de nuevo. La mano de Chuck que le agarra el antebrazo se lo impide, firme y rígida. El tono de su voz es tan seco que las palabras son como papel de lija en los oídos de Chuck.

—Si das un paso más le corto el cuello —advierte el hombre.

—No pienso irme de aquí sin ella —asegura Kim—, así que puedes cortarle el cuello si quieres, pero tú tampoco saldrás vivo de aquí.

El hombre abre los ojos al oír eso, asombrado, y su mirada baila entre Kim y Chuck, que aunque no permite que su rostro lo refleje, está tan impresionado como el otro hombre ante la actitud de Kim.

—¿Esta tía va en serio?

—Nunca la he oído bromear —murmura Chuck rezando para que Kim sepa lo que está haciendo.

Tres cosas ocurren al mismo tiempo. La primera de ellas es que el hombre vuelve a apartar la navaja del cuello de Kat para señalar con ella hacia Kim. Su intención es clara, decir algo amenazante y definitivo, aunque su voz se pierde bajo el grito de Zoran. Desde lo alto del autobús está mirando hacia la carretera y viendo cómo un grupo de muertos vivientes surge de entre los árboles y corre hacia la gasolinera. Dos al principio, cuatro más a continuación, y otros seis que completan el grupo por detrás.

La tercera de las cosas que suceden al mismo tiempo es una detonación. Una pequeña flor rojiza se abre en la frente del hombre que mantiene a Kat como rehén. Su cabeza se sacude hacia atrás y el cuerpo cae al suelo, arrastrando a la chica con él. Tanto Chuck como Kim se giran. John Vernon está tres metros por detrás de ellos, y ahora baja su arma, satisfecho de haber hecho un buen disparo.

No hay tiempo para felicitaciones. Chuck empuja a Kim hacia el autobús y echa a correr hacia Kat. Kim y John lo hacen hacia el vehículo, aunque ella se gira a medio camino para comprobar que Chuck está allí. El hombretón se agacha junto a Kat y la coge en brazos, cargándosela al hombro como si fuera un fardo.

—¡Corred! —grita Zoran, desesperado.

Los muertos están cada vez más cerca.

10

Nancy levanta la cabeza y se detiene. A Osney, como a cualquier hombre en su situación, le cuesta unos segundos entender que tiene que parar y sigue meciendo la cintura adelante y atrás.

—¿Eso ha sido un disparo? —pregunta ella.

Osney mira alrededor, dejando de moverse (ahora sí), como si la respuesta a esa pregunta pudiera hallarse en las paredes del cuarto de baño.

—Yo no he oído n...

—¡Gritos! —Nancy le empuja hacia atrás y salta al suelo.

Con el frenesí de la adrenalina y el miedo, recoge sus pantalones del suelo y se viste a toda prisa. Osney la imita sin decir nada.

—¡Vamos!

John vuelve a disparar cuando están a menos de tres metros de alcanzar la puerta. El zombi que corre a la cabeza del grupo se sacude hacia atrás cuando la bala impacta en su pecho y cae al suelo, pero vuelve a levantarse de inmediato. John no falla el segundo disparo.

Kim alcanza la puerta del autobús y mira hacia Chuck. Le faltan casi veinte metros para llegar. John está más cerca, con el brazo del revólver extendido y apuntando. Aprieta el gatillo de nuevo.

«No lo va a conseguir». De repente, es una certeza en su mente.

Detrás de ella, Chelsea ocupa el asiento del conductor y hace girar las llaves en el contacto. El motor del autobús cobra vida.

—¡Corre, Chuck! —grita Kim, desesperada.

John vuelve a disparar, dos veces seguidas. Una mujer con un vestido veraniego destrozado que deja uno de sus pechos al aire junto con una terrible herida abierta a la altura del hombro, cae al suelo con la cabeza reventada. De inmediato la sobrepasa un adolescente con peto vaquero y pelo corto cuyo rostro parece haber pasado por una trituradora. John aprieta el gatillo una vez más y se queda petrificado al escuchar el inequívoco sonido que hace un arma al no encontrar más balas que disparar.

El adolescente está demasiado cerca, cruzando por delante del autobús y extendiendo los brazos hacia él. Su boca es un agujero lleno de dientes sucios que se abre y cierra saboreando con anticipación la carne que va a llenar su estómago cuando muerda a John. El policía grita y lanza un puñetazo que no está ni cerca de acertar, y las manos del chico le agarran de los hombros y le empujan hacia atrás.

Como si fuera un guerrero ninja, o algo así, Zoran ha bajado del techo a través de la trampilla, ha corrido por el pasillo y empujado a Kim para poder pasar; y ahora salta desde el primero de los escalones, gritando y levantando el brazo por encima de su cabeza. Su cuchillo atraviesa carne y hueso de la cabeza del chico cuando está a punto de cerrar la mandíbula sobre la mejilla de John.

Chuck cruza junto a ellos, jadeando por el esfuerzo de cargar con Kat, y Kim le agarra del brazo para tirar de él hacia el interior del autobús. Zoran se incorpora y agarra la mano de John para ayudarlo a levantarse.

—Me debes otra —le dice.

John no contesta pero corre hacia el autobús cuando Zoran le empuja. Un hombre con pantalones vaqueros desgarrados y camisa a cuadros se abalanza sobre ellos. Zoran le hace frente blandiendo el cuchillo y lanzándolo hacia delante. Si los muertos tuvieran reflejos, el zombi no habría tenido problemas para esquivar el cuchillo. Sin embargo, es casi como si se lanzara sobre la punta a propósito, y el filo atraviesa uno de sus ojos y se clava en el cerebro con un chasquido.

Zoran intenta recuperar su arma para enfrentarse al siguiente muerto, pero el

cuchillo se niega a salir del cráneo del hombre, así que el eslovaco empuja hacia atrás al zombi y salta hacia el autobús. Dos muertos más tropiezan con el cadáver del tipo con camisa a cuadros. Alguien grita que cierren la puerta; entre la algarabía de chillidos y la tensión presente resulta complicado saber quién ha sido. Chelsea aprieta el botón y la puerta se cierra un momento antes de que los muertos comiencen a agolparse contra ella. Apenas media docena, pero con los rostros tan muertos y las fauces tan rabiosas y mortíferas como los de la multitud que les rodeó en Portland.

Dentro Chuck está jadeando, arrodillado en el suelo y con Kim abrazándole y mirando hacia Kat, tendida inconsciente en uno de los asientos. Chelsea se incorpora y le deja el asiento del conductor a John, que también está bufando para recuperar el aire perdido en la carrera.

—Ha estado a un pelo —dice Zoran—. Y he perdido el cuchillo.

—Pues nos hemos quedado sin armas —contesta John, lanzando una mirada rabiosa hacia la puerta. Los muertos la golpean con ímpetu y se empujan unos a otros como niñas enloquecidas en un concierto de su ídolo juvenil. Mira a Zoran—. Gracias por salvarme la vida otra vez.

Kim va a decirles que ha cogido dos barras metálicas en la estación de servicio, pero antes de hablar sus ojos se abren como platos y mira en todas direcciones.

—Joder...

Chuck levanta la cabeza hacia ella, extrañado. Si no fuera porque le falta aire, haría la pregunta correspondiente.

No importa, porque más atrás, Ian señala hacia la ventana.

—¡Nancy y Osney siguen ahí fuera! —grita.

Y todos se precipitan hacia las ventanas para mirar. Y como si también lo hubieran oído, los muertos abandonan la puerta del autobús para echar a correr hacia la estación de servicio en cuya puerta se encuentran Nancy y Osney.

12

—¡Joder! —grita Osney al tiempo que tira de Nancy de regreso al interior de la tienda.

La puerta se cierra con un chasquido y ambos retroceden incapaces de apartar la mirada de la media docena de muertos que corren hacia allí y se estrellan con violencia contra el cristal de la puerta. Los dos primeros golpes tan solo hacen que el cristal se tambalee, sin embargo, cuando el tercer muerto choca contra la puerta el cristal estalla...

... de la misma forma que estalló allá en Portland cuando una explosión desfiguró el rostro de Osney Martell.

Quiere Dios que se encuentren a una distancia suficiente para que en esta ocasión los cristales no les golpeen. Supongo que, parafraseando, Dios tiene otros planes para

ellos. Aunque puedan no ser muy extensos.

Los muertos atraviesan en tropel el agujero que acaban de crear. Osney retrocede entre dos estanterías de productos. Tarda unos segundos en darse cuenta de que Nancy no le sigue, y es demasiado tarde para regresar a por ella. Casi como si fueran fans que la buscan a la salida de un preestreno en las calles de Los Ángeles, los muertos se arrojan sobre ella. Nancy se desliza a un lado y lanza un puñetazo al primero de ellos, acertándole en la sien. Apenas obtiene nada de provecho de ese golpe. El muerto no acusa el golpe como lo hacen los villanos en las películas para las que ella misma ha entrenado en más de una ocasión. Los muertos no son extras dispuestos a caer en cuanto ella les toca y el hombre al que ha golpeado se revuelve con furia y clava los dientes en su antebrazo, con tanta fuerza que traspasan la ropa y cuando se retiran, con una sacudida de la cabeza similar a la que haría un látigo, se llevan un trozo de carne.

Nancy no se rinde. El dolor le sube como una descarga por el brazo hasta el hombro, y de ahí a la cabeza, pero de una patada logra derribar a una mujer con el pelo rizado lleno de hojas y barro. Otro de los muertos cae sobre ella desde un lado y la empuja contra las neveras vacías y de ahí al suelo. La sangre de Nancy deja un rastro en la puerta transparente de la nevera.

Osney se da la vuelta y corre, perseguido por un joven de anchos hombros y brazos musculosos que muestra un par de heridas en la muñeca izquierda y en la mejilla. A través de esta, Osney ha podido ver sus dientes e incluso la lengua moviéndose por detrás. Tropieza con una de las estanterías, haciéndola caer, y gira hacia la puerta que lleva al cuarto de baño. El muerto corre detrás de él, gritando y arañando el aire con las uñas sucias y rotas. Sus pasos resuenan como cañonazos, casi ocultando los gritos de Nancy más atrás.

La puerta del baño se estrella contra la pared con estrépito cuando él la atraviesa. Con una agilidad que nunca ha creído tener, Osney se sube encima del lavabo donde un momento antes ha estado sentada Nancy mientras hacían el amor, y abre la ventana de un tirón.

Los dientes del zombi le muerden en la pierna, con tanta fuerza que Osney lanza un chillido y patalea tratando de librarse del dolor. El muerto cae hacia atrás, sin dejar de masticar, y Osney se sube al marco de la ventana y se lanza hacia el otro lado. La venda se engancha en el pestillo de la ventana y siente un tirón en la cabeza. Luego se estrella violentamente contra el asfalto y escucha el crujido de dos de sus dientes. Cuando se incorpora lo hace tambaleándose, sintiendo que la boca se le llena de sangre y que el mundo a su alrededor empieza a girar sin sentido.

Le fallan las piernas mientras intenta alejarse de la estación de servicio. Un ataque de tos le obliga a inclinarse hacia delante y soltar un esputo de sangre entre el que alcanza a distinguir uno de sus dientes. Vuelve a tambalearse, sabiendo que necesita correr antes de que los zombis terminen con el cuerpo de Nancy y encuentren de nuevo la salida.

El ruido del motor le sorprende. Al mirar hacia la izquierda ve la gigantesca mole del autobús dirigiéndose hacia él, un déjà vú de lo ocurrido ante la estación de Portland.

«Entonces fue Nancy la que apareció sobre el autobús, como una amazona, para rescatarme».

El pensamiento, inconexo y neblinoso, le devuelve a la realidad. Agita las manos para llamar la atención de John, sentado al volante del vehículo, y está a punto de volverse a caer al suelo. El dolor sordo que siente en la boca oculta los pinchazos que le suben desde la pierna. Siente el sabor cobrizo de la sangre bajándole por la garganta.

El autobús se detiene y la puerta se abre. Zoran le tiende una mano y Osney la agarra con torpeza para dejarse arrastrar al interior del vehículo. La puerta vuelve a cerrarse y John aprieta el acelerador.

—¿Y Nancy? —pregunta Kim.

—No lo ha conseguido —responde él. Se pasa el dorso de la mano por la boca y mira la sangre con gesto aturdido.

Chuck se adelanta, empujando a un lado a Zoran y Kim.

—¿Te han mordido?

Osney les mira, dudando. Tal vez, y aquí hemos de entrar en el terreno de las suposiciones, si hubiera dicho que no de inmediato habría logrado engañarles. Tal vez, o tal vez no si alguno de ellos miraba sus piernas y veía la herida en la parte trasera del muslo. El caso es que Osney duda y eso es suficiente para que todos comiencen a apartarse de él; excepto Chuck.

—Mira... —Osney levanta las manos, enseñando las palmas en gesto de inocencia—. No ha sido nada... Algo superficial, aquí, en la pierna.

Se gira para mostrárselo. Chuck le mira con tristeza. El resto guarda silencio.

—Sabes que no podemos dejarte aquí.

Osney niega con la cabeza. Parece un vampiro después de darse un banquete, con toda la sangre que le empapa la barbilla.

—No, por favor —solloza—. No podéis dejarme tirado, estoy bien... venga, ha sido solo un arañazo, no me encuentro mal —intenta reírse aunque el resultado resulta más paródico que sincero—. Me duele más el ojo que la pierna...

Sus súplicas se estrellan contra el muro impasible que es el rostro de Chuck. Contra el miedo en los ojos de los demás.

—No me voy a bajar —asegura Osney entonces, moviendo a un lado y otro la cabeza—. Si queréis sacarme vais a tener que echarme vosotros.

—No es nada personal —Chuck avanza—. No nos lo pongas más difícil.

—No —Osney niega, desesperado—. ¡No quiero!

John aprieta el freno de golpe. Es tan brusco que ninguno de ellos se lo espera, mucho menos Osney que está de espaldas y pierde pie, precipitándose contra el parabrisas. Chuck aprovecha la caída para agarrar a Osney y empujarle hacia la

puerta. Como si estuviera preparado, John aprieta el botón que la abre y tanto Chuck como Osney caen a la carretera y ruedan en un laberinto de brazos y piernas. Osney intenta levantarse de nuevo pero Chuck le golpea en las costillas y se echa hacia atrás antes de que el otro hombre tenga tiempo de reaccionar y agarrarle de la ropa.

—¡No! —grita desde el suelo.

Chuck vuelve a entrar en el autobús al mismo tiempo que John aprieta el acelerador. Osney también se pone en pie y corre detrás de ellos durante unos metros mientras el autobús le va dejando atrás. El humo del tubo de escape le hace doblarse y toser; los ojos se le llenan de lágrimas y gira, dándole la espalda y mirando hacia la estación de servicio.

No hay muertos a la vista, los que entraron persiguiéndoles deben seguir allí devorando el cuerpo de Nancy Avalon. Pronto, el autobús se pierde detrás de una curva y Osney Martell se queda solo en medio de la nada. Gira en todas direcciones, buscando una señal, algo que le dé una idea sobre qué camino seguir.

Pensando en quitarse de la vista antes de que los muertos decidan salir de la estación de servicio y le localicen, Osney echa a correr hacia un lado de la carretera y se interna entre los árboles, buscando su protección y la sombra. Y así le vemos nosotros por última vez. Su destino está sellado, puesto que el Cuarto Jinete corre ya por sus venas. Si morirá por su mano o dejará que el virus le consuma hasta apagarle es algo que no sé decirte en este momento.

Pero morirá, de eso podemos estar seguros. Y con eso, los trece topes supervivientes de Portland se reducen a diez.

13

Cuando Kat vuelve en sí le duele tanto la cabeza que le cuesta enfocar. Por un momento no sabe dónde está. Entonces recuerda al hombre de los ojos pequeños y maliciosos y se incorpora bruscamente pensando en huir. Se da de bruces contra los brazos de Kim. Cuando la reconoce, Kat se echa a llorar.

—Tranquila —le susurra Kim, acariciándole la cabeza—. Estás a salvo.

—¿Qué pasó? —pregunta Kat. Se sorprende al escuchar su propia voz, cavernosa y grave, como si estuviera hablando a través de una caja de cartón. Se lleva la mano a la cara y al tocar la nariz se estremece de dolor y se echa hacia atrás—. ¡Au!

—Creo que tienes la nariz rota —le dice Kim, sujetándola de las manos para evitar que vuelva a tocarse—, pero estás bien y eso es lo que importa.

—¿Rota? —Kat siente ganas de echarse a llorar—. Siempre me ha gustado mi nariz... —Se gira y trata de buscar su reflejo en un espejo, pero lo único que ve en el cristal es el paisaje que discurre al otro lado. Alcanza a ver un coche detenido en la cuneta con las puertas abiertas, abandonado en medio de la nada. Es una imagen que le resulta escalofriante—. De pequeña quise apuntarme a kárate —le dice a Kim,

suspirando—. Insistí tanto que al final mi padre no tuvo más remedio que buscar una escuela y llevarme. Cuando el profesor me dijo que para hacer kárate tenía que aprender a recibir golpes lo primero que le pregunté fue si me podía pasar algo en la nariz.

—¿Qué te dijo? —Kim sonrío, aunque es un gesto triste, el de quien arrastra demasiado pesar y empieza a verse sofocado por las circunstancias.

—Que esperaba que no pero que podía ser. Tenía ocho años pero le miré y le dije que no estaba dispuesta a romper la nariz perfecta que tenía —Kat resopla—. Le dije eso, me largué y no volví nunca. ¿Está muy mal?

—No. No creo que se note cuando se cure —responde Kim. En realidad no tiene la menor idea.

—¿Qué pasó con el hombre que... me hizo esto?

—John le disparó. Chuck te trajo al autobús en brazos. Hemos perdido a Osney y a Nancy.

Kat meneaba la cabeza, afectada por la noticia. Durante un rato, ninguna de las dos dice nada más.

—¿Tú estás bien?

Kim coge aire y duda un momento. Luego se encoge de hombros.

—No. Cada una de las decisiones que he tomado han conducido a alguien a la muerte, así que no... no estoy bien. Y ya solo quedamos diez.

—¿Y te culpas por eso? —Kat niega con la cabeza—. Eso ocurre porque tú tomas las decisiones, pero también pasaría si fuera otro quien las tomara. O podría ser peor. No me quiero ni imaginar la clase de decisiones que podría tomar John si se erigiera como líder del grupo.

—Pero también podría ser mejor. Tal vez no debería seguir adelantándome y señalando los caminos a seguir. Tal vez debería hacerlo otro.

—No es fácil ser un líder —admite Kat—, pero no vale cualquiera. Kim, aquí todo el mundo respeta tus decisiones y no creo que nadie te eche en cara las muertes que han tenido lugar.

—Eso es porque no has visto cómo mira Cindy a Chuck.

—En serio, Kim... Si te echas a un lado no creo que nadie vaya a sustituirte. ¿Quién podría hacerlo?

—Chuck —responde ella de inmediato—. O Zoran.

—Zoran podría ser —Kat se encoge de hombros—, aunque no lo creo. No le veo esa madera. Y Chuck está enamorado de ti, así que dudo mucho que quiera dar ese paso para sustituirte.

Kim se ríe y resopla.

—Chuck no está enamorado de mí.

—Eso es porque no has visto cómo te mira —replica Kat, parafraseando a Kim.

Kim sacude la cabeza una vez más. Sin embargo, el germen de esa idea ya ha calado en su cerebro. Empieza a repasar todo lo que ha ocurrido desde que empezó

todo esto, todas las veces que Chuck ha estado a su lado, la forma en que él le pregunta y busca su apoyo, los cientos de veces que ambos han cruzado miradas, las sonrisas torpes del hombretón, y por último, la forma en que él la abrazó durante la última noche mientras dormían.

—Un momento —murmura.

Se levanta y camina entre los asientos hacia la parte trasera del autobús. Encuentra a Chuck sentado en una de las últimas filas, mirando por la ventana. Cuando la ve acercarse levanta la cabeza y le dedica una sonrisa. Kim se la devuelve y se sienta a su lado. No le dice nada; se limita a inclinarse sobre él y besarle con fuerza. Durante un momento, él está demasiado aturdido para responder, pero termina por abrir los labios y responder a su beso. Ella siente la barba revuelta de él arañando sus mejillas y no le importa. Chuck apoya sus manos en los hombros de ella y la empuja con suavidad hacia atrás.

—¿Y esto? —pregunta, extrañado y maravillado al mismo tiempo.

Ella se encoge de hombros. No tiene palabras para explicarlo pero sabe que es lo correcto. Y vuelven a besarse.

14

El autobús prosigue su viaje hacia el sur. La mayor parte del tiempo la carretera aparece despejada, aunque de cuando en cuando tienen que esquivar un par de coches abandonados, e incluso en una ocasión, empujarlos con el autobús para quitarlos de su camino. Pero la ruta en general está despejada.

Al pasar por otras poblaciones, sin embargo, encuentran que el caos también ha llegado hasta allí. Ven escenas que señalan muerte y destrucción en cada uno de esos pueblos; sangre en las calles, cuerpos caídos, vehículos abandonados, escaparates y puertas destruidas. También encuentran zombis que corren a su encuentro y golpean la carrocería con esa ira tan suya, mostrando sus dientes y gruñendo como animales. Siempre les dejan atrás.

En uno de esos pueblos, Chelsea se pregunta en voz alta si no es posible que quede gente con vida, oculta en alguno de los edificios y resistiendo a duras penas. Nadie responde porque a nadie se le ocurre qué podrían hacer ellos para ayudar.

Y tampoco ven señales de vida en ningún sitio.

Les cuesta atravesar Salem casi un día entero. Encuentran barricadas militares en varias calles que les obligan a buscar rutas alternativas y desviarse por callejuelas en las que la guerra parece haber sido enconada. Encuentran cientos de cuerpos muertos, acribillados por las balas, y miles de zombis intentan taponar el paso del autobús. Muchos de ellos son militares, lo que explica que las barricadas se encuentren vacías y da a entender que la ofensiva desplegada allí por el ejército no tuvo el menor efecto.

Miren a donde miren, solo encuentran muerte.

Salem se convierte en una tortura para todos. El autobús tiene que avanzar tan despacio por las calles abarrotadas de escombros, coches y muertos que no logran deshacerse del continuo retumbar de los puños sobre la carrocería. El sonido se vuelve molesto y les cripa los nervios. Cindy empieza a gritar y John, al volante, le devuelve los gritos ordenándole que se calle. Pero la chica no le escucha, o no le importa lo que diga el policía, y sigue aullando, intentando bloquear el resonar de los puños tapándose los oídos con las manos.

—Me va a estallar la cabeza —asegura Chelsea en un momento dado.

—¿Es que nadie puede callar a esa puta niñata? —grita John desde el frente del autobús, manejando el volante con cuidado. Le caen goterones de sudor por la frente que va secando con el dorso de la mano—. ¡Me cago en Dios, que alguien le cierre la puta boca!

Ya sabes que nadie suele estar de acuerdo con John en nada, resulta difícil estarlo, pero en este caso todos los demás le dan la razón. Los gritos no contribuyen a permitir que los demás puedan dejar de pensar en los golpes de los muertos, y todos tienen la sensación de estar volviéndose locos.

Si miras hacia atrás verás que Kim y Chuck están sentados en la penúltima fila, acaramelados y abrazados como dos adolescentes que empiezan a descubrir las bondades de una relación. Kim tiene los ojos cerrados e intenta concentrarse en no pensar en nada. Chuck le acaricia el pelo con una suavidad que resulta extraña en un hombre de su tamaño, hasta para él.

En el centro del autobús, Ian y Ellen también comparten fila de asientos. Puedes comprobar tú mismo que el aspecto de Ian es el de alguien que se encuentra en las últimas. Su piel ha adquirido un tono casi amarillento y enfermizo, las bolsas de sus ojos son profundas y oscuras y sus labios están continuamente agrietados aunque intentan darle tanta agua como pueden. Sus visitas al cuarto de baño son continuas.

Ellen no sabe por qué le cuida con tanto ahínco. No le conoce, y es más que consciente de ello, pero supone que necesita sentirse útil y es la única manera que se le ocurre. Además, Ian se portó bien con ella desde el primer momento. Ella sabe que podría haber muerto de frío durante la noche que pasaron en lo alto de aquel camión, de no haber sido por Ian.

Si seguimos hacia delante encontramos a Cindy a la izquierda. No hay mucho más que ver en ella. Está gritando, con las manos en los oídos y lágrimas cayéndole por las mejillas como las cataratas del Niágara. Todo rastro de su belleza parece haberse esfumado desde la muerte de Jorge. Se ha vuelto taciturna, le cuesta enfocar la mirada (excepto para cuando se trata de clavarle un puñal visual a Chuck) y casi no habla.

En eso se parece a Dexter Hill, al que podemos encontrar un par de filas por delante, tumbado y encogido para caber en los dos asientos que conforman la fila. Ahora tiene el jersey echado por encima de la cabeza en un vano intento de acallar los golpes, pero puedes creerme cuando te digo que su rostro recuerda al de esos

hombres que pueblan los psiquiátricos y pasan las horas sentados en una esquina mirando hacia la nada con la baba cayéndoles desde la comisura del labio, demasiado atontados por la medicación como para siquiera gastar sus energías en pensar.

En las primeras filas del autobús encontramos a Kat, Chelsea y Zoran. La primera tiene la nariz hinchada y la zona que la rodea ha adquirido un tono morado que a ella le da vergüenza mostrar y procura tapar con disimulo con la mano cuando se acuerda de hacerlo. Por lo demás, sigue siendo tan vivaz como siempre lo ha sido e incluso le agradeció a John que la rescatara dándole un beso en la mejilla. John Vernon, ahí donde le ves, se sonrojó con aquel gesto y tartamudeó como un niño pequeño.

Y por lo demás, las cosas siguen igual para John. Nadie quiere juntarse demasiado con él, nadie le tiene verdadero aprecio, y aunque él ha dejado de comportarse como un gilipollas (en parte porque pasa la mayor parte de tiempo sentado al volante) el resto sigue teniendo demasiado presente su actitud en los días pasados.

Y esos son los diez supervivientes que salieron de Portland y que a bordo del autobús Greyhound logran salir también de Salem aunque les cueste todo un día de sufrimiento sonoro. Cuando John aprieta el acelerador y deja atrás a los muertos, Kat lanza un grito de alivio y levanta los brazos por encima de la cabeza. Chelsea se echa a reír y tanto Zoran como John se unen a sus risas.

Porque de verdad es un puto alivio. Aún les parece seguir escuchando los golpes contra metal en sus cabezas, y les lleva un buen rato olvidarlos del todo. Aunque John esté cansado después de todo un día de maniobrar el inmenso autobús por las calles de Salem, se niega detenerse hasta, en sus propias palabras, «alejarse lo suficiente de esa puta ciudad infernal».

—No quiero que me despierten cuando lleve veinte minutos durmiendo —declara—. Quiero dejarles atrás. Putos zombis de los cojones.

Nadie le discute eso.

15

El día siguiente amanece nublado, tan gris como pueden estar los ánimos dentro del autobús. John se despierta con el cuello dolorido por la postura en la que ha dormido y antes de sentarse detrás del volante hace unos estiramientos y le pregunta a Chelsea si no le importaría darle un masaje en la nuca.

Cosa que a ella no le apetece lo más mínimo. Y sin embargo, se apiada de los ojos cansados del policía y accede.

El viaje transcurre con normalidad. John no aprieta demasiado el acelerador a pesar de que la mayor parte del tiempo la carretera está despejada de vehículos y otros obstáculos. Detrás de una curva, sin embargo, está a punto de atropellar a un hombre que se arrastra por el centro de la calzada con las dos piernas tan destrozadas

que le resulta imposible levantarse.

—Pobre diablo —murmura John.

Más tarde alcanzan la población de Albany. El paisaje es idéntico al que ya han visto en tantos otros pueblos. Los muertos surgen del interior de edificios, desde calles adyacentes, atraídos por el ruido del autobús, y corren a su encuentro para estrellarse contra la carrocería.

Entonces Kat lanza un grito y señala por la ventana.

—¡Mirad!

John frena el autobús, aun sabiendo que con eso lo único que conseguirá es que la ira de los muertos sea mayor y el estrépito de sus puños les arrastre hasta ese punto de casi locura que alcanzaron en Salem. En la dirección en la que señala Kat, de un cuarto piso en un bloque de fachada anaranjada, cuelga una sábana blanca en la que alguien ha pintado en grandes letras negras las palabras «VIVOS AQUÍ DENTRO».

—¿Qué hacemos? —pregunta John, gritando para hacerse oír por encima del inclemente golpear de los muertos.

—Si hay alguien ahí deberíamos ayudarles —dice Kim, acercándose por el pasillo hasta la parte delantera del autobús.

—¿Cómo? —pregunta Zoran.

—Mira cómo está la calle —dice John, señalando a su alrededor—. No vamos a lograr despejarla de muertos.

—Pero podemos pensar algo, es cuestión de darle vueltas.

—Lo primero —dice Chuck llegando hasta donde están ellos— es averiguar si hay alguien ahí. Toca el claxon.

John obedece. El sonido parece enfurecer aún más a los muertos, que redoblan su ira y sus intentos de atravesar la carrocería a la fuerza. Todos dentro del autobús se pegan a la ventana del lado izquierdo, con la vista fija en el edificio del que cuelga la sábana. Ondeada al viento de cuando en cuando, y por el momento ese es el único movimiento que alcanzan a ver.

Fuera los muertos arañan el autobús, lo muerden, se empujan y agarran y gritan con desesperación.

John vuelve a apretar el claxon, dos veces en rápida sucesión. A medida que pasan los minutos y las ventanas de ese cuarto piso siguen estando oscuras y vacías, las esperanzas del grupo menguan, se van haciendo pequeñas, cada vez más, y John vuelve a apretar el claxon una, dos, tres y hasta cuatro veces. Kim se da la vuelta con tristeza y regresa al asiento que ocupa en la parte final del bus. Chuck la observa marchar, pero aún aguarda un momento, casi rezando para que una figura aparezca en aquel edificio como respuesta a los pitidos. El segundo en perder el interés es Zoran, y luego es Kat la que se retira de la ventana, con gesto triste y melancólico.

—¿Seguimos? —pregunta John.

Chuck asiente y regresa junto a Kim. El autobús se pone en marcha de nuevo y sale de Albany a paso lento, abriéndose camino entre los muertos.

Normalmente en todas las poblaciones por las que cruzan ocurre lo mismo: los muertos les rodean y corren hacia ellos con la esperanza de atravesar las puertas del autobús y caer sobre ellos con furia y dientes ansiosos.

En Eugene, sin embargo, se encuentran con todo lo contrario. Desde el momento en que entran les parece un pueblo fantasma y no ven ni un alma en las calles. Las imágenes de caos y destrucción son las mismas, eso sí. Hay cadáveres en el suelo, con la cabeza destrozada o tan descuartizados por los propios zombis que no volvieron a levantarse después de muertos. Los coches abandonados, las puertas destrozadas y vencidas, cristales por el suelo, manchas de sangre en la pared, una bicicleta tirada en la acera junto con un teléfono móvil y papeles que sobrevuelan la calle cuando sopla el viento, charcos de agua estancada... Todo contribuye a pensar que la civilización ha tocado a su fin en Eugene.

Ni un solo movimiento.

—Este lugar me da escalofríos —le susurra Kim a Chuck mientras ambos miran por la ventana.

Por mucho que todos ellos miran por la ventana, a la búsqueda de algún indicio de vida (o de no vida), las calles de Eugene aparecen vacías durante el tiempo que tardan en cruzar el pueblo.

A las afueras, John detiene el autobús junto a los surtidores de otra gasolinera y para el motor. Pasan cinco minutos sin que ninguno de ellos se mueva, mirando por las ventanas en todas direcciones, pero siguen sin ver ningún movimiento preocupante.

—Que nadie baje del autobús —ordena Chuck acercándose a la puerta—. No queremos que se repita lo ocurrido la última vez, así que solo bajaremos nosotros a llenar el depósito. ¿De acuerdo?

Ninguna objeción. Zoran vuelve a subir al techo del autobús como vigía, y dentro del vehículo todos los demás observan por las ventanas con atención. John y Chuck bajan y se acercan a los surtidores. Trabajan bastante más rápido que la primera vez, con la sabiduría que da la experiencia, y en menos de dos minutos están bombeando combustible al autobús. En todo momento lanzan miradas tensas y preocupadas a su alrededor.

—¿Qué crees que ha pasado allí? —pregunta John en voz baja.

—¿En Eugene?

—Sí, en el pueblo fantasma de Eugene.

—No lo sé. —Chuck menea la cabeza y vuelve a mirar alrededor.

Ve un pájaro levantar el vuelo desde los árboles que bordean la estación de servicio y eso le hace ponerse en tensión. Intenta aguzar la vista y cree ver un movimiento fugaz entre los árboles. El que haría un hombre agazapado intentando

mantenerse oculto. Sacude la cabeza y se concentra de nuevo, sabiendo que se trata de su mente engañándole.

«O tal vez no».

—¿Crees que la han limpiado? —insiste John—. El ejército o alguien...

—No lo sé.

—Ojalá sea eso —fantasea el policía—, porque los zombis no migran o ya habríamos visto otros indicios de eso, pueblos vacíos como este... No sé, cualquier cosa. Es que es muy raro, ¿no?

Cuando terminan de llenar el depósito vuelven a dejar la manguera en el suelo. Chuck no ha vuelto a ver ningún movimiento en la línea de árboles, pero no deja de lanzar miradas de reojo. Suben de nuevo al autobús, John sacudiéndose las manos y limpiándolas en el pantalón.

—¿No vamos a mirar dentro de la tienda? —pregunta Kat—. No andamos bien de provisiones y no hay ni rastro de zombis todavía.

Chuck echa un vistazo al edificio de la gasolinera, tan silencioso como el resto del pueblo que han dejado atrás.

—Deberíamos —admite—. De hecho, podríamos cargar latas de combustible también —mira a John—. Quién sabe cuándo podremos necesitarlas.

—No es mala idea —admite el policía.

Con Chuck a la cabeza, Kim, Kat, Chelsea, John y Ellen se dirigen a la estación de servicio. Está tan desierta como era de esperar y aunque huele a cerrado, no parece haber sido saqueada. Es como entrar en el paraíso para ellos. Meten en las mochilas toda la comida que encuentran en buen estado (aperitivos y latas), y se llevan también botellas de agua y refrescos.

—Me sé de uno que esta noche se va a pimplar dos de estas —asegura John, señalando la nevera de las cervezas.

A Chuck no le gusta la idea de llevar alcohol al autobús pero tampoco quiere imponer su criterio. Se mueven con rapidez y hacen tantos viajes como necesitan de regreso al autobús para vaciar las mochilas.

Casi podrían olvidar que el mundo está habitado por muertos que corren como velocistas y devoran carne humana.

17

Deciden pasar la noche en el aparcamiento de la gasolinera. Comen a la luz de una de las linternas que llevan consigo desde los túneles de Portland y John ríe a carcajadas cuando el primer trago de cerveza le baja por la garganta.

—¿Queréis? —pregunta—. Dios santo, no sabía cuánto echaba de menos esto hasta que he vuelto a probar una.

Zoran acepta una lata, el resto se conforma con agua o refrescos.

—¿Creéis que somos los únicos que quedamos con vida? —pregunta John cuando todos se han ido a dormir a excepción de él, Zoran y Kat.

—Espero que no —murmura Kat.

—¿Y dónde están? Los supervivientes, quiero decir.

—Tal vez el ejército evacuara a la gente y estén en algún sitio seguro —propone Zoran.

—¿En un sitio seguro? —John se echa a reír, achispado por efecto de las dos cervezas que se ha bebido—. ¿Qué sitio es seguro? ¿Las alcantarillas?

—Una base militar —responde Zoran—. Tal vez deberíamos buscar una. Es posible que estén fortificados en una.

—¿Tú crees? —John chasquea la lengua—. No sé, a mí me parece que todo Cristo está muerto ahí fuera. Hemos cruzado... ¿cuántos pueblos? ¿Quince? ¿Más? —Se encoge de hombros—. Los que sean, me da igual, y no hemos visto a nadie. Ni una sola persona, y tampoco señales que indiquen que la gente se ha largado con los militares a un sitio seguro. No sé, a mí todo esto me da muy mala espina.

A Kat no le gusta el rumbo que está tomando la conversación, demasiado pesimista para su gusto.

—Pero no puede haber caído todo el ejército —insiste Zoran—. El gobierno, la policía... ¿todo el mundo muerto? Me resulta difícil de creer.

—Eh, que yo espero equivocarme, Zeta —asegura John, dándole una palmada amistosa al eslovaco en la espalda—. Espero estar equivocado y que de repente encontremos un paradisíaco lugar fortificado y a un huevo de gente dentro, vivita y coleando. Dios sabe que lo espero con ganas. Porque de momento, desde Portland hasta Eugene, lo único que hemos encontrado es muerte y todo apunta a que somos los diez últimos supervivientes de esta mierda.

Kat se retira sin hacer ruido y se aleja por el pasillo central del autobús, a oscuras y en silencio, en busca de un asiento que ocupar para dormirse. Es cierto que los indicios no son buenos, pero no por ello quiere seguir dándole vueltas. Durante toda su vida Kat ha vivido a la sombra de las predicciones que apuntaban a que su corazón no resistiría y no tendría una vida larga. Aprendió desde pequeña a ignorar el pesimismo y afrontar las cosas con alegría y esperanza. Le resulta complicado tener ambas en esta situación; todos ellos han pasado por demasiado, han perdido a compañeros y visto demasiada muerte a su alrededor. No sabe vivir con ese pesimismo rondando en cada uno de sus pensamientos.

Así que cierra los ojos y reza. No un Padrenuestro, no un Ave María, sino de la misma manera en que lleva haciéndolo toda su vida pidiéndole a Dios que no permita que su corazón deje de latir. Esa noche, Kat le pide que, por favor, por todo lo que más quiera, no permita que ellos sean los últimos habitantes del planeta.

Si está ahí arriba, Dios escucha y le envía una respuesta al día siguiente. O también puede que sea una simple casualidad, claro.

Despiertan a la mañana siguiente con el repiqueteo de la lluvia sobre el techo del autobús. Acostumbrados a los inclementes y rabiosos golpes de los puños muertos de los zombis, el sonido del agua cayendo sobre el vehículo les resulta hasta agradable. Fuera el mundo está gris, las nubes son oscuras y el manto de lluvia hace que la visibilidad sea escasa.

John enciende el motor y empieza a conducir, sin superar nunca los sesenta kilómetros por hora y muy pendiente de cualquier obstáculo que pueda haber en la carretera.

Vuelven a ver zombis a la altura de Cottage Grove. Les salen al paso e intentan interceptar el autobús pero les dejan atrás con facilidad. Kim ve a una niña, que no debe tener más de diez años, con el pelo empapado por la lluvia y pegado a la cabeza, una terrible herida en el hombro y el pecho que deja a la vista músculos y huesos, y le resulta tan doloroso mirarlo que cierra los ojos y se refugia entre los brazos de Chuck.

—No mires —le susurra él en tono cálido y cariñoso—. No mires.

La niña, al igual que el resto de muertos de Cottage Grove, se queda pronto atrás.

No deja de llover en todo el día. Las gotas resbalan por los cristales creando figuras que cambian a cada instante y les permiten sumirse en ensoñaciones y dejar que sus mentes vaguen por los recovecos de sus mentes. En algunos casos eso es positivo, o por lo menos neutral. Para otros, como Cindy Teller, es una tortura. No deja de pensar en Jorge, en lo felices que eran y en la vida que ambos proyectaban llevar juntos después de la boda. Sus gritos cuando aquel muerto le mordió en la estación de Portland aún resuenan en su cabeza. En realidad, Cindy no ha logrado dormir más de una hora seguida desde entonces. En cuanto empieza a caer en un sueño más profundo, el recuerdo de esos gritos la hace abrir los ojos con brusquedad. Constantes en su mente, esos gritos son el carbón que alimenta el horno de su odio.

Al norte de Sutherlind se ven obligados a parar al encontrar un embotellamiento creado por casi treinta vehículos detenidos detrás de un camión volcado en la carretera. Varios zombis deambulan por la zona y entre los coches, y en cuanto les oyen aparecer corren hacia el autobús y la emprenden a puñetazos y arañazos.

—Algún día van a sacar la puerta de su sitio —murmura John, mirándoles a través del parabrisas y negando con la cabeza. Le cuesta ignorar sus gruñidos animales. Aunque lo cierto es que bajo la torrencial lluvia que está cayendo este día le parecen más inhumanos que humanos.

—Espero que te equivoques —le responde Zoran.

—Ya, yo también. —Se gira hacia atrás y mira al resto—. ¿Y bien? ¿Qué hacemos ahora?

—¿Cuáles son las opciones? —pregunta Chuck, acercándose.

—Hace unos kilómetros hemos pasado un desvío —dice Kat.

—Era una carretera secundaria hacia la costa, pero por aquí no hay una mierda.

La ciudad más grande de la zona es Eugene —asegura John.

—¿Y desde Eugene hacia dónde podríamos ir? —Chuck se inclina hacia el parabrisas y observa la situación de la carretera a través del manto de agua que cubre el exterior—. Está cayendo con fuerza.

—Regresar a Eugene es perder todo el puto día que hemos hecho —responde John con un soplido que deja entrever su pereza—. Y desde allí podríamos coger una carretera hacia el este, pero sería siempre una secundaria. Y tendríamos que atravesar el bosque Willarmete. ¿A dónde llegaríamos? No hay ninguna población importante ni carreteras grandes en esa dirección, para encontrar algo de este calibre tendríamos que subir de nuevo hasta Portland.

—¿Podríamos cruzar por ahí? —Chuck señala hacia la cuneta izquierda. John valora las opciones.

—Creo que sí. Desde luego, suena más interesante que volver a subir a Portland.

—Yo también creo que hay espacio suficiente para el autobús.

—Pisando la cuneta seguro —admite John—. Y si hay grava o tierra dura no tendremos ningún problema, pero como se haya embarrado con esta lluvia... —John se ríe, aunque no lo hace porque la situación le divierta—. ¿Nos la jugamos?

Chuck mira a Zoran y el eslovaco se encoge de hombros. Luego mira hacia Kim, que se ha quedado en la parte de atrás del autobús. A Chuck le sabe mal tomar él esa decisión, de alguna manera, sigue considerando que esa es la tarea de Kim y que él no está preparado para tomar las riendas de nada.

—Adelante —dice.

John se encoge de hombros y aprieta el acelerador. Tiene que sortear hasta cinco coches maniobrando por la carretera. El crujido de los metales besándose les llega con claridad en al menos un par de ocasiones. A la tercera, John levanta una mano con los dedos anular y corazón encogidos.

—¡Ese es el sonido del *rock and roll*, hijos de puta! —aúlla.

Se mete en la cuneta y aprieta el acelerador. Pasan tan cerca del camión que está bloqueando la carretera que golpean el retrovisor del autobús y este se dobla hacia dentro con un chasquido. Los muertos les siguen en todo momento, apaleando la carrocería sin parar. Las inmensas ruedas del vehículo patinan en la tierra y John tiene que apretar con fuerza el acelerador para que el autobús no se detenga. Al otro lado del camión hay más coches detenidos, varios de ellos con las puertas abiertas, pero John los sortea con facilidad y regresa a la carretera, riéndose como si le acabaran de contar un chiste.

—¡Lo hicimos, joder! —grita.

Si te fijas, entre los coches allí abandonados hay un Toyota gris en el lateral derecho. La puerta delantera está abierta y la ventanilla destrozada. Sentado en el asiento del conductor hay un hombre, aún con el cinturón puesto. Se mueve y agita los brazos, intentando salir de su prisión e incapaz de realizar un gesto tan intuitivo como lo es desabrochar el cinturón. Lanza aullidos desesperados y se revuelve en el

asiento; su camisa está desgarrada y reducida a harapos; su estómago es un agujero que varía entre el negro y el rojo de la sangre y sus intestinos están esparcidos por el suelo del vehículo, entre sus pies. Sus ojos siguen inútilmente el movimiento del autobús mientras este le deja atrás.

19

—¿Y un aeropuerto no sería un buen sitio para montar un campamento de supervivientes? —pregunta Chelsea al ver el cartel en el que aparece dibujada la forma de un avión por debajo de la palabra Roseburg—. Suelen estar vallados y ser sitios grandes, con buena capacidad...

—Hombre, no creo que el aeropuerto de Roseburg vaya a ser una megaconstrucción —replica John frenando el autobús a las puertas de la ciudad.

Un grupo de muertos corre ya hacia ellos. Hay un par de hombres, al menos tres mujeres, dos adolescentes y un anciano que arrastra su pierna y es adelantado por todos los demás.

—No perdemos nada por comprobarlo —añade Kim.

—Tiempo.

Todos miran a John como si se hubiera vuelto loco y el policía se encoge de hombros.

—¿Qué? —pregunta—. Sinceramente creo que es una estupidez. ¡El aeropuerto de Roseburg! Quiero decir, estas cosas, los campamentos de supervivientes, suelen montarse en sitios grandes, ¿no? ¿Qué coño es Roseburg? Atlanta, Chicago, San Francisco... ahí montaría yo una base, no en Roseburg.

Cada vez que pronuncia el nombre de la ciudad lo hace con un desprecio evidente, casi escupiéndolo, como si le molestara la mera existencia de ese pueblo. Los muertos les alcanzan y empiezan a golpear el autobús buscando una forma de entrar para comérselos. John tuerce el gesto, molesto.

—Largo de aquí, hijos de puta —murmura.

—Bueno, entonces... ¿qué hacemos?

—¿Queréis acercaros al aeropuerto? —pregunta John—. Pues yo os llevo al aeropuerto. ¡Autobuses Zombis Hijos de Puta siempre al servicio de los clientes!

El autobús se pone en marcha y al hacerlo derriba a un par de los muertos lanzándolos bajo las ruedas. A John casi le parece oír los crujidos de sus huesos cuando pasan por encima. No es verdad, pero le gusta imaginarlo. Toma el desvío que gira hacia el aeropuerto y esquiva un carrito de la compra volcado en medio de la carretera junto a una zapatilla ensangrentada y un oso de peluche al que le falta un brazo. El relleno asoma por el agujero como queriendo demostrar que los juguetes también sangran cuando se les descuartiza.

Sigue lloviendo de manera intensa. El cielo es una muralla de color gris pizarra y a lo lejos se alcanzan a ver rayos. La lluvia repiquetea contra el techo y los cristales, aunque ya se han acostumbrado al sonido y lo han enviado al fondo de sus cerebros, donde no les moleste ni incomode.

Mientras avanzan por las calles, todos ellos van mirando la desolación que se les presenta al otro lado de las ventanas. Las calles están vacías, a excepción de los muertos que persiguen al autobús, y en todas ellas hay signos de violencia evidentes, marcas dejadas por la lucha y la muerte. Por suerte, la lluvia va borrando los rastros de sangre de las paredes y el suelo.

Después de subir una pequeña cuesta John vuelve a detener el autobús. No hace falta que sigan adelante, desde donde se encuentran pueden ver perfectamente el aeropuerto de Roseburg, y también podemos verlo nosotros. Es como una puñalada en las esperanzas cada vez más mermadas del grupo. La mitad del edificio ha ardido hasta los cimientos y ya es apenas un cementerio de cascotes ennegrecidos; en la pista, como queriendo remarcar lo cruento de la batalla campal que debió de tener lugar allí, un avión yace inclinado sobre una de sus alas.

—¿Qué ha pasado ahí, por Dios santísimo? —pregunta Kat con voz angustiada.

—Sea lo que sea, es seguro que no queda nadie con vida —responde John, lacónico.

—Larguémonos de aquí —le insta Zoran.

No hace falta que a John se lo repitan dos veces.

20

La tarde avanza desgranando los minutos mientras recorren la carretera que les lleva hacia el sur.

—Creo que voy a ir parando —anuncia John después de pasar junto a un cartel que avisa de que quedan cinco kilómetros para llegar a Myrtle Creek—. Cada vez llueve con más fuerza y tengo los ojos agotados.

—Hoy te has ganado un par de esas cervezas, John —asegura Kat.

—Te juro que me encantaría beber hasta perder la consciencia —le responde el policía—, aunque solo fuera por una noche. Si no lo hago es porque me imagino tener resaca y que aparezcan esos muertos cabrones y empiecen a golpear... ¡Me duele la cabeza solo de pensarlo!

Kat empieza a asentir y se queda a mitad del movimiento. Se le abren los ojos como platos y se incorpora en el asiento, señalando hacia delante. John también los ha visto y aprieta el freno. El autobús se desliza unos centímetros hacia la izquierda cuando las ruedas resbalan sobre el asfalto mojado, pero John corrige a tiempo y endereza el vehículo.

—¿Eso es...? —John se pasa la mano por los ojos y piensa que debe tratarse de

una ilusión.

—¡Gente! —exclama Chelsea, también de pie.

Y sí, si miras hacia delante verás que en mitad de la carretera tres figuras agitan los brazos de lado a lado. Ahora que el autobús se ha detenido empiezan a correr hacia ellos, aunque sus movimientos son claramente más coordinados y menos patosos que los de los zombis.

—¿Qué hago? —pregunta John, dubitativo. Gira la cabeza hacia atrás y busca las miradas de Chuck y Zoran.

Todos se han acercado a la parte delantera del autobús y miran con curiosidad a las tres figuras que corren hacia ellos. Su repentina duda es comprensible. Llevan tanto tiempo por su cuenta que ahora les resulta extraño pensar en abrirse a otros supervivientes. Les genera desconfianza, por mucho que no quieran que les ocurra.

Son dos hombres y una mujer. No, no es correcto: son un hombre, un adolescente y una mujer. John abre la puerta para dejarles entrar y los tres lo hacen a la carrera. Están empapados y chorrean agua al suelo, pero sus rostros muestran una alegría casi eufórica.

—¡Oh, gracias al Cielo! —La mujer se echa a llorar, de alivio.

El hombre se inclina sobre John y le da un fuerte abrazo que, como puedes ver, incomoda al policía.

—¡Creíamos que estábamos solos! ¡Dios santo, no saben cuánto nos alegramos de verles!

Durante unos segundos, los diez supervivientes de Portland se encuentran tan aturridos que no saben muy bien qué decir ni que hacer. Al final, Kim resopla y esboza una sonrisa amplia.

—Nosotros también nos alegramos de veros —anuncia—. Estáis empapados y supongo que querréis entrar en calor...

Bajo la atenta mirada de todos los presentes, Kim invita a los recién llegados a pasar al autobús y John cierra la puerta. El policía y Chuck intercambian una mirada, pero no necesitan decirse nada: John acelera y Chuck mira por las ventanas buscando cualquier cosa que pueda encontrar alrededor. Sombras ocultas, tal vez.

En el exterior, el día empieza a oscurecerse para dar paso a la noche.

21

—¿Qué opinas?

John se levanta después de detener el contacto. Chuck se encuentra a su lado pero hablan en susurros y miran hacia el centro del autobús, donde el resto de sus compañeros rodea a los recién llegados como niños en una cabalgata de Navidad. Se han quitado las ropas empapadas y ahora están cubiertos por mantas y sentados, comiendo pan tostado de una de las bolsas de aperitivos que saquearon en la

gasolinera de Eugene. Ni Dexter Hill ni Cindy Teller parecen mostrar demasiado interés por la conversación.

—No lo sé —responde Chuck—. Parecen buena gente, no son como el hijo de puta que intentó secuestrar a Kat.

—A veces el demonio se oculta en las cosas buenas.

—O tal vez nos estamos dejando llevar por la paranoia —replica Chuck—. Tal vez sea toda una vida de ver películas apocalípticas donde todo el mundo es un hijo de puta e intenta robar a los protagonistas.

—O asesinar.

—El fin suele ser el mismo, ¿no? Quedarse el autobús y la comida, en este caso —Chuck sacude la cabeza—. Escúchanos, hablando sobre estas tres personas como si pudieran ser asesinos en potencia. Tal vez los que estemos jodidos seamos nosotros y veamos monstruos donde no los hay.

—Últimamente los hay en todos lados —gruñe John.

—No te negaré eso —Chuck sonríe y mira al policía, sorprendido de que al final haya llegado a confiar en él, aunque siga sin caerle bien—. Mírales. ¿De verdad parecen capaces de intentar arrebatarlos el autobús? ¿Ellos tres enfrentándose a nosotros diez?

—Si están solos, no.

Chuck asiente.

«Claro, ese es el quid de la cuestión».

—Supongo que esta noche habrá que hacer guardia —dice al final—. Por si acaso.

—Por si acaso —afirma John.

—He estado mirando por las ventanas desde que les recogimos —dice Chuck.

Aunque no habían hablado de todo esto antes, los dos hombres sabían que estaban pensando lo mismo después de que los tres recién llegados subieran al autobús y John, a pesar de haber anunciado que tenía ganas de parar y acostarse un rato, ha conducido durante otros veinte minutos, poniendo distancia con el lugar en el que les recogieron.

Por si acaso.

Han cruzado Myrtle Creek y lo han dejado atrás.

—Me jode, eso te lo digo desde ya —asegura John, levantando el dedo índice—. Tenía ganas de inclinar una de esas cervezas y bajarla de un trago.

—Yo haré la guardia —responde Chuck—. Tú llevas conduciendo todo el día y mañana volverás a hacerlo. Te conviene descansar.

John se encoge de hombros. Ahora está nervioso y no para de lanzar miradas preocupadas al exterior aunque no se ve nada más allá de las ventanas, solo la negrura de la noche y las gotas de lluvia que siguen golpeando con fuerza los cristales. No está seguro de que vaya a ser capaz de dormir.

El hombre es alto y delgado, casi escuchimizado, tiene los ojos pequeños de un color marrón claro que recuerda a la miel y el pelo liso y negro empieza a escasearle en la coronilla. Tiene también la mandíbula ancha y marcada y la nariz es una especie de bulto desproporcionado en el centro de su rostro, la clase de nariz de la que uno podría pensar que sería mejor operarla.

—Me llamo Dean Winchester —dice, arrebuñado entre las mantas pero empezando a entrar en calor.

Kat sonrío, divertida.

—Como el de *Sobrenatural*.

Dean asiente con un gesto cansino que viene a significar que está acostumbrado a que la gente le diga eso después de presentarse.

—Sí, como el de *Sobrenatural* —admite encogiéndose de hombros—, aunque de carácter me parezco más a Sam.

Solo Kat y el propio Dean se ríen de la broma.

—¿De dónde eres? —pregunta Chelsea.

—De Roseburg.

—Pasamos por allí mientras veníamos hacia aquí —dice Kim—, esta tarde. Parecía que hubo una guerra en el aeropuerto.

—Más o menos —responde Dean con gesto lacónico—. Lo llamaron «punto seguro» y nos evacuaron al aeropuerto, la policía y la guardia nacional. Pretendían convertirlo en un campamento de refugiados donde pudiéramos estar a salvo de los muertos hasta que el ejército llegara a nosotros.

—¿Veis? —pregunta Chelsea—. No era tan descabellado pensar que en el aeropuerto podría haber un campamento.

—¿Qué pasó? —le pregunta Kim al hombre, ignorando a Chelsea.

—Bueno, la policía seguía las indicaciones que daba el ejército por radio. Evacuaron a toda la gente que pudieron, no solo de Roseburg sino también de los pueblos cercanos. Pero eran hostigados y los muertos cada vez eran más. Muchos policías, buenos hombres y valientes, murieron durante esas tareas... —Dean parece afectado mientras cuenta la historia y se pasa la mano por la frente con gesto abrumado—. Lograron llevar hasta el aeropuerto a casi setecientas personas. Tal vez fueran más.

—Yo llegué a oír que éramos más de mil —añade la mujer.

También se encuentra cubierta por las mantas. Su nombre es Lena Hoflin y debe de rondar los sesenta años. Todo su pelo luce el color de la plata y sus ojos azulados carecen de la fuerza de los de Kim.

—No creo que hubiera tanta gente —responde Dean, pero se encoge de hombros—. Como sea, éramos demasiados y estábamos hacinados. El aeropuerto de Roseburg no es demasiado grande y éramos muchos los que nos apelonábamos allí dentro.

Durante una de sus salidas, los policías no regresaron y los pocos que se habían quedado allí para controlar que todo fuera bien, ordenaron construir barricadas en las puertas. Fue providencial porque los muertos vinieron a por nosotros poco después.

—Fue horrible —asegura Lena.

—¿También eres de Roseburg? —pregunta Kim. Chuck se acerca a ella por detrás y la abraza, protector.

—No. De Green, muy cerca de Roseburg.

Chuck mira hacia el adolescente que venía con ellos, sentado en el asiento trasero y cobijado entre las mantas como si quisiera desaparecer debajo de ellas.

—¿Y tú?

El chico levanta la cabeza. Es posible que le reconozcas, aunque también es posible que no te acuerdes de él. Nos cruzamos con este chico en otra ocasión y entonces le vimos huir a pie de la policía, pensando que querían atraparlo por la venta ilegal de marihuana, aunque resultó ser porque creían que él había tenido algo que ver con la muerte de su novia.

Allá en Novato.

Puck Wellington mira a Chuck y niega con la cabeza. Por su aspecto sigue pareciendo el típico chico al que te costaría acercarte en un callejón oscuro, de facciones duras y gesto torvo, con el pelo revuelto, las puntas teñidas de rubio y las raíces negras.

—No, yo no estaba allí —responde.

¿Te viene a la memoria? ¿Puck Wellington, de Novato? Trabajaba en una hamburguesería cuando la policía fue a buscarle para interrogarlo por la espantosa violación y asesinato de su novia, una preciosa adolescente cuya vida había sido segada de la manera más brutal. Puck era inocente y como tal le dejaron marchar.

Poco después, la policía detuvo a Logan Kane como culpable de aquella muerte y de muchas otras a lo largo y ancho del país.

¿Recuerdas al chico? Tampoco es que resulte importante recordarle, no hay nada de aquella ocasión que necesitemos tener en cuenta para verle aquí ahora delante de nosotros, envuelto en mantas y tiritando. No parece tan duro en estas circunstancias, desde luego. Solo un crío perdido y aterrorizado que preferiría estar en cualquier otro lado.

—A Puck le conocimos después —explica Dean—, cerca del sitio donde nos recogisteis, en Myrtle Creek.

Puck asiente, dándole la razón, y se acomoda dentro de las mantas, haciendo casi un ovillo con ellas. Apenas asoman sus ojos y la parte superior de su cabeza.

—A lo largo de la primera noche también perdimos contacto con los militares. Se escucharon gritos a través de la radio, una petición de ayuda y poco después, nada más. El silencio absoluto —continuó Dean, rememorando lo ocurrido—. Entendimos que nadie vendría a ayudarnos y ahí empezaron los problemas. El principal fue la comida. En teoría la guardia nacional tendría que haber regresado con provisiones

pero ellos tampoco contestaban a la radio y lo que teníamos estaba claro que no iba a dar para mantener a casi setecientas personas... o mil, o las que fuéramos, con vida.

A su lado, Lena se revuelve incómoda. Recordar aquellos días de penurias le atenaza el corazón. Se pasa el dorso de la mano por la cara para quitar una lágrima.

—Y hubo gente que enfermó y había ocultado sus heridas —dice Dean. Resulta evidente que para él tampoco es sencillo hablar de eso—. En la primera noche murió casi medio centenar de personas después de que unos pocos se transformaran en... esas bestias.

—Zombis —murmura Ian.

—Sí, eso... Aún me cuesta decirlo —admite Dean—. Estalló la psicosis, todo el mundo se volvió loco y hubo enfrentamientos para controlar las armas y la comida. El grupo que se hizo con el dominio quería asegurarse de que nadie más ocultaba nada y nos obligaron al resto a desnudarnos para demostrarlo. Hubo peleas, sé que hubo violaciones...

—Se convirtieron en monstruos. Eran tan malos o peores que los que estaban fuera intentando entrar para descuartizarnos a todos —asegura Lena.

—También hubo muertes, por supuesto —Dean asiente, dándole la razón a Lena con un gesto de cabeza—. El hombre es un lobo para el hombre, ¿no?

Nadie le lleva la contraria, pero esa misma frase hace que John y Chuck vuelvan a cruzar una mirada incómoda y después ambos echen un vistazo hacia las ventanas, al paisaje arbolado que rodea la carretera.

—Pronto se hizo evidente que no todos saldríamos de allí —asegura Dean—, que no habría comida para todos. Y, mientras tanto, los muertos... los zombis seguían presionando las barricadas. Alguien cometió un error y el aeropuerto se convirtió en un polvorín. Unos cuantos tratamos de huir por las pistas. Hubo una fuerte explosión y parte del edificio se derrumbó. Si logramos sobrevivir fue pura suerte. No sé qué fue del resto... —Señala al chico sentado en el asiento que le queda a la espalda—. Aparte de Puck no hemos vuelto a ver a nadie más.

23

Más tarde, durante esa misma noche, Chuck permanece sentado en el asiento de conductor, con las muñecas apoyadas sobre el volante y mirando al exterior mientras intenta concentrarse en que no se le cierren los párpados. Todos duermen o se mueven intentando encontrar una postura que les permita dormir, y lo único que se escucha es el sonido de las respiraciones y el roce de las ropas o mantas, junto con algún que otro ronquido cercano que proviene de la garganta de John.

Le cuesta mantener la concentración porque tiene la sensación de no ver nada a través de las ventanas. La noche es tan oscura y existe una absoluta ausencia de luz que más allá del cristal parece que les rodee el espacio infinito. Ha dejado de llover

pero el cielo sigue cubierto de nubes, por lo que tampoco tiene la luz de la luna o las estrellas para distraerse. Apenas el negro absoluto.

«Si alguien se moviera ahí fuera, entre los árboles, no tendría forma de verlo», piensa mientras se frota los ojos y mira el reloj para comprobar con desesperación que la aguja apenas se ha desplazado un par de minutos. Aún le falta casi una hora y media para poder despertar a John y endosarle la vigía. «En realidad no debería hacerlo. John es el conductor y debería dormir. Puedo quedarme toda la noche. O puedo despertar a Zoran y explicarle lo que pensamos. Aunque no se ve una mierda ahí fuera...».

—¿Chuck? —Kim avanza con cuidado entre los asientos hasta situarse a su lado y le coge de la mano—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no vienes a dormir?

—Dentro de un rato —responde él.

Kim entrecierra los ojos. La oscuridad le impide distinguir su color azul brillante, pero Chuck puede imaginarlos con tanta claridad que es como si los viera.

—¿Te pasa algo?

Chuck duda un momento.

—John y yo pensamos que es mejor asegurarnos de que vienen solos —termina por responder.

—¿Pensáis que pueden ser parte de un grupo? Nos lo habrían dicho, ¿no? Además, nos hemos alejado de la zona donde les recogimos...

—No demasiado —responde Chuck—, y aunque sea por prevenir, es mejor que curar.

—No creo que tengan malas intenciones —insiste ella—. Mírales, Chuck. Lena tiene sesenta años y Dean es educado y amable. Es médico, ¿sabes? Le ha estado echando un vistazo a Ian.

Chuck no se había enterado de eso.

—¿Qué le ha dicho?

—Que sería bueno encontrar algo de comida que le ayudara a asentar el estómago. Arroz, por ejemplo. Y bebida con vitamina C.

—Ya...

—Chuck, vente a dormir.

Él atrae a Kim hacia él y la hace sentarse sobre sus rodillas. Después le da un beso rápido en los labios y le acaricia la mejilla.

—De verdad creo que es mejor hacer esto. Asegurarnos, aunque solo sea una noche. Mañana nos alejaremos de esta zona y podremos estar más tranquilos... Más vale prevenir.

—¿Puedo quedarme contigo, al menos? —pregunta ella.

—Eso no te lo voy a discutir.

Vuelven a besarse.

La mañana siguiente amanece sin lluvia pero con una muralla gris oscuro en el cielo que les acompaña durante toda la mañana mientras siguen el trazado de la carretera hacia el sur. El paraje abandonado y caótico que atraviesan cada vez que dejan atrás un pueblo, la ausencia de vida en todos los sitios por los que pasan y la presencia de signos de violencia y muerte contribuyen a que la sensación de todos ellos sea aún más gris.

—¿A dónde os dirigís? —pregunta Dean a media mañana, acercándose a la parte frontal del autobús.

—En realidad no lo hemos pensado —admite Chuck—. Solo nos movemos, buscando algún sitio que sea seguro.

—El sur no lo es —asegura Dean—. Puck viene de allí, atravesó toda esta zona de camino al Norte.

—¿De dónde eres? —pregunta Kim al chico cuando este se acerca a ellos, envuelto en una manta aunque con mejor cara que el día anterior.

—De Novato, un pueblo al norte de San Francisco —responde—. Y es verdad lo que dice Dean. San Francisco cayó.

—¿Toda la ciudad? —pregunta Chuck.

—No lo sé, pero las noticias que llegué a escuchar no auguraban nada bueno. Y más al sur solo está Los Ángeles.

—Los Ángeles fue el foco de la infección —explica Dean—. En las noticias dijeron que habían bombardeado la ciudad con napalm.

—¿Quién? —Kat frunce el ceño, contrariada y alarmada.

—El gobierno.

—¿El nuestro?

—Sí. —Dean asiente—. Pero no lograron detener la infección.

—Al norte está Portland y también es un infierno —asegura Chuck—. Es evidente que no hay ninguna dirección mejor que otra. Si esto se ha extendido tanto... lo que tenemos que hacer es encontrar algún indicio que nos indique dónde está el ejército, dónde han conseguido establecer un punto seguro real que haya resistido a estas primeras semanas. Cambiar de rumbo ahora no nos lleva a ningún lado.

«A menos que tengáis gente en Myrtle Creek y queráis que volvamos hacia allí para que puedan asaltarnos», piensa.

—Deberíamos seguir hacia el Sur —dice John sin despegar la vista de la carretera—. Nos desviaremos hacia el Este antes de llegar a San Francisco. Podemos comprobar cómo está Sacramento, y si allí tampoco encontramos a nadie... tomaremos una decisión entonces.

Chuck observa la reacción de Dean Winchester, atento a cualquier gesto que pueda indicarle que eso le produce decepción. Sin embargo, Dean asiente y luego se acomoda en un asiento de la segunda fila. Chuck mira a Kim y se pregunta si no será que ella tiene razón.

«Ojalá», se dice. «Ojalá seas tú quien tiene razón, y no John o yo».

25

Grants Pass es un infierno.

Qué coño, si vamos a hablar claro, hablemos claro. Grants Pass es un *puto* infierno. El número de muertos que les bloquea el camino y les rodea en cuanto se adentran en la pequeña ciudad convierte el movimiento del autobús en algo casi anecdótico. Van tan despacio que tienen la sensación de estar haciéndolo a cámara lenta. Ian llega incluso a decir que es absurdo, que todos los zombis que van dejando atrás les vuelven a adelantar sin problema.

Por supuesto, no volveremos a mencionar lo aterrador que resulta el continuo sonido de los puños muertos sobre la carrocería. Dentro del vehículo, Cindy Teller se tapa las orejas con fuerza para no escucharlo pero el ruido resulta tan abrumador que traspasa esa barrera. El resto, lo soporta con mayor o menor entereza.

Pierden casi todo el día para salir de Grants Pass y desde allí la carretera se desvía hacia el Este hasta Medford. Ese trayecto es otro infierno, hablando en plata. La carretera entre ambas poblaciones está llena de vehículos abandonados de cualquier manera que estorban el camino del autobús y les obligan a maniobrar. No consiguen librarse de sus perseguidores muertos en ningún momento. Cada vez que se detienen mientras John intenta buscar la mejor manera de salir vuelven a alcanzarles y empiezan a rodearles, dando puñetazos y lanzando arañazos al aire, furiosos.

Es de noche cuando llegan a Medford, y si pensaban que podrían descansar en algún momento estaban tan equivocados como aquel hombre del cuento que pensó que podría esquivar a la muerte quedándose encerrado en su casa sin salir de ella por ningún motivo.

Medford es una ciudad con una densidad de población bastante superior a Grants Pass, la mayor población entre Portland y San Francisco, y a mayor número de habitantes, mayor resulta ser el número de muertos vivientes. Para entonces John está agotado y mirar hacia las barricadas de vehículos y sacos de arpillera que cubren las calles obligándoles a buscar rutas alternativas, unido a la inmensa masa de cuerpos que taponan todas y cada una de esas calles, le hace levantar las manos y rendirse.

Zoran le releva al volante.

Para Cindy empieza a resultar superior a sus fuerzas. Cada vez que las ruedas del autobús pasan por encima de algún cuerpo y el vehículo se mece como al cruzar sobre un bache o un badén, ella se estremece y aprieta los dientes.

—Está temblando —les dice Ian al resto. Él mismo no tiene buen aspecto, está demacrado como los cadáveres que pueblan las calles, y en todo momento mantiene una mano cerca del abdomen—. Como un *pudding* de gelatina.

—Está nerviosa —dice Kat.

—No, lo que está es a punto de tener un ataque de histeria —responde Chuck—. ¿No cree, doctor?

Dean Winchester mira hacia Cindy Teller.

—Todo apunta a eso, desde luego —admite.

—Tú viniste del Sur, Puck —le dice Chuck al joven—. ¿Cómo pasaste por aquí?

—Siempre que me acercaba a una ciudad intentaba rodearla por las afueras —explica Puck—. Llevaba una moto de *Cross* así que me metía por caminos de tierra. En realidad solo corrí peligro de verdad en una ocasión, y fue justamente mientras rodeaba Medford. Estuvieron a punto de cazarme.

—¿Cómo está el resto del camino?

No lo dice, pero si pudiéramos meternos en su cabeza veríamos que Chuck tiene miedo de que no consigan salir de Medford. Tiene la impresión de que el autobús cada vez va más despacio y los golpes son continuos y le preocupa que provoquen algún daño irreparable en el vehículo.

—¿Hacia el Sur?

—Sí.

—Hay otros pueblos, pero son más pequeños. Medford es la peor zona.

—Podrías haberlo dicho antes —gruñe John desde el asiento en el que se ha apoltronado para descansar.

—Creía que... —Puck baja la mirada, avergonzado—. Pensaba que cuando hablabais de ir al Sur...

—No pasa nada —le interrumpe Chuck—, aunque lo hubiéramos sabido, esta sigue siendo la única ruta.

—Redding también está lleno de zombis —asegura Puck levantando la cabeza—. Resulta fácil evitar la ciudad por caminos de tierra, pero con el autobús... imagino que será como esto.

Salir de Medford les lleva toda la noche. Para cuando logran librarse de la muchedumbre de muertos y acelerar lo suficiente para dejarlos atrás, el aspecto exterior del autobús es el de una plancha de chatarra en un vertedero. Un vehículo al que te acercarías con un palo para evitar que pueda contagiarte cualquier cosa. Cientos de millones de abolladuras, la pintura descascarillada, manchas de sangre...

En realidad, lo que resulta sorprendente es que siga moviéndose.

A Zoran le parece que el motor refunfuña y protesta por debajo de su ronroneo continuo, y aunque no esté seguro de ello, tiene razón. Podría llegar a convertirse en un grave problema, de hecho, e incluso dejarles tirados en cualquier momento. Imagina la gravedad de la situación si el motor se detuviera en medio de un lugar abarrotado de muertos, como lo ha sido Medford o como lo fue Portland.

Aunque al final, es otro el motivo por el que el autobús Greyhound se detendrá para siempre jamás.

Pero eso ocurrirá mañana.

26

Apretemos el *fast forward*, ese mítico botón *ffwd*, y pasemos rápido el resto del día, mientras el autobús sigue rodando hacia el sur y la carretera se interna entre el bosque del Monte Shasta. Árboles en todas direcciones, un entorno de una belleza espectacular que ninguno de ellos tiene la capacidad de disfrutar en este momento, pero es desde luego impresionante mirar en todas direcciones y ver que el bosque se extiende hasta los confines de la vista. Uno de esos lugares en los que inspirar con fuerza introduce en el cuerpo los olores de toda la naturaleza, la esencia misma del planeta.

Es a la altura de Lakehead donde ocurre el desastre. John vuelve a estar al volante y es al girar en una curva cuando ve la figura de una niña en medio del carril por el que él conduce. Alcanza a ver que la sangre le empapa el vestido, pero su primer reflejo es esquivarla y no logra frenar el impulso de mover el volante hacia un lado. Más allá de la niña hay un pequeño embotellamiento, nada que pudiera impedirles cruzar si lo hicieran despacio, pero al menos hay dos docenas de zombis vagando por entre los coches, y ahora se giran hacia el autobús al tiempo que derrapa y cruza junto a la cría esquivándola por milímetros. El vestido de la niña muerta se agita con violencia.

John no consigue enderezar el autobús. Alguien grita en la parte trasera cuando la parte frontal atraviesa el arcén y se inclina hacia delante. El autobús se precipita por la ladera que rodea la carretera, descendiendo como un ariete mortal. John aprieta el freno pero no logra detener el descenso. El autobús salta en un bache, el lateral golpea el tronco de un árbol y un par de ventanas estallan en pedazos. Un neumático revienta al saltar por encima de una roca...

Violentemente, el autobús se estrella contra un grueso árbol, deteniéndose para siempre. John sale catapultado hacia delante, su rostro golpea el cristal y siente que los labios se le rompen al chocar por dentro contra los dientes. Por suerte, el cristal aguanta y él vuelve a caer sobre el asiento, aturdido pero vivo.

Del motor empieza a salir humo negro.

John se incorpora y mira hacia atrás. Tiene la barbilla empapada en sangre que le sigue saliendo de entre los labios. Con gesto distraído, escupe a un lado. Alguien grita al fondo, aunque por suerte, ve que todos van levantándose poco a poco, igualmente aturcidos, magullados e incluso heridos.

—¡Ayudadme! —grita entonces Dean Winchester.

No todos están bien. Lena Hoflin se ha roto una pierna con el violento choque y

está llorando y gritando cuando Dean la ayuda a ponerse en pie. Chuck se acerca a ellos para echarle una mano. Y entonces su vista se traslada al ventanal trasero.

—¡Corred! —grita.

El miedo es un potente catalizador. Los demás no necesitan oír esa orden una vez más; saben qué es lo que viene a por ellos y todos se precipitan hacia la parte delantera del autobús. John abre la puerta y salta al exterior. Al mirar colina arriba ve que todos los muertos que deambulaban entre los coches arriba en la carretera ahora corren monte abajo en dirección a ellos. Muchos tropiezan con raíces y rocas y se precipitan al suelo, ruedan unos metros y vuelven a levantarse con furia recargada. Los gritos que provienen de sus gargantas muertas son como los que lanzaría un ejército medieval a la carga.

Se da la vuelta y corre lo más rápido que puede, esquivando una rama caída y rodeando un grupo de árboles, siempre colina abajo. Chuck corre agarrado de la mano de Kim, tirando de ella y apretando con fuerza para evitar que pueda escurrírsele de los dedos. No está dispuesto a permitir que le pase nada a ella. Y uno de sus pensamientos, tan básico como esto, es que no va a dejar que Kim retroceda para ayudar a nadie, como estuvo a punto de hacer en Portland cuando vio que Christine echaba a correr en otra dirección. Chuck conoce a Kim, lo suficiente al menos para saber que la forma en que se preocupa por los demás puede conducirla a la muerte.

«No será hoy».

Dean Winchester ve cómo los demás huyen sin que nadie se gire a ayudarlos a él y a Lena. El pánico se apodera de él, lo nota subiendo por sus entrañas y hundiendo sus garras en los pulmones, desgarrándole la garganta como si fueran los dientes de esas criaturas. El instinto de supervivencia del ser humano es enorme, como también lo es la capacidad de sacrificio, pero en una de esas decisiones que cruzan entre otros cientos de millones en milésimas de segundos, Dean decide que no va a morir así. No por ayudar a una mujer a la que apenas conoce en realidad.

Soltarla es lo más difícil que Dean ha hecho en toda su vida. Correr por el pasillo sin girarse a mirar a pesar de los gritos de ella, es tan doloroso como sentir la punta de un hierro de marcar al rojo vivo acariciando la piel. Cuando salta al exterior sus piernas le fallan y se da de bruces contra el suelo. Sin embargo, vuelve a levantarse y corre tras los demás, en frenética y dispersa huida entre los árboles.

Los muertos cruzan junto al autobús siguiendo al grupo. Arriba, Lena arrastra su pierna rota hacia la parte central. Tiene los labios apretados para no hacer ruido y le caen lágrimas por las mejillas. Escucha un golpe en la parte delantera y levanta la cabeza a tiempo para ver aparecer a un hombre con un traje azul oscuro, como si de un revisor se tratara. Irónico, ¿verdad?

Para Lena resulta la gota que colma el vaso. Separa los labios y lanza un chillido de pánico. El hombre corre hacia ella y Lena intenta alcanzar el pequeño servicio del autobús. La alcanza antes de que lo consiga y los cuerpos chocan con estrépito,

cayendo después hacia atrás en un amasijo de brazos y piernas. El hombre lanza una dentellada que ella logra evitar a duras penas. Pero sus fuerzas son menguantes y las de él, incansables. El forcejeo apenas dura unos segundos, antes de que el muerto logre su propósito y sus dientes arranquen un trozo de carne de su mejilla. El dolor se esparce como una red y nubla el cerebro de la mujer. El muerto mastica mientras la sangre se vierte por el suelo. Con las manos, él araña y trata de hacerse con jirones de carne. Luego vuelve a lanzar la boca y sus dientes se estrellan contra el pómulo de ella con un ruido sordo, de hueso contra hueso.

Lena Hoflin pasa a la historia.

27

Como si Dios no se hubiera mostrado lo suficientemente salvaje al permitir que caiga una plaga tan brutal y sangrienta sobre sus hijos y aún le quedara ira que desatar sobre los escasos supervivientes, el cielo ruge con una fuerte explosión y empieza a llover con fuerza.

Kat resbala en el barro y cae al suelo, golpeándose la cadera con una roca. Lanza un grito de dolor pero vuelve a levantarse por efecto de la bendita adrenalina. Mientras sigue corriendo, siempre hacia abajo y esquivando ramas a manotazos, piensa que de esa le saldrá un moratón.

Cindy Teller jadea con fuerza, desacostumbrada a esa clase de esfuerzo físico. Siente que su velocidad va disminuyendo casi a cada paso, le parece que la espalda de Zoran, en la que ella mantiene fija la vista y a la que se aferra desesperadamente en su mente, se aleja más y más. Oye pasos a su alrededor, el crujido de ramas y hojas bajo lo que parece un centenar de pies, pero Cindy no se permite mirar hacia ningún lado por miedo a comprobar que los muertos se encuentren cerca de ella, a punto de darle caza. Porque entonces se pondría a gritar y sabe que necesita ese aire en los pulmones.

Zoran salta por encima de un grupo de rocas, resbala en el musgo y está a punto de caer pero logra sujetarse al esmirriado tronco de un árbol joven. Ve lo que parece un arroyo a su derecha.

—¡Por aquí! —grita, señalando.

No ve a todo el mundo, hay demasiados árboles para ello y la lluvia cae creando un manto casi intraspasable. Le obliga continuamente a pasarse la mano por los ojos. Ve al menos a Kim y Chuck girando en la dirección que él indica. Zoran salta desde las rocas y sigue corriendo.

El pánico se refleja en los ojos de Puck Wellington como lo hizo en aquella ocasión en la que dos agentes le persiguieron por las calles de Novato. De la misma manera en que ese miedo le ahogó cuando oyó que le acusaban de haber matado a su novia. La diferencia, palpable y terrible, es que en esta ocasión corre por su propia

vida. Si llegan a darle caza no será para ponerle unas esposas, no. Ha visto cómo funcionan los muertos, ha visto cómo arrancan la carne a mordiscos y cómo rebuscan con los dedos, atravesando la piel y extrayendo las entrañas de los cuerpos. Puck no quiere acabar así y el corazón le late a toda velocidad por el miedo.

Choca con violencia contra Chelsea y ambos caen al suelo. La hierba está empapada y salpica de tierra mojada el rostro de Puck, que vuelve a levantarse de inmediato. Sin pensar en lo que hace, extiende una mano hacia Chelsea y la ayuda a levantarse. Durante los apenas dos segundos que tarda en hacerlo, ve que los muertos les persiguen y cada vez están más cerca. Probablemente ya les habrían alcanzado en condiciones normales, pero al parecer los zombis no están preparados para una carrera campo a través. Tropezan constantemente, incapaces de pensar en esquivar los obstáculos, resbalan en el barro, caen, hacen que otros tropiecen como ellos, y vuelven a levantarse en todas las ocasiones.

La misma lluvia que les incomoda a ellos está ayudándoles a frenar, en parte, a los muertos. Puck da gracias por ello y se gira para seguir corriendo. Chelsea le sigue, apartándose de un manotazo el pelo empapado de la cara.

Y ahí tienes a Dexter Hill, como despertado del letargo en el que se había sumido tras la muerte de su hermana. Corre moviendo brazos y piernas con rapidez, lanzando miradas breves hacia atrás. Sus zapatillas resbalan sobre la hierba mojada pero Dexter se ayuda de los árboles para evitar caerse e impulsarse hacia delante. Ni siquiera siente el rasguño de la corteza sobre sus palmas, y la lluvia diluye la sangre que mana de los cortes casi antes de que aparezca.

Y si miras más hacia la derecha verás a Ian y a Ellen. El primero corre con una mano en el costado y la boca abierta para respirar. Cada paso que da le resulta más doloroso que el anterior. Su cuerpo carece de fuerzas para acometer una carrera como esta y sabe que a menos que consigan eludir a los muertos pronto él estará acabado. No podrá resistir este ritmo durante mucho tiempo.

Ellen tropieza y evita caer poniendo las manos por delante e impulsándose para levantarse de nuevo. En algún momento ha perdido las gafas y ni siquiera ella sabe cuándo ha ocurrido.

—¡No!

Ellen mira hacia Ian y le ve correr inclinado hacia delante, doblado sobre sí mismo y con un gesto de dolor en el rostro.

—¿Ian?

—¡No, así no! —exclama el chico, retorciéndose de dolor.

Ella sabe lo que ocurre antes de que Ian comience a desabrocharse el pantalón. Aterrorizada, viendo por el rabillo del ojo que los muertos siguen corriendo en su dirección, empieza a retroceder. Ian extiende una mano hacia ella con desesperación mientras se baja los pantalones y deja que la diarrea siga su curso.

Ellen se da la vuelta y huye. Ian, en realidad, la comprende a la perfección. Los retortijones le hacen apretar los dientes con fuerza. Siente como si le rasgaran por

dentro. Tira de sus pantalones hacia arriba sin preocuparse en limpiarse, e intenta seguir corriendo. El dolor de estómago le hace volverse a doblar e inclinarse hacia un árbol. Se abraza al tronco y se estremece. Por el dolor que siente en su estómago, por la inminencia de su propia muerte, por el frío que le provocan sus ropas empapadas.

Una mano le agarra el hombro y él grita, revolviéndose para al menos morir luchando. Se detiene apenas un momento antes de golpear a Ellen. La chica le mira con ojos desesperados y se inclina sobre él.

—Vamos —susurra.

Tira de Ian para ayudarlo a levantarse y el chico vuelve a apretar los dientes con fuerza al sentir un nuevo retortijón como un puñal que se le clavara en las entrañas.

—¡Vete! —le ordena él—. ¡Corre antes de que te atrapen a ti también!

Ellen mira hacia su espalda, sin soltarle. En sus ojos hay una calma que resulta extraña y dolorosa al mismo tiempo.

—Creo que es tarde para eso —dice.

Ian la mira con el rostro contraído por el dolor y ella le devuelve la mirada junto con una sonrisa triste. Y así, con la lluvia empapándoles a ambos y corriéndoles por la cara como una capa de transparente plástico, le resulta la visión más hermosa que ha tenido jamás. Ian piensa en todo lo que ha hecho en su vida, en sus padres, en las excursiones y las risas, en los momentos de alegría, las fiestas, el sexo con Jenn, incluso en algunos de los buenos momentos de su vida laboral. Recuerda la primera vez que vio a Ellen, bajándose de aquel coche junto a Nancy Avalon y dedicándole una sonrisa de disculpa por el comportamiento de la actriz.

«En fin...», piensa.

La besa en los labios durante lo que parece una eternidad pero no son más que unos segundos, y luego se separa de ella empujándola hacia atrás. Ellen retrocede trastabillando y se agarra a un matorral para evitar caer. Sus ojos, muy abiertos, le miran con un interrogante escrito en ellos.

—¡Corre! —grita él.

Y Ellen obedece. Sobre todo por el miedo que le produce ver a los muertos a punto de caer sobre Ian. Sabe que es tarde, demasiado, y que acabarán por alcanzarla, pero corre de todas maneras.

Y a su espalda, Ian se gira para hacer frente a los zombis. El primero de ellos se estrella contra él con fuerza y por mucho que el chico intenta mantener la posición, sus menguadas fuerzas y el barro resbaladizo le hacen ceder y cae de rodillas. Siente un calambre atenazándole el estómago y las piernas. Grita, en un intento de atraer hacia él la atención de todos los muertos y darle unos segundos de ventaja a Ellen.

Caen sobre él con una violencia no apta para menores de dieciocho ni personas impresionables, si me permites el atrevimiento. De un mordisco, una mujer de pelo rizado y sucio le arranca dos dedos de la mano derecha; el crujido de los huesos al romperse restalla acompañando al fulgor de un relámpago en el cielo, como si fuera el trueno que le sigue. Un adolescente con unas heridas atroces en el rostro cubiertas

de sangre seca y barro logra abrirse camino a través de su estómago a base de arañar la carne con las uñas sucias y rotas. Los dientes de otro zombi destrozan su mejilla y le abren un agujero del tamaño de una pelota de golf. La sangre y el agua se mezclan, cayendo diluidas sobre la hierba. La lluvia rebota contra el suelo furiosa, salpicando barro y agua.

Los cuerpos ruedan por el suelo, Ian sigue gritando y lanzando puñetazos con escaso resultado, vanos, tristes y desesperados intentos de evitar una muerte que ya es inevitable. Le muerden en el pecho, en el hombro, en los brazos, en las piernas. Su ropa es desgarrada, la carne descuajada y destrozada. Jirones de carne son arrancados a tirones, casi una decena de muertos le rodea, inclinados sobre él y llevándose a la boca pedazos de carne e intestinos; sus bocas mastican con fruición, sus dientes muerden y tragan.

Extirpan su vida con la facilidad con la que un cirujano realiza una incisión con el bisturí.

Ian Morgan pasa a la historia.

28

Dean Winchester resbala en el barro y cae de costado al suelo. Podría haberse quedado en eso, un golpe de los que quitan el aliento, pero pierde el equilibrio y rueda colina abajo golpeándose con rocas y ramas. Por el camino se da de bruces contra Kat, se enreda entre las piernas de la chica y la hace caer. Los dos se desplazan casi diez metros hasta detenerse junto al tronco de un árbol. Cuando se incorporan, ambos están resollando.

No hay tiempo que perder, siguen corriendo, tan llenos de barro que podrían parecer pequeños golems.

Mira hacia atrás y verás que a Ellen le queda apenas un suspiro para ser atrapada. Corre entre los árboles con todos sus músculos en tensión, ardiendo por el esfuerzo, la boca abierta y un rictus de horror en su cara. Los muertos la persiguen, al menos dos de ellos están tan cerca de ella que rozan su ropa con la punta de los dedos cada vez que lanzan un zarpazo.

El del pelo rizado y las piernas cubiertas de heridas y desgarrones se llamaba Cory Hummell y en el pueblo en el que vivían tenían puestas todas las esperanzas en él. Pensaban que sería un gran jugador de béisbol, de los que pasan a la historia por su dominio del bate. El apocalipsis zombi dio al traste con su vida, como con la de tantos millones de personas, y ahora sus dedos sucios y de uñas rotas acarician la espalda de Ellen. Ruge, furioso, porque ansía masticar su carne. ¿Es frustración eso que siente? ¿Al saber que está tan cerca pero, aún, no logra agarrarla?

Y si miras a Ellen verás que con cada roce de esa mano su pánico crece más y más. Se desliza junto a un árbol y quiebra hacia la derecha. Cory Hummell se

mantiene tras ella perdiendo tal vez unos centímetros. El otro muerto viviente se estrella contra el tronco y cae al suelo. Se vuelve a levantar, pero para entonces ya se ha quedado atrás y ha sido adelantado por más de sus congéneres.

La mano de Cory surca el aire y crispa los dedos, cerrándolos al terminar el arco de su brazo. Se enredan en el pelo de Ellen y al tirar de él, la cabeza de ella se inclina hacia atrás. La chica pierde pie y resbala, cayendo de culo al suelo, con Cory detrás. Ambos resbalan en el barro y la hierba mojada y ella ve con horror que se deslizan hacia un desnivel. Intenta darse la vuelta y agarrarse al suelo, golpeando matorrales de hierba y resbalando sin remedio. Al levantar la vista y mirar hacia la derecha ve a los demás corriendo, alejándose de ella y de los muertos que les persiguen; les ve esquivando árboles y troncos y de repente el suelo desaparece bajo su cuerpo y ella se precipita junto al muerto viviente que la ha hecho caer. Él emite un alarido que suena como el gruñido que podría emitir un oso, araña el aire y se agita intentando volver a agarrar a Ellen.

Se zambullen en el agua. Está tan fría que corta bruscamente todos los pensamientos de Ellen. Durante unos segundos no sabe dónde se encuentra la superficie y gira intentando saber hacia dónde nadar. Siente una patada en la nuca y se revuelve; quiere alejarse del zombi aunque ni siquiera sabe dónde se encuentra.

Necesita aire.

Patatea con fuerza y emerge en medio de una corriente crecida por las lluvias que la arrastra en medio del bramido del agua. La fuerza del agua la arrastra sin darle opción a hacer nada por evitarlo. Gira e intenta ver dónde se encuentra. Ve el cuerpo del muerto más adelante, dando zarpazos, hundiéndose y volviendo a salir a la superficie sin que eso parezca afectarle. La corriente le aleja de ella como lo haría con un tronco.

Ellen intenta nadar hacia una de las orillas, ve una roca en su camino y trata de agarrarla al pasar, pero lo único que consigue es darse un fuerte golpe contra ella y sus manos se deslizan por la superficie, incapaces de asirse a nada.

Una pequeña ola le cubre la cabeza. Traga agua y vuelve a emerger tosiendo. Empiezan a pesarle las zapatillas, así que intenta quitárselas. Sabe que necesita calmarse si quiere salir con vida del agua, pero está tan fría que empieza a pensar que no lo va a conseguir. Los dientes le castañetean pero ella se concentra en nadar, en agitar con fuerza los brazos y tratar de acercarse a la orilla. La corriente es fuerte, demasiado para ella, y pronto se siente frustrada al no ver avance ninguno.

De la izquierda le llega un ruido atronador, aún más que el normal avance del río por el cauce. Levanta la vista y deja de nadar, aterrorizada. Un árbol caído bloquea el paso y el agua lo golpea, saltando por encima y por debajo con la ira de la naturaleza por motor.

Si Ellen pudiera hablar en este momento sin tragar agua, lo más probable es que lanzara una maldición.

Porque lo verás allí delante, atascado contra el tronco de ese árbol como un

adorno inútil y macabro, el cuerpo de Cory Hummell se encuentra en el punto exacto al que la corriente está arrastrándola a ella. Al verla, el zombi casi parece sonreír, como si le diera gracias a Dios por la comida a domicilio. Su gruñido se eleva por encima del clamor del agua.

Ellen se gira y patatea con más fuerza, poniendo todo su empeño en alejarse, en moverse aunque sea unos centímetros a un lado, lo suficiente para desviar su rumbo, lo que sea... Nada poniendo toda la energía que le queda en sus brazos y piernas. El agua la sumerge y la empuja, guiándola hacia Cory Hummell.

Está a punto de conseguirlo. Un par de brazadas más la habrían alejado del muerto lo suficiente para golpear el árbol caído a su derecha, fuera de su alcance. Sin embargo, esas dos brazadas no llegan y Cory Hummell agarra su pierna justo antes de que ella se estrelle contra el tronco. Los dientes muerden el pantalón y la carne, se hunden en su piel aterida de frío y salpican de rojo el agua alrededor. Ellen abre la boca para gritar pero el agua la empuja por debajo del árbol, sumergiéndola. No puede respirar. Se debate con todas sus fuerzas para escapar de la trampa mortal en la que se encuentra. Agita las piernas para que Cory la suelte, pero está firmemente agarrado a ella, como quien sujeta una alita de pollo o una mazorca de maíz para comérsela.

La superficie está a unos centímetros. Ellen la ve, vuelve a tirar de su cuerpo y sacude la cabeza, negándose a abrir la boca de nuevo y dejar que el agua inunde sus pulmones. Su cerebro grita desesperado. Cory sigue arrancando trozos de carne y masticándolos, ajeno a la fuerza del agua que le mantiene atascado contra el tronco del árbol.

Ella se rinde al final y abre la boca. Su cuerpo se agita con un violento espasmo al no encontrar oxígeno en esa bocanada.

29

—¡Tenemos que ir hacia el río! —grita Chuck.

Kim ha empezado a mostrar signos de cansancio. Chuck lo nota porque siente que cada vez tira más de ella y no corren a la misma velocidad. Si siguen así, les atraparán pronto. Porque esos hijos de puta no se rinden nunca.

—¡La corriente es muy fuerte! —exclama Zoran.

—¡Si cruzamos al otro lado estaremos bien!

A Chuck en realidad no le importa lo que hagan los demás. Si quieren seguir corriendo, allá ellos. Él cree que les darán caza y morirán a menos que logren dejar atrás a los muertos y cree que el río es una excelente oportunidad de conseguirlo.

Tal vez si supiera cómo ha sido el final de Ellen Bell se lo pensaría mejor. O tal vez no, porque a fin de cuentas es cierto que seguir corriendo hacia delante, sin ningún sitio en el que ocultarse a la vista, es una crónica de una muerte anunciada.

Así que gira hacia el río y tira del brazo de Kim para conseguir que ella le siga. Lo hace sin protestar, demasiado cansada para decir nada. Esa orilla del río está resbaladiza, Chuck salta por encima de una roca y resbala al otro lado. El golpe contra el suelo es incómodo pero no doloroso. Vuelve a levantarse y mira hacia Kim sin dejar de correr hacia el agua.

—¡Va a estar fría! —le grita.

Ella no contesta, concentrada en guardar fuerzas para la carrera. Los dos alcanzan el río y chapotean por la orilla, se dirigen hacia el centro y cuando el agua les cubre por las rodillas (y ciertamente está muy fría, pueden sentir miles de agujas clavándose en su piel) se dan cuenta de que Zoran tenía razón. La corriente es muy fuerte y cruzar el río va a suponer un esfuerzo titánico.

A su izquierda oyen varios chapoteos más. Chuck se gira dispuesto a pelear en caso de que sean zombis, pero ve a Zoran, Kat, Puck y John corriendo hacia él. Por la colina bajan Cindy, Chelsea, Dexter y Dean. Y detrás de ellos, los muertos.

—No te sueltes, Kim —murmura.

Chuck corre hacia el centro del río con ella de la mano. Se hunde más a cada paso y cuando el agua le llega a la altura del pecho es incapaz de resistir su fuerza y se ve arrastrado por la corriente. Cierra la mano con fuerza en torno a la de Kim, negándose a soltarla, e intenta nadar hacia la otra orilla. El río les zarandea como si fueran pequeños barcos de papel, el paisaje se mueve alrededor a toda velocidad, se sumergen y vuelven a salir a la superficie. Oye a Kim tosiendo a su lado. Él sigue moviéndose hacia la orilla, sin verla más cerca en ningún momento.

«Oh, Dios», piensa. «No vamos a conseguirlo».

30

Es inevitable que Kim recuerde lo ocurrido en aquel aciago verano cuando quedó enredada en el canal y estuvo a punto de morir. Ahora el agua la cubre y el peso de su ropa empapada tira de ella hacia abajo. Lucha, pero es difícil regresar cada vez a la superficie para aspirar una bocanada de aire que siempre se antoja insuficiente.

«Puedes hacerlo, Kim».

Es la voz de Rupert Grimes la que oye en su cerebro. Es la mano de Chuck la que le aprieta la suya y le da pequeños tirones. Intenta respirar y traga agua; tose y traga más agua. Nadie vendrá esta vez con un tubo de plástico y le dirá que va a tener que usarlo para respirar. Este es el segundo intento de la muerte por verla ahogada. Esto es todo, aquí y ahora.

31

Como los *lemmings* de aquel viejo juego de ordenador, todos los demás siguen la estela de Chuck y Kim. Se sumergen en el agua y se dejan arrastrar por la corriente sin dedicarle otro pensamiento más a la idea. Es posible que el único en dudar sea Dexter, que corre a lo largo de la orilla durante unos metros, antes de darse cuenta de que es estúpido y no conseguirá nada. Los muertos cada vez están más cerca y Dexter sabe que no podrá eludirles, así que termina haciendo lo mismo que los demás y saltando al agua.

Grita al sentir que está tan fría.

Los muertos les siguen. Corren hacia el agua agitándose con movimientos epilépticos. Ellos no sienten el frío, no parece incomodarles la lluvia y cada vez que resbalan y caen se levantan como si no les hubiera pasado nada. No disminuyen la velocidad, no se cansan, son tan implacables que por eso han resultado ser el arma definitiva.

Por otro lado, son torpes. No saben correr en el agua y tropiezan y caen en cuanto entran en el cauce del río. La corriente les arrastra como fardos y les hace girar sin ningún tipo de control. Resulta un espectáculo lamentable que en otras circunstancias tal vez podría ser divertido. Hombres y mujeres, e incluso una niña, zarandeados por la fuerza del río, boca arriba, boca abajo, girando como peonzas, incontrolables.

Más adelante, Chuck logra alcanzar un recodo del río donde el agua no tiene tanta fuerza. Apoya los pies en el suelo y resbala con las piedras y el barro; durante unos escalofriantes segundos parece que no va a conseguir afianzarse y será arrastrado de nuevo a la corriente, pero sacando energía del fondo de sus reservas logra escapar del agua que tira de él de nuevo hacia el centro. La mano de Kim se resbala de entre la suya y Chuck grita, lanzándose hacia delante; chapotea en el agua hasta que consigue agarrarla del brazo. Luego tira de ella con todas sus fuerzas y la saca del centro de la corriente.

Luchando contra la fuerza del agua, Chuck empuja a Kim hacia atrás, hacia la orilla. Ella se aleja tambaleándose entre toses y estertores, con la mirada nublada y aun pensando que se encuentra debajo del agua. Le fallan las piernas y cae sentada cerca de la orilla, salpicando agua a su alrededor. Chuck ve otro cuerpo acercándose por el río y se estira para agarrarlo. Las manos de John se sujetan a sus brazos y el policía emerge del agua con el rostro congestionado y los ojos muy abiertos. Empieza a toser de inmediato y Chuck tira de él para alejarle de la corriente.

Tiene que hacerlo rápido porque Kat y Chelsea están casi encima de él y si las deja pasar el río las arrastrará sin clemencia ninguna. Agarra a Kat de la camiseta y la saca del agua de un fuerte tirón. Luego intenta agarrar a Chelsea pero se le escapa. Ella grita y él hace ademán de ir a por ella. John se le adelanta, lanzándose hacia delante y agarrando la mano de la chica en el último momento, justo antes de que la corriente se la lleve. Chuck no tiene tiempo que perder y se gira para recibir al siguiente del grupo.

Kat se deja caer resollando contra el tronco de un árbol. Tiene una mano apoyada en el pecho y la cabeza caída hacia delante. Kim se acerca a ella a cuatro patas, sin preocuparle que sus manos se manchen de tierra. La lluvia cae con tanta fuerza que tienen la sensación de estar en medio de un huracán. Ambas están tiritando.

—¿Kat?

La chica mueve la cabeza al oír su nombre pero no llega a levantarla. Kim se percata de que sus labios han adquirido un color violáceo. Apoya su mano en la mejilla de la joven y le levanta la cara. Los ojos de Kat están medio ausentes y bailan en sus cuencas sin fijarse en nada en concreto.

—¿Kat, estás bien?

Kat no está bien, resulta evidente. De sus labios surge un hilo de voz a modo de respuesta.

—Corazón.

Kim siente la comezón del miedo royéndole las entrañas. Conoce la enfermedad que sufre Kat porque ella misma se la ha contado. Se acerca a ella y la abraza con fuerza.

—No —dice—. Te vas a poner bien, encenderemos un fuego, entrarás en calor. Solo tienes que calmarte y dejar que recupere su ritmo...

—Demasiado... —Kat sonrío, aunque sus ojos no acaban de centrarse en nada y parecen caer hacia un lado.

—No.

Desesperada, Kim levanta la cabeza en busca de ayuda. Chuck sigue metido en el agua hasta el pecho, con John a su lado, y entre ambos están sacando al resto del río. Emergen del agua como si fueran zombis: se tambalean y parecen perdidos, con las ropas chorreando, aturdidos y exhaustos. Allí tienes a Zoran, apoyado contra unas rocas, tosiendo y escupiendo. O a Chelsea, que se abraza a sí misma y tiritita al tiempo que mira alrededor con el miedo dibujado en cada línea de su piel. O Puck, que se arrastra por la orilla como lo haría un soldado tras las líneas enemigas, aunque tosiendo sin parar.

—Kat, necesito tu ayuda, ¿vale? —pregunta volviendo su atención de nuevo hacia la chiquilla—. Tienes que decirme qué hacer, ¿sí?

Kat consigue centrar en Kim una mirada cargada de melancolía y cansancio. Como la Piedad de Miguel Ángel, Kim la abraza contra su pecho.

—No se puede...

—No —responde Kim, terca, moviendo la cabeza con energía—. No.

Levanta de nuevo la vista, a tiempo para ver a John y Chuck sacando del agua a Dexter y a Dean. Se apartan todo lo rápido que pueden de la zona donde se encuentran, puesto que detrás de ellos dos vienen varios muertos, arrastrados por la corriente. Uno de ellos logra apoyar los pies en el fondo y se incorpora, mirándoles. Chuck lanza un puñetazo que le atina en la mandíbula y lo envía de regreso al centro del río. La corriente se lo lleva tan rápido que parece que nunca estuvo allí.

—¡Zoran! —grita Kim.

El eslovaco levanta la mirada. En el agua, Chuck gira la cabeza al oír la voz de Kim.

—¡Necesitamos hacerla entrar en calor! —suplica Kim.

Zoran le dedica una mirada triste a Kat. Luego mira alrededor con gesto exhausto.

—Está lloviendo.

Kim mira ahora a Chuck, que se acerca a ellos. Por la expresión alicaída del hombretón, Kim entiende que no pueden hacer nada por Kat. Y eso la hace enfurecer. Menea la cabeza con fuerza.

—No —dice, acariciando el pelo empapado de Kat. Los ojos se le están cerrando poco a poco y Kim se siente tan impotente como furiosa—. ¡Tenemos que hacer algo! ¡No podemos dejar que muera!

A esas alturas todos la rodean. John mantiene la vista en el recodo del río por el que ellos han salido, atento a cualquier movimiento inesperado en la zona. Sin embargo, parece que la corriente les ha hecho un favor y se ha llevado a los muertos.

—Si es su corazón —anuncia Dean, al que la noche anterior Kat estuvo hablándole sobre su dolencia cardíaca—, poco podemos hacer por ella.

—Kim... —Chuck le habla con amabilidad.

Ella no escucha. Tiene el rostro hundido en el pelo de Kat y mece a la chica joven con una cadencia tal vez demasiado agresiva, negándose a permitir que pueda irse. Entre sus brazos, los ojos de Kat ya están cerrados.

Puck se gira y se aleja unos pasos. Dexter le imita.

—Kim, tienes que dejarla...

—No... —Cuando levanta la cara está llorando, aunque sus lágrimas se mezclan con las gotas de lluvia que le empapan la cara.

Dean apoya dos dedos en el cuello de Kat. Un momento después, niega con la cabeza. De pie a su lado, Chelsea también rompe a llorar y Zoran se da la vuelta, afectado. Un momento después, Dean también se aparta un par de metros para dejarles intimidad.

—Está muerta, Kim.

Al menos, deja de mecerse. Chuck detecta un cansancio extremo, cercano al hastío, en los intensos ojos azules de Kim.

—No hacemos más que perder gente —le hace notar.

Chuck asiente, no tiene sentido negarlo. En los últimos veinte minutos han perdido a Lena Hoflin, Ellen Bell, Ian Morgan, Cindy Teller y Kat Meissner. En realidad, a excepción de Kat porque la tiene delante, no ha visto morir a los demás. Pero tal y como están las cosas, el no verles allí junto al resto no le transmite buenas esperanzas.

Como si el río quisiera poner su granito de arena para despejar las dudas, la gorra de los Boston Red Sox que Cindy Teller solía llevar siempre en la cabeza aparece arrastrada por la corriente y entra en el recodo del río por el que ellos han logrado

salir.

—¿Qué sentido tiene, Chuck?

—Tenemos que seguir luchando —responde él—. Tenemos que lograrlo para que sus muertes no hayan sido en vano.

—Es bonito decir eso pero... ¿qué sentido tiene en realidad, Chuck?

Él no responde y atrae a Kim hacia él, envolviéndola en un abrazo cariñoso. La nota temblar de frío y miedo.

Chelsea se agacha para recoger la gorra de Cindy Teller. La mira durante unos segundos como si fuera un objeto proveniente de otro planeta, y luego se la pone sobre la cabeza. Está tan empapada que pesa como si se hubiera colocado una fuente de cerámica en lugar de una pieza de tela.

—Tenemos que movernos —dice John, acercándose al árbol junto al que están abrazados Chuck y Kim. El cuerpo de Kat está en el suelo tumbado, con los ojos cerrados y una calma plácida en el rostro.

—¿Hacia dónde? —pregunta Chuck, levantando la mirada.

John se encoge de hombros.

—No lo sé, pero si nos quedamos quietos acabaremos muriéndonos de frío. Y... ¿no deberíamos hacer algo con ella? —señala a Kat.

Kim se levanta de repente, con una rapidez tan inesperada que John retrocede un par de pasos y tropieza con sus propios pies, estando a punto de caer al suelo.

Chuck se pone de pie a su lado y vuelve a apoyar la mano en su hombro, calmándola.

—No podemos permitir que se convierta en una de esas cosas y nos pille por sorpresa, Kim.

Ella cierra los ojos, con la rabia hirviendo en su estómago. Se gira para mirar el cuerpo de Kat, comprendiendo que Chuck y John tienen razón.

—Yo lo haré —dice Chuck.

Los otros siete supervivientes empiezan a caminar, alejándose de allí. Chuck espera hasta que se han alejado unos metros antes de agacharse para coger una roca. Luego se agacha junto a Kat y mira la calma que parece expresar su rostro. Le hace dudar sobre lo que antes le ha dicho a Kim. Porque parece cierto que no tiene sentido seguir corriendo, huyendo en todo momento de esas criaturas y sabiendo que en cualquier momento morirán cuando les atrapen. Al menos, Kat parece haber alcanzado cierta paz.

Tiene que hacer lo que tiene que hacer. Levanta la piedra por encima de su cabeza y la hace descender contra la cabeza de Kat con todas sus fuerzas.

Kim se estremece al oír el fuerte crujido a sus espaldas.

Cuando al fin deja de llover están tan empapados y congelados que temen no ser capaces de llegar mucho más lejos. Esa misma noche, John, Zoran y Puck recogen toda la leña que pueden encontrar, intentando rebuscar en los recovecos de las rocas en busca de la que pueda estar seca. Les lleva casi una hora conseguir que el fuego coja fuerza y sea suficiente para calentarles a todos. Cuando lo logran, se agrupan a su alrededor en silencio, todos cabizbajos y sumidos en sus propios pensamientos. Ni siquiera tienen fuerzas para discutir qué deben hacer.

Es posible que te preguntes qué le pasó a Cindy Teller. Y cuándo. ¿La atraparon los muertos vivos o se ahogó en el río? ¿O ambas cosas, como pasó con Ellen Bell? De una u otra manera, Cindy Teller no logra salir con vida de aquí, por lo que de los trece de Portland apenas seis logran alcanzar la carretera de tierra que discurre entre los árboles y terminará por llevarles de nuevo a la autopista. Con Puck y Dean hacen ocho.

Ocho pequeños ratones.

— Capítulo 9 —

Lázaro

1

El hombre está de pie en la playa, desnudo, sintiendo el aire cálido pero refrescante que sopla desde mar adentro trayendo consigo los olores del océano: el agua salada, el pescado y los sueños de libertad y aventuras.

—Piratas —dice en voz alta, y su voz se mezcla con el arrullo del mar.

Da un par de pasos y el vaivén de las olas borra sus huellas. Siempre soñó con ser un pirata cuando era niño, y surcar los mares del uno al otro confín llevando un parche en el ojo y un loro en el hombro. Pensaba en dejarse una larga y frondosa barba que teñiría de algún color exótico, verde tal vez, para que pudieran llamarle Barbaverde. Con el tiempo, si la vida le guiaba por esos derroteros, tendría un garfio y una pata de palo aunque no entraba dentro de sus planes ser un tullido. No, el niño que había sido soñaba con ser un gran luchador, diestro en el manejo de la espada, y al que sus enemigos temerían en cuanto le vieran. Suplicarían su perdón arrojándose de rodillas a sus pies o bien huirían saltando por la borda, todo con tal de no enfrentarse a él.

Pero no sería un pirata malvado, por supuesto que no. El niño se veía como un héroe, el Robin Hood de los mares, robando a aquellos que lo merecieran para repartirlo entre los necesitados.

—Y me enfrentaría a cualquier enemigo que surgiera del mar, ya fuera humano o inhumano.

Porque por todos es bien sabido que el mar esconde pesadillas inimaginables en sus inmensas fosas abisales inexploradas. Monstruos que surgirán en cualquier momento para arrastrar a la humanidad a su extinción.

—Como los muertos vivientes.

Sacude la cabeza y se concentra en mirar el mar. Le duele el cuerpo cuando piensa en otra cosa así que se concentra en el suave movimiento de las olas, en sus crestas con espuma blanca, en la luz dorada del atardecer que baña el horizonte.

—No puedo quedarme aquí —murmura.

El hombre sabe que tiene razón, pero allí está bien, a salvo y cómodo. Si regresa el dolor volverá.

Si no regresa todos morirán.

El hombre se da la vuelta y se enfrenta a sus miedos. A su espalda hay una puerta, de pie en mitad de la arena, cerrada, de madera negra con una marca redonda a la altura de los ojos donde cualquier otra puerta del mundo tendría la mirilla. No está

sujeta a ningún sitio, salvo apoyada en la arena, pero mantiene la posición vertical. El hombre sabe lo que hay al otro lado: suelo y dolor.

Dolor y suelo sucio y frío.

Puede que te preguntes dónde estamos. Es normal que lo hagas, dicho sea de paso. Puede que te preguntes qué ocurre con los ocho supervivientes del Norte, o puede que en lugar de eso te estés preguntando qué demonios ha pasado en San Mateo después de que nos hayamos marchado de allí. Hemos visto tantas cosas por en medio que parece que fuera hace una eternidad.

Todas tus dudas quedarán resueltas pero tendrás que tener paciencia.

Esta playa no existe. Al menos no de la manera en que entendemos la existencia. Está basada en un recuerdo, en el lugar donde este hombre veraneaba cuando era ese niño que soñaba con ser el pirata Barbaverde y gobernar un bajel pirata con un centenar de cañones por banda, y resulta bastante fiel. Es hasta posible sentir los granos de arena colándose entre los dedos de los pies cuando uno camina por esta ensoñación descalzo. Si miras hacia el horizonte verá que el mar es perfecto, justo como lo sería si uno mirara hacia el verdadero océano. Pero si giras la cabeza a derecha e izquierda verás que la ilusión se desdibuja cuanto más se aleja del punto en el que nos encontramos.

Y luego está esa puerta. Es la forma que tiene el cerebro del hombre de indicarle cuál es el camino que debe seguir. Él mismo sabe que es un camino de sufrimiento, alejado de la paz de cuerpo y alma que le otorga esta playa, pero es el único camino. La única opción.

Es o eso o entregarse a la muerte cuando venga a por él, armada con su guadaña y cubierta por la capa negra. Y el hombre sabe que se juega demasiado, y no solo por él, como para rendirse así de fácil.

—No quiero que me duela —dice en voz alta. Es el niño el que habla, no el hombre. Es el crío al que le gustaría ser un pirata y quedarse en la playa, tal vez sentarse en la orilla y hacer un castillo de arena, con un fuerte muro que lo defendiera de la fuerza del mar. El mismo niño que correría hacia los brazos de su madre si se cayera al suelo y se rasguñara la rodilla.

Ahora ya es un hombre pero mirando la puerta negra le gustaría tener seis o siete años y poder buscar el consuelo de su madre.

El dolor duele.

Da un paso hacia delante y vuelve a dudar. Tal vez pueda quedarse un ratito más en la playa. Lo piensa y lo medita. La puerta no va a marcharse a ningún lado, ¿verdad? El dolor y el suelo tampoco, claro.

Pero da otro paso y a ese le sigue un tercero, y apenas un poco más y se planta delante de la puerta negra. La manija es dorada y brillante pero al mismo tiempo parece estar oxidada, como si quisiera recordarle que las cosas no son lo que parecen en esa playa, que pueden ser una cosa pero también otra, que los sueños fácilmente pueden transformarse en pesadillas.

¿Y no es cierto que ahora todo luce más oscuro a su alrededor? ¿Y no es cierto que a su espalda se escuchan ruidos que solo pueden provenir de la garganta de seres muertos que se arrastran hacia él?

Hay algo mal en ese pensamiento y lo sabe. Los muertos no caminan, corren como hijos de puta y es imposible escapar de ellos. Bueno, no imposible pero casi.

Aunque al final, es el hombre el que es un lobo para el hombre. Y no se refiere al hombre muerto y revivido por arte de magia producida en un laboratorio militar, sino al que está vivo y coleando, el que todavía es capaz de sentir envidia y odio incluso cuando ya no queda nada en el mundo por lo que sentirlo. El ser humano es ruin y el hombre que está de pie frente a la puerta negra lo sabe.

Alarga la mano y agarra la manija. Se prepara para sentir dolor de nuevo. Toma aire y cierra los ojos para coger fuerza, tira de la puerta para abrirla y salta hacia el otro lado.

La cosa va de muertos que reviven y eso es algo que tenemos claro. En esta ocasión, nuestro particular Lázaro no llegó a morir del todo pero estuvo tan cerca que la parca pudo rozarle con la punta de los huesos que son sus dedos. Y como el Lázaro de las Sagradas Escrituras, abrió los ojos de nuevo a la vida.

Lo de andar... todavía no.

2

Lo primero que le llama la atención es que no está en el suelo. Fue lo último que vio, subiendo hacia él y golpeándole la cara con fuerza cuando su cuerpo y el suelo impactaron, antes de irse a la playa de sus recuerdos. Pero ahora no está en el suelo porque lo que tiene delante es el techo. Está tendido boca arriba y por lo que puede percibir, por la distancia que le separa del techo, está tumbado en algo elevado.

Está aturdido pero es capaz de apreciar eso.

Y también puede sentir el dolor, no tan atroz como cuando cayó, pero dolor al fin y al cabo, sordo y concentrado en el costado derecho. Intenta moverse pero como si le dieran un latigazo, se estremece y comprende que es mejor que se quede quieto por el momento.

El ojo izquierdo se le cierra y tiembla. El derecho resiste abierto y se mueve en todas direcciones. Siente el cerebro nublado, como si estuviera atrofiado y los pensamientos se le agolpan en la cabeza. Algunos le dicen que no tiene sentido quedarse allí y es mejor que regrese a la playa. Otros le dicen que persevere, que aguante, que...

¿Son voces eso que escucha?

Se concentra y trata de prestar atención. No reconoce las voces pero está claro que lo son. De hombres y mujeres, y todas susurran por lo que le resulta imposible comprender qué están diciendo. Por un momento le preocupa que estén hablando en

otro idioma y por eso no sea capaz de entender lo que dicen.

También es posible, y lo sabe, que se deba tan solo a que no escucha bien los susurros.

Abre los labios e intenta decir algo. Su garganta está reseca y el movimiento de las cuerdas vocales es como raspar papel de lija en su interior. Apenas un leve gemido surge de entre sus labios. El hombre se estremece, porque el sonido ha sido tan similar al que producen esas criaturas, los muertos vivientes...

«¿Y si soy uno de ellos?», se pregunta. «¿Y si esto es su despertar? ¿Y si de alguna manera mantienen la conciencia aunque no dominen sus actos y no sean capaces de controlarlos? ¿O es que una vez uno despierta de la muerte desea atacar a los vivos por iniciativa propia?».

El párpado derecho empieza a cerrársele también. Le cuesta demasiado trabajo mantenerlo abierto y en su mente está empezando a cerrar la puerta negra de nuevo para regresar a la playa. Tiembla un segundo y es apenas una rendija cuando un rostro aparece delante de su campo de visión.

Reacciona tarde y la puerta se cierra. La playa le llama, el aire cálido y los olores del mar le piden que se dé la vuelta y les encare; el sol lo ilumina todo con un celestial y mágico color anaranjado. Pero él sabe lo que ha visto al otro lado. Abre de un empujón y vuelve a saltar.

El párpado derecho tiembla de nuevo y empieza a abrirse. Delante de él hay un rostro femenino que no reconoce por mucho que bucea en su memoria. Es una cara que debió ser hermosa no hace tanto tiempo pero que ahora aparece surcada por arrugas de tensión, preocupación y agotamiento. Un rostro sucio y demacrado en el que se nota el desgaste de malvivir en un mundo poblado por muertos vivientes, siempre huyendo y siempre luchando por resistir un día más.

El hombre casi consigue sonreír al ver la gorra de los Boston Red Sox que luce en la cabeza. Él siempre ha apoyado a los Yankees, pero en este momento se da por satisfecho con cualquier cosa.

Y luego se pierde en sus ojos. Son tan azules como el mar que ha dejado atrás, aunque mucho más profundos; los ojos de alguien que han visto demasiado y sufrido aún más. Unos ojos azules inconfundibles.

—Está despierto —dice Kim Byars.

3

El hombre aguarda impaciente mientras un Dean Winchester que parece haber envejecido veinte años desde que le vimos por última vez, tras sobrevivir al río y la tormenta, le examina el costado. El hombre aprieta los dientes cuando siente dolor, pero no se queja. No han pasado más de dos semanas desde el día de la tormenta y el río pero el pelo de Dean se ha aclarado hasta el punto de estar ahora casi

completamente blanco. Resulta asombroso, lo sé. Y no es el único cambio, porque puedes apreciar que las bolsas de sus ojos y las arrugas de su piel también se han acentuado. Tal vez a los ojos del hombre tendido en el camastro improvisado no resulta extraño, pero para nosotros es como estar mirando al padre del hombre que conocimos como Dean Winchester.

Detrás, Kim espera a que termine su examen, con las manos entrelazadas a la altura de la cintura, observándole desde debajo de la gorra de los Red Sox.

Están en una habitación de paredes blancas. En un lateral hay un montón de cajas amontonadas, algunas de ellas precintadas y con marcas de rotulador en ellas que no alcanzamos a leer desde aquí. No hay ventanas, por lo que el olor aquí dentro es denso. La puerta del fondo se abre para dar paso a Chuck Bauer. Lleva un cuenco de cerámica con una muesca de rotura en el borde y se acerca al hombre.

—Siento no poder ofrecerte otra cosa —dice al entregarle el cuenco. Contiene una especie de sopa demasiado transparente como para esperar que tenga mucha sustancia—. Está fría.

—No importa —asegura Dean sin levantar la mirada de la herida que tiene el hombre en el costado—. Le sentará bien de todas maneras tener algo nuevo en el estómago. ¿Cómo estás de apetito?

Al hombre le sorprende la pregunta. Estaba mirando hacia la puerta, cerrada ahora, y tiene que girarse hacia Dean para contestar. Sabe que hay más gente al otro lado de esa puerta, pero no han entrado en la habitación en la que se encuentra él, por lo que no sabe cuántos son.

—Tengo hambre —asegura.

—Bien —Dean termina de taponar la herida de nuevo y aplica esparadrapo para mantener la venda en su sitio—. Eso es buena señal.

—Fue una suerte que fuéramos capaces de encontrarte —dice Kim—. Cuando llegamos estabas desangrándote en el suelo.

—No sabes cuánto me alegro de que me encontrarais —asegura el hombre—. Fue una suerte que tuvierais un médico entre vosotros —añade mirando a Dean.

El hombre intenta incorporarse cuando Dean comienza a apartarse, pero con gesto de alarma el doctor se acerca de nuevo y apoya sus manos sobre los hombros del hombre, obligándole a recostarse de nuevo.

—Es mejor que no te muevas —le dice—. Estás débil y aún necesitas recuperarte.

—Y necesitamos hacerte algunas preguntas —añade Chuck.

—¿Estaba yo solo? —se adelanta el hombre—. Quiero decir, cuando llegasteis.

Chuck y Kim se miran. Es apenas un segundo pero el hombre lo capta, y nosotros también.

—Sí —responde ella—. De hecho, los zombis se estaban alejando, persiguiendo a alguien suponemos. Nos pareció escuchar un motor.

—Era una moto —asegura Chuck—. Reconocería el motor de una moto hasta debajo del agua.

—Calculamos que llevabas media hora en el suelo cuando te encontramos —añade Kim.

—Es casi un milagro que estés vivo —dice Dean.

—La pregunta principal —dice Chuck, centrando la conversación de nuevo—, es si tenemos que preocuparnos por quien quiera que te disparó.

—No lo sé —responde el hombre con franqueza—. Es posible.

—¿Quién te disparó? —pregunta Kim—. ¿Y por qué?

El hombre suspira. Sé que recuerdas a este hombre, a fin de cuentas recorrimos con él un largo camino en otra ocasión, y sé que no es necesario que oigamos de nuevo su historia...

—Imagino que me convertí en un obstáculo para ellos —dice, con un suspiro de resignación—. Nunca llegaron a fiarse de nosotros. De mí en concreto menos aún, aunque fuera solo porque ejercía algo de autoridad... —Agita la cabeza con cansancio—. Soy policía —explica—, o lo era antes de que ocurriera todo esto. Mi nombre es Patrick Flanagan...

Y durante las siguientes dos horas, Patrick les cuenta todo lo que ha vivido desde que la plaga se desató en Castle Hill hasta el momento en que Neil Ridgewick le disparó por la espalda.

4

—¿Y vosotros? —pregunta Patrick al terminar—. ¿Cómo es que habéis acabado en Half Moon Bay? Por vuestro acento diría que sois del norte.

—Será mejor que descanses —le corta Dean, lanzando una mirada de disculpa hacia Chuck y Kim, que durante la historia de Patrick se han acomodado sobre un par de cajas de cartón para usarlas como sillas—. Ya tendrás tiempo de ponerte al día.

—No —responde Patrick, y les lanza una mirada cargada de gravedad a todos ellos—. Si tuviera fuerzas ya me habría puesto en pie. Tengo amigos allí y el chico que me disparó, Neil... Nunca podría perdonarme si les hubiera pasado algo y ya llevo demasiado tiempo fuera.

—Pero necesitas descansar para coger fuerzas...

Patrick niega con la cabeza una vez más.

—Si como algo más también me vendrá bien, ¿verdad? Puedo escuchar vuestra historia mientras como.

Dean mira hacia Chuck y Kim, pero estos dos se encogen de hombros, dejándole la última decisión al antiguo médico. Dean termina por ceder y les hace un gesto con las manos invitándoles a continuar. Luego sale de la habitación con pasos lentos y cansados.

—Tendrías que haberle visto cuando le encontramos —dice Chuck señalando con la cabeza hacia la puerta—. Ha dado un bajón espectacular. Lo de su pelo es

acojonante.

—¿Qué le pasa?

—Hace dos semanas tenía algunas canas pero su pelo era negro —asegura Chuck—. Ha sido cuestión de unos días que se haya convertido en Santa Claus.

—¡Chuck! —le recrimina Kim con un codazo amistoso.

Chuck suelta una risotada que en aquella sala cerrada suena como un trueno.

—Lo siento —dice agitando una mano y tratando de apagar la sonrisilla de sus labios. Mira a Patrick con una especie de gesto cómplice y toma aire—. Efectivamente, como has adivinado antes, somos del norte. De Portland. Al menos la mayoría de nosotros...

—¿Cuántos sois?

—Ocho. Seis de nosotros venimos desde Portland, nuestro querido doctor es de Roseburg y tenemos un chico que proviene de Novato, un pequeño pueblo cerca de San Francisco.

En ese momento se abre de nuevo la puerta pero el que entra es un desconocido a los ojos de Patrick Flanagan. John Vernon camina con pasos lentos hacia Chuck y Kim, sin dejar de mirar a Patrick, y moviendo la lengua dentro de la boca, de un lado a otro.

—Patrick, te presento a John —dice Chuck—, también es policía.

—¿Del cuerpo? —pregunta John levantando una ceja.

Patrick asiente. John cruza los brazos sobre el pecho y sonríe, aunque no se trata de un gesto amable sino de una mueca curiosa, más bien.

—Estábamos a punto de contarle cómo hemos llegado hasta aquí —le explica Kim al recién llegado.

—Bien —es la respuesta seca de John.

Y ahora es el turno de Chuck y Kim de contarle a Patrick lo ocurrido desde que estalló la epidemia en la Ciudad de las rosas. Le hablan de cómo se ocultaron en el subsuelo gracias a los conocimientos de Chuck, de la manera en que se hicieron con un autobús, y del inicio del viaje al sur.

5

—Regresar a la carretera nos costó todo el día siguiente —prosigue Kim después de haber alcanzado con la narración el punto donde nosotros les abandonamos, durmiendo a la intemperie en el monte Shasta—. Allí encontramos un par de coches abandonados. Por entonces estábamos agotados, teníamos frío y hambre... Habíamos perdido todas las provisiones y la verdad es que no teníamos muchas esperanzas de lograr sobrevivir.

—No las tenía ella, quiere decir —asegura Chuck, señalando a Kim con el pulgar.

—Para el caso, Dexter tampoco es que sea de mucha ayuda —añade John.

—Desde que murió su hermana es como un fantasma —explica Chuck—. El chico está ahí, se mueve, come, bebe, corre cuando hay que huir de los zombis, pero casi no habla ni se relaciona.

—Sabíamos que teníamos que evitar las aglomeraciones —prosigue Kim, tomando de nuevo el control de la conversación—. Ahora viajábamos en coches y no en un autobús, por lo que si nos rodeaban, podrían romper las ventanas a puñetazos. No duraríamos mucho.

—Eso nos obligó a pensar en caminos alternativos —dice Chuck—. Cada vez que nos acercábamos a una población, pequeña o grande, intentábamos rodearla campo a través, tal y como nos había explicado Puck que había hecho él. Pero claro, él lo había hecho con una moto y los coches sufrían algo más haciendo eso. Perdimos uno de los vehículos y algunos de nosotros tuvimos que proseguir a pie. Por suerte no dimos con muertos vivientes en aquella ocasión.

—Intentamos desviarnos hacia Sacramento —asegura Kim—. Nuestra intención era tomar rumbo hacia el interior del país, aunque John no estaba de acuerdo...

—Joder —murmura el agente de policía con una sonrisa torva en los labios—, mi razonamiento no era tan extraño como decíais. Si aquí hay muchos muertos vivientes, adentrarnos en el país es tener un montón de muertos vivientes detrás y avanzar hacia otro jodido buen montón. ¿O no?

—Tiene lógica —murmura Patrick, asintiendo.

—Claro que tiene lógica, joder.

—Sacramento ha quedado reducida a polvo —asegura Chuck, meneando la cabeza con pesar—. No tanto, pero desde lejos pudimos ver que el fuego había consumido gran parte de la ciudad, muchos de los edificios parecían apenas cascarones. Y el incendio seguía, cubriendo la ciudad con una horrible nube negra. Seguir por allí era complicado, así que aunque no nos gustaba la idea, supusimos que tendríamos que ir hacia el Sur. No estábamos seguros de lo ocurrido en Los Ángeles, pero imaginábamos que podríamos evitar la ciudad. Nos asustaba un poco la idea de que lo que destruyó Los Ángeles fuera un ataque nuclear...

—Fue napalm —asegura Patrick—. Lo vimos mientras huíamos. —Pensar en eso le hace recordar a Verónica. También a Mark, a Paula, a Ozzy y a Stan Marshall. Pero sobre todo recuerda a Verónica, la forma en la que ambos se besaron en San Mateo, los sentimientos que habían nacido entre ambos. En parte se siente responsable por todos ellos, y por eso le angustia pensar que se encuentran a merced de la locura de los dos Ridgewick. Patrick ya ha decidido, en su mente, que Tom está detrás del disparo de su sobrino Neil. Le cuesta creer que el chico haya podido decidir asesinarle sin contar con el beneplácito de Tom.

—Napalm... —John meneaba la cabeza.

—No importa, porque mientras seguíamos la autopista hacia el Sur nos dimos de bruces con el mayor enjambre de muertos que habíamos visto hasta entonces —le cuenta Chuck—. Ocupaban toda la carretera y eran miles. Corrieron hacia nosotros, y

tuvimos que maniobrar a toda velocidad para salir de allí antes de que nos alcanzaran. Por delante solo teníamos tres opciones: regresar a Sacramento, adentrarnos en San Francisco o girar hacia la costa.

—Y las dos primeras no sonaban muy halagüeñas —aclaró Kim, torciendo el gesto.

—En definitiva, que terminamos llegando a Half Moon. Estábamos a las afueras, acampando, cuando escuchamos el disparo y decidimos acercarnos a investigar.

—Un disparo quería decir gente viva —añade Kim.

—Y os encontrasteis un casi muerto —concluye Patrick.

—La tienda de ropa de la esquina nos ha venido bastante bien —asegura Chuck con una sonrisa—. Y la comida de la tienda de alimentación también, claro. Estábamos a punto de desfallecer cuando llegamos a Half Moon.

Patrick asiente. Lleva un rato luchando contra sus propios párpados, que insisten en cerrarse. Kim se pone en pie y se acerca a él. Sus ojos, de un azul casi brillante, le resultan tan intensos como el mar que poblaba sus pensamientos mientras estaba inconsciente.

—Vamos a dejarte descansar, ¿de acuerdo?

—No —protesta él moviendo la cabeza casi sin fuerza, más terco que realista—. No necesito dormir más...

—Sí que lo necesitas, en realidad. —Ella apoya la mano sobre la muñeca de él, y el tacto suave de los dedos de ella le calma como solo una mujer es capaz de calmar a un hombre.

—Tengo miedo de volver a la playa —murmura Patrick.

Kim no entiende a qué se refiere pero antes de poder preguntarle, los ojos de Patrick se cierran y se queda dormido. Kim se da la vuelta para mirar a John y a Chuck. Sin decir nada, los tres abandonan la sala.

6

El olor cuando uno entra en la sala principal de la farmacia no es mucho mejor que el de la sala trasera del local. Apesta a concentración humana, a suciedad, a mugre. Dexter está tumbado en una esquina, encogido bajo dos abrigos que le sirven de manta, y o está dormido o aparenta estarlo. El resto de los supervivientes de Portland están sentados cerca del mostrador.

Como puedes observar, han movido las estanterías hacia las paredes y hay un montón de cajas de medicamentos en la esquina más cercana a la puerta cerrada. Han aprendido a ser lo más silenciosos que pueden para evitar que los muertos se acerquen a las puertas y comiencen a golpearlas, y cuando hablan lo hacen en susurros quedos.

Kim observa el agujero que Patrick, Neil y Peter hicieron en la pared para poder

pasar desde la tienda de alimentos hasta la farmacia. Se imagina el esfuerzo que debió llevarles. Luego se sienta junto a los demás.

—Tenemos que hablar —dice.

Siente que todos los ojos se clavan en ella. A estas alturas, Kim ha empezado a acostumbrarse a esa sensación.

7

Patrick vuelve a estar en la playa. El viento hace revolotear su ropa, pero hay cosas que han cambiado. Para empezar, no hay ninguna puerta sobre la arena. Para seguir, la sensación de estar allí no es tan real como cuando sí había puerta. El mar no suena como debería y todo se siente como si no estuviera del todo definido.

Sabe que es un sueño y eso le hace comprender que lo otro, la otra playa, la que veía mientras yacía inconsciente, era algo más.

O no, y simplemente era un sueño más vívido.

—¿Patrick?

Solo escuchar su voz hace que el corazón de él se acelere. Se da la vuelta y se queda sin respiración. Verónica está a un par de metros, con el pelo suelto y resplandeciente gracias a los rayos del sol, tan rojo que parecen llamas alrededor de su cabeza. Lleva un vestido de verano tan fino que casi es transparente. Está más hermosa de lo que nunca jamás ha estado, y sonrío al verle.

—Verónica...

Se acerca a ella y se besan con pasión. Él sujeta las mejillas de ella con las dos manos.

—Voy a ir a por ti, Verónica.

—¿De qué hablas?

—Esto es un sueño, ¿no?

Ella sonrío de nuevo, como si él se hubiera vuelto loco.

—Si es un sueño, entonces yo no estoy aquí.

—Lo sé, pero necesito decírtelo igualmente. —Patrick resiste el impulso que siente de besarla de nuevo—. Voy a por ti.

—No lo hagas.

De repente, el tono de Verónica se ha endurecido.

—¿Por qué?

—En San Mateo solo encontrarás la muerte.

Patrick frunce el ceño sin comprender. Verónica abre la boca y de ella empieza a salir, como si de una catarata se tratase, un río de sangre que empapa su vestido blanco en apenas unos segundos. Patrick retrocede, intentando apartarse, tropieza y cae de culo al suelo.

Solo que en realidad no cae al suelo, sino mucho más abajo. Cae y cae sin parar,

en la nada infinita, agitando los brazos.

Con un grito, Patrick despierta.

Le cuesta un par de segundos entender dónde está. Mira hacia los lados con la mirada perdida y parpadea.

—¿Estás bien? —le pregunta Chuck.

El joven policía de Castle Hill asiente con un gesto y se gira para levantarse. Nada más apoyar los pies en el suelo Dean se adelanta y le agarra de los hombros para impedir que se ponga en pie.

—¡No, no! —exclama—. ¿A dónde vas? Estás demasiado débil para...

—Déjeme, doctor —pide Patrick, amable pero firme—. Os agradezco todo lo que habéis hecho por mí, pero todos mis amigos siguen allí, en San Mateo, y les debo al menos el intentar ir a por ellos.

Dean aparta las manos y permite que Patrick se levante. Al principio parece que va a conseguir permanecer erguido, pero enseguida las piernas le flaquean y necesita apoyarse en la mesa. Chuck se acerca para ayudarlo pero Patrick le rechaza con un gesto. Tiene la mandíbula apretada con fuerza y los ojos cerrados.

Siente rabia por dentro. Sabe que necesita ir cuanto antes, la pesadilla le ha transmitido una inquietud que ahora es incapaz de borrar. Por lo que sabe, todos sus amigos podrían estar muertos a esas alturas, si los Ridgewick los consideraran un estorbo...

«No...».

Sabe que existe esa posibilidad, por poco que quiera valorarla.

«Si están muertos, yo mismo me encargaré de los Ridgewick. Lo juro por Dios. Por todos los dioses que puedan existir».

—Patrick...

Kim se acerca a él. Patrick abre los ojos y le ordena a su cuerpo que mantenga la estabilidad. Las piernas le tiemblan y amenazan con ceder, pero la sensación termina por abandonarle y poco a poco empieza a sentirse más seguro.

«Más seguro, sí, pero no creo estar en posición de echar a correr si los muertos empiezan a perseguirnos».

—¿Qué? —pregunta. Le incomoda sentir los ojos de esas personas a las que no conoce clavados sobre él. Sin embargo, la mirada azul de Kim le resulta relajante.

—Vamos contigo.

Patrick parpadea sin comprender y Kim asiente, confirmando lo que acaba de decir. Patrick mira a los demás y ve las mismas dudas que podemos contemplar nosotros. Dudas y miedo, pero también la certeza de que eso es lo que van a hacer.

—La comida que tenemos aquí no durará eternamente y este no es el mejor sitio del mundo para atrincherarnos —asegura Chuck—. Por lo que nos has contado, esa urbanización puede ser un buen lugar donde acomodarse.

Patrick se siente henchido de agradecimiento y asiente.

—Pero está ese chico —les recuerda—. El que me disparó. Y su tío.

—Les haremos comprender que el objetivo principal debe ser sobrevivir todos juntos —dice Chuck—. No queremos crear un conflicto, o un enfrentamiento...

—En cuanto me vean, eso es lo que habrá.

Chuck asiente y señala a John con la cabeza.

—No dejaremos que las cosas vayan tan lejos —dice el antiguo policía de Portland—, y si es necesario encerrar a esos dos, eso es lo que haremos.

—No quiero pintar las cosas de un color imposible —responde Patrick— porque agradezco lo que estáis haciendo, pero es posible que sea más complicado que eso. Los amigos de Neil también forman parte del grupo. Puede que sea muy peligroso meternos allí.

—Hemos hablado de ello —asegura Kim— y todos estamos de acuerdo, Patrick.

—Estamos cansados de correr de un lado a otro —añade Chelsea dando un paso adelante.

A Patrick no le quedan más opciones que asentir y aceptar la decisión del otro grupo.

8

Al salir al exterior por la misma ventana por la que en su momento salieron Neil Ridgewick y su amigo Peter desde la tienda de ropa situada en la esquina del centro comercial, Patrick parpadea y se tapa la cara con la mano, deslumbrado por la claridad del día. Chuck tira de él, ayudándole a continuar su camino hasta los vehículos que los ocho de Portland utilizaron para llegar hasta allí.

John se detiene junto a uno de los coches, con una escopeta de caza entre las manos, vigilante y atento a cualquier movimiento, mientras el resto llega hasta ellos y descarga las provisiones en los maleteros. Se mueven con una precisión casi militar, incluso Dexter Hill, y en apenas unos segundos la operación está terminada y se meten dentro de los coches. En el primero lo hacen Zoran, Chuck, Kim y el propio Patrick. Chelsea, Dexter, Puck, Dean y John lo hacen en el segundo de los coches.

En cuanto los dos motores cobran vida los muertos empiezan a aparecer desde la parte frontal del edificio. Es demasiado tarde para que les alcancen, pero los nueve contienen la respiración hasta que los coches se ponen en marcha y comienzan a alejarse. No tienen manera de saberlo, pero pasan por encima del mismísimo punto exacto donde Neil abandonó a su amigo Peter y donde los zombis le dieron caza. Apenas quedan rastros de sangre seca en el asfalto como única señal de su sangriento final.

De los dos vehículos, es el primero el que nos interesa en este momento, el que conduce Zoran con Patrick en el asiento del copiloto y Chuck y Kim en la parte de atrás. Tendremos que apretarnos para poder viajar con ellos, aunque ellos ni siquiera se darán cuenta de que estamos ahí, acompañándoles. Ven conmigo.

Chuck tiene una mochila entre las piernas. De ella saca un revólver que entrega a Patrick. Este mira el arma, sopesándola, y se la guarda en la cintura.

—Todas las armas que encontrábamos por el camino nos la agenciábamos — explica Chuck—. Siempre que tuviéramos munición. El rifle de caza que usa John lo encontramos tirado en medio de un camino de tierra, junto a un par de mochilas con algunas latas de comida.

—¿Cuántas tenemos? —pregunta Patrick, con un nudo en el estómago.

—El rifle, la pistola que acabo de darte y tres pistolas más. Una de ellas, la que tengo yo, apenas tiene seis balas. Cuando se terminen, podré usarla como sujetapapeles.

—Espero que no necesites usarla —dice Kim. Es evidente que está nerviosa, por la forma en que se mordisquea el labio inferior.

—¿Quiénes tienen las otras dos?

—Yo tengo una —responde Zoran—. Puck la otra.

—¿El chico sabe usarla?

—Él dice que sí —Chuck se encoge de hombros—. Qué demonios, probablemente sepa usarla mejor que yo.

Patrick gira la cabeza y mira a Chuck y este sonríe, disculpándose por no servir de mucha ayuda con eso. Patrick señala hacia delante.

—Coge esa carretera —dice—. Por allí vinimos nosotros. Y ten cuidado, hay un accidente más adelante. En realidad, deberíamos bajarnos de los coches ahí y hacer el resto del camino a pie, campo a través. No nos conviene aparecer en la puerta delantera, porque además está rodeada de muertos. O lo estaba cuando estuve allí la última vez.

Zoran gira el volante, esquivando a una mujer que se mueve por la carretera arrastrando una pierna evidentemente rota y que estira hacia ellos los brazos cuando pasan a su lado. El eslovaco es un hombre serio, ya lo sabes, y mientras conduce frunce el ceño de forma que parece estar enfadado. En realidad, por si quieres saberlo, está intentando concentrarse en lo que está a punto de suceder. En lo irónico que le resulta todo, en parte. A fin de cuentas lleva gran parte de su vida arrepintiéndose del camino que siguió durante su adolescencia en Eslovaquia, de las cosas que hizo y las malas compañías que frecuentó. En aquella época sabía que acabaría llegando el día en que sesgara una vida. Y huyó de todo aquello, pensando que en los Estados Unidos daría la espalda a todo eso, que podría llevar una vida normal, sin armas ni peleas constantes, una vida en la que no tuviera que mancharse las manos de sangre.

«Y aquí estoy», piensa mientras conduce, «dispuesto a hacer lo que sea necesario...».

Cuando Patrick les ha dicho que es posible que los Ridgewick y los chicos que conforman el grupo armado de San Mateo planten batalla, Zoran ha respondido en voz de todos los demás:

«Sabíamos que era posible que llegara este día. Cuando el mundo se va a tomar por culo», y con su fuerte acento de Europa del este pronuncia *tomarrrr porrrr culo*, «la gente se vuelve egoísta y empieza a pensar solo en su supervivencia. Sabíamos que era posible que nos encontráramos con algún grupo con malas intenciones, de hecho, tuvimos nuestra pequeña ración con el tipo que intentó secuestrar a Kat. Bien, en este caso, es posible que nosotros tengamos que convertirnos en ese enemigo, el que entra en la casa de uno y le echa a patadas de allí. Son daños colaterales de la guerra. Queremos esa urbanización, y si eso implica echarles de ahí, eso haremos».

Zoran ha llegado a aceptar la idea, y sabe que los demás también lo hacen. Aunque también sabe que, a excepción de los dos policías y de él mismo, los demás no son del todo conscientes de los riesgos. Y tiene miedo. Y por eso está concentrado.

Solo hay una cosa en la que Zoran se equivoca, aunque él no tiene forma de saberlo, claro. Kim Byars es perfectamente consciente de los riesgos y del camino que están tomando en ese momento. Sabe que están yendo a la guerra. Y sí, espera que funcione el plan que han trazado para acercarse sin hacerse notar y sorprender a los habitantes de San Mateo, pero también sabe que cualquier cosa puede salir mal y en caso de hacerlo, más vidas podrían llegar a perderse.

Como Zoran, que ha aceptado la idea de que puede llegar el momento en que finalmente tenga que mancharse las manos con sangre de alguien vivo, Kim ha aceptado que la vida de todos los demás no depende de ella. No quiere perder a más gente, y sabe que si llega a ocurrir le dolerá de la misma manera en que le dolió perder a todos los que han caído desde que el apocalipsis dio comienzo, pero la muerte de Kat marcó un punto y aparte.

«Sólo pido que no sea Chuck».

Se retuerce las manos por los nervios.

«No queremos pelear contra ellos. Solo queremos un lugar donde poder quedarnos. Lo entenderán. Tienen que hacerlo. Podemos solucionar esto sin derramamiento de sangre...».

Kim cierra los ojos y suspira, exhalando el aire despacio. Chuck le pasa un brazo por encima del hombro y la estrecha contra su cuerpo. Le da un suave beso en la mejilla y Kim se estremece.

—Te quiero —le dice, en un susurro.

—Y yo a ti, preciosa —responde el hombretón—. ¿Estás nerviosa?

—Sí —a él no va a mentirle.

—No lo estés. Todo va a salir bien.

—Ya...

—Kim —Chuck clava su mirada en los ojos de ella y baja la voz—, sabes que voy a apoyarte en todo lo que digas. Aún estamos a tiempo de tomar otra dirección...

Kim duda un segundo que se nos antoja tan eterno como la existencia del propio planeta. Luego niega con la cabeza.

—Pero no creo que sea bueno que entremos blandiendo las armas y que parezca

que vamos a liarnos a tiros a la mínima de cambio —murmura—. La primera impresión lo es todo. Tenemos que llevarlas, sí, porque más vale prevenir que curar, pero creo que el objetivo debería ser plantearles una conversación, no asustarles. Y Patrick debería estar detrás, donde no puedan verle al principio.

Chuck piensa en ello un momento.

—Me parece sensato —dice al fin—. Me aseguraré de que los demás lo entiendan también, ¿de acuerdo?

Kim respira hondo y asiente. Sigue preocupándole que pueda haber un tiroteo, pero sabe que Chuck hará todo lo posible para que eso no ocurra. Chuck es grande y su apariencia puede llegar a intimidar, pero de tonto no tiene un pelo.

—Ahí está el accidente —dice entonces Patrick, señalando hacia delante. En la carretera pueden ver un grupo de coches y un camión de reparto bloqueando el camino. Su mirada se desvía un momento hacia el prado que se extiende hacia la derecha, por el que Neil, Peter y él corrieron para escapar de los muertos y llegar al centro comercial. Le parece que ha pasado una vida desde entonces—. Si atravesamos el bosque de la izquierda llegaremos hasta San Mateo en menos de una hora.

Cada vez más cerca...

9

Los dos coches se detienen junto al camión, pero ni Zoran ni John apagan los motores. Sin embargo, Patrick, Chuck y Puck sí que bajan y se apostan a los lados, mirando en todas direcciones en busca de zombis. Descubren uno corriendo con movimientos espasmódicos que recuerdan a un ataque epiléptico. Antes de morir era un chico joven, de no más de dieciocho años, aunque ahora resulta imposible deducir si era guapo o no; toda su cara es una máscara de tragedia y sangre. Puck levanta la pistola para dispararle pero Patrick apoya una mano en su brazo, con suavidad.

—No —ordena, con tono amistoso—. En la medida de lo posible, nos conviene acercarnos sin hacer ruido.

Puck asiente, aunque está nervioso y no deja de mirar hacia el muerto que corre en dirección a ellos, intranquilo. A un gesto de Chuck, tanto Zoran como John apagan los motores. Todo el grupo sale de los vehículos y recoge las mochilas de provisiones. En apenas unos segundos están listos para salir. Todos le prestan atención al chico zombi que está cada vez más cerca. Chuck, Patrick y Zoran se encuentran en primera línea para hacerle frente; el policía mantiene la pistola en la mano, Chuck sujeta una barra de acero sacada de una de las tiendas del centro comercial y Zoran, un cuchillo de cocina de filo brillante.

En cuanto el chico les alcanza, Chuck le golpea con tanta fuerza que todos ellos oyen el crujido de sus vértebras mientras cae al suelo. Zoran no le da tiempo a

levantarse; se abalanza sobre él y hunde el cuchillo en su barbilla, hacia el cráneo. El muerto se queda inmóvil de una vez por todas.

—Salgamos de la carretera —dice John, detrás de ellos.

—Por allí —Patrick señala a su izquierda y el grupo corre en dirección a los árboles.

Una vez fuera de la vista se sienten algo más tranquilos y bajan el ritmo. John y Chuck abren la marcha, seguidos de Chelsea y Kim, que caminan a la par. Detrás de ellas van los demás, desperdigados a no más de cinco o seis metros. Zoran cubre la retaguardia del grupo, atento a lo que pueda ocurrir a sus espaldas.

—¿Crees que al fin podremos dejar de correr? —pregunta Chelsea con un susurro. Nadie quiere alzar demasiado la voz por miedo a llamar la atención.

—Para eso estamos haciendo esto —responde Kim, calándose bien la gorra de los Red Sox. Chelsea estuvo a punto de tirarla después de recogerla del río, pero Kim quiso quedársela. Le sirve como ancla ante la idea de poder olvidar las muertes de todos los que han quedado atrás. Es su pequeña manera de honrar la memoria de los que no ha podido salvar.

—No veo el momento.

—¿Pensábamos que llegaríamos tan lejos? —Kim se agacha y recoge una rama tan larga como su brazo y la blande como si fuera un arma, satisfecha, se la apoya en el hombro y sigue caminando—. Míranos, aquí estamos.

—Sí... —Chelsea echa un vistazo alrededor. De no ser porque llevan más de un mes huyendo constantemente, al borde de la muerte, casi podría parecer un paseo por el campo en un día corriente—. Pero antes buscábamos a los militares, a grupos grandes de supervivientes. Creíamos que tenían que estar en algún sitio...

—Y tenemos que seguir creyéndolo. Hay gente que ha sobrevivido. —Kim señala con la barbilla hacia atrás, donde sabe que está Patrick—. No podemos perder la esperanza.

—No, tienes razón. Es solo que resulta fácil olvidarse de ello.

Kim se encoge de hombros. Las dos mujeres siguen caminando y dejamos que se alejen un poco para situarnos a la altura de Patrick. Como puedes ver, tiene una de sus manos apoyada a la altura del costado, cerca de la herida. De vez en cuando le sobrevienen pinchazos que provienen de la zona, y empieza a sentirse agotado a pesar de que la caminata no resulta demasiado exigente. Sabe que si tienen que echar a correr es probable que no lo consiga.

—¿Cómo vas, colega?

Patrick gira la cabeza y se lleva el dedo índice a los labios para indicarle silencio a Puck. El chico asiente con la cabeza y encoge los hombros para pedir perdón.

—Cansado, pero bien —responde Patrick—. ¿Y tú?

—Bien, bien.

Patrick mira las manos del chico. La derecha tamborilea contra su pierna sin parar.

—¿Estás nervioso? —pregunta.

—Un poco —admite Puck.

—No lo estés. Mantén la calma y respira antes de hacer cualquier cosa, ¿de acuerdo? No podemos permitirnos cometer errores. Ahí dentro hay niños.

—No, no, si no estoy nervioso por entrar ahí dentro. —Puck coge su revólver y lo levanta, mostrándoselo a Patrick—. No es la primera vez que cojo uno de estos, mi padre solía llevarme al campo de tiro y tenía dos o tres en casa... —La última frase la dice bajando el tono, como quien se da cuenta de que está cometiendo un error. Luego sacude la cabeza—. Qué coño, ahora ya no importa... Solo tenía licencia para una de ellas, pero tenía varias armas.

—Ya no importa, cierto. —Patrick suspira, pensando en cómo era la vida antes de todo aquello, cuando sus únicas preocupaciones eran patrullar las calles de Castle Hill y pagar las facturas—. De todas formas, no es lo mismo disparar a un blanco que a un ser humano. Si es que llega el momento en que haya que hacerlo, que esperemos que no.

—He disparado a ciervos —responde el chico.

—Sigue sin ser lo mismo —replica Patrick, aunque comprende lo que el chico le está diciendo de forma implícita: que no tiene miedo de dispararle a una persona.

—Ya. Esperemos que no llegue el momento.

—¿Qué te preocupa entonces? Si no es disparar...

Puck sonrío, es un gesto torpe pero tan sincero que a Patrick le parece hasta entrañable.

—¿Sabes esas cosas que de vez en cuando oyes o lees y se te quedan grabadas en la cabeza aunque no sirvan para nada?

—Sí...

—Yo no soy mucho de leer, la verdad. —Puck niega con la cabeza para reforzar su sentencia—. Siempre me ha dado pereza coger un libro, sobre todo si es gordo, pero a veces le echo un vistazo a las revistas. Ver la tele sí que me gusta, sobre todo las series, las devoro. ¿Sabes lo que es un camisa roja?

Patrick frunce el ceño, intentando asociar ese término a algo conocido, en vano. Niega con la cabeza.

—Lo leí en una revista que hablaba sobre series de televisión... Yo nunca vi la serie antigua de *Star Trek*, siempre que la ponían en la tele me parecía aburrida y vieja, pero bueno... la cosa es que en aquella serie, cada vez que los protagonistas iban a una misión eran acompañados por unos cuantos extras, en teoría miembros de la tripulación también, que llevaban camisas rojas de uniforme. Esos personajes morían en cuanto aparecía el enemigo de turno. Era tan típico que al final el término «camisa roja» empezó a utilizarse para esos personajes de fondo que acompañan a los personajes principales y que todos saben que van a morir. En *Lost* se veía muy claro también, no sé si seguías la serie.

—Vi algunos capítulos.

—Pues eso es —concluye Puck—. Lo que me asusta es ser el camisa roja de este grupo. Sé que es una soberana imbecilidad pero no puedo evitarlo, tengo esa sensación.

Patrick sonríe y mira al chico.

—¿Crees que eres el extra de este grupo?

Puck asiente.

—Joder, ya he dicho que es una estupidez, pero es de esas cosas que empiezan a darte vueltas en la cabeza y se convierten en un puto incordio. Míranos... Está claro que tú eres el héroe que regresa para salvar a los suyos. Chuck y Kim son los líderes de este grupo. Zoran es como su mano derecha... —Puck señala con el mentón a John—. Creo que con él no se llevan demasiado bien, pero todos le consideran una parte importante del grupo. Es como ese personaje que en una serie no acaba de agradar al resto pero tiene su importancia. Dean es el médico, tiene un papel fundamental... Solo quedamos tres opciones para ejercer de camisas rojas: Chelsea, Dexter y yo.

—Pero esto es la vida real —le recuerda Patrick—, y en la vida real no hay guionistas que escriban las cosas siguiendo ese tipo de planteamientos.

—Lo sé. Pero díselo a este. —Puck se señala la frente y entorna los ojos con resignación—. El muy hijo de puta no hace más que susurrarme al oído «camisa roja». Y empiezo a estar cagado de miedo... —Suelta una risita nerviosa y mira a Patrick—. ¿Tiene lógica lo que digo?

Patrick sopesa las opciones y apoya una mano en el hombro del chico.

—La tiene, es muy normal sentir nervios cuando uno avanza hacia una situación potencialmente peligrosa. Intenta ignorar esa vocecilla.

—Lo intento.

Más adelante, Chuck se detiene y levanta el brazo derecho. Todo el grupo se para y se agacha, intentando buscar cobertura detrás de algún tronco.

—Hemos llegado —susurra Chuck, señalando hacia el muro que se extiende hacia ambos lados a unos ciento cincuenta metros de ellos. No se ven zombis alrededor—. Eso debe de ser San Mateo, ¿no?

Patrick avanza hasta su posición, encorvado como un soldado en tierra de nadie.

—Lo es. —Mira hacia la derecha y hacia la izquierda. Están demasiado lejos como para ver mucha parte del muro, pero en lo que ven no hay nada que indique presencia humana, ya sea viva o muerta—. Parece que no hay nadie vigilando esta zona. No debería haber nadie, de hecho. Cuando yo estaba ahí dentro, solo vigilábamos la parte delantera.

—Y los muertos se agrupan frente a la verja de entrada, ¿no?

—Sí, pero tampoco sería raro encontrarlos por aquí. Debemos tener cuidado de todas maneras.

Chuck asiente y vuelve a echar un vistazo, en busca de cualquier movimiento que pueda implicar peligro. No ve nada que le resulte llamativo así que echa a andar hacia

el muro. Los demás le siguen. En la retaguardia del grupo, Zoran mira hacia atrás y comprueba que no hay nadie siguiéndoles.

10

Chuck y John colocan sus manos de manera que forman una escala para que Puck pueda trepar al muro. Mientras tanto, Patrick vigila hacia la derecha, Kim hacia la izquierda y Zoran hacia atrás. No ven movimiento en ninguna de las direcciones pero eso no evita que se sientan intranquilos.

Puck alcanza lo alto del muro y se tumba sobre la fría piedra, examinando la urbanización. Delante de él tiene el jardín de una de las casas, una parcela inmensa en la que hay una piscina rectangular. Todo está tan tranquilo que le hace sentirse nervioso. De repente, tiene la sensación de estar metiéndose de lleno en una trampa.

«Camisa roja», le susurra su cerebro.

Se estremece y vuelve a mirar en todas direcciones, atento a los sitios que quedan en sombras, a los recodos de la casa, a las ventanas. Casi reza por ver el movimiento de una sombra, cualquier cosa que le haga saber que corre peligro en caso de saltar al otro lado, algo que le permita echar a correr de regreso al bosque...

«Donde no encontraré otra cosa que la muerte...».

Puck suspira. Haga lo que haga, el peligro le espera. Hace un gesto con la mano y en menos de tres segundos Chelsea está trepando al muro junto a él. Ayuda a la chica rubia a izarse sobre el muro y después la ayuda a bajar al otro lado. Mientras tanto, Dexter y Kim también han trepado. Les siguen Patrick, Dean, John y Zoran. Chuck se queda el último y da un salto para alcanzar la parte superior del muro. Le sujetan entre varios para ayudarle a subir.

—Estamos dentro —murmura John Vernon cuando todo el grupo ha descendido hasta el jardín. En su rostro se dibuja una sonrisa de satisfacción, un gesto que no habíamos visto nunca en su rostro, pero es que se siente feliz. Por primera vez desde que vio al primer muerto viviente corriendo hacia él desde aquel maldito callejón, John Vernon se siente a salvo—. Estamos dentro —repite.

—Esta es una de las casas no habitadas —les explica Patrick mientras se acerca hasta el edificio seguido por los demás.

Chuck se adelanta y le agarra del brazo con suavidad.

—Dijimos que irías detrás, Patrick.

El agente de policía de Castle Hill asiente y hace un gesto de disculpa con la mano.

—Perdona —dice—. Es la costumbre.

—Tú nos guías, nosotros abrimos el camino —dice John, adelantándole con el rifle de caza entre las manos.

Viéndole moverse, cualquiera podría asegurar en qué está pensando John Vernon.

Se siente como si estuviera en su salsa, creyéndose un miembro de un equipo SWAT antes de una intervención.

11

John se asoma. La calle al otro lado de la puerta está tan vacía como podría estarlo un pueblo fantasma.

—No hay nadie —murmura—. Esto da mala espina. Vamos a tener que correr al descubierto un largo trecho. Tal vez deberíamos esperar a que se haga de noche.

—Ya he esperado demasiado tiempo —responde Patrick detrás de él.

—¿Tú que dices, Chuck?

El aludido cruza una mirada con Patrick, pero antes de hablar se gira hacia Kim. Ella señala hacia delante con la cabeza.

—Vamos.

John no se molesta en responder. A pesar de que han dicho que intentarían no dar una imagen agresiva, John sale a la calle con el rifle apuntando hacia delante, medio encorvado y dando pasos rápidos, pegado a la pared. Los demás le siguen. John se detiene al llegar al primer cruce.

—¿Por dónde?

Patrick señala a la derecha.

En ese momento escuchan el sonido de un golpe proveniente de la finca que les queda a la izquierda. Se trata del ruido que hace una puerta al cerrarse de forma demasiado brusca, y oyen también durante unos breves segundos al menos un par de voces discutiendo, aunque no alcanzan a escuchar qué dicen.

Todos se mantienen pegados a la pared, con los ojos fijos en la puerta que lleva al jardín de esa finca. John mira a Patrick y ve el mismo gesto de extrañeza que puedes apreciar tú si le miras. Ten en cuenta que cuando Patrick salió junto a Peter y Neil en aquella expedición nadie vivía en esta finca, la que había pertenecido a Harrison Ford. En aquel entonces, Tom Ridgewick vivía en su casa, junto a la entrada, y su sobrino Neil, en la casa que compartía con su madre. En aquel entonces, los muertos no habían logrado entrar en la urbanización y Patrick no sabe nada de la terrible noche que vivieron en San Mateo aquel día.

—¿Quién vive ahí? —pregunta Chuck.

—No lo sé. No vivía nadie cuando yo estaba aquí.

—¿Gente nueva?

—No lo sé.

—¿Qué hacemos?

—Tomar una decisión, joder —masculla John—. Aquí estamos expuestos de pelotas.

Patrick mira hacia la calle principal de la urbanización. Él quiere dirigirse hacia la

casa de Ace Hall, con la esperanza de encontrar allí a sus amigos.

Y a Verónica, por supuesto. Sobre todo a ella.

—Vamos —dice, echando a andar hacia la puerta—. Averigüemos quién está ahí.

De nuevo, Chuck le hace parar para dejar que John y Zoran le adelanten. Patrick se disculpa una vez más levantando las manos en son de paz. El eslovaco y el policía que le extorsionaba en Portland alcanzan la puerta y el segundo prueba la manija con cuidado. Está abierta, así que empuja con suavidad y se asoma al interior.

—No hay nadie en el jardín —dice—, pero se ve movimiento detrás de las ventanas. Tienen cortinas... —Se gira hacia los demás. Verles agrupados en torno a él le hace sentirse un poco idiota. Y demasiado expuestos—. Si se asoman mientras cruzamos nos verán sin remedio, pero si tenemos suerte y llegamos hasta la casa sin que nos vean podríamos sorprenderles.

—¿Y si llamamos? —pregunta Kim—. Podríamos hacerlo más natural, ¿no? A fin de cuentas todo el problema de desconfianza que surgió entre ellos y Patrick y los suyos fue por culpa de la entrada que hicieron.

—¿Pretendes llamar a la puerta como si esto fuera Beverly Hills en vez del fin del mundo? —John gesticula como si se hubiera vuelto loca—. Lo siento, pero no es ni el momento ni el lugar para ponernos a discutir esto. Estamos en medio de la puta calle, joder. —A John le cuesta horrores no alzar la voz y no deja de mirar en todas direcciones, temiendo que en cualquier momento aparezca alguien y dé la voz de alarma.

—Tal vez deberíamos pensarlo —murmura Chuck.

—Tal vez lo que dice Kim te come demasiado el coco, tío —le replica John—. Vamos a entrar y punto, joder.

Tal vez, si Chuck le hubiera sujetado o le hubiera hecho un gesto a Zoran para que le sujetara, podrían haber detenido a John. Pero no lo hace, tal vez porque en realidad él también se siente incómodo teniendo a todo el grupo en plena calle, así que John abre la puerta y cruza a la carrera el jardín, encorvado hacia delante y moviéndose con una agilidad desconocida. Y basta que él empiece a moverse para que los demás le sigan. Corren por el jardín sin perder de vista la casa y sus ventanas. Ven las sombras de al menos dos personas al otro lado, pero no parecen darse cuenta de que hay movimiento en su jardín.

Puck, sin embargo, no puede dejar de pensar en figuras recortables puestas a contraluz para simular que hay gente en esa habitación mientras Macaulay Culkin espera rodeado de trampas en otra habitación.

Se detienen todos ellos contra la pared de la casa, manteniéndose medio agachados y con John por delante de todos ellos apuntando con el rifle hacia la puerta, que desde donde están pueden comprobar que está abierta. Se siguen oyendo voces al otro lado, pero Patrick no es capaz de distinguir de quiénes son.

—Dijimos que sin armas —susurra Kim empezando a moverse hacia John.

Chuck y Zoran se encargan de sujetarla e indicarle con gestos que guarde

silencio. Patrick aprovecha el momento para avanzar hacia John.

—Cuidado —dice—, esos de ahí dentro podrían ser de los míos...

John asiente una vez con la cabeza y echa a andar hacia la puerta. Patrick le sigue y detrás de él va Puck. John empuja con suavidad la puerta con el cañón del rifle. Al otro lado hay un recibidor de paredes blancas y escasa decoración. Las voces provienen de una estancia situada a la izquierda. John le hace un gesto con la mano a Patrick para que avancen los dos al mismo tiempo.

Respiran hondo.

Cuenta uno, en silencio, tan solo moviendo los labios.

Cuenta dos...

Y con el tres ambos echan a andar hacia delante y cubren la entrada al salón. En condiciones normales podrían haber admirado el látigo colgado en una de las paredes, recuerdo del rodaje de una de las tres primeras de Indiana Jones. En condiciones normales tal vez habrían podido admirar también el mobiliario de madera oscura, los sillones de aspecto cómodo y absorbente, las cortinas simples pero sedosas; o tal vez podrían haberse fijado en otro tipo de detalles, como la grieta que recorre la esquina nordeste por el techo durante casi dos metros, o los libros cubiertos de polvo de la estantería o incluso el jarrón con flores marchitas; o la ropa tirada de cualquier manera en una silla colocada en el jardín. O, quién sabe, podrían haber arrugado el gesto ante el olor en parte nauseabundo que desprende la gente cuando lleva tiempo sin lavarse mezclado por el apetitoso y casi líquido placer olfativo que supone la carne recién hecha.

Tal vez, como digo, si se hubieran dado unas condiciones normales.

Rick está sentado al fondo, en uno de los sillones, con la mirada perdida y las manos apoyadas mansamente sobre las rodillas. Tom Ridgewick y Rodger Walters están de pie junto a la mesa de comedor. Al ver a los hombres que irrumpen en el salón los tres reaccionan sobresaltándose primero y retrocediendo y levantando las manos al ver el rifle que sujeta John Vernon.

Apenas un segundo después, Tom reconoce a Patrick y su frente se arruga por la incomprensión. Abre la boca y murmura un «tú» que queda apagado por la voz de Rodger al suplicar que no disparen. Y sin embargo, gírate y mira hacia la puerta del comedor, ni John ni Patrick hacen ademán alguno de disparar. Tampoco bajan las armas, pero sus expresiones son de sorpresa al ver lo que hay en el centro de la mesa.

Porque estarás conmigo en que resulta inconfundible que se trata de una pierna humana recién pasada por el fuego.

John se gira para vomitar en el pasillo al mismo tiempo que Zoran entra en el salón empujando sin querer el hombro de Patrick. Esto hace que el policía dé un paso hacia

delante y baje la mano que sujeta el arma. En ese instante Tom Ridgewick se mueve y Patrick reacciona volviendo a subir el arma y apuntándole a la cabeza.

Tom levanta los brazos.

—¡Eh, eh! —exclama, retrocediendo de nuevo—. ¡Baja eso, joder, Patrick! ¡Creía que estabas muerto! ¡Neil nos dijo que habías...!

—Neil me disparó —gruñe Patrick, evitando mirar hacia la mesa. Su dedo está crispado sobre el gatillo.

Los ojos de Tom bailan hacia la puerta. Le asombra ver pasar a tanta gente. Todo el grupo de Portland se adentra en el salón y al ver lo que hay en la mesa, Chelsea se gira para acompañar a John en sus vómitos y Dean corre hacia el jardín tratando de aguantar las arcadas.

—¿Qué demonios es esto? —pregunta Patrick con voz temblorosa—. ¿Quién es?

—Patrick... —Tom sonríe, mostrando todos sus dientes en una sonrisa cordial y amable—. Esto no es lo que parece, ¿vale? Hemos hecho lo que teníamos que hacer para sob...

—¿Quién es? —grita Patrick dando un paso hacia delante. De entre sus labios salen despedidas gotitas de saliva.

Nadie, ni Zoran, ni Kim, ni Chuck, hacen nada por detenerle. Todos comprenden que no es el momento, que Patrick se encuentra ahora mismo bailando al filo de un abismo demasiado peligroso como para acercarse a intentar calmarle.

—Mira...

Patrick avanza de nuevo y coloca el cañón del revólver sobre la frente de Tom. Sin embargo, cuando vuelve a hablar se dirige a Rodger.

—¿Quién es? —pregunta, en un tono mucho más seco y firme, tan amenazador como puede serlo alguien con un revólver en la mano—. Decidme de quién es esa pierna o te juro por Dios que derramo sus sesos por todo el salón y después te disparo a ti. Si crees por un segundo que no voy a hacerlo es que no me conoces lo más mínimo, maldita sea...

Rodger tiene las manos levantadas y le tiemblan tanto que parece estar sufriendo alguna clase de ataque. Parece que los ojos van a salirse de las órbitas y abre y cierra la boca como un pez. Tom, sin embargo, mantiene mucho mejor la compostura, la mirada fija en el dedo de Patrick, el que se apoya contra el gatillo con demasiada tensión, casi a punto de disparar.

Por su mente están pasando millones de preguntas. La principal, la que más le atormenta, es qué hace Patrick vivo. Neil le contó que le había disparado por la espalda pero el hombre que sujeta un arma contra su frente no parece estar herido. Tal vez demasiado pálido y con las ojeras muy marcadas, pero claro... ¿quién no presenta un aspecto lamentable en estos días?

Y sin embargo, ¿no se inclina un poco, ligeramente, hacia un lado? ¿No tiene los dientes apretados como cuando uno siente un pinchazo en la sien?

La mirada de Tom se dirige al fondo, al grupo que ha entrado con Patrick, ese

fantasma revivido (lo cual no deja de parecerle paródico, que se trate de otro muerto más que vuelve de la tumba). «¿Quién es esa gente?», se pregunta. Puedes estar seguro de que le hierve la sangre, que el odio empieza a burbujear en su interior. Fueron Patrick y los suyos los que trajeron a los muertos ante las puertas de San Mateo, los que entraron a base de engaños; fueron ellos quienes desencadenaron muchas de las cosas que han ocurrido hasta entonces, o así lo ve él al menos. ¿Y ahora tiene la desfachatez de volver trayendo a más gente? ¿A más desconocidos que entran armados en *su casa*?

No, a Tom Ridgewick no le gusta nada de todo eso. Y si te acercas a él verás que aprieta con tanta fuerza los dientes que rechinan dentro de su boca. Y en la frente arrugada por la tensión ha empezado a palpar una vena. Y si las miradas matasen todos ellos caerían fulminados en ese mismo instante.

—¿De quién es? —vuelve a gritar Patrick, girándose para apuntar a Rodger a la cara.

Al ver el cañón del arma mirando en su dirección Rodger lanza un grito que hace que Tom sienta vergüenza de él, tan agudo y femenino que cabría mejor en boca de una de las dos mujeres que hay junto a la puerta (Kim y Chelsea) antes que en un hombre fornido y adulto como Rodger. Levanta las manos y las sacude, suplicando clemencia con sus gestos.

Tom mira hacia el costado de Patrick, descubierta ahora y a su alcance. A la distancia de un puñetazo. Sus labios empiezas a torcerse en una de sus sonrisas de tiburón.

—¡Stan! —grita Rodger entonces, cayendo de rodillas al suelo y rompiendo a llorar—. ¡Es de Stan Marshall!

Patrick se queda paralizado, mirándole con los ojos muy abiertos.

—¿Dónde están los demás? —pregunta, mirando a Tom y luego a Rick, que sigue en el sillón encogido como un niño y con las manos levantadas por encima de la cabeza—. ¿Dónde está Verónica?

—Patrick... —Chuck da un paso hacia él, con la mano en la que sujeta el arma apuntando al suelo y el otro brazo extendido en un intento de pedir calma—, tal vez sea mejor que...

—¿Dónde? —grita Patrick sin hacer caso a la voz de Chuck y avanzando un paso hacia Rodger. Aprieta con fuerza el cañón del arma contra la sien del mayor de los Walters, que sigue berreando como un niño al que le hubieran quitado el chupete.

Tom echa el brazo hacia atrás de forma imperceptible. El costado de Patrick le queda tan cerca que apenas tendrá que poner fuerza en el movimiento para que el golpe resulte doloroso, tenga o no tenga una herida de bala allí. Y si la tiene, quién sabe, Tom no puede evitar sonreír pensando que tal vez vuelva a abrirse y el puto policía pueblerino de mierda caiga al suelo perdiendo sangre a borbotones.

—¡Patrick! —en esta ocasión es Kim, desde el recibidor, y su voz suena realmente desesperada.

—Están todos muertos —dice Tom entonces, con un tono tan duro que podría cortar la superficie de un cristal tan fácil como lo haría un diamante.

—Deberíamos calmarnos todos antes de que...

La voz de Chuck queda apagada cuando Patrick lanza un grito desgarrador y se gira hacia Tom Ridgewick, que le mantiene la mirada con gesto despectivo y de superioridad.

Y entonces las cosas se van a tomar por culo en apenas una décima de segundo.

Pero será mejor que paremos aquí el tiempo. Ven conmigo... antes de que sea tarde.

— Capítulo 10 —

La huida

1

La última vez que estuvimos en San Mateo fue para ver a Mark, Ace, Logan, Stan y Brad discutiendo sobre qué hacer a continuación. Eso ocurrió dos días antes de la llegada de Patrick y el grupo de Portland, así que imagino que querrás que demos marcha atrás y veamos qué ocurrió dentro de la urbanización en esas cuarenta y ocho horas.

Así que regresemos al momento en que les dejemos, con Brad Blueman levantándose consumido por el agobio y preguntando:

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

Mark y Logan cruzan una mirada, sabiendo que de lo que digan dependerá su destino. Mark se muerde el labio. La idea de salir al exterior no le atrae lo más mínimo. Ha estado allí en Castle Hill y luego en Los Ángeles. También se ha enfrentado a los muertos en las calles de la urbanización, cuando durante aquella noche Marsha Collins dejó entrar a los muertos él buscaba a Paula desesperado. Ha sobrevivido en las tres ocasiones y sabe que volver al exterior es tentar a la suerte.

—No quiero correr —dice, bajando la voz. A fin de cuentas, no quiere estar enfadado con Ace, él no tiene la culpa de nada y siempre ha sido amable con ellos. Es normal que Ace sí que esté cabreado, y Mark lo entiende. A fin de cuentas, ha sido él quien ha señalado que llevarse a Axel es un suicidio, es apenas un bebé y en cuanto rompa a llorar se convertiría en un faro que atraerá a los muertos vivientes—. No le veo otra opción, sencillamente. Estamos hablando de enfrentarnos a Tom, a Neil, a Rick, a los dos Walters...

—Rick no está con ellos —asegura Brad moviendo la cabeza en gesto de negación—. Va por libre.

—Pero podría unirse a ellos, ¿no? Antes que a nosotros. —Mark se encoge de hombros y hace un gesto para indicar que en realidad eso no tiene importancia—. Estamos diciendo que la otra opción es ir a por ellos, pero ¿alguno de nosotros es un asesino? Porque aquí no tenemos cárceles, y aunque les encerremos en el sótano donde mantienen cautiva a Verónica, ¿qué vamos a hacer? ¿Mantenerles allí indefinidamente?

—Yo estoy de acuerdo con Mark —dice Logan, mirando hacia Ace. «Aunque yo sí podría disparar contra alguien a sangre fría».

Ace asiente y se pasa las manos por la cabeza, desesperado. Logan se gira entonces hacia Mark.

—Nuestra mejor opción es actuar con rapidez. Deberíamos sacar a Verónica hoy mismo. Deberíamos largarnos esta noche.

Mark se muerde el labio y mira hacia Ace. El hombre que les ha acogido en su casa está devastado y cabizbajo y Mark sabe que le están fallando. Se dice a sí mismo que podría llegar a disparar a Tom y a Neil, si con ello se asegurase de que a Paula no le pasara nada, pero le aterra dudar en el último segundo y que ellos tomen la ventaja. No puede abandonarla. No puede dejar que le hagan daño.

«Ace debería entender eso...».

—Pero... —A Brad le tiembla la voz debido al miedo—. ¿A dónde vamos a ir?

—Nos largaremos de aquí. Si encontramos este lugar podemos encontrar otro donde resguardarnos sin psicópatas a la vista —responde Logan. Las comisuras de sus labios se tuercen hacia arriba sin que pueda evitarlo. «Sin contarme a mí, claro».

Brad baja la vista, restregándose las manos temblorosas y aguantando las ganas de llorar. Se conoce, sabe la forma en la que reaccionó tanto en Castle Hill como en Los Ángeles o en San Francisco; incluso aquella noche en que los muertos entraron en San Mateo. En todas las ocasiones le invadió el miedo hasta dejarle casi paralizado.

«No soy un gran corredor», se recuerda a sí mismo. «No soy valiente. No tengo ninguna posibilidad de sobrevivir ahí fuera. ¿Qué demonios estoy haciendo?».

Por otro lado, la opción de enfrentarse a Tom tampoco le parece atractiva. Brad sabe que se escondería y dejaría todo en manos de los demás.

«Tom sabría que he tenido algo que ver y me lo hará pagar», piensa. «Porque va a saber que he sido yo quien se lo ha dicho. Así que tampoco puedo quedarme ya. Si no me voy con ellos Tom irá a por mí...».

—Vale —dice Mark entonces—. Vayamos a por Verónica y larguémonos.

Es como recibir un jarro de agua fría de forma inesperada. Todos se quedan en silencio, sabiendo que el paso que están a punto de dar les conducirá con muchas probabilidades a una muerte segura. Se vayan o se queden, la situación se les ha puesto en contra.

—Stan, ¿puedes ocuparte de Paula? —A Mark no le gusta dejar a Paula sola pero confía en Stan Marshall como en sí mismo, a fin de cuentas él cuidó de ella y de Junior en la noche en que los muertos entraron en San Mateo—. Que se vista y esté preparada para cuando regresemos. Reúne las botellas de plástico que encuentres y llénalas de agua. Ace, ¿tienes alguna mochila en la casa?

—Sí —responde Ace con sequedad, sin levantar la cabeza.

—Provisiones no vamos a tener, tendremos que ingeniárnoslas ahí fuera. —Mark suspira y mira hacia el muro que les separa del exterior y mantiene a los muertos vivientes al otro lado. «Si es que sobrevivimos tanto tiempo como para preocuparnos por comer».

—No es necesario que todos vayamos a por Verónica —dice entonces Logan, mirando a Mark—. Quédate con Stan. Ocupaos de coger todo aquello que pueda

sernos útil y yo iré a por ella.

—No es tu responsabilidad —replica Mark—. Iré yo.

—Eh, escúchame, Mark —Logan le agarra de los hombros para centrarle—. Tú, quédate con Paula, ¿vale? Yo traeré a Verónica sana y salva. —Espera unos segundos hasta que Mark accede con un movimiento de cabeza y luego se gira hacia Brad—. ¿Dónde la tienen encerrada exactamente?

—En el... —Brad tartamudea un segundo. En su cerebro una voz le grita y ordena que no lo haga, que aún está a tiempo de correr junto a Tom y evitar lo que está a punto de ocurrir. «¡No puedes querer salir ahí fuera, joder!», le grita esa voz mental, desesperada. «¡Vas a morir, maldita sea! ¡Vamos a morir!»—. En el sótano de la antigua casa de Tom...

—OK —le corta Logan. Vuelve a mirar a Mark y levanta una ceja—. Cuando vuelva con ella tendréis que estar listos.

—Sí. Ten cuidado.

Logan asiente y corre hacia la puerta de la casa. Mark echa un vistazo hacia el cuerpo de Junior, que sigue tirado en el suelo envuelto en una sábana blanca. Ya nadie le dará sepultura y eso molesta en parte a Mark. Sin embargo, no hay tiempo que perder.

—Vamos —dice.

Echa a correr hacia la casa. Stan le sigue y Brad tarda unos segundos más pero también va detrás de ellos. Ace meneaba la cabeza una vez más y camina sin prisa.

2

En la historia de los autoengaños, nunca ha habido uno que resulte tan peligroso como el que ahora inunda el cerebro de Neil Ridgewick. Le encontramos tumbado en la cama, con los brazos cruzados bajo la cabeza y la vista fija en el techo. En sus labios hay una sonrisa de satisfacción y placer, ese tipo de gesto que se encuentra en quien ha conseguido algo que le hace profundamente feliz.

«Me quiere».

Neil cierra los ojos y es capaz de sentir los suaves y carnosos labios de Verónica besando los suyos, las manos que le recorrían la espalda y le empujaban dentro de ella. Para Neil es obvio que ella también le deseaba. Ha desterrado a la parte de su mente que insistía en que todo aquello podría ser un truco, una manipulación de ella para que él la liberase. La ha desterrado como los antiguos reyes desterraban a quienes les engañaban. Y como esos mismos reyes, se ha dicho a sí mismo que si eso es lo que resultara ser, un engaño, entonces él mismo le cortaría el cuello a Verónica. Y con eso ha zanjado esa discusión dentro de su cabeza.

«Hay cosas que no se pueden fingir», se dice. Oh, pero que no te extrañe. Él lo cree de verdad, piensa que había pasión en los gestos y en los besos de Verónica. Está

convencido de haber visto el deseo y la verdad en sus ojos y ni siquiera se plantea ya que pueda estar equivocado. Le nubla el deseo, o tal vez la locura, pero él no se da cuenta.

Y sigue pensando en ella, obsesionándose con ella, con la forma en que sus caderas sobresalían y la cintura regresaba al interior, con sus pechos cuando él los liberó para poder besarlos, con su pelo rojo y ardiente cubriendo su cabeza y el dulce montículo existente entre sus piernas.

Neil se dice que está enamorándose de Verónica. Lo cree de verdad, ahí donde le tienes, y está seguro de que ella siente lo mismo. En este mismo instante, tumbado sobre la cama y con los ojos cerrados, comienza a desatarse en su interior un pequeño tsunami, una sensación de odio creciente hacia su tío por mantener a Verónica encerrada en ese sótano, por impedir que puedan ser libres en su amor, por los planes que tiene para ella.

Es posible que pienses que está loco. Ni yo mismo te lo negaré. Neil siempre ha caminado muy cerca de esa fina línea que separa la cordura de la locura. Confunde el amor con la obsesión y es capaz de saltar de un sentimiento a otro con la rapidez de quien aprieta un interruptor y enciende o apaga la luz. Y además, ya lo sabemos, le resulta más que difícil dominar la ira.

«Le diré que escoja a otro. Verónica es mía y tendrá que aceptarlo».

Neil abre los ojos. Ahora que lo ha dicho en voz alta todo ha cobrado mayor fuerza para él. Se incorpora hasta quedar sentado y mira alrededor. La habitación en la que se encuentra le resulta tan extraña como si se hubiera despertado en una nave espacial. No hay decoración, el armario está vacío y la única ropa que hay tirada por el suelo es la suya. Se pone en pie.

«Y si me dice que no», piensa refiriéndose a su tío, «entonces tendrá un problema conmigo».

Neil sale de la habitación calándose la pistola en la cintura.

3

—Cariño...

Paula abre el ojo derecho envuelta en una bruma de somnolencia pero sonrío al ver a Mark inclinado sobre ella. Ese gesto tan simple sirve para hacer que olvide, al menos un poco, la gravedad de lo que está pasando. Maldice en silencio a Tom, a Neil y a toda la urbanización de San Mateo. Maldice a la humanidad entera por hacer que las cosas resulten tan complicadas y desagradables.

—¿Ya es de día? —pregunta ella.

—No, pero necesito que te levantes.

Paula asiente pero los ojos se le están cerrando de nuevo, así que Mark sacude su hombro con suavidad, lo justo para que ella reaccione y vuelva a abrirlos.

—Paula, tienes que vestirte.

La niña se incorpora aturdida por el sueño y le mira, la sonrisa aún presente en sus labios.

—¡Es de noche!

—Paula, necesito que me escuches atentamente, ¿vale?

La sonrisa de la niña se borra de inmediato de sus labios. Es algo que le gusta de Paula; la niña comprende a la perfección la gravedad de las cosas incluso antes de que se las diga. Y es obediente. Y aunque el temblor es leve, Mark capta que tiene miedo al instante.

—¿Qué pasa? —pregunta ella—. ¿Está mal Junior?

«Ay, Dios», piensa él, acordándose del niño.

—Junior ha... —Mark chasquea la lengua, molesto. «Las malas noticias nunca vienen solas».

—Oh...

No dice nada más. Esa simple exclamación y Paula ya sabe lo que le ha pasado a Junior. Aunque intenta evitarlo, se le llenan los ojos de lágrimas y se siente estúpida por llorar. Se restriega las manos por los ojos con fuerza y Mark se las agarra y la obliga a mirarle. Entonces ella entiende que hay más. Algo aún más grave. Y la comezón del pánico empieza a subirle por la garganta.

—Paula, necesito que te vistas. Tenemos que salir de aquí.

—Oh...

—Vamos a tener que correr de nuevo, ¿vale? Necesito que estés preparada.

Paula mueve la cabeza hacia abajo, intentando asentir aunque se queda corta porque no es capaz de volver a subirla. No le gustan los muertos, le dan miedo y sabe que son peligrosos. Pero no pregunta la razón. Confía en Mark de una manera inherente, como si fuera su propio padre. Si él le dice que van a tener que salir, Paula entiende que hay una razón para ello. Por mucho miedo que tenga, obedecerá.

Mark sale de la habitación dejando sola a la niña para que se vista. Oye el trasiego y el movimiento rápido y continuo de Stan y Brad en la planta baja, llenando las mochilas con botellas de agua y cualquier cosa que pueda resultar útil. Él también está asustado. Haber sobrevivido a los muertos en otras ocasiones no evita que el miedo le agarrote los músculos.

Se encuentra a Ace de pie frente a la puerta que lleva al dormitorio principal, cabizbajo y mirándose las manos.

—Ace...

—Rachel está aquí dentro —dice el otro hombre en tono pesaroso—. Está dormida, igual que Axel.

Mark cierra la boca. No hay nada que pueda decir al respecto. Llevarse al niño al exterior es una sentencia de muerte para todos ellos. Rachel no va a ser capaz de correr mucho con el crío en los brazos y en cuanto rompa a llorar todos los muertos que rodeen la zona correrán en su dirección. Por mucho que piensa en ello, Mark no

ve otra solución.

—Ace, yo... —«¿Qué?», se pregunta. «¿Le voy a decir que lo siento? Es cierto que lo siento, pero no voy a arreglar nada con eso».

—No voy a acompañaros —responde Ace, cortando el hilo de sus pensamientos.

—¿Qué? —Mark se acerca hasta que les separa menos de un metro y baja la voz —. ¿Estás loco? Si te quedas aquí te matarán.

—Y si me marchó, tendré que abandonar a Rachel y Axel y eso no voy a hacerlo. No me voy a ir de aquí, Mark. Esta es mi casa y Tom Ridgewick no tiene ningún derecho a imponerme nada en absoluto.

—Creo que estamos mucho más allá del derecho de nadie...

—Mark... —Ace apoya una mano en el hombro de Mark—. Ha sido un placer teneros aquí. Ojalá las circunstancias hubieran sido otras. No me arrepiento de haberos acogido y entiendo que vuestra única opción es marcharos de aquí. Lo entiendo y no os delataré ante Tom. Pero yo le conozco, llevo viviendo años aquí en San Mateo, y le plantaré cara.

Mark abre la boca para decir algo pero vuelve a cerrarla un momento después. Asiente y estrecha la mano de Ace.

—Gracias por todo.

4

Logan corre amparado por la oscuridad. Nota el peso del revólver en la cintura pero en el fondo espera no tener que desenfundar. No deben de quedarle más de dos o tres balas y en el momento en que haya un disparo, todo San Mateo se convertirá en zona de guerra.

Alcanza la puerta que lleva a la casa de Tom Ridgewick y antes de entrar lanza una mirada hacia la verja principal. Los muertos aúllan desde el lado contrario.

«Hacia allí me dirijo», piensa con cierto deje lacónico. «Directo a la puta sartén».

Cruza el jardín a la carrera pero entra en la casa despacio, procurando no hacer ruido al dar cada uno de sus pasos. La oscuridad de la noche le impide ver la totalidad de los desperfectos, el caos y las manchas de sangre seca que quedaron como muestra de la guerra que tuvo lugar en ese recibidor. Gira hacia el pasillo y se detiene frente a la puerta que lleva al sótano.

Con cuidado, gira la manija y empuja la puerta. Al otro lado no se escucha ningún ruido y está oscuro como la peor de las pesadillas, de un negro tan absoluto que le resulta doloroso, incluso a alguien como él, pensar en estar encerrado allí dentro durante veinticuatro horas al día.

Busca alrededor algo que pueda servirle como iluminación. Ve un armario y lo abre. Encuentra una linterna en uno de los tablones. Con cuidado para que la luz no pueda verse desde fuera de la casa, Logan la enciende enfocando hacia las escaleras.

Luego empieza a bajar y cierra la puerta a su espalda.

Encuentra a Verónica sentada junto a la pared, mugrienta y abatida. Ella levanta la cabeza al ver la luz y se oculta detrás de una mano para evitar que le golpee los ojos. Logan examina las cadenas que la mantienen anclada a la pared.

—Verónica, soy Logan —murmura.

Al oír su voz, y su nombre, ella se quita la mano de los ojos y los abre como platos.

—¿Logan?

Se agacha junto a ella y se ilumina la cara un momento para que pueda comprobarlo. Verónica se echa a reír, de euforia y nervios, y él le hace un gesto para que guarde silencio.

—¿Cómo...?

—Brad —responde él—. Nos ha dicho que estabas aquí... He venido a sacarte. Y luego nos largaremos de este lugar, ¿de acuerdo? Mark, Ace, Brad y Stan se han quedado haciendo los preparativos.

—Dios mío... —Verónica lanza un suspiro de alivio tan intenso que se le empañan los ojos de lágrimas al mismo tiempo—. De entre todas las personas por las que podría haber apostado que me sacarían de aquí... Brad nunca estuvo en las quinielas.

—Créeme, no nos esperábamos su visita. Menos con algo así. —Logan se agacha a probar las cadenas y tira de ellas con fuerza.

—He intentado eso unos cinco millones de veces.

Logan se da la vuelta e ilumina el sótano con la linterna, dejando que la luz se pose en las paredes, en un par de cajas amontonadas en una esquina, en una mesa de madera carcomida sobre la que apenas hay polvo y manchas que parecen excrementos de animales. Al fondo hay una estantería de metal.

—Voy a buscar algo para forzar los eslabones. Lo mejor sería no tener que disparar.

Verónica está de acuerdo. Logan corre hasta la estantería. Empieza a sentir gotas de sudor que le resbalan por las sienes y el cosquilleo de la tensión creciente y el temor a que la puerta de arriba se abra en cualquier momento. Revisa la estantería y empuja libros de un lado a otro para mirar detrás de ellos y se desinfla un poco al no ver nada de utilidad.

—Mierda...

—Arriba hay una chimenea —dice entonces Verónica. Se ha puesto en pie y está sacudiendo las piernas para devolverles la circulación, preparándose para correr si tiene que hacerlo cuando salgan de allí—. Durante aquella noche yo utilicé un atizador para luchar contra los zombis, pero sé que había más herramientas.

Logan regresa junto a ella, manteniendo la luz baja para no molestarla.

—¿Eran buenas herramientas?

—Las cabezas de esos monstruos estallaban como si fueran globos de agua —

responde ella esbozando una sonrisa que la hace parecer atractiva incluso a pesar de la suciedad y el desgaste.

Logan siente el cosquilleo en su estómago, y le sorprende; Verónica es mucho más mayor que sus víctimas normales. Sacude la cabeza para apartar esas ideas de su mente y corre hacia las escaleras, linterna en mano, casi volando de dos en dos escalones. Antes de abrir la puerta que da al recibidor, apaga la linterna y se la guarda en el bolsillo.

El silencio que encuentra en el recibidor le resulta ominoso. Logan se mueve en dirección al salón, con cada poro de su cuerpo erizado y en tensión. La casa cruje y el viento se cuela por alguna ventana abierta con un ulular aterrador. Es casi como si hubiera una presencia invisible y maligna acompañándole.

El salón de la antigua casa de Tom Ridgewick está hecho un desastre. Hay cristales rotos en el suelo, una silla volcada y un sillón que podría pertenecer a cualquier desguace del mundo. La chimenea se encuentra en un lateral, junto a un precioso aparador de aspecto moderno. Logan se permite esbozar una sonrisa al comprobar que a un lado de la chimenea hay un colgador con tres herramientas metálicas y pintadas de negro en él. Se agacha a su lado y comprueba que una de ellas es un cepillo y otra un recogedor, por lo que las desecha y coge directamente la tercera, una barra negra terminada en una especie de pinza cuyo uso desconoce. Por el peso, parece de buen material. La blande y la agita en el aire, sopesándola.

«Tendrá que servir».

Empieza a caminar de regreso al recibidor cuando escucha un golpe metálico en el jardín que le hace quedarse paralizado y con el corazón en un puño. Reconoce ese ruido tan bien como podemos reconocerlo nosotros: es la puerta del jardín.

Logan corre hasta la pared y se pega a ella como lo haría un policía antes de entrar en una redada de narcóticos. Con la mano derecha agarra la pistola y le quita el seguro. Desde donde está puede ver el recibidor si asoma un poco la cabeza, mientras que dada la dirección de la escasa luz que hay esa noche, el salón queda tan a oscuras que duda que puedan verle a él.

La puerta del recibidor se abre, Logan comprueba la identidad del recién llegado y apoya la cabeza en la pared apretando los dientes y mascullando mentalmente una maldición.

Por supuesto, es Neil Ridgewick.

5

Te lo creas o no, mientras Neil cruza el recibidor y abre la puerta que lleva al sótano, está pensando en la vida que podría tener junto a Verónica. Enciende la linterna que lleva en el bolsillo y baja por los peldaños al trote, ansiando encontrarse con ella y hablarle de todos sus planes, deseando volver a besarla y asegurarle que no permitirá

que su tío vuelva a hacerle daño. Aunque no podamos verla debido a la oscuridad que reina allí abajo, sus labios están curvados por una enorme sonrisa.

Y entonces Verónica habla.

—¿Lo encontraste?

Neil se detiene. Sus músculos se congelan y petrifican y su sonrisa se disuelve. Con una mano a la que le cuesta un esfuerzo sobrehumano girar, sube la linterna hasta iluminar a Verónica. Está de pie y cuando la luz golpea sus ojos se lleva una mano al frente para darse sombra.

—¿Quién tiene que encontrar qué? —pregunta él.

A Verónica le cambia el rostro. El problema es que nosotros nos damos cuenta pero Neil también lo hace. La sombra del miedo recorre los hermosos ojos de Verónica durante unos segundos.

—¡Neil! —exclama, titubeando antes de recomponerse—. ¡No sabes cuánto me alegra que estés aquí!

Es demasiado tarde. Neil gira iluminando el sótano y la escalera, sin ver nada ni a nadie, atento a cada ruido por ínfimo que sea.

—¿Quién creías que era? —Su voz se ha vuelto fría como el hielo y dura como el acero—. ¿Eh? ¿A quién le hablabas?

—No sé qué quieres decir, no estaba...

Neil se abalanza sobre ella. El movimiento es tan rápido como inesperado, la linterna cae al suelo y rebota, haciendo que el haz de luz gire y por unos instantes no haya nada enfocado realmente. Luego incide sobre ellos dos, al tiempo que Neil se estrella contra ella y la envía contra la pared. El golpe es brutal y el aire escapa con fuerza de los pulmones de Verónica. Las manos de Neil le rodean el cuello y empiezan a apretar. El rostro del chico es una máscara de furia y rencor y sus dientes refulgen, apretados hasta el límite de la tensión.

Puede que Verónica esté debilitada pero la adrenalina es un motor potente, y ya nos ha demostrado en otras ocasiones que es una guerrera y que no le falta ni valor ni empuje. Levanta las manos y las cuela entre los brazos de él para a continuación hacer fuerza hacia los lados. Eso provoca que las manos del chico se separen de su cuello, aunque las uñas de la mano derecha le arañan la piel. De inmediato, Verónica levanta una rodilla y golpea la entepierna de Neil y luego, con un movimiento rápido de las manos, rodea el cuello del chico con la cadena de su mano derecha y tira hacia atrás al tiempo que le empuja hacia delante. La cadena se tensa con un chasquido y los eslabones se hunden en el cuello del chico, que empieza a boquear y trata de agarrar la cadena para quitársela, en busca de aire.

Verónica grita para hacer fuerza. Neil la escucha aunque no es capaz de enfocarla. La vista se le nubla y sus pulmones empiezan a arder. Con desesperación, busca en su cintura y agarra la culata del revólver. La presión de la cadena en su cuello es salvaje, su rostro empieza a ponerse de color morado. Levanta el arma y trata de apuntar hacia atrás, pero antes de que logre apretar el gatillo, un golpe en la muñeca le hace

perder la pistola. Hay alguien delante de él pero Neil no consigue ver quién es. Todo se oscurece a su alrededor. La rabia que palpita en su interior le inunda todo el cuerpo, siente ganas de gritar pero no tiene aire para hacerlo, quiere matar a Verónica, hundirla en el mayor de los sufrimientos posibles, y sin embargo...

El cuerpo de Neil desfallece. Sus manos caen al suelo y golpean inertes la piedra. Con un jadeo de agotamiento Verónica afloja la presión y deja que el cuerpo del chico se desplome en el suelo. Logan está delante de ella, con gesto sorprendido. Tiene una herramienta de metal negro en la mano derecha y en la izquierda la pistola de Neil, que ahora se guarda en la cintura junto al otro revólver que ya tenía.

—Eso ha sido impresionante —murmura.

—Sácame de aquí —suplica ella, dejándose caer contra la pared.

Logan se acerca a la cadena e introduce la base de la barra entre dos eslabones.

—Vale, voy a necesitar que pises la cadena para mantenerla todo lo quieta que sea posible mientras yo tiro hacia el otro lado, ¿de acuerdo?

Aún jadeando, Verónica asiente y obedece. Le tiemblan las manos por el esfuerzo y se está tocando con la mano izquierda los arañazos del cuello. Logan pisa con fuerza la barra para hacer palanca en los eslabones. Al principio parece que no conseguirá nada pero casi diez segundos después, un chasquido metálico hace que Verónica se eche a reír, casi con histeria. Levanta su mano derecha. De ella pende casi un metro de cadena, pero al menos está libre. Logan se desplaza para hacer lo mismo con la cadena que le ata la mano izquierda.

—Ya encontraremos una manera de quitarte el resto —asegura él.

—Sinceramente, ahora mismo me conformo con esto —replica ella sin dejar de sonreír.

6

Durante el trayecto que separa la casa de Tom Ridgewick de la de Ace Hall, las piernas de Verónica deciden fallar y ella cae al suelo de rodillas, incapaz de dar un paso más y con los músculos temblando. Logan se siente desprotegido en la calle pero regresa junto a ella, pasa un brazo por debajo del suyo y la ayuda a levantarse. Después siguen corriendo, mucho más despacio de lo que les gustaría, con Logan siempre pendiente de cualquier movimiento y muy atento a lo que pueda venir desde la casa que perteneció a Harrison Ford en su momento y que ahora hace las veces de base para Tom Ridgewick.

No respira tranquilo hasta que alcanzan la puerta de la casa de Ace. Verónica echa una mirada confusa hacia el cuerpo envuelto en una sábana que aún aguarda un entierro que nunca llegará.

—¿Quién es? —pregunta, asustada por el tamaño del cuerpo.

—Junior Collins.

Verónica hace un imperceptible gesto de resignación con la cabeza y se siente mal por agradecer en silencio que no fuera el cuerpo de Paula. Se siente cercana a esa niña por todo lo que han vivido juntas, desde Castle Hill hasta San Mateo.

«Terence dio la vida por ella», se recuerda, pensando en su compañero del cuerpo de bomberos de Castle Hill.

Sabe que eso no es exacto. Habían mordido a Terence cuando decidió acompañar a Mark Gondry en su regreso a la comisaría en busca de la niña. Recordar aquel momento, cuando se despidió de Terence sabiendo que no volvería a verle, hace que se le empañen los ojos de lágrimas. No solo ha perdido a Terence, también a Patrick. Le asalta el recuerdo de los besos que intercambió con el joven policía cuando ya estaban en San Mateo. Recuerda que le pidió que no fuera a aquella maldita expedición. Siempre tuvo un mal presentimiento, la sensación de que, como Terence, Patrick no regresaría de aquel viaje. Y no lo hizo.

«Neil le mató», recuerda. «Ese niño de mierda le mató...».

Furiosa, Verónica se dice que al menos esa es una muerte que ha podido vengar.

En cuanto entran en la casa, Mark y Paula se adelantan al resto para abrazar a Verónica. Le resulta tan inesperado como gratificante y de nuevo las lágrimas afloran en sus ojos mientras se deja caer al suelo de rodillas una vez más y les devuelve el abrazo a ambos con fuerza. Más allá ve a Stan Marshall, con dos mochilas junto a la pierna izquierda, a Ace Hall y a Brad Blueman.

—Dios santo, Verónica... —Mark se separa de ella para mirarla—. Creíamos que estabas muerta...

—Yo también —responde, y esboza una sonrisa triste. Luego se levanta haciendo uso de una fuerza de voluntad que ya no creía que le quedara, y se separa de ellos para acercarse a Brad Blueman. Cuando se encuentra a un metro del periodista, Verónica extiende la mano—. Gracias.

Brad, tímido y apocado, estrecha la mano que ella le ofrece.

—De nada —responde.

En parte, puedes notarlo por la forma en que le brillan los ojos, se siente dichoso.

—Tenemos que largarnos —dice Logan—. Y cuanto antes, mejor.

—Ace no viene —responde Mark.

Logan se gira hacia Ace. Comprende las razones del otro para quedarse; se acerca a él y le estrecha la mano.

—Ha sido un placer.

—Lo mismo digo —contesta Ace.

—Ten. —Logan le entrega el revólver que fue del marido de Rachel Morris—. Espero que no tengas que usarlo.

—Yo también lo espero. —Ace coge el arma y le agradece el gesto a Logan con un movimiento de cabeza.

Mark se agacha para coger las dos mochilas y le tiende una de ellas a Stan al mismo tiempo que se carga la otra al hombro. Sin embargo, Stan no hace ademán de

querer aceptarla y cuando Mark le mira, el otro hombre emite uno de sus famosos gruñidos, de esos que eran conocidos en la Plaza del Rey, allá en Castle Hill, y le granjearon miles de burlas de chiquillos y adultos por igual.

—No soy tan joven como vosotros y mis piernas no son lo que eran. Además, estoy débil por la falta de comida. Solo os retrasaría.

—No, Stan... —Mark no sabe qué más decir. Quiere hacerle entrar en razón pero se siente incapaz de esgrimir argumentos de peso.

—Mis piernas están en peor estado, si te sirve de consuelo —asegura Verónica.

—Les distraeré —asegura Stan—. Me aseguraré de que dejen en paz a Ace y les diré que os fuisteis en dirección contraria. —Se sacude las manos y sujeta a Mark por un brazo, con firmeza—. Salid de aquí. Sin mí tenéis más opciones de conseguirlo...

En realidad no llega a decir la frase entera. El grito que escuchan desde el exterior, amplificado por un megáfono, les sobresalta y paraliza al mismo tiempo, cortando su frase por la mitad y anulando el resto.

7

Retrocedamos unos minutos en el tiempo y regresemos al oscuro sótano de Tom Ridgewick. Lo hacemos a tiempo para ver a Neil estremecerse en el suelo y abrir los ojos con gesto desorientado. No sabe dónde está y no entiende por qué le sabe a tierra la boca y tiene un dolor tan desgarrador en el cuello. Respirar es un suplicio, aunque al mismo tiempo resulte un alivio.

Los recuerdos regresan de golpe a su mente, y con ellos la furia. Se gira en el suelo para mirar hacia el lugar donde debería estar Verónica. Ahoga un grito de frustración al ver las cadenas rotas en el suelo pero ni rastro de la mujer ni de quien sea que la ha ayudado a escapar.

Da un fuerte golpe con el puño al suelo y se incorpora obligándose a ignorar el dolor de su cuello a causa de la sensación de faltarle el aire. Se tambalea en dirección a las escaleras y sube a cuatro patas por ellas, corriendo y trastabillando. Se desploma en el recibidor y se queda allí en el suelo, mirando hacia las escaleras, tan manchadas de sangre seca que parecería que allí habrían desangrado a una jauría entera de perros.

«Algo así fue, en realidad. Muertos vivientes y no perros, pero fueron más que una jauría».

Y lo hicieron él y Verónica, al menos el noventa por ciento. salvaron la vida del resto y luego su tío le convenció de que lo mejor sería encerrar a la mujer en el sótano y guardarla para cuando llegaran los tiempos de vacas flacas.

Vive Dios que falta ya les hace, y vive Dios que su tío no estaba equivocado. Neil se siente tan furioso consigo mismo por haberse dejado engatusar que de no ser porque está exhausto en el suelo se golpearía con saña hasta hacerse verdadero daño.

«Antes tengo que encontrarla», recuerda. «Tengo que hacerle pagar por lo que ha hecho. Va a desear estar muerta».

—¿Me oyes, Verónica? —pregunta en voz alta, aunque está claro que no hay nadie allí. Su voz suena rota y rasgada, y le provoca una llamarada de dolor en el cuello parecido a un desgarró desde dentro—. Cuando te encuentre vas a desear estar muerta, maldita zorra de mierda...

Neil sabe que tiene que avisar a su tío. Si van a por él y le pillan desprevenido podrían hacerse con todas las armas que ahora controlan ellos. Neil no puede permitirlo así que apoya las dos manos en el suelo y empuja hacia arriba para levantarse.

Recuerda el megáfono abandonado al fondo del armario que se encuentra en ese mismo recibidor. Se ve a sí mismo con varios años menos corriendo por el jardín de su tío mientras Tom y la madre de Neil tomaban algo en el jardín, y él no dejaba de saltar de un lado a otro con el megáfono en la mano y aullando tonterías, maravillándose ante sonido de su propia voz. Recuerda a su madre diciéndole que dejara de hacer eso antes de que todos los vecinos decidieran llamar a la policía. Su madre siempre que quería regañarle o llamarle la atención recurría a la policía. «No tires papeles al suelo o la policía te llevará a la cárcel». «Cómete toda la comida o la policía te encerrará». Otras madres utilizan al coco, al hombre del saco o simplemente sacan una zapatilla y arrean a sus hijos. Sandra Ridgewick utilizaba a la policía.

Y por primera vez en su vida, Neil Ridgewick se pregunta si eso ha tenido que ver en muchos de sus comportamientos juveniles.

Con el megáfono en la mano, trasteando para encenderlo y sonriendo al escuchar el silbido de estática que le anuncia su correcto funcionamiento, Neil trastabilla y tropieza por el jardín, dándose toda la prisa que puede para alcanzar la calle.

Se lleva el megáfono a la boca.

—¡Se están fugando! —grita—. ¡Soy Neil! ¡Esos hijos de puta de Castle Hill se están fugando con lo que es nuestro!

Le sobreviene un ataque de tos que le obliga a soltar el megáfono y apoyarse en el suelo a cuatro patas. El sonido amplificado de su voz ha alterado a los muertos vivientes que se agolpan contra la verja. Ahora aúllan como lobos hambrientos y golpean los barrotes con la misma clase de ira que siente él en esos momentos.

No se molesta en recoger el megáfono. Se pone en pie y empieza a correr hacia la casa de su tío, ignorando el dolor que le atraviesa el cuello con cada respiración.

8

—Tenemos que largarnos —dice Mark.

Regresamos a la casa de Ace. Logan maldice en voz baja, lo cual hace que Paula

le mire con los ojos muy abiertos y tapándose la boca con una mano.

—Si hubo un momento para enfrentarse a ellos con opciones de cogerles por sorpresa, ya ha pasado —asegura Stan—. Será mejor que os deis prisa.

—Stan, tienes que venir con nosotros —Mark avanza hacia él pero se detiene al ver que Stan levanta ambas manos y niega con la cabeza.

—No. Salid por el sur y yo correré hacia el muro oeste. Intentaré hacer tanto ruido como pueda para llevarles hasta mi posición.

—Stan...

Logan agarra a Mark del antebrazo y tira de él.

—Está tratando de darnos algo de ventaja, Mark. Será mejor que no la desperdiciemos.

Después, vuelve a sujetar por debajo del brazo a Verónica y sale de la casa. Mark lanza una última mirada hacia atrás, primero a Stan y luego a Ace. Una vez más, quiere decir muchas cosas pero no le sale ninguna. La mano de Paula entrelazándose con la suya le devuelve a la realidad, a la urgencia y la necesidad de salir de allí mientras sea posible.

—Vamos, vete —le insta Stan, esbozando una sonrisa que resulta tan extraña en su boca como lo es la ausencia de gruñidos.

Y así, Mark y Paula corren hacia el exterior de la casa.

Brad Blueman es el último en salir. Después de que Stan Marshall anunció su intención de quedarse, Brad tuvo ganas de gritarle que allí nadie estaba en peor forma que él. Sin embargo no se ha atrevido a hacerlo igual que no se atreve ahora a quedarse. A decir verdad, tampoco es que se atreva a salir al exterior. Brad se encuentra entre dos tierras, y el verdadero problema es que no ve opciones en ninguna de las dos direcciones. Sabe que le espera la muerte, y mientras corre siguiendo a Logan, Verónica, Mark y Paula, su cerebro no deja de discutir.

«¡Los muertos me despedazarán!».

«Y Tom convertirá mi muerte en una agonía, me torturará por haberle traicionado y mentido...».

«Pero con los muertos no me cabe duda, me atraparán y me descuartizarán sin piedad».

A cada paso que da duda entre quedarse y seguir adelante. Quedarse o seguir adelante. Quedarse o marcharse. Quedarse o intentarlo ahí fuera. No piensa con claridad, no es capaz de centrarse. Sus piernas se mueven casi por inercia y casi suelta un grito al ver cruzar a su lado a una sombra. Se lleva una mano al pecho, temiendo que le dé un infarto, y tarda unos segundos en reconocer la forma de Pluto.

«Voy a morir».

Pero no deja de correr en ningún momento.

Rachel está dormida cuando Ace se agacha a su lado y le mueve el hombro con suavidad. Abre los ojos y parpadea al verle, aún somnolienta.

—¿Qué pasa? —pregunta con la voz pastosa—. ¿Está despierto Axel?

—No.

—¿Entonces? —Bosteza sin poder evitarlo y se lleva la mano a la boca para cubrirla.

—Ha ocurrido algo, Rachel.

—¿Es Junior? ¿Ha muerto?

—También —concede él—. Pero no es eso.

—Pobre chico...

—Rachel. —Ace sujeta con cariño las mejillas de ella y la obliga a mirarle—. No tenemos mucho tiempo así que escúchame. Pase lo que pase, mantén la calma. Espero de verdad que todo esto no llegue a salpicarte, aunque si ese hijo de puta está tan loco como parece... —Ace menea la cabeza con pesadumbre.

—No sé de qué estás hablando, Ace —murmura ella, empezando a asustarse—. No entiendo nada...

Nunca falta quien al ver las decisiones de otro las termina criticando. ¿Por qué no decidieron atacar y tratar de coger desprevenido a Tom Ridgewick? ¿Por qué decidieron huir aún a sabiendas de que en el exterior es muy posible que encuentren la muerte? Ace no guarda ninguna crítica en su mente ante la decisión del resto. A fin de cuentas, de no ser por Rachel y Axel él habría tomado la misma decisión. ¿Qué opino yo? Creo que cuando uno no es un luchador, cuando no está seguro de poder esgrimir un arma contra otra persona, dar un paso adelante y escoger ese camino puede ser muy peligroso y acabar muy mal. Ni Brad ni Mark son luchadores. Tal vez Verónica y Logan podrían haberlo hecho, es posible, pero han decidido salir de allí antes de que las cosas se pongan tensas y su decisión es respetable. Así opina Ace también.

Espera de pie en medio del salón, con los brazos colgando a los lados y respirando tranquilo, casi zen, con los ojos cerrados. No los abre cuando escucha el ruido de la puerta del jardín; tampoco cuando oye los pasos que corren hacia la casa, pero sí cuando de una patada abren la puerta y esta se estrella contra la pared.

Tom Ridgewick le apunta con un rifle cuyos cañones son tan grandes y negros como la boca de un túnel. A su lado, Neil sujeta una pistola en cada mano. La expresión del chico es la de un animal a punto de lanzarse sobre su presa para abrirla en canal y devorar sus entrañas. Tiene el rostro amoratado y las marcas de la cadena en el cuello resaltan en rojo y púrpura. Sus ojos brillan por la ira.

Detrás de ellos, visiblemente incómodo y con el pelo alborotado por acabar de despertarse, se encuentra Rick. También tiene una pistola en la mano, aunque en su caso está apuntando al suelo.

—¿Dónde están? —brama Tom desde detrás de ese rifle que parece tan largo como una persona.

Ace piensa que un disparo de ese armatoste le pulverizaría la cabeza.

—Se han ido, Tom —contesta, manteniendo la calma, con voz suave.

—¿A dónde?

—No pregunté porque no quería saberlo ni verme inmiscuido. Rachel y yo permanecemos ajenos a todo esto...

Un ruido en la escalera que queda a su espalda hace que Neil gire las dos pistolas y apunte hacia allí. Rachel lanza un grito y Ace se desplaza a un lado para colocarse en la línea de tiro, levantando las manos en señal de calma.

—No cometáis una locura —pide—. Nosotros no tenemos nada que ver...

—No, qué va, ni mucho menos. —Tom suelta una risotada—. Desde el principio has querido ayudarles, les has dejado dormir en tu casa, has estado a su lado, te has convertido en su amigo... Tus manos están manchadas, Ace.

—Tiene gracia que seas tú quien dice eso...

Por la puerta aparecen los dos Walters, Shane y Rodger, arrastrando a Stan Marshall. Le arrojan al suelo de un empujón y Rachel se tapa la boca con las manos y ahoga un gemido.

—Ahora que estamos todos juntos —dice Ace— tal vez deberías explicarles a los demás la verdadera razón por la que han huido, Tom.

Rodger parece ser el único del otro bando al que extraña oír eso. Se gira hacia Tom, pero este esboza una sonrisa de tiburón, sin apartar la vista de Ace.

—¡Cuéntales cómo mentiste sobre la muerte de Verónica! —grita Stan desde el suelo.

Una patada de Neil, en plena boca, le obliga a callarse y le hace golpearse contra la pared. Stan empieza a sangrar sobre el suelo.

—¿Verónica? —pregunta Rodger, confundido.

—¿Dónde están tus amigos, maldito hijo de puta? —grita Neil, agachándose junto a Stan y agarrándole del pelo para levantarle la cabeza.

—Han ido hacia San Francisco —responde entre escupitajos sangrientos.

—Rodger, escúchame...

Rodger se gira hacia Ace con una ceja levantada y la expresión de haberse perdido un capítulo y no estar enterándose de nada.

—Tom mantenía a Verónica encerrada en el sótano...

—Verónica está muerta —responde Rodger Walters—. Murió aquella noche... — Se le quiebra la voz antes de que pueda continuar. Fue la misma noche en que murió su mujer, y Rodger sigue más que afectado por ello.

—Eso fue lo que nos dijeron estos dos, pero pregúntale a Stan si quieres. Te dirá lo mismo que yo.

Rodger ignora a Stan y mira a su derecha.

—¿Tom?

—Luego te lo explicaré todo, Rodger —responde Tom Ridgewick.

Neil resopla, cansándose de todo eso.

—¿Es verdad? —le pregunta a Ace—. ¿Es verdad que han ido hacia San Francisco?

Ace se encoge de hombros. Entonces, Neil cruza el salón empujando a Ace a un lado. Rachel se da cuenta demasiado tarde de que avanza hacia ella y no le da tiempo a subir por las escaleras para escapar. La agarra del pelo y le retuerce la cabeza. Ella grita y al abrir la boca, Neil introduce el cañón de una de las pistolas en ella. Ahora es Ace el que grita.

—¡Déjala!

—Si crees que no voy a hacerlo es que no me conoces una mierda.

Si te giras a mirar la recepción que ha tenido la actuación impulsiva de Neil Ridgewick verás todo tipo de expresiones, desde la confusa de Rodger a la orgullosa de su tío Tom, pasando por la temblequeante de Rick o la mirada asombrada y estúpida de Shane.

—Han salido por el Sur —responde Ace en voz baja.

Neil sonrío, satisfecho. En el suelo, Stan menea la cabeza, dolorido y exhausto.

—Ahora ponte de rodillas, estirado hijo de puta —ordena el chico.

Despacio, Ace obedece. Traga saliva y cierra los ojos mientras por dentro comienza a rezar las pocas oraciones que recuerda. Neil suelta a Rachel y golpea con fuerza la cabeza de Ace, usando para ello la culata del arma. El otro hombre se desploma en el suelo, inconsciente y con una brecha en el lugar donde le ha golpeado.

—Te dejo la tarea de explicar toda esta mierda, tío —dice Neil, enfundándose las dos pistolas en la cintura—. Yo tengo cosas que hacer.

Y dicho eso, Neil se marcha a pasos rápidos. Tom deja el rifle en la mesa en la que días atrás operaron a Junior Collins infructuosamente, respira hondo y se gira hacia el resto.

—Ricky, hijo, ¿podrías buscar cuerdas con las que atar a estos dos hombres? —Señala a Ace y a Stan, que sigue quejándose sin hacer ademán de levantarse; espera a que el chico se ponga en movimiento antes de centrar su mirada en Rodger—. Todo lo que he hecho ha sido pensando en que logremos sobrevivir. Algunas cosas os sonarán inconcebibles, pero os voy a pedir que penséis de verdad en ellas. A fondo y con la mente abierta, ¿de acuerdo?

Tom lleva mucho tiempo practicando con su enigmática sonrisa de tiburón y sabe cuándo ha logrado captar la atención. Por la forma en que le miran, tanto Rodger como Shane, Tom sabe que les tiene en el bote. Y eso hace que la sonrisa se ensanche a medida que empieza a explicar todo lo ocurrido desde la noche en que decidió encerrar a Verónica en el sótano.

— Capítulo 11 —

Ríos de sangre

1

Y ahora, acompáñame de regreso al tenso momento en que Patrick y los ocho supervivientes del Norte entraron en la casa de Harrison Ford. Si lo recuerdas, nos fuimos dejando a Tom Ridgewick con una media sonrisa evidente en el rostro y el puño cerrado, pensando en golpear el costado de Patrick, a Rodger Walters a su lado, arrodillado en el suelo y con las manos en alto; y, más allá, en el sillón, a Rick temblando de miedo. Patrick está apuntando con su arma a Rodger y Chuck está un par de pasos más allá, con las manos extendidas en un intento de calmar la situación. Puck está a su lado, y junto a la puerta del salón se encuentran Dexter y Chelsea. Detrás de ellos, en el recibidor, Kim observa la situación con los ojos muy abiertos y la alarma y pánico escrita en toda su expresión. También en el recibidor, tosiendo y escupiendo tropezones de vómito, John Vernon se ha apoyado en una pared e intenta recuperar la compostura. Si lo recuerdas, Dean Winchester ha salido corriendo de la casa para expulsar el contenido de su estómago en el jardín.

La culpable de toda la tensión y los vómitos es la pierna que espera sobre la mesa, cocinada y chamuscada en algunas zonas como si fuera una pata de cordero, sobre una fuente blanca, con el tenedor de trinchar y el cuchillo preparados a un lado y los platos puestos en la mesa.

Patrick ha preguntado dónde están los demás y Rodger se ha echado a llorar al sentir el cañón del arma apretado contra su frente.

—Están muertos —asegura Tom, incapaz de ocultar la sonrisilla diabólica que asoma a sus labios.

Chuck intenta aportar algo de tranquilidad a la situación, pero Patrick está evidentemente fuera de sí y lanza un grito al aire, apartándose de los dos hombres y apoyando los puños en su frente. A ese primer grito le sigue otro al tiempo que Patrick se gira y de una patada derriba dos sillas y hace caer uno de los platos al suelo, donde se quiebra en varios pedazos con el golpe. La visión de la pierna de Stan le revuelve el estómago y Patrick vuelve a gritar. Movido por la furia que siente por dentro, agarra el lateral de la mesa y la levanta. Todos los platos y cubiertos, e incluso la fuente en la que se encuentra el macabro plato, caen contra una esquina desparramándose y rompiéndose. Patrick sigue gritando mientras todos los presentes le observan, incapaces de hacer nada unos, aterrorizados otros, sonriente y satisfecho Tom Ridgewick.

Y entonces, tal y como te dije, todo se va a tomar por culo.

Shane Walters está en el servicio cuando comienzan los gritos en el salón. De entre la mezcla de voces que provienen de allí es capaz de distinguir el llanto nervioso de su padre. Shane tiene miedo, eso puedes tenerlo claro, pero oír a su padre le hace agarrar la pistola que lleva en la cintura y mirarla con preocupación.

Shane no es Neil. Si lo fuera, no habría tardado más de unos segundos en salir del cuarto de baño y buscado la manera de poner fin a la situación, pero Shane es más débil que el que fue su amigo y tarda en decidirse a actuar. Lo hace porque escucha ruidos de platos rotos y teme por la vida de su padre.

Piensa que deben ser Mark, Logan y esa puta pelirroja. Neil salió en su búsqueda hace un par de noches pero no han vuelto a saber nada de ellos, ni tampoco de Neil. Tom parecía tranquilo al respecto pero tanto Rodger como Shane pensaban que debían de estar muertos. Todos ellos. A Shane no le importa, en realidad. Ha llegado a la conclusión de que Neil es un problema. La forma en la que amenazó a Rachel Morris, metiéndole la pistola en la boca y asegurando que dispararía... Shane opina que es mejor que Neil esté muerto. Los demás también, claro. Nunca le cayeron bien y no le importa lo que haya sido de ellos. Lo único que le parece triste es que la niña se haya ido con ellos. A fin de cuentas, apenas era una cría y Shane no es un completo desalmado.

Con la pistola en la mano, Shane sale al pasillo y mira hacia el recibidor. No espera ver a nadie allí y al hacerlo y comprobar que se trata de una absoluta desconocida, se deja arrastrar por el miedo, levanta el arma y aprieta el gatillo sin siquiera pensar en lo que hace. La primera bala se estrella en la pared y levanta esquirlas de yeso que se esparcen alrededor. En el recibidor, Kim se gira hacia él y le mira. Empieza a levantar las manos pero Shane no consigue detener el movimiento de su dedo a tiempo. La segunda bala atraviesa la distancia que les separa a ambos y abre un pequeño agujero en la frente de ella. Al salir por la parte trasera de su cabeza es como si esta estallara desde dentro. Hueso, sangre y materia gris salen propulsados y crean una mancha informe en la pared. Los ojos azules de Kim, siempre tan llenos de vida, pierden su brillo de repente, y los músculos de sus piernas flaquean y ceden.

Vas a tener que seguirme aquí porque muchas cosas ocurren al mismo tiempo. Dentro del salón, Chuck se ha encogido al oír el primer disparo, y también se ha dado la vuelta para mirar hacia el recibidor. Lo hace justo a tiempo para ver cómo la parte trasera de la cabeza de Kim desaparece en un amasijo sanguinolento que le hace revolotear el pelo. Abre la boca para gritar pero es apenas un chillido agudo e inconexo lo que sale de entre sus labios.

El cuerpo de Kim se desploma en el suelo. John Vernon, que está detrás de ella inclinado sobre sí mismo sobre un charco de vómito, reacciona movido por años de

instinto policial. Se echa a un lado y se cubre detrás de las escaleras, al tiempo que coge el arma.

Chelsea también empieza a gritar, y está a punto de cometer el error de correr hacia Kim, pero alcanza a ver el gesto de John indicándole que se quede donde está y a pesar del miedo, obedece.

Chuck, sin embargo, sí que echa a correr hacia la mujer que le ha robado el corazón desde que la vio por primera vez en el portal de su casa, en Portland. Su mente aún no ha racionalizado el hecho de verla morir. Se niega a aceptarlo, se dice que lo que ha visto ha sido una exageración, un efecto visual, cualquier cosa menos la realidad. Y al verle correr hacia el recibidor, John maldice en voz baja y se agacha, asomándose al pasillo desde esa nueva posición.

Alcanza a ver a Shane Walters con los ojos muy abiertos, mirando impresionado el cadáver de Kim. Los ojos de John evalúan el peligro en apenas unos segundos, localizan el arma que aún apunta hacia delante (y que presumiblemente apuntará a Chuck cuando este salga al recibidor desde el salón). En realidad, en esas décimas de segundo que John gasta en valorar la situación, considera que el chico que tiene delante ya ha gastado todo su valor en efectuar esos dos disparos.

En condiciones normales, le ordenaría bajar el arma y esperaría a ver qué ocurre. Si Henry estuviera vivo, podrían apostar y John lo haría a que el chico se entrega y empieza a llorar asegurando que él no quería hacerlo. Las condiciones dejaron de ser normales hace tiempo, en el momento en que los muertos salieron corriendo desde aquel callejón y se comieron vivo a Henry, así que John no gasta ni un segundo más de su tiempo, no se arriesga a que Shane pueda disparar sobre Chuck cuando este se agache junto a Kim; levanta el arma y aprieta el gatillo.

Shane recibe el impacto en el pecho y retrocede dos pasos, mirándose la flor sangrienta que empieza a aparecer a la altura de su corazón. Lo hace con sorpresa, sin terminar de comprender lo que ha pasado. Le fallan las piernas y se inclina sobre la pared. El arma que sujetaba, con la que ha matado a Kim, cae al suelo.

Chuck se deja caer en el suelo y levanta el cuerpo de Kim, como si fuera una marioneta y estuviese hecha de trapo. La sangre de ella le empapa la ropa al instante. Es tan evidente que está muerta que Chuck rompe a llorar al instante, aunque parte de su cerebro sigue negándolo a pesar de la evidencia.

Estarás conmigo en que ver llorar a un hombre del tamaño y aspecto de Chuck resulta cuanto menos asombroso.

—¡Shane! —Dentro del salón, Rodger se pone en pie al comprender lo que ha significado el último disparo.

En cuanto Rodger echa a correr hacia el recibidor, en busca de su hijo, Patrick se gira y levanta el arma para dispararle. En ese momento, el puño de Tom se estrella contra su costado, justo donde la bala disparada por Neil atravesó su cuerpo. El dolor es como una descarga eléctrica, una fuerte llamarada que abrasa su cuerpo desde la cintura hasta el cuello.

En el recibidor, John levanta el arma para apuntar a Rodger. Hay tantos gritos en la casa que resulta imposible casi hasta pensar. Aprieta el gatillo sin comprobar si aquel hombre supone una amenaza. Le atraviesa la garganta y Rodger gira sobre sí mismo, salpicando de sangre a Puck y Dexter, antes de caer sobre una estantería y derribar libros y elementos decorativos.

Y no acaba ahí. Tom lucha por arrebatarse el arma a Patrick mientras la sangre empieza a empapar el costado de este, la herida abierta de nuevo. Sin embargo, el policía se resiste y trata de bloquear el cuerpo del otro hombre con el suyo. Con el movimiento y el frenesí, suena un disparo y Dexter recibe el impacto en el abdomen. Luego Zoran cae sobre Tom y con un fuerte golpe en la mandíbula le hace caer al suelo.

Patrick se tambalea y da un par de pasos atrás. Mira hacia el salón y contempla el resultado de esos pocos segundos de caos. Chelsea está encogida en una esquina, con las manos en la cabeza, llorando y gritando. Junto a ella, Puck mira en todas direcciones sin centrar la vista en ninguna. En el suelo yace inmóvil Rodger, con un charco creciente de sangre alrededor, y algo más allá puedes ver a Dexter apretándose la barriga con gesto sorprendido. Por el color oscuro de su sangre y la velocidad con la que está empapando toda su ropa, su pronóstico es bastante grave. Si miras hacia el recibidor verás a Chuck encogido sobre el cuerpo de Kim, llorando con la cabeza hundida en el hueco del cuello de ella.

John entra en el salón caminando despacio y cruza una mirada con Patrick. El policía de Castle Hill ve en sus ojos preocupación y tristeza y Patrick las siente como propias. Cuando se gira hacia Tom Ridgewick tiene los dientes apretados y los ojos entrecerrados.

Tom dibuja en sus labios manchados de sangre una sonrisa condescendiente y levanta las manos.

—Supongo que encontraremos una manera de arreglar esto...

—Sí.

Patrick le dispara a la cara antes de darle tiempo a decir ninguna otra cosa. Borrar esa estúpida sonrisa de su rostro supone un inmenso alivio, en realidad. Supongo que estarás de acuerdo conmigo en eso.

3

Y ahora acompáñame hasta la puerta a tiempo para ver a Dean Winchester entrar en el recibidor. El primer sitio al que va su mirada es al hombretón que llora como una niña pequeña arrodillado, meciendo sin parar el cuerpo de Kim. No le hace falta usar sus conocimientos médicos para saber que está muerta. La parte trasera de su cabeza es un amasijo del que cuelgan gotas de sangre y restos inclasificables. Al fondo del pasillo ve a Shane, inmóvil en el suelo.

—Doc... —Es la voz de John, desde el umbral—. Será mejor que vengas.

Dean no está muy seguro de querer volver a entrar en ese salón. La visión de la pierna cocinada sobre la mesa fue suficiente para revolverle el estómago. John se ha agachado junto a Chelsea y, por la ternura con la que habla a la chica, hasta a nosotros nos parece un hombre distinto al que hemos conocido hasta ahora.

—Chelsea, sal al jardín, ¿vale? Aquí no hay nada más que ver...

—Dios —solloza ella, tapándose los ojos con las manos—. ¡Kim!

—Venga, Chels —insiste el policía de Portland tirando de su brazo para ayudarla a levantarse. Se gira hacia Puck y le hace un gesto para que se acerque—. Sácala de aquí, Puck.

Puck no dice nada pero obedece. Agarra el brazo de Chelsea con delicadeza y la acompaña hacia el jardín. Por si te lo estás preguntando, sí, Puck no puede creerse que siga con vida. Habría apostado a que él sería el camisa roja, pero le alegra saber que habría fallado. En cuanto a Kim, sin embargo, él nunca habría apostado a que ella sería una de las caídas. Tal y como Patrick le dijo mientras caminaban por el bosque en dirección a San Mateo, la vida no es un guion de película.

John mira hacia el interior del salón. Zoran está de pie junto a Patrick. El joven policía sujeta el arma con la mano caída junto a la pierna y mira el cuerpo de Tom Ridgewick con lágrimas en los ojos, aunque no hay rastro de tristeza en ellas, sino más bien alivio y odio.

—¿Puedes ocuparte de Dexter, doc? —pregunta, sin mirar atrás.

John camina hacia el otro extremo del salón, donde se encuentra Rick tirado en el suelo, temblando como una hoja de papel en medio de un huracán. Al ver que se acerca a él, se incorpora y levanta las manos.

—¡No, por favor, no me mate, yo no he hecho nada, lo juro...!

—Levántate y enséñame las manos —ordena John.

Rick obedece. La entrepierna de su pantalón está oscura y empapada, cosa que el policía ignora.

—Por favor, yo... —Rick se encoge anticipando un golpe cuando John se detiene junto a él, pero el puñetazo no llega y Rick rompe a llorar—. ¡Patrick! —solloza, extendiendo una mano hacia él—. Patrick, tienes que escucharme...

—No tengo nada más que escuchar —contesta el policía de Castle Hill comenzando a darse la vuelta.

—¡Te ha mentido! —exclama entonces Rick—. ¡Escúchame, te ha mentido, no es verdad que estén todos muertos! —Aquello capta la atención de Patrick, que se gira para mirarle con una ceja levantada y los ojos duros como una roca—. So... solo Stan. Lo juro.

—¿Stan está muerto? —pregunta Patrick acercándose al chico—. ¿Era de él... esa abominación? —Señala hacia atrás, hacia donde están los restos de la macabra comida.

—Sí, sí... —Rick traga saliva, acongojado por la cercanía del otro hombre—.

Pero era cosa de ellos, lo juro por Dios, Tom nos contó toda esa loca historia sobre querer comerse a Verónica y...

—¿Verónica? —Patrick se abalanza sobre Rick y le agarra de cuello. De la potencia que lleva su impulso están a punto de caer ambos al suelo—. ¿Está bien ella? ¡Contesta, maldita sea!

Rick abre la boca sin que ningún sonido pueda salir de ella. John agarra a Patrick y tira de él para obligarle a soltar al chico.

—Patrick, le vas a matar...

Rabioso, Patrick deja a Rick y le señala con el dedo, casi tocándole la frente.

—Habla.

Rick asiente y levanta las dos manos pidiendo tranquilidad.

—Tom dijo que era necesario... comerse a los demás. Al principio Rodger se alarmó y no quiso saber nada del tema. Shane... no tanto. El chico tenía hambre... y yo... yo no quería pero también estaba hambriento. Hacía días que no probábamos nada que tuviera sabor y... Tom les convenció. Yo seguía sin querer, lo juro... pero ellos no aceptan... no aceptaban un no por respuesta...

—¿Dónde están los demás? —pregunta Patrick con un tono de voz tan duro que Rick se estremece al oírle.

—Ace y Rachel están encerrados —asegura el chico—. Con el niño. Tom hizo un sorteo y Stan fue el elegido para ser el primero... Dios... —De nuevo, Rick rompe a llorar.

—¿Dónde están? —grita Patrick, zarandeándole de nuevo.

—En la antigua casa de Tom.

—¿Y los demás? ¿Dónde está Verónica? ¿Y Mark y Ozzy?

Rick parpadea como si no comprendiera la pregunta. Tarda unos segundos en darse cuenta de que Patrick no estuvo presente durante aquella maldita noche.

—Ozzy murió —dice—. Después de que Neil volviera de la expedición... nos dijo que Peter y tú habíais muerto.

—Me disparó por la espalda —contesta Patrick.

—Nos dijo que habíais muerto —repite Rick—. Esa noche, Marsha Collins dejó pasar a los muertos... Tuvimos varias bajas y Ozzy fue uno de ellos. El jardinero también murió. Y la madre de Neil. —Rick se rasca la cabeza y recuerda un nombre más—. Y Tyrone.

—Verónica —repite Patrick—. ¿Dónde está?

—Tom la mantuvo encerrada después de aquella noche. Al parecer pretendía que fuera la primera en... —Señala con el mentón la esquina donde está la mesa del comedor volcada—. Hace dos noches la ayudaron a escapar y se fueron. Neil salió en su búsqueda pero ninguno de ellos ha vuelto.

—¿Hacia dónde?

—Ace dijo que al sur.

Patrick se da la vuelta, dispuesto a ponerse en marcha, pero el movimiento es tan

brusco que se marea y está a punto de caer al suelo. Zoran le sujeta en el último segundo. Tanto el eslovaco como John se dan cuenta de que el rostro de Patrick está blanquecino y tiene el pelo empapado en sudor. La sangre ha empapado todo el costado de su camiseta y parte del pantalón. A pesar de que él insiste en seguir adelante, entre los dos hombres consiguen que se siente en uno de los sillones.

—¿Dean? —pregunta John—. ¿Puedes venir?

Dean puede ir y va. Hace unos segundos que Dexter ha cerrado los ojos para no volverlos a abrir nunca más. Y un par de minutos más tarde, mientras Dean se ocupa de volver a cerrar la herida de Patrick, John le pedirá a Rick que le acompañe a liberar a las dos personas que mantenían encerradas; al salir mirará el cuerpo de Dexter, ahora sin vida, y sentirá un pinchazo de lástima. El chico nunca llegó a caerle bien, pero hasta John le consideraba parte del grupo. Y pasará un rato lamentando haberse metido en tantas ocasiones con él, haberle llamado asesino de hermanas y camello. Llegará a la conclusión de que nadie merece que le recuerden constantemente los errores que ha cometido. Y en silencio, esa misma noche, John mirará al cielo con la esperanza de ser escuchado por quien sea que habite allí arriba, y pedirá perdón.

4

Separar a Chuck del cuerpo de Kim no resulta una tarea fácil. Zoran necesita de toda su fuerza, así como de cientos de palabras tranquilizadoras, para conseguirlo.

Patrick sale al jardín con Dean ayudándole a caminar, torcido hacia el lado y con evidentes gestos de dolor a cada paso.

Chelsea está sentada en una esquina del jardín, abrazándose las rodillas con la mirada perdida. Puck está de pie a su lado; en algún momento ha guardado el arma en su cintura, pero los nervios aún no se le han pasado y de vez en cuando se estremece sin poder evitarlo.

Zoran recoge todas las armas que encuentra dentro de la casa antes de salir y cerrar la puerta a su espalda. También se ocupa de clavar un cuchillo en los cerebros de todos los caídos, como medida de precaución.

Los que han sobrevivido tienen suerte de estar vivos, claro. Pero no encuentran motivos para celebrarlo. Les cubre una nube gris de penurias y horror que difícilmente serán capaces de esquivar ya nunca.

Así les encuentran John, Rick, Ace y Rachel Morris cuando regresan al jardín. Ella lleva a Axel en brazos y, aparte de cansados, parecen estar bien. Las presentaciones distan de ser alegres y son más bien rutinarias y secas. Ace se acerca a Patrick en cuanto le ve y los dos hombres se dan un abrazo cordial, un «me alegra mucho verte y que sigas vivo y bien», pero triste al mismo tiempo.

La noche no es mucho mejor.

A la mañana siguiente el cielo aparece cubierto de nubes aunque no amenaza lluvias. Patrick sale al jardín y se encuentra allí con Ace, sentado en un escalón del porche con las manos cruzadas bajo la barbilla y los codos sobre las rodillas. Sentada en la mecedora y con Axel jugando entre sus brazos, Rachel saluda a Patrick con la cabeza. El policía no oculta sus intenciones. Lleva una de las mochilas en la mano y el revólver bien a la vista en la cintura.

—¿A dónde vas? —pregunta Ace, aunque conoce la respuesta de sobra. Y nosotros también la conocemos, ¿verdad? A estas alturas de la película resulta evidente la motivación de Patrick Flanagan.

—A buscarles —responde. No nos decepciona con ello.

—A estas alturas podrían estar en cualquier parte. A kilómetros de aquí.

—Lo sé, pero no puedo quedarme sentado a esperar qué ocurre. ¿Sabes dónde está Chuck?

Ace sonríe al tiempo que se levanta y sacude las manos en sus pantalones.

—¿Chuck es el tipo grande de la barba? ¿El que parece un motero?

—Sí —contesta Patrick sonriendo a su vez—. Creo que, de hecho, es un motero. Por lo menos, le gustan mucho.

—Ha vuelto a la casa de Tom —le explica Ace—. A la que usaba ahora, vamos. A enterrar a los suyos. El extranjero ha ido con él.

—¿Zoran?

Ace se encoge de hombros.

—Imagino que sea él, sí.

—Me habría gustado despedirme de Chuck. Cuando le veas dile que lo siento. — Se lo piensa un momento y añade una cosa más—. Y dile que le deseo lo mejor. Os lo deseo a todos.

—Gracias, Patrick. Yo también te deseo suerte.

—¿Suerte para qué?

La voz de John resuena a la espalda de Patrick. Si te giras le verás avanzar hacia el policía de Castle Hill desde la puerta de la casa. Lleva el pelo revuelto y aún tiene en la mejilla las marcas que le ha dejado la almohada.

—Voy a buscar a los míos, John.

—Ya ha muerto mucha gente —comenta el otro policía. Se sacude el pelo con gesto distraído y mira hacia el horizonte mientras estira las piernas poniéndose de puntillas—. Es posible que los tuyos estén muertos también y que tú les sigas por ese camino. ¿Por qué mierda quieres ponerte en esa situación? —Se gira para mirarle a los ojos y antes de que Patrick pueda responder chasquea la lengua y se encoge de hombros—. Bah, no me respondas, lo entiendo.

—Vosotros sobrevivisteis más de un mes ahí fuera —anuncia él, manteniendo la

esperanza—. Probasteis que es posible. Dame un voto de confianza y concédeme el beneficio de la duda.

—Creo que podrías lograrlo si estuvieras en perfectas condiciones, Patrick, no se trata de eso —asegura John—. Ir solo es una locura y más en tu estado. Esa herida — señala al costado de Patrick— volvió a abrirse ayer, estás débil... ¿Qué harás si vuelve a abrirse?

—Morirme, supongo. Pero antes de que lo propongas, no voy a dejarte venir conmigo. Eres más valioso aquí, ayudándoles a sobrevivir.

John no responde. Si quieres saberlo, está pensando si eso es verdad. Sabe que los primeros días se comportó como un perfecto imbécil y que no le guardan demasiado cariño, pero le gusta pensar que se ha ganado su hueco y que le consideran una parte importante del grupo. Puede que al principio fingieran cuando se acercaban a pedirle consejo y liderazgo, visto con perspectiva hasta él se ha dado cuenta de que lo hacían, pero no al final. John cree que cuando le piden consejo ahora es porque quieren oír su opinión.

—De todas formas —añade Patrick—, no voy a ir solo.

—¿No?

Patrick se aleja de los dos hombres y se acerca a Rick, que está de pie junto al límite del huerto que no acaba de empezar a producir. Agarra del pescuezo al chico.

—Me llevaré a Rick.

—¿Qué? —El chico abre los ojos aterrorizado ante la simple idea de que eso sea cierto—. ¿Yo?

—Sí, tú. No voy a dejar que te quedes aquí sabiendo que cuando llegamos estabas a punto de comerte a un amigo mío, un hombre que valía cien veces lo que vales tú.

—Pero... —Rick tartamudea y se echa a temblar—. Yo no... yo no quería hacerlo, lo juro. Fue cosa de Tom... ¡Ni siquiera Rodger estaba convencido del todo!

—¿Quieres demostrar que mereces la oportunidad de seguir aquí? Entonces vendrás conmigo y me ayudarás a encontrarles.

—¿Estás seguro de querer llevártelo? —pregunta John con una ceja levantada—. Podemos manejarlo aquí.

—No lo merece —contesta Patrick.

—Yo iré con ellos.

Todos los presentes, y nosotros con ellos, nos giramos hacia la puerta de la casa. Puck está de pie en el umbral y también lleva su revólver en la cintura.

—No es necesario —asegura Patrick.

—Quiero ir —responde Puck—. Vas a necesitar ayuda y... no sé, imagino que lo que ocurrió ayer... —Puck lanza un soplido—. Quiero ir.

Patrick asiente y se despide de John con un apretón de manos. Rick vuelve a protestar, aunque esta vez lo hace con voz tan baja que nadie le presta de verdad atención.

—Gracias por todo —le dice Patrick a Ace cuando estrechan las manos.

—De nada. Encuéntrales y regresa con ellos.

—Lo haré.

A continuación, Patrick agarra a Rick de la nuca y echa a andar hacia el muro seguido por Puck, que carga con la mochila a la espalda. John les mira alejarse.

—Suerte —susurra.

El llanto repentino de Axel le hace sonreír, por inesperado, y se gira hacia Ace, que sigue a su lado.

—No creí que volvería a oír nunca ese sonido.

—Es una maravilla —asegura Ace, con cierto orgullo—, aunque a veces uno desearía que viniera con control de volumen.

John suelta una carcajada profunda y retumbante. Nos alejamos de ellos, ya no queda nada que sea de nuestro interés en San Mateo. La lujosa urbanización de Half Moon Bay nos ha entregado todo lo que tenía, y nosotros nos vamos allá donde la historia quiera llevarnos.

Ven, agárrate fuerte a mí y prepárate para la traca final.

— Capítulo 12 —

Cerdos en el matadero

1

Retrocedamos hasta hace dos noches e internémonos en el bosque que se extiende al sur del muro. Si lo hacemos veríamos que Logan corre entre los árboles con Verónica apoyando parte de su peso en él. De sus bocas salen vaharadas de aliento cada vez más cortas y rápidas a medida que el esfuerzo va haciendo mella en ambos. Logan siente que ella intenta ayudar y espera que pronto deje de necesitarle o sino no llegarán muy lejos.

Detrás de ellos puedes ver a Mark tirando de la mano de Paula. Lo hace porque en realidad él va un poco adelantado pero hasta el momento la niña le mantiene el ritmo. El diablo está en los pequeños detalles, y lo mismo pasa con la belleza, así que observa la manera en que el cabello de ella revolotea detrás de su cabeza, fundiéndose con la oscuridad de la noche.

Si miras aún más atrás verás a Brad Blueman. El reportero de Castle Hill que soñaba con llegar a ser el más grande va ya resollando y jadeando.

Y eso que cruza a su lado es Pluto, apenas una mancha en la negrura. El perro corre de un lado a otro, adelantándoles y volviendo atrás a esperarles. Mueve el rabo sin parar y de vez en cuando se detiene y olisquea el aire. Atrás, en el muro, Paula se obcecó diciendo que tenían que llevarle con ellos. Cuando Mark y Logan intentaron coger a la niña para subirla al muro ella se abrazó con tanta fuerza al cuello del perro que Mark temió que se le salieran los ojos por la presión. Pero el animal aguantó estoico, con la lengua fuera y una expresión que parecía divertida.

—No tenemos tiempo para esto, Mark —le advirtió Logan chasqueando los dedos para demostrar la urgencia de sus palabras.

—¡No podemos dejarle aquí! —exclamó la niña entonces, frunciendo el ceño y poniendo morritos.

—Mark —insistió Logan mientras lanzaba miradas furtivas en todas direcciones y rezaba para que no apareciera nadie buscándoles—. Tenemos que irnos.

Mark no tuvo ninguna opción; desde el momento en que Paula dijo por primera vez que tenían que llevarse a Pluto él supo que no podría llevarle la contraria. Así que se agachó junto al animal y le hizo un gesto con la cabeza a Brad para que le ayudara. Paula retrocedió un par de pasos para dejarles hacer, mirando con algo que podemos identificar como orgullo en sus ojos. En ningún momento pensó la niña que podrían engañarla, que Mark y Logan aprovecharían que ella había soltado al animal para hacerla trepar por la fuerza al muro. Tal era la confianza ciega que tenía en Mark.

—Ayúdame, Brad. Este bicho pesa unos cuarenta kilos.

—Como empiece a ladrar atraerá a todos los monstruos de la zona —protestó Logan agachándose junto a ellos para ayudarles—. Esa es la razón por la que hemos dejado atrás a Axel.

Mark no respondió a eso. Era verdad, no había nada que contestar.

—Si ladra le pegaré un tiro —gruñó Logan mientras entre los tres hombres levantaban a Pluto y Verónica lo recibía subida a horcajadas sobre el muro.

Detrás de él, Paula abrió los ojos como platos con esa expresión de sorpresa y horror tan suya. Logan no se dio cuenta pero Mark sí y estuvo a punto de echarse a reír.

—No lo dice en serio —le susurró a la niña mientras la ayudaba a subir al muro.

—Vamos, princesa —dijo Verónica al recibirla arriba.

La niña le dedicó una sonrisa a la mujer y luego se giró para mirar cómo trepaban los tres hombres. Pero ella solo tenía ojos para Mark, atenta a sus movimientos, preocupada porque pudiera pasarle algo.

Y ahora están corriendo. La oscuridad les impide ver muchos de los recovecos, arbustos y ramas hasta que las tienen encima. Sienten latigazos de la maleza en brazos y rostros y en ocasiones esquivan obstáculos en el último momento. Y como es obvio, esa situación no se puede mantener por mucho tiempo y Brad acaba cayendo al suelo con estrépito y lanza un grito de dolor. Alarmados, los demás se giran hacia él y le hacen gestos para que guarde silencio. Brad se sienta en el suelo, jadeante, y se agarra la rodilla con ojos llorosos.

—Si seguimos corriendo así es cuestión de tiempo que alguien se rompa un tobillo —asegura Mark. Se pone en cuclillas para descansar un momento y recuperar el aliento.

—Tenemos que alejarnos de San Mateo todo lo que podamos mientras podamos hacerlo —dice Logan, aunque lo cierto es que a él también le viene bien el descanso repentino.

—¿De verdad creéis que nos perseguirán? —pregunta Brad, asustado.

—Apostaría a que Neil lo hará... —responde Verónica. Cruza una mirada cómplice con Brad que el periodista entiende incluso a pesar de la oscuridad que reina debajo de los árboles.

—Tenemos que seguir —insiste Logan; señala hacia el Sur—. La carretera debería estar a no más de dos kilómetros en esa dirección. Allí podemos buscar un coche y...

—Chsss —le chista Brad agitando las manos para llamar la atención del resto. Luego señala con el dedo—. Mirad.

Si miras en la dirección que indica su dedo verás a Pluto mirando en la dirección que ha señalado Logan, con el pelaje erizado y la cola tiesa apuntando hacia arriba.

—Pluto —murmura Mark con el miedo empezando a recorrerle las venas—, ¿hueles algo?

El perro les mira y se desplaza hacia la derecha. Luego les mira de nuevo y da otros dos pasos en esa misma dirección. Logan parpadea.

—¿Nos está guiando? —pregunta, fascinado—. ¿En serio?

Los cinco miran al perro y luego hacia el Sur. La oscuridad es tan densa que no alcanzan a percibir ningún peligro en esa dirección. Sin embargo, cuando por fin se ponen de nuevo en movimiento lo hacen siguiendo a Pluto en dirección Oeste.

2

Es de día, sin embargo, cuando Patrick encabeza el pequeño grupo que sale en busca de ellos. Avanza con pasos largos y rápidos que evidencian la urgencia que siente. Puck le sigue el ritmo sin problemas, atento a todo cuanto se mueve a su alrededor y que en su mayoría no son más que ramas mecidas por el viento. Cerrando el grupo, Rick camina moviendo sin parar la cabeza en todas direcciones con gestos nerviosos. Cada pocos pasos la distancia entre él y los otros dos se hace más grande y tiene que correr para alcanzarlos.

Ven conmigo un momento y mira hacia allí, entre aquellos dos árboles retorcidos, corriendo hacia nuestro grupo. El tipo se llamaba George Frasier cuando estaba vivo y trabajaba como intermediario para una galería de arte. Siempre mantuvo un extremado cuidado en mostrar una excelente apariencia física, utilizando para ello todo tipo de cremas y productos de belleza así como tratamientos para la piel. Si hubiera sabido que pasaría los días que seguirían a su muerte corriendo por el bosque con ropas harapientas y evidentes heridas, George se habría sentido muy contrariado.

Patrick le hace frente con el largo tronco que ha cogido hace un rato, decidiendo que retrasará el uso de la pistola todo lo que pueda. Al ver al muerto Rick está tentado de echar a correr hacia la urbanización de nuevo, y te aseguro que le falta apenas un suspiro para hacerlo. Patrick golpea a George en la cabeza, derribándole. El muerto intenta levantarse a pesar de todo pero Patrick planta las dos piernas y levanta el tronco por encima de su cabeza. El siguiente golpe provoca un crujido en el cráneo del zombi.

—¿Está...? —Rick traga saliva, incapaz de continuar.

—Ya no se levantará de nuevo —asegura Patrick—. Sigamos.

Puck se pone a la altura de Patrick mientras que Rick sigue avanzando detrás de ellos y teniendo que correr cada pocos metros para no quedarse atrás.

—¿Crees que les encontraremos? —pregunta Puck.

—Eso espero.

—¿Estamos siguiendo huellas o algo o caminamos por instinto esperando a ver dónde nos lleva el camino?

—Mis conocimientos de rastreo son bastante pobres —asegura Patrick—. Me gustaría que no fuera así, pero me temo que...

—Mira.

Puck se detiene y señala hacia su derecha. En el suelo hay un pequeño círculo de barro seco en el que se aprecian con claridad las huellas de un perro.

—¿Pluto? —pregunta Patrick.

—Dijiste que llevaban un perro.

—¿Y giraron al Oeste? —Patrick se rasca la coronilla con gesto distraído—. La carretera está más adelante.

—También es posible que el perro pisara por aquí pero no sea esa la dirección que siguieron.

—Al final vas a ser tú el rastreador —murmura Patrick—. Un buen avance para un extra, ¿no?

—Eso es lo que me da miedo —contesta Puck con una sonrisa—. Cuando un extra empieza a tener papel de repente es porque va a morir pronto.

Patrick menea la cabeza, divertido, y vuelve a mirar las huellas. Por lo que saben, podrían ser de cualquier otro animal, no necesariamente de Pluto. Es más, Patrick sabe que tiene muchas papeletas para no encontrar a sus amigos jamás. A Verónica.

Siguiendo un impulso, Patrick gira hacia el oeste y echa a andar. Puck le sigue y, un momento después, con marcas de sudor que empiezan a evidenciarse en su camiseta, también lo hace Rick.

3

El amanecer llega y encuentra a los cinco fugados tirados en el barro de una cuneta. La razón la encontramos con tan solo mirar en la dirección en la que ellos miran: a unos trescientos metros verás un descampado en el que descansan para siempre jamás los esqueletos de al menos tres vehículos desguazados. Una decena de muertos vivientes rondan por la zona, y aunque nuestros fugados llevan ya casi media hora ahí los zombis no han hecho otra cosa que deambular de un lado a otro sin aparente intención de marcharse de allí.

No me negarás que mirarles no resulta hipnótico. Se mueven con torpeza y gestos que recuerdan a ataques epilépticos, las bocas desencajadas en perpetuo gesto de sorpresa y hambre. A veces chocan entre sí, pero eso no parece importarles.

—No veo que tengan intención de largarse —susurra Logan—. Solo se mueven de un lado a otro sin hacer nada.

—Podríamos arrastrarnos por la cuneta —propone Verónica, también en un hilo de voz.

—Si alcanzamos ese grupo de edificios al menos tendríamos donde resguardarnos —murmura Mark señalando a la derecha. Allí, una serie de bloques de apartamentos marcan el inicio del pueblo—. El problema es que la carretera pasa demasiado cerca de ese descampado. Si nos ven... tendríamos que correr.

Ante eso, Brad lanza un gemido de angustia.

Logan echa un vistazo a Pluto, no por primera vez desde que se encuentran en esa cuneta. El perro está tumbado junto a Paula y en la media hora que llevan allí no se ha movido ni emitido un ruido. Casi parece que fuera consciente del peligro.

—¿Y si volvemos por el bosque? —pregunta Paula.

—No es lo suficientemente denso para cubrirnos por aquí. Tendríamos que adentrarnos bastante para llegar hasta los edificios, sería un rodeo considerable.

—Lo prefiero —murmura Brad—. No quiero correr. Me... me atraparán.

Logan y Mark se miran un momento y luego se giran de nuevo hacia el descampado. Los muertos siguen deambulando por allí, ajenos a la cercanía de sus posibles presas.

—¿La opción de arrastrarte por la cuneta cómo la ves, Brad? —pregunta Logan.

Al periodista le tiemblan los labios mientras observa el trazado de la carretera, sobre todo la curva que les haría pasar demasiado cerca de los muertos, a menos de cincuenta metros. Si los zombis reparasen en ellos a esa distancia, lo tendrían muy complicado para huir. Brad no se ve capaz de correr hasta los edificios.

—¿Por el bosque, entonces? —pregunta Mark, resignándose.

Agradecido, Brad asiente. Los cinco se deslizan por el barro de regreso al bosque. Logan se incorpora junto a un árbol que le sirve de parapeto para observar el descampado y mantenerse oculto. Cubre así la retirada del resto y les hace gestos para que se muevan más rápido. No sale de su asombro al comprobar que Pluto también se arrastra, meneando el rabo de un lado a otro como si todo fuera un juego para él.

4

Corren entre los árboles gastando sus últimas reservas de energía. Ahora que han localizado los edificios y tienen un objetivo en mente, les puede la urgencia de llegar cuanto antes. Verónica corre sin necesidad de ayuda, cosa que Logan agradece, mientras que Brad sigue cerrando el grupo entre jadeos y amenazas de calambres en los músculos de sus piernas.

De repente, Logan chista y hace un gesto brusco al tiempo que se arrodilla detrás de un montón de piedras. Los demás le imitan lo más rápido que pueden y sin embargo, es demasiado tarde. El muerto les ha localizado, un hombre calvo y delgado cuyas heridas se han podrido y presentan un color negruzco y desagradable.

—¡Mierda! —exclama Logan—. ¡Corred!

No hace falta que lo diga dos veces. Los otros cuatro son supervivientes de Castle Hill y saben lo que es tener que huir a pie delante de los muertos. Logan cierra el grupo sin dejar de mirar hacia el lateral. El muerto les come terreno y está cada vez más cerca. Logan se gira y aprieta el paso, apoyando la mano en la espalda de Brad para impulsarle a ir más deprisa.

Blueman está al límite de su resistencia. Mueve las piernas lo más rápido que puede pero empieza a sentir un extraño entumecimiento en los músculos y un cosquilleo que le sube por los muslos. Lleva la boca abierta y su respiración resuena como el motor de un tren de vapor. Ni siquiera sabe de dónde está sacando las fuerzas necesarias para correr de esa manera cuando ya pensaba que necesitaba tumbarse en algún sitio y descansar. Es la adrenalina, por supuesto. Su cuerpo se niega a rendirse y le lanza las últimas dosis de ayuda que puede permitirse.

Su cerebro, sin embargo, valora todas las opciones.

Oh, sí, por supuesto que las valora. A estas alturas no debería quedarte ninguna duda al respecto. Brad Blueman sabe que tiene detrás un muerto, una de esas criaturas que no dudará en descuartizarle si le atrapa, y Brad conoce los límites de su cuerpo y sabe que no será capaz de aguantar ese ritmo durante mucho tiempo. Así que ha mirado hacia Paula y ha pensado que a ella podría ganarla; en realidad solo necesita adelantar a una persona, poner por detrás a alguien, a quien sea, para que ejerza de carnada y él pueda llegar a algún sitio seguro. Por alguna razón, esa maldita niña corre más que él. Ya sea por el impulso de Mark, que no la suelta en ningún momento, o porque tiene más fondo y agilidad que él. Y entonces ha pensado en estirar la mano, agarrar su camiseta y tirar hasta hacerla caer. «¡Solo es una niña!», ha gritado una voz en su mente, y sí, Brad lo sabe, no cometes el error de pensar que no lo sabe. Ni siquiera el de pensar que aunque lo sabe le importa poco la vida de la niña. Brad no quiere que a Paula le pase nada, no quiere que le pase nada a ninguno de los que están allí con él, pero más que nada en el mundo, él quiere sobrevivir.

Brad estira la mano y sus dedos rozan la camiseta de Paula.

«Un poco más. Solo un poco más».

Mark gira a la derecha para sortear un árbol y la niña gira con él, escurriéndose en el momento en que Brad se inclina hacia delante en medio de la carrera. No alcanza a agarrar la ropa de la cría y está a punto de golpearse contra el tronco del árbol. Lo esquiva y sigue corriendo, con la vista centrada en la espalda de Paula, moviendo los pies a toda velocidad.

«Es mi única oportunidad. Ese ser me atraparé a menos que agarre a otra persona antes que a mí».

Brad siente ganas de llorar. Tiene miedo a morir, un pánico atroz. A todo, al dolor, a la simple idea de que su vida se acabe, incluso aunque esa vida haya quedado reducida a escapar de los zombis día tras día y sufrir penurias sin pausa. La muerte le aterra, la agonía de sufrir el dolor de los dientes arrancándole pedazos de carne le asusta hasta límites insospechados.

Paula es una niña, joder. Lo sabe, es consciente de que no merece que alguien le haga algo así, y si fuera capaz de alcanzar a Mark, o incluso a Verónica aún a pesar de que ella sea la razón por la que están allí, lo haría. No se trata de algo personal, esa es la idea que cruza la mente de Brad cuando trata de justificar lo que el miedo le incita a hacer. Es puro instinto de supervivencia.

Ya pasó en Castle Hill, aunque allí no fue premeditado sino fruto de ese impulso natural que fuerza al ser humano a luchar por sobrevivir sean cuales sean las circunstancias. Carrie cayó al suelo y fue mordida por su culpa. Y luego también la madre de Jason Fletcher, a la que abandonó en medio de la calle para poder escapar él. Y luego le odiaron por ello, le acusaron de ser un monstruo y no escucharon sus justificaciones. Y eso le pesó, llevó aquella carga como un ancla que le lastrara...

«Pero estoy vivo. Lo estoy gracias a aquello...».

Aún puede vivir para ver un día más. Aún puede luchar, aunque sabe que si Paula muere por su culpa, Mark jamás se lo perdonará. Es un problema que no le preocupa en ese momento; está demasiado estresado, demasiado nervioso para pensar en eso. Solo quiere sobrevivir, y después ya se verá.

Estira la mano una vez más y roza de nuevo la ropa de Paula. Con un esfuerzo titánico hace un último intento y su mano surca el aire directa hacia la niña. Esta es. Lo ve venir, lo anticipa con facilidad, es capaz de calcular el recorrido y sabe que ahora sí lo conseguirá...

Su pie se enreda con la raíz de un árbol cercano y el mundo gira alrededor de Brad mientras el suelo corre al encuentro de su cara. Logra poner las manos por delante en el último segundo y evitar que el golpe sea peor, pero de repente toma conciencia de estar en el suelo... La niña se le ha escapado y él es el vagón de cola. Cuando el muerto les alcance, y lo hará porque no les separaba mucha distancia, será en él en quien se detenga, será a él a quien muerda y será él quien muera.

Entonces cae en la cuenta de algo.

«Yo soy su carnaza. Nunca les he caído bien, siempre me han despreciado, pero querían que viniera con ellos porque podrían dejarme atrás. Los muertos me atraparán a mí y ellos ganarán tiempo de ventaja».

Grita y trata de levantarse. Los nervios le hacen tropezar y darse de bruces contra el suelo una vez más. Gira y trastabilla con el barro, las piedras y las hojas secas que llenan el suelo. El muerto corre hacia él con los brazos extendidos, demasiado cerca. Brad se da cuenta de que no llegará siquiera a levantarse, no tendrá tiempo de hacerlo y reemprender la carrera y, aunque lo hiciera, el monstruo le atraparía sin remedio. Esa bestia corre más que él.

«Es mi final».

Brad se queda quieto esperando que el muerto le alcance. No tiene sentido seguir peleando por huir, la distancia se acorta de cinco a tres metros; lo asume, es consciente. Dos metros... Por extraño que parezca le imbuye una extraña calma, una sensación de alivio que resulta tranquilizadora y le llena de paz. Alivio porque no ha condenado a la muerte a esa niña; eso tal vez habría sido más de lo que su mente pudiera soportar. Alivio porque su última acción ha sido positiva, salvar a Verónica, y tal vez eso compense todas las cosas que ha hecho mal en su vida. Aunque en sus últimos momentos habría deseado reincidir y casi haya condenado a la muerte a Paula, la cuestión última es que no lo ha conseguido. No por decisión propia, cierto,

pero Brad, de alguna manera, espera que no compute a la hora de esperar un buen trato al otro lado.

Cierra los ojos y aguarda su muerte. Su último pensamiento lo dedica a suplicar, como un mantra, que no le duela.

El disparo le sobresalta y le hace gritar. Al abrir los ojos ve al zombi desplomarse hacia atrás con la mitad derecha de la cabeza pulverizada. Como en un sueño, Brad se gira para ver a Logan de pie a su lado con el brazo estirado y el cañón de la pistola aun humeando después del disparo.

Logan estira la mano hacia él.

—Vamos, joder.

Brad no sabe si lo que siente es alivio, agradecimiento o lamento por tener que seguir corriendo cuando ya estaba preparado para aceptar la muerte. Sin embargo, cierra la mano sobre la de Logan y acepta su ayuda para levantarse.

—Corramos —sugiere Logan—. Tienen que haber oído la detonación hasta en Maine.

Al ponerse en marcha, la ventaja que les sacan Mark, Paula y Verónica es de más de treinta metros. Por alguna razón, Logan le agarra con amabilidad del brazo mientras corren, en parte tirando de él, en parte ayudándole a mantener la velocidad.

Brad ya se ha decidido: quiere vivir.

Y corre con toda su alma.

5

Tal y como ha dicho Logan, todos los zombis que se encuentran lo suficientemente cerca como para escuchar el disparo se giran con brusquedad en esa dirección. Motivados por el ruido echan a correr; muchos de ellos gritan y gruñen y otros se agitan como si con eso pudieran despertar de un mal sueño. Si estuvieran vivos podríamos decir que salivan pensando en el posible aperitivo que puedan cazar.

No son solo los oídos de los muertos los que localizan el sonido, aunque en la tensión del momento ni Logan ni el resto se percatan de ello. Casi dos kilómetros al Sureste, Neil Ridgewick se detiene en medio de un paso y gira la cabeza en la dirección en la que ha sonado el disparo. Las comisuras de sus labios se inclinan hacia arriba formando una sonrisa maliciosa.

—No te dejes cazar, puta —murmura mientras gira y empieza a andar al principio, a trotar un momento después—. Espérame...

La muerte, en definitiva, les persigue.

6

Alcanzan a ver los edificios pero a Verónica se le para el alma al ver al muerto que corre hacia ellos desde esa dirección. En ese momento daría lo que fuera por tener entre las manos el atizador con el que peleó durante aquella noche. Se detiene y comienza a retroceder, tratando de valorar sus opciones. Han oído gritos a izquierda y derecha y supone que intentar deshacer el camino no es buena idea porque ya les habrán cerrado la huida. La mejor opción es intentar esquivar al zombi que tienen delante y alcanzar uno de los edificios.

Mark y Paula llegan hasta ella en el momento en que Verónica señala hacia el edificio de la derecha. La puerta de entrada está desencajada y podrían entrar al edificio por allí.

Siempre que puedan evitar al muerto.

Mark y Paula obedecen y ella corre junto a ellos por el exterior, ejerciendo de esa manera de barrera entre el zombi y ellos. Si les atrapa, piensa Verónica, será a ella a quien agarre antes. Y no llevan ni diez metros de carrera cuando se hace evidente que el zombi les interceptará antes de que lo consigan. Paula está gritando por el esfuerzo y el cansancio. De entre los edificios surgen más figuras, bamboleantes al principio pero rápidas y mortales después.

Su única esperanza es alcanzar el portal de ese primer edificio.

Verónica se prepara para el encontronazo, dispuesta a luchar con los puños contra esa criatura, un hombre delgado con una herida que le recorre el pecho desnudo. Entonces la sombra blanca que es Pluto les adelanta por la derecha, si tienes tiempo de fijarte antes de que salte verás que tiene los dientes apretados y los bellos levantados. Y gruñe, por supuesto, tanto o más que los muertos.

El animal impacta contra el muerto viviente a la altura del pecho y le derriba. Después cierra los colmillos alrededor de su cuello y mueve con violencia la cabeza de un lado a otro, plantando las patas en el suelo. Mark, Paula y Verónica cruzan a su lado. Puedes observar que los brazos del muerto se sacuden intentando agarrarles incluso a pesar de tener un perro arrancándole el cuello.

—¡Corred, corred! —grita Verónica.

Están a menos de veinte metros del portal y bordeando el edificio se acerca un grupo de zombis cada vez más numeroso. Verónica calcula que ellos llegarán hasta esa puerta sin problema, pero no sabe cuánta distancia les sacan a Brad y Logan. Ahora, sin embargo, no es el momento de preocuparse. Se esfuerza en impulsar sus piernas a toda la velocidad que le permiten sus escasas fuerzas y recorrer esos últimos metros.

Aunque sabe que llegar hasta el portal no significará estar a salvo.

Mark y Paula son los primeros en cruzar la puerta desvencijada que cuelga de una sola de sus bisagras y Verónica les sigue apenas un momento después. El interior del portal, que una vez fue blanco y tuvo en la pared una hilera de espejos, muestra ahora un panorama apocalíptico. El suelo está lleno de manchas de sangre, papeles y sobres

de cartas que ya nadie abrirá nunca. Al menos dos de los buzones están abollados y abiertos, por lo que podemos suponer que la correspondencia ha salido de ellos. Y en la pared de espejos también hay salpicaduras rojizas y al menos dos de los grandes espejos muestran golpes y grietas. Una planta, situada junto a la puerta del ascensor, aparece volcada y la tierra del tiesto está esparcida por el suelo alrededor.

—¡Ahí!

Mark tira de Paula en dirección a las escaleras que suben. Verónica mira alrededor tratando de buscar algo con lo que poder defenderse, sin éxito. Sin esperar a ver si los primeros en llegar son Logan y Brad o los muertos, sigue a Mark y Paula y salta por los escalones de dos en dos.

Giran en el primer recodo y Paula resbala al pisar lo que parece ser algún tipo de residuo orgánico podrido. Mark evita que caiga al sujetarla del brazo y sigue subiendo, casi arrastrando a la niña detrás de él. Verónica les alcanza antes de que lleguen al primer piso. El pasillo se extiende por casi veinte metros, con puertas cerradas a ambos lados. Verónica hace un gesto para que sigan subiendo, pero antes de hacerlo ella observa que hay un paraguas desvencijado tirado junto a la segunda puerta, al lado de un abrigo revuelto y otro objeto.

Su mente procesa lo que ve pero se encuentra en un estado tal de extenuación que el hecho de que el objeto que hay tirado junto al paraguas sea un dedo humano ni siquiera le resulta impactante.

En ese momento le falla la rodilla y se tambalea con un gemido de impotencia y angustia. Necesita apoyarse en la pared y detenerse un momento. Se da cuenta de que le tiemblan las manos. Ni siquiera la descarga de adrenalina sirve ya de mucho. Verónica necesita energía porque su cuerpo está rozando el límite.

Aprieta los dientes y sigue adelante.

7

Brad grita. No deja de correr pero grita como una niña.

En realidad tiene motivos para hacerlo, en esto podemos estar de acuerdo con él o entenderle al menos. Uno de los muertos ha cruzado junto a la puerta hacia la que ellos se dirigen y corre en su dirección en línea recta. Logan levanta el arma sin detenerse y dispara. La primera bala sale demasiado alta; la segunda golpea el hombro del zombi y le hace trastabillar. Logan no dispara una tercera sino que impacta con él arrollándole con el hombro por delante. El zombi, torpe, cae al suelo y rueda mientras Logan y Brad cruzan a su lado y se acercan cada vez más al portal.

Más muertos les van cercando. Logan valora sus opciones y tira de Brad con fuerza. Se cuelan en el portal cuando las manos de una mujer arañan el aire que acaban de cruzar. De inmediato, hasta cuatro zombis se empujan unos a otros por el privilegio de seguirles al interior del portal en primer lugar. Logan no dice nada pero

empuja a Brad hacia las escaleras antes de girarse y disparar. Le revienta la cabeza a un adolescente con camisa de cuadros y aspecto de deportista. Cae al suelo entorpeciendo el avance de los que van detrás de él, haciendo tropezar a uno de ellos al menos. Los otros dos cruzan el umbral mientras Logan retrocede hacia las escaleras, con la pistola apuntándoles. El hueco que han dejado libre se ve cubierto pronto por más muertos que pugnan por entrar al portal y perseguirles.

Aprieta el gatillo una vez más y corre hacia las escaleras. Oye los gritos de Brad resonando contra las paredes y los gruñidos y alaridos de los muertos a sus espaldas. También oye el golpeteo de sus pasos y el latido de su corazón.

Le da tiempo a pensar que le parece la peor banda sonora de la historia. Al menos, la más desagradable.

8

Mark llega hasta el segundo piso tirando de Paula. Le da tiempo a oír el rugido que proviene de su derecha y se lanza hacia el pasillo de esa planta un momento antes de que desde la escalera aparezca, medio corriendo medio cayéndose, una mujer con el rostro tan desgarrado que es posible verle el hueso del cráneo en varios puntos.

La mujer cae sobre Mark, que empuja a Paula hacia atrás y sujeta al zombi en el último momento antes de que consiga darle una dentellada. Paula retrocede por el pasillo con las manos sobre la boca, mirando la pelea que tiene lugar a unos metros de ella.

—¡Mark! —grita.

A él le gustaría decirle a la niña que huya pero tiene toda su atención concentrada en evitar los dientes y los brazos de la criatura. El peso y el empuje de la muerta son mayores de lo que cabría esperar y los brazos de Mark tiemblan cuando la mujer lanza la boca hacia su cara. Los dientes, blancos y amenazadores, se cierran a centímetros de su mejilla. Mark grita e intenta empujar a la mujer hacia atrás. Apenas consigue levantarla unos centímetros. Entonces ella vuelve a lanzarse hacia él... y sale despedida hacia atrás cuando Verónica tira de ella. Cae contra la pared e insiste en levantarse de nuevo. La bombero levanta la pierna y descarga un fuerte pisotón contra la frente de la otra mujer.

—¡Corred! —grita—. ¡Tenemos que meternos en algún sitio!

Mark se pone en pie a duras penas y corre hacia Paula. La niña, con los ojos llenos de lágrimas, le abraza y él saca fuerzas de lo más hondo de su pecho para levantarla en brazos. Recorre el pasillo a toda velocidad, dándose cuenta de que todas las puertas están cerradas.

A su espalda, Verónica mantiene a raya al muerto viviente a base de patadas. La mujer, gruñendo y con una baba rojiza colgándole de la boca, empieza a levantarse sin perder de vista a la bombero.

Brad aparece por las escaleras y se detiene de golpe al ver a la muerta delante de él. Abre la boca para gritar y entonces Logan se choca con él y le empuja hacia delante. La mujer se lanza hacia Verónica, que cierra los puños dispuesta a pelear.

Logan dispara en el último momento. La frente de la mujer se volatiliza y su cuerpo sale propulsado hacia delante, cayendo a los pies de Verónica.

—¡Vamos! —grita Logan empujando a Brad para ponerle en marcha.

Desde las escaleras les llegan los rugidos de lo que parece una enorme horda. Ninguno de ellos se queda a esperar. Corren por el pasillo hacia el fondo, donde Mark se ha detenido junto a la última puerta y dejado a Paula en el suelo.

Verónica les alcanza un momento después y observa que está cerrada.

—¿Qué hacemos? —pregunta Mark.

El pasillo termina en una pared con una pequeña ventana. Pensar en escapar por allí es tan inútil como absurdo. Al otro lado les esperaría la calle, y aun sobreviviendo a una caída de dos pisos, estarían los zombis.

—No tengo fuerza suficiente para abrirla —asegura Verónica—. En otro tiempo, tal vez...

—Quitad, joder.

Logan se abre paso a empujones y apoya el cañón del arma sobre la cerradura de la puerta. El disparo es como una explosión allí dentro. La madera salta en pedazos y la puerta se abre hacia el interior. Todos ellos cruzan a la carrera. Desde las escaleras empiezan a emerger los primeros muertos vivientes, tropezando con los escalones y cayendo al suelo para ser pisoteados por los que vienen detrás.

—¡Hay que bloquear la puerta! —grita Mark.

Logan se lanza contra ella y la cierra utilizando su espalda. Verónica y Mark corren hacia el sillón que hay en un lateral del apartamento, que consta de esa estancia unida con la cocina mediante una barra americana, y dos puertas que llevan, presumiblemente, al baño y al dormitorio. Paula se echa a un lado y se apoya contra la pared para dejarles hacer.

Los zombis alcanzan la puerta. El primer golpe es fuerte y hace que Logan se tambalee y resbale unos centímetros. Sin embargo, clava los talones y empuja con su cuerpo para volver a cerrar la puerta. Mark y Verónica gritan mientras empujan el sillón.

Tendrás que mirar a la izquierda si quieres saber por qué Brad no les está ayudando. Ha caído de rodillas y está vomitando bilis y saliva. Si te fijas, su piel ha adquirido un tono pálido fantasmal y está llorando al mismo tiempo. Le tiemblan las piernas por el esfuerzo de haber corrido y subido las escaleras, y le late el corazón tan rápido que piensa que puede llegar a explotar dentro de su pecho.

—¡Quita de ahí, Logan! —grita Mark.

Han cogido velocidad con el sillón y están a punto de llegar hasta él. Logan, sin embargo, aguanta unos segundos más, todo lo que puede, y luego se lanza hacia un lado. La puerta comienza a abrirse de inmediato ante el empuje de los muertos, pero

choca contra el sillón con un chasquido y vuelve a cerrarse de golpe.

—¡No bastará! —grita Mark. Y sabe de lo que habla, pues estuvo a punto de morir en la habitación de un prostíbulo en Castle Hill cuando la puerta de aquella habitación fue despedazada por los muertos que luchaban por entrar. En aquella ocasión también se encontraba con Paula y, curiosamente, fue Verónica, junto con su compañero en el cuerpo de bomberos del pueblo, quien les rescató.

Nadie va a venir a sacarles de allí en esa ocasión.

Mark y Verónica permanecen inclinados sobre el sillón, haciendo fuerza contra la puerta. Ni siquiera hay manera de mantenerla cerrada debido a que ya no tiene cerradura. Mark mira alrededor y ve lo mismo que podemos ver nosotros. Paula apoyada contra la pared con los ojos llorosos y expresión aterrada; Brad en el suelo temblando y con la saliva colgando del labio en un hilo de consistencia pastosa; y por último, Logan poniéndose en pie.

—¡Logan! —le llama con urgencia—. ¡Comprueba la habitación!

Logan niega con la cabeza. Al ver ese gesto Mark frunce el ceño contrariado. Por un momento teme que sea una negación de rendición, que Logan no tenga fuerzas o no quiera pelear más. Luego ve que el otro hombre señala hacia arriba y Mark gira la cabeza para seguir ese movimiento.

En el techo, junto a la pared, ve la marca de una trampilla con una argolla colgando.

Logan salta sobre la barra americana que separa el espacio del salón del de la cocina, y tira de la argolla con fuerza. La trampilla se abre desplegando una escalera de madera con un ruido traqueteante, que al bajar está a punto de golpear a Brad en la cabeza.

—¡Vamos, Paula! —grita, estirando la mano hacia la niña.

—¡Mark! —llama ella, mirándole con ojos llenos de pánico.

—¡Ve! —ordena Mark—. ¡Iré detrás de ti!

Brad Blueman sube las escaleras casi arrastrándose, como si le pesaran demasiado todos los músculos del cuerpo. Logan necesita empujarle para que logre izarse hasta el piso superior. Paula es como una sombra liviana en comparación. Trepa por los escalones como si hubiera nacido para ello. Logan va detrás de ella.

—Ve, Verónica —dice Mark.

—No. Ve tú.

—Ni hablar, ¿es que no has oído hablar de eso de mujeres primero?

Verónica está a punto de soltar una carcajada. Lo habría hecho, casi seguro, de no estar demasiado concentrada en hacer fuerza para mantener el sillón apretado contra la puerta.

—No estamos en el siglo pasado, joder. Y esa niña te necesita a su lado. ¡Corre!

Como queriendo puntualizar la urgencia de la situación, la madera de la puerta cruje y se abolla por encima de la cerradura rota. Mark suelta el sillón y retrocede hasta las escaleras. Sube por ellas como alma que lleva el diablo. Verónica aguanta

empujando el sillón, aunque empieza a sentir que pierde pie y se resbala hacia atrás. Los muertos empujan con fuerza y sus gritos llenan todo el apartamento. Con un resoplido, Verónica corre hacia las escaleras. En cuanto deja de haber resistencia, el sillón se desliza ante el empuje de la puerta y los zombis cruzan empujándose y tirándose al suelo unos sobre otros. Verónica alcanza la escalera y comienza a subir. Ve los cuerpos que corren a por ella estirando las manos y levanta la vista. Desde el piso superior le tienden varias manos, y tras ellas las caras de Mark y Logan. Verónica las agarra y se siente volar cuando tiran de ella hacia arriba. Unos dedos muertos y grisáceos llegan a golpear sus zapatillas.

Verónica cae encima de Mark en el piso de arriba mientras Logan dispara su arma hacia abajo y tira de las escaleras para devolverlas a su lugar y cerrar aquel agujero. La bombero rueda para apartarse de encima de Mark y se queda mirando el techo, con la respiración acelerada por el esfuerzo.

La trampilla se cierra con un chasquido, y es un alivio en realidad, porque los murmullos furiosos de los zombis quedan aislados al instante. Aún siguen oyéndolos durante unos segundos, pero es más porque los tienen metidos en la cabeza que porque realmente los oigan. Sintiendo a salvo por fin, Logan se deja caer contra la pared y resopla.

—¿Dónde estamos? —pregunta Brad.

La respuesta resulta obvia, pero nadie la pronuncia: en un apartamento del tercer piso. Todos están demasiado ocupados en recuperar el aliento y normalizar su respiración. Aquella casa es igual que la que han dejado abajo. El mismo salón conectado con la cocina mediante una barra americana, el mismo ventanal en la pared del fondo que da a la calle, con un edificio similar en la acera de enfrente. La decoración es distinta, eso sí. Todo en este tercer piso es blanco o plateado. Las paredes son blancas, los muebles son blancos con los adornos en plata, la tapicería del sillón es tan blanca que podría protagonizar un anuncio de jabones.

Logan levanta el brazo, sin fuerzas, y señala hacia la cocina.

—Podríamos bloquear la puerta con esa nevera —dice.

Mark asiente. Están tan cansados que ninguno de ellos se mueve. Brad se agarra a una mesita para ayudarse a levantarse.

—Vamos —dice dando un par de pasos hacia la nevera—. Yo ayudaré esta vez.

Mark vuelve a asentir. En el fondo desearía estar en cualquier otro lugar del mundo. Solo es capaz de pensar en sentarse a descansar, tumbarse en el sillón de tapicería purísima sería una maravilla. Y pese a todo, se incorpora separándose de Paula con delicadeza, y camina con pasos pesados hacia la cocina para ayudar a Brad. Logan se les une un momento después.

Bloquean la puerta con el enorme frigorífico de acero cromado.

Les cuesta casi diez minutos volver a ponerse en movimiento. Durante ese tiempo permanecen en silencio, descansando, atentos a los ruidos que puedan sugerir muertos vivientes acercándose a la puerta de ese apartamento. Por suerte, parecen haberse quedado todos en el piso inferior.

Por fin, es Logan el primero en levantarse y acercarse a la nevera. No tiene esperanzas de encontrar algo que pueda estar en disposición de ser comido, y ciertamente cuando abre el frigorífico, que bloquea la puerta tal y como lo dejaron, le golpea el olor a podrido de algún alimento en su interior. Vuelve a cerrar y se gira con expresión de asco.

A Paula le hace gracia y se echa a reír. A todos les parece una mejora, ya que después de haber bloqueado la puerta la niña ha preguntado dónde estaba Pluto y cuando ha visto que ninguno de ellos sabía qué contestar, su expresión se ha visto cubierta por otra de absoluta tristeza. A Mark le ha partido el corazón y ha abrazado a la niña con todas sus fuerzas.

—Dios santo, he visto algo con patas y cientos de ojos ahí dentro —bromea Logan—. Moho viviente.

—¿No hay nada que se pueda aprovechar? —pregunta Mark.

—No hablemos de comida —ruega Brad, acariciándose la barriga.

—No me atrevo a volver a abrir —asegura Logan—. Dudo mucho que ahí dentro pueda quedar algo en condiciones. Me fiaría más de un trozo de fruta que llevara atascado en la encía de uno de esos monstruos desde que comenzó esta pesadilla.

Mark reacciona a ese comentario poniendo los ojos en blanco y simulando una arcada.

—Eso acaba de quitarme el hambre —se lamenta Brad.

Logan se acerca a la alacena y abre una de las puertas. Encuentra seis cartones de leche y los coloca sobre la barra americana.

—Caducaron hace un par de días —murmura, mirando la fecha de caducidad en la base—. Con un poco de suerte, es bebible.

—En peores trincheras hemos combatido —susurra Verónica.

Logan prosigue con la búsqueda de alimentos. Todo lo que va encontrando lo coloca sobre la encimera. Varias latas de atún en aceite, varios botes de judías verdes precocinadas, garbanzos, lentejas, una caja de magdalenas envueltas en plásticos individuales que a pesar de estar un poco duras parecen comestibles...

Paula y Mark se quedan sentados. La niña está cansada y tiene la cabeza apoyada en las piernas de él, mientras que Mark le acaricia el pelo con ternura.

Brad se acerca a Verónica, que acaba de coger un marco de la estantería de la pared. En la fotografía aparecen dos hombres abrazados y muy sonrientes, en una actitud que evidencia su condición de pareja. Ella está apoyada en la ventana del fondo y Brad echa un vistazo hacia la calle. Le produce inquietud comprobar que hay cientos de zombis agrupándose junto a la entrada del portal.

—Esto no se va a acabar nunca —augura en tono derrotista. Luego mira la

fotografía con curiosidad—. ¿Quiénes son?

—Imagino que la pareja que vivía aquí —responde ella.

—Parecen felices.

—Creo que es del día de su boda.

Verónica vuelve a dejar la fotografía en la estantería. Brad empieza a girarse para mirarla y es ese movimiento el que le salva la vida. El cristal de la ventana estalla en mil pedazos y la bala golpea el hombro de Brad al mismo tiempo que escuchan el sonido del disparo. Con un grito, Blueman cae al suelo, girando sobre sí mismo y dándose de bruces contra la alfombra. De haber permanecido quieto y no haberse girado para hablar con Verónica, la bala le habría reventado el corazón.

En el suelo, Brad empieza a chillar como un cerdo en el matadero.

—¡Abajo! —grita Logan.

Verónica reacciona a tiempo y se lanza al suelo. Una segunda bala atraviesa la habitación y se estrella en la pared, arrancando esquirlas de yeso. Detrás de la barra americana, Logan también se deja caer. Paula chilla por el sobresalto y Mark la obliga a permanecer en el suelo, tirándose sobre ella para protegerla con su cuerpo.

—¿Quién coño nos dispara? —pregunta a gritos Mark.

—¡Brad, tienes que callarte! —grita Logan entonces.

Brad no le escucha. Sigue aullando como una niña y se agarra el hombro herido con las dos manos. La sangre le resbala entre los dedos y mancha la alfombra y el suelo.

—¡Verónica! —Logan se mantiene oculto detrás de la barra americana—. ¡Haz que se calle o vamos a atraer a todos esos hijos de puta!

Verónica se arrastra por el suelo como un soldado en misión de camuflaje. Alcanza a Brad y se inclina sobre él, tapándole la boca con las dos manos. Los dos ojos desquiciados de Brad la miran por encima del borde de su mano, demasiado brillantes y aturdidos.

—Brad, necesito que te calmes —susurra. Echa un vistazo al hombro de Brad, y aunque no puede ver la herida porque él está cubriéndola con las dos manos, ella dice lo que tiene que decir—. No es grave y podemos curarla, ¿sí? Pero necesito que te calles y que lo hagas ya.

Brad asiente con la cabeza, nervioso. Muy despacio, Verónica aparta la mano y libera los labios de él. Brad los abre para decir algo y en ese momento los ojos se le ponen en blanco y se desmaya. Su cabeza suena a duro y hueco cuando golpea el suelo. Sus dos manos también ceden y caen inertes a un lado. Verónica entonces examina la herida.

—Voy a necesitar algo con que vendarle esto —murmura.

—¿Puedes ver quién nos ha disparado? —pregunta Logan sin moverse.

—No. —Verónica no está dispuesta a asomarse a la ventana. Además, le preocupa la sangre que sale del hombro de Brad y quiere detenerla cuanto antes—. Mark, pásame uno de los cojines.

Al principio, Mark se muestra reticente a moverse. Después se arrastra hasta el sillón, levanta la mano para coger uno de los cojines blancos y se lo lanza a Verónica. Ella lo atrapa al vuelo y abre la cremallera para sacar el relleno. Después utiliza la funda para improvisar una venda.

—Paula, cariño... —Mark extiende una mano hacia la niña—. Ven hacia aquí, arrástrate hacia mí.

La niña está temblando en el suelo pero obedece a la voz de Mark. En cuanto está a su alcance, Mark tira de ella y la atrae hacia él. Se refugian detrás del sillón.

Verónica termina con el vendaje y se desliza por el suelo hasta alcanzar la pared. Cuando se sienta, su cabeza está apenas unos milímetros por debajo del borde de la ventana. Entonces, la voz de Neil Ridgewick les llega a todos con claridad.

—¿Se ha muerto? ¿Ha muerto esa rata gorda, traidora y cobarde? ¡No le oigo gritar, Verónica! ¿Le he matado como maté a vuestro amigo Patrick?

Aprovechando nuestra condición de testigos invisibles, nosotros sí que podemos levantarnos y mirar por la ventana. En el edificio de enfrente, en una de las ventanas del cuarto piso (uno por encima del que ocupan ellos), Neil Ridgewick apunta hacia allí con una pistola en la mano derecha y una enorme sonrisa en los labios.

Apoyada contra la pared a milímetros del borde, Verónica cierra los ojos y deja que la furia inunde su torrente sanguíneo.

—Hijo de puta —murmura.

—¡Verónica! —grita él entonces—. ¡Te he hecho una pregunta!

—¿Es Neil? —pregunta Logan.

—Sí, es Neil.

Paula está abrazada a Mark detrás del sillón, y ahora levanta la cabeza con gesto preocupado y le mira con sus dos enormes ojos abiertos de par en par.

—¿Neil le ha disparado a Patrick?

—No lo sé, mi vida. Intenta no escucharle, ¿vale? Saldremos de aquí, ya lo verás...

—¡Verónica! —la ira en la voz de Neil es palpable. Su grito es tan alto que en la calle las huestes de los muertos le responden lanzando un bramido a su vez.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Mark.

—Nada, de momento —responde Logan.

—¡Verónica! —vuelve a llamar Neil a gritos desde el edificio de enfrente—. Todo era mentira, ¿verdad? ¡Me manipulaste desde el principio, hija de puta! ¡Te metiste en mi cabeza y jugaste con ella! ¿Sabes qué? ¡Puedes esconderte y jugar a no contestarme, haz lo que quieras! ¡Os tengo en el punto de mira y pienso dejarte para la última! ¿Me oyes? ¡Voy a matar a todos y cada uno de tus amigos y haré que lo veas!

Verónica aprieta los dientes con fuerza y toma aire.

—¡Pues has empezado fallando! —responde, alzando la voz—. ¡Brad está bien!

En el edificio de enfrente, Neil sonríe.

—¡Sé que le he dado! —aúlla—. ¡Voy a por vosotros, Verónica, y no tenéis dónde esconderos! ¡Mataré también a la niña, no tengáis dudas sobre eso! ¡Le pegaré un tiro entre los ojos y me reiré mientras lloráis por ella!

Con la cara pegada al pecho de Mark, Paula se echa a llorar. Por mucho que Mark intenta taponarle los oídos para que no escuche, la voz de Neil les llega clara y sin interferencias.

—Hijo de puta... —murmura Mark, sintiendo un odio como nunca antes ha sentido. Por primera vez, porque Mark nunca ha sido un hombre violento, desea poder callarle a puñetazos. Neil ha despertado sus instintos más oscuros, ha tocado aquello que más le duele.

—¡Eres un cobarde, Neil! —grita Verónica.

Desde el edificio de enfrente les llega una carcajada.

—No soy yo el que ha huido, querida —susurra, antes de volver a levantar la voz—. ¡Brad, Mark y Logan, escuchadme atentamente porque solo lo voy a proponer una vez! ¡Entregadme a esa puta de mierda y os dejaré marcharos con vida! ¡Podéis llevaros a la niña con vosotros, yo solo quiero a Verónica! ¡Pensad en ello porque os daré hasta esta noche para decidir! ¡Y procurad no dejaros ver porque si veo un movimiento a través de vuestra ventana, dispararé sin pensarlo dos veces!

Verónica vuelve a cerrar los ojos y lanza un suspiro. Paula sigue llorando, a pesar de que Mark está intentando consolarla. En el edificio de enfrente, Neil se acomoda sobre la repisa sin dejar de mirar la ventana destrozada y el trozo de salón que ve a través de ella. Su expresión es de absoluta satisfacción.

Y disfrute, por supuesto. Neil Ridgewick se lo está pasando en grande.

10

Si lo crees necesario, crucemos el espacio que hay entre ambos edificios y adentrémonos en el piso desde el que Neil vigila y acosa a los cinco fugados de San Mateo. No es un apartamento sino un piso de tres habitaciones, dos baños, una cocina amplia con encimera de un naranja bastante llamativo y muebles lacados en blanco, y un salón en forma rectangular coronado por una televisión de, al menos, cincuenta pulgadas.

Pero el espectáculo esta vez no se encuentra en la caja tonta sino en la ventana. Neil está arrodillado sobre una silla de comedor de respaldo blanco, con los codos apoyados en la repisa. Resultaría más que sencillo agarrar las dos patas delanteras de la silla y tirar de ellas hacia arriba. Eso provocaría que Neil se precipitara a la calle y, con una altura de cuatro pisos, moriría sin remedio. Si no le matase la caída lo harían los muertos vivientes que gruñen en la calle y tratan de buscar una entrada a alguno de los dos edificios donde se cuece la acción. Pero claro, nosotros no debemos intervenir, estamos aquí como amantes de las buenas historias, para ser espectadores

de primera línea, y no estaría bien, nada bien, intervenir de esa forma.

Así que quitándonos de la cabeza esa idea nos acercamos al recibidor, solo para comprobar que en el suelo yace el cadáver de una mujer cuyo camisón está desgarrado y deja a la vista uno de sus pechos junto con graves heridas de arañazos y mordiscos que fueron los que provocaron su muerte. Su segunda muerte es clara: tiene la cabeza abierta a la altura de la frente y fragmentos de hueso y cerebro se mezclan en el suelo. Por si te lo estás preguntando: Neil ha hecho eso a culatazos de su pistola.

También podemos ver que ha sellado la puerta colocando delante una cómoda de aspecto antiguo, tal vez del siglo XVIII. De todas formas, difícilmente llegaría a hacer falta ese pequeño intento de bloqueo. La puerta es de seguridad y un grupo de muertos vivientes no podrá abrirla a puñetazos.

En teoría, claro.

Descubrir dónde se ocultaban Verónica y los demás no le resultó difícil. Solo tuvo que seguir el sonido de los muertos vivientes y los disparos. Entendió que se encontraban en aquel edificio de apartamentos cuando vio que la horda arrasaba con la entrada. Entró en el edificio de enfrente buscando cobertura y ascendió por las escaleras en busca de algún sitio donde relajarse y buscar una forma de llegar hasta ellos. Durante todo su ascenso se concentró en mandar un mensaje a Dios, o al Destino o a quien fuese que controlase lo que ocurre en las vidas de las personas. Ese mensaje era claro: «No dejes que mueran hasta que yo pueda hacerme cargo de ellos».

Encontró la puerta de aquella casa abierta. Nada más entrar, la mujer que ahora yace en el recibidor para siempre le atacó con las manos por delante. Neil descargó en ella toda la rabia que sentía, imaginándose que era Verónica y disfrutando al ver que su cabeza se abombaba bajo los golpes. Incluso se puso un poco cachondo, y el pecho de carne grisácea y podrida no tuvo nada que ver con ello.

Neil cierra el ojo izquierdo y apunta con el derecho hacia la ventana donde se encuentran ocultos esos cinco hijos de puta. Les ha prometido de tiempo hasta la noche. Por un lado, le corroe la curiosidad por saber qué harán, si entregarán a Verónica o persistirán en su terquedad. Por otro lado, también le gustaría matarles a todos.

Verónica le ha dicho que Brad sigue vivo. Está bastante seguro de que le ha dado, así que ella puede estar mintiendo o diciendo la verdad. A Neil no le importa mucho. Si está vivo, solo espera que Brad esté sufriendo tanto como se merece por la forma en que les ha traicionado a su tío y a él.

Neil sonrío. Al final, Tom tenía razón. Aquella gente no solo eran extraños para los autóctonos de San Mateo, eran mentirosos y ladinos y habían estado jugando con ellos en todo momento.

«Y Verónica, la que más».

Solo pensar en ella hace que Neil tenga ganas de estrangularla.

—Vamos, perra —susurra—. Asómate un poco. Déjame ver algo de ese pelo rojo tuyo...

Escucha un fuerte golpe en la entrada, pero Neil está tan concentrado en mantener su línea de tiro que decide no hacerle ningún caso. El sonido se repite y de repente se vuelve casi rítmico, evidenciando que se trata de una de esas criaturas en la puerta de entrada, tratando de llegar hasta él. Neil sonríe y, casi como si estuviera pactado, desde la calle le llega el ruido de un gruñido colectivo, furia y hambre en el mismo sonido.

11

—Tenéis que entregarme.

Mark está abrazando a Paula pero su rostro se contrae en una mueca de extrañeza. Desde donde se encuentra puede ver el perfil de Logan, oculto tras la barra americana.

—No digas tonterías, Verónica —responde Logan.

—Me quiere a mí, y yo no puedo permitir que salgáis de esto más perjudicados de lo que ya habéis salido.

—Nos matará igualmente. Su palabra no vale una mierda.

—Pero es nuestra única opción —insiste ella—. No podemos quedarnos aquí, escondidos y sin movernos por miedo a que nos dispare. Si entregándome puedo daros aunque sean unos minutos de margen, entonces...

—¿Unos minutos para qué? —pregunta Logan—. Estamos encerrados y el edificio está infestado de muertos. Tampoco es que podamos salir corriendo y marcharnos de aquí. De hecho, aunque decidiéramos entregarte, que no lo vamos a hacer, no tendríamos manera de hacerlo. ¿O crees que te va a pedir que te levantes y pegarte un tiro sin más?

—No, pero...

En ese momento, y con un grito agudo e infantil, Brad se incorpora de golpe hasta quedar sentado. Tiene los ojos salidos de sus órbitas y el pelo pegado a la frente por el sudor. También es posible encontrar salpicaduras de su propia sangre en la barbilla y las mejillas, y sus labios resecaos están agrietados. Verónica se mueve rápido y se arroja sobre él. El disparo retumba apenas un segundo después y levanta astillas del suelo a unos centímetros de sus cabezas. Verónica tira de Brad hacia la pared y le tapa la boca con la mano.

—¡Uy! —oyen que grita Neil—. ¡Ha estado cerca!

—Maldito hijo de puta —murmura Logan.

Brad se está mirando ahora el hombro con gesto entre alucinado y dolorido. Verónica aparta la mano de su boca y cuando lo hace el hombre se pone a sollozar.

—Vas a estar bien, Brad —le asegura ella.

—Nunca me habían disparado —murmura él entre jadeos y sorbos que rozan la histeria—. Duele... me duele el brazo... yo... no estoy hecho para esto... yo... debería haberme quedado...

Brad rompe a llorar. Mantiene una de sus manos cerca de la herida del hombro, que por suerte ha dejado de sangrar después de que Verónica haya aplicado el rudimentario vendaje sobre ella. Verónica le mira y siente el mismo desprecio que ha sentido por él siempre. En Castle Hill ya le consideraba una rata, el tipo de criatura capaz de rapiñar por encima de cualquiera con tal de conseguir su noticia y su momento de gloria. La forma como trató el caso de Jason Fletcher, por ejemplo, a Verónica le había parecido basura amarillista. Y eso quitando que Jason Fletcher nunca había sido de su agrado y que estaba convencida de que las pruebas que Blueman había reunido en su contra eran ciertas. Verónica creía a pies juntillas que el chico había incendiado aquella granja, y ella misma había trabajado en la contención del fuego y su posterior extinción. Había visto las heridas en los cuerpos de los dos Meyer.

Aquello parecía haber sucedido hacía siglos.

Mirando a Brad, a Verónica le sorprende sentir compasión por él. A fin de cuentas tampoco puede olvidar que fue él quien avisó a Mark para que la liberasen.

«Para lo que ha servido...».

Sacude la cabeza intentando alejar el pesimismo de su mente. Verónica nunca ha comulgado con el pesimismo. Se recuerda que en San Mateo ellos tampoco habrían tenido ninguna opción. Al final, Tom Ridgewick y sus acólitos habrían terminado llevándoles al matadero. Al menos ahora tenían una oportunidad para sobrevivir.

«En mis manos, además», piensa. «Solo tienen que entregarme».

Apoya la mano sobre el hombro sano de Brad y le da un suave apretón a modo de consuelo. El periodista se gira hacia ella y le dedica una mirada triste pero agradecida.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta, angustiado.

Verónica se encoge de hombros.

—De momento —responde Logan—, comer. Si ese hijo de puta cree que nos tiene jodidos está muy equivocado. Podemos racionar la comida y aguantar en este apartamento unos cuantos días. Tal vez una semana si racionamos bien. Se cansará de vigilar esa puta ventana.

Si miras hacia Mark mientras Logan habla verás que se debate entre taparle los oídos a Paula o dejarla escuchar libremente la retahíla de palabras malsonantes que salen de su boca.

El propio Mark hablaba así no hace tanto tiempo. Cuando le conocimos, a la entrada de Castle Hill, incluía un taco en la mayoría de sus frases. Esa es otra de las cosas que Paula ha cambiado en su vida. La niña ha dejado de llorar, aunque mantiene la cara enterrada en el pecho de Mark.

—¿Y si él también tiene comida suficiente? —pregunta Mark.

—Encontraremos un resquicio —asegura Logan, empujando una lata de judías verdes hacia Mark. Mark la atrapa y Logan le lanza un tenedor por los aires—. No es la mejor de las situaciones pero al menos aquí estamos a salvo de los zombis.

—Pero deberíamos pensar en cómo salir de aquí —dice Mark.

—Lo que deberíamos hacer es entregarme —protesta Verónica—. Neil está loco y esta es la única opción que tenemos.

—¿Alguien ha visto si este edificio tenía escalera de incendios? —pregunta Logan, ignorándola.

—No me he fijado —responde Mark.

—Yo tampoco —asegura ella.

—Una lata para cada dos —dice Logan—. Yo comeré media de la mía y dejaré la otra media para la próxima vez que comamos. ¿Estáis todos de acuerdo?

—Sí —responde Mark.

Verónica mira a Brad, pero este está tan concentrado en el dolor sordo de su hombro que no contesta, ni afirmativa ni negativamente. Logan se asoma por detrás de la barra americana y les lanza una lata de guisantes y un par de cubiertos.

Mark abre la lata de judías y se las enseña a Paula.

—Vamos a comer algo, ¿vale? Nos vendrá bien. Intenta no pensar en todo esto, cariño.

—No me gustan las judías —asegura ella frunciendo el ceño.

Mark asiente con gesto comprensivo, pero aun así le ofrece la primera cucharada a ella. La niña abre la boca y come sin hacer gestos de disgusto.

—¿Quieres que te cuente una cosa? —Mark le acaricia el pelo mientras tanto—. De pequeño odiaba las espinacas. Me parecían una comida fea, ya sabes, tan verde y arrugada. ¿Alguna vez has comido espinacas?

—No. Qué asco.

—Yo decía lo mismo. En mi mente me había formado la idea de que las espinacas tenían que saber a mierda, por fuerza —la niña se ríe al oír eso y se toma otra cucharada de judías—. Bueno, pues de mayor me dieron a probar y sin pensarlo, me tomé una cucharada. Descubrí que están buenísimas.

—Pues las judías siguen sin gustarme —replica ella.

Mark suelta una carcajada y le revuelve el pelo. Todos los presentes, aún concentrados en sus propios pensamientos y penurias, en la escasa comida que van a poder disfrutar y en el enrarecido ambiente y la patética situación en que se encuentran, a pesar de todo ello, sonrían al escucharles reír a los dos.

El cielo empieza a tornarse de ese color purpúreo que precede a la noche cuando Neil les pregunta a gritos (e ignorando el golpeteo constante que escucha en la puerta del

piso donde se oculta) si han decidido qué van a hacer. Les habla a los tres hombres, ignorando a propósito a Verónica, queriendo con ello presionarles a todos, tal vez enfrentarles entre sí.

—Tenemos que hacerlo —decide Verónica—. Voy a decirle que aceptamos sus condiciones...

—No, Verónica... —Mark siente la tentación de acercarse a ella y sujetarla de los hombros, tal vez zarandearla hasta que entre en razón. Pero hacerlo supondría arriesgarse a la posibilidad de recibir un disparo.

—Tengo que hacerlo, chicos...

—Verónica. —Logan habla con un tono duro y firme—. No voy a permitir que tomes esa decisión tú sola. Y supongo que Mark tampoco.

—¿Vais a contestar? —pregunta Neil, gritando desde el edificio de enfrente—. ¿Qué habéis decidido?

Verónica suspira. Ve a Logan asomado por el lateral de la barra, mirándola a ella y esperando su decisión, así que asiente más por complacerle que porque sienta estar haciendo lo correcto.

—¿Cómo haríamos la entrega? —grita entonces Logan—. ¡Tú estás en un edificio y nosotros en otro! ¡Y no sé si te has dado cuenta pero entre medias tenemos un huevo de zombis!

—¡Como diría mi tío... «ya cruzaremos ese puente»!

—Tu tío es un hijo de puta —murmura Brad.

A su lado, Verónica sonrío.

—No podría estar más de acuerdo con eso —susurra a su vez.

—¿Entonces vais a entregarla? —pregunta Neil con un grito—. ¿Cómo sé que no diréis que sí pero luego no lo haréis?

—¿Cómo sabemos nosotros que nos dejarás marchar? —pregunta Logan a su vez.

—¡Supongo que tendréis que confiar en mí! —grita Neil, y después se echa a reír como si hubiera contado el mejor chiste del universo.

Brad se limita a mirar a Verónica. Entre los dos, de repente, se ha establecido el tipo de conexión que hace que dos personas sean capaces de saber lo que está pensando la otra con una simple mirada.

—Preferiría fiarme de los muertos de ahí fuera —murmura ella, expresando en voz alta lo que ambos piensan. Y Brad le da la razón con una afirmación categórica de cabeza.

—¡Bien! —grita entonces Logan, levantándose desde detrás de la barra—. ¡Escucha mis propuestas ahora!

Mark levanta el brazo con intención de decirle que vuelva a cubrirse detrás de la barra, pero Logan pasa junto a él a toda velocidad. Lo que Mark no ha visto pero nosotros sí percibimos, es el arma que Logan sujeta y que ahora empieza a levantar. Dispara tres balas seguidas antes de tirarse al suelo contra la pared.

Ninguno de los disparos se acerca a la posición de Neil, pero el chico se agacha

igualmente y después, más movido por la furia que por otra cosa, dispara cinco veces contra la ventana tras la que se ocultan. Las balas hacen estallar un marco de fotos, un par de libros y trozos de pared. Los cinco fugados de San Mateo aguantan el tiroteo agachados en el suelo y con las manos sobre las cabezas (como si con eso pudieran detener una bala que se dirigiera a ellos). Cuando acaba, todos ellos se mantienen en silencio unos instantes, a la espera.

Por supuesto, Neil no les defrauda.

—¡Hijos de puta! —grita, más enfadado que nunca. Si pudieran verle como lo hacemos nosotros tal vez empezarían a tenerle algo más que miedo. El cuello del chico está tan en tensión que parece que vaya a explotar, todas las venas de su frente están hinchadas y el rostro contraído por la rabia—. ¡Os voy a matar a todos! ¡Ya podéis empezar a rezar, hijos de puta! ¡Ya podéis empezar!

Dentro del apartamento, Logan se ríe, casi disfrutando de la situación. Paula empieza a llorar de nuevo y Mark la abraza con fuerza, preocupado.

—Tranquilos —dice Logan—. Tengo un plan.

13

La noche les encuentra más allá del cansancio físico. Brad se ha desmayado un par de veces a lo largo de la tarde, no tanto por el dolor como por el agotamiento y la falta de sueño. Una de esas veces su cabeza ha resbalado hasta el hombro de Verónica. En circunstancias normales ella se habría sacudido a Blueman de encima. Lo habría hecho antes del apocalipsis y también después, cuando salieron de Castle Hill y todo el mundo le odiaba por lo que había provocado con su cobardía. Hoy, sin embargo, Verónica le ha dejado dormir.

Paula también se ha quedado dormida, con la cabeza apoyada en el pecho de Mark.

La oscuridad de la noche es casi total. Aún cuesta acostumbrarse a esa ausencia de luz tan categórica, pero es justamente eso lo que Logan ha estado esperando.

—Mark, ¿estás despierto? —susurra. Logan está sentado junto a Verónica desde que disparó hacia el otro edificio.

—Sí —responde en voz baja. No quiere despertar a Paula.

—Vamos a salir de aquí. He estado pensando. A menos que ese hijo de puta tenga unas gafas de visión nocturna, es imposible que nos vea ahora. Aprovecharemos eso. He pensado que podríamos comprobar las puertas de esta planta del edificio. No hemos oído muertos ahí fuera, nadie ha venido a golpear nuestra puerta... Y si conseguimos cambiarnos de apartamento, Neil no tendrá ningún poder sobre nosotros.

—Tiene lógica.

—¿Te parece que vayamos tú y yo, Mark?

A Mark le gustaría decir que no quiere despertar a Paula pero sabe que no es momento de dar excusas. El plan de Logan suena bien y alejaría a la niña del peligro. A todos los demás también, claro, pero a Mark quien le preocupa es Paula.

Logan y Verónica se arrastran por el suelo hasta el sillón. Verónica sustituye a Mark como acompañante de la niña, que no se despierta cuando él se la quita de encima y la deposita con cuidado en el suelo. Brad les observa desde la posición que ha adoptado bajo la ventana, sin moverse. Así, los otros dos hombres se levantan, medio agachados como si esperasen que en cualquier momento les llovieran las balas. Pero Logan tiene razón, por supuesto, es imposible que Neil pueda verles desde el edificio de enfrente cuando para ellos las ventanas del edificio que ocupa el chico son como abismos oscuros y sin fondo.

Retiran la nevera con cuidado tratando de hacer el menor ruido posible. Logan tiene la pistola en la mano y cuando abre la puerta lo hace con cuidado y dispuesto a usarla. El pasillo al otro lado está sumido en la penumbra pero en apariencia vacío. Los dos hombres salen y miran en todas direcciones. Les llega el sonido de los gruñidos y pasos nerviosos de los muertos, pero lejanos, en el piso de abajo.

—Mejor no les hagamos venir —murmura Logan, apoyando el dedo índice sobre sus labios.

Mark se muestra de acuerdo con eso.

Caminan despacio, prestando atención a donde pisan. Logan camina por delante con los brazos estirados y apuntando hacia el hueco que lleva a la escalera. Se detienen delante de cada una de las puertas y Mark prueba la manija de todas ellas y empuja con suavidad. La penúltima puerta cede a su pequeño empujón y Mark se aparta de golpe al tiempo que Logan se gira para cubrir la entrada.

Al otro lado les espera un apartamento cuya distribución es idéntica al que ellos ocupan, solo que las paredes de este están pintadas de un color entre verde y gris claro y todos los muebles están tirados y revueltos en el suelo, mezclados con libros, revistas, cubertería y objetos personales de quienes fueron sus habitantes.

—Si fuéramos policías y esto fuera CSI, te diría que aquí veo signos de pelea —murmura Logan sonriendo.

En respuesta a su cuchicheo, un ruido en el baño les hace girarse al mismo tiempo, con todos los músculos en tensión. Mark percibe entonces algo que le llama la atención. Junto a una butaca tumbada y con la tela desgarrada, hay un palo de *hockey*. Se agacha para cogerlo y mira el lado con que se maneja la bola. Las manchas reseca son inconfundibles y hay pelos pegados en ella, lo que lo hace aún más inconfundible.

Logan se ha acercado a la puerta del baño y le hace un gesto. Mark va hacia él, blandiendo el palo de *hockey* como si fuera un bate de béisbol. Desde el otro lado de la puerta les llega un sonido extraño, el de algo deslizándose, como una ventosa al soltarse. Mark frunce el ceño y Logan le hace un gesto para que abra la puerta.

—¿Yo? —Mark no llega a pronunciar la pregunta, le basta con mover los labios

formulando la pregunta en silencio.

Logan se señala a sí mismo y hace un gesto con la mano que sujeta la pistola. Mark suspira y acerca la mano a la manija. Tiene que detenerse a tomar aire y envalentonarse antes de atreverse a hacerlo. Abre la puerta de golpe y a pesar de la oscuridad, en los segundos que siguen podemos apreciar el interior de ese cuarto de baño. Como el escenario de una pesadilla sangrienta, las paredes están cubiertas de salpicaduras de sangre, al igual que el suelo, el espejo que hay encima del lavabo y el propio lavabo. Hay un cuerpo, de una mujer desnuda y en avanzado estado de putrefacción, tirado en la bañera con una pierna colgando por el borde. La piel está negra y el olor es vomitivo. La cortina está descolgada y caída sobre su cuerpo, pero es evidente que esa mujer no va a levantarse nunca más. Su cabeza es un revoltijo informe brutalmente fracturado.

Y luego está el hombre. Se gira hacia ellos como aturdido y levanta las dos manos desde el suelo. Su pierna derecha está torcida en una dirección extraña, pero aunque no puede levantarse se arrastra hacia ellos con ansia y hambre. Mark entra en el cuarto de baño y le golpea con el palo de *hockey*, utilizando todas sus fuerzas para reventarle la cabeza.

Logan comprueba que no se mueve más y se gira hacia la puerta, intranquilo y nervioso. Han hecho suficiente ruido como para que esas criaturas que merodean en el piso de abajo les hayan oído y ahora quieran ir a buscarles. Se gira y sale de nuevo al pasillo, apuntando hacia la oscuridad que proviene del hueco de las escaleras. Los gemidos de los muertos se oyen a la perfección.

«Pero no parece que estén viniendo».

Extrañado, da un paso hacia las escaleras. Desde donde se encuentra empieza a ver la curva que hacen en su descenso, y no percibe movimiento alguno. Da otro paso y después uno más. Sonríe al comprobar lo que ocurre en las escaleras. Oye pasos a su espalda y espera a que Mark le alcance.

—¿Qué es eso?

—Una barricada —responde Logan—. Un montón de sillas y mesas bloqueando las escaleras. Supongo que mientras no les demos motivos para venir en manada, es posible que resista.

Mark asiente con la cabeza. Lleva el palo de *hockey* apoyado sobre el hombro.

—Avisemos a los demás.

—No es el Palace pero servirá —dice Logan en relación al apartamento que acaban de limpiar—. Nos permitirá tener una ventaja sobre él.

De nuevo, Mark asiente.

—De pequeño siempre me imaginaba a mí mismo como un héroe —dice Brad, con la

mirada perdida en la pared de enfrente.

Es de día, aunque en el apartamento que ocupan ahora bien podría ser de noche, puesto que la escasa luz que entra a través de las rendijas de las persianas no sirven para iluminarlo todo con la claridad del sol. Durante la noche se ocuparon en bajarlas para poder moverse sin miedo por el apartamento, trajeron toda la comida, cojines y mantas que encontraron y adecentaron el suelo del salón. A Paula la dejaron dormir en la cama, en la única habitación del apartamento. También sacaron los dos cadáveres, y mientras lo hicieron Mark tuvo que parar a vomitar debido al estado de la mujer. Cuando terminaron, Verónica miró el cuarto de baño desde el umbral y se encogió de hombros.

«Prefiero mear en un rincón antes de entrar ahí», les dijo, «pero buen intento, chicos».

Logan se había echado a reír.

Las horas pasan lentas y tediosas. Han escuchado gritos por parte de Neil, preguntándoles qué tal han pasado la noche y si han recapacitado sobre lo que les ha pedido. Ellos han mantenido el silencio.

«Tal vez piense que nos hemos largado durante la noche», dijo Mark.

En palabras de Verónica: «si el silencio le va a tocar un poco las pelotas, entonces seremos mudos como putos mimos».

En uno de los armarios de la habitación, Mark encontró una baraja de cartas. En la habitación, sentados encima de la cama con las piernas cruzadas y tratando de no reírse demasiado alto, Mark y Logan intentan enseñar a Paula a jugar al póker. Los tres se lo están pasando bien y agradecen la diversión como algo que les permite evadirse durante un rato. Brad y Verónica se encuentran en el salón, y ahora ella mira al periodista con curiosidad.

—Era gordito entonces —continúa Brad—, y estaba acostumbrado a que se metieran conmigo. Mi época en el colegio fue un infierno. Siendo mayor a veces he tenido pesadillas en las que me despertaba y tenía que volver a clase... —Mira a Verónica con gesto triste—. Eso era antes, claro, ahora todas mis pesadillas están llenas de zombis.

—No me extraña nada.

—Pero bueno, a pesar de que mis compañeros eran unos hijos de puta, yo llegaba a casa y soñaba con convertirme en un superhéroe y salvarles a todos de mil y un problemas. Tardé bastante tiempo en asumir que lo mío no era estar en el candelero, aunque los sueños seguían ahí. Me metí a periodista porque pensaba que podría ser una manera de destacar sin ponerme en peligro.

—Los héroes no son solo aquellos que se meten en peleas para salvar a otros —le recuerda Verónica—. A veces es posible salvarles con mucho menos.

Brad se encoge de hombros. Los ojos se le han llenado de lágrimas.

—Soy un cobarde. Lo tengo más que asumido. Tengo miedo y no soporto el dolor... De hecho, esto me está matando —y señala con gesto lacónico su hombro—.

Es como tener una brasa dentro.

—Por lo menos, no está infectado. Se te pasará, te lo aseguro.

—Empiezo a no verle sentido. —Brad se gira hacia Verónica, alcanzando el punto de la conversación al que se dirigía desde el principio—. A seguir así, encerrados en este apartamento, a correr de un lado para otro esperando que los zombis no nos rodeen, a rapiñar comida... no estoy hecho para esto, Verónica...

Le caen lágrimas por las mejillas mientras habla.

—Te entiendo —responde ella.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Qué vamos a hacer? Toda la puta Tierra está llena de muertos vivientes. No hay sitio al que huir si la muerte corre más que nosotros. Lo único que estamos haciendo es prolongar lo inevitable. ¿Cuántos han muerto ya? Todo Castle Hill... Jason Fletcher y su tía, Ozzy, Patrick... Lo más seguro es que Stan también esté muerto a estas alturas. Y Ace, y Rachel y el niño... Dios... ¿Qué sentido tiene esto?

Verónica se siente incapaz de responder a todas esas preguntas. Ella misma ha estado en ese punto, ha visualizado la inconsistencia de la terquedad por mantenerse vivos y ha deseado detenerse. Está cansada y siente que ya no hay nada por lo que vivir. O al menos, que ella no tiene nada por lo que luchar. Es un pensamiento que persiste y la encuentra cuando menos se lo espera, todos los días, lo hizo mientras huían por el bosque, mientras estaban tumbados en el barro de aquella cuneta, mientras corrían hacia el edificio en el que se ocultan y ahora que están encerrados en ese apartamento. ¿Qué sentido tiene y hasta cuando seguirán intentándolo antes de rendirse? A veces la respuesta le resulta tan clara como sencilla: hasta ya. Piensa que no vale la pena el cansancio que arrastra y la pena que siente quebrándole el corazón y la mente. Luego mira a Mark y a Paula y ve lo que hay entre ellos, la mirada brillante y alegre de la niña, la vida que parece insuflarles a todos cuando habla con ellos o cuando se ríe.

Y entonces, piensa que sí, que puede aguantar un poco más.

Por Paula.

15

Dentro del nuevo apartamento que ocupan no hay demasiado que hacer. Al otro lado de la calle, sin embargo, las cosas son un poco más interesantes. A fin de cuentas el silencio de los cinco fugados empieza a hacer mella en Neil. Dispara dos veces y les grita, exigiendo una contestación, pero lo único que recibe por respuesta es silencio. Empieza a preguntarse si se han marchado aprovechando la oscuridad de la noche. Sacude la cabeza y se dice que no es posible, que les habría visto o habría escuchado el jaleo si lo hubieran intentado.

«Pero entonces... ¿por qué no dicen nada?».

Neil intenta controlarse. Sabe que dejarse dominar por la ira no traerá nada bueno y le hará cometer errores, pero le resulta muy difícil mantener la concentración y la calma con el estrépito que provocan los puños de los muertos en la puerta. Neil calcula que hay al menos una docena de ellos al otro lado. O al menos suenan como si hubiera una docena. Golpean la puerta de modo constante, sin pausa, volviéndose más frenéticos los golpes cuando él grita o dispara.

«Tranquilízate, Neil», susurra la voz de su tío Tom al fondo de su cabeza. «Tienes que calmarte para que puedas atrapar a esa perra. Está jugando contigo, intenta ponerte nervioso pero tú eres más listo. No dejes que te venza».

Neil se aprieta la sien con gesto de cansancio. Apenas ha dormido un par de horas durante la noche y lo ha hecho apoyado en la cornisa con una postura que no le ha permitido descansar del todo. Y ni siquiera ha conseguido que sea un sueño profundo.

«Por supuesto que no. Nadie sería capaz de dormir con esos golpes todo el tiempo».

Lo ha intentado cerrando la puerta que comunica el salón con el recibidor, pero sigue oyéndoles. Ha buscado en el cuarto de baño unos tapones y ha improvisado unos con papel. Le aíslan algo pero no sirven de mucho cuando también está intentando concentrarse en escuchar cualquier ruido que pueda provenir del edificio de enfrente y le haga saber que siguen allí.

«Se han largado. Esos hijos de puta han conseguido dejarme aquí tirado y se han largado».

Pero eso no tiene lógica, claro. No hay manera de salir, cualquiera puede verlo. La calle está atestada de muertos y el edificio, por dentro, tiene que estar en las mismas condiciones.

«Aunque hayan intentado salir», susurra esa voz que le habla con la entonación de su tío, «habrán tenido que luchar y les habrías escuchado. Es imposible y están jugando contigo. No te dejes vencer...».

Neil aprieta los dientes y entrecierra los ojos, mirando fijamente hacia la ventana abierta tras la que se ocultan esos hijos de puta. Está preparado para dispararles. Lo está deseando, en realidad. Aunque su mayor deseo, por supuesto, es encargarse de Verónica en persona.

Y de cerca.

16

Ven, acompáñame. Aquí no hay nada más que ver durante el resto del día, así que permíteme que te arrastre conmigo y nos aleje de los edificios y dé un pequeño salto temporal hacia delante, no demasiado, veinticuatro horas nada más.

¿Ves esa colina de allí? Acerquémonos.

Desde aquí arriba se alcanza a ver casi todo Half Moon Bay, con el mar de fondo.

Y lo más importante es que desde aquí arriba uno podría llegar a pensar que todo va bien. Todo está demasiado tranquilo, sí, pero ningún edificio ha sufrido daños en su estructura, no ha habido grandes incendios y...

Vale, tal vez me estoy dejando llevar. A fin de cuentas, solo hay que mirar hacia abajo para ver los edificios de pisos y apartamentos y descubrir las calles entre ambos llenas de muertos vivientes para comprobar que nada está realmente bien en Half Moon Bay.

Y eso mismo es lo que ven a través del parabrisas cuando detienen el coche en lo alto de la colina. Es un viejo Impala negro con tapicería de cuero cuya luna delantera, esa a través de la que pueden observar lo que ocurre más abajo en las calles atestadas de muertos, muestra una intrincada red de grietas. En condiciones normales ese vehículo no sería apto para ser conducido, pero claro, el mundo no se encuentra en condiciones normales.

Puck, al volante, echa un vistazo a los espejos retrovisores y se asegura de que no haya muertos vivientes avanzando hacia ellos antes de apagar el contacto para que el ruido no atraiga la atención de la inmensa horda. Patrick está sentado de copiloto y Rick en el asiento trasero, inclinado hacia delante para estar a la altura de los otros dos.

—Habrà que buscar otra ruta —dice Puck, atento en todo momento a cualquier movimiento que pueda percibir en los espejos. Lo último que quieren es que les sorprenda uno de esos muertos antes de que puedan volver a arrancar el coche, rompa una de las ventanillas y les atrape.

—Esta es la única carretera de entrada —asegura Rick.

—Callad —ordena Patrick con un gesto de la mano.

Los dos jóvenes confunden su orden con peligro y ambos giran sus cabezas, buscando muertos que corran hacia ellos, pero la carretera está vacía. A unos trescientos metros por delante hay un cartel que anuncia y da la bienvenida al pueblo de Half Moon Bay. La carretera sigue en línea recta hasta encontrarse con los primeros edificios. Y los muertos que merodean entre ellos aún no parecen haberse dado cuenta de la presencia del Impala.

Patrick mira a su alrededor.

—¿Qué pasa? —pregunta Puck.

—Pasa que los zombis no se juntan de esa manera a menos que haya algo que les incite a unirse —murmura Patrick, abriendo la puerta del coche con cuidado y sacando una de sus piernas.

Apoya el pie en el suelo y se asoma, mirando alrededor con cuidado, sintiendo una brisa en el rostro que le revuelve el pelo. Puck le agarra del brazo.

—Un momento —le dice—. Estamos juntos en esto, ¿no? Habla con nosotros.

Detrás, Rick hace un gesto con los labios, retorciéndolos, como si no estuviera del todo de acuerdo con eso. A fin de cuentas, él es un voluntario forzoso.

Patrick regresa al vehículo y cierra la puerta. El movimiento le provoca un

pinchazo de dolor en el costado, pero consigue disimularlo y no se refleja en su cara.

—Es posible que sea por ellos —dice Patrick—, que estén encerrados en ese edificio. No puedo irme de aquí sin comprobarlo.

Puck se ríe nervioso.

—¿Quieres meterte ahí? —señala hacia delante, más allá de la red de grietas que llena el parabrisas del Impala—. ¿Ahí?

—Esa congregación de zombis significa algo —insiste Patrick—. O son ellos o son otras personas, pero ahí hay alguien.

—No lo sabes. Puede que estén ahí porque sí, que no haya más razones.

Patrick asiente. A fin de cuentas, no saben nada sobre los muertos, más allá de que están muertos, solo se detienen si les destrozan el cerebro y que comen carne humana viva. Pero la clave ha estado entre sus palabras: no puede irse de aquí sin comprobarlo.

—Marchaos —dice entonces—. Volved a San Mateo, yo me ocupo desde aquí. Ya habéis hecho mucho.

A Rick eso le parece una gran idea y una noticia aún mejor.

Puck, sin embargo, frunce el ceño contrariado.

—¿Qué vas a hacer?

—Meterme ahí de lleno —responde él, guiñándole un ojo—. De todas formas, vais a ayudarme por última vez. Cruzaré ese campo de la derecha. Hay sitios donde esconderse y creo que puedo atravesarlo sin que me vean, pero necesito que saquéis de ahí a los zombis. Tocad el claxon y aguantad aquí todo el tiempo que podáis. Que vengan a por vosotros.

Puck y Rick se miran durante un segundo.

—No —responde Puck—. Yo voy contigo.

—No hace falta, no puedo pedirte que arriesgues tu vida por unos absolutos desconocidos.

—Rick puede volver a San Mateo, yo voy contigo.

Patrick se gira entonces hacia Rick.

—¿Estás de acuerdo?

Rick sonrío, casi como si le estuviera preguntando si está loco. Luego asiente con firmeza.

—¿En todo?

—Tocar el claxon y largarme con viento fresco de regreso a San Mateo — responde el chico—. Lo tengo clarísimo, joder.

Patrick le mantiene la mirada un momento, evaluando los riesgos. Su instinto le dice que no confíe en ese chico. Lo cierto es que preferiría que fuera Puck el que se quedara con aquella tarea. Puck se ha ganado el respeto de Patrick a pesar de que su aspecto (con ese pelo teñido de rubio, las raíces negras tan a la vista, y su actitud de rapero en horas bajas, antes del apocalipsis Patrick no se habría acercado a un chico como Puck a menos que fuera para ponerle unas esposas en las muñecas); Rick, sin

embargo, es harina de otro costal. A Patrick le resulta difícil olvidar que era uno de los amigos de Neil, así como la actitud fascista que tanto él como sus amigos tuvieron cuando Tom les puso pistolas en las manos y les nombró alguaciles de San Mateo. «Ahí fue cuando las cosas empezaron a torcerse». Por supuesto, tampoco puede olvidar que le ha obligado a ir con ellos. Rick no le debe nada, y probablemente le odie por sacarle de la relativa seguridad que ofrecen los muros de San Mateo.

«Pero no tengo otra opción. O confío en él u obligo a Puck a quedarse».

Rick, y Patrick lo sabe, no es más que un animal asustado y agazapado en una esquina a la espera de su oportunidad.

Se gira hacia Puck y ve la decisión en sus ojos. Se da cuenta de una cosa: decirle que regrese a San Mateo provocará una discusión.

«Puck no lo aceptará».

—Está bien —decide Patrick. En su mente se forma otra frase, «y si me fallas, iré a por ti. Como sea. Y te arrancaré las tripas».

Rick hace una mueca de alivio mientras Patrick y Puck salen del coche y cruzan la carretera hacia la cuneta. En menos de veinte segundos se pierden entre los matorrales y salen de su vista. Aguantando las ganas de reír, Rick se pasa al asiento delantero y acerca la mano derecha al contacto. Antes de poner el motor en marcha recuerda una cosa.

«Si quieres una oportunidad de demostrar que mereces vivir en San Mateo...».

Tuerce el gesto. Durante toda su vida ha despreciado a la autoridad, viniera en el formato que viniera. Padres, policías, maestros de escuela... Para él todos eran la misma escoria.

Y ahora se la puede devolver. Lo único que tiene que hacer es arrancar el coche, dar la vuelta y largarse de allí a toda velocidad. Sin tocar el claxon, por supuesto. Patrick nunca le ha caído bien y la manera en que le obligó a salir de San Mateo cuando él no había hecho nada para merecer ese trato... Otra de las características de Rick es su obstinado rencor, así que no resulta extraño que quiera hacer eso.

«Pero cuando vuelva a San Mateo me preguntarán qué ha sido de ellos... Puedo decir que murieron aunque... si llegasen a volver... nadie puede sobrevivir ahí dentro pero... Patrick ya regresó una vez, y Neil había dicho que estaba muerto... También puedo decir que tuvimos que separarnos, eso es, que nos rodearon y que no sé si están vivos o muertos...».

Sonríe, pensando que esa es la mejor idea que ha tenido en mucho tiempo, y hace girar la llave en el contacto. El Impala cobra vida con un rugido y Rick gira el volante para dar la vuelta y tomar la dirección contraria, la que le aleje del pueblo y le devuelva a San Mateo.

«Seguiré teniendo el mismo problema», piensa entonces. «Si ellos regresan y cuentan la verdad, todo el mundo sabrá que les abandoné...».

Rick maldice en silencio y detiene el coche cuando termina de girar. Mira por el

retrovisor central y observa la calle al fondo, llena de zombis.

Nada le gustaría más que joder a ese imbécil de Patrick, pero en el fondo sabe que no debe hacerlo. Por él, porque si quiere tener un futuro en San Mateo sería mantener el pie que tiene cubierto de mierda en el mismo cubo de mierda, pero también porque, a fin de cuentas, sabe que si no aprieta el claxon es más que posible que tanto Patrick como Puck mueran.

—Joder...

17

Mark está tumbado en la cama, dormido, y su pecho sube y baja con ritmo constante acompañando a su respiración. Paula está de pie en el umbral de la puerta, observándole. A Brad le encontramos sentado en el sillón del salón, con los pies apoyados en la mesa central y una revista en la mano. En realidad no está leyendo, puesto que las cosas que se cuentan en los distintos artículos han dejado de tener interés e importancia hace mucho tiempo, pero le distrae mirar las fotografías. Verónica está sentada a su lado, con los ojos cerrados.

A Logan le encontrarás sentado en una banqueta alta junto a la barra americana. Tiene una mano apoyada en el puente de la nariz, presionando los ojos. Lleva las últimas veinticuatro horas, desde que se sentó con Mark a enseñar a Paula a jugar al póker, luchando contra el cosquilleo de su estómago. Al quitar la mano de los ojos, estos se van inmediatamente hacia la niña. Se fijan en su cuello y en lo fino y frágil que parece. Una voz le susurra dentro de su cabeza que no le costaría nada rodearlo y quebrarlo con un movimiento rápido.

Tiene ganas de llorar. Su cuerpo le exige que cumpla con sus instintos pero su cabeza le dice que no puede hacerlo. No es la primera vez que mantiene esa pelea consigo mismo y sabe que hasta ahora nunca ha sido capaz de ganar. Eso le da miedo, porque no quiere perder lo que tiene con esta gente.

«Y porque esta niña no se lo merece», se recuerda.

Obligándose a no girar la cabeza para mirar a la niña, Logan vuelve a abrir los ojos y centra su mirada en la puerta del baño.

«Tampoco merecía morir Cameron Collins. Ni todas las chicas a las que he...». Logan baja la mirada. Siempre ha asumido lo que es, siempre ha estado de acuerdo en serlo. A fin de cuentas considera que el placer que ha experimentado en todas las ocasiones ha valido la pena. «Pero Paula significa demasiadas cosas. Es una hija para Mark».

Paula es vida.

El estómago se le retuerce como si una mano invisible hurgara entre sus intestinos. Logan aprieta los dientes y gira la cabeza hacia la habitación. Paula sigue apoyada en el umbral, de pie, mirando hacia el interior.

«No pasará nada, puedo controlarlo».

Se levanta y se acerca a ella. Despacio, pero con un gesto muy premeditado, apoya su mano sobre el hombro de la niña, permitiendo que uno de sus dedos roce la piel del cuello de ella. Un escalofrío de anticipación le recorre el cuerpo.

Es entonces cuando el cosquilleo se apodera de él y sabe que tiene que hacerlo. Y se agacha hasta apoyar una rodilla en el suelo para quedar a la altura de la niña.

—¿Qué haces aquí?

—Mark está durmiendo —responde ella.

—Sí. Si te quedas aquí puede que se sienta observado, ¿sabes? Y se despertaría.

—No, porque no me ve —responde ella, con esa verdad absoluta que todos los niños del mundo poseen.

—Es mejor dejarle dormir, ¿no crees?

Paula mira a Logan y se encoge de hombros.

—¿Quieres que practiquemos un poco con el póker? —pregunta él.

Debatiéndose, una parte de sí grita en su cabeza. «¡No lo hagas! ¡Es solo una niña! ¡No lo hagas!».

Resultaría gracioso si no fuera porque en realidad no quiere hacerlo. Sin embargo, Logan no sabe vencer ese mono. Es peor que cualquier adicción de la que haya oído hablar, o equiparable al menos. El cuerpo pide más y poco importa si el cerebro intenta razonar; si todos tus sentidos te exigen que tomes el camino contrario, porque al final caminarás directo a esa aguja para inyectártela en la vena.

Desde la altura en la que se encuentra puede ver el cuello de la niña. Apenas les separan unos centímetros y él podría rodearlo con las manos y estrangularla antes de que nadie se diera cuenta. Podría partirle el cuello con la facilidad con que se rompe una rama.

Verónica gritaría; tal vez intentara acabar con él. Mark seguro querría matarle. ¿Y qué más daría si lo hace delante de ellos o no? En el momento en que Paula muera todo se desmoronará. Ella es el pegamento, es la luz que les ilumina en sus momentos más oscuros. Tal vez, de hecho, sea eso lo que provoca que la sensación de urgencia de Logan sea más fuerte que nunca.

«Lo siento, Mark...».

—¿Pasa algo?

Logan parpadea y mira a Paula. La niña tiene la cabeza ladeada hacia la derecha y una expresión interrogante en los ojos.

—Nada —responde él, sonriendo con su mejor gesto de embaucador—. Se me ha ido el santo al cielo. Bueno, ¿qué me dices? ¿Un poco de póker? Cuando Mark se despierte le diremos que no has entrenado y le sablearemos su pasta gansa. ¿Te parece?

En realidad, juegan al póker utilizando trozos de papel para indicar el dinero, pero al oírle Paula sonrío y asiente con la cabeza. Logan se pone en pie sintiendo un calambre de excitación culebrearle en el estómago. Empuja la voz que le grita que no

lo haga hasta el fondo de su cabeza, allí donde no le moleste, y se justifica a sí mismo diciéndose que no puede detener esos instintos, que es imposible, que de haber podido pararlo lo habría hecho antes de matar a tantas otras niñas. Él es lo que es, un monstruo no tan diferente a los que están en la calle.

Extiende la mano hacia ella mientras en su cabeza empieza a barajar excusas que responder en caso de que Verónica o Brad le pregunten a dónde va con la niña cuando abra la puerta.

En ese momento, allá fuera en la colina, Rick aprieta el claxon por primera vez, con fuerza y empujando con el brazo hasta el fondo, una y otra vez, casi con histeria.

Logan se gira bruscamente hacia la ventana. Verónica se ha puesto en pie de un salto y Brad ha dejado caer la revista al suelo al sobresaltarse. Entonces Paula se separa de él y corre hacia Verónica.

—¿Qué es eso? —pregunta.

Logan mira hacia la habitación. Mark se está levantando a toda prisa y se pasa la mano por los ojos en un intento de despejarse y quitarse el sueño de encima cuanto antes.

—Cuidado al acercaros a la ventana —avisa Logan, sintiendo que la frustración se mezcla con cierto alivio.

Brad, Verónica y Mark alcanzan la ventana del salón. No levantan la persiana pero miran hacia la calle por entre las lamas entreabiertas. Paula está de pie entre Mark y la bombero, intentando curiosear, y Logan no aparta la mirada de ella.

Por primera vez en su vida, o al menos que recuerde, Logan deja escapar una lágrima de su ojo izquierdo. El alivio que siente es casi infinito y le flaquean las piernas por lo que necesita apoyarse en la pared.

Le maravilla sentir que el cosquilleo ha desaparecido.

Exhala el aire de sus pulmones con un suspiro y se seca las lágrimas con el dorso de la mano. Al mirar de nuevo hacia la ventana se da cuenta de que Paula le está mirando con una ceja levantada. La niña se separa de Mark y Verónica y camina hacia él, retorciendo las manos a la altura de la cintura.

—¿Estás bien? —pregunta con voz tímida.

Logan deja escapar una sonrisa.

—Nada, pequeña —responde, acariciando la cabeza de la niña. Luego se incorpora y mira hacia los demás—. ¿Qué está pasando?

—Hay un coche en la carretera —señala Verónica—. Pero... ¿por qué hace eso?

—Mira... —Brad apoya la frente en el cristal—, todos los zombis están corriendo hacia él.

Verónica se inclina para mirar hacia la calle. Y es verdad, también puedes mirarlo tú mismo. Los muertos que se agrupaban en la calle ahora corren con desesperación hacia el Impala negro, colina arriba, y de los portales del edificio en el que están ellos y el que ocupa Neil, decenas de cadáveres andantes más se disputan un hueco por el que salir.

—¿Está llamando su atención? —pregunta Mark—. ¿Por qué?

—No lo sé —responde Verónica—, pero si esto nos va a abrir un hueco, será mejor que lo aprovechemos y salgamos cagando ostias de aquí. —Levanta la cabeza para mirar a Mark y a Brad y luego se gira para encarar a Logan—. Porque si nosotros hemos llegado a esa conclusión, Neil también lo hará.

18

Supongo que no te quedaba la menor duda.

Llevamos tiempo acompañando a esta gente y aunque el comportamiento de algunos de ellos sea errático en ocasiones, hemos aprendido a anticipar algunas de sus acciones. Cuando Neil escucha el claxon por primera vez, se sobresalta de tal manera que la pistola está a punto de caérsele por la ventana y consigue agarrarla casi de milagro. Después se inclina hacia fuera para mirar hacia la colina y se pregunta quién demonios es el que se encuentra tras el volante de ese Impala negro y por qué demonios está haciendo ese ruido tan infer...

Entonces los ve. Dos sombras, diminutas por la lejanía pero inconfundibles, moviéndose furtivas por el solar lleno de escombros y matojos que hay junto al edificio en el que se ocultan Verónica y los demás. Y lo siguiente que hace Neil es mirar hacia la calle y darse cuenta de que todos los muertos que hasta hace unos segundos arañaban el aire y gruñían como vitoreándole cada vez que gritaba, ahora corren hacia el vehículo.

—¿Quiénes sois? —pregunta, volviendo a buscar las dos figuras que ha vislumbrado en el solar, sin encontrarlas—. ¿Amigos o enemigos?

Neil se queda petrificado. ¿Es posible que estén intentando ayudar a Verónica y los demás? ¿Quién podría ser y por qué razón? Neil no le encuentra ningún motivo válido a ese pensamiento pero es innegable que ha visto a dos personas. Se pregunta si es posible que fueran zombis pero sabe perfectamente que no. Todos los muertos están corriendo detrás del Impala y aquellas dos sombras lo hacían a hurtadillas y hacia el edificio.

Por supuesto, Neil llega a la misma conclusión. Si los muertos corren detrás del coche estarían abriendo una puerta para que puedan escapar. Y si además reciben ayuda de quienes sean esos dos extraños, entonces con más posibilidades aún.

—Mierda.

Se levanta de un salto y corre hacia el recibidor. Abre la puerta de un tirón y no se inmuta cuando se estrella contra la pared levantando un trozo de pintura y haciéndola temblar. Al otro lado se extiende el pasillo de la planta y hay tres zombis allí, violentos y confusos por no entender de dónde viene el sonido que les llena la cabeza y les reclama. Sin embargo, olvidan ese ruido en cuanto Neil abre la puerta y se lanzan hacia él.

Rechaza al primero de ellos de un fuerte golpe en la sien con la culata del revólver y le da una patada al segundo, enviándolo contra la pared. El primer muerto está volviendo a levantarse y Neil se gira hacia él para volver a golpearle. Lo hace con rabia y con fuerza; pequeñas gotas de saliva salen despedidas desde su boca debido al esfuerzo.

Se gira a tiempo para interceptar al tercero de los muertos, un chico pelirrojo de cabello rizado y largo con aspecto de empollón al que golpea en el mentón y derriba antes de que pueda agarrarle con unas manos a las que les faltan un par de dedos, arrancados de cuajo por algún mordisco pasado. El segundo de los zombis estira las manos y logra agarrar el antebrazo de Neil. Se gira hacia él y le golpea con la culata en la frente, una dos y tres veces. En ese momento siente los dientes del pelirrojo hundiéndose en su muslo. Neil ahoga un grito y apoya el cañón de la pistola contra la melena revuelta del zombi. Su dedo se crispa sobre el gatillo pero no llega a disparar. Al contrario, levanta el arma por encima de su cabeza y descarga un fuerte golpe en el centro del cráneo del muerto.

A pesar del dolor que siente en la pierna, pulsante y rasposo, Neil encuentra estimulante que los repetidos golpes de su arma destrocen esa cabeza de pelo rojizo. Se divierte imaginando que se trata de Verónica.

—Pronto —dice en voz baja cuando los tres zombis han pasado a ser cadáveres inmóviles con la cabeza reventada a golpes—. Aunque sea lo último que haga.

Echa un vistazo a su pierna. El pantalón se ha rasgado y empieza a colorearse de rojo. Es la herida de su condena y él lo sabe. Por otro lado, eso le permite relajarse. Ahora sabe que no tiene nada que perder... y está dispuesto a llegar hasta Verónica pase lo que pase.

19

Logan abre la puerta y corre por el pasillo hasta el hueco de las escaleras. Están bastante seguros de que Neil también se ha puesto en movimiento. Es cuestión de tiempo que les alcance, a menos que ellos consigan salir de allí antes. Mark señala con el palo de *hockey* hacia la barricada de sillas y mesas.

—¿Cómo cojones vamos a cruzar por ahí? ¡Tardaremos horas solo en abrir un camino!

—Verónica, ayúdame —insta Logan, acercándose a la puerta del ascensor.

La bombero obedece y entiende pronto lo que intenta Logan cuando le ve introducir los dedos entre las dos planchas metálicas. Verónica corre a ayudarlo.

—¿Vamos a bajar por el ascensor? —Brad se muestra alarmado—. No creo que pueda hacer eso... mi hombro...

Las puertas se abren con un ruido metálico estridente, desvelando la negrura al otro lado. Logan se asoma, pidiendo en silencio que les acompañe la suerte un poco

más. Sonríe al ver que el ascensor está detenido sobre la tercera planta. Mira a Verónica.

—A piedra, papel o tijera —dice ella.

Logan sonrío pero cierra el puño y lo agita en el aire. Ella le imita y entre ambos cuentan hasta tres. Logan muestra dos dedos abiertos y Verónica el puño cerrado.

—¡Piedra gana a tijeras! —exclama Paula, divertida.

—Joder —murmura Logan, meneando la cabeza.

Pero no pierde más tiempo. Se sienta en el suelo y saca las piernas por el agujero del ascensor. Después, se gira para descolgarse, y entonces un pequeño salto le basta para caer sobre el techo del aparato. Luego se agacha y hurga en busca de la trampilla de ventilación. Cuando la encuentra, la levanta sin demasiado esfuerzo y se inclina hacia el interior.

Desde el ascensor, una mujer de enormes caderas y torso cubierto de heridas y arañazos le devuelve una mirada cargada de odio y lanza un rugido. Logan se sobresalta y se echa hacia atrás, aunque esa mujer jamás lograría alcanzar el techo del ascensor y mucho menos podría izarse.

—Hija de puta de mierda... —Se gira hacia arriba y ve los cuatro rostros de sus compañeros mirándole desde el cuarto piso. Mark está ofreciéndole el palo de *hockey* sin necesidad de decir nada—. Gracias.

Con el palo en la mano se gira hacia la trampilla del ascensor y apunta a la cabeza de la mujer. Ella sigue agitando los brazos y dando vueltas, sin perderle de vista y sin dejar de gruñir. Logan respira hondo y cuenta hasta tres y después lanza un fuerte golpe hacia abajo. La placa metálica de la base se hunde con fuerza en el hueco entre la nariz y la frente. El crujido es espantoso, pero la mujer cae al suelo sin rastros de vida en los ojos.

—*Yippie kay yeah*, hija de puta.

Saltar al interior del ascensor le lleva unos segundos más. Caer sobre el estómago de la mujer y escuchar un sonido acuoso que le produce una arcada, pero consigue aguantar el tipo. Se gira hacia la puerta y coloca los dedos en el centro, preparado para tirar hacia los dos lados. Antes de hacerlo se detiene y decide esperar.

Arriba, Mark ha imitado los movimientos de Logan y se ha descolgado para saltar al techo del ascensor. Toda la cabina vibra cuando él cae sobre el techo y, por un momento, Logan visualiza la imagen de los cables rompiéndose y ellos precipitándose al vacío en ese ataúd metálico. Mark estira las manos hacia arriba y Verónica ayuda a Paula a bajar para que él la reciba.

—La tengo —dice Mark, cogiendo a la niña entre sus brazos. Cuando la tiene a su altura, Mark le da un beso en la mejilla y Paula sonrío. Luego, Mark la ayuda a meterse a través del rectángulo dejado por la rejilla de ventilación.

Logan estira los brazos y coge a la niña por las caderas. Deja que se deslice y la deposita con suavidad en el suelo. Durante un instante, ambos se miran a los ojos y Logan se pregunta cómo es posible que pensara en matarla hace tan solo unos

minutos.

También se pregunta si el cosquilleo de su estómago tiene que ver con los nervios y la tensión o es el instinto regresando ahora que la tiene tan cerca de nuevo.

—Qué asco —murmura la niña, mirando hacia la mujer que yace en el suelo con la frente hundida.

—No mires —ordena Logan, Paula obedece, clavando la vista en el panel numérico.

En el cuarto piso, Brad ha retrocedido hasta que su espalda toca la pared. Verónica estira una mano hacia él y le invita a acercarse con un gesto. Brad sonríe, pero es un gesto tan falso que le queda forzado.

—Ve tú primero —murmura—. Yo te sigo.

En mi opinión, no podría haber engañado a nadie, pero con Verónica además no se acerca ni al uno por ciento de posibilidades de conseguirlo. A fin de cuentas es bombero y está acostumbrada a ver a gente en situaciones límite. Ella se aparta del hueco del ascensor y se acerca a él.

—¿Qué pasa, Brad?

—Nada —responde él, demasiado rápido y negando con la cabeza—. Vamos, ve, hay que darse prisa. Yo te sigo, de verdad.

—Brad... —Verónica apoya una mano en el hombro sano del periodista—. No me trates como a una estúpida porque creo que sabes que no lo soy.

Él asiente con gesto nervioso. El labio inferior ha empezado a temblarle.

—¿Verónica? —La voz de Mark le llega desde el hueco del ascensor, en un susurro cargado de urgencia—. ¿Verónica?

—¡Un momento! —exclama ella, y se gira hacia Brad de nuevo—. ¿Brad?

—Yo no... no puedo hacer eso. No puedo saltar al techo del ascensor. —Menea la cabeza con los ojos llorosos y el labio tembloroso—. No puedo, no soy una persona atlética, no puedo.

—Eso es una estupidez, Brad. Puedes, y lo harás, porque yo estaré aquí para ayudarte, ¿sí?

Pero él niega con energía una vez más. Le cuesta mantener la mirada de Verónica así que baja la vista, pero ella le obliga a levantarla apoyando la mano en su barbilla.

—No merezco acompañaros —murmura, comenzando a llorar—. Haríais bien en dejarme aquí. Tenéis que marcharos...

—Brad... Nosotros no dejamos a nadie atrás.

Brad se pregunta, por un instante, si en esa frase va oculta una crítica velada hacia él. Sin embargo, la fuerza que encuentra en la mirada de ella le hace olvidar esa cuestión. Apenas le queda una bala en la recámara y Brad tartamudea cuando decide emplearla. Sabe que si le dice lo que está a punto de decir, que estuvo a punto de usar a Paula como carnaza en el bosque, entonces ella se apartará de él y se marchará sin mirar atrás.

Sin embargo, Brad es un cobarde y las palabras no salen de su boca. Y cuando

Verónica tira de él con suavidad, en dirección al ascensor, él se deja llevar casi como si fuera una mano invisible la que le empujara hacia el rectángulo de oscuridad.

Tal y como prometió, Verónica le ayuda a bajar y Mark le recoge, en la medida de lo posible, desde el techo del ascensor. Aun así, cae al techo de rodillas y se hace daño en la espinilla derecha. No protesta por ello y un momento después, con mucha más gracia que la que ha mostrado él, Verónica salta al techo del ascensor también.

20

Salen del descampado por la calle paralela a la principal después de asegurarse de que no hay muertos a la vista. El claxon del Impala se escucha cada vez más lejos, por lo que entienden que Rick ya se está alejando. Ambos esperan que, como el flautista de Hamelín, esté arrastrando a los muertos detrás de él.

Puck empuja un contenedor de basura para acercarlo a la pared y se sube encima de un salto. Patrick intenta imitarle pero el dolor en el costado se lo impide, por lo que necesita la ayuda del chico para subir. Le entrega el revólver y Puck utiliza la culata para romper una ventana del primer piso. Los cristales le llueven encima, pero se sacude y sale sin un rasguño.

Un rugido a la derecha les hace volver la cabeza. Un hombre vestido con un traje azul oscuro que ha conocido mejor vida corre hacia ellos. Como puedes comprobar, haciendo gala de esa habilidad del cerebro para fijarse en los detalles más insignificantes cuando menos te lo esperas, uno de sus pies va descalzo mientras que el otro calza un mocasín, lo que le hace bambolearse a los lados de una forma que podría ser cómica si no tuviera la boca abierta en un gesto furioso y gruñera con esos alaridos antinaturales.

Puck se agarra al alféizar de la ventana y se iza, ayudado por un empujón en las nalgas por parte de Patrick. Al caer al suelo del dormitorio que hay al otro lado uno de los cristales que llenan el suelo le hace un pequeño corte en la mano. Ni siquiera se da cuenta; se da la vuelta a toda velocidad para ayudar a Patrick a subir, y en ese momento la puerta del dormitorio se abre con un fuerte golpe que le hace sobresaltarse. Una mujer, muerta y con la nariz y el pómulo derecho destrozados a mordiscos, se abalanza sobre él con las manos por delante. Puck tiene que dar un paso atrás y deslizarse hacia un lado, utilizando la cama como obstáculo entre la muerta y él. La escasa inteligencia de esos seres hace que ella choque contra la cama y caiga hacia delante. Puck se aparta para que no pueda engancharle con las manos; ella se revuelve para levantarse pero Puck no se lo permite: antes de que pueda darse la vuelta agarra la lámpara de noche que hay sobre la mesita y la utiliza para detener a la mujer, estrellándola una y otra vez contra su cabeza.

Un segundo después, Patrick atraviesa la ventana y resbala sobre los cristales rotos, consiguiendo agarrarse a una cómoda para no caer al suelo. Mira a la mujer

muerta sobre la cama y después a Puck. Los dos tienen la respiración agitada, pero en los ojos del joven hay además una expresión de temor que Patrick conoce demasiado bien: el chico no deja de ser un adolescente y no está habituado a ese tipo de violencia.

Desde la calle, el hombre del traje y el pie descalzo gruñe con frustración y se retuerce golpeando la pared y el contenedor que ellos han utilizado para subir hasta allí.

—Vamos —dice Patrick, echando a andar hacia la puerta principal del apartamento en que se encuentran.

Puck tarda unos segundos en reaccionar; deja la lámpara con suavidad sobre la cama, evitando mirar hacia la base ensangrentada, y sigue a Patrick. El policía abre la puerta con cuidado, con la pistola en la mano, y una vez comprueba que el pasillo distribuidor está vacío, sale al exterior y se pega a una de las paredes.

Se gira hacia Puck para decirle algo y entonces escuchan un ruido mecánico, como el de una plancha metálica al desplazarse sobre unos rieles, proveniente de uno de los pisos superiores. A Patrick se le acelera el corazón y echa a correr. Puck está a punto de llamarle con un grito y estira la mano hacia él, pero no puede detenerle. Patrick sube de dos en dos los escalones, el corazón golpeando su pecho desde dentro como un martillo neumático.

Ni siquiera anticipa el encontronazo. Gira por una de las esquinas y se da de bruces contra un hombre que desciende a la misma velocidad que él. Ambos caen contra la pared y giran peligrosamente hacia abajo, resbalando y rodando por casi cuatro escalones antes de detenerse en el descansillo a los pies de Puck. Patrick forcejea con el hombre, siente un puñetazo en la mejilla y sube una mano hacia allí para defenderse... y entonces se detiene.

El hombre que está debajo de él, Logan, se queda quieto también, mirándole con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Patrick?

Gira la cabeza con tanta fuerza que los músculos del cuello crujen. Sus ojos ni siquiera captan las caras de las otras personas que se encuentran allí. Solo tiene ojos para ella, con su melena rojiza brillante y un rostro mucho más demacrado y cansado de lo que recordaba, Verónica le mira con los ojos y la boca abiertos de par en par.

Como en un sueño, Patrick se levanta. A cámara lenta, se gira hacia Verónica y avanza en su dirección. Ella se mueve también, pasando por delante de Mark y Paula. Se encuentran en el segundo escalón y se funden en un beso profundo y lleno de ansiedad. Él siente que se le humedecen los ojos y ella se echa a reír, con gesto nervioso, mientras retrocede unos milímetros para mirarle, como si aún no pudiera creerse del todo que él está ahí de verdad.

—Neil dijo...

—Sé lo que dijo, y estuvo a punto de conseguirlo —asegura él, sonriendo y volviendo a besarla—. Cuando pude volver ya os habíais ido... Dios santo, Verónica,

Ace me contó lo que ocurrió. Yo... lo siento, ojalá...

—Chsss, calla. —Verónica le acaricia la mejilla y le abraza, con un par de lágrimas cayéndole por las mejillas—. Estás aquí...

—Lo estoy... —Patrick mira por primera vez a los demás. Ver a Mark y a la niña, e incluso a Brad, le produce un regocijo reconfortante—. Dios santo, temía que hubierais muerto... Me alegro tanto de haberos encontrado... —Vuelve a mirar a Verónica, con esa urgencia que solo los enamorados son capaces de imprimir a sus gestos—. Él es Puck.

Todos le echan un vistazo al chico, que ha extendido una mano hacia Logan para ayudarle a levantarse.

—Encantado —dice Logan al ponerse en pie—. Gracias.

Puck, sin dejar de mirarle con el ceño fruncido, asiente con la cabeza.

Mark se ha acercado a Patrick, acompañado de Paula.

—Me alegra que sigas vivo —le dice.

—Chicos. —Logan se masajea el hombro allí donde se ha golpeado al caer por las escaleras—. Deberíamos largarnos antes de que aparezca ese hijo de puta de Neil Ridgewick.

—¿Neil está vivo? —pregunta Patrick. Al ver que los demás asienten, coge la mano de Verónica y tira de ella, poniéndose al frente del grupo—. Podemos salir por donde hemos entrado Puck y yo. Da a la calle de atrás...

Regresan al apartamento de la primera planta. Verónica corre detrás de Patrick, aún alucinando ante el hecho de que él esté vivo. No sabe si quiere reír o llorar de alegría, pero sabe que quiere detenerse y besarle con fuerza. Lo necesita, tanto como el comer.

En el dormitorio, el cadáver de la mujer a la que Puck destrozó la cabeza con una lámpara sigue tirado sobre la cama. Se detienen delante de la ventana y Patrick se asoma para mirar en todas direcciones. No ve ningún muerto, no hay ni rastro del hombre del traje y el pie descalzo.

—Tenemos el camino libre —dice, girándose hacia el grupo.

—¿Hacia dónde vamos a ir? ¿Tenemos algún plan? —pregunta Mark.

—Podemos volver a San Mateo —responde Patrick, girándose para mirar a Verónica. Ella le observa desde cerca y sonrío cuando los ojos de él se clavan en los suyos—. No hay nada que temer allí ahora.

—Tom y su gente...

Patrick besa a Verónica para hacerla callar, apenas un segundo pero sirve para que ella cierre los labios.

—Tom está muerto —asegura él—, igual que Rodger y su hijo.

Verónica levanta las cejas por la sorpresa. Sin embargo, aunque esta conversación pueda resultar interesante, nuestro foco de atención ahora mismo debería estar un poco más atrás, a la altura de Puck Wellington, que se ha detenido a los pies de la cama y sigue manteniendo el ceño fruncido y los labios apretados con fuerza,

concentrado en sus propios pensamientos, con un gesto intenso que no habíamos visto nunca en él.

Esto es curioso, claro: una demostración verídica de esa famosa frase que dice que el mundo es un pañuelo, y si mantienes la mirada fija en Puck podrás ver el cambio que se produce en su expresión en el mismo instante en que él también se da cuenta de eso. Su mandíbula se descuelga y se le abre la boca conformando una letra o casi perfecta. Da un paso atrás y tropieza con una figurita de porcelana caída en el suelo, enviándola contra la pared.

Logan y Paula se giran hacia él y le miran con curiosidad. Puck, sin embargo, solo tiene ojos para Logan.

El silencio absorbente que se forma alrededor de Puck llama la atención del resto. Brad Blueman, Mark, Verónica y Patrick también se giran para mirarle. Toda la tensión existente en la habitación parece haberse concentrado entre Puck y Logan, casi como si existiera una línea eléctrica entre ambos.

—¿Qué pasa, Puck? —pregunta Patrick.

Logan nunca ha sido un imbécil, creo que eso lo sabes tan bien como yo. Conoce el tipo de mirada que hay en los ojos del chico en ese momento; es la misma expresión que aparece en la cara de sus víctimas en el preciso instante en que caen en la cuenta de que él no es un tipo amable sino aquel que les va a quitar la vida.

Lo que se pregunta es cómo demonios, y por qué, le está reconociendo ese chico.

Durante una décima de segundo valora la idea de levantar el brazo y dispararle a la cara antes de que abra la boca. Pero no lo hace.

—Es él —responde Puck con voz temblorosa y llena de miedo. Ha retrocedido hasta que su espalda ha chocado contra la pared.

Logan chasquea los labios y tuerce una sonrisa al tiempo que se gira para mirar al resto. La incomprensión se dibuja en los gestos de todos ellos; sus miradas bailan entre el chico y Logan. El cerebro de este calcula sus opciones a toda velocidad. El dedo índice está tenso sobre el gatillo, aunque la pistola descansa junto a su pierna, apuntando al suelo.

—¿Puck? —Patrick no entiende y da un paso hacia el chico, confuso.

—Es ese asesino —dice entonces Puck.

Logan cierra los ojos, esperando la reacción del resto.

—Logan Kane —añade Puck en tono acusatorio—, le detuvieron en Novato antes de que pasara todo esto... Él... había matado a un montón de chicas adolescentes... mató a mi novia...

Logan abre los ojos por la sorpresa y deja escapar un suspiro mezclado con risa. Percibe con el rabillo del ojo las miradas confusas y temerosas del resto. Brad se ha apartado de él, y Mark ha retrocedido también ampliando la distancia que les separa y sujetando a Paula entre sus brazos.

—¿Maté a tu novia? —pregunta Logan, levantando una ceja. Su tono, por lo general amable y cercano se ha convertido ahora en una cuchilla afilada.

—Mery Ann —responde Puck, señalándole con un dedo tembloroso—. La policía creía que había sido yo y estuvieron a punto de detenerme... —El chico mira a su alrededor, apremiando a los demás a creerle con un gesto afectado en la mirada—. Eres tú, Logan Kane.

—¿Es verdad, Logan? —La voz de Mark suena aterrorizada. Es la de quien no quiere creer algo y está dispuesto a aceptar cualquier resquicio de duda que quepa.

Logan, sin embargo, se encoge de hombros. En realidad, para él no tiene sentido negarlo. Es lo que es, y hace un rato que estaba pensando en matar a Paula. Supone que Mark le habría mirado con la misma expresión que tiene ahora, al menos al principio, antes de que le sustituyera el odio y se lanzara sobre él para acabar con su vida estrangulándole o golpeándole con los puños desnudos.

—Oh, Dios —murmura Verónica, llevándose una mano a la boca—. ¡Cameron Collins!

—Me temo que ese también fui yo —responde él, volviendo a encogerse de hombros—. Chicos, esta discusión es apasionante, pero no creo que sea el momento.

El sonido de un percutor le señala en lo que se ha convertido esa situación. Logan se gira hacia Patrick y mira directamente al cañón oscuro del revólver que el policía sujeta apuntándole a la cara.

—¿No niegas esas acusaciones? —le pregunta.

Logan suspira y hace un gesto negativo.

Junto a la pared, Brad se tapa la boca con las manos, alucinado y al mismo tiempo, maldiciendo no tener su cámara de fotos a mano.

—Eres un monstruo —declara Mark.

—Puede que lo sea, sí. —Patrick se encoge de hombros—. ¿No te ayudé a encontrar a Paula aquella noche, cuando Tom nos dejó tirados en su jardín? ¿Y no te ayudé a rescatar a Verónica? Juraría que fui yo el que se mojó el culo para ir en su busca. Creo que me he mantenido a vuestro lado y lo he hecho con lealtad. Os he salvado la vida a todos. Pensad en eso antes de condenarme.

Su discurso tiene pasión, pero las palabras se estrellan contra el muro de la incomprensión, del miedo y del odio. Verónica menea la cabeza y baja la vista. Mark está tapándole los ojos a Paula y le dedica a Logan un gesto de corazón roto, un «no me esperaba esto de ti».

—Chicos —Logan insiste una vez más; es el único cartucho que le queda—. Deberíamos salir de aquí antes de que regresen los zombis...

—Es posible que no te queramos con nosotros —replica Patrick.

—No es el momento de discutir eso, joder...

—Tal vez eso no —responde una nueva voz, desde el umbral de la puerta—, pero tenemos muchas otras cosas de las que hablar...

Neil sonrío, mostrando todos sus dientes en un gesto de tiburón que nos recuerda a Tom Ridgewick. Todos se giran hacia él, asustados. Neil sostiene dos pistolas, una en cada mano, y con una apunta a Logan mientras que con la otra, a Verónica. Sonríe

satisfecho al verla.

Y después sus ojos se posan en Patrick.

Es como que no se da cuenta de que es él, como si su cerebro no lo procesara a la primera. Parpadea y entonces la comprensión llega a su mente.

—¿Tú?

El rostro de Neil es la máscara perfecta de la perplejidad.

—Yo —responde Patrick, cambiando de ángulo el brazo para apuntar al chico.

—Empieza a ser una costumbre muy fea la de que los muertos vuelvan de sus tumbas —dice Neil, y menea la cabeza con gesto divertido—. Que nadie se mueva o esto se convierte en un baño de sangre.

Brad levanta las manos por encima de su cabeza.

—¡Le han mordido! —susurra Paula, señalando la mancha de sangre del pantalón que casi le llega ya al tobillo.

Neil gira un segundo la cabeza hacia la niña, con gesto despectivo. Es apenas un instante, pero es todo lo que necesita Logan para agachar la cabeza y lanzarse hacia delante. Neil percibe el movimiento con el rabillo del ojo y aprieta el gatillo al tiempo que intenta girarse para aguantar el golpe. La bala destroza la clavícula derecha de Logan pero no le detiene. Como un ariete que intenta destrozar la puerta en un asedio, la cabeza de Logan se hunde contra el pecho del chico y los dos juntos salen despedidos de la habitación para caer al suelo en el salón.

Un nuevo disparo resuena y la bala destroza el marco de la puerta y hace saltar astillas alrededor. Paula grita y Mark se gira tapándola con su cuerpo y empujándola hacia la ventana.

Patrick corre hacia la puerta del dormitorio mientras da órdenes a gritos que nadie escucha realmente. En el salón, los dos hombres forcejean por hacerse con el control de una de las armas, pero Neil golpea con fuerza el hombro herido de Logan y este lanza un aullido y cae al suelo. El chico le empuja con el pie para apartarse de él y levanta el brazo para dispararle.

El movimiento en el dormitorio le advierte de la llegada de Patrick al umbral. Rápido como un rayo, Neil rueda sobre sí mismo y se cobija detrás de un sillón antes de que una bala se estrelle contra el suelo en el punto exacto donde se encontraba su cabeza una milésima de segundo antes. Patrick se agacha para adoptar una buena postura de tiro y dispara hacia el sillón. Las balas lo atraviesan y el relleno sale despedido en todas direcciones. Neil necesita tirarse al suelo y retroceder hacia la puerta del cuarto de baño. Dispara a ciegas para cubrir su huida pero ninguna de sus balas pasa cerca de Patrick, que también se cubre tras la pared.

Mientras todo eso sucede, Logan se arrastra a duras penas hacia el dormitorio hasta quedar al alcance de Verónica y Patrick, que tiran de él para sacarle de la línea de tiro. La sangre sale a borbotones de su hombro destrozado y va dejando un reguero macabro.

Neil vuelve a disparar, agujereando la pared y llenando el ambiente de polvo de

yeso. Dentro de la habitación, Patrick se deja caer contra la pared y comprueba el cargador de su arma.

Se está quedando sin balas.

21

Creo que tendremos que apretar un momento el botón de pausa. Sé que no es buen momento para hacerlo pero el tiroteo que estamos presenciando comparte cronología con otro suceso que tampoco carece de interés. Y para verlo tendrás que venir conmigo, de regreso a San Mateo, aunque no llegaremos hasta la urbanización.

Casi, pero no.

Nos quedaremos a menos de dos kilómetros y nos subiremos al Impala negro que Rick conduce a toda velocidad por una carretera que hasta ahora ha estado despejada y en la que a lo sumo ha tenido que esquivar a un par de muertos a los que ha visto con suficiente distancia para poder maniobrar y pasarles de largo.

Las ganas de volver a encontrarse tras los muros de San Mateo, a salvo, le nublan la mente y le impiden pensar con calma y raciocinio. Sumado a un gusto excesivo por la velocidad producto de horas y horas de videojuegos y un escaso, si no nulo, respeto por la potencia y peligrosidad de los automóviles, conduce a casi doscientos kilómetros por hora en una carretera en la que el límite es de ochenta.

Ni siquiera es consciente de que el Impala se le va demasiado hacia el exterior en algunas de las curvas más cerradas, pero la que hemos venido a ver se encuentra por delante. Está señalada con un marcador de peligrosidad y con varias indicaciones de precaución. Es una curva cerrada hacia la derecha en medio de un tramo en el que la densidad del bosque por el que transcurre la carretera impide ver lo que hay al otro lado de la curva. Y Rick llega con el pie apretado hasta el fondo del acelerador y el Impala empieza a girar. Entonces ve el grupo de muertos que corre hacia él, algo más de treinta individuos con ropas sucias y harapientas y múltiples heridas visibles que ocupan todo el ancho de la carretera.

Rick aprieta el freno pero es demasiado tarde. Embalado, el Impala arremete contra los zombis, golpeando sus cuerpos con toda su potencia metálica y lanzándoles por los aires con los huesos quebrados y hechos añicos. Uno de ellos, un hombre al que Rick habría podido reconocer por ser uno de sus profesores del instituto, vuela por encima del capó y se estrella contra el parabrisas. El cristal estalla en mil pedazos que se clavan en la cara de Rick. Al gritar y llevarse las manos a la cara deja de sujetar el volante y este gira con violencia hacia un lado, perdiendo el control del vehículo.

El Impala da una espectacular vuelta de campana lateral levantándose casi un par de metros en el aire antes de volver a caer al suelo con un estrépito de cristales rotos y carrocería abollándose, y vuelve a levantarse en una nueva vuelta de campana.

Rick, que por supuesto no se había puesto el cinturón, sale despedido antes de que el vehículo caiga de nuevo y se quede quieto en medio de la carretera, convertido en una triste burla de sí mismo.

Rick va a parar casi tres metros más allá, hecho un guiñapo, con los brazos y las piernas rotos y girados en ángulos extraños. Su rostro podría recordarnos al de Osney Martell, lleno de cristales hundidos en su piel y manando sangre y trozos de carne suelta. La suerte no le acompaña ni en sus últimos momentos. Rick no ha perdido la consciencia y su cabeza ha quedado girada hacia la carretera, por lo que ve desde el suelo cómo los muertos a los que no ha atropellado corren hacia él agitando los brazos con gestos ansiosos. Les ve lanzarse al suelo y caer sobre él. Siente sus mordiscos en la cara, en los brazos, en una de sus manos, en las piernas, en la espalda. Dientes y dedos que arañan y tiran de él.

Rick gritaría, pero ni siquiera tiene fuerzas para eso. Por suerte, tarda poco en morir.

22

Mark salta por la ventana y resbala al caer sobre el contenedor, precipitándose al suelo y dándose un golpe considerable. Dolorido, pero sin perder ni un segundo, vuelve a encaramarse al contenedor y levanta los brazos para recibir a Paula de las manos de Puck. La niña está llorando, de miedo, pero se abraza a él con fuerza cuando descienden hasta la calle. Un par de metros más arriba, Puck está ayudando a Brad a cruzar por encima de la ventana.

Y si nos levantamos para ver cómo están las cosas en la habitación verás a Verónica ayudando a Logan a contener la hemorragia de su hombro con apenas las manos. El hombre aprieta los dientes en un gesto de dolor infinito y se sacude las manos de Verónica de encima.

—¡No! —exclama a duras penas—. ¡Largaos, joder! ¡Salid de aquí antes de que sea demasiado tarde!

Es posible que Verónica piense que le debe algo. A fin de cuentas, lo que dijo antes sobre que él se jugó el culo para rescatarla del sótano de Tom Ridgewick es verdad. O puede, que también es cierto, que su formación como bombero la haga actuar como lo hace, negándose a abandonar a alguien en apuros. ¿Acaso no ha recibido esa bala él por salvarles a todos?

Verónica le sujeta por la cintura y tira de él hacia arriba para ponerle en pie. Logan grita de dolor y trata de apartarse, en su insistencia porque le dejen allí y huyan, pero lo único que consigue es caer sentado sobre la cama, junto al cadáver de la mujer a la que Puck destrozó la cabeza. Verónica no claudica y vuelve a tirar de él, colándose ahora por debajo del brazo que él sigue teniendo sano. El otro cuelga inerte al lado del cuerpo.

Patrick sigue apoyado contra la pared y sujeta la pistola a la altura de la cara. Se asoma con cuidado y recula al escuchar un disparo desde el salón. Al fondo de la habitación, una foto enmarcada estalla al impactar sobre ella la bala. Patrick mira con desesperación hacia la ventana.

Brad cae de rodillas al suelo al saltar desde el contenedor. Mark le ayuda a levantarse sin soltar en ningún momento a la niña. Los tres levantan la vista para ver cómo entre Puck y Verónica hacen que Logan se siente sobre el alféizar. La caída del hombre sobre el contenedor es torpe, pierde pie y se inclina hacia abajo, pero Brad le recibe antes de que se estrelle contra la calzada. Logan grita al golpearse el hombro. Su sangre salpica el rostro de Blueman.

—¡Corred! —grita Verónica—. ¡Vamos!

Mark es el primero en obedecer. Tirando de Paula para que se ponga en marcha, Mark cruza la calle sorteando una bicicleta tirada en el suelo con una de sus ruedas doblada como si un coche hubiera pasado por encima de ella.

Brad ayuda a Logan a ponerse en pie y ambos empiezan a correr también.

Puck salta al contenedor y se gira para comprobar si Verónica necesita ayuda, pero ella está ya descolgándose desde el alféizar, por lo que el chico salta hacia la calle... solo para comprobar que los zombis acaban de aparecer desde la esquina del descampado por el que ellos mismos aparecieron hace un rato.

—Joder, mierda —murmura, empezando a correr.

—¡Patrick! —grita Verónica al ver a los muertos. De un salto, se planta sobre el contenedor, y de ahí a la calle apenas le separa un movimiento más. Su cabeza, sin embargo, está girada hacia arriba, expectante, preocupada.

Arriba, Patrick se incorpora y lanza tres disparos a ciegas a modo de cobertura. Neil le devuelve el fuego pero Patrick no se queda a recibirlo sino que corre hacia la ventana y salta agarrándose al marco para no separarse de la pared al caer. Resbala y cae de culo sobre el contenedor, se incorpora de nuevo y de ahí a la acera, donde Verónica le agarra de la mano y tira de él para correr detrás de los demás.

Corren por sus vidas. Una vez más.

Mark y Paula pasan por delante del escaparate de una ferretería donde se libró hace días una cruenta y sangrienta batalla; cruzan junto a un vehículo abandonado con la puerta abierta en cuya carrocería se ve la marca rojiza de una mano; corren y atraviesan un cruce. La niña ve más zombis que vienen desde la izquierda; Mark los siente y los escucha pero se niega a prestarles atención. Sabe que hacerlo supondría el final; simplemente corre, se fuerza a mover las piernas una detrás de otra y se concentra en seguir escapando y en no permitir, bajo ningún concepto, que la mano de Paula se le resbale.

Brad se agarra el hombro herido con la mano sana mientras corre. Un par de metros por delante, Logan corre también encorvado hacia un lado y con una mano apoyada sobre la herida de su propio hombro, bastante más salvaje que la de Blueman.

Brad va resollando, por supuesto. No han recorrido ni doscientos metros pero él ya no puede con las piernas. Y vale que no tenga una gran forma física, pero no se trata solo de eso. La falta de alimentación contribuye a su debilidad; el miedo y la desesperación, así como el dolor que siente en el hombro a cada paso que da, le hacen aflojar el ritmo y la distancia que le separa de Logan es cada vez mayor. Ni siquiera mira hacia Mark y Paula pues les ve demasiado lejos y no cree que sea capaz de alcanzarles jamás.

El miedo empieza a ser mayúsculo y atenazarle la garganta.

Y sus pies le traicionan tropezando entre ellos y haciéndole caer al suelo. Logra colocar las manos por delante pero el golpe repercute en su hombro y lanza un gritito agudo de dolor. Desde el suelo, levanta la cabeza y ve que el camino que siguen está quedando cortado. Mark y Paula han seguido recto pero desde la izquierda un numeroso grupo de muertos corren hacia ellos y le cortarán el paso al resto. Algunos, de hecho, ya han cambiado de dirección para dirigirse hacia donde se encuentra Brad.

«Dios mío...».

Tiene ganas de llorar y de gritar. La desesperación le nubla la mente y chilla al sentir que le agarran dos manos fuertes que tiran de él. Sin embargo, se trata de Puck, que le arrastra hacia la puerta del restaurante que se abre a su derecha.

—¡Logan! —grita Verónica, alcanzándoles y ayudando a Puck a empujar a Brad hacia el restaurante—. ¡Logan, por aquí!

Brad no entiende por qué Logan no cambia de dirección y sigue corriendo hacia delante cuando resulta evidente que los zombis que han aparecido por la calle de la izquierda le van a cortar el paso. Pero entonces Verónica y Puck cruzan con él la puerta del restaurante y Brad deja de verle. A él, a Mark y a Paula.

El último en cruzar la puerta es Patrick.

—¡Vamos! —grita—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Atraviesan el local empujando sillas y mesas para abrirse camino. Brad se deja llevar más que moverse por sí mismo, y cruzan una puerta sobre la que hay un cartel que dice «prohibido el paso a personas ajenas al restaurante». Algún artista ha dibujado debajo, con un rotulador negro, una pequeña polla que otro alguien ha intentado borrar dejando una marca de ralladura sobre la madera, sin lograr ocultar el soez dibujo.

Una mujer en bragas y camiseta de tirantes y con las piernas cubiertas de mordiscos hasta el punto de dejar a la vista hueso y músculos en la pantorrilla derecha, alcanza la puerta del restaurante, choca con violencia contra ella, abriéndola de un empujón. El cristal de la puerta estalla al estrellarse esta contra la pared. La mujer tropieza con una silla caída y se va al suelo cuan larga es. Aullando, otro

hombre cruza a la carrera por encima de ella. Le siguen un adolescente con el rostro picado y la boca desgarrada, una mujer con parte del pecho hundido como si alguien hubiera intentado partirle el esternón a golpes con un martillo, y detrás de ellos... más. Se empujan contra la puerta, arrasan con el mobiliario sin importarles lo más mínimo, pisotean a los que caen y no dejan de correr ni un segundo.

El adolescente del rostro picado es el primero en alcanzar la puerta con el cartel y el dibujo fálico; la empuja con el cuerpo y da un paso antes de recibir un disparo en la frente y caer hacia atrás, chocando contra la primera mujer que ha entrado en el restaurante.

Patrick tiene el brazo extendido y está cubriendo la huida del resto a través de una puerta trasera que da a un callejón. Se da la vuelta y corre con todas sus fuerzas, tirando de unas cajas apiladas para derribarlas en el camino y complicarles las cosas a sus perseguidores muertos.

24

En el que tienes que fijarte es en el zombi de pelo largo y camiseta rota de Los Ramones. Es el que corre detrás de Mark y Paula y les va comiendo terreno a cada paso que da. Ambos, hombre y niña, están agotados y al límite de sus fuerzas, y en apenas quince o veinte metros la distancia que le sacan al muerto del pelo largo se ha reducido de cinco a dos metros.

Paula gira la cabeza y le mira. Y grita. Sabe que van a morir.

El zombi del pelo largo es la razón por la que Logan no cambió el rumbo y se dirigió al restaurante. Tiene que esquivar a un hombre de pelo muy corto y uniforme de mecánico sucio de grasa y sangre; le empuja a un lado cuando se lanza sobre él y rehúye los dientes que se cierran sobre el aire donde un segundo antes estaba su mano. A pesar del dolor en el hombro, incesante y terrible, Logan no aparta la mirada del zombi de pelo largo.

Nunca ha corrido tanto en su vida.

Empieza a estirar los brazos hacia la niña. Paula vuelve a gritar y eso le hace perder la concentración y tropezar. Mark tira de ella con tanta fuerza que impide que caiga al suelo. Pero los dedos del muerto ya rozan su ropa.

Logan salta sobre el zombi y le derriba antes de que logre agarrar a la niña. Caen al suelo con violencia y ruedan sobre el asfalto, con el muerto lanzando dentelladas y tratando de revolversse. Logan le sujeta la cabeza con las dos manos y la estrella contra el suelo dos veces, rápidas y seguidas pero con fuerza.

El mecánico cae sobre él y le muerde en la herida del hombro. Logan chilla por el dolor al tiempo que cae hacia un lado. Con la mano sana agarra el pelo del mecánico y tira de él para apartarle de su hombro. Lo único que consigue es quedarse con un mechón de pelo en la mano. El mecánico aparta la cabeza masticando y vuelve a

lanzarse hacia delante. Un instante antes de que vuelva a morderle, un pie cruza el aire a toda velocidad y se estrella contra su nariz. El muerto sale despedido hacia un lado y Logan queda tendido en el suelo, aturdido, mirando la mano que le ofrece Mark.

Casi una docena de zombis corre hacia ellos y no les queda mucho para alcanzarles. Logan acepta la mano y se incorpora.

—¡Allí! —grita Mark, señalando una puerta abierta en el edificio que tienen a la derecha. Cuando Logan mira ve a Paula junto a la puerta.

Los dos hombres corren en esa dirección, sintiendo el aliento de los muertos golpeándoles la nuca. Todo es velocidad, sudor, pánico y gritos histéricos y ansiosos. Atraviesan el hueco de la puerta y Logan medio cae, medio se tira al suelo mientras Mark se gira y cierra la puerta con un empujón. Un instante después, los muertos se estrellan contra ella por el otro lado. Una astilla del tamaño de un dedo sale despedida del marco y cae a los pies de Mark, que la mira como si fuera un objeto de otro planeta.

—Esta puerta no va a resistir.

Logan está abatido en el suelo, con la frente apoyada en el suelo y la sangre formando un charco bajo su hombro herido. Tiene la piel pálida y está sin fuerzas. Respira con dificultad y demasiado despacio. Nosotros percibimos todo eso y también lo hace Mark.

—Tenemos que encontrar una forma de salir de aquí —dice mirando a su alrededor. Se encuentran en una especie de recibidor de paredes blancas. Hay unas escaleras a la derecha y un mostrador al fondo tras el cual hay una puerta de madera entreabierta.

—Largaos —dice Logan sin levantar la cabeza. De sus labios pende un hilo de saliva—. Me han mordido, Mark. Sabes lo que eso significa.

—Aún puedes...

—¡No! —Logan gira a duras penas la cabeza para mirarle—. No.

Mark le mira con gravedad. Los golpes en el exterior son cada vez más salvajes e intensos y el marco de la puerta parece estar deshaciéndose por momentos. En ese momento, Paula alcanza el mostrador y sus ojos se abren como platos. Levanta una mano para señalar hacia delante.

—¡Mark!

Él corre hacia ella a toda prisa. Detrás del mostrador descubre el cuerpo de un militar lleno de mordiscos y con la cabeza destrozada por un disparo que claramente ha efectuado él con la pistola que aún sujeta en la mano. No es eso lo que atrapa su atención sino el fusil de asalto que yace en el suelo junto a su pierna.

«No es una imagen que debería ver una niña», piensa antes de corregirse a sí mismo. «Ha visto ya demasiadas cosas como para preocuparnos por eso».

Mark coge el fusil y lo levanta, admirándolo con fascinación.

—No creo saber usar esto.

—Yo sí sé —replica Logan desde el suelo. El charco de sangre a su alrededor tiene ya casi medio metro de diámetro. Estira la mano hacia él y le hace un gesto para que se acerque—. Trae aquí y luego largaos, por el amor de Dios.

Mark obedece. Se acerca a Logan y se agacha a su lado sin perder de vista la puerta y el estado cada vez más frágil del marco de madera que la mantiene en su sitio. Logan agarra el fusil y se asegura de que esté preparado para disparar, todo sin hacer el menor amago de incorporarse. Tiene los labios descoloridos, al igual que todo su rostro, y el ojo derecho medio cerrado. No le queda mucho tiempo.

—Logan...

—Vete. Sácala de aquí.

Mark asiente.

—Gracias Logan. Has vuelto a salvarnos la vida.

Logan le mira, aunque únicamente lo hace con el ojo izquierdo. El derecho se ha cerrado ya del todo.

—No soy un buen hombre, Mark. Vete.

Mark le agarra la mano y se la aprieta, tratando de infundirle a ese gesto todo su respeto y agradecimiento. Luego se levanta y corre hacia Paula. Ambos se dan la mano con una naturalidad pasmosa, casi como si encajaran la una en la otra, y luego Mark tira de ella para cruzar la puerta que hay detrás del mostrador. Se cierra a sus espaldas con un clic.

Logan apunta a duras penas el fusil en dirección a la puerta que da a la calle, que está a punto de ceder y caer al suelo presa de los embistes de los muertos. Mantiene el ojo izquierdo abierto a duras penas. El derecho, aunque lo intenta, sigue cerrado a cal y canto.

Su pecho sube y baja con una respiración lenta y dolorosa. La herida del hombro le quema, aprieta los dientes y crispera el dedo en el gatillo, preparado para apretarlo en cuanto sea el momento.

El párpado izquierdo tiembla, cede y se cierra. Vuelve a abrirse despacio y solo hasta la mitad, en un último empuje de la consciencia. Luego el ojo rueda hacia arriba dejando a la vista la parte blanca del globo ocular y el párpado vuelve a cerrarse.

25

Puck y Verónica corren agarrando a Brad, cada uno desde un lado, cargando con él como si fuera un fardo. Él mueve las piernas, se impulsa cada vez que tocan el suelo, pero empieza a sentirse demasiado torpe e ineficaz. Patrick corre detrás de ellos, volviendo la cabeza cada pocos pasos para comprobar que mantienen la distancia. Cuando una mujer les sale al paso desde una tienda de ropa situada a un lado de la calle, Patrick dispara su última bala y la mujer cae al suelo hecha un guiñapo con un agujero sobre la ceja derecha.

No se deshace de la pistola porque sabe que puede necesitarla en última instancia.

Puck señala hacia la derecha y gira su cuerpo en el siguiente cruce, forzando a Verónica y a Brad a tomar ese desvío. Al fondo de una calle atestada de vehículos, ven el mar. Corren por la acera, esquivando a un niño muerto que se arrastra con las piernas inmóviles detrás de él. Agita sus pequeñas manos hacia ellos cuando cruzan a su lado pero no está cerca de agarrar a ninguno de ellos.

Supongo que puedes oír el motor acercándose. Ellos lo hacen, desde luego, pero no pueden perder ni un momento en buscar su origen. Es un Buick y gira con un derrape para afrontar la calle que ellos mismos están recorriendo. Las ruedas levantan polvo y gravilla al detenerse. Tras el parabrisas, Neil esboza una sonrisa maligna antes de apretar a fondo el acelerador y embestir a los zombis que han cambiado de rumbo para perseguirle a él. Los cuerpos salen despedidos o rebotan contra el capó. Neil no afloja, todo lo contrario. Con el acelerador apretado a fondo, mueve el volante lo justo para subirse a la acera y salir despedido hacia delante.

Patrick le ve y les grita a los otros que se aparten. Sin esperar ni un instante más, se lanza hacia un lado y salta sobre el capó de uno de los coches detenidos en medio del embotellamiento. Aunque todo ocurre a toda velocidad, la tensión del momento mueve su cerebro a toda velocidad y le permite captar que Puck, Verónica y Brad se meten entre los vehículos atascados y zigzaguean para alejarse de la acera. Neil gira con brusquedad el volante y el Buick se estrella contra los otros coches con un crujido metálico. Varios coches se mueven por efecto de la colisión y uno de ellos está a punto de atrapar las piernas de Puck, pero al final se limita a darle un golpe y desestabilizarle. El chico cae al suelo, arrastrando en la caída tanto a Brad como a Verónica.

Neil ya está saliendo por la ventana del Buick, pistola en mano.

—¡Ven aquí, zorra de mierda! —aúlla, levantando el brazo en dirección a Patrick.

Tiene que girar sobre el capó para escapar de la lluvia de balas que se estrella contra el metal. Patrick golpea el suelo sin tener tiempo de prepararse y se queda sin aire. Sin embargo, no tiene tiempo que perder. Por entre los bajos puede ver los pies de varios zombis que no han sido arrollados por el Buick conducido por Neil. Se pone a cuatro patas y corre entre los coches sin tener muy claro si está yendo en la dirección correcta.

—¡Verónica! —Neil se sube al techo del Buick y dispara contra uno de los zombis. Trozos de cráneo y masa cerebral salpican el suelo a su espalda—. ¡Verónica, maldita seas, ven aquí hija de puta!

Neil salta al techo del coche que tiene al lado y alcanza a ver la espalda de Patrick gateando entre los vehículos atascados. Sonríe, pensando que con un poco de suerte le acertará en el mismo punto en el que le dio la primera vez.

—Tú pierdes de nuevo —murmura.

Recibe un fuerte golpe en la cara que le hace levantar el brazo justo antes de disparar, por lo que la bala se pierde en el cielo. La piedra lanzada por Verónica le ha

abierto una pequeña brecha en la frente y la sangre se le mete en el ojo. Ve el resplandor rojizo que es el pelo de ella corriendo hacia él y apunta en su dirección.

Antes de apretar el gatillo se lo piensa mejor y extiende los brazos para recibirla, como si esperara que se fundieran en un abrazo. Verónica choca contra él y los dos salen volando del techo de ese coche para ir a parar al capó del Buick. El golpe es tan violento que Neil siente que se rompe una costilla. Levanta el puño y golpea el rostro de ella, pero Verónica no se inmuta; se incorpora lo justo y necesario y hunde los pulgares sobre los ojos de él, apretando con todas sus fuerzas. Neil chilla, como una rata a la que hayan prendido fuego en el rabo. Se agita y se sacude con fuerza tratando de quitarse a Verónica de encima, pero ella está colocada a horcajadas sobre él y aprieta con los muslos para encajarse a su cintura, afianzando la posición e impidiéndole librarse. Aprieta el gatillo dos veces, pero ella se inclina para apartarse del camino de las balas. Sin embargo él siente su movimiento y mueve el brazo. Antes de que logre apuntarla, Patrick agarra su muñeca y se la retuerce, arrebatándole el arma. Neil sigue aullando, desesperado, y trata de sacudirse una vez más. Los pulgares de Verónica están hundidos hasta casi el segundo nudillo en sus cuencas, ella siente el líquido viscoso y sangriento que los rodea y tiene las manos tan crispadas por el esfuerzo que parece que las venas vayan a estallar.

Por fin le suelta y salta en dirección a Patrick, que la recibe en el aire y la ayuda a girar para que ambos puedan echar a correr. Lanzando alaridos sin sentido, Neil se revuelve sobre el capó y cae al suelo de rodillas, completamente ciego, con dos regueros sangrientos manándole de los agujeros donde hasta hace un momento tenía los ojos. Grita y les insulta y les asegura que morirán, se incorpora y lanza puñetazos al aire, girando sobre sí mismo. No deja de aullar.

Los zombis le alcanzan, por supuesto. Neil es incapaz de defenderse y caen sobre él con la misma voracidad con la que tú y yo podríamos desearle la muerte. Es aún peor que lo que pudiéramos imaginar.

26

—No puedo más...

Puck tira de Brad pero Blueman no da más de sí. Las piernas le fallan, siente calambres que le suben hasta la cadera y está tan agotado que le cuesta hasta hablar. El joven mira a su alrededor, se encuentran en el puerto, y salvo la basura desperdigada por todas partes y un par de cadáveres inmóviles, no hay nada allí que merezca la pena señalar. A menos que te resulte curioso comprobar que no queda ningún barco atado a los pantalanes, a excepción de esa lancha de la que solo sobresale la proa puesto que la popa está hundida bajo el agua.

Brad cae de rodillas al suelo y lanza un suspiro. Es el gesto de un hombre que sabe que ahí se acaba su periplo.

Puck señala con el dedo y le agarra del brazo para que se levante.

—¡Allí! —grita.

Brad no tiene fuerzas ni para levantar la cabeza pero lo hace a duras penas. Siguiendo la dirección que señala el dedo de Puck mira más allá de los pantalanes hacia la bocana del puerto. Meciéndose al compás de las olas alcanza a ver un velero, con el ancla echada. No ve a nadie en la superficie del barco.

—¡Vamos! —le insta el chico, tirando de él.

Brad comprende lo que está pidiéndole Puck y se gira para mirarle con el gesto de quien cree que su compañero se ha vuelto loco.

—¿Hasta el barco? ¡No puedo ni mover las piernas, en cuanto me meta en el agua me iré al fondo sin tener siquiera una oportunidad!

Verónica y Patrick les alcanzan en ese momento. Él agarra a Brad por el brazo contrario a Puck y entre los dos le levantan casi en vilo. Los cuatro supervivientes corren hacia el último pantalán.

27

Mark encuentra una moto en el garaje, con las llaves puestas aunque sin rastro del casco. Le habría gustado ponerle uno a Paula, aunque sea un gesto prudente casi fuera de lugar dadas las circunstancias. Ante la atenta mirada de la niña, Mark intenta arrancar la moto sin conseguirlo hasta en dos ocasiones. A la tercera, el motor ruge como el tiranosaurio de *Parque Jurásico* y Mark se echa a reír, más por nervios que por cualquier otra cosa.

—Vamos, cariño —dice ayudando a Paula a subirse a su espalda—. Pon los pies ahí y agárrate con todas tus fuerzas a mí, ¿vale? Abrazándome, como si quisieras cortarme la respiración.

—Nunca me he subido en una moto —murmura ella, un poco asustada.

Mark le guiña un ojo y le acaricia el pelo. Ella, obediente, le abraza a la altura de la cintura, con tanta fuerza que él no puede evitar sorprenderse y hacer un gesto de dolor. Luego encara la salida del garaje y acelera.

28

«Tienes que salir de aquí».

Es un agujero oscuro y profundo.

Solo escucha golpes, furiosos y mezclados con crujidos de madera.

«Sal. Ahora. YA».

Logan abre el ojo izquierdo en el mismo momento en que el marco de la puerta termina de ceder en un maremágnum de astillas. Los muertos comienzan a atravesar a

empellones el agujero dejado por la puerta. A tres metros, Logan se incorpora y aprieta el gatillo del fusil al tiempo que empieza a gritar. Las balas siegan los cuerpos de los primeros zombis, hacen volar brazos y cabezas y abren agujeros del tamaño de una pelota de tenis en el pecho de varios de esos cuerpos.

Sigue apretando el gatillo, y sigue gritando, incluso después de que se acaben las balas. Más de quince zombis yacen en el suelo junto a la puerta, troceados por la fuerza de las balas, pero otros tantos se pelean por cruzar por entre los restos de sus compañeros.

Logan se desmaya de nuevo, desvaneciéndose como en un fundido a negro. Ni siquiera le concede el gusto de poder lanzarse sobre él mientras sigue con vida. Muere antes de que llegue a tocar el suelo y su último aliento se mezcla con el aire a su alrededor en un instante.

El virus empieza a hacer su trabajo. Dentro de un momento, Logan volverá a levantarse pero ya no será él, sino uno más de las huestes de muertos que corren por Half Moon Bay a la búsqueda de un trozo de carne que llevarse a la boca.

29

La moto conducida por Mark Gondry surge del interior del garaje con un rugido del motor. De inmediato, los muertos cercanos se giran en dirección al sonido y empieza a correr. Mark maniobra para alejarse de ellos, sortea un coche girado en medio de la calle y acelera.

Más adelante, lo que parece una barricada de vehículos ocupa todo el ancho de la calle por lo que Mark gira el volante hacia la derecha para tomar una calle perpendicular. Una chica muerta les sale al paso, estirando las manos y abriendo la boca con frenesí, Mark la esquiva con un bandazo que inclina la moto demasiado y está a punto de hacerles caer.

Siente las manos de Paula agarrándole con fuerza por la cintura, su pequeño cuerpo aferrado a su espalda y la cara de ella hundida entre sus omoplatos. Mark sabe que ella tiene miedo, lo nota y nada le gustaría más que poder decirle que no se preocupara, que él la sacará de allí. No está dispuesto a dejar que les cojan.

«Por encima de mi cadáver».

Nuevos embotellamientos y más zombis que corren hacia ellos desde todas direcciones les van obligando a tomar giros y cambiar de dirección en varias ocasiones, hasta el punto en que Mark pierde la orientación. Con un acelerón, recorre una calle estrecha subido a la acera para evitar los coches abandonados y termina saliendo delante del paseo marítimo. Gira a la derecha y detiene la moto.

—¿Por qué nos paramos? —pregunta Paula.

—No te preocupes, cariño —responde él. «Ya lo hago yo por ti».

Y lo hace, porque en el paseo marítimo hay varias docenas de muertos que corren

a por ellos. Un rápido vistazo alrededor les deja con una única dirección que tomar. Maldiciendo en silencio, Mark acelera y hace saltar la moto a la arena de la playa. Los muertos corren detrás de ellos y Mark acelera. La moto derrapa sobre la arena pero avanza, alejándose de los zombis.

Suben hasta la cima de una pequeña duna y Mark vuelve a detener la moto, apoyando en esta ocasión un pie sobre la arena de la misma manera en que lo hacía Steve McQueen en *La gran evasión* cuando huía de los nazis. En cierto modo, Mark desearía que todas aquellas figuras que iban cerrando el círculo alrededor de ellos fueran nazis. Tal vez entonces tuvieran una oportunidad.

Escucha gemir a Paula a su espalda. A él mismo le cuesta no hacerlo. A donde quiera que mire, la playa se está llenando de muertos y todos se dirigen hacia donde se encuentran ellos. No ve ninguna posibilidad de escape, no cree que sea capaz de conducir a través de todos esos zombis y esquivarlos a todos, y sabe que solo basta que uno de ellos consiga tocarles para conseguir derribarles, y entonces estarían acabados.

La única opción, entonces, está al otro lado.

Mark vuelve a ponerse en marcha y dirige la moto hacia la orilla. En uno de los laterales de la playa ve un montón de barcas recreativas, de esas que van con pedales y que, en algunos casos, tienen hasta un tobogán. La mayoría están medio enterradas en la arena, abandonadas desde que el Apocalipsis destruyó el pueblo, pero Mark cree que en ese momento es la única vía de escape que tienen. Acelera a todo lo que da y la moto parece volar por encima de la arena, sorteando pequeñas dunas y baches. Paula se agarra aún con más fuerza a él.

Los gruñidos de los muertos se mezclan con el rugido del motor y el pacífico vaivén de las olas del mar.

«Por favor, Dios, que no estén encadenadas».

Con la adrenalina haciendo funcionar a mil por hora su cuerpo, Mark detiene la moto a un par de metros de la primera de las barcas recreativas y se baja de un salto.

—¡Corre, Paula! —grita.

Se concentra en la barca. Sabe que mirar hacia atrás solo servirá para ponerle nervioso. Ver a los cientos de muertos que les persiguen pondrá sobre la mesa una carga de miedo que no ayudaría en nada. Se agacha junto a una de las barcas y empieza a empujar hacia la orilla. Durante un aterrador instante, la barca no se mueve ni un milímetro, medio hundida en la arena, pero termina por hacerlo, emergiendo entre la arena como si se tratara de un milagro.

A su lado, Paula tiembla y mira hacia los muertos, pálida como la leche.

Mark grita mientras empuja. Va cogiendo velocidad y se acerca al agua. Paula reacciona y se pone en movimiento, corriendo detrás de él. La barca golpea el agua y la primera ola les empuja hacia atrás. Mark mantiene el rumbo y consigue vencer el empuje de la ola, introduciéndose en el agua hasta los tobillos. Está fría, pero no es algo que para entonces le preocupe lo más mínimo.

—Vamos, cariño.

Coge a Paula en sus brazos y la sube a la barca. A la niña le tiembla el labio inferior y mira hacia atrás con los ojos medio saliéndose de las órbitas, completamente aterrada.

—No mires atrás, Paula.

—Mark...

Él chista a modo de única respuesta y sigue empujando la barca. Las olas pugnan por devolverles a la orilla y Mark está demasiado cansado como para conseguir vencerlas. A su alrededor escucha chapoteos de otros pasos, y eso es lo único que le hace mantenerse en marcha y seguir luchando. Los muertos se mueven con torpeza por el agua, la mayoría caen cuando les golpean las olas, los más consiguen mantenerse en pie pero reducen drásticamente su velocidad. Y eso es bueno pero no es suficiente. Mark sigue empujando, cada vez más cerca de vencer el punto donde las olas rompen. A partir de ahí podría subirse a la barca y empezar a pedalear y alejarse de la orilla sería más fácil.

En su mente no se pregunta qué hará después. Deja esa pregunta para más adelante porque lo único que importa ahora es salir de allí. Ni siquiera está seguro de ser capaz de pedalear con la fuerza suficiente para mover la barca. Todos los músculos de su cuerpo están quejándose ya y...

—¡Mark!

El grito de Paula le advierte a tiempo para apartarse a un lado. Una mano de uñas negras raspa el aire donde se encontraba hasta hace un segundo. Mark se da la vuelta y empuja la barca con su espalda al tiempo que da un puñetazo para apartar la otra mano del muerto. Una ola termina de hacer el trabajo: por un instante empuja la barca y a Mark con ella hacia el muerto que intenta agarrarle, pero después le golpea a él y le hace caer hacia atrás, sumergiéndole y haciéndole girar.

Mark grita y sigue empujando con la espalda. Más muertos corren hacia ellos y están demasiado cerca. Mark se gira y respira hondo, cogiendo fuerzas para un último empujón. La barca se eleva sobre una ola y vuelve a bajar y él apoya las manos en el lateral y se impulsa hacia arriba.

Una de esas manos, en esta ocasión la de una mujer, le agarra del tobillo y evita ser arrastrada hacia atrás. Mark grita y trata de zafarse dándole una patada con el otro pie. Paula se inclina hacia él y tira de su mano. Es un gesto valiente, aunque la niña carece de la fuerza para subirle a la barca. Mark se queda colgado del lateral, incapaz de subir, sabiendo que si una ola les empujara hacia la zona de ruptura de las olas ya no serán capaces de volver a salir. Demasiados muertos acercándose y sus fuerzas cada vez más menguadas.

La mujer acerca los dientes a la pierna de Mark; él tira con fuerza. Forcejean, y la lucha dura unos segundos mientras Paula no deja de gritar su nombre. Mark pierde pie y resbala hacia el agua. Consigue asirse a un lateral y tira de nuevo hacia arriba. La mujer muerta se encuentra bajo la superficie y sigue tirando de su pierna. Él nota

la presión de las manos, la cercanía de su boca, la presencia de los dientes, el peligro de la muerte. No sabe si está cerca o lejos, pero sabe que está ahí.

De un último tirón, Mark consigue soltarse y subir a la barca. Se deja caer sobre uno de los sillones, agotado. Paula se le abraza, pero él no tiene tiempo que perder. Con la respiración entrecortada, empieza a pedalear. Uno de los muertos logra golpear la barca y esta se bambolea peligrosamente antes de que empiecen a alejarse y escapen del peligro.

Cuando Mark se atreve a mirar hacia atrás, y en su mirada puedes ver cierto deje de tristeza, ve cientos de cuerpos flotando en el agua, hundiéndose con las olas y volviendo a salir como boyas tambaleantes.

—Mira, Mark.

Ella está abrazada a su cuello. Él mueve las piernas despacio, sintiéndose incapaz de acelerar el movimiento de pedaleo. En el pecho siente la presencia de una enorme bola de preocupación, atorándole por dentro.

Le parece un sueño ver un velero surcando el agua con las velas extendidas.

30

En un lateral del velero se puede leer en letras negras el nombre que sus dueños le pusieron: Slice of Life. Patrick se encuentra detrás del timón para cuando alcanzan la barca recreativa. Puck y Verónica tienden sus manos para coger a Paula de los brazos de Mark y llevarla a bordo, y Brad le hace llegar a Mark un cabo para que este enganche la barca recreativa al bote. Después, Verónica le ayuda a subir.

—Creíamos que os habíamos perdido —dice ella.

Mark tiene una expresión triste y mira hacia Paula, a la que Puck ha cubierto con una toalla. Todos están empapados y parecen cansados. De hecho, resulta asombroso que sean capaces de seguir en marcha.

—¿Y Logan? —pregunta Brad.

Mark niega con la cabeza y el periodista se encoge de hombros, inseguro acerca de si se siente bien o mal por su muerte. A fin de cuentas, Logan le salvó la vida en San Francisco. Y en aquel bosque, mientras huían de San Mateo. Chasquea con la lengua y se gira hacia la parte central del barco para dejarse caer en uno de los asientos. Brad está agotado, ya lo estaba cuando corrían por las calles, supongo que te acuerdas de que estaba listo para dejarse morir; sin embargo, Puck y los demás le ayudaron a seguir adelante y se lanzaron al agua para llegar hasta el velero. Apenas hubo dado dos brazadas, Brad sintió que no podría seguir adelante. Empezó a hundirse y llegó a tragar agua. Verónica le agarró por debajo de los hombros y él dio un par de manotadas en un intento de agarrarse a ella para regresar a la superficie.

La explosión de dolor que sintió cuando ella le retorció los dedos de la mano derecha le hizo gritar y tragar aún más agua. Sin embargo, ella le hizo salir y le sujetó

como los salvavidas lo hacen con aquellos que se ahogan en la playa.

—Si vuelves a revolvete de esa manera, me apartaré de ti y dejaré que te hundas —le susurró ella entonces—. Así que no te muevas y deja que tire de ti.

Y eso hizo. Verónica nadó con él hasta el velero. Puck fue el primero en llegar y el primero en subir. Se aseguró de que no hubiera nadie a bordo, ni vivo ni muerto, aunque tan solo les preocupara lo segundo. El chico les ayudó a subir a medida que iban llegando. Brad rompió a llorar cuando se encontró a bordo del barco. El movimiento tambaleante de la embarcación le produjo malestar y se mareó apenas llevaba unos segundos sobre la cubierta, pero se sentía tan feliz de estar a salvo, una vez más, que no quiso ponerle coto a sus lágrimas. Se dejó caer de rodillas y lloró, asombrado por haberlo conseguido una vez más.

«Sigo vivo», se dijo. «Sigo vivo...».

Y ahora Brad mira a su alrededor. Excepto por el chico que está sentado junto a Paula, frotándole los brazos para hacerla entrar en calor, Puck Wellington, el resto son supervivientes de Castle Hill. Le alegra saber que Mark y Paula lo han conseguido, y le alegra ver con él a Patrick y a Verónica. Son caras conocidas, gente en la que siente que puede confiar, aún a pesar de todas las cosas que han pasado entre ellos. Tal vez gracias a eso.

«Y sigo vivo. Yo, el gordo Brad Blueman por el que nadie apostaría un dólar, sigo aquí».

Mirándose el hombro herido, Brad se dice que «a duras penas» y después se echa a reír. Y a llorar, todo a la vez.

31

Verónica le tiende una toalla a Mark y este la agarra sin dejar de mirar a la niña. La bombero está hablando, haciéndole preguntas sobre cómo lo han conseguido, pero Mark no se está enterando de lo que dice, por lo que parpadea e intenta concentrarse en escuchar.

—Fue Puck el que os vio —termina ella—. Y menos mal que lo hizo.

Mark asiente, pensando lo mismo. Un montón de preguntas se agolpan en su cabeza, sobre de dónde han sacado ese barco para empezar, pero hay una única cosa que le preocupa mucho más que todo eso. Mira a Patrick, que está junto a ellos con las dos manos sobre el timón, y después se asegura de que Paula esté lo suficientemente lejos como para no escuchar nada de lo que digan.

—Verónica —dice—, tengo una cosa que pedirte.

—¿El qué?

—Quiero que me prometas que cuidarás de Paula. Pase lo que pase y por encima de todas las cosas.

Ella frunce el ceño con gesto interrogante, sin comprender. Mark asiente y señala

hacia abajo. Verónica siente como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago y los ojos se le empañan de lágrimas. Es posible que tú también caigas en la cuenta sin necesidad de mirar, pero de todos modos, hagámoslo. En el gemelo derecho, el pantalón de Mark está rasgado y debajo una marca pequeña, apenas un par de centímetros, como un rasguño, es la ilustración clara de que este es el punto final para él.

Antes, mientras intentaba subirse a la barca. Por si te lo estás preguntando.

Patrick menea la cabeza con pesar. Verónica se abraza a Mark y él siente que las lágrimas acuden también a sus ojos.

—Oh, Dios, Mark... Lo siento muchísimo.

—Prométemelo.

—Por supuesto —Verónica se aparta con las mejillas húmedas y una expresión triste en los ojos—. Te lo prometo, puedes contar conmigo.

—Y conmigo —asegura Patrick.

Mark asiente, sin necesidad de expresar en voz alta el agradecimiento que siente por eso. Hace un gesto con la cabeza hacia la niña y Verónica se echa a un lado para dejarle pasar. Mark camina hacia Puck y la niña a pasos lentos; Verónica se gira hacia Patrick y entierra la frustración que siente en el hombro del policía.

Él siente también lo injusto, doloroso y odioso que resulta todo. No tiene palabras en su interior que puedan consolar a Verónica. No hay nada que pueda decir que haga que la situación vaya a cambiar. Se limita a abrazarla con fuerza y dejar que ella descargue su pena.

32

Mark se agacha junto a Paula y ella le dedica una sonrisa de alivio.

—Paula... —Mark mira a Puck y algo en sus ojos hace que el chico entienda sin necesidad de que le digan nada. Mark espera a que él se aleje antes de hablar—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Paula se encoge de hombros—. ¿Crees que ya lo hemos conseguido, que nos hemos escapado para siempre?

Mark no sabe si el velero es el final del camino para ellos, si conseguirán llegar a algún sitio o encontrar la forma de subsistir. Sin embargo, considera que no necesita añadirle más preocupaciones.

—Sí —responde, lacónico—. Quiero que me escuches un momento con atención, ¿vale, cariño?

La niña frunce el ceño, divertida como si todo aquello fuera un juego.

—Siempre lo hago —dice ella—. La señora Hasting siempre decía que eso me haría llegar muy lejos. Pero no sé a dónde se supone que tenía que llegar.

Mark suelta una carcajada, aunque pensaba que no era ya capaz de reír. Por

dentro se siente destrozado, la tristeza le ahoga, la pena, el miedo a morir y el pánico a dejar sola a Paula. Sobre todo eso.

—Vale —dice, ahogando su sonrisa—. Paula, Patrick y Verónica te quieren mucho, ¿lo sabes?

Con el ceño fruncido una vez más, y una expresión de sospecha en los ojos, ella asiente. Mark vuelve a pensar, no por primera vez, que se trata de una niña muy lista.

—Sí —responde ella muy despacio, como si al decir esa única palabra pudiera estar abriendo la caja de Pandora.

—Ellos cuidarán de ti.

Paula abre los ojos de par en par y niega con la cabeza, aferrándose a él antes de que Mark pueda hacer nada por evitarlo.

—No —solloza ella, negando con la cabeza con fuerza—. No, yo quiero que me cuides tú.

—Paula... —A duras penas, y con todo el dolor de su corazón, Mark agarra a la niña por los hombros y la aparta de él—. Escúchame, cariño... Yo... te quiero como nunca he querido a nadie en mi vida. Eres lo más importante del mundo para mí y... te llevo en mi corazón.

—No. —Paula sigue negando con la cabeza. Enormes gotas saladas le caen por las mejillas—. No quiero.

—Prométeme que les harás caso, Paula.

—¡No!

Mark baja la mirada, sintiéndose peor de lo que nunca se ha sentido. Paula no es capaz de reprimir más las lágrimas y llora con fuerza, con la respiración entrecortada y respirando entre jadeos. Mark la abraza y ella se deja abrazar.

—¿Por qué? —pregunta ella, dolida con el mundo entero.

—No pasa nada, Paula. Pero prométeme que les harás caso.

Despacio, con el escaso interés de quien no quiere oír hablar de eso, Paula asiente.

—Lo haré si es lo que me pides.

—Gracias.

—Pero es injusto.

Mark asiente. No sabe qué otra cosa puede hacer; a él también le parece injusto.

—Sé fuerte, mi niña. Y nunca olvides que te quise como a una hija.

Mark se inclina hacia ella y le da un beso en la mejilla, llevándose el sabor de una de sus lágrimas al levantarse. Paula le agarra la mano y él se vuelve para mirarla.

—Soy tu hija —dice ella, recordándole al día en que le dijo que él era su padre, después de que Junior Collins le gritara que no tenía por qué obedecerle porque no era nada suyo. Aquello quedaba lejano en su mente, tanto que le resultaba difícil recordar la cara del niño.

—Lo eres —dice él.

Mark se da la vuelta y camina hacia la popa del velero dejando atrás a Paula, con

los lagrimones corriendo por sus mejillas y el gesto de dolor más tierno que jamás verás en nadie grabado a fuego en su rostro. Brad Blueman se acerca a ella y le pone la mano sobre el hombro, sin saber qué hacer realmente en esas circunstancias. Contra todo lo esperable, Paula se gira hacia él y le abraza, rompiendo a llorar con más fuerza aún.

Eso hace que Mark sienta que su corazón se quiebra en mil pedazos. Se detiene junto al timón, cabizbajo, y Verónica le mira, triste.

—Lo siento, Mark.

Él se encoge de hombros. Quiere aguantar las lágrimas pero escuchar a su espalda a Paula llorando es superior a sus fuerzas. Patrick se acerca y le tiende una pistola.

—Es de Puck.

—No. Quedáosla. Tal vez la necesitéis más adelante.

—No vamos a permitir que te conviertas, Mark. No mereces acabar así. Cógela.

Mark acepta el arma y se la guarda en la cintura del pantalón. Por último, levanta la cabeza y mira tanto al policía como a la bombero. Les respeta a ambos, ha llegado a quererles y sentirles como si fueran su familia. Sabe que harán todo lo que puedan por Paula. Supone que, dadas las circunstancias, es todo lo que puede esperar.

—No dejéis que lo vea.

Verónica asiente. Mark desciende hasta la barca recreativa y suelta el cabo que le une al velero. Al instante, la distancia entre ambos empieza a incrementarse a medida que el barco se aleja. Verónica se mantiene junto a la popa, mirándole, y a su lado observamos como él se sienta y mira la pistola, ahora en sus manos, dándole vueltas, pensativo y amargado por una profunda tristeza.

La barca se va haciendo más y más pequeña a medida que se alejan de ella. A nuestra espalda Paula sigue llorando, con la cara enterrada en el pecho de un Brad Blueman que se siente incómodo a la par que necesitado y que le devuelve el abrazo con torpeza.

Podemos ver que Mark se pone en pie, con la pistola en la mano derecha apuntando hacia abajo. No alcanzamos a escuchar lo que piensa, pero es seguro que hay muchas cosas pasando por su mente en este instante. Empieza a levantar la pistola y Verónica se da la vuelta, con los ojos llenos de lágrimas y un desgarramiento profundo en el pecho, como una terrible herida interna.

Como ella, nos damos la vuelta. Démosle un poco de intimidad. A fin de cuentas, le conocemos desde hace mucho y merece que le dejemos morir en paz.

El disparo nos hace estremecer a todos.

— Capítulo 13 —

Slice of life

1

El Slice of Life surca las olas en dirección Sur, sin alejarse nunca demasiado de la costa. Patrick pasa la mayor parte del tiempo detrás del timón y Verónica se une a él cuando no está con Paula. El hambre hace que todos estén medio desfallecidos y les cueste hasta el mínimo movimiento. Están demacrados, ojerosos, exhaustos y sedientos. Tampoco tienen agua dulce que beber, excepto la que han podido sacar del depósito.

La noche anterior llovió y el mar se embraveció un poco. El velero comenzó a dar bandazos e inclinarse hacia los lados demasiado para su gusto. Tuvieron que plegar las velas y buscar refugio en una cala. La que encontraron más cercana no les protegía al cien por cien del viento y las olas cada vez más furiosas, pero al menos les permitió anclar y dejar de temer por su vida.

Brad les aseguró que si tuviera algo en el estómago lo vomitaría sin dudar. Añadió que nunca en su vida había estado tan mareado como en aquel momento.

Puck tuvo la idea de poner cubos y cuencos en cubierta para recoger el agua de lluvia. El barco se movía tanto que la tarea fue complicada, pero algo consiguieron y al menos la actividad les hizo sentirse mejor.

Pasada la noche, revisaron el barco de cabo a rabo, de eso puedes estar seguro. Abrieron cada compartimento, levantaron cada pieza móvil, empujaron de un lado a otro muebles y cojines y colchones y utilería. Al principio su objetivo era encontrar cualquier cosa que poder llevarse a la boca, comida o bebida; cuando comprobaron que no había nada ampliaron su búsqueda a cualquier objeto que pudiera servirles de algo.

No encontraron artilugios de pesca ni nada que les diera una idea sobre cómo proceder a partir de ese momento.

—¿Y si volvemos? —pregunta Brad cuando el sol empieza a ocultarse—. Si Tom y Neil están muertos, ya no hay peligro en San Mateo. Patrick lo ha dicho, Rodger y Shane tampoco están...

Verónica mira hacia Patrick con gesto interrogante. El policía sujeta el timón con una mano y está sentado con la mirada puesta en el horizonte. A ella le parece que se está perdiendo. Cada vez que acude al timón a hacerle compañía le encuentra más silencioso y cabizbajo. Por mucho que ella intenta animarle le nota cada vez más apático y lejano.

—No sé, Brad —responde ella, consciente de que Patrick no dirá nada—. Para

regresar a San Mateo tendríamos que volver hacia atrás y cruzar de nuevo Half Moon Bay. Y cada vez estamos más escasos de fuerzas.

La simple perspectiva de regresar a tierra a enfrentarse con los muertos vivientes hace que Brad tuerza el gesto con algo semejante al pánico.

—Algo tenemos que hacer —dice Puck, cuyos ojos oscuros empiezan a mostrarse duros y brillantes por el hambre y el miedo a la muerte—, tenemos que conseguir comida antes de que la idea de esos putos locos de San Mateo empiece a rondar por nuestras cabezas.

—¿Comernos entre nosotros? —Brad traga saliva, asustado.

Puck se encoge de hombros, como diciéndole «tú verás».

—El último pueblo que vimos en la costa estaba tan atestado de zombis como el primero —les recuerda Verónica, lacónica—. Hasta ahora no hemos visto ningún sitio en el que poder detenernos e intentar buscar comida.

—Cada vez tengo menos fe en que esto pueda salir bien —murmura Puck, mirándose las manos reseca—, ni siquiera reconozco mis propias manos y esta mañana se me ha ocurrido mirarme al espejo... Parezco un fantasma de mí mismo. ¿Cuántos kilos puedo haber perdido? ¿Quince? ¿Veinte?

Verónica asiente, comprendiendo. Ella misma se ha visto en el espejo y se ha sentido fascinada, con horror, por la imagen que le devuelve el reflejo. No tiene nada que ver con aquella voluptuosa y atlética mujer pelirroja que conocimos hace tiempo en Castle Hill. Sus formas han cedido y la ropa le cuelga como si fuera dos o tres tallas más grandes, tiene los pómulos hundidos y hasta el color del pelo, tan rojo que parecía fuego antes de que los zombis existieran, ahora ha cedido brillo e intensidad y se muestra de un rojo apagado y oscuro.

—¿Nos has visto? —Puck mira alternando a Verónica y Brad—. Somos cuatro adultos y una niña pequeña, y eso siendo benévolos y contando a Patrick como un ser individual. No estoy muy seguro de que esté aún ahí dentro. Creo que está en piloto automático.

Verónica traga saliva pero no contesta. A fin de cuentas, ella opina lo mismo.

—Ninguno de nosotros está en condiciones de regresar a tierra a buscar nada —añade el chico—. Acabaremos perdiendo a alguien más.

—Tampoco tenemos más opciones, ¿verdad? —pregunta Verónica, dejando que su mirada se dirija a proa, donde la figura de la niña se recorta contra el horizonte—. Morimos de hambre y sed aquí.

Se incorpora sin esperar respuesta y camina hacia donde se encuentra Paula. La niña pasa las horas sentada allí, con las piernas colgando por el exterior del casco, agarrada a una de las barras de protección, con la mirada siempre perdida en el constante movimiento del agua del mar. Verónica se sienta a su lado y le acaricia con suavidad y cariño la cabeza. La niña le dedica una mirada triste y apagada que a Verónica le parte el corazón. Todo el brillo, toda la vida que solía haber en sus ojos ya no están.

—¿Cómo estás, cariño? —le pregunta.

—Me duele la tripa.

—Normal. A mí también me duele, es por el hambre.

Paula asiente y vuelve a girarse para mirar el mar. Verónica la imita. Al menos es un entorno hermoso en el que despedirse de todo. No es un sótano oscuro, sucio y frío.

—Antes he visto un delfín —murmura la niña, y se encoge de hombros—. Bueno, creo que era un delfín.

—Me habría encantado verlo.

—¿Crees que Pluto está bien?

Verónica resopla, sorprendida ante la pregunta. Ni siquiera se acordaba ya del perro.

—No lo sé, cariño. Pero era un perro muy listo, seguro que ha sido capaz de escaparse de Half Moon.

Paula asiente sin mirar a la bombero. El gesto de su expresión es tan triste que Verónica se siente mal solo con mirarla. Se da cuenta de que no es en Pluto en quien piensa en realidad.

—¿Le echas de menos?

Paula mueve la cabeza afirmando.

—Todo el tiempo —asegura.

—Mark te quería mucho, y todavía te quiere. Está a tu lado todo el tiempo, en tu corazón.

—Pues yo no quiero que esté ahí —replica la niña con una lágrima solitaria desbordándose desde su ojo derecho—. Quiero que esté aquí conmigo.

Verónica asiente y abraza a la niña. La siente temblar contra su cuerpo y la angustia le sube a la garganta. Se pregunta cuánto tiempo les falta antes de que empiecen a desfallecer del todo. Y también se pregunta quién será el primero.

«Probablemente Patrick».

2

Nuestro policía de Castle Hill cabecea sin siquiera darse cuenta. Aún tiene los ojos entreabiertos, pero en realidad está menos aquí que allí donde le lleva su mente. Por si quieres saberlo, está volviendo a visitar su playa personal, aquella en la que en ocasiones hay una puerta y la arena bajo los pies está caliente pero sin llegar a quemar y resultar incómoda.

El pitido atronador le hace sacudirse y volver a la realidad con un movimiento fuerte de cabeza. Durante un instante se muestra perdido, sin comprender cómo ha llegado desde la playa hasta el velero en el que se encuentra, preguntándose cuál de los dos escenarios es el real. El retortijón de hambre que siente en su estómago le

responde: este es el mundo real.

Al girar la cabeza hacia la derecha la mandíbula se le descuelga por la impresión. A su cerebro le cuesta procesar lo que ve. Al principio cree que es un espejismo y parpadea para borrarlo. El hambre y el agotamiento le están jugando malas pasadas, es obvio que tiene que ser eso.

—Santo Dios...

El murmullo viene del centro del velero, y moviéndose a cámara lenta como si se encontrara debajo del agua, Patrick gira la cabeza hacia allí. Brad está de pie y su boca está igualmente abierta, formando un círculo de asombro perfecto. A su lado, Puck, Verónica y Paula también miran hacia el espejismo de Patrick. La niña tiene la mano entrelazada con la de la bombero.

«Pero si ellos lo ven también...».

Patrick vuelve a girarse hacia el espejismo.

—¿Eso es...? —Brad se queda a media frase.

—¡Dios mío! —exclama entonces Verónica, señalando con la mano que no sujeta a la de Paula—. ¡Mirad!

Y entonces los cinco se ponen a gritar y a mover los brazos de un lado a otro, sintiendo la euforia crecer en sus pechos. Acercándose hacia ellos, un enorme portaviones, y desde la cubierta del inmenso barco, varias figuras humanas les devuelven los gestos de saludo.

3

Cubiertos por mantas y con los restos de la comida que han devorado con avidez delante de ellos, sobre una mesa metálica y larga dentro de un amplio comedor con cabida para más de mil hombres, Patrick, Puck y Verónica esperan observados con curiosidad por un hombre alto y delgado vestido con uniforme de la marina de Estados Unidos.

El almirante entra un momento después y les sonrío mientras se acerca a ellos. Tiene una mirada afable y agradable, una barba blanca espesa pero bien cuidada y unos ojos verdes enmarcados por un rostro de piel curtida por el sol y años de hacerse a la mar. Cuando llega hasta donde están ellos extiende una mano y estrecha la de cada uno de los tres.

—Buenas tardes, caballeros —saluda; luego hace una inclinación de cabeza con cortesía hacia Verónica—, y señorita, por supuesto. Soy el almirante Mars.

—Encantado, señor —responde Patrick.

Después de haber comido y bebido, y sobre todo después de haber comprobado que pueden sentirse a salvo en el portaviones, Patrick parece haberse recuperado, al menos anímicamente. Todos ellos tienen mejor cara que la que mostraban a bordo del velero, y aun así sigue siendo una imagen bastante patética la que ofrecen, delgados

hasta casi el esqueleto, demacrados y exhaustos frente al porte recto y formal del almirante y los hombres que entran detrás de él en el comedor, todos vestidos con uniformes de la marina. Puck se revuelve incómodo en el asiento, poco acostumbrado a mostrarse delante de la autoridad.

—Tengo entendido que usted era policía antes del desastre —comenta el almirante sentándose frente a ellos y haciéndoles un gesto para que vuelvan a sentarse ellos también.

Los tres obedecen.

—Sí, señor.

—Supongo que estarán preguntándose cómo están sus compañeros y lo primero es lo primero —asegura Mars—. La niña duerme en un camarote. Después de haber comido parece que se encuentra mejor, y el otro hombre... Perdonen que aún no me haya hecho con sus nombres, está siendo atendido por nuestro personal médico. Es una fea herida la que tiene en el hombro. De bala...

El almirante deja la frase inconclusa y Patrick asiente, sin añadir más datos a lo expuesto. El almirante cruza las manos encima de la mesa.

—Quisiera escuchar su historia de principio a fin —asegura—, imagino que debe ser apasionante oír de primera mano a un grupo de personas que han logrado sobrevivir en tierra durante más de un mes.

—¿Nadie más lo ha conseguido? —pregunta Verónica, asustada por las implicaciones que eso supondría.

El almirante esboza una sonrisa triste y amable.

—El continente está en manos de los muertos —responde, y todos ellos reciben la contestación como si fuera un golpe—. Durante las primeras dos semanas recogimos a bastantes supervivientes, la mayoría en embarcaciones de recreo o pesca, como ustedes. Pero desde hace más de diez días no hemos vuelto a tener noticias de tierra. Y no pensábamos que quedara nadie más hasta que les detectamos en el radar. Si les soy sincero, creíamos que era un error.

—Dios santo —murmura Patrick—. ¿Todos los Estados Unidos?

El almirante niega con la cabeza, con gesto de gravedad.

—No —declara—. Todo el continente. Canadá, Estados Unidos, México y de ahí para abajo. Todo ha sido arrasado. Tenemos una inmensa flota, bastante internacional, a unas cuantas millas de aquí, mayoritariamente estadounidenses y argentinos. Los argentinos tuvieron algo más de tiempo para prepararse y evacuaron a toda la gente que pudieron en cada barco del que disponían. Es posible que haya más de tres millones de personas. Somos como un pequeño país flotante. Resulta fascinante mirarlo, ya tendréis tiempo de hacerlo cuando llegemos allí. Miréis a donde miréis, veréis barcos en todas direcciones.

El almirante sonríe con orgullo, como si todo aquello fuera gracias a él. O como si todo aquello le hiciera sentirse bien respecto a la capacidad del ser humano para sobrevivir a grandes desastres como el producido por el Cuarto Jinete.

—¿Hay civiles? —pregunta Verónica.

—Muchos.

—¿Y el presidente?

—Está a salvo en Cuba —responde el almirante—. Hay otra flota, tan grande como esta, en el Atlántico. Nuestra plana mayor salió de Washington a tiempo y se encuentra en La Habana junto a los líderes de otros países como Brasil o Paraguay. —Mars sonrío como si aquello le resultara divertido—. No deja de resultar irónico que después de años tocándoles las pelotas a los cubanos ahora ellos nos hayan abierto las puertas de esa manera. Como sea, nuestro presidente está allí junto a la mayoría de sus asesores, y los mejores científicos cubanos están trabajando mano a mano con el mayor responsable de la investigación que provocó todo esto, en busca de una manera de acabar con esas cosas que resulte efectiva y rápida y nos permita actuar sin tener que acercarnos a tierra. Un virus, o algo. Lo que sea que les haga caer...

—¿Se refiere a Kurt Dysinger, señor? —pregunta Verónica entonces, inclinándose hacia delante.

—Sí, el mismo... —Mars entrecierra los ojos y escruta a Verónica con curiosidad—. ¿Le conocen o simplemente les suena su nombre por haberle visto en la televisión durante las últimas emisiones?

—Si habla por radio con nuestra gente en Cuba, mándele saludos nuestros —dice Verónica con una sonrisa enigmática pero sin perder la tristeza que llena todos sus rasgos—. Creo que le alegrará oírlo.

—Lo haré, sin duda. Entiendo que le conocen entonces.

Verónica asiente, concediéndole al menos esa respuesta al almirante.

—Excepto Puck. —Verónica señala al chico que está a su derecha—. Supongo que no le han dicho de dónde venimos, señor.

—Tengo entendido que salieron desde la zona de San Francisco.

—Sí, pero llegamos allí desde Los Ángeles —responde ella—, y salimos de Los Ángeles antes de que la bombardearan. Casi podría decirse que escapamos por los pelos. Y antes de eso, llegamos a Los Ángeles desde Castle Hill.

—¿El mismo Castle Hill que es la zona cero de este desastre? —El almirante parpadea sorprendido mirando a Verónica y Patrick alternativamente—. ¿Ese Castle Hill?

—El mismo, señor.

Mars silba, fascinado.

—O tienen ustedes mucha suerte o son unos verdaderos supervivientes.

—Hemos perdido a mucha gente por el camino, señor —asegura ella—. Muchos más de lo que nos habría gustado.

—Todos hemos perdido gente —asegura el almirante—. Vivimos tiempos oscuros. ¿Entonces, puedo contar con que me desgranarán sus vivencias en el continente?

—Lo haremos —asegura Patrick—, pero es una historia larga de pelotas e implica recordar muchos momentos terribles. Acabamos de llegar y estamos agotados.

—Lo entiendo —asegura el almirante—. Duerman un poco. Mañana tendremos tiempo de hablar.

—Gracias, señor, se lo agradezco —responde Patrick poniéndose en pie—. Una última pregunta, si no es demasiado pedir.

—Adelante. —El almirante le hace un gesto con la mano, invitándole a hablar.

—¿Europa?

—Ha habido brotes, pero por el momento resisten.

Patrick asiente. A todos ellos les parece una buena noticia y, dadas las circunstancias, una buena noticia es agradable de escuchar después de todo lo sucedido.

4

Tal vez tú también te estés preguntando qué fue de Pluto. El perro se perdió mientras atacaba a los zombis en un intento de que no siguieran a los supervivientes fugados de San Mateo cuando estaban entrando en el edificio de apartamentos en el que Neil Ridgewick les tuvo asediados durante un par de días. Cuando le rodearon por todos sitios, sin prestarle más atención que la que un ser humano le presta a un grano de arroz tirado en el suelo, Pluto intentó localizar el olor de Mark y Paula sin conseguirlo. La peste que desprendían los muertos inundaba su nariz, solapando el resto de olores, por lo que corrió sin dirección fija, buscando.

Sin éxito.

El instinto de los animales es poderoso. Pluto encontró el camino de regreso a San Mateo y volvió a la urbanización. No se acercó a la puerta de entrada sino que bordeó el muro hasta encontrar el punto por el que habían saltado durante la noche en que huyeron de allí. Volvió a encontrar el rastro, ahora ya lejano pero aún presente, de Paula. Se dirigía al bosque, claro, puesto que era el olor que había dejado durante aquella noche. Pluto hizo ademán de seguirlo, pero a medio camino se giró y miró el muro. Al otro lado estaba su amo, el verdadero, el niño.

Pluto comprendía que el amo había muerto, de la manera en que los perros comprenden cosas, claro. Aun así, se acercó al muro y aulló para llamar la atención de quien fuera que hubiera al otro lado.

Regresemos a San Mateo, ven conmigo, será la última vez que pisemos este lugar.

Encontramos al perro tendido a los pies de Rachel Morris. La mujer tiene entre los brazos a su hijo Axel, que ahora mueve las manos e intenta atrapar un mechón de pelo de su madre. En el jardín, trabajando en el malogrado huerto, podemos encontrar también a Chuck Bauer y Ace Hall. Los dos hombres trabajan duro y el sudor les cae por la frente y les empapa las ropas. Dean Winchester se ha tumbado a descansar

cuando ha empezado a faltarle el aire. No vemos por allí a Chelsea Thompson, ni tampoco a John Vernon o a Zoran Zuchemberg.

El polaco, la chica y el policía se han dedicado los últimos días a registrar todas las casas en busca de cualquier cosa de utilidad. Linternas, pilas, cerillas, mecheros, armas, ropa, mantas... todo lo que pueda servirles en algún momento lo han llevado hasta la casa de Ace Hall y almacenado en su sótano.

Durante el registro de una de aquellas casas, la perteneciente a Rodger y Shane Walters, encontraron la comida que estos habían mantenido oculta del resto del grupo. También la cogieron y la llevaron con ellos.

Como te digo, Pluto está tumbado a los pies de Rachel. En un par de ocasiones se ha acercado hasta el jardín vecino y visitado el montón de tierra que indica dónde está enterrado su amo. Siente tristeza, por supuesto, pero comprende que es útil como protector y aunque la mujer y su bebé no le gustan tanto como su amo o la niña, el animal les ha acogido como nuevos amos. Para él, ni siquiera es importante que lo consideren algo compartido.

Cuando le vieron llegar, John Vernon llegó a comentar que de él podrían salir un par de días de buen alimento. «Más si racionamos con cabeza». Pluto agachó las orejas al oír aquello, como si hubiera comprendido y no le gustaran las implicaciones.

—Es un perro —respondió Ace.

—En la guerra, cualquier agujero es trinchera —respondió el policía de Portland esbozando una sonrisa.

—Mejor no lleguemos a ese extremo.

John se encogió de hombros. No necesitó decir lo que pensaba, que al menos era mejor llegar a ese extremo que al de los anteriores líderes de San Mateo.

Hasta el momento, no habían necesitado volver a comentar nada al respecto y tanto los humanos como el perro parecían haberse relajado. Ahora, mientras nosotros le observamos, Pluto levanta la cabeza y olisquea el aire. Ninguno de los humanos que tiene alrededor parece haberse percatado de aquel sonido, aún lejano, pero tampoco tardan demasiado en hacerlo. En estos tiempos, cualquier sonido es más fácil de percibir, y es sencillo que destaque si además se trata de algo mecánico.

Dean Winchester se pone en pie, oteando el cielo.

—¿Es un helicóptero? —pregunta Ace mientras se seca el sudor de la frente.

—Suenas como uno —murmura Chuck a su lado, tan impresionado como incrédulo.

Ciertamente, es un helicóptero. Y pronto todos alcanzamos a verlo surcando el azul del cielo. Como locos, como en un sueño, todos ellos se ponen en pie y agitan sus brazos, intentando llamar la atención de los pilotos. No haría falta que lo hicieran. Ese helicóptero se dirige hacia San Mateo desde el principio.

Es un transporte militar y desde una de sus ventanillas Verónica Buscemi da indicaciones al piloto. La puerta del helicóptero se abre en cuanto sus ruedas tocan la tierra y ella salta al exterior y corre hacia Ace para abrazarle. El resto de los

presentes, a excepción de Rachel y el bebé, son extraños para ella aunque Patrick le hubiera hablado de ellos. No importa, todos se reúnen alrededor del transporte para escuchar sus palabras. John, Zoran y Chelsea llegan un rato después y se unen a ellos. La bombero les hace un resumen de su periplo por el bosque hasta llegar al velero, y después les habla de la flota comandada por el almirante Mars. Los militares que la acompañan ayudan al resto a cargar con todo aquello que sirva de algo en alta mar.

Cuando el helicóptero vuelve a ponerse en marcha, no queda nadie en San Mateo a excepción de nosotros mismos. Y claro, nosotros no somos nadie para ellos en realidad.

He aquí el final del camino. Les observamos alejarse en el helicóptero, ascender hasta conseguir una altura suficiente y poner rumbo de regreso al portaviones. Y es triste, por supuesto; resulta triste pensar en todos los que no han logrado llegar hasta aquí así como resulta triste ver cómo se alejan los que sí lo han conseguido y saber que lo más probable es que no volvamos a verles.

Esto es una despedida, y no me gustan las despedidas. No sé tú, pero yo espero que volvamos a vernos en algún momento. Tal vez en otra historia, ¿no crees?

Estaría bien.

En 1492, un aventurero llamado Cristóbal Colón puso rumbo a la India a través del océano Atlántico, pensando en rodear el mundo y llegar por el lado contrario al que la ruta oficial marcaba. Sin embargo, acabó descubriendo un nuevo continente, América. Más de medio milenio después, un virus llamado el Cuarto Jinete ha destruido estas tierras, los muertos se han levantado y han proclamado su reinado en la tierra. Estas son las cosas en las que pienso mientras veo alejarse el helicóptero, cada vez más pequeño hasta convertirse en una mota negra en medio del cielo azul.

Un momento después, incluso eso desaparece.

Si miramos alrededor, lo único que veremos será la nada.

Ahora sí, la pesadilla ha terminado. Aunque hay quien diría que no lo ha hecho y no lo hará hasta que el último zombi bese el suelo de forma definitiva. O hasta que el último humano se levante transformado en muerto viviente. Lo que queda por delante es una nueva pesadilla, una guerra contra los muertos, contra la plaga, si es que los seres humanos quieren recuperar la tierra que les ha sido arrebatada.

Puedes apostar a que así será, claro.

Lo único que podemos hacer es desearles suerte.

A nuestro alrededor, todo está en silencio. No queda nadie vivo en cientos de kilómetros a la redonda. Tan solo los muertos, gimiendo con su constante rabia hambrienta.

Ha sido un placer. Hasta la próxima.

Nota del autor

Cuando empecé esta novela, mi intención era hacerla algo más breve que la segunda, eso lo puedo jurar. Mi intención era hacer una pequeña introducción en Portland y luego saltar a los personajes que ya conocíamos. Pero a veces, las jodidas historias crecen solas y esta lo hizo. Se me fue de las manos. La gente del Norte me resultó fascinante, tenían fuerza y me pedían más y más.

De repente, me planteé una duda. Al terminar el periplo inicial de los habitantes de Portland, de repente me encontré con que me habían ocupado 71.629 palabras (en la primera versión, luego hubo breves retoques y recortes). Se dice rápido, pero teniendo en cuenta que la primera parte de esta saga contaba con 116.000 palabras estamos hablando de que solo la primera fase de esta novela tenía la mitad de esa extensión. En fin, que teniendo en cuenta la manera en que terminé *El Cuarto Jinete: Armagedón* sabía que afrontar setenta y pico mil palabras sin acercarme a la historia de los protagonistas podía resultar arriesgado.

Volví a leer y me quedó claro que, si bien por un lado el ansia de llegar a San Mateo podía ser grande (tipo zombi hambriento), por otro lado la historia me gustaba y mucho. Así que decidí dejar lo que mi corazón me pedía que dejara. Y seguí avanzando. Yo estoy satisfecho con el resultado y espero que a vosotros os haya dejado esa misma impresión.

Ahora me preguntaráis si habrá un cuarto Cuarto Jinete (sic). Mi intención siempre fue cerrar la historia y darle un final que invitara a pensar en lo que podría venir después pero fuera lo suficientemente definitivo como para dejar satisfecho al que hubiera seguido el camino conmigo hasta aquí. Y sí, soy consciente de que «satisfecho» no es una palabra adecuada y que muchos me odiaréis por algunas de las muertes que ocurren entre estas páginas. La primera, mi mujer, que sé que me va a matar cuando lo lea... O me despertará a base de insultos porque ella suele leer por las mañanas mientras yo sigo dormido. (Nota postlectura de mi mujer: Ciertamente, estuvo sin hablarme toda una mañana...).

También es cierto que cuando terminé de escribir el primer libro de la saga pensé que el final era lo suficientemente cerrado para dejarlo así y acabé recibiendo muchos mensajes preguntando para cuándo más porque aquella forma de acabar les había dejado ansiosos. No sé si ocurrirá lo mismo esta vez... Ya veremos.

Si me preguntáis a mí, sí, *Destrucción masiva* es el broche final. Al menos, en lo que respecta a los escasos supervivientes de Half Moon Bay que han llegado hasta aquí. La plaga no les ha afectado solo a ellos.

Lo primero de todo, dar gracias a mi mujer, Cristina, porque siempre es la primera

que lee mis manuscritos y se enfrenta a ellos con interés y espíritu crítico... Y además en esta ocasión, mientras yo me debatía buscando un título para el libro, preguntándome qué podía ser más impactante que «Armagedón», fue ella la que vino con *Destrucción masiva*. Palosanto mediante. Oportuno, Enrique Bunbury.

También quiero darle las gracias a Jorge Lara, de Fantasy Mundo, por ser un lector capaz de poner el ojo allí donde el escritor se ha despistado. Él sabe a lo que me refiero, porque no tiene tanto que ver con este volumen como con el segundo. Le debía este agradecimiento.

Gracias a Daniel Expósito por haberme puesto en contacto con su mujer, y millones de gracias (qué digo millones, mejor cientos de miles de millones) a Silvia Lorenzo Sánchez por haber elaborado ese fantástico documento sobre la manera de realizar una operación de apendicitis en las circunstancias que se cuentan aquí dentro. Para que conste, todas las cosas realistas y veraces son gracias a ella; los errores y las omisiones voluntarias, son del escritor.

Gracias, por supuesto, a Jorge Iván, Vicente, Darío, Sandra y el resto del equipo de Dolmen. Sin ellos al frente de este barco, no tendríais este libro entre las manos.

A Alejandro Colucci, por haber ilustrado con sus portadas esta saga y haberlo hecho de forma tan exquisita. Y a Gerardo Medina, al que debéis agradecer que maquille mis patinazos con tan buen tino.

Por supuesto, gracias infinitas a Miguel Aguerralde, por sumergirse en mis novelas con el reloj golpeándole la espalda para que terminara rápido y escribirme ese prólogo tan majo que acompaña este volumen. Eres La Ley, compañero.

Quiero mentar también a Esmater, la plataforma para el terror entre cuyos miembros me encuentro y que está llena de gente que vale mucho. Es un honor compartir tertulias, presentaciones y bizarras conversaciones *facebookiles* con vosotros.

Durante la elaboración de este documento me han acompañado como banda sonora el *Unorthodox jukebox* de Bruno Mars, Shuarma, Bunbury, Histeria Innokua, Zoe, Imagine Dragons, la BSO de *Juego de Tronos* y algunos otros en los que ahora no caigo. Pero sobre todo, durante largas jornadas de escritura de esta novela, el principal acompañante ha sido The White Buffalo con su disco *Once upon a time in the West*. Para que os hagáis a la idea, en su cantante (mezclado con el Opie de *Sons of anarchy*) me inspiré cuando describí a Chuck Bauer.

Todo lo referente al mundo subterráneo de Portland lo encontré en un interesante documental sobre la ciudad y su subsuelo. Creo que todo lo que menciono en esta novela al respecto es verdad, desde los túneles a los fumaderos de opio pasando por los secuestros, los bares clandestinos, etc. Puede que me haya inventado algo, pero demonios, inventar cosas forma parte de mi trabajo.

Ha sido divertido volver a escribir sobre *El Cuarto Jinete* y la gente que se encuentra dentro de estas páginas. Espero que haya sido igual de divertido leerlo. Un escritor no es nada sin sus lectores, por lo que mi último agradecimiento, pero no por

ello menos importante, va para todos vosotros: por tener este libro en las manos y haberme dedicado unas horas de vuestro tiempo. Por haberme acompañado en este viaje que, para mí, ha sido tan importante. Gracias totales.

Nos leemos en otra, ¿no?

Empecé a escribir esta novela el 13/12/2012. Terminé de escribirla el 14/03/2013, en Majadahonda. Las revisiones (retoques y recortes) llegaron a enero de 2014.

Víctor Blázquez